

Enrique Castro Delgado



HOMBRES

MADE IN MOSCÚ



Miembro del Comité Central del Partido Comunista de España (PCE) en 1933, al iniciarse la guerra civil española, en julio de 1936, Castro, fue uno de los fundadores del Quinto Regimiento, organismo elevado a las cimas del Olimpo por el *agit-pro* de dicho partido. Después, pasó a ocupar el puesto de director general del Instituto de Reforma Agraria, por nombramiento del ministro de Agricultura Vicente Uribe. En junio de 1937, fue nombrado subcomisario general inspector del frente de Madrid, siendo después secretario general del Comisariado político para la guerra.

Por este libro pasan todos los personajes relevantes que de una manera u otra tuvieron contacto con el Partido Comunista durante esos años: Mihail Koltsov, Gorev, etc., pero el protagonista principal, como no podía ser de otra forma en unas memorias, es el propio Castro, que habla de sí mismo en tercera persona.

En este libro, Castro, aparece como un hombre concentrado en su misión, que no es otra que la de imponer los mandatos de su partido para que la guerra se lleve a cabo de la manera que interesa a Moscú.

ENRIQUE CASTRO DELGADO

# HOMBRES MADE IN MOSCU



Enrique Castro Delgado

**HOMBRES MADE IN MOSCÚ**

Título original: Hombres made in Moscú

Enrique Castro Delgado, 1961

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

[http://www.solidaridadobrero.org/ateneo\\_nacho/biblioteca.html](http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html)

# **CONTENIDO**

## **PRIMERA PARTE: EL ESTERCOLERO**

- I. EL PECADO
- II. LA MUERTE DE LOS AÑOS VERDES
- III. LOS DÍAS GRISES
- IV. LA AURORA ES ROJA

## **SEGUNDA PARTE: LOS SUEÑOS MARAVILLOSOS**

- V. LOS ENCADENADOS
- VI. LOS TOPOS MUERDEN
- VII. EL CULTIVO DEL ODIO
- VIII. «UN-DOS, UN-DOS» Y UNA REVOLUCIÓN QUE SE ACERCA

## **TERCERA PARTE: EL VIRUS**

- IX. SU MAJESTAD «NICETO I»
- X. EL HOMBRE DEL CAFÉ DE SAN BERNARDO
- XI. EL NACIMIENTO DE UN MONSTRUO
- XII. LOS PEQUEÑOS HOMBRES
- XIII. LA TRAMPA

## **CUARTA PARTE: ... Y LA MUERTE OPACÓ AL SOL**

XIV. EL FESTÍN DE LAS MOSCAS

XV. LA REVOLUCIÓN DE LOS LOBOS

XVI. REVOLUCION Y... SÍFILIS

XVII. ESQUEMA DE LA DESESPERANZA

XVIII. SOLDADOS Y CAMPESINOS

XIX. EL CIELO COMO TESTIGO Y LA CIUDAD A SUS ESPALDAS

XX. COSAS QUE FUERON HOMBRES

XXI. LAS VIEJAS MONTAÑAS ARDEN

XXII. INSOMNIO Y MUERTE EN LAS TRINCHERAS

XXIII. LOS TANQUES MUEREN EN EL LECHO DEL RÍO

XXIV. LAS VIEJAS MONTAÑAS ARDEN (CONTINUACIÓN)

XXV. EL GRAN INOCENTE

XXVI. TERUEL POR EL «PASILLO EXTREMEÑO»

XXVII. «STALIN TIENE RAZÓN»

XXVIII. EL COMIENZO DE LA AGONÍA

XXIX. LA ANCIANA Y EL CAMINO

XXX. ESQUEMA DE LA NUEVA SITUACIÓN

XXXI. LA BATALLA DEL EBRO

XXXII. UN HOMBRE, SU CONCIENCIA Y UNA PEQUEÑA CASA

XXXIII. LA PLUMA Y LA ESPADA

XXXIV. LA BATALLA DE CATALUÑA

XXXV. LA GRAN SEMILLA ENTRE MUERTOS Y ESCOMBROS

XXXVI. GRACIAS, MUCHAS GRACIAS, CORONEL

XXXVII. LA ÚLTIMA «ORACIÓN»

ACERCA DEL AUTOR

## DEDICATORIA

Al «Lobo», perro de cariño y pena, el único gran amigo de mis años viejos, sobre cuya tumba, entre pequeños rosales, mi recuerdo y mi mirar de cada día.



A LOS DESCONTENTOS

DE

TODOS LOS PAÍSES

DE TODOS

LOS CONTINENTES

DE

TODAS LAS RAZAS

intentar despertar jamás, porque de la desilusión habéis pasado a convertirlos en unos enfermos de ilusiones.

No conocéis a los comunistas

Para conocerlos bien hay primero que no escucharlos para no dejarse envenenar; segundo, mirarlos día y noche hasta llegar a lo hondo de cada uno de ellos, a donde otros hombres tienen el alma; tercero, ver su socialismo a través del hombre y no de la propaganda ni las estadísticas.

Yo los conocí mirándome a mí mismo.

Creo por ello que este libro os servirá de algo.

¿Conocéis a los comunistas?

No

Os habéis limitado hasta ahora a soñar, a vivir los sueños maravillosos que ellos os han metido en la cabeza; a soñar sin intentar romper el encanto, sin

**PRIMERA PARTE**

**EL ESTERCOLERO**

## Capítulo I

### EL PECADO

El padre, el señor Manuel, era un hombre bajo, gordo, cocinero de oficio y un buen católico que raramente iba a la iglesia. Aparte de estas cosas, un hombre bueno. Había nacido en una aldea de la provincia de Lugo, Galicia, y llegado a Madrid, muy joven, casi un niño, con la esperanza de ser algo. Al cabo de los años llegó a ser cocinero de muchos aristócratas; cuando éstos comenzaron a estar de capa caída lo fue de los jesuitas del Paseo de Areneros y, por último, de cientos de parroquianos borrachines de tabernas cuyos dueños llamaban restoranes. Hasta que se murió. Quería mucho a la mujer y a los hijos. Tenía por costumbre cada noche dar «gracias a Dios por tanto favor como nos hace» y de pedirle de vez en cuando, porque no le gustaba pedir, que se le llevara de este mundo oportunamente. Llamaba «oportunamente» a cuando los hijos estuvieran criados. Y parece ser que Dios le hizo caso.

La señora María, su mujer, era de mediana estatura, delgada, y de una belleza que llevaba el sello duro y sombrío de Castilla. Había nacido en Balsaín, en la provincia de Segovia, tierra de pinares y lobos. Sabía bien parir que es mucho en la gente pobre, coser harapos hasta que dejaban de serlo y llevar a sus

hijos tan limpios que hacía dudar a las gentes de sus escaseces y miserias.

De los siete hijos que tuvieron sólo les vivían cinco: Manolo, Eduardo, Concha, Enrique y Carlos.

Al padre le gustaba acariciarlos y por turnos sentarlos sobre sus rodillas para contarles viejos cuentos con hondo sabor a aldea. A la madre, lavarlos hasta hacerlos llorar y educarlos «como a ella la habían educado».

\* \* \*

En las dos últimas casas en las que vivieron durante muchos años, en la calle de Francisco Ricci y en la de Alberto Aguilera, tuvieron por vecinos a una señora Cecilia, extremeña y paridora, con su marido tranviario y tuberculoso y a varios hijos e hijas delgaduchos, que tosían igual; a la señora Teresa, gorda y lenta, con un marido al que nunca se veía y dos hijas tetonas, profesoras entre los chicos de la vecindad de todo lo prohibido; a una señora viuda, bajita y siempre vestida de negro a la que llamaban «La Manca» y que era como una especie de bruja buena, porque con su muñón untado de aceite de linaza «curaba» las indigestiones; a don Julián Gilabert, un viejo capitán retirado, bajito y con unos bigotes muy grandes; a su mujer también pequeñita y a los cuatro hijos: uno que llegó a ser secretario del dictador Primo de Rivera, el otro que no pudo ser más que oficial de correos y comunista, una hija que

se casó y la otra que dicen que vivió y murió soltera; a un abogado viudo y descuidado que trabajaba en el Tribunal de Gracia y Justicia, que tenía unas hijas muy ligeras de cascos, como decían los entendidos, y cuyos novios eran una fuente de seguros ingresos para los chicos del barrio, que habían puesto precio a su neutralidad en los coloquios; a don Pablo, el tendero, retraído y desconfiado; al vaquero, que comenzaba a blasfemar al amanecer; al portero del número diez, cochero de una Agencia de Pompas Fúnebres, que cuando estaba borracho contaba a los chicos historias de muertos, muchos de los cuales le pedían en confianza y en voz baja que «no corriera y que sorteara los baches porque no tenían prisa y les dolían los huesos»; al «Morroño», un guardia municipal que se sentía orgulloso de un uniforme y de ser propietario de un puesto de castañas asadas en la esquina de las calles de Guzmán el Bueno y de Alberto Aguilera; a la señora Juana, otra viuda con silueta de cuervo, con tres hijas modistas, larguiruchas y hombrunas y un hijo taciturno y calvo que solamente salía a las calles por las noches; a una solterona, vieja y beata, enlutada y silenciosa, a la que las malas lenguas acusaban de enredos con un hombre de sotana; al señor Manuel y a la señora Isabel, gente buena aunque un poco extraña. Él trabajaba desde hacía muchos años en una fábrica de fideos en la calle de la Princesa. Habían tenido dos hijas: una que murió loca y la otra a la que casaron con un hombre vago, sifilítico y siniestro que la hacía vivir agonizando.

El señor Manuel era un hombre magro, con grandes bigotes que el humo del tabaco había vuelto amarillos y muy aficionado a jugar al mus. Usaba gorra y una capa vieja, parda y raída. La mujer era gorda y baja, trabajadora y celosa. Solía

contar a las vecinas que una golfa había dado a su marido un bebedizo y que desde que le había embrujado ella era «prácticamente» viuda. Allí vivía también un catalán que se apellidaba Bousquet, dedicado a hacer dijes con vírgenes y santos. Tenía una amante con la que vivía, alta y desgarbada. Le pegaba con harta frecuencia porque no quería aprender a hablar el catalán; y ella, posiblemente en venganza, le engañaba con un alemán joven y rubio; otro vecino era el señor Pepe, el carbonero, borracho y generoso, con la mujer ciega y una sobrina escuchimizada y medio tonta que miraba a todos los hombres de reajo y se pasaba la vida suspirando; al señor Vicente, el zapatero, maestro en composturas difíciles y en jugar al tute, que tenía varios hijos, mujeres y hombres, el mayor de los cuales se hizo taxista y socialista, el otro zapatero y después carterista de poleadas y las hijas que no pudieron ser más que lo que suelen ser las mujeres: soltera la una y casada la pequeña. Vivía allí también la señora Consuelo, un monstruo de ciento cincuenta kilos con varias hijas, bordadoras todas, mujer de un empleado del Estado y amante de un viejo cajista de imprenta, cabezón y mustio. Y la señora Luisa, que tenía un expendio de leche, un marido bruto y vago, que siempre andaba diciendo que tenía una hernia «como un burro de grande» para ver si la mujer le retiraba de trabajar, y dos hijas y un hijo: ellas enfermas al parecer de furor uterino, él de idiotez natural; había un tal señor Pepe, dueño de una cacharrería con una mujer vieja y fea y una sobrina joven y bonita a la que acabó haciendo un hijo. Pero la persona más maravillosa de aquel mundo era la señora Rosa, la portera. Vivía en un pequeño cuchitril que olía a siglos. Y era tan vieja que ni ella misma sabía decir cuánto. Estaba suscrita a «El Imparcial» y a una novela por entregas que nunca acababa.

Sabía mucho de política y acostumbraba a hablar de la primera república como si hubiera sido secretaria de Castelar, el gran publicista de la democracia tonta.

En las casas de al lado, que eran como las fronteras de aquel mundo en donde habitaban los Castro, vivían gentes que no se diferenciaban mucho de las anteriores: «La Torera», que hacía corbatas y cambiaba de amante cada tres meses; el señor Manuel, el peluquero de la Ronda del Conde Duque, que tenía picazón, mala leche y una querida, que figuraba como ama de llaves, a la que no llegaba al hombro. Y los Neira, vendedores de periódicos, golfos y buenos. Y «El Valenciano», dueño de una esterería, con hijas a las que empleaba en la temporada correspondiente en vender horchata, palmas, romero y olivo. Y muchos más que la memoria olvida y que irán apareciendo como personajes o comparsas a lo largo de esta larga historia.

\* \* \*

El barrio de Argüelles, al oeste de Madrid, era lo que pudiera llamarse el territorio natural del pequeño mundo humano que hemos dibujado antes. Alegre y limpio. Y salvo su parte sur, que tenía como eje la calle del Conde Duque, vieja y abigarrada y con la miseria en relieve, lo demás respondía a un trazado moderno de calles anchas y rectas, con aire, sol y viejas acacias. La calle de Alberto Aguilera que muchos llamaban aún por su antiguo nombre del Paseo de Areneros, con su bulevar señorial y la calle de la Princesa, ancha y silenciosa en sus mañanas y atardeceres, eran las arterias principales de aquel barrio de

obreros, empleados, clase media, soldados, delincuentes y restos pequeños, pero brillantes, de nobleza y milicia. Por el Norte el barrio terminaba en la calle de Fernando de los Ríos, después todo eran desmontes y campos tristes; al Sur, en la calle de los Reyes; al Este, en la vieja calle de San Bernardo; y al Oeste, con el Paseo del Pintor Rosales.

En él estaban enclavados la cárcel Modelo cuya guardia hacían casi siempre los soldados del Regimiento de Saboya; el Hospital de la Princesa con sus monjas blancas y aristócratas en penitencia; la Inclusa con su torno misterioso y solitario; el Cuartel del Conde Duque; el Palacio del Duque de Liria, como un pequeño Versalles; las casas misteriosas de la calle del Noviciado con sus discretas prostitutas; y el inmenso edificio rojo llamado Colegio de los Jesuitas.

Tenía el barrio sus grandes personajes y lugares llenos de historia y de leyenda: la Infanta a la que llamaban «La Chata», que vivía en la calle de Quintana casi enfrente del obispado; el duque de Alba, un inglés casi español que de vez en cuando habitaba en su palacio llamado del Duque de Liria; el capitán general Weyler, que cada mañana se mostraba como una momia montada a caballo, que vivía en una casa de su propiedad situada en la esquina de la calle del Marqués de Urquijo y Paseo del Pintor Rosales en cuyo ático vivieron el poeta Alberti y consorte; Ruiz Jiménez, del que fue cocinero el padre de los Castro, alcalde de la Villa y Corte, que vivía en una casa blanca y seria en la calle de la Princesa; Emilio Carrera, que asombraba a chicos y grandes con su chambergo y su figura, que también vivía en la calle de la Princesa y que como siempre vivía de hacer literatura de burdel; al jesuita Pérez del



Pulgar, al que todos, con razón o sin ella, consideraban un sabio en electricidad; a unos familiares de Nicolás Salmerón, ya viejecitos que vivían en una casa pobre de vecindad en la calle de Alberto Aguilera; al torero Mazantini, ya viejo, que paseaba solo y serio como si fuera recordando glorias y cornadas; «El Chato de El Escorial», célebre criminal que viejo y ciego vivía de pedir limosna en las iglesias del barrio, y Samuel, el tabernero de la calle de la Princesa, también célebre por su vino y sus platillos. Y más de los que ya ni nos acordamos.

Estatuas había pocas: la de Argüelles; la de Daoiz y Velarde, en el camino hacia la Fuente de la Mina, y la de los héroes de Cuba que se erguía entre los verdes del Parque del Oeste.

Y perdidos ya por el olvido, los restos de un viejo cementerio convertido en solares, a los que se conocía por «Campo de las Calaveras», en donde se jugaba a la pelota, a juegos prohibidos y en donde las prostitutas sin local ejercían su oficio y contagiaban sus enfermedades.

\* \* \*

A Enrique, el cuarto de los hijos, en aquellos años en que la vida comienza a ser vivida, le gustaban varias cosas: no ir al colegio, jugar a los soldados y pegarse con todos los chicos de su edad. En esto último se manifestaba abiertamente todo el carácter de la madre, que parecía sentirse orgullosa de que sus hijos a golpe de golpes se convirtieran en lo que ella consideraba hombres auténticos... Una manera más o menos brutal y española de entender la autenticidad masculina.

Hombre ya, con el pelo prematuramente blanco por un vivir cuesta arriba, solía contar Enrique a quienes querían escucharle, algo que jamás se borró de su memoria. Un día de tantos, quizá uno de los pocos días en su vida que había de caminar en paz, otro chico le lanzó un pedazo de hierro que le abrió una larga y profunda herida en una ceja. Llegó hasta su casa, cubiertas de sangre la cara y la ropa, y miró a su madre.

–¿Qué te ha ocurrido? –le gritó.

–Nada...

–¿Y esa sangre?

–Un chico...

Le arrastró más que llevarlo hasta la Casa de Socorro que había en la calle de Leganitos, pero antes de entrar le preguntó:

–¿Conoces a quien te lo ha hecho?

–Sí.

–No... Tú no le conoces... ¿Me oyes?... Cuando te pregunten quién te ha herido, tú no sabes nada; ibas andando cuando sentiste el golpe. Nada más. ¡Como digas otra cosa te mato al llegar a casa!

Entraron y salieron, ya curado el chico, con un vendaje que casi le cubría la cabeza. Y en silencio fueron caminando calles y calles hasta negar a la de Guzmán el Bueno en donde la madre

le detuvo y, mirándole fijamente a los ojos, le habló lentamente, como si mordiera las palabras:

–Cuando se nace hombre, hay que comenzar a serlo lo antes posible. Escúchame bien, hijo. Primero tienes que curarte, pero una vez que te hayas curado búscale, búscale hasta que le encuentres y mátale. «Nunca olvidé sus palabras», decía Enrique cuando hablaba de estos sus años verdes. «Fueron terribles, pero bien podían perdonársela, porque para ella la vida había sido y era una guerra interminable, sin una esperanza de paz ni de triunfo».

Comenzó a ir a un colegio de los Hermanos de la Doctrina Cristiana, situado en la esquina que hacían la Calle de Guzmán el Bueno y Fernando el Católico. Era una construcción de ladrillos rojos en forma de escuadra, con las clases, dormitorios y la iglesia, y un patio de recreo que integraba un cuadrado de unos cien metros. A este colegio iban ya desde hacía tiempo sus hermanos: Manolo y Eduardo. A través de los días le llegó a entusiasmar la Historia Sagrada, que consideró durante muchos años como la historia más fantástica para chicos y grandes, se aficionó a jugar a la pelota, hacer burla a los profesores, estudiar lo menos posible, fumar cigarrillos de anís y orinarse a la puerta del colegio, quizá porque estaba rigurosamente prohibido. De los profesores el que más le llamaba la atención era el hermano Pedro: casi un gigante, con unas manos cubiertas de pelo negro Y duro como el de los lobos. Parecía más que un misionero un marinero de un viejo barco pirata.

Durante las clases tenía la costumbre de meterse con frecuencia los dedos en la nariz, dormirse después de la comida y hablar de Dios a gritos. A pesar de todo Enrique logró avanzar en ciertos estudios: en religión, porque la Virgen le parecía bella y S. José un buen hombre; en geografía, ya que ello le ayudaba a soñar en viajes maravillosos, y en gramática parda, que le era bastante útil para moverse en aquel mundo de baberos blancos y túnicas negras. Cada día tenía para él sus pequeñas alegrías y sus grandes martirios: los momentos alegres eran aquellos del recreo cuando, mezclado entre los demás chicos podía hacer mucho de lo que le gustaba sin que el hermano Pedro o los otros «hermanos» tuvieran la posibilidad de verle; los momentos amargos eran los que comenzaban a las siete y media de la mañana con la entrada en la capilla del colegio, fundido en una larga fila de carne todavía con sueño. Era una misa corta, de unos quince minutos cuando más, en una penumbra en la que casi no se veían las imágenes, quince minutos en los que los dolores en las rodillas eran tan intensos que hacían olvidar que se estaba en la casa de Dios y ante Dios. Enrique tenía la costumbre de colocarse siempre que le dejaban en la primera fila de reclinatorio. Le gustaba ver de cerca a la Virgen, pero esto le suponía tener a su izquierda y muy cerca al hermano Pedro, lo que no le era agradable. Ni le quería ni le odiaba, pero hubiera preferido tenerle lejos. Era un ardiente partidario de esta lejanía porque había muchas mañanas en las que no sentía ningún deseo de rezar, pero en las que estaba obligado a mover los labios rítmicamente para no dar motivo al hermano Pedro a alargar su enorme y poderoso brazo.

Fueron pasando los días.

Casi todos iguales.

Los padres de Enrique, como todos los padres, comenzaban a estar orgullosos de sus hijos.

Y él, mientras crecía, comenzó a querer a la Virgen. A su hijo no: dejarse sacrificar sin defenderse le parecía una cosa prohibida a los hombres, fueran quienes fueran sus padres.

\* \* \*

Llegó un tiempo en que la madre comenzó a hacer preparativos extraños. Un día llegó con un pequeño paquete: unos metros de tela azul con rayas blancas; otro en que midió de arriba abajo, por un lado y otro a su hijo; después, durante varias noches el muchacho sintió y vio, mientras se quedaba dormido, el ruido intermitente y monótono de la máquina de coser y la cabeza cenicienta de la madre inclinada sobre ella. Hasta que una mañana la madre le llamó y muy seria le estuvo probando un traje, mientras le hablaba más dulcemente que otras veces.

–Vas a hacer la Primera Comunión, hijo.

–¿Cuándo?

–Muy pronto. Por eso ahora tienes que ser más bueno que nunca...

No cometer ningún pecado... Y pecado es desobedecer a tus padres, no estudiar, pegarte con otros niños...

–¿Y si me pegan, mamá?

–Pega.

–¿Pero no dijo antes que el pegar era pecado?

–Sí, hijo, sí, pero si Dios no perdonara nuestros pecados, el Cielo estaría vacío.

Al fin el traje estuvo terminado. La madre lo guardó en una vieja cómoda que había pertenecido a su madre y no se habló más de ello durante muchos días. Hasta que una tarde el hermano Pedro les anunció el día que todos esperaban con miedo por el misterio y solemnidad con que se le rodeaba. Y a la tarde siguiente, cuando todos esperaban que sonara la campana que les abriría las puertas de la calle, el hermano Pedro mandó formar y en fila fueron saliendo silenciosamente de la clase. En la galería que conducía a la capilla había otras filas de muchachos, silenciosas y rectas. Una orden y todos comenzaron a moverse hasta fundirse en la capilla, penumbra y figuras borrosas, y a deshacerse para volverse a formar ante los confesonarios que parecían haberse escondido en todos los rincones de la nave. Le tocó confesarse con el padre García. Bostezaba y preguntaba mucho. Llegó a pensar de sí mismo que era un gran pecador. Y cuando intentó hundirse en su pena oyó como en un estertor la voz del confesor que preguntaba: «¡Más! ¿Qué más?, Y habló mucho tiempo... Después se levantó y se dirigió hacia un rincón solitario. Y allí comenzó a rezar mientras pensaba en la calle, en el sol y en los chicos que

estarían jugando, pero continuó rezando mientras llevaba con los dedos la cuenta de una penitencia que le pareció larga, muy larga. Y ya sin rezar pensó en el sol y en la noche. Se levantó y sin hablar con nadie abandonó el colegio y descendió por la calle de Guzmán el Bueno. Sin pensar en el pecado se detuvo a orinar ante un árbol y se sonrió varias veces el ver a las hormigas huir precipitadamente sin abandonar su carga.

Llegó a su casa.

–Acuéstate, hijo.

Y se fue a acostar con el deseo de dormirse pronto para no sentir el hambre. Sintió hacerse el silencio en la casa. Sólo de vez en cuando, y cada vez más lejos y menos fuerte, estuvo oyendo el aullido de un perro que parecía tener miedo a la noche. Luego nada. Y después, en sueños, escuchó risas y la voz de su madre: «Despierta, hijo, despierta que se va a hacer tarde». Creyó que soñaba y se hundió más entre la ropa vieja, blanca y caliente. Pero volvió a escuchar las mismas risas y la misma voz de antes, mientras sentía que alguien le pasaba suavemente una mano por la cara. Abrió los ojos y vio a su madre. Se levantó. El agua estaba fría. Con la ayuda de ella comenzó a vestirse. Desde la otra habitación los hermanos le miraban y reían. Cuando estuvo vestido, la madre le dio un beso en la frente y los hermanos tiraron de él hacia la calle. Aire y sol. Manolo comenzó a hacer sus ejercicios matutinos: tirar piedras a los árboles, a los pájaros, a los perros; Eduardo caminaba en silencio. Le dio envidia de su hermano Manolo y quiso imitarle, pero sintió sobre su hombro la mano de Eduardo.

–¿Por qué? –le pregunta mirándole.

–Ahora no... Luego... luego.

Y continuaron caminando hasta llegar a la puerta de hierro pintada de gris, que cruzaron para fundirse con cientos de chicos que esperaban en el patio el sonar de la vieja campana.

Manolo y Eduardo se fundieron entre los muchachos que corrían vertiginosamente detrás de un balón viejo. Por la galería paseaban con el rosario en la mano cinco figuras negras. Enrique se detuvo un momento sin saber a dónde dirigirse. Después, huyendo del polvo y de los gritos, se dirigió hacia un árbol joven en torno al cual unos cuantos muchachos vestidos de fiesta esperaban. Uno de ellos, con ojos de sueño y cara de hambre, hurgaba en un pequeño envoltorio que había sacado de uno de los bolsillos de su pantalón. Enrique mira la barrita delgada y negra de regaliz que el otro tiene en la mano.

–Dame un pedazo.

–No.

–Véndemelo.

–¿Cuánto me das?

–Esto...–y espera unos segundos.

Se cruzan las manos. El otro mira una pequeña moneda. Enrique el regaliz. Y se dan la espalda alejándose uno de otro como si ya no quisieran verse. «¿Quién podría, saberlo?», se



pregunta. Y sigue caminando hacia los urinarios, cuyas puertas pintadas de rojo parecen atraerle. Delante de una de ellas se detiene y mira hacia atrás. Después entra rápidamente y cierra tras él. No chupa. Mastica. Y sale despacio mirando al cielo, porque instintivamente tiene miedo de mirar a las figuras negras que todavía pasean.

Suena la campana.

Y se forman las cinco filas de siempre. Delante de cada una de ellas el hermano Pedro. Entran en la capilla. Flores y velas cuyas llamas oscilan como si jugaran para divertir a Dios. Hoy se puede ver el color de los ojos de la Virgen. Y el rojo vivo de la sangre del Hijo de Dios. Y los ruidos de siempre, alguien que tose, que se mueve y hace crujir las viejas maderas de los reclinatorios, pies que se arrastran buscando acomodo y las miradas severas que recorren la nave e imponen el silencio.

Y el silencio.

Hasta que de una pequeña puerta que hay a la izquierda del altar sale el padre García seguido de dos monaguillos pequeñitos y nerviosos. La misa comienza. Es una misa sencilla, como la de todos los días, porque aquí la gente es pobre y todo lujo imposible. Hasta los muchachos inclinados sobre los reclinatorios llega el eco apagado de algo dicho en latín.

El hermano Pedro, como todos los días, va haciendo correr las cuentas de un viejo rosario negro. Enrique todavía siente en su boca el sabor a regaliz. El sabor a regaliz y el arañar de su conciencia. De buena gana lloraría. Quisiera levantarse y correr. Pero sabe de antemano que no lo hará, que no podrá

hacerlo porque a su izquierda está el hermano Pedro como un mastín en reposo, pero vigilante. Mas no es esto sólo lo que le detiene: como un freno a su miedo, a su deseo de huir, están ligados recuerdos entrañables: «¿Para esto te hice el traje, hijo mío?»... Y la otra voz tan amada: «¡Perdónale, Señor, y a mí también por ser su padre!». No, no huirá ocurra lo que ocurra. Y permanece inmóvil sabiendo que el momento tiene que llegar, aunque preguntándose de vez en cuando: «¿Qué dirá Dios de todo este lío?»

La misa sigue.

El hermano Pedro tose. Y cuando los muchachos le miran hace una seña, que los otros hermanos también deben de haber hecho porque de todos los lados de la capilla avanzan hacia el altar unas decenas de niños con trajecitos nuevos. Cuando llegan ante él se arrodillan y esperan, encogidos y con caras que no dicen nada, a que llegue el momento... ¿Un minuto?... ¿Dos?... ¿O solamente unos segundos?... Enrique mira hacia su derecha sin casi moverse, y ve avanzar la figura pequeña y nerviosa del padre García... Sí, él hará lo que los demás muchachos; alzará la cabeza, abrirá la boca y cuando el padre García haya introducido en su boca con sus dedos un poco sucios, o tan sólo amarillos por los años, la Divina Hostia la cerrará dejando caer al mismo tiempo la cabeza. No hay más que hacer ni podría hacer más. Y no tiene tiempo de seguir pensando, alza la cabeza, abre la boca y espera. Sus ojos se clavan en los del padre García. Pero éste pasa rápido. Y cuando cierra la boca y baja la cabeza se da cuenta de que en su boca no hay más que el sabor casi perdido de aquel pedacito de regaliz...

El hermano Pedro sigue rezando. Su voz llega hasta Enrique como el eco de una lejana tormenta que fuera acercándose lentamente. Siente miedo y mira al Hijo de Dios.

Este mismo miedo le hace mirar a la Virgen.

Pero Jesús sigue inmóvil y la Virgen mira a donde siempre, con su distracción de años y años.

Y pasan minutos y minutos en los que sólo se ve a él mismo porque carece de valor para levantar la cabeza. Luego se da cuenta de que todos se levantan, se levanta, mira y comienza a andar detrás de los otros muchachos. En la galería un monaguillo espera al hermano Pedro. «Sigán hasta la clase y esperen en silencio». Y se va hacia la capilla. Y ellos siguen hasta la clase en donde esperan. Pero él espera más que los otros con la mirada clavada en la puerta de la que sabe que no tardará en aparecer la figura negra del hermano Pedro.

Ya.

Se miran.

El hermano Pedro le hace una seña, Enrique abandona su asiento y se dirige hacia el gigante negro.

–Sígueme.

El muchacho le sigue por la galería pegado a él, como si pretendiera esconderse en su sombra. Y así recorren la galería casi hasta el final. El hermano Pedro se detiene ante una puerta y llama. Él espera a que el misterio deje de serlo. De

adentro llega hasta ellos una voz. El hermano Pedro abre la puerta y entra, Enrique le sigue... Delante de la mesa del director espera mientras ellos hablan en voz baja. Enrique no quiere pensar. Mira y mira a un crucifijo negro colgado en la pared blanca que hay detrás del director. Después mira un mapamundi con polvo de muchos días que hay sobre la mesa. Ve América del Sur y África. Mira todo lo que le rodea menos a ellos que todavía hablan hasta que...

–Acércate, Castro –dice el director.

El muchacho avanza hacia la mesa, pero sin acercarse mucho al hermano Pedro cuyo brazo derecho parece acechar.

–¿Qué has hecho?

–Comí un pedacito de regaliz.

–¿Te das cuenta que has pecado?

–Yo no quería pecar, hermano director. Después de comérmelo me di cuenta; pero me dio miedo de lo que ocurriría si lo contaba. Dios sabe bien, hermano director, que yo no quería pecar.

–Pero, ¿has pecado?

–Sí... He pecado sin querer pecar.

–¡Has pecado! –le repite mirándole, mientras la gigante silueta negra del hermano Pedro se sitúa a espaldas de él.

–Sin querer, hermano.

–La realidad es que has pecado. Que has cometido un gran pecado al intentar engañarnos a todos... No nos hables de tu miedo... Háblanos de tu hipocresía... ¡Habla!... ¡Arrepiéntete!... ¡Pide a Dios perdón!... ¡Pide perdón!...

La voz se fue haciendo cada vez más violenta. El hombre, a medida que iba gritando más y más, se fue irguiendo hasta quedar en pie, rígidamente en pie, con la cara desencajada y los ojos fijos. Enrique le mira sin querer mirarle, hasta que siente sobre su brazo la mano marinera del hermano Pedro. Después sus ojos siguen asustados la figura negra y delgada que se dirige hasta la puerta para quedarse inmóvil ante ella como un enorme cerrojo negro y vertical. Tiene miedo y hace un esfuerzo para imponerse. Pero el miedo hace otro y domina. Huir... Huir... Pero hay algo que él no sabe lo que es, que parece haberle clavado en aquel suelo extraño de baldosines grises. Renuncia. No puede hacer otra cosa. Y cuando convencido de la inutilidad de mirar al suelo alza la cabeza, sus ojos se encuentran con los del hermano Pedro que le miran fija, terriblemente. Y le ve inclinarse sobre él como una torre inmensa que se desplomara. Un esfuerzo que hace crujir sus huesos y huye enloquecido. Y comienza a dar vueltas a la pequeña sala. El hermano director parece en su inmovilidad un personaje del Museo Grevin; el hermano Pedro se mueve lentamente. Es todo un estratega. Y un ejecutor implacable del castigo divino. Enrique ve cortado su camino. Pero el detenerse ya no depende de él: el miedo le empuja. Una garra le detiene en su angustiosa carrera. La tela azul con rayas blancas cruje al romperse por el hombro. Las lágrimas se

agolpan en sus ojos desorbitados Quiere llamar a Dios para que le defienda, pero no tiene tiempo.

Un golpe.

Otro.

Muchos.

Mira desesperadamente hacia la puerta con la ilusión de encontrar un camino para huir. Pero allí está la sombra negra, como un cerrojo vertical, que parece sonreír.

Los golpes continúan inexorablemente, como si el pecado se resistiera a hacerse pedazos, polvo, nada.

Ya no los cuenta porque ha perdido la cuenta. Aprieta los dientes y hunde la cabeza en su pecho en busca de refugio. «¿Cuándo acabará todo esto?». Los golpes siguen marcando el tiempo. El tiempo parece no tener fin. Todo empieza a desaparecer ante sus ojos y nota que se va hundiendo en algo que no sabe lo que es. «¿Dónde estará Dios que no sujeta esas manos?». Y un golpe, el último, que hace sentir a su cara ensangrentada el frío de aquel piso neutral y gris.

Tiran de él.

La verticalidad es difícil. Es como un árbol joven en medio de la tempestad. Le arrastran hasta la puerta, hasta la galería. Siente que le están mirando. Y se levanta. Y comienza a andar en un equilibrio grotesco. Pero la garra de antes le detiene. Junto a su oído el jadeo de un gigante y... «Vete. Y di a tu

madre que venga mañana a hablar con el hermano Director». Y un empujón que le coloca ante la pequeña puerta de hierro que da a la calle. El viejo portero mira a los dos y murmura: «La casa de Dios debe estar limpia de pecado». La puerta se cierra a sus espaldas. Y comienza a andar. Mientras camina mira de reojo su hombro izquierdo: la blusa marinera está herida de muerte. Tiene pena y ganas de llorar. Pero sigue caminando sin llorar y con su pena.

«Ahora al Infierno».

«Si pudiera hablar con Dios para explicárselo».

Pero en la imposibilidad de hacerlo, se limita a rezar. «Por si hubiera quedado algo de pecado» se dice recordando los golpes. Las viejas acacias parecen comprender su pena y sentir pena. De vez en cuando se pasa violentamente la mano por la cara para apartarse las moscas que buscan el pan en su sangre.

Su madre.

Se miran.

Y él comienza a hablar en voz baja y muy despacio contando todo y sin olvidar los golpes.

—¿Por qué lo has hecho, hijo mío?

Silencio y pena.

No ha vuelto más allí. Mucho del tiempo libre lo pasa sentado y serio bajo la acacia amiga que azotan los vientos de

dos calles. A veces se dice: «Si yo pudiera hablar con Dios»...  
Sonríe... «Dios debe estar muy ocupado».

El odio comenzó a crecer hacia abajo y hacia arriba; raíces hondas y afán de arañar el cielo. La acacia dándole sombra y mirándole sintió pena y ganas de llorar.



## Capítulo II

### LA MUERTE DE LOS AÑOS VERDES

Enrique jamás imaginó que su vida tendría que ser como había comenzado a ser. Porque era ahora cuando de verdad comenzaba, en el preciso momento en que un pequeño pecado y un gran castigo había puesto fin de una manera prematura y brutal a su vida de niño, creando en él un nuevo estado de conciencia. Y llegó a la conclusión de que no le quedaba otro remedio que empezar a ser hombre cuando aún le gustaba jugar a los soldados y pegarse con los otros chicos del barrio, Y, con la figura del hermano Pedro grabada en el cerebro, decidió que su aprendizaje de hombre tenía que comenzar así: llevar pantalones largos, trabajar y fumar. Lo demás vendría después.

\* \* \*

«Debemos ponerle a trabajar» escuchó decir a su madre un día. Y responder al padre con un acento de extraña amargura: «Piénsalo bien, María, aún es un niño»... Y fueron pasando los

días en espera de lo que tenía que llegar. Estos días, «mis primeros días de obrero parado», como los llamará años después, le sirvieron para pensar y soñar en muchas cosas, casi siempre bajo la sombra de la acacia amiga, que fuera testigo de las ilusiones y desengaños de muchas generaciones. Acostumbraba a soñar Enrique con una inmensa fábrica, con fraguas cuyas llamas casi llegaban al cielo, con máquinas gigantescas y hombres tan grandes como ellas, vestidos de azul y con las manos negras, con un ruido como de montañas que chocaran entre sí y que hiciera estremecer su alma. Soñar que estaba en una fábrica así era para este muchacho ansioso de llegar a hombre como estar en el cielo. Pero no en el cielo de que hablara el hermano Pedro, sino en un cielo extraño y distinto, lleno de ritmo y fiebre, de voces y gritos, con interminables columnas de humo que ocultaban el sol y con una música bronca, como el ruido de una tempestad que abarcara continentes.

En este mundo en el que vivía por unos instantes se sentía a gusto porque no existía ninguna de aquellas sombras de túnicas negras, baberos blancos y almas retorcidas.

«En la vida de cada hombre debería ser obligatorio el soñar de vez en cuando», pensaba Enrique una y otra vez.

Pero...

Su madre tenía una tía carnal, la tía Dorotea. Era pequeña y dulce, y viuda de un sargento de la Guardia Civil. Una viejecita que cuando hablaba de su vida, acostumbraba hacerlo con un tono triste y como de lejanía. Su vida en aquel entonces se

limitaba a rezar, hablar bien de su hijo y mal de su nuera, a cobrar la pensión que le había dejado «el difunto» y a dormirse en muchos momentos del día en un viejo sillón de terciopelo oscuro y sin pelo. Dormía con un sueño tranquilo que daba la impresión de que se hubiera ido muy lejos y que en el viejo sillón quedara una ilusión óptica. El único hijo de la tía Dorotea se llamaba Marcos, era sastre y tenía un pequeño taller en la Travesía de San Mateo. Estaba casado con una antigua criada, Micaela, alta, tetona y guapa, que aumentaba a un ritmo por encima de lo normal la tuberculosis crónica de su marido. Los padres de Enrique debieron pensar, a pesar de la tradición familiar, que un taller o una fábrica metalúrgica pudieran representar para el muchacho el mismo infierno del que hablaba el hermano Pedro. Y el niño, empujado a ser hombre demasiado pronto, fue a parar con sus huesos al pequeño taller de sastrería de su primo, en el que unas cuantas muchachas limpias y sucias cantaban viejas canciones de amor y desengaños, se contaban sus aventuras amorosas y en el que las únicas máquinas eran dos pequeñas «Singer» y por herramientas, agujas y tijeras.

El taller era una habitación cuadrada con una mesa rectangular en el frente, en la que el maestro cortaba y planchaba; luego, a un lado, había un estante grande y enfrente de éste un armario con muchos ganchos de los que se colgaban las prendas ya terminadas, que al moverse parecían muertos todavía no bien muertos.

Delante de la mesa del maestro había otra pequeña y redonda donde habían hilos, agujas, botones y tijeras y

alrededor de ella cinco sillas para las gentes que constituían el personal del taller.

Eran cuatro mujeres y Enrique.

Catalina, la primera oficiala, era bajita y regordeta. Odiaba el oficio y se volvía loca por los hombres. Era muy dada a hablar y a contar sus aventuras de cada atardecer. No duró mucho en el taller: un día tuvo un descuido y se marchó «para que no le echaran en cara su deshonor». Había dos ayudantas: Rosa y Pepa, Una era delgada y un poco coja. La otra un ama de cría en potencia. La primera odiaba a la segunda, sobre todo cuando se miraba su pecho sin relieve; la segunda odiaba a la primera porque según ella «no aguantaría el primer parto». Pero a pesar del odio que se tenían, siempre estaban de acuerdo en servir de alcahuetas a Catalina que, a cambio de ello, les daba lecciones teóricas de «cómo amar sin parir». Seguía después una aprendiz adelantada. Y, por último, Enrique que hacía los recados y aprendía a enhebrar agujas, hilvanar, quitar hilvanes, pegar botones y picar cuellos y solapas. Aquí realizó su primer curso de anatomía elemental con prácticas a flor de piel sobre la piel de Catalina y de sus ayudantas. Con la otra no había manera: era medio tonta y tenía cosquillas.

Entre sus pequeñas obligaciones tenía la de comprar todas las mañanas un litro de leche y subírselo a la «maestra», que vivía en un interior de la casa de enfrente del taller. Cada mañana, cuando Enrique subía la leche, se la encontraba en la cama. Despierta unas veces, dormida otras y no pocas haciendo que dormía. Y casi siempre con el pelo suelto, los

brazos al aire y al aire también el comienzo de algo que provocaba sequedad en la boca del muchacho y un calor de desierto en su cara. Cuando le hablaba lo hacía bajito y dulcemente; y no pocas veces Enrique la oyó decir: «Acércate... ¿No te das cuenta de que no oigo lo que me dices?». Pero nunca se acercó. Tenía ganas de hacerlo y al mismo tiempo miedo, un miedo atroz de estar cerca de aquella carne blanca.

La deseó y la odió desde los primeros días.

Era un deseo impreciso, más de curiosidad por ver que de hambre de carne. Y un odio infantil, sin veneno, pero con asco.

En este ambiente Enrique se fue haciendo un muchacho triste: su comienzo había sido una desilusión, pero siguió soñando. Y comenzó a fumar, a mirar a las chicas y a las grandes, y a leer novelas alquiladas por cinco céntimos en un kiosco de la Plaza de Leganitos, a un viejo que sabía muchas cosas y que como a los muchachos le gustaba leer para ayudarse a soñar. Pero esto no atenuaba su odio, lo adormecía nada más. Y continuó el pasar de los días... Hasta que supo de otro pecado que, como el anterior, le salió al encuentro.

Fue una mañana que su primo Marcos había salido y que le mandaron a pedir dinero a la «maestra» para comprar unos botones. Atravesó la calle en la que el sol no se atrevía a descender de los tejados, cruzó el portal con su viejo olor a humedad y, después de subir unos cuantos escalones, llegó hasta el corredor en el que había silencio, mucha ropa vieja tendida y pequeñas puertas. Llamó en una de ellas como siempre, con timidez. Nadie contestó. Después de esperar unos

momentos levantó el picaporte y empujó. Penumbra, Solo de detrás de una cortina que ocultaba la alcoba, algo así como un ruido que viniera de muy lejos, pero un ruido anormal, extraño para él, algo así como un quejarse y no quejarse. La curiosidad le fue empujando hasta allí, hasta la cortina. Y miró: estaba ella tendida de espaldas sobre la cama, mostrando sus piernas hundidas en unas medias negras que transparentaban su carne blanca, más arriba la carne blanca sin disimulos y, sobre ella, una sombra que casi la cubría. Y un gemir como de gentes que lloraban angustiosamente... Luego... Un levantarse lento de él; y de ella también para sentarse en el borde del lecho; y el arreglo holgazán del pelo, el lujurioso estirar de las medias; el pudoroso bajar de las enaguas y un beso largo y la sombra que salió empujándole bruscamente a un lado...

–¿Qué haces aquí?

–Vine a que me dieras dinero para comprar unos botones...

Se quedó pensativa unos momentos, con su belleza animal inmóvil, mirando al muchacho que la miraba.

–¿Qué has visto?

.....

Rompió a reír ella con una risa nerviosa y fuerte. Luego se fue acercando al muchacho sobre cuyo hombro puso el brazo largo y blanco para ir tirando de él hasta el borde de la cama, en donde le sentó, sentándose a su lado. El olor a carne y sudor, se fundió con el miedo de un niño.

–¿Es esto lo que has visto? –preguntó enseñándole el comienzo de sus piernas.

–Sí...

–¿Y esto? –y le mostraba su escote sin llegar a lo hondo.

–Sí.

Lo atrajo hacia ella. Y rozó sus carnes cubiertas de ropas y desvergüenza con la otra carne joven y asustada.

–Al primo Marcos no le gustaría saber que tú sabes esto...  
¿Se lo dirás?

Salió a la calle y siguieron pasando los días.

El sábado al pagarle el jornal de la semana, su primo Marcos le dijo que no volviera más. No hubo escándalo. Se fue sin decir nada, sin mirar hacia atrás, y sin prisas subió por la calle de Fuencarral hasta llegar a la Glorieta de Bilbao. Luego continuó por los bulevares hasta llegar a un banco de piedra que había enfrente de su casa y en él se sentó para ver pasar la gente. Mirar a la gente era para él un entretenimiento y una escuela. Pero de vez en cuando dejaba de mirar para acordarse de lo que había visto en aquel cuarto de penumbra.

\* \* \*

La madre no quiso averiguar el motivo. Posiblemente pensó que en el mundo se había cometido una injusticia más, pero si lo pensó nunca lo dijo en voz alta. Y se dio a buscar entre sus amistades alguien que supiera de algo «para que el muchacho no se le hiciera un golfo»... Enrique entró a trabajar a un taller de mecánica de precisión que había en la calle de Leganitos. Era su dueño un tal José Berdala que a fuerza de trabajar se había vuelto rico y tuberculoso. El maestro Berdala tenía una mujer pequeñita de la que decían que llevaba postizos los pechos y también una parte del pelo. Y un hijo al que llamaban Pepito, que repartía sus horas del día en trabajar lo menos posible en el taller, estudiar canto, ir a las funciones del Teatro Real, hacer el amor a las criadas de la vecindad y en curarse una gonorrea crónica. Tenía, además, el maestro Berdala, un Ford, modelo T, dos escopetas y un perro, pues era aficionado a la caza, Era bueno el hombre, tan bueno que fue el único patrón de los que Enrique tuvo al que recordó siempre con un afecto profundo. Eran pocos los obreros que allí trabajaban: Dionisio, que era el primer oficial y que hacía de encargado en las ausencias del maestro. Un buen tipo: humano, trabajador, putero, bailador de estampa y fama en las calles del Humilladero y sus alrededores. El segundo oficial era un tal Pedro, ex jesuita y ex relojero. Un hombre flaco, cetrino y taciturno, lleno de envidias y rencores. Vivía en una pensión de la calle de Jacometrezo, entre prostitutas sin cartillas y hombres de letras sin relieve. No se sabía si tenía familia o no. Al parecer el mundo de él era él. Era cumplidor en el trabajo, que no abandonaba sino para ir al excusado a realizar ciertas manipulaciones que dejaban como huella de su paso algodones y un olor que hacía llorar.



Había además, dos ayudantes y Enrique que comenzaba. La vida a pesar de ser distinta a la de antes no era todo lo que Enrique había soñado.

Aprendió a hacer tornillos y tuercas; después conos, husillos y muchas cosas más. Supo cómo duele la carne quemada cuando para «bautizarle» le hicieron tomar con sus manos un hierro ya negro, pero todavía ardiendo. Y supo, sintiéndose hombre, lo dentro que duele una bofetada que le dio el tal Pedro «para que se diera cuenta de una vez que no todos éramos iguales», y a la que Enrique respondió con un «hijo de puta» y el intento de clavarle un rascador en las ingles...

Trabajó con ahínco.

Pero, a pesar de todo, fueron dos años sin relieve.

Enrique se hizo gran amigo de Dionisio que, aparte de enseñarle el oficio, le enseñó a conocer un mundo hasta entonces desconocido. Fue un domingo en que le llevó a visitar a sus «amistades». Estas amistades eran unas golfas de profesión que vivían en la calle de la Paloma, y que les recibieron como «gentes de casa»: medio desnudas, en chanclas, con el pelo revuelto y con olor a carne muerta y a agrio. Pero, eran simpáticas y sinceras. Hablaban del amor como un oficio que daba asco o del amor como una tragedia agradable, horrible e interminable. Eran tristes hasta cuando se reían. Allí conoció Enrique a otro tipo de profesional del vicio: hombres de gesto sombrío, andar estatuario, exigencias monetarias y caricias con algo de limosna. Después de estas visitas, Dionisio hablaba al muchacho y, sobre todo, le

aconsejaba: «Conociendo esta vida no entrarás en ella... Ellos y ellas son pus y sífilis». No se daba cuenta Dionisio de aquel mirar de Enrique a aquellas carnes que llevaban la muerte dentro.

A los dos años de estar con Berdala, Dionisio tuvo la posibilidad de un trabajo mejor en la casa Vilaseca y Ledesma, en la calle de Caballero de Gracia, en el 56; y con él se fue Enrique.

Aquí tuvo su primera novia. Se llamaba Pilar y era sobrina de los porteros, un ex guardia civil y una mujer gorda y mohína, que hacía al marido barrer las escaleras y el portal. Era guapa y golfa la muchacha, y un poco mayor que Enrique. Prefería a éste porque según decía «era peligroso jugar al amor con los hombres ya hombres». Acabó de golfa en una calle de las cercanías. A Enrique no le hizo mucho efecto: continuó leyendo novelas, fumando, escuchando a Dionisio sus aventuras domingueras y trabajando silencioso y terco. Cada tarde, cuando salía de trabajar tomaba un rumbo cualquiera y caminaba despacio y curioso por alrededor de ruidos, vértigo y pecado: las calles de Peligros y de la Aduana. La primera era una calle de ruidos, luces y gente. La segunda triste y con aires de encrucijada, en la que había mujeres de todas las razas y de todos los precios, en grupos y pegadas a los quicios de unos portales de luz mortecina, en los que se veía siempre el comienzo de unas escaleras empinadas y estrechas. Iban llamativamente vestidas y escandalosamente perfumadas, lo que no impedía que olieran a humedad y esperma. Enrique acostumbraba caminar por esta calle lentamente, mirando a todo y a todas... Había que aprender para cuando llegara el

momento... Después de un gran ver, cabizbajo y triste, se encaminaba a la calle de la Montera: luz, ruido y el pasar ininterrumpido de gentes aparentemente normales. Aquí el niño volvía a encontrarse. Y bajaba casi sonriendo hasta la Puerta del Sol que le parecía el escaparate mágico de un pueblo. Le gustaba mirar el reloj de Gobernación, al vendedor del Calendario Zaragozano, al que vendía gomas para los paraguas, al que voceaba los diarios de la noche, a una vendedora de lotería, bajita, patizamba y tuerta, que siempre ofrecía el «gordo», a toreros sin toros, a cómicos sin candilejas, a paletas y guardias... Más tarde tomaba un tranvía para bajarse frente a la estatua de Argüelles y hundirse en la pequeña casa de techos inclinados y miserias disimuladas.

De estos caminares no hablaba con nadie.

Hasta que se aburrió y cambió de itinerario.

Lo hizo un sábado. Llegó primero hasta la Red de San Luis y se dejó ir por la Gran Vía y luego por la calle Ancha de San Bernardo, para hundirse después en una calle casi sin luz, llena de sombras y atracción de pecado, que después supo que se llamaba de la Parada. Al principio sintió miedo y hubiera preferido desandar lo andado. «Los hombres no tienen miedo», se dijo con miedo. Y continuó su andar, casi tropezando con los horizontes de aquel callejón que parecía el gran retrete de un millón de gentes. Aquello era un hacinamiento de pequeñas casas en ruinas, de portales sin puertas, de mujeres sin dientes, de enfermos de soledad y de «amor», de perros escuálidos y de mendigos y alcahuetes De vez en cuando un farol con complejos de Celestina. De cuando

en cuando también voces o risas, o un insulto que rebotaba en las casas y hacía estremecer a los hombres.

Siguió caminando seguido por su sombra.

Hasta que sintió que alguien le tiraba del brazo como queriendo hundirse en aquel infierno... Corrió... Pero unos metros tan sólo. Después recuperó el viejo ritmo, sintiendo el deseo de desandar lo andado para golpear en aquella boca que gritaba su miedo entre carcajadas e insultos, pero continuó caminando, esta vez con el deseo de que «alguien» le volviera a tirar del brazo. Pero no para huir: para entrar. Había que entrar para ser hombre. Y decidió entrar porque empezaba a odiar sus pocos años. Ni pensaba en más, ni quería pensarlo. Lo que pudiera ocurrir dentro no le importaba mucho. Lo esencial era cruzar el dintel de cualquiera de aquellos quicios, de cantos descarnados y enfermos de tiempo...

Sintió el tirón.

Habló ella.

Él miraba solamente.

Vio que era vieja, después una boca desdentada, harapos de colores sobre una carne sin relieve y olor a alcantarilla. Luego miró por encima del hombro de aquella mujer como queriendo descubrir de un golpe todo aquel escenario de horror: y su mirar tropezó con una sala de trapos colgados de unas cuerdas que convertían la sala en varias habitaciones; y unos camastros de hierro y, sobre ellos, unos colchones con rayas rojas y amarillas; y a un lado de cada cama un esqueleto de hierro, y

sobre él, una palangana y un trapo sucio por su uso interminable y colectivo: y colgada de la pared una palmatoria y una vela encendida; y unas paredes con miles de manchas de miles de hombres de varias generaciones, que se mostraban como la radiografía de un cáncer inmenso... Apartó la vista de aquello y la volvió a mirar...

–¿Cuánto?

–Una peseta.

–¿No es mucho? –preguntó con timidez.

–¿Es que no te gusta?

–Eres terriblemente vieja...

–Pues vete... ¿Qué quieres por una peseta?

–Tienes razón.

Se sonrió ella. Y entraron... Ya en la «alcoba» la mujer se dejó caer sobre el camastro con un gesto de cansancio infinito y esperó mirando al techo... «¿Cómo empezar?», se preguntó Enrique. Se liberó de la chaqueta y se quedó estúpidamente quieto... «Date prisa que no me has alquilado por horas». Sintió vergüenza. «Hay que acabar pronto... Ya»... Ella encendió la colilla de un cigarro, se arremangó las faldas y abrió las piernas. Y quién sabe en qué se pondría a pensar. La noche pareció hacerse más noche.

Sobre ella el humo del cigarro y él. Y ni una palabra de ninguno. Sólo después de unos segundos algo así como un gemido que parecía anunciar a aquellas paredes que un niño había dejado de serlo, se desprendió de él. Ruido de agua en la palangana y la mirada fija del chiquillo en aquella breve lección de higiene. Luego la voz de ella. «Paga». Mientras se buscaba el dinero en el bolsillo escupió varias veces, la dio una peseta mientras se ponía la chaqueta bajo una mirada rencorosa. Y comenzó a caminar hacia la puerta. Le seguía la mujer como un perro escuálido y sarnoso con la esperanza de algo más... «¿No me das propina?... Por lo que te he hecho gozar». Él se llegó en silencio hasta la puerta en donde se detuvo. Se limpió el sudor que le corría por la frente, al mismo tiempo que con la otra mano se agarraba desesperadamente al marco de madera... Sintió una enorme náusea y algo así como si todo aquello quisiera desaparecer... Y comenzó a vomitar. Le empujó furiosa hasta la mitad de la calle. Él comenzó a alejarse sin protestar. A sus espaldas llegó un grito como de la propia muerte. «Hijo de puta... Ojalá la sífilis te deje ciego». Volvió a limpiarse el sudor.

Momentos más tarde se detuvo al lado de un farol y muy despacio, como si resucitara, sacó un cigarro y lo encendió. Unas chupadas y vuelta a escupir. Y otra vez anda que te anda, Pasó por delante de una pareja de guardias, sintió que le miraban hombres y mujeres, perros y restos humanos que entre las sombras suplicaban una limosna.

«Había que hacerlo... Alguna vez había que hacerlo».

–Muy tarde vienes, hijo.

–Hubo que terminar algo...

Dejó sobre la mesa el salario de la semana y se sentó.

–¿Te sientes mal?

–Un poco...

Notó que su madre se acercaba, Y sintió miedo: de que oliera su pecado y de que sus manos pudieran tocar la carne que había rozado aquella otra carne podrida.

–Me voy a acostar –dijo mientras huía.

–Vete con Dios, hijo.

Entró en la pequeña alcoba, se desnudó y hundió en aquella miseria blanca. No quería pensar, pero le era imposible. Como una maldición llegaba hasta él el eco de aquella miseria humana: «Ojalá la sífilis te deje ciega»... Tuvo miedo... Para olvidarse de todo se dedicó durante unos minutos a mirar al cielo, a través del tragaluz. Después se cansó de mirar e intentó dormir. Hasta él llegaban los ruidos del trajinar de su madre en la cocina y el respirar tranquilo de los que no habían pecado. Con el rebozo de la cama se limpió los labios hasta hacerse daño... «Qué difícil es ser hombre... ¿Por qué Dios no impide estas cosas?». No supo encontrar una respuesta que le dejara satisfecho.

Cerró los ojos.

Luego se durmió.

Por el pequeño tragaluz las estrellas estuvieron velando su sueño durante varias horas.



## Capítulo III

### LOS DÍAS GRISES

El invierno comenzó demasiado pronto. Las acacias del antiguo Paseo de Areneros se despojaron bruscamente de sus hojas amarillas y se vistieron de tristeza mostrando sus cuerpos retorcidos y esqueléticos. Los rostros de los padres de Enrique se fueron oscureciendo, acentuándose en ellos las arrugas que eran como las cinceladas de su tragedia. El padre salía todas las mañanas en busca de trabajo y con la esperanza de encontrarle. Y unos minutos más tarde lo hacía la madre que atendía la limpieza de las oficinas del Banco Central. Los hijos, uno a uno y cada cual por su camino, salían al trabajo o a buscarlo y encontrarse con ese frío de Madrid que se clava en los huesos, que hace andar encogidas a las gentes y solitarios los atardeceres.

Cada día era igual.

Y no hay peor cosa que los días iguales.

El menú familiar era inmutable. Cuando al mediodía o por la noche se sentaba en torno a la mesa–camilla, en cuyo vientre

agonizaba un pequeño y viejo brasero de metal, se hacía un silencio angustioso en el que sólo parecía oírse el respirar del hambre. Mientras tanto diez ojos y cinco estómagos jóvenes se entretenían viendo al padre cortar el pan en rebanadas y a la madre llenar los platos de algo demasiado líquido y humeante. Unos días tocaba sopa de ajo, otros lentejas o judías blancas, otros más, cocido al mediodía y el sobrante cuando sobraba por la noche; y muchos días, en el tiempo de calor, que parece ser que el hambre es menos hambre, uvas blancas o negras y un pedazo de pan. Cuando el padre terminaba de cortar el pan escudriñaba con su mirada dulce y cansada los ojos de los cinco hijos. Él lo comprendía. Comprendía cuánto significaba el que a aquellos muchachos se les estuviera olvidando reír. Después la miraba a ella, enlutada y sombría y en cuyo pelo ya había caído la primera nevada del tiempo, que cada día hablaba menos. Y terminaba inclinando la cabeza para no ver y para que no le vieran. Y la vieja cuchara de palo con la que tanto le gustaba comer, subía y bajaba con ritmo y una mística casi trágica.

Sólo cuando notaba en la cara de sus hijos el aburrimiento de sus estómagos, pedía a la mujer una guindilla y se la iba ofreciendo a cada uno de ellos mientras que murmuraba más que decía: «esto abre el apetito». Y luego, al darse cuenta de que su ofrecimiento no era una atracción para nadie, cortaba, dejando caer en su plato, pequeños pedacitos que aceleraban el bajar y subir de la vieja cuchara.

Después y siempre una sobremesa silenciosa.

Y en las noches un acostarse en el que cada uno parecía una sombra.

Y una oración murmurada y plena de fervor: «Gracias a Dios por tanto favor como nos hace».

Cada noche Enrique miraba a los ojos del padre. Y en su tristeza comprendía que no había tenido suerte. Luego su mirada se detenía en las manos de su madre para ver una piel tersa como si fuera a romperse de un momento a otro. Eran unas manos que parecían una reminiscencia del Greco: quemadas por la lejía y cortadas por el frío, sin grasa ya, piel y huesos solamente, pero a las que la tragedia de su vivir no habían podido quitarle cierta y extraña aristocracia.

Y días y días.

Y sopas de ajo. Y lentejas. Y...

Y sobremesas calderonianas.

Enrique decidió hablar con su madre. Era demasiado grande el dolor en que vivía para resignarse. Y un día que estaban solos la apartó suavemente del fogón, la empujó con cuidado sobre una silla y la miró a los ojos. En el rostro de la madre se reflejaba la sorpresa. Eran algo nuevo para ella estos momentos de ternura: como sus hijos, quería sin acariciar.

–¿Qué es lo que quieres?

–Que hablemos, mamá.

Le miró y cruzó las manos sobre su vientre. Hubo un momento en que el muchacho creyó que le faltarían fuerzas para comenzar. Le impresionaba aquella mirada fría que salía

de una sombra enlutada. Pero era necesario hablar. «¿Tendrá paciencia para escucharme?». Y habló. Y lo hizo despacio, en voz baja, con pausas de amargura y buscando siempre en los ojos de la madre algo que le animara a seguir hablando. Le habló de sus arrugas, de sus manos, del padre, de aquel levantarse cuando el día aún no era día para salir antes de que los demás se levantaran y para regresar ya muy noche, cansado y triste, cuando ya todos dormían o pensaba que dormían para que nadie viera su pena. Y de aquel comer tan sólo para engañar al hambre. Ella sólo le interrumpió tres veces. Una, cuando le habló del padre, le miró y movió brevemente los labios: «Tu padre es muy bueno, no lo olvides nunca». Sólo cuando le oyó decir que había que luchar todavía más, la vio transformarse, mirarle fijamente y con rabia, y decir como lanzando un reproche: «¿Acaso crees que tu padre y yo no luchamos bastante para vosotros?». Hubo un momento en que los dos se miraron segundos y segundos en silencio, como si cada uno de ellos quisiera decir sin decirlo que estaban hartos de hablar y de escuchar...

–¿Por qué no habla usted con su hermano Agustín? Si nos diera trabajo...

–Sí... quizá mañana marcharíamos un poco menos mal.

Su hermano Agustín era el maestro electricista de los Teatros Reina Victoria y Eslava y había logrado la contrata del teatro Alcázar. Era el mayor de todos ellos. Con enormes sacrificios pudo terminar la carrera de perito electricista. Y como tal estuvo en América con la compañía de doña María Guerrero. Enrique abrigaba la esperanza de que su tío, que conocía la

situación por que atravesaban, les diera trabajo, y con ello la posibilidad de atenuar la miseria de su hermana y de ellos que sin duda habría de dolerle.

Quiso seguir hablando.

–Estoy cansada, hijo.

Enrique se levantó de la silla y la pasó la mano por su pelo blanco. Ella retomó al fogón, al trajinar monótono de todos los días. Él, sin saber ya qué hacer, se dirigió a la ventana que daba al patio y pegó su frente contra los cristales helados. Se sintió mejor, Y así, inmóvil, estuvo pensando durante mucho tiempo. En el frío y en la noche primero, en su padre después. Le parecía estarle viendo caminar despacio y con la cabeza inclinada por las calles heladas y oscuras de la ciudad, haciendo tiempo para llegar tarde y que nadie pudiera mirarle a los ojos y ver que ese día tampoco había tenido suerte. Porque él, y qué bien lo sabía el pobre, era lo que se llama «un hombre sin suerte» que no quería confesarlo. Y así estuvo mucho tiempo hasta que llegaron todos los hermanos y cenaron. Luego se fueron acostando uno a uno. Él se entretuvo viendo cómo su madre echaba unos carbones al hornillo, cómo los cubría con ceniza para que se conservaran más tiempo y cómo encima de ellos ponía el puchero y en la mesa un plato, agua y la vieja cuchara de palo. Luego la vio irse silenciosa para hundir su sombra en la sombra negra de la habitación a oscuras.

Enrique había decidido esperar a su padre.

Dando las doce campanadas en el reloj de la iglesia del Buen Suceso, que segundos después repetía el reloj del Colegio de los Jesuitas, llegó.

–Buenas noches...

–Hola, papá.

Vio cómo se quitaba el viejo sombrero y el abrigo todavía con la escarcha de la noche y cómo dejaba en el mismo rincón de siempre el bastón, más de campo que de ciudad, compañero inseparable de todas sus andanzas.

Le vio entrar después en la cocina y mirar al fogón. Estuvo unos momentos sin moverse: después, sin prisas, llevó el puchero a la mesa y se fue a sentar donde siempre, en la silla del rincón. Al fin comenzó a comer. Enrique le miró una vez más. «El viejo sufre demasiado». Y al murmurar esto pensó que le quería un poco más que cuando llegó. Y lo pensó al ver su cabeza intensamente blanca, sus ojos tristes y su bigote caído sobre aquella boca que era un mundo de amargura. Cuando terminó de comer sacó como siempre su petaca, su librito de papel de fumar (que tenía en la tapa una bicicleta) y las cerillas y comenzó a liar un cigarro que le salió como de costumbre, delgado de las puntas y grueso en el centro. Y una llamarada.

Y una bocanada de humo que fue a perderse en el techo. Enrique sintió en sus ojos y en su garganta el picor de aquel tabaco que arañaba. Más tarde, entre la primera y la segunda chupada, el «Gracias a Dios...»

Creyó Enrique que era el momento de comenzar.

Pero siguió callado.

Y se conformó con seguir mirando al viejo en su silencio que de vez en cuando rompían las campanadas de las iglesias cercanas, el aullar de un perro con hambre y con frío o los golpes secos del chuzo del sereno sobre las piedras de las aceras del viejo paseo.

–¿Nos acostamos, papá?

–Sí.

Se levantaron casi a un tiempo.

–Hasta mañana.

–Si Dios quiere, hijo.

Enrique le dejó pasar. Y le vio entrar un poco hundido en la alcoba y sintió ganas de tomarle del brazo, volver a llevarle a la cocina, sentarse frente a él, mirarle cara a cara y preguntarle algo acerca de Dios, porque sólo con su padre tenía la confianza suficiente para hablar de algo que le hacía vivir sin equilibrio y sin tranquilidad. Pero no se atrevió. Cuando pasaron esos segundos de indecisión se alegró de no haberlo hecho porque hay cosas que es mejor ignorarlas y otras que es preferible creerlas o no, pero no enredarse en ellas. Y además, le hubiera dado pena hacer conocer a su padre sus desdichadas dudas.

Ya en la cama se arrepintió de no haber hablado.

Porque le hubiera gustado hablar. Y haber podido rezar después... Vivió unos segundos sin pensar en nada. Después pensó en que era muy tarde, en su hambre y en que dormido el hambre no muerde.

Y poco a poco, pensando cómo podría ser Dios, se durmió.

\* \* \*

La vida se hacía cada vez más difícil.

De todos ellos sólo trabajaba el hijo mayor, Concha y la madre que seguía fregando los pisos de las oficinas del banco. En dinero: ocho pesetas con cincuenta céntimos para siete bocas y el alquiler de la casa que era de ochenta céntimos diarios. Eduardo y Enrique habían perdido sus colocaciones porque tenían que perderlas: pedir aumento de salario era para muchas gentes el octavo pecado capital.

Eduardo salía muy temprano de casa. Primero acompañaba a su novia, Menchu; cuya madre tenía una vaquería en la ronda del Conde-Duque, en el nueve, a hacer el reparto de los alrededores y después se iba a buscar trabajo quién sabe por dónde. Enrique salía un poco más tarde. Se entretenía unos minutos con los hijos del señor Manuel, el peluquero, y luego a entrar en talleres y más talleres, con cierto aspecto de mendigo en busca de trabajo que era pan. Por las tardes cada cual salía cuando quería y se perdía por la ciudad. La tarde no era buena para buscar trabajo. Enrique casi siempre se dirigía a unas explanadas que había cerca, a ver hacer la instrucción a los



soldados y a que pasara el tiempo. Y otras tardes al Parque del Oeste. Viendo a los reclutas hacer la instrucción sufría. Le hacían sufrir los gritos de unos cuantos sargentos que parecían generales. Sólo había unos minutos de tranquilidad y envidia: eran los del descanso, cuando los soldados desperdigándose en todas las direcciones se acercaban a unas mujeres muy pobres y muy limpias para comprar chucherías que comían rápidos y entre risas. En aquella explanada había, sin embargo, cada tarde su pequeño drama que hacía maldecir a Enrique: en un lugar apartado se movían indecisos y torpes una veintena de soldados hostigados por los gritos de los instructores. Era el «Pelotón de los Torpes» para los que no había descanso ni respeto. En aquel grupo vio Enrique algunas tardes a hombres muy hombres con lágrimas en los ojos, frente a un sargento pequeño y gritón que durante tiempo y tiempo les hacía caminar a paso ligero, dar medias vueltas, variaciones a un lado y otro... Allí escuchó Enrique insultos que obligan a los hombres a matarse cuando no son soldados.

Un día dejó de ir.

Dejó de ir por aburrimiento. Él esperaba cada tarde que alguno de aquellos soldados del «Pelotón de los Torpes» pateara a aquella miniatura de hombre que los mandaba y atormentaba; y al ver que esto no ocurría no volvió más. Y se dedicó a ir al Parque del Oeste en donde se sufría menos y se entretenía más. Los lugares públicos son siempre una gran escuela. Con la ventaja de que no hay profesores que griten y peguen. Aprendió a jugar a «la treinta y una» en aquellas barquilleras pintadas con los colores nacionales y a no perder nunca, a jugar a las «chapas», a las «siete y media» y al «cané»,

a pegarse con muchachos que casi eran hombres. Y amplió su gran colección de insultos y blasfemias. El Parque del Oeste por las tardes era un pequeño y extraño mundo de golfos y tahúres, de soldados y niñeras, de guardas que hacían la vista gorda y de parejas románticas que al anochecer dejaban de serlo, de obreros parados y de estudiantes que no estudiaban y de señoras, que mientras sus niños jugaban, se dejaban hacer el amor por cualquiera de aquellos residuos sociales.

Había días que Enrique no aparecía por allí.

Eran los lunes y martes de cada semana en que su madre iba a lavar ropa ajena al lavadero del señor Eustaquio, allá al final de la calle de Galileo. Enrique ayudaba a su madre a llevar la ropa, a cuidarla cuando la ponía a secar en el tendedero y a llevarla a casa ya al caer de la tarde.

Era el lavadero un gran solar en el que había una nave con pilas de cemento en doble fila y mujeres jóvenes y viejas, que enseñaban los pechos y las piernas en aquel trajinar de esclavos, y que cantaban y maldecían por igual; y el tendedero era como un bosque de palos clavados y con gruesos alambres que les unían. Cuando regresaban, ya sin sol y con sombras, se detenían ante algún puesto en el que vendían gallinejas fritas y «filetes de Golfo», pequeños trozos de hígado o chicharrones fritos. Y allí, entre humo y olor de aceite muchas veces quemado, entre moscas y perros esqueléticos y otros desdichados como ellos, Enrique y su madre se comían «algo» de aquello que por junto no valía más que veinte céntimos, mientras descansaban. Era una compañía de horas y horas en la que no se hablaba; pero a Enrique le gustaba acompañar a

su madre porque entonces no tenía que buscar trabajo y comía un poco mejor que otros días.

No eran éstos los únicos en que ayudaba a su madre.

Había otros, cuando no había un céntimo en la casa y era necesario llevar a empeñar algo. Ese «algo» era un juego de planchas de hierro que la madre metía en un saco para que las vecinas no descubrieran su miseria, o las sábanas de las tres camas que la madre previamente había lavado y planchado. Estos días eran de rencor y sonrojo. Había dos sitios en los que estas cosas se podían empeñar, ya que el Monte de Piedad no admitía estas pequeñas miserias. Uno era una casa de compra-venta que había en la Glorieta de San Bernardo y en el que se empeñaban las sábanas porque daban un poco más; el otro era en la calle de Monteleón, único lugar en que admitían las planchas. Enrique iba de mala gana a la calle de Monteleón. Pesaban demasiado las planchas y tenía que aguantar las bromas de los dependientes para los que el muchacho ya era algo casi familiar.

–¿Qué traes?

–Las planchas.

–¿Cuánto quieres?

–Seis pesetas.

–¿De qué son? –preguntaba el dependiente con sorna.

–De mierda –le respondía el muchacho en voz baja.

Y entonces, como siempre, y como vengándose de la frase, el dependiente gritaba a quien hacia las papeletas de empeño: «Una papeleta. Importe: cuatro pesetas. Objeto: un juego de planchas de hierro con incrustaciones». Así era siempre: pedía seis pesetas y le daban cuatro; y, como siempre también, el muchacho abandonaba la tienda entre risas de las gentes y su rabia contenida. Y corriendo a casa para que la madre tuviera tiempo de ir a comprar y tener la comida a la hora que era costumbre. Había otro encargo no menos desagradable o quizá un poco más. Era el ir a ver al casero a pedir una moratoria en el pago de la renta o de las rentas, pues casi siempre eran varias. Era un hombre muy viejo, delgado y lleno de arrugas, que usaba un bastón con empuñadura de plata y un sombrero hongo descolorido por el tiempo. Poseía numerosas casas en la barriada No era malo, pero sí avaro. Tenía su despacho en una de las casas de su propiedad, en la esquina de las calles de la Princesa y Quintana, en el último piso. Era una sala grande y destartalada con una ventana de cristales sucios, una mesa, varias sillas y armarios, y un sillón forrado con una tela oscura y rota. La decoración, que la tenía, era muy simple: muchas telas de araña en los rincones, un retrato grande de Alfonso XII y una cruz de metal que desde lejos parecía de oro viejo. Y en un rincón una caja de caudales muy grande encima de un taburete, que nunca abría delante de sus inquilinos. Enrique lo odiaba normalmente un poco, y, un poco más que de costumbre, los días en que tenía que visitarle y decir y escuchar lo de siempre:

—¿Qué es lo que quieres tú?

–Venía a decirle de parte de mi madre que si nos puede esperar un poco...

–¿Por qué tengo que esperaros a que me paguéis lo que es mío?

–Es que mi padre no trabaja.

–¿Y tú tampoco trabajas?

–Tampoco.

–Entonces, ¿quién trabaja en esa casa?

–Mi hermano mayor, mi hermana y mi madre.

–Pues dile a tu madre que os dé menos de comer.

–Sí, señor.

–Y que sólo espero unos días.

–Sí, señor.

–Y vete ya de aquí, piojoso.

–Sí, señor.

El muchacho salía casi corriendo y maldiciéndole en su interior cerraba la puerta dando un portazo y bajaba las escaleras haciendo mucho ruido para irritar al viejo que, como siempre, no tardaba en salir y asomándose al hueco de la escalera le gritaba: «¡Animal... ¿Es que además de no pagarme

quieres tirarme la casa?». Enrique al oírle se reía. Este viejo tenía, además de lo dicho, un automóvil francés, un «Panhard» casi tan viejo como él y un chofer de su misma época, muy delgadito, que usaba unos pantalones muy anchos y al que en el barrio se le conocía por «Perico Pantalones». Tenía el garaje en la ronda del Conde–Duque. El viejo cuando necesitaba el coche llegaba hasta la cochera y dentro de ella se subía al coche y a esperar lo de siempre: a que el motor no arrancara, a oír refunfuñar a «Perico Pantalones», a que éste saliera a buscar unos muchachos que empujaran el vehículo hasta hacerle arrancar en la pequeña cuesta que hacía la calle hasta la calle de Princesa, y a escuchar los insultos de siempre: «Avaro... Avaro...» «Perico Pantalones», como si los insultos al viejo fueran para él una agradable canción, bajaba la cuesta muy despacito, mientras el viejo sacaba el bastón por una de las ventanillas y amenazaba ante el reír de las gentes.

Los domingos por la mañana la madre organizaba una triste peregrinación: la visita a los tíos.

Eran los ingresos extras de los Castro.

A Enrique le correspondía visitar a su tío Enrique, que era su padrino, hermano pequeño de la madre, y al tío Dositeo, hermanastro de su padre. El tío Enrique era soltero, mujeriego y generoso. Estaba de huésped en una casa de la calle de Amanuel, nunca se levantaba antes de las dos de la tarde porque, según oía Enrique, se acostaba al comenzar el día, después de andar golfeando con aquellas coristas que hicieron famoso el teatro Reina Victoria. Cuando Enrique llegaba a visitarle le encontraba durmiendo. Le tocaba dos o tres veces

hasta que el otro, siempre un poco asustado, encendía la luz y casi sin abrir los ojos preguntaba:

–¿Qué... qué pasa?

–Soy yo, tío.

–Hola sobrino, ¿cómo van las cosas?

–Mal.

–No apuraros, todo cambiará –y mientras decía esto hurgaba en los bolsillos del pantalón hasta que encontraba un duro que daba al muchacho: –Dáselo a tu madre para que te compre algo.

Y se hundía entre las sábanas para quedarse dormido inmediatamente Enrique apagaba la luz y salía.

–¿Qué tal hijo, cómo se ha portado ese golfo? –decía la patrona.

–Bien.

–No hay ningún golfo malo.

Desde allí se dirigía a visitar a sus otros tíos que vivían en una bocacalle de la del Noviciado, en el primer piso, en un corredor rectangular y con un excusado en una esquina que tenía pintado con letras rojas la siguiente inscripción: «W. C.» y debajo: «No ser guarros». El tío Dositeo y su mujer, Antonia, no tenían hijos. Eran trabajadores y ahorrativos, y vivían con la

ilusión de comprar una casita y unas tierras en Galicia, «para morir en donde había nacido». Se alegraba siempre de la visita del muchacho. El tío Dositeo, que tenía unos bigotes muy grandes, le daba un beso en la boca que le hacía cosquillas, y la tía Antonia en la frente. Le preguntaban por todos; y cada uno le daba una peseta y una libreta de pan blanco que le daban a él en la panadería en donde trabajaba; y los dos le acompañaban hasta la puerta. Cuando Enrique llegaba a la casa la madre le miraba sin decir palabra.

–Siete pesetas, mamá.

La madre las tomaba muy seria, a veces hasta con lágrimas en los ojos como si aquel dinero la acusara de pedir limosna. Después llegaban Eduardo y Concha. A Eduardo le tocaba visitar al tío Agustín: una visita que le hacía daño, pero que no tenía más remedio que hacer. Y le hacía daño porque no había confianza entre él y el tío. Era llegar, recibir unas cuantas pesetas, volverle la espalda y tener que salir sin el «Adiós» acostumbrado. En sí, una limosna que no merecía las gracias. Concha visitaba a la tía Concha, su madrina, también hermana de la madre. Estaba casada con un portugués que trabajaba con el tío Agustín en el teatro Eslava. La tía Concha era menudita y buena. Debía de haber sido muy guapa y parecía no ser feliz. Tenía tres hijos. Era la bondad misma y daba cuanto tenía. Con ella pasaba la madre de Enrique las tardes de todos los domingos en que tomaba café con unas ensaimadas que siempre pagaba la tía Concha mientras se contaban sus penas que no eran pocas.

Ni el mayor ni el pequeño de los hermanos hacía visitas.



La madre reunía todo el dinero. Lo miraba y lo contaba. Después de darle vueltas y más vueltas mandaba al hijo pequeño por tabaco para el padre. Cuando alguno de los hijos la miraba con dulzura, ella respondía seca, como siempre: «Al hombre no le debe faltar Dios, trabajo, mujer y tabaco». Daba a los tres muchachos mayores una peseta a cada uno; a Carlos, el pequeño, unos céntimos; y a Concha nada porque siempre andaba con ella. Al padre nunca se supo cuánto le daba, pero le metía en sus bolsillos unas monedas «para que no anduviera sin nada, porque los hombres tienen a veces compromisos». Y el resto se lo guardaba en un faldriquera que llevaba debajo de la falda. Era una vieja costumbre, porque en aquella casa nadie era capaz de robar a nadie. Por la tarde, cuando ya los muchachos se habían marchado, salían juntos el matrimonio y la hija. Ellas a casa de la tía Concha, que vivía en el número cincuenta de la calle del Conde–Duque y hasta donde él las acompañaba; él a la Plaza del Carmen en donde se reunían muchos cocineros, en suerte o en desgracia, a contarse sus cosas, jugar una partida de tute, tomar unos vasos de vino y hablar mal de la aristocracia madrileña. Enrique acompañó algunas veces a su padre. Y escuchó a muchos hombres hablar mal de condes, marqueses y duques; y ni que decir de las condesas, marquesas y duquesas. Estaba un poco justificado el odio. La aristocracia española, tan vieja como tacaña, había empezado a prescindir de los hombres en su servidumbre: había menos boato y menos gastos.

Los domingos, en general, eran días de una alegría pequeñita, de una alegría enferma del alma.

Y después un lunes como todos los lunes.

\* \* \*

El vestido y el calzado de los muchachos era otra parte de la tragedia. Durante mucho tiempo, un tiempo que podría medirse por años, no vistieron otra ropa que la que desechaban sus tres tíos. Agustín, Enrique y Joaquín, el marido de la tía Concha. Se las arreglaba un sastre provinciano y casi ciego que tenía una tiendecita en la calle de Rodríguez San Pedro. Los muchachos siempre protestaban porque aquel viejo no podía ocultar que los trajes habían sido de otros. El calzado era de una adaptación más fácil: sólo era cuestión de meter más o menos papel en las puntas.

Enrique sufría y pensaba que los demás sufrirían como él.

Y se hizo vendedor de periódicos en sus horas de ocio.

Por la noche vendía *La Voz* y *El Herald*o, y los domingos por la mañana *ABC*. Los días más amargos de su nueva profesión eran los domingos por la mañana, porque todas las gentes del barrio le veían subir y bajarse de los tranvías y escuchar su vocear escandaloso. Entre semana era casi feliz: ignoraba si la gente del barrio le veía. El tío Agustín al enterarse hizo su diagnóstico: «Este chico será un golfo». El resto de la familia no opinó. Los muchachos de la «aristocracia» del barrio dejaron de hablarle. Y a muchas chicas no se pudo acercar más.

Vender periódicos era entonces, para muchas gentes, un oficio de golfos.

Fueron años en que conoció todo: miseria y desprecio, pero en los que aprendió bueno, malo y mucho de las dos cosas. Años en los que adquirió terribles y crónicas enfermedades: el odio y el asco; el rencor y la falta de fe en las gentes. Y adquirió la costumbre de maldecir casi constantemente y de esperar con impaciencia que se produjera una catástrofe, él no sabía cuál, con la esperanza de ver a todos como él se veía.

Lo que más conoció fue el hambre.

Muchas gentes creen que el hambre es sentir solamente unas terribles ganas de comer y un dolor de estómago hondo y sordo. No. El hambre tiene otros matices. Los que sólo han conocido el hambre a través de esas dos únicas manifestaciones primitivas, sólo lo conocen superficialmente y en su parte menos dolorosa. El hambre terrible, enloquecedora, es esa en la que, al perder la costumbre de comer, se pierde el apetito y se siente cada día un poco; que produce una tristeza infinita que lleva a no querer luchar y a desear solamente que la muerte llegue con el menor dolor posible; que hace sentir también el hambre de los demás y a dolerle más que el más grande dolor físico; ese hambre que empuja a una lucha angustiada: a luchar cada día con la conciencia para no dejar de ser bueno; que llega a considerar un crimen el dejar caer al suelo unas migas de pan; que hace saber a ciertas horas del día, sin mirar ni al reloj ni al sol, la hora que es; que hace pararse a las puertas de los restaurantes, y mirar y soñar, y tragar solamente aire y saliva; que es lo bastante fuerte para matar, aunque sea lentamente, pero no lo suficiente como para acabar con ese orgullo que impide pedir limosna; que quita la voluntad que hasta los perros tienen de

hurgar en los montones de basura; que no se puede disimular porque se lleva en los ojos. Hambre que hace sentir envidia de los perros y ansias de matar...

Quien no ha sentido el hambre de esta manera, sólo conoce el hambre animal.

A través de este hambre Enrique conoció un mundo que mucha gente ignora: esas sombrías cafeterías de café y bola por cinco céntimos en la que la clientela son mendigos, piojosos, perros, prostitutas, hijos de prostitutas, borrachos, invertidos, serenos y guardias; y barrios oscuros de noche y de día con ruinas que son casas y olores que enloquecen, con blasfemias que horrorizan y con visiones que hacen llorar o maldecir el haber nacido.

Conoció este mundo y aprendió a vivir en él.

Anduvo por él años: mirando o sin mirar, pero sin tropezar con nada ni con nadie, pensando o soñando, llorando sin llorar y odiando sin gritarlo. Y fue amigo, sin opción a elegir, de putas y limosneros, de pequeños ladrones, de ciegos que lo eran y de los que no lo eran, de soñadores y locos, de desesperados y cínicos, de buscadores de la felicidad humana...

Y aprendió a no respetar a los hombres. Ni a Dios cuando aún creía en su existencia.

## Capítulo IV

### LA AURORA ES ROJA

Nadie le había hablado nunca de los días perdidos. De esos días en los que no hay balance. Comenzó a conocerlos a través de un vagabundear interminable, por un Madrid en permanente bostezo. Les tomó miedo y odio. Y ellos, como en reciprocidad, y sin que él se diera cuenta, le fueron empujando poco a poco a huir de esa gran soledad llena de ruidos y de gentes a las que ni se habla ni hablan. En esa huida triste, porque en realidad era una huida, en la que no se vuelve la cabeza porque se está seguro de que detrás de uno no hay nada ni nadie, le llevó a hundirse, aunque a ratos solamente, en un pequeño submundo al que no le podría unir nunca nada.

Comenzó a ir, ya al anochecer, al Café España.

Estaba situado en la esquina de la Ronda del Conde–Duque y de la calle de la Princesa, casi enfrente a la iglesia del Buen Suceso. Era un café triste, celestinesco, de parejas ilícitas que se huían unas a otras para esconderse en los rincones en busca de intimidad y de caricias incompletas. Viejos ellos, con anillos de piedras escandalosamente grandes y gruesas cadenas de

oro que sujetaban un reloj hundido en un bolsillo del chaleco, y a las que un vientre demasiado abultado servía de escaparate; y con la manifestación en sus rostros de ansias infinitas de una nueva vida ya imposible. Ellas podrían decirse que no eran jóvenes ni viejas, ni feas ni guapas. Gentes todas de un hablar de susurro, de miradas lánguidas, de roces cobardes, de caricias a medias, de espasmos comprimidos o disimulados o de la ilusión de ellos. Era un pequeño mercado de hombres casi venerables y de mujeres enlutadas y huidizas. Llegaban ellos primero y se entretenían mirando casi sin mirar la triste decoración que les rodeaba. Ellas después, entre el día y la noche, con olor a iglesia y un velo sobre la cara que daba al pecado aire de santidad.

Los camareros lo sabían todo. Y cobraban todo: su silencio, su alejamiento de las parejas, su indiferencia ante la caricia precipitada y torpe por debajo de la mesa y todo cuanto significaba la última ilusión de los años viejos. Enrique conoció aquello de paso. Era joven y pobre para tener las posibilidades que daba el derecho de sentarse en aquellos divanes de terciopelo, ante unas mesas rectangulares, de mármoles amarillentos por el tiempo y frente a unos espejos que atenuaban las imágenes en una penumbra calculada. Él iba a lo que se llamaba «La tertulia del café España», a la que se entraba por un portal estrecho y oscuro que daba a la calle de la Princesa. La tertulia no era otra cosa, como local, que una sala grande con dos mesas de billar y varios cuartos pequeños con mesas cuadradas y tapetes verdes en las que se jugaba lo autorizado y lo prohibido. Y Basilio, el camarero que era algo que formaba parte de todo esto, Basilio era gallego, cazurro, bueno, bajo, fuerte, bruto y limpio. Cuando jugaba –él también

jugaba, y mucho—, y perdía, no hablaba; era solamente una bestia con chaquetilla blanca que fumaba y gruñía; cuando ganaba reía, hablaba alto, cantaba, en voz baja y en gallego, viejas canciones de su tierra. Pero ganara o perdiera era generoso. Basilio sabía que el padre de Enrique era gallego y consideraba gallego al muchacho. Y lo trataba con afecto y le invitaba a que jugara el billar o tomara café, a sabiendas que el muchacho no tenía dinero. Y cuantas veces se acercó lentamente al muchacho que miraba la calle oscura para ofrecerle un cigarro o decirle en voz baja para que nadie le oyera: «¿Qué te pasa... Es que necesitas algo?...» Y después de una pausa y de una chupada al cigarro decía como si hablara consigo mismo: «Es triste para un gallego ver a otro gallego triste». Enrique nunca pedía. Daba las gracias a Basilio y seguía mirando silenciosamente la calle. Enrique sólo iba allí a mirar y dejar que el tiempo corriera sin fatiga para él. A mirar cómo jugaban chóferes, vaqueros, comerciantes enriquecidos, hombres de negocios retirados y modestos jugadores de ventaja que allí se ganaban el modesto jornal de todos los días. Y desde allí, desde los balcones de la tertulia, a mirar la iglesia del Buen Suceso cuya puerta era un gran arco por debajo del cual desfilaban, casi ininterrumpidamente, una procesión de sombras bajo el sonar triste y casi constante de viejas campanas.

Era la parte de un pequeño mundo cuyas paredes casi se tocaban con las manos.

La iglesia del Buen Sueno ejercía sobre Enrique una atracción extraña. Muchas veces, cuando se hacía noche, abandonaba la tertulia del España y paseaba, por delante de la iglesia. Y había

veces que al pasar por la puerta titubeaba en su caminar, pero seguía caminando después de un movimiento que daba la impresión de que hubiera tirado desesperadamente de su cuerpo. Enrique alimentaba un hondo rencor contra Dios, pero no se lo decía a nadie. No olvidaba, a pesar del tiempo transcurrido, el que Dios no se hubiera interpuesto entre el hermano Pedro y él en aquella mañana en que le hirieron para siempre; ni le perdonaba tampoco que no ayudara a su padre; ni que no hiciera nada para ayudar a aquel mundo que había conocido y envejecido su juventud. «O no sabe lo que pasa, se decía, o no le importa lo que pasa, o no quiere o no puede hacer nada para evitarlo». Esto le hundía más y más en el abismo de su gran duda, porque le llevaba a pensar que Dios no era tan todopoderoso como decían. Muchas veces deseaba entrar en la iglesia, situarse en un rincón en donde no le viera nadie y hablar. Pero sólo con Dios. Hasta pensaba en estos momentos lo que iba a decirle. A veces lo decía en voz alta como si fuera algo tan importante que necesitara oírlo primero él. «Yo no te pido perdón: pequé y me condenaste. Estamos en paz. Pero lo que haces con mi padre y mi madre no está bien por muy Dios que seas. Me dicen que es que te gusta probar a la gente que más quieres... Está bien... Pero creo, Dios, que ya es hora de que quieras y pruebes a otros». Otras veces sus palabras no podían ocultar la crítica: «Tú no eres infinitamente bueno... Tú no eres infinitamente justo... No proteges a todos... Solamente a unos cuantos... Esto quiere decir, a mi modesto entender. Dios, que sólo eres el Dios de unos cuantos». Lo que más le irritaba era el tener que escucharse a sí mismo. «¿Existirá realmente?» se preguntaba. «Sí, tiene que existir... pero ¿por qué no contesta para que yo tenga la seguridad de que Dios es una verdad y no una ilusión sostenida por la fe o



por la necesidad de creer en algo que esté más alto que nuestro propio cielo?». Le irritaba dudar, pero le costaba trabajo creer.

Y cuando desesperado por sus dudas y por la imposibilidad de creer se detenía ante la iglesia, miraba retadoramente la torre en punta de aquel templo blanco.

\* \* \*

«¿Estaré en guerra con Dios?»

\* \* \*

Y un anochecer más.

Ante los ojos de Enrique la iglesia y la noche. Dentro de él la angustia de sus dudas y de su vida. De pronto vio como una procesión de sombras salir de la iglesia casi precipitadamente. Después escuchó el sonar triste de una campanita. Luego vio un sacerdote. Detrás de él gentes hundidas y con cirios encendidos en la mano derecha cuyas llamas hacía oscilar el viento. Los vio marchar calle arriba entre mujeres que se arrodillaban y hombres que se descubrían.

«La muerte».

Se acordó de la muerte tantas veces vista en libros y estampas: un esqueleto, un sudario y una guadaña. Odiaba esta visión de la muerte desde el fondo de su alma. Para él la muerte no era así. Era algo más serio. Él veía la muerte mientras pensaba en su vida como el fin de un martirio vivido minuto a minuto Y la veía a través de un diálogo normal, antesala de un viaje deseado:

La muerte. –Ya es hora, Enrique, de que cierres los ojos y duermas. ¿O te queda algo por vivir?

Enrique. –No...

La muerte. –Entonces ¿a qué esperas?... Hasta el corazón quiere descansar.

Enrique. –Sí...

La muerte. –¿Deseas todavía algo que aún pueda darte la vida?

Enrique. –Abre bien el tragaluz... Quiero morir viendo las estrellas... Pero haz lo posible porque no aúllen los perros. No quisiera morir llorando...

Y morirse sin sombras negras alrededor, sin cirios esperando su faena en un rincón cualquiera de la sala, sin voces en latín, sin aullidos ni llantos... Sin nada.

Sólo él, la muerte y las estrellas en una noche muy noche.

Dejó de pensar, y todavía tuvo tiempo de escuchar a lo lejos y casi perdido el tañer triste de aquella campanita que hacía sonar un probable enfermo moribundo. «¿Los mata Dios o se mueren para liberarse de él?». Y después de pensar esto abandonó la tertulia del café España para dirigirse lentamente a su casa. En la garita del Cuartel de Ingenieros el centinela bostezaba recostado sobre un hombro. Un poco más lejos, mujeres, hombres y perros, esperaban acurrucados a que repartieran las sobras del rancho. Y parejas de novios hundidos en las desigualdades de las casas soñando o hablando de amor.

«Otro día más».

En la portería de su casa la señora Rosa, a la luz de un candil y casi a horcajadas sobre el viejo brasero moribundo, leía en espera de que dieran las diez para cerrar y acostarse. Cruzó rápido y sin saludar. Ella miró por encima de sus gafas y tampoco dijo nada. Ninguno de los dos tenía ganas de hablar... Otro día... Detrás de este día y de esta noche, muchos días y muchas noches iguales. Sin ver el fin. Sin ver nacer la esperanza, ni la humana, ni la divina.

\* \* \*

Hay días en que el sol es más sol que otros días.

El padre de Enrique comenzó a trabajar de lo suyo en el Colegio de los Jesuitas de la calle de Alberto Aguilera. El sueldo no era mucho, porque es de viejo en los jesuitas el no ser pródigos en cosas materiales, pero era algo mucho más que

nada. Eduardo y Enrique pronto comenzarían a trabajar con su tío Agustín en el teatro Alcázar, entre las calles de Sevilla y Nicolás María Rivero. Un jornal, el de su padre, ya era una realidad; dos, los de Eduardo y Enrique, una esperanza. Pero para que la felicidad no fuera mucha se perdió un jornal: el del hijo mayor, Manolo, que por aquellos días ingresó en la Escuela de Mecánicos de Aviación, en el Aeródromo de Cuatro Vientos, en los alrededores de Madrid.

Hubo cambios importantes en la vida de los Castro.

La madre dejó de fregar los pisos del Banco Central. El menú cambió en cantidad y en calorías. Y todos empezaron a reírse con más frecuencia. La vida pareció haber rejuvenecido. Ellos también.

«No deber, es vivir», repetía la madre cada vez que el marido o los hijos la entregaban lo ganado. Pronto se dejó de deber al dueño de la casa y al bueno del señor Vicente. Ya no se empeñaron las planchas ni las sábanas. Ni se volvió al lavadero del señor Eustaquio. Y el padre cada noche, pero ahora con más fervor que nunca, daba «Gracias a Dios por tanto favor como nos hace». Enrique le escuchaba en silencio y pensaba...

\* \* \*

Fue un lunes cuando comenzaron a trabajar con mi tío Agustín. Aquel día la madre los despertó a las seis y media de la mañana... Luego dio a cada uno de ellos un paquete de comida

envuelto en papel periódico, y sesenta céntimos para que pudieran ir y regresar en tranvía.

«Que tengáis suerte».

Al salir, los dos decidieron comprar cigarros y hacer el recorrido andando.

Cruzaron la mitad de la mitad de Madrid. De ese Madrid en el que vivían duques y hampones, hartos y hambrientos, prostitutas y vírgenes, pecadores, y casi santos y santas que vivían encerrados entre viejos muros que parecían las fortalezas de la santidad. Ya en la desembocadura de la calle de Peligros con la de Alcalá se alzó ante ellos, todavía con sueño y frío, una mole inmensa a través de un andamiaje con tejido de rejas.

–Ahí es –dijo Eduardo.

Y cruzaron la calle de Alcalá.

–Las ocho menos cuarto –murmuró Enrique.

–Sí.

En la puerta había muchos hombres esperando. Algunos leían el periódico, pero la mayoría permanecían quietos, mirando sin mirar nada o dando pequeños paseos de un lado para otro para quitarse de encima el frío. Fue Eduardo el que se adelantó y preguntó a uno de ellos.

–¿Los electricistas?

Aquél miró a mi lado y luego indicando con mi movimiento de cabeza que le evitaba sacar la mano del bolsillo dijo:

–Aquél.

«Aquél» era un hombre pequeño y torcido, hundida la cabeza en una bufanda que rodeaba su cuello y le tapaba orejas y nariz, y con una gorra ladeada y metida hasta los ojos.

–¿Es usted el electricista?

Los miró de arriba abajo con una mirada cínica y desconfiada.

–¿Y vosotros los sobrinos del maestro?

–Sí.

–¿Y qué sabéis de esto?

–Nada.

Los volvió a mirar y les estuvo mirando en silencio hasta que sonó la campana.

¡Las ocho!

Y todos ellos, y entre ellos «ellos», se hundieron silenciosos y encogidos en «aquello».

La vida de Enrique estrenaba capítulo.

\* \* \*

Tropezando y blasfemando, los tres fueron hundiéndose en el vientre de aquel monstruo de cemento y frío hasta llegar al sótano en donde tenía un cuarto para guardar herramientas y material y para cambiarse de ropa. Rafael abrió, encendió la luz y entraron.

Rafael se frotó las manos y los miró.

Ellos esperaban.

–Salir y buscar algo de madera, para hacer lumbre.

Y salieron otra vez a la oscuridad, encendiendo cerillas para ver algo, sintiendo el frío más frío que nunca y sin hablar. Regresaron al poco tiempo cada uno con un pequeño montón de madera que tiraron al suelo sin pronunciar palabra. Rafael los volvió a mirar.

–Hacer lumbre...

Amontonaron la madera y la prendieron. Primero hubo humo y toses... Después llamas y calor, y algo así como un volver a la vida lento y acariciador.

–¿Así que sois sobrinos del maestro?

–Sí.

–Pues yo soy andaluz, electricista, anarquista, bebedor y mujeriego...

–¿Y qué? –dijo Enrique.

–¿Te parece poco?

–No... Pero de cuanto nos ha dicho, más de la mitad nos importa una mierda. Hemos venido a trabajar para comer. Es todo.

Rafael se los quedó mirando. Después sacó una cajetilla de cigarros y les dio a los muchachos. Se sentó en torno a la lumbre y con un ligero movimiento de cabeza les indicó que se sentaran. Y los tres fumaron, mirándose desconfiados y desafiantes. Fue el otro el que habló primero.

–¿Vosotros no sabéis lo que es la lucha de clases?

–No.

–Pues... la lucha de clases... la lucha de clases es que aquí no hay ni tío ni sobrinos... Que aquí no hay más que explotados y explotadores... Y que unos vamos contra los otros. Y así hasta que estalle la revolución social y todos seamos iguales.

Los muchachos continuaron mirándole en silencio. No comprendían nada. Pero su curiosidad se había despertado a través de aquellas palabras que comenzaban a ablandar la eterna desesperanza de los dos, haciéndoles percibir una esperanza de esperanza.

–¿Y qué es la revolución?

Rafael pensó.



–No creáis que es fácil de explicar, pero para que os lo figuréis os diré que... que es acabar con todos los que están arriba; y colocarnos nosotros donde ellos estaban pero sin que haya nadie por debajo... ¿Entendéis?... La revolución social es una cosa muy seria.

Y se calló.

Mientras tanto el tiempo seguía caminando con un poco menos frío que antes. De lejos, de muy lejos, llegaba hasta ellos el ruido apagado de un golpear sin fin.

Le miraron.

–No tengáis prisa. El no hacer nada es parte integrante de la lucha de clases, algo de la revolución social... Y además, el «viejo» no llega hasta las once.

Cerca de las diez, cuando la hoguera se había hecho cenizas, Rafael les dio unas herramientas y salió de la pieza con ellos detrás. Llegaron hasta lo que iba a ser la sala del teatro. El frío y el color del cemento les hizo silenciosos a los tres. Rafael comenzó a marcar en las paredes con una tiza de yeso unas paralelas estrechas, horizontales y verticales...

–Y ahora hay que abrir una canal de tres centímetros de profundidad. Y se les quedó mirando.

–Es el comienzo...

Ellos comenzaron...

El trabajo no era difícil pero sí penoso. El desentrenamiento cobraba su tributo. Alguna que otra vez el martillo no daba en el cortafríos, sino en la mano que empuñaba aquél y las pequeñas piedras que saltaban, ardiendo, se clavaban en la carne. Pero nadie protestaba; así sería siempre hasta que –según decía Rafael–, llegara la revolución social...

Una hora.

Por la otra parte del pasillo, «la otra clase», el maestro enfundado en un abrigo gris, sombrero y puro.

–Buenos días.

Las mismas palabras como respuesta. Los miró, pero no le miraron. Los dos martillos seguían golpeando en la cabeza de los dos cortafríos. El maestro y Rafael se retiraron a un lado y comenzaron a hablar...

–Hasta mañana.

–Hasta mañana.

Se fue alejando mientras miraba a un lado y otro, aunque nunca para el que estaban los sobrinos. Ellos siguieron su tarea bajo las miradas de Rafael hasta que sonó la campana anunciando la hora de la comida. Comieron en el cuarto del sótano entre humedad y silencio. Cuando volvió a sonar la campana, de nuevo a martillear, esta vez cuatro horas seguidas. Hasta que volvió a sonar la campana y el ruido se hizo silencio. En la puerta de la calle los tres se miraron.

–Abur, compañeros –dijo Rafael con cierta sorna.

–Abur.

Regresaron por el mismo camino. Eduardo se detuvo con su novia. Enrique se hundió en el calor de su casa.

–¿Bien? –le preguntó la madre.

–Bien, mamá.

Cuando después de cenar se acostaron, Enrique estuvo pensando mucho tiempo en el frío y en la revolución social.

\* \* \*

Enrique pensaba poco en Dios.

La «revolución social» había sustituido a Dios en el mundo de sus preocupaciones diarias.

\* \* \*

Enrique tiene un carné rojo.

«U.G.T.».

«U.G.T.».

Lo obtuvo un día que Rafael los llevó a la Casa del Pueblo, allá en la empinada calle de Piamonte, un edificio bajo y largo, tan largo que llegaba a la calle de Augusto Figueroa, por cuya calle se entraba al Teatro de la Casa del Pueblo en el que se celebraban las grandes asambleas de los sindicatos importantes y no pocos actos políticos del Partido Socialista Obrero Español. Cuando iban hacia la Casa del Pueblo, Rafael les habló de la «incubadora de la Revolución», del sindicato, de las huelgas, de la insurrección, de bombas y escombros. Ellos escuchaban en silencio. Era una digestión difícil para ellos todo aquello. Pero le oían con gusto porque era algo distinto, algo que les hablaba de la fuerza y de las posibilidades de los de abajo. Y escuchándole comenzaron a sentirse un poco menos desamparados que antes. La Casa del Pueblo les hizo impresión. Era una colmena en plena vida: entraban y salían obreros de caras serias y ojos cansados. Y dentro había grupos por todas partes, en la escalera y en los descansillos, en los pasillos y en las antesalas de las secretarías.

Fuera de las secretarías se hablaba en voz alta. Dentro de ellas, hombres al parecer más importantes que los de afuera, hablaban en voz baja, movían lentamente, hurgaban con cierta mística entre los papeles de viejos armarios y siempre que se dirigían a otro le llamaban «compañero».

Enrique miró con curiosidad un retrato de un hombre viejo y con barba de gesto cansado y mirada dulce.

—Es Pablo Iglesias. «El Apóstol».

Rafael habló con un tal Mariscal, que era el secretario general del Sindicato de Electricistas. Éste tomó nota, pasó los datos a dos carnés y se los entregó a los muchachos. A cambio de ellos los muchachos dieron un poco de dinero y se los guardaron con cierta solemnidad. Después miraron a Rafael, luego a los que andaban por allí. «Compañeros, todos compañeros», pensó Enrique. Se sintió contento. Por primera vez en mucho tiempo se sentía contento. Al día siguiente llegaron a la obra nuevos electricistas. Y a la hora de la comida se celebró una pequeña reunión y se nombró el delegado del Sindicato. Enrique no habló. Escuchó a todos y a la hora de votar levantó la mano.

«Compañeros, todos compañeros».

En sus andanzas por aquel pequeño mundo Enrique conoció a un hombre que iba a definir su vida. Era un montador de la casa Ara Hnos., encargada de instalar la calefacción en el teatro. Se llamaba Alberto Hernández. Era un gran obrero. Esto y el hecho de verle cada mañana leer «L'Humanité», el periódico de los comunistas franceses, atrajeron a Enrique hacia el otro. De aquél escuchó un lenguaje nuevo. Como Rafael, hablaba de la revolución, pero lo hacía fría, lentamente, como quien está explicando algo muy importante. Él no hablaba de bombas y escombros. Hablaba de la revolución rusa; de los soviets, de obreros, campesinos y soldados; de Lenin, el jefe y el genio de aquella revolución; de las fábricas en manos de los obreros y de las tierras en manos de los campesinos. Hablaba de la revolución rusa y de la revolución mundial. «No hay que esperar a que la revolución llegue a nosotros. La revolución no llega como la lluvia o el viento, la revolución hay que hacerla. Y para hacerla hay que prepararla

años y años. Son los años difíciles, los años que parecen siglos. Esta preparación es un arte. El arte más complicado y más humano de la tierra».

Enrique escuchaba en silencio.

Escuchó en silencio muchas veces.

Salieron sin prisa y se dirigieron a la calle de Los Madrazo. A una casa de dos pisos con un portal ancho y en cuyo dintel había guardias y policías. Subieron por una escalera de madera que crujía.

–Aquí es –dijo Alberto.

Estaban ante una puerta ancha, abierta de par en par. Entraron. Un pasillo casi sin luz. A la derecha un salón solitario y a la izquierda pequeñas puertas, entreabiertas algunas, que les permitió ver siempre la fotografía de Lenin y hombres que, sentados ante una mesa, discutían sin alzar mucho la voz. Llegaron hasta una secretaría a la que entraron sin detenerse.

–Salud –dijo Alberto.

–Salud.

–Aquí te traigo al camarada Castro. Y aquí tienes al camarada García Atadell, secretario de las Juventudes Comunistas de Madrid.

Se estrecharon las manos.

El otro les invitó a sentarse. Habló mucho, mucho rato de Rusia, de Lenin, de la revolución, del comunismo y de la misión histórica y heroica de los comunistas de todo el mundo. Luego de España, de la dictadura que encadenaba al pueblo español, de la próxima marea revolucionaria...

–Yo quiero ser comunista, camarada.

–Lo esperaba.

–Cuando salió de allí era dueño de un segundo carnet rojo, más pequeño y modesto que el otro, pero más importante. «La revolución la harán los comunistas o no se hará nunca» le habían dicho. «Nosotros haremos la revolución», pensó mientras caminaba ya solo por el barrio de Argüelles hundido en la noche. Cuando se acostó no pensó en el frío ni en la «revolución social» de que hablaba Rafael.

Pensó en Lenin.

Y cuando como todas las noches escuchó a su padre el «Gracias a Dios por tanto favor como nos hace» sonrió. Y mental y dramáticamente colocó, frente al Dios de su padre a su dios: a Lenin. Fue la primera noche, durante muchas noches, en que la duda no durmió con él.

–¡Sí!

Dios existía.

¡Lenin!... ¡Lenin!... ¡Lenin!...

\* \* \*

En el estercolero social de la Villa y Corte de Madrid, como un reto a las estrellas, Enrique mostraba una pequeña estrella roja, de cinco puntas, con una hoz y un martillo en el centro. Y en lo más profundo de él la visión ardiente de ciudades entre nieves y la figura de Lenin mostrando desde un balcón de una casa de la ciudad de San Petersburgo el camino...

«Un fantasma recorre el mundo...» había dicho Marx.

Sí, eso era ayer.

Hundido en las sábanas viejas, cosidas y limpias de aquella cama que conocía su angustia de años, Enrique sonreía mientras soñaba.

¡Lenin!

¡Lenin!

¡Lenin!

Tenía fe y Dios. Dos cosas sin las cuales no puede vivir el hombre. Ya no era un hombre perdido entre dudas. Pero ignoraba que desde aquel momento había comenzado a ser una cosa extraña y siniestra.



## **SEGUNDA PARTE**

### **LOS SUEÑOS MARAVILLOSOS**

## Capítulo V

### LOS ENCADENADOS

Era un hombre alto, muy alto y un poco inclinado hacia delante como si le hubieran torcido los vientos tempestuosos de una vida más larga que su vida. Su cuerpo daba la impresión, cuando andaba o se movía, de que se le hubieran aflojado todos los tornillos y que de un momento a otro fuera a deshacerse. Usaba un viejo chambergo negro con huellas de sudores de muchos años. Y trajes oscuros, mucho más grandes que su cuerpo, que le hacían parecer un muñeco inmenso y extraño. Brillaba su ropa casi cegadoramente por una roca de años, pero sobre todo las solapas que parecían barnizadas por las cenizas de muchos cigarros mezclados con incontables gotas de ojén o cazalla, caídas en un beber precipitado y nervioso. Se afeitaba pocas veces y se suponía que se lavaba de vez en cuando, más por tradición que por higiene. Por ello, cuando se quitaba el chambergo podía verse su pelo enmarañado de meses y meses con canas y caspa, y una cara delgada y larga, con ese color que tienen las casas de los puertos de mar. Y sus dedos de la mano izquierda parecían de oro viejo. No era ni viejo ni joven, posiblemente unos cuarenta y cinco años, pero daba la sensación de caminar rápidamente

hacia la vejez. Su mujer, María, siempre enlutada y siempre guapa, era el marco lujoso de aquella miseria humana; y para ella, aquel hombre no era otra cosa que la garantía de un mal comer y la tapadera de muchas cosas nauseabundas. Y dos hijos todavía pequeños, a los que él abrazaba frecuentemente y en silencio con aquellos brazos inmensamente largos que parecían dos ramas carcomidas de un viejo árbol. Vivían en una callejuela en las proximidades de la Glorieta de San Bernardo, en una casa sórdida y revuelta, con telarañas, polvo y montones de libros y periódicos tirados por todos los rincones. Pero era un gran hombre por su sinceridad, un buen periodista y un magnífico revolucionario, con Marx o sin él, porque para él la revolución era como una amante enloquecedora, perpetua.

Se llamaba Eduardo Torralba Beci.

Fue el primer amigo de Enrique en el Partido, porque todavía en el Partido la amistad no había sido asesinada.

Enrique no recordaba cómo surgió aquella amistad. Quizá se iniciara un día cualquiera de aquellos en que, ya noche, abandonaba el local del Partido para encaminarse al café de Los Mariscos, allá en la calle Ancha de San Bernardo, en el que se hablaba horas y horas de la revolución, se gritaba contra un dictador casi patriarcal, sobre cuyos hombros la monarquía cimentaba la esperanza de sobrevivir, se tomaba café u ojén, agua o cazalla, se pintaban garabatos horribles en los mármoles amarillos de sus viejas mesas, siempre atormentados por el ruido, porque era ruido, de una orquesta de mujeres delgaditas y pálidas, tristes y de movimientos lentos y delicados, a las que se aplaudía de vez en cuando para que

tuvieran la oportunidad de sonreír, dejar de tocar por unos instantes y dar la oportunidad de un breve descanso a aquella colmena confusa y miserable. A este café, con olor a tabaco y orines, acudían los comunistas, los policías de Martínez Anido, las prostitutas de las cercanías y parejas de novios que esperaban la hora de poder entrar al Cinema X, que tenía una bien merecida fama de no encender las luces sin previo aviso. Acudían a él los comunistas por una razón de importancia: uno de los dueños, un tal José, que era a la vez camarero y socialista, con un gran parecido a Canalejas, les daba crédito ilimitado en nombre de la incipiente solidaridad proletaria. El otro amigo, el segundo y gran amigo de Enrique en el Partido, lo fue un tal Cruz Urchurrutegui, de Pamplona y sastre, delgado, pequeño y calvo, desinteresado y heroico, sin más ambición en su vida que hacer la revolución y después morir.

El tercero se llamaba Pablo Yagüe, repartidor de pan, medianamente inteligente, pero brutal y ejemplarmente tenaz.

Los demás eran jefes o camaradas simplemente. Porque era imposible ser amigo de Juan Andrade, uno de los dirigentes de entonces, un gigante que decían tuberculoso, de voz engolada y soberbia incontenible, listo e intrigante, que usaba bastón y sombrero, que andaba siempre de un lado para otro con un montón de periódicos y revistas debajo del brazo, que era funcionario del Estado que quería destruir, y que vivía con unas tías solteronas, viejas y con un buen pasar que hacían más llevaderas las andanzas de su sobrino por el campo de la revolución; ni de un tal Arévalo, del Sindicato de Artes Blancas, bajito, cabezón, nervioso y de una petulancia casi grotesca; ni de un César R. González, minúsculo y con aire de hortera, que

se las daba de teorizante para eludir faenas peligrosas y que no tenía otros méritos, si a esto se le puede llamar méritos, que ser hijo de Virginia González, una de las capitostes de la escisión del Partido Socialista Obrero Español, allá por el año 1919; ni de Vicente Arroyo, ebanista, borracho y cornudo; ni de Evaristo Gil, panadero de oficio que ocultaba su ignorancia en un silencio preconcebido y casi permanente; ni de Vicente Galaza, otro panadero que creía que para ser un buen revolucionario había que amasar y cocer pan; ni de Egocheaga, funcionario del Mercado de la Plaza de los Mostenses, charlatán, teatral y un revolucionario de café con leche; ni de Gonzalo Sanz, una miniatura de hombre que contaba que se había acostado con la Kollontai y que era el entretenimiento infantil de la mujer del bueno de Torralba; ni de García Atadell que «vivía» para la revolución y de lo que su madre ganaba lavando; ni de los otros que andaban desperdigados por el resto de España: Leandro Carro, Perezagua, Hollejos, Acevedo, barbón y romántico; Maurín y García Quejido, en plena vejez, inútil e inaguantable... Se podía ser amigo de aquellos tres y de los de abajo.

De los otros, sólo camarada.

\* \* \*

La madre pronto descubrió la cosa. Aquellos libros de portadas rojas, aquel siempre Rusia y Lenin en sus páginas, aquella seriedad prematura de su hijo, aquel alejamiento de la casa y de los suyos, de los auténticamente suyos y aquel llegar

cuando las estrellas ya andaban de retirada, no engañaron a aquella mujer que tanto sabía de la vida. Durante mucho tiempo no dijo nada. Miraba y sufría. Sólo al abrirle la puerta, al llegar en las madrugadas de silencio y frío, se limitaba a decirle en un murmullo para no despertar a los demás: «En el hornillo tienes la cena». Sólo una vez en que el hijo habló en la mesa de la revolución, le respondió como si quisiera abofetearle: «Desde que tengo uso de razón oigo hablar de lo mismo. Y seguimos lo mismo: pobres y ricos. Los ricos arriba y los pobres abajo. ¿Por qué os empeñáis en cambiar el mundo si Dios que pudo hacerlo de otra manera lo hizo así?...» «¿Y Rusia?, preguntó él...» Le miró de arriba abajo: «¡Qué sabes tú de lo que pasa en Rusia!». Y por mucho tiempo no hablaron más del asunto.

Enrique no hizo caso de esto.

No se daba cuenta aún de que el Partido había comenzado a romper la cadena sagrada que une a los hijos con los padres.

\* \* \*

Estaban solos y sentados frente a frente en una mesa del café.

—¿Me quieres decir, camarada Torralba, qué es lo que hacemos?

Torralba se quitó de la boca un cigarro pleno de saliva, miró al techo como si mirara al cielo y después, bajando la cabeza y

mirando fijamente el cigarro que se consumía, comenzó a hablar.

–Escúchame bien, que la explicación por corta es difícil... España políticamente es una nación partida en dos mitades. Lo es desde hace mucho tiempo por fortuna para nosotros... Pero ninguna de las dos mitades es la nuestra... ¿Comprendes?

–Sigue...

–Si fuéramos fuertes podríamos lanzarnos contra esas dos Españas y destrozarlas. Pero somos débiles porque todavía somos pocos y aún no hemos conseguido que la mayoría nos crea y nos obedezca. Mas esto no quita para que tengamos que luchar contra ellas, aunque, eso sí, de una manera prudente, tenaz e implacable; haciendo que el pueblo pierda la confianza en ambas Españas, haciendo que este pueblo choque contra ellas para debilitarlas, haciendo al mismo tiempo que ellas choquen entre sí y ayudando a la parte más débil a resistir para que la lucha sea más continuada y sangrienta hasta que se debiliten, mejor dicho, hasta que se desangren... Entonces, camarada, llegará nuestro turno... ¿Vas comprendiendo?...

–Sigue

–Es todo.

–¿No te molesta el que te pregunte algo más?

–No.

–¿No crees que será muy largo y difícil acabar con el rey?

–No.

–¿Por qué, Torralba?

–Porque es el rey quien está acabando con el rey.

–No comprendo.

El hombre grande, el hombre que todo lo sabía hizo un gesto como de cansancio, miró a Enrique, luego al reloj, después continuó hablando.

–¿Has oído hablar de Marruecos?

–Sí.

–¿Y de un general que se cree Dios?

–Sí.

–¿Y del desastre de Annual?

–Sí.

–He aquí tres cosas magníficas para acabar con un rey, mejor dicho, con la monarquía que es tanto como acabar de una vez con todos los reyes. Ellos dicen que Marruecos es vital para España... Allá ellos... Para nosotros, Marruecos es una sangría de nuestra juventud y de nuestra economía nacional, pero, por nosotros, que esa sangría continúe aunque públicamente pidamos que termine de una vez. Y para ahogar el clamor popular contra ese despilfarro de vidas y dinero, para ocultar las responsabilidades de ese permanente fraude a la nación,



han puesto al frente del país al general Primo de Rivera que ha acabado con la libertad, que ha desesperanzado e irritado al pueblo y, posiblemente, a la otra mitad de España, a la suya... Que siga... No se dan cuenta, lo cual es bueno para nosotros, que han hecho de ese general el enterrador de muchas cosas...

Le miró.

Aún dejó traslucir la duda en su mirada.

–No importa, camarada... Estas cosas son difíciles de comprender... Estudia... Piensa... Lee a Lenin... Y ayuda al Partido a desmoralizar al Pueblo, a enfrentar a las dos Españas, a reclutar gentes entre el rencor y la miseria... Es una labor dura y larga, de auténticos topos, pero hoy por hoy no hay otra cosa que hacer.

–Sí.

–Cuando no se tiene la fuerza suficiente para destruir algo de un golpe, hay que ablandarlo... ¿Comprendes?

–Sí.

El café se había quedado sin gente y frío. Torralba se levantó de la silla y avanzó hacia la puerta. Enrique siguió a la sombra gigantesca.

–Salud.

Y se alejó.

Desde el quicio de la puerta del café le vio marchar calle arriba en un andar vacilante, de angustia o marinero. Sintió una gran admiración por aquel hombre que sólo vivía para ablandar lo que había que destruir. «Hay que ser como él». Comenzó a caminar. Y cuando su sombra se fundió con lo negro de la noche, cuando por el silencio que le rodeaba se creyó solo, se dejó llevar y comenzó a pensar.

«Marruecos».

«Annual».

«Primo de Rivera».

Hubo un momento que creyó comprenderlo todo y sonrió. Luego se quedó serio y pensativo... «Tendré que hacer lo que me ha dicho: Estudiar, no hay más remedio que estudiar... La revolución no es una obra de tontos».

–Buenas noches, mamá.

–Sobre el hornillo tienes la cena.

La campana de un reloj cercano dio dos campanadas. No las oyó... «Annual»... «Primo de Rivera»... Dibujó una sonrisa mientras abandonaba la mesa... «Ellos nos ayudan... Habría que darles las gracias»... Llevándose violentamente las manos a la boca ahogó una carcajada: sin darse cuenta, empujado por aquella mecánica mental del Partido, había pasado brillantemente su aprendizaje en táctica y cinismo.

\* \* \*

–¿Por qué te gusta tanto Pío Barajo, camarada Urchurrutegui?

–Porque Baroja es el descontento.

–¿Nada más que por eso?

–Y porque odia a los curas, a la Guardia Civil y a los piojos.

–¿Son muy importantes los piojos?

–Cuando estés en la cárcel o en los calabozos de la Dirección General de Seguridad lo sabrás.

Enrique rompió a reír.

Y comenzó a leer a Pío Baroja.

\* \* \*

–¿Por qué te has hecho comunista, camarada Yagüe?

–Por dos cosas: porque la revolución rusa es la que más me gusta; y porque el Partido Comunista es el único que puede hacer otra igual en España.

–¿Estás seguro? –le preguntó para también estar seguro él.

–Sí.

–¿Has pensado en si se puede tener esa seguridad absoluta?

–No.

–¿Por qué para ti todo es sencillo, fácil, mientras que para mí hay cosas difíciles, terriblemente difíciles?

–No pienses.

–¿Se puede vivir sin pensar?

–¡El Partido piensa por nosotros!

–¿Y nosotros...?

–¡Obedecer!... ¡Obedecer!...

Se quedó solo. Sintió que se había hundido en algo que no sabía todavía bien qué era. Pero tenía ganas de cantar mientras subía por la calle de Amanuel y miraba casi sin mirar la Plaza de las Comendadoras y el convento del mismo nombre que parecía dormir.

Y comenzó:

«Arriba parias de la tierra,

en pie famélica legión...»

De haber tenido el valor de romper el embrujo de aquella mística salvaje y de mirarse muy adentro, hubiera visto su alma acurrucada y triste, con ganas de llorar como sólo las almas saben hacerlo. Pero él no sabía bien lo que era la libertad. Y

estaba demasiado entusiasmado para darse cuenta de que había comenzado a caminar arrastrando unas cadenas que no hacían ruido, pero que habían encadenado su corazón y su pensamiento. Siguió cantando acompañado del eco de sus pasos. Llegó hasta el portal de su casa y llamó al sereno. De la oscuridad surgió una luz que fue acercándose lentamente, danzando de un lado para otro.

–Buenas noches, señorito.

Miró la sombra y la luz.

Y contestó de mala gana a aquel que le llamaba «señorito».

–Buenas noches.

Escuchó el ruido de una llave vieja en una cerradura vieja. Se hundió en el portal empujando a la oscuridad con la llama de una cerilla delgada y larga. Mentalmente volvió a cantar y cuando llegó ante la puerta de su casa se dio cuenta de que respiraba agitadamente, de que el corazón latía demasiado aprisa. Respiró profundamente y recordando la canción de guerra que había cantado en el camino murmuró como si de golpe hubiera comprendido todo: «Es la música de la gran ofensiva... La canción que impide ver la muerte... La marcha que convierte en fuerza un odio de siglos... Nuestros camaradas de Rusia no han olvidado un solo detalle».

Y cuando se abrió la puerta se hundió en la casa. Pero ya no pudo continuar cantando. Ni tan siquiera mentalmente. La mirada de la madre era todavía más fuerte que su pasión rabiosa y ciega por la revolución.



## Capítulo VI

### LOS TOPOS MUERDEN

La superficie española parecía un lago.

Desde sus sillones, el rey y el general, entre sonrisas y bostezos, miraban y veían al pueblo español en el ejercicio de su deporte favorito: la abstinencia y la crítica. Los monárquicos, accionistas del reino, se sentían contentos y asombrados de la picardía o picaresca de su rey que, aprovechando el patriotismo y buena fe de un general que se creyó el elegido, había logrado, lo creía aquél y lo creían ellos, hacer de España un barco a la deriva en un mar sin tempestades. Los solamente conservadores vivían su vida preferida: tranquila y holgazana.

Y los socialistas dormían la siesta.

Los topos mientras tanto mordían día y noche, aunque nadie se daba cuenta porque España tiene la costumbre de sufrir sin quejarse: los republicanos desde el Ateneo madrileño, entre chocolate y picatostes en los atardeceres, entre tradición y ciencia, sacaban a la calle cada noche la mercancía de su razón hecha veneno contra la corona y su espadón; los anarquistas

de vez en cuando hacían ruido y muertos, estremeciendo con ello la superficie tranquila como un lago de la España superficial; los comunistas, con el objetivo de deshacer a las dos Españas, desacreditaban al rey y a su general, desacreditaban a los socialistas, hacían bromas venenosas y cínicas contra los conspiradores de cuello duro y verbo elegante y elocuente, e insultaban a los anarquistas. En conjunto quizá esto pareciera una labor pequeña, sin trascendencia, pero eran las primeras manifestaciones de una estrategia general, que tenía como objetivo deshacer a la monarquía con la ayuda de todos los demás, e impedir a éstos que pudieran convertirse en los herederos de aquella, cerrando con ello el paso a la verdadera y gran revolución. Porque los comunistas sí sabían exactamente lo que querían, porque en la revolución rusa tenían un ejemplar de muestra, mientras que los otros todo era soñar y soñar; unos con una república a su imagen y semejanza, es decir, pusilánime y mediocre; los otros en una revolución social a la manera de Rafael; los socialistas eran quizá los únicos que no soñaban, que no soñaban en nada, porque en donde hay socialistas no hay revolución que se realice, porque no tienen revolución que hacer, con lo cual queda reflejada la estupidez de las fuerzas conservadoras españolas que jamás supieron comprenderlo.

España no tomaba en serio a los comunistas.

La policía sí.

Y no les tomaba en serio porque los consideraba pocos y a sus dirigentes gentes de poco vuelo. Ignoraba España que la fuerza de los comunistas residía en la influencia que había



comenzado a ejercer la revolución rusa, en los tremendos errores de lo que se dio en llamar izquierdas y derechas y en poseer una dirección lejana, experimentada y tenaz: La Internacional Comunista, que aconsejaba y financiaba haciendo con ello una inversión de la que esperaba desquitarse con creces. Los comunistas veían a todos reírse de ellos y ellos también se reían. Su fanatismo era invulnerable a la burla o al desprecio. Avanzando paso a paso, a veces milímetro a milímetro, y se sentían satisfechos. Para ellos lo importante era llegar; lo secundario, cuándo. Y cuando alguno de ellos comenzaba a desmoralizarse por los zarpazos de la impaciencia, no faltaba el camarada que le dijera al oído: «Nuestros camaradas rusos tardaron trece años en llegar». Y aquél, como todos, otra vez, a caballo de la paciencia. El comunismo avanzaba a rastras, cierto, y por eso España no se daba cuenta. Pero también a rastras avanza la lava...

\* \* \*

Enrique se sentía observado: por el Partido y por la policía. Pero no tenía prisa. Lo que tenía que llegar llegaría en su momento; y para ese momento era para cuando él tenía la obligación, la sagrada obligación de estar preparado.

\* \* \*

–Siéntate, camarada.

Enrique comprendió que el momento había llegado. Se sentó. Detrás del otro y frente a él una fotografía de Lenin que parecía mirarlos. Fuera de ellos rumor de voces lejanas y, alguna que otra vez, el ruido de un automóvil que estremecía la quietud de aquella calle silenciosa y oscura, por la que caminaban gentes que parecían sombras. Enrique esperó bajo la mirada fija y cansada del otro. Y cuando se cansó de esperar, preguntó:

–¿De qué se trata, camarada?

El otro hizo como si no lo hubiera oído. Después, como si el tiempo y la angustiada impaciencia de Enrique no valieran nada, abrió muy despacio uno de los cajones de la mesa y sacó un pequeño paquete de cartas que colocó entre los dos. Y sólo después de un tiempo que a Enrique se le figuró mucho tiempo, comenzó a hablar.

–Escúchame bien, camarada. El Partido va a encomendarte una pequeña, pero delicada tarea. Una tarea que si fracasara pondría en manos de la policía cosas que deberá ignorar siempre. Se trata de sacar estas cartas de aquí y depositarlas en Correos.

Se miraron.

El otro continuó:

–Debes salir de aquí como lo haces siempre. Y no dirigirte directamente a Correos, sino que deberás dar antes unas vueltas hasta cerciorarte de que nadie te sigue. Y sólo cuando

estés seguro de ello, absolutamente seguro, te encaminarás a Correos y echarás las cartas en varios buzones...

Enrique meditó unos momentos. Y preguntó:

–¿Y en el caso de que la policía fuera a detenerme?

–¡No puede detenerte!

–Pero, camarada, ¿y si surgiera esa circunstancia, esa desgracia, esa fatalidad?

El otro le miró con desprecio. Hizo después un movimiento como si fuera a guardar otra vez las cartas, pero se arrepintió y comenzó a hablar con lentitud, arrastrando las palabras, conteniendo una irritación que enturbiaba su mirada y hacía repulsivo su gesto.

–Camarada, en primer lugar ya es hora de que termines con esas manifestaciones extrañas al Partido, tales como «circunstancias», «fatalidad», «desgracia», etcétera: en segundo lugar debes saber, camarada, que cuando el Partido, y el Partido en este momento soy yo, te dice que la policía no puede detenerte, es porque no debe detenerte y para ello tú tienes el deber de eliminar de cuajo esas cosas que me has dicho antes: «circunstancia», «desgracia», «fatalidad». Y de pensar en qué es lo que tienes que hacer y cómo hacerlo, para que la tarea que el Partido te ha encomendado se cumpla al «cien por cien». El Partido, cuando encarga una tarea a un militante o a todos los militantes, no admite discusiones: ordena simplemente. Y ese camarada o esos cientos de camaradas tienen que cumplir la orden del Partido. Lo demás,

lo que pueda ocurrir a ese camarada o a esos cientos de camaradas, no es lo más importante en este caso. ¿Me entiendes? ¡Las cartas deben llegar a su destino!... Lo demás es cosa tuya, camarada... ¿O es que tienes miedo?

Enrique se levantó.

–No te irrites, camarada. Una cosa es tener miedo y otra cosa ser cobarde.

Y tomó las cartas con un gesto de violencia. Y las introdujo en uno de los bolsillos de su pantalón. Y salió sin decir una palabra. Ya en el pasillo se detuvo un momento. Quería pensar. Fueron sólo unos segundos. Después anduvo unos pasos hasta el vestíbulo; y allí se detuvo delante de un armario, detrás de cuyos cristales había muchos libros con portadas de luchas heroicas y de momentos decisivos. Entre ellos estaba el «Qué hacer» de Lenin. Mirándole se sonrió por dentro. Él se encontraba más o menos como el Partido entonces: teniendo que hacer algo y sin saber exactamente cómo hacerlo. Y continuó mirando mientras volvía a pensar. Hasta que sintió unos pasos que llevaban a alguien hasta él; hasta que notó sobre su nuca el aire de una respiración fatigada; hasta que notó, al mismo tiempo que la náusea, un olor a vino agrio. «El inspector Santamaría está detrás de mí». No hizo un solo movimiento, sólo una contracción interior para dominar un temblor que le salía de muy dentro. El inspector Santamaría era un antiguo tipógrafo metido a policía. Borracho y tenaz. Una modesta copia, pero copia al fin, del inspector de «Crimen y Castigo». Se le temía por su paciencia y por su olfato. Enrique volvió a sentir miedo. «Devuelve el carné y las cartas o

decídete». Y se decidió. Se volvió rápido. Y las dos caras frente a frente y muy juntas, y dos miradas fijas y recíprocamente ansiosas de saber. Enrique hizo un movimiento hacia delante. Santamaría se apartó lentamente sin dejar de mirarle. Y al fin comenzó a andar. Y bajó las escaleras escuchando el crujir de aquellas viejas maderas con la misma unción que si se tratara de una melodía. Y ya en el dintel del portal se detuvo, encendió un cigarro y observó a los guardias, que aburridos y cansados casi ni miraban... Y tuvo tiempo de oír otra vez el crujir de los peldaños bajo el peso de otra persona que, como él, los bajaba sin prisa. «Este ha olido algo». Y emprendió el camino hacia la calle de Nicolás María Rivero. Y salió a la de Alcalá. Y se mezcló con la gente. Pero a pesar de todo ello, le parecía ver siempre la figura del inspector Santamaría marchando detrás de él. La idea de ser seguido, sin la seguridad de serlo, le sacaba de quicio. «No pierdas los nervios». Con cierto aire de indiferencia se bajó de la acera y dio un salto sobre el estribo de un tranvía que bajaba rápido. Sintió como un tirón y un gran dolor en los brazos. Pero estaba arriba. Pagó al cobrador y avanzó hasta la plataforma delantera. Miró. Sí, no se equivocaba. Santamaría, sin la precipitación de él, tomaba el tranvía que venía detrás. En marcha se apeó frente a la calle del Marqués de Cubas y entró rápido por ella, torció después a la izquierda por la primera calle que encontró y, casi corriendo, salió al Paseo del Prado y puso en el buzón las cartas. Y siguió andando, respirando profundamente por la nariz para normalizar su respiración y llegó a la esquina del Banco de España y comenzó a subir por la calle de Alcalá, como si quisiera dar tiempo al inspector Santamaría a que le alcanzara. Pero Santamaría no llegó por detrás. Le esperaba tranquilo y sonriente en la esquina de la calle del Marqués de Cubas.

–¿Por qué corrías?

–No corría.

–Entonces, ¿es que ibas de prisa?

–Me extraña, porque hoy es uno de esos días en que no tengo ni rumbo ni prisa.

Se miraron.

Y los dos sonrieron.

–Acompáñame.

–Vamos.

Iniciaron la marcha en silencio. Enrique le seguía y el otro caminaba sin volver la cabeza. Cruzaron la calle de Alcalá y entraron por una calle estrecha y corta, Y luego torcieron a la izquierda: era la calle de la Reina. «Me lleva a la Dirección General de Seguridad». Y sintió que otra vez tenía miedo. Llegaron a un portal ancho en el que había algunos guardias sentados en un banco largo y viejo. Y subieron varios pisos por una escalera ancha por la que subían y bajaban gentes bien vestidas, con ojos de sueño y un mirar turbio. Y entraron en una sala grande y rectangular en la que había una mesita, una máquina de escribir sobre ella y delante un hombre.

–Espera.

Le vio perderse por una puerta que había a la derecha, según se entraba. Enrique comenzó a pensar: «Habla lo menos posible. Si hablas mucho te acorralarán. Y si te pegan no grites ni pierdas la cabeza, porque te pegarán más».

Llegado a estas conclusiones, que eran toda su estrategia en lo que sabía era su primera batalla con la policía se dedicó a mirar al hombre que escribía, que fumaba y tosía. Hasta que se abrió la puerta, y apareció la cara amoratada y vieja del inspector Santamaría.

–Pasa.

Y pasó.

Una sala, dos balcones, un diván, una mesa, un hombre y... Y no pudo seguir mirando más: una voz fría y brutal lo arrastró ante la mesa y redujo su campo visual al hombre que tenía delante. Era alto y fuerte. Todavía joven. Con un gesto cínico y unas manos muy grandes. Y una mirada que parecía calar hasta lo más hondo.

–¿Tú eres Castro?

–Sí.

–¿Sabes quién soy yo?

–No –respondió a pesar de que lo sabía.

–Soy Martín Báguenas... Martín Báguenas, hijo de perra. Martín Báguenas, al que vas a decir por qué corrías.

Enrique sonrió por dentro. No sabía nada de las cartas. Se sintió más tranquilo mientras esperaba a que el otro le preguntara.

–¿Me quieres decir por qué has tomado un tranvía en la esquina de Nicolás María Rivero, para apearte frente a la calle del Marqués de Cubas? Un tranvía se toma para ir lejos, ¿verdad?... ¿Verdad, inspector Santamaría, que usted no tomaría un tranvía para ir de una parada a otra?

–No –respondió el viejo.

–¿Por qué, entonces, lo tomaste tú?

–Noté que me seguían y tuve miedo.

–¿Y por eso corraste?

–Sí.

Martín Báguenas se levantó y comenzó a pasear por la habitación. Luego se volvió a colocarse frente a Enrique y le miró fijamente. Enrique también le miró.

–¿Tomarías tú un tranvía para ir de aquí allá? –preguntó señalando los dos extremos de la habitación.

–No.

–¿Por qué?

–Porque aquí no hay tranvías.



La mano de Martín Báguenas se alzó por encima de su cabeza. Y descendió estrellándose contra la cara del muchacho. Se tambaleó, hizo un esfuerzo y volvió a recobrar la vertical. Y otra vez el subir y bajar de la mano. Se incorporó trabajosamente. «Otro hermano Pedro» –pensó. Su mirada se encontró con los ojos inyectados en sangre de Báguenas. Y sintió que Santamaría lo miraba.

–¿Quieres decirme por qué corrías?

–Noté que me seguían y tuve miedo.

Báguenas retrocedió unos pasos. Luego alzó una pierna. Enrique la vio venir pero no hizo nada para evitarla. Sabía que era inútil. Luego sintió un dolor espantoso en las ingles y unas ganas horribles de orinar. Después sintió que se estrellaba contra la pared. Abrió los ojos. Miró a Báguenas una vez más. Y esperó.

–Levántate.

Hizo un esfuerzo y no pudo. Y cerró los ojos para que no vieran unas lágrimas que querían salir de sus ojos.

–Levántate.

Hizo otro esfuerzo. Y se fue levantando paco a poco. No pudo enderezarse del todo. Báguenas rompió a reír viéndole encogido y mustio. Santamaría lo hizo con risa de subalterno. Enrique alzó la vista y los miró: «Pero he ganado», se dijo como si con ello todo lo demás desapareciera. Pero el dolor seguía y seguía.

–Acércate.

Se fue acercando hasta la mesa. Hubo un instante en que pensó que iba a desplomarse; el dolor quemaba. Sentía al mismo tiempo unas ganas enormes de llevarse la mano a los testículos y apretárselos para ver si así estrangulaba un dolor que casi le cortaba la respiración.

–¿Conoces ya a Báguenas?

–Sí.

–Pues vete... Y no olvides que la próxima vez te tendrán que llevar a cuestras.

Salió y, caminando y pensando sólo en su dolor, llegó a su casa. Y cuando oyó a su madre lo de siempre: «En el hornillo tienes la cena», cuando sintió después que se acostaba, se atrevió a acercarse a donde la luz era más luz, y desabrochase los pantalones y mirar: uno de los testículos estaba horrorosamente inflamado y casi negro. Fue al excusado y orinó: orinó sangre. Venciendo la náusea, cenó sólo para que su madre no le preguntara nada a la mañana siguiente. Luego se acostó. Durante mucho tiempo tuvo ante sus ojos la visión de la calle de la Reina, en la que destacaba por encima de todo lo demás la cara de Martín Báguenas. No quería olvidarse de ella por nada del mundo. Notando que el sueño le iba a vencer, murmuró: «Es una lástima que el Partido prohíba los atentados individuales». Luego se acordó de las cartas. Después se cogió los testículos con ambas manos y cerró los ojos.

\* \* \*

Al día siguiente y durante todo el día, sólo pensó en la hora de salir del trabajo para acudir a la casa del Partido. Cuando dieron las cinco, todavía cojeando y con dolor, se dirigió a la calle de Los Madrazo. Todo como siempre, como si no hubiera ocurrido nada la noche anterior: la calle oscura y silenciosa, guardias en la puerta y arriba, en el vestíbulo, recostado en el armario de los libros el inspector Santamaría que le miró como siempre. Pasó por delante de él, procurando no cojear, y se metió en la secretaría del fondo. Y allí estuvo mirando y escuchando lo que otros decían, aunque sin prestar mucha atención. Hasta que llegó el que le dio las cartas.

Le miró y le hizo una seña.

Enrique le siguió.

Ya en su secretaría el otro preguntó con la mirada.

–Me detuvieron.

–¿Antes o después?

–Después.

–¿Conociste a Báguenas?

–¡Aquí! –dijo señalándose las ingles.

El otro sonrió. Sacó una cigarrera y le dio un cigarro. Encendieron a un tiempo y durante unos segundos fumaron sin hablar.

–No le des mucha importancia... Al fin y al cabo no es más que el comienzo.

Abandonó el despacho, despacio y cojeando. En el vestíbulo, todavía Santamaría. Se miraron.

–¿Correrás hoy?

–Hoy no es necesario –respondió dando a su respuesta la mayor ironía posible.

Santamaría estranguló la sonrisa. Enrique hizo que sonreía.

–Desde ayer hasta el fin puede ser cuestión de días. O de semanas cuando más.

–No entiendo mucho de eso, inspector, pero creo que la cuestión abarca una vida.

Y después de una pausa le preguntó:

–¿Puedo irme o me lleva hoy también?

–Puedes irte.

A pesar de todo no se sentía satisfecho. Los demás, incluyendo a Báguenas, no sabían nada; pero él sabía muy bien que había tenido miedo, un miedo inmenso. Cuando llegó a su casa y se quedó solo, orinó: otra vez sangre, aunque mucha

menos. Y no pudo por menos que pensar en Bágüenas.  
Después no quiso seguir pensando.

Y aquel día terminó así:

¿Cuánto tardará todavía en llegar la revolución?.

Silencio.

Silencio dentro y fuera de él.

Porque hay preguntas que nacen sin respuesta.

## Capítulo VII

### EL CULTIVO DEL ODIO

Durante muchas noches hasta la llegada del alba, noches de muchos meses en aquel rincón humano y caliente de aquella vieja cocina que tanto olía a su madre, Enrique estudió con ansias y con fiebre en busca de todos los secretos de esa difícil tarea que es hacer la revolución. De todos los que habían escrito sobre el tema, prefirió a Lenin. Lenin se reveló ante él no sólo como un gran conocedor de lo que él calificaba de arte –el arte de hacer la revolución–, sino como un gigante en la grandiosa tarea de hacerlo en un país inmenso y atrasado, convertido por él y por su revolución en el ejemplo y la esperanza de millones de desesperados, de todos los continentes y de todos los colores.

Fue un martirio de meses.

Fue el leer una, dos y hasta diez veces, párrafos que al principio se le hacían impenetrables; el desesperarse mil veces y volver a sembrar la esperanza de que llegaría algún día en que comprendería todo; de borrar de su imaginación todo lo que no fuera Lenin, Rusia y su revolución.

De esta larga y penosa tarea no habló nunca a nadie, porque se hubiera visto obligado a confesar que hubo veces en que el desaliento estuvo a punto de arrojarle a la cuneta. De todo cuanto leyó en aquellos meses, lo que más le gustó y le convenció fue «El extremismo, enfermedad infantil del comunismo», porque en esta obra Lenin no sólo daba un esquema funcional y completo de lo que debía ser el Partido y también los comunistas, sino también del método en el trabajo, de la táctica y la estrategia revolucionarias. Después de leer a Lenin y mirar el Partido y a los comunistas de aquellos días, Enrique se sonreía y pensaba para sus adentros: «Somos un partido de juguete; y unos revolucionarios de juguete también». Pero esto no les desanimaba. Sabía que todo aquello era el comienzo. El comienzo del Partido y el comienzo de ellos mismos. Estaba convencido, de que la lucha le haría crecer y fortalecerse. Y que ellos crecerían y se fortalecerían, salvo aquellos que no fueran capaces de resistir la dura prueba de días y años. Y llegó el día en que cerró definitivamente los libros, los colocó cuidadosamente sobre un viejo baúl perdido en el fondo de la alcoba, y se dijo: «Ahora a hacer la revolución». No es que considerara que sabía todo, pero sí que sabía lo suficiente como para colocarse sobre las muchas heridas de España, y agrandarlas y agrandarlas para que, con el dolor y la desesperación nacionales, naciera el clima que la revolución necesitaba para nacer.

Conoció las heridas de España.

Heridas que cada una de ellas se había convertido en una enfermedad crónica.

Era importante saber cuáles eran los puntos débiles de España, para sobre ellos operar despiadadamente. Los conoció y los colocó por un orden de importancia creado por él mismo. En primer lugar situó «el porque me da la gana», expresión perfecta del individualismo español que era uno de los elementos desintegradores de la nacionalidad y del quehacer colectivo y, por ello, uno de los aliados fundamentales de la revolución. En segundo lugar colocó la afición enfermiza del pueblo español a la crítica, que hacía que no hubiera respeto a nada ni a nadie, ni la posibilidad de realizar una tarea larga, difícil y vital, porque dicha crítica deshacía hombres, políticos, partidos, historia, tradición, moral, convivencia, y todo cuanto constituye los cimientos de una nación y de un pueblo. Este envenenamiento mental de los españoles constituía para Enrique el segundo aliado poderoso de la revolución. El tercer aliado era el exceso de tiempo inútil de que disponían los españoles para hablar, por la existencia en todo el país de millares de cafés y tabernas, con comodidad y ambiente, y que constituían en sí una maravillosa red de divulgación a todo el país de todo lo negativo y destructor que naciera de la amargura o del rencor. Luego venían otros aliados: la pobreza; el parasitismo de las clases conservadoras; la aristocracia zángana y siempre de espaldas a esa historia que ayuda a los pueblos a crecer y marchar; la ambición de los ricos, de ser más ricos cada día; el rencor de los de arriba a los de abajo, y su afán de establecer una jerarquía y dominación medieval y eterna. Y la existencia de cinco fuerzas políticas que, aun creyendo lo contrario ayudaban cada día al pueblo a desesperarse un poquito más: los liberales y los conservadores, que se habían convertido en dos juguetes políticos del rey; los republicanos, enfermos de la misma estupidez que sus



antepasados de la primera república; los socialistas, que cuanto más hablaban de la revolución, mas se alejaban de ella; y los anarquistas que, siempre tras una revolución muy suya, hacían abortar todas las posibilidades de una revolución auténtica. Y, por si esto fuera poco, estaban los catalanes y vascos amenazando cada día con agregar, a la desintegración política y moral, la desintegración territorial, Enrique veía todo esto como un montón de heridas en el cuerpo de España, sobre las cuales él y todos los comunistas debían posarse y, sin descanso, infectarlas para hacerlas incurables y mortales, hundiendo a España y a los españoles en la imposibilidad de seguir viviendo como vivían o un poco mejor. Cuando esto se logre, pensaba, ya no habrá dique que contenga nuestra revolución.

Pero...

Para envenenar estas heridas de España había que hacerse insensible al dolor de España. Para envenenar estas heridas en lo que era tierra de vida, muerte y reposo de sus mayores, y de él mismo, y tierra de vida y presencia permanente de un pueblo, había que dejar de recordar a esos mayores y dejar de querer a España. Más aún, y a Enrique le dio un poco de miedo cuando llegó a esta conclusión: había que odiar todo lo existente, para que no hubiera lugar a vacilaciones sentimentales que pudieran malograr el afán de destruir todo aquello con raíces de siglos. Estaba, pues, a la mitad del camino en su nueva y vital profesión: no bastaba saber cómo hacer la revolución, había que odiar para poder hacerla, deshumanizarse para no detenerse ante el dolor humano, que

era una de las condiciones que la revolución exigía para nacer y triunfar.

Y Enrique no odiaba mucho: cuando se acordaba del hermano Pedro, odiaba al hermano Pedro; cuando se acordaba de Martín Báguenas, odiaba a Martín Báguenas; cuando se acordaba de aquella prostituta que le hizo vomitar, odiaba a aquella prostituta, Y, al lado de estos odios, otros odios pequeños que, en su conjunto, no constituían el odio que él necesitaba para ser un comunista cien por cien. Es decir, odiaba poco y quería todavía mucho. Lo contrario de lo que debía ser, y pronto, para no hacer esperar a la revolución.

¿Por dónde empezar a dejar de querer, para poder llegar a odiar?

Hacía tan sólo unos minutos que había abandonado el teatro Alcázar, en el que la compañía de Juan José Cadenas hacía los últimos ensayos para una inauguración próximas Y le fue fácil recordar todo aquel pequeño mundo: a Pepe Serrano, el director artístico de la compañía, al que llamaban Pepito, enfermo de mariconería; a José Moncayo, ya muy viejo, teniendo que hacer casi el clown, cuando tanto bueno aún podía hacer, para lograr las cien pesetas de cada día que se iban en puros y en alimentar prostitutas casi adolescentes; a Manolo París, gemelo en tarea y en tragedia a Moncayo; a Ordóñez, aquel barítono que escupía por todos los rincones, acariciaba brutal y soezmente a todas las coristas, cantaba cosas tontísimas y hacía suspirar a unas señoras, entradas en años y gordotas, cuyos maridos se habían acabado mental y sexualmente; a Julia Lajos, convertida, por la distancia y los

afeites, en la gran atracción del tendido de la baba: unos viejos venerables que ocupaban la primera fila de butacas, que enviaban flores y regalos a las artistas y rehuían el encuentro definitivo porque el cerebro no vale para ciertas cosas; a Selica Pérez Carpio, tuberculosa y soberbia; a la Saavedra, que era la publicidad escandalosa, en privado y en público, de Lesbos; a aquellas cincuenta muchachas a las que daban diez pesetas diarias por hacer que bailaban y cantaban, y por enseñar todo lo que la autoridad permitía (que permitía mucho) y que, después de la función de la noche, cansadas y mustias, todavía tenían que sonreír al protector de turno cuyas dádivas entregaban siempre a unas señoras viejas y gordas, y muy peripuestas, que siempre decían que eran la mamá o la tía de la niña; aquellas operetas en ensayo, idiotas, que sólo servían para demostrar que la idiotez no es una enfermedad de minorías; a aquel don Modesto de la Hoz, dueño del teatro, que se había hecho millonario vendiendo retretes con etiquetas inglesas; a don Enrique, el tramoyista; a don Agustín, el electricista; al apuntador; al traspunte, que arrastraba su tuberculosis por entre los decorados; al bombero, siempre muerto de sueño... Mundo de figuras grotescas, sin alma ni destino, al que no se podía querer ni merecía la pena odiar.

«Aquí no hay nada que hacer».

Y siguió caminando.

Y luego se detuvo en donde sabía de antemano que, aun contra su voluntad, se detendría: en la esquina de la Ronda del Conde-Duque y la calle de la Princesa.

Al café España le prestó poca atención. Este café y otros millares de cafés repartidos por todo el país, al apartar a millares de hombres de las angustias y tareas vitales de la nación, «ayudaban» a acelerar el proceso de descomposición que los comunistas necesitaban. Los cafés de España eran «comunistas sin carnet», que trabajaban, sin saberlo, por la revolución, adormeciendo conciencias o envenenando a muchos hombres con una fe ciega en el azar.

En la iglesia del Buen Suceso sí se detuvo su atención durante un gran rato, que no hubiera podido precisar de cuántos minutos. Más por instinto que por conocimiento, se dio cuenta de todo el volumen que la iglesia tenía como enemiga del comunismo. Porque él no veía a la iglesia a través de millares de beatas enlutadas y enveladas, que con una devoción sincera o falsa pretendían ocultar muchas frustraciones humanas o superarlas, o encontrar en el cielo lo que en la tierra no habían encontrado; ni la veía tampoco como una fuerza política militante, que lo era; él veía la iglesia, esencialmente, como una gigantesca fábrica de ilusiones. En esto residía el peligro de la iglesia para Enrique. Porque crear ilusiones era reducir el volumen de la desilusión humana, que el comunismo necesitaba para crear sus ilusiones; era inmunizar a millones de personas contra las ilusiones que, el comunismo necesitaba despertar en ellos para incorporarlos a su fuerza combatiente. Aquí sí era necesario y fácil odiar. Pensando en la iglesia como organización universal, con sus jerarquías, con su profesionalismo, con su doctrina, con su mística, con su fanatismo, con su método maravilloso de trabajo, con sus poderosos medios de captación sin prejuicios ni escrúpulos y comparándola con el movimiento comunista, pensó en dos

gigantes gemelos, aunque terriblemente antagónicos; y pensó que el choque de estas dos fuerzas significaba, en sí, el choque de las dos fuerzas vitales del mundo.

Y comprendió que la lucha contra la iglesia era la decisiva para el destino del comunismo, porque la iglesia era la base fundamental del nacimiento y existencia de una civilización, y los cimientos de ese mundo que el comunismo quería sustituir. Había que odiarla. Había que hacer, también, que la odiaran millares de hombres y mujeres, porque sólo en su pérdida de influencia primero y en su muerte después, estaba la garantía del triunfo de la revolución y de la victoria del comunismo. Había que lograr, al precio que fuera, que millones de creyentes volvieran la espalda a Dios, a esa realidad o poderosa ilusión. Y recordó a Lenin; y comprendió que el sistema capitalista dependía de la presencia y fuerza del catolicismo.

¡Odiar!

¡Y hacer que odien!

Porque los apóstatas del catolicismo podrían ser magníficos e implacables revolucionarios, ya que de su desilusión tendría que nacer un rencor, un deseo de venganza y una criminalidad dogmática que les haría temibles e invencibles. Y, además, estos apóstatas, con su veneno interior serían verdaderos focos de infección para millones de hombres obedientes a Roma. Y su pequeño odio de ayer –personalizado en el hermano Pedro y en un rencor infantil, contra un Dios, que creyó primero que no le escuchaba o que le debía escuchar y responder a sus preguntas, y que acabó por negarle–, creció y creció en unos

minutos más de lo que había crecido en años. Cuando continuó su camino ya no era el Enrique con sus dudas, sus angustias y anhelos de justicia humana solamente: era algo distinto y horrible, pero él no se dio cuenta de ello, él sólo sabía de su odio y de la revolución. Unos metros más allá se volvió a mirar la iglesia una vez más.

Y escupió.

Después pensó en una hoguera inmensa que consumiera imágenes y textos, templos y fanatismo, fe y a todo aquel ejército negro que se alzaba frente al comunismo como una moderna muralla china.

En las fuerzas políticas no quiso pensar mucho. «No se trata de odiarlas, sino de destruirlas, después de utilizar a las que puedan sernos utilizables».

Cuando atravesó el portal de su casa y vio a la señora Rosa, vieja como siempre y como siempre encogida y leyendo, murmuró: «Vieja imbécil, que te sientes feliz con tu miseria de una peseta diaria y contenta con tu resignación; y entretenida con haber vivido muchos años y poder contar algo de lo vivido». Y pasó sin darle las «buenas noches» que le había dado durante noches y noches de sus mejores años. Contra su costumbre subió despacio la escalera para tener tiempo de, ante cada puerta, insultar a cada uno de los habitantes de aquel pequeño mundo en el que había vivido, feliz o infeliz, pero bueno durante mucho tiempo. Su madre le abrió la puerta y después siguió preparando la cena; su hermana Concha, sentada y con la cabeza hundida en su pecho, cosía. Se

sentó y estuvo mirando todo, con una atención como jamás; quería ver todo aquello con sus estrecheces y miserias reflejadas, miserable y odioso; pero la figura de la madre andando de un lado para otro, y cruzándose entre él y las cosas, borraba constantemente la visión de odio que tan trabajosamente creaba. La miró. La estuvo mirando mucho tiempo, mientras recordaba su hambre y sus vejaciones. Y quiso hacerla responsable de todo, y con ella al padre, para no quererlos, porque necesitaba romper todo lo afectivo que le unía férreamente a aquello. Y mentalmente acusó a través de tres preguntas con sabor a sacrilegio, tres preguntas que necesitaba formularse, para hacer de ellas, si era posible, un generador de odio:

«¿Por qué nos hicisteis?»

«¿Por qué habéis consentido nuestra hambre?»

«¿No os dolía nuestra soledad, nuestra tristeza y nuestra envidia de aquellos que estaban al margen de esa miseria en la que nos habéis tenido?»

«¡Basta!».

«¡Basta, Enrique, basta!».

Y se gritó sin gritar, porque de pronto, como si por primera vez la viera, vio la figura cansada de su madre, sus ojos con huellas de llorar sin lágrimas, que es el peor de los llorares, sus manos curtidas por años de extenuante trabajo, su pelo blanco y su luto de fuera, que era el reflejo de un luto interior por una larga vida de ilusiones muertas. Y se olvidó por un momento de

todo: de la calle de Los Madrazo, de Torralba Beci, de Lenin, de la Revolución, de la hoguera gigantesca, de todo, menos de aquella pequeña casa en que todo era de su propia carne. «Esto va a ser demasiado difícil» –se dijo. Y continuó: «¿No será todo esto una traición al Partido?». Necesitaba tranquilizarse y se tranquilizó con esta respuesta: «No, ninguna traición, solamente un aplazamiento necesario para sortear ese obstáculo gigantesco».

Cenó.

Y no levantó la cabeza mientras comía. No quería que lo vieran los ojos. Le daba miedo de que su madre se diera cuenta de que estaba perdiendo un hijo y el que se abalanzara sobre él para unirle de nuevo a ellos, en ese momento en que aun la decisión de alejarse y de olvidarlos estaba fresca y, por lo tanto, sin la dureza necesaria para resistir un golpe como aquél. Y dejó que se acostaran todos; y luego, se acostó él, hundiéndose en la cama sin hacer ruido. Se entretuvo unos momentos escuchando el respirar de todos; y cuando se aburrió de escuchar, se puso a pensar en la familia. «¡Qué grandes defensas ha sabido crear la iglesia!».

Pensó en Lenin y en el Papa.

«¡Qué gran match!».

Enrique continuaba la tarea de fomentar su odio, día a día, con paciencia y sin descanso.

El Teatro Alcázar.



La Iglesia del Buen Suceso.

La familia Castro.

Le tocó el turno a España. ¡Porque había que odiar a España también! Para los españoles de aquella época, jóvenes o viejos, era fácil encontrar motivos para que no les gustara España. Ortega y Gasset ayudaba a ello en su afán de europeizar la Península Ibérica, con lo que hacía creer que España era una nación atrasada y bárbara. Vivía España, entonces, ese período idiota de su historia: de vivir recordando y lamentando la pérdida de sus colonias, envenenada todavía por esa generación del 98 que, aparte de hablar y escribir bien o muy bien, era una generación enclenque, llorona, sin vigor ni perspectiva, con la sola exclusión de Antonio Machado y alguno que otro más, lo que no contrarrestaba nada, porque era el tiempo que el pueblo volvía la espalda a los poetas. España era para los españoles una nación contrahecha y antipática, y de la cual muy pocos españoles se sentían orgullosos; y todo por haber olvidado su larga historia. Y era una ración contrahecha y antipática para los de abajo y para los de arriba; para los de abajo, porque estaban acostumbrados a mirar solamente a Rusia como si aquello fuera la panacea universal; para los de arriba, porque vivían deslumbrados por París o Londres.

España: una alcantarilla.

El resto del mundo: Jauja.

En este ambiente le fue fácil a Enrique el empezar a despreciar a España e irla odiando poco a poco, como poco a

poco él se iba desespañolizando y viendo a Rusia, envenenado por el internacionalismo de aquellos días, como la patria auténtica. Si Enrique hubiera poseído lo que poseyó Dorian Grey, se hubiera horrorizado, porque todavía no era un hombre perdido del todo. Pero nadie le ayudó a que se viera a sí mismo. Y es que eran tiempos en que España, agobiada por el peso de una corona demasiado gravosa y unas clases directoras maniatadas, por su impotencia, se había olvidado de su juventud. Era una época de viejos, encadenados a lo viejo. De otra manera, España no hubiera vivido este momento sin finalidad que había de engendrar días sangrientos. Y le fue fácil odiar.

Todo consistió en marchar con la corriente.

Una corriente de millones de hombres que se acostaban y levantaban al grito de:

«¡Esto es una mierda!».

\* \* \*

Aquel día no vio a Martín Báguenas ni le pegaron. Simplemente le bajaron custodiado a los sótanos, en los que guardias, rateros y olores a orines y a humedad vivían fraternalmente; le tomaron varias fotografías de frente y de perfil; las huellas dactilares; algunas señas particulares; nombre y apellidos y nombre y apellidos de sus padres; le dijeron que se lavara las manos y que se las limpiara con una toalla que colgaba de un clavo y que había sido blanca; y, por

último, muy amablemente le dijeron: «Ya puede usted retirarse». Y, sin embargo, aquel día, que en realidad fue un día tranquilo, salió de la Dirección General de Seguridad de peor humor que otras veces. Comprendía la significación de aquel hecho realizado, tan breve y amablemente: desde ese momento no sería más un desconocido para la policía política del resto del país. Estaba de acuerdo en que evitarlo no dependía de él, pero ni eso fue capaz de aminorar su mal talante.

\* \* \*

Moscú no estaba contento.

Veía acercarse en España el momento de una grave crisis política, y se daba cuenta de que el Partido, de no sufrir una rápida y profunda transformación, no sería capaz de aprovechar las posibilidades que sin duda alguna surgirían.

Y comenzó a presionar.

A presionar a su manera: de un lado haciendo menos frecuentes y de menor cuantía los envíos de dinero, que era una manera de expresar su descontento; de otro lado moviendo a segundones ambiciosos, hasta convertirlos en una oposición ortodoxa de la Dirección. Todo esto determinó que la Dirección convocara un pleno del Comité Central, que debería realizarse en Pamplona. Los preparativos de este pleno se circunscribieron a una serie de reuniones, en las que se elaboraron los informes fundamentales. Enrique fue nombrado

enlace de la Dirección durante este período. La última reunión se inició en un estado de nerviosismo indisimulable: la policía iba cerrando el cerco en torno a los participantes en estas reuniones y había el temor de que pudiera impedir el Pleno, al que se le daba una gran importancia para las futuras actividades del Partido. Enrique desde una esquina de la Plaza de los Mostenses en sombras, los vio ir llegando uno a uno y con pequeños intervalos, y hundirse en un portalón de una casa vieja, en la que estaban las oficinas en las que trabajaba Egocheaga, Cuando entraron todos sintió un gran alivio: la policía había fracasado una vez más. En realidad, su misión había terminado. Antes de retirarse miró a un lado y otro: sólo parejas hundidas en los quicios de los portales, un cargador borracho que vociferaba contra el silencio, y una pareja de guardias caminando para arriba y para abajo, satisfecha de aquella tranquilidad que envolvía la plaza. Comenzó a caminar cuando vio salir del portal a Urchurrutegui. Éste se detuvo un momento hasta que vio a Enrique y, luego, despacio, comenzó a caminar en dirección a él. Enrique continuó andando. El otro detrás. Y separados unos pasos, ambos pasaron por delante de los guardias. Urchurrutegui alcanzó a Enrique.

–¡Tienes que ir a mi casa!

–¿Qué ocurre?

–En el cajón de la máquina de coser hay unos papeles. Tómalos y regresa en seguida. Yo te esperaré por aquí.

–De acuerdo.

Desde donde estaba a la casa de Urchurrutegui no había más de diez minutos de camino, pues vivía en la calle de Juan de Dios, una bocacalle de la de San Bernardino. Al principio caminó despacio hasta que pudo comprobar que nadie le seguía: luego de prisa, con ansias de llegar y volver porque, sin saber por qué, sentía que algo le amenazaba, y que este algo se hacía más amenazador a medida que se iba acercando a la casa. Torció a la derecha y entró en la callecita estrecha, pobre de faroles y de todo.

Vivía Urchurrutegui en la última casa de la izquierda. Una pintada de amarillo, de planta baja y un piso, con algo de convento o vieja cárcel. Comenzó a caminar despacio mientras sus ojos se clavaban en el portal, en los lugares oscuros, en los quicios de las puertas: nada. Y siguió su camino con una tranquilidad cada vez mayor. Y entró bruscamente en el portal: delante de la escalera estrecha y empinada, y entre la penumbra, dos sombras negras con sombrero, que no se movieron. «La huida es imposible».

Y continuó su caminar sin un gesto. Y entró en aquel corredor largo y estrecho, en escuadra, con el ruido de los pasos de los que le seguían clavados en sus oídos; y miró el suelo de aquel pasillo tantas veces andado, de baldosas grandes y rojas y terriblemente desgastadas como si sobre ellas hubieran caminado millares de personas en oración o penitencia; miró hacia arriba, en donde unos pequeños tragaluces dejaban ver la noche; y luego miró a las puertas separadas y pequeñas, en donde vivía una vecindad sin ruidos. Y hubo un momento que pensó en llamar a una de aquellas y preguntar cualquier cosa. «Sería inútil y aumentaría las sospechas». Y continuó hasta el

final del pasillo, se detuvo delante de una puerta vieja y llamó. Y abrió la viejecita de mirar dulce y de pelo plateado.

Y detrás la hija hundida por sus jaquecas y su soltería.

–¿No está Urchu?

–No...

Y más alto para que lo oyeran los que se acercaban, añadió:

–Me dijo que me esperaría para ir al cine.

Vio los ojos desorbitados de la ancianita del mirar dulce; y el abrir la boca de la hija como si quisiera gritar. Y sintió una mano caer bruscamente sobre su hombro.

–Vamos.

–Vamos –dijo volviéndose.

Salieron de la casa y comenzaron a caminar pegados a las casas: a su derecha uno y el otro detrás. Ya en la calle de San Bernardo uno de ellos llamó a un taxi, mientras que el otro le sujetaba de un brazo con apretón de garra. Entró uno, después él, luego el otro. Y le hurgaron en busca de un arma.

–Nada –dijo él.

No contestaron. Se recostó en el respaldo y cerró los ojos: «Esta vez será más difícil. ¿Cuánto faltará?». Se le hacía largo el camino a pesar de que tenía miedo de llegar. Hasta que el coche se detuvo. Y el portal, las escaleras y la antesala de

siempre. Pero esta vez no hubo espera: entraron sin preámbulo en el despacho de Martín Báguenas que esperaba. Enrique sabía que estaba pálido y se mordió la lengua hasta hacerse daño, en busca de una reacción que no llegó. Y cuando miró se encontró ante la mesa de Báguenas, ante Martín Báguenas y varios hombres con sombreros echados sobre los ojos. Y se dio cuenta de que todos le miraban.

–¿Otra vez aquí...?

–Otra vez más.

–¿Por qué?

–No lo sé.

–¿A qué fuiste a casa de Urchurrutegui?

–Habíamos quedado de vernos para ir al cine.

–¿Qué tiempo hace que no ves a Urchu?

–Desde ayer a las ocho.

–¿No le has visto hoy?

–No.

Báguenas miró a todos y todos le miraron. Uno de ellos apartó a Enrique de la mesa y lo colocó en el centro de la habitación. Y vio formarse en torno suyo un círculo de sombreros y miradas asesinas. Apretó los dientes y esperó: era todo lo que podía hacer. Y la voz de Báguenas: «Cuando nos

digas a qué horas y en dónde has visto hoy a Urchurrutegui, estos señores volverán a meterse las manos en los bolsillos». Se puso en tensión. Y miró fijamente al techo porque no quería ver llegar el primer golpe. Que llegó unos segundos después: al estómago. Se inclinó violentamente con ganas de vomitar y otro golpe en el mentón lo enderezó. Pero tenía que caerse... ¿Cuándo?... Contó:

Uno...

Dos...

Tres...

Cuatro...

Cinco...

Mientras se cubría la cara con los brazos, pensó: «Esta vez he aguantado más». Y se dejó caer. Y sintió como si una manada de bueyes pasara por encima. Pero se dio cuenta de que eran hombres: «Hijo de tal», «Te vamos a dejar sin...» Y muchas cosas más, porque los policías suelen tener un vocabulario –amplio. Y cuando creyó que iba a sumirse en un sueño doloroso y dulce a la vez, escuchó la voz de Báguenas:

–«¡Basta!».

Abrió los ojos y miró.



Todos sonreían como si allí no hubiera pasado nada; algunos de ellos respiraban violentamente: eran los funcionarios concienzudos.

–«¡Levántate!».

Llegó hasta la mesa y esperó.

–¿Dónde puede estar Urchu?

–No lo sé.

–Pero, ¿estará en algún lado?

–Sí.

–¿En dónde crees tú que sea más probable que esté?

Pensó, bajo la mirada de Báguenas: «Debo darle tiempo a alejar a estos cabrones lo más posible de allí». Y en voz alta, y dirigiéndose a Báguenas:

–Puede estar en el café de Los Mariscos... En la casa de Velasco... En la Casa del Pueblo...

–Bien. Dos de estos señores te van a acompañar a esos sitios y a alguno más que vayas recordando. Si a las doce de la noche no le has encontrado, volverás aquí y comenzaremos la segunda parte. ¿Has entendido?

–Sí.

–Límpiate la cara y la ropa. Y no tiembles...

Salieron a la calle. Se dirigió al café de Los Mariscos. Estaba seguro de que allí no estaría Urchu. Antes de entrar preguntó a uno de ellos:

–¿Puedo tomar café?

–En el mostrador y sin hablar con nadie.

Entraron. Enrique se detuvo un momento y miró a todos los lados. En las mesas de siempre, los de siempre, que le miraron con sorpresa y temor. Se sonrió por dentro: «Estos ya saben que estoy detenido». Se acercó al mostrador y pidió café. Los policías se alejaron hacia los urinarios y la tertulia. Mientras le servían oyó una voz a su lado:

–¿Te han detenido?

Era la voz de Hontoria, miembro del Comité Central y uno de los asistentes a la reunión...

–Sí–Pero los papeles siguen en casa de Urchu –dijo sin volver la cabeza y sin casi mover los labios. Y comenzó a tomar el café. Por el espejo vio a los dos policías detrás de él. De Hontoria sólo veía el sombrero caído sobre los ojos que cubrían unas gafas negras.

«Vamos».

Pagó y salieron. Y comenzó a andar hacia la calle de Apodaca. En ella vivía un tal Velasco, sastre, retirado de toda actividad política por miedo, casado con una hermana de Hernández Zancajo, dirigente del transporte y uno de los hombres de

confianza de Largo Caballero. «¿Por qué han de vivir estos tranquilos en su retiro?»

–Aquí es.

Subieron. Abrió Velasco. Miró a los tres y palideció.

–¿Qué desean?

Le empujaron a un lado y entraron. Uno de ellos empezó a recorrer todas las habitaciones. Al poco rato regresó.

«Vamos».

Velasco, desde la puerta les vio perderse en el fondo de la escalera.

Enrique sonrió, sin acordarse de que para las doce sólo faltaba una hora. Les llevó hasta la Glorieta de Antón Martín. Y entraron en la calle del Gobernador. En ella vivía un abogado, un tal Merino, ex empleado del Estado, que se dedicaba a vender telas y a no querer saber nada del Partido, del que Báguenas, de hecho, le había separado. «Otro cabrón que se pondrá pálido» –pensó Enrique, y se repitió la escena anterior.

–Vamos.

–A la casa del... –pero no le dejaron terminar.

–A la Dirección.

Muchos ojos fijos y algunos inyectados en sangre.

–¿Nada?

–Nada.

–Comenzar.

Era demasiado rápido el martilleo para poder contar. Después de los primeros golpes todo es lo mismo, porque llega un momento en que el dolor no puede ser más dolor.

«¿Aquí?»

Abrió los ojos y miró. Estaba dentro de un coche. A cada lado uno. Y fuera la noche. Y a lo lejos, el reflejo, en el cielo, del resplandor de las luces de Madrid.

«Un poco más lejos».

«Van a asesinarme».

El coche comenzó de nuevo a marchar. Los árboles le parecieron una interminable fila de sombras asustadas. La noche, una alcahueta.

–¿Aquí?

–Un poco más lejos.

–¿Aquí?

–Un poco más lejos.

No pudo contener un estremecimiento. Al fin y al cabo sus nervios no se habían hecho para esto. Y no le habían dado tiempo a prepararlos para un momento como éste.

–¿Tiemblas?

–Sí.

–¿De miedo?

–De frío.

A lo lejos el silbido de un tren. Delante una ráfaga de luz y unos cuantos metros de carretera.

–Aquí.

–Bájate.

Se apeó y se volvió hacia ellos.

–Corre.

–Prefiero así.

–Reza.

–No sé.

Vio que uno de ellos, que empuñaba una pistola, se acercaba lentamente y que lentamente levantaba la pistola hasta la altura de su pecho.

«¡Viva la revolución!».

Primero unas carcajadas y después un golpe seco en la cabeza que le hizo caer. Y luego muchos golpes. Luego nada. Después silencio y frío. Abrió los ojos y miró. Tardó un poco en darse cuenta de dónde estaba. Luego vio una paralela de árboles y faroles, «Sí, es Alberto Aguilera». Vio el banco de piedra donde de niño se sentaba. Y la exposición de automóviles de Garaje Victoria. Y aquel cartel que no veía, pero que sabía que decía: «Escuela para niños». Luego vio a lo lejos una sombra y una luz que se movía como un péndulo.

Gritó.

«Vaaaaaaa».

Y un diálogo breve.

–Tengo sangre en la cara?

–Sí.

–Alúmbrame, por favor.

Con el pañuelo mojado en su propia saliva se estuvo limpiando la cara, pero la sangre seguía saliendo.

–Es en la cabeza.

Se llevó la mano, guiada por la sangre que resbalaba, hasta la herida.

–Ábreme.

Subió lentamente las escaleras.

–¿Eres tú?

–Sí.

Entró detrás de la madre y se dejó caer en una silla.

–¿La policía?

–Sí.

No hablaron más. La madre le estuvo curando. Y cuando terminó le miró fijamente y murmuró: «Es posible que la revolución sea una gran cosa para los que vivan cuando llegue». Él la miró. «Queréis hacer pedazos a un gigante». Una pausa. «Cuando llegue el momento de la revolución, el pueblo se lanzará a la calle, con vosotros o sin vosotros. Lo que es una locura es creer que la revolución podéis hacerla unos cuantos, cuando aún no es el momento de hacerla». Se quedó callada un momento. Volvió a hablar: «Como madre cumplí con mi deber advirtiéndote en dónde te metías... Pero, ¡tonta de mí!, que no me di cuenta de que a ciertas edades los consejos de los padres nacen muertos».

Se acostaron.

Mientras la madre lloraba casi en silencio, Enrique hizo balance. «No hay que olvidar nada de esto ni de lo que ocurra cada día, de hoy en adelante». Y pensando en la revolución se olvidó de lo que había pasado una hora antes. «La revolución

es acabar con todo lo de hoy, pero es algo más que muchos no saben: la revolución es también matar».

«Matar».

Oía el llanto de la madre.

«Matar».

Los sollozos se fueron apagando. Los ruidos de la calle también. Pero él seguía moviendo los labios y hablando mentalmente:

«Matar»... «Matar hasta que una fatiga de días y días impida seguir matando. Después, construir el socialismo».

Volvió a recordar.

Y cuando llegó a un punto en que el miedo estuvo a punto de hacerle enloquecer, lanzó un suspiro de alivio: Ellos, a través del miedo, le habían dado el odio que le faltaba para estar lleno de él.

Final del balance:

Estaba contento. Y mentalmente cantó:

«La roja bandera que nos guiará

por la senda del trabajador.

con el Soviet redentor...»



Después nada.

Sólo la noche vivía despierta.

## Capítulo VIII

### «UN-DOS, UN-DOS» Y UNA REVOLUCIÓN QUE SE ACERCA

¿Quién le había dicho que los días grises no vuelven?... No lo recordaba... Pero sí, ahora estaba seguro de que vuelven, porque otra vez los días grises y los Castro habían vuelto a encontrarse. Y es que para los de abajo la vida suele ser un girar y girar con el sol de frente o de espaldas, o envueltos en una noche muy larga las más de las veces. Y es que, Enrique estaba seguro de ella, la vida para muchas gentes es una noria trágica que a veces tarda siglos en ser destruida.

El viejo había vuelto otra vez a su andar peregrino.

¿Por qué?

¿No eran él y sus patronos, los jesuitas, hijos del mismo Dios?

Llegó un anochecer a casa y dijo con una voz que quería quebrar.:

«¡Me han despedido!». «¿Por qué?» –preguntó ella. «Dicen que a mi edad ya merezco el descanso». Muchas veces en la vida se crea este dilema: reírse o llorar. Esta vez no. Esta vez

hubo una tercera variante: quedarse muy serios, terrible y dramáticamente serios. Y desde ese momento casi no se habló durante toda la noche. Las únicas palabras que se oyeron, y fuertes, fueron las de siempre: «Gracias a Dios por tanto favor como nos hace».

Y no era éste el único golpe.

Eduardo, a su regreso de África (tres años y sargento al servicio del rey) se fue a trabajar a la sucursal del Banco Central, en Arenys de Mar, en Cataluña. Y, además, quería casarse, con lo cual se confirmaba una vez más aquello de: «Al perro flaco todo son pulgas». Concha, la pobre Concha, seguía cosiendo en el país en el que coser es el escalón anterior al pedir limosna. Carlos espera su hora para entrar en la cadena, Manolo, que era jefe de mecánicos en la escuadrilla de cazas del infante don Alfonso, sólo vivía para evitar que la sangre real empapara cualquier campo de España. Y Enrique ayudaba muy poco: todos sus esfuerzos eran para la revolución, el patrón más exigente de la historia, el patrón del todo o nada. La madre tuvo que comenzar a pensar de nuevo en ropas extrañas que lavar y en los suelos de las grandes salas del Banco Central.

\* \* \*

Enrique y su padre estaban en el secreto: no había sido la edad la causa de aquel «descanso», sino la policía que cerraba el cerco a Enrique.

Pero nunca se dijeron nada...

\* \* \*

Un mes.

Muchos meses más de hambre y vergüenza, y de sobremesas calderonianas, pero mucho peores que aquellos de su época de aprendiz de hombre, porque al hombre hombre, la miseria le golpea en el estómago y en la dignidad. Y los viejos se hicieron rápidamente más viejos: y los hijos se hicieron más viejos de una vez, viejos para siempre, de esa vejez sin arrugas ni canas: de tristeza.

Para Enrique eran tiempos de acoso diario de la policía. Y se vio obligado a faltar muchas noches a su casa, o a dormir en la buhardilla de la señora Consuelo entre trastos viejos, polvo y ratas; o a faltar por largos periodos de tiempo: y a trabajar, conservando en secreto el lugar y en cosas en las que jamás pensó: de lavacoches con un marqués con mucha sangre azul y poco dinero, que vivía en la calle de Lista, que poseía un viejo «Citroën», al que cuidaba más que a sus pergaminos y que nunca pagaba a tiempo; o lavando taxis que, si bien pagaban al contado, pagaban poco. Comenzaba su trabajo como los traperos: al despuntar el día, para después hundirse en la barriada de los Cuatro Caminos o en la de Tetuán de las Victorias, en donde a ciertas horas la policía no se aventuraba. Cuando el acoso se debilitaba volvía a casa; pero era un vivir sin hablar, que era casi como no vivir. Por las noches, al terminar de comer, Enrique y su padre, como si estuvieran de

acuerdo, seguían sentados en torno a la mesa; y cuando los demás se habían acostado el viejo sacaba la vieja petaca, el papel de fumar y las cerillas, y liaba un cigarro y, luego, le pasaba todo a Enrique, para que hiciera lo mismo. Y, mientras el humo se hacía nada en el aire, se miraban y se miraban: inquiriendo el padre con los ojos, respondiendo el hijo con los suyos que querían decir al viejo solo con la mirada para que no se enterara la madre, cuanto sabía y esperaba de la revolución. Mas en aquella mirada cansada y dulce sólo existía una esperanza: Dios. Era, pues, difícil entenderse, aunque cada día se quisieran un poco más.

Después, lo de siempre.

–Buenas noches, hijo.

–Hasta mañana, papá.

Acompañado todo esto con los suspiros casi ahogados de la madre que en la cama y con los ojos cerrados, comenzaba su insomnio de horas y angustias. Mientras que el tiempo, que es un matar la vida, seguía su marcha quién sabe hacia dónde.

\* \* \*

Aquel día amenazaba con ser un día sin huella.

Por la mañana, con el frío incrustado en los huesos, estuvo un buen rato en la Plaza del Progreso, escuchando a un hombre que, subido en un coche de alquiler, tirado por un

caballo que también tiritaba, ofrecía cuanto tenía en su mano cerrada: una sortija, un reloj, una pluma; y cada cosa acompañada de un billete, que nunca decía de cuánto. «Lo que tengo en la mano por cinco pesetas –gritaba. Y movía las manos de un lado para otro. Movimientos que le servían para sacar el billete que antes había metido. Y cuando alguien –alucinado por aquel puño cerrado que parecía el arca de los tesoros del Conde de Montecristo– compraba, solía encontrarse con un reloj malo o con una sortija de las que manchan el dedo; o con una pluma que daba sin tinta, para que no pudieran probarla allí mismo, y que luego no escribía. Pero a Enrique le entretenía aquello. Consideraba maravilloso aquel dominio de la palabra; aquel conocer de las gentes; aquel saber despertar ilusiones; y aquel no menos magnífico método de ahogar, cuando estaban a punto de nacer, los insultos de los engañados. «Es una gran escuela» –se decía. Y sin dejar de mirarle, añadía: «Él es como nosotros: convencer, animar y dominar. Después todo es fácil». No era la primera vez que asistía a esta escuela pública de oratoria y psicología; porque para él era una escuela independientemente de los raterillos que, posiblemente asociados con el vendedor, se aprovechaban de los mirones para descargarlos del peso del reloj o la cartera. Luego se fue a mezclar entre el murmullo de los socialistas, más tarde estuvo escuchando a los anarquistas hablar de la revolución social y de la dinamita. Y ya por la tarde, acudió a aquellas peñas de los intelectuales republicanos en donde se hablaba mucho, se hacía poco y todo ello sin riesgo alguno. Todo esto era algo así como un tomar el pulso a la revolución.

Ya en la noche sintió frío.

Y aburrimiento.

Y andando, sin pensar y sin prisa, se dirigió hacia su casa.

Llegó al portal que cruzó dispuesto a no decir nada a la señora Rosa; Pero al pasar por delante de la portería escuchó un «Buenas noches». Y le contestó. Porque esta vez le pareció como si el tono de aquella voz saliera del alma, de un alma que comprendiera algo de su alma.

Y comenzó a subir las escaleras.

Por el hueco de ellas, y al llegar cerca del piso en que vivía, vio gente encima sobre la barandilla que seguía su ascender con la mirada. Cuando llegó al descansillo de su casa vio un grupo de gente y luego la puerta de casa entornada, lo que dejaba ver una luz interior muy débil, como si alguien hubiera cubierto la lámpara con algo para que no molestara a alguien.

Se detuvo.

La señora Juana, como un buitre gigantesco y negro, llegó hasta él.

–¿Qué?

–Tu padre se ha puesto malo, pero no te asustes...

La apartó suavemente y emprendió el camino muy despacio, como si tuviera miedo de llegar. Empujó la puerta. Y miró. Fue un mirar de segundos: la sala en penumbra; gente sentada o recostada sobre las paredes, muy silenciosas todas; la cama y

en la cama el padre; y avanzando hacia él, muy despacio, su madre que parecía haberse endurecido, haber dejado de ser un ser humano cualquiera para convertirse en una estatua de bronce ennegrecido por el tiempo. Y ahora ante él, sus ojos en los del hijo.

–Tu padre está muy mal.

–¿Vino el médico?

–Llegará de un momento a otro.

–¿Qué otra cosa podemos hacer, mamá?

–Lo que podía hacerse se ha hecho: avisar al médico, a tu hermano Manolo, poner un telegrama urgente a tu hermano Eduardo y aguantarnos el dolor.

Se acercó allí, donde estaba el hombre que tanto quería; se sentó en el borde de la cama y le tomó una mano. Y le miró. Se hubiera podido decir que estaba dormido, si de vez en cuando no se quejara con ese algo de vergüenza con que se quejan los hombres de verdad.

«Papá, soy yo, Enrique».

Sintió en su mano la presión de otra mano.

«Papá».

Abrió los ojos y le miró. Y en aquellos ojos cansados y dulces vio lo que jamás hubiera querido ver: una lágrima y la muerte



cerca. Y permaneció quieto, muy quieto, maldiciendo interiormente los murmullos del «público»; sabiendo detrás de él a su madre, Concha y Carlos; anhelando estar solo con su padre, para hablarle sin testigos de su cariño y de su dolor, de sus desesperanzas y de su esperanza, de muchas cosas, porque era en ese momento cuando veía a la muerte mordiendo su propia carne, cuando la vida se le mostraba como él no había pensado hasta entonces que era; como algo que también se acaba.

Volvió a cerrar los ojos el padre.

Y sintió sobre su hombro una mano.

–El médico, hijo.

Se hizo a un lado. Y los cuatro, la madre, Concha, Carlos y él, con los ojos clavados en el hombre tan dolorosamente amado y en el otro. Después de unos instantes el médico dejó caer la mano del enfermo, se enderezó y volviéndose a Enrique, que era el que estaba más cerca, le preguntó:

–¿Es usted su hijo?

–Sí.

–Agoniza.

–¿Sufre?

–No.

El médico se fue, y el hombre siguió muriéndose poco a poco. Y los cuatro sintiendo casi dentro de ellos cómo la muerte, tan concienzuda como siempre, realizaba su tarea. Le miraban y se miraban. Alguien le tocó otra vez: el buitre gigantesco con cuerpo de mujer.

–Habría que llamar a un sacerdote.

Enrique se volvió hacia su madre.

–Si él fue bueno, como lo fue, ¿para qué un sacerdote.?

–Sin embargo... –insistió el buitre.

–Decide, hijo.

–¿Le habría pedido él, mamá?

La madre hizo un gesto afirmativo. Enrique se lo repitió al buitre disfrazada de mujer. Y se volvió a sentar en el borde de la cama, mirando y mirando, queriendo llorar y no queriendo. Y llegó el sacerdote, con la prisa con que los sacerdotes llegan a la casa de los pobres. Y perdonó. Y se encendieron cuatro cirios. Y hubo rezos. Y los cuatro allí, en un rincón, de pie porque todas las sillas las ocupaban las visitas, de pie y juntas, mirándose y mirándose, queriendo llorar y conteniendo el llanto ante la mirada prohibitiva de la madre.

«Después, hijos, cuando estemos solos».

Y no lloraron.

Fue llegando más gente. La sala llena, porque hay muchas gentes que les gustan los muertos como espectáculo. Pero ellos tenían frío. Y el muerto empezaba a tenerlo también: un frío eterno. Alguien, Enrique no supo jamás quién, les ofreció café con leche.

–No –dijeron los tres hijos.

–Sí.

Y la voluntad de la madre se impuso.

Una hora.

Otra.

Y fueron llegando los familiares. Pero nadie intentó consolarlos. Porque los cuatro desde allí, desde el rincón, pálidos y serios, sólo vivían para mirar a quien ya no estaba allí. Después de mucho tiempo, la madre volvió la cabeza hacia Enrique y habló.

–¡No hay un céntimo en casa!

El no dijo nada.

–¡Y hay que enterrarle!

–Es a ti a quien toca resolver, porque tú eres, de los hijos hombres, el mayor de los que están aquí.

–Y si los hijos no sabéis dar a vuestro padre lo único y lo último que necesita, ¿podrías llamaros hijos?

–No.

La madre le indicó con una mirada a alguien. Él se volvió y miró: «el tío Agustín».

–No, mamá, él no le quería.

–Tienes razón... ¿Cómo se me habrá podido olvidar eso?

Enrique siguió mirando, luego se apartó del rincón lentamente, llegó hasta donde estaba su tío Enrique, el buen golfo, al que tomó de un brazo para sacarle al descansillo de la escalera, Y allí, en otro rincón, pero éste oscuro, habló como si confesara un gran pecado: «Tío, en casa no hay ni un solo céntimo... Si hubiera vivido no habría cenado esta noche. Y muerto, le falta lo último que necesitan los muertos».

–¿Cuánto necesitas?

–No lo sé.

–Entonces déjanos a nosotros arreglar el entierro.

–A «nosotros» no, tío.

–Comprendo.

Y volvió hasta donde estaba su madre y solamente le dijo: «Ya». Y otra vez los cuatro en el rincón.

«¿Por qué no nos dejarán solos, hijos?»

Y los dejaron solos Y lloraron hasta que por la mañana otra vez comenzó a llegar gente.

\* \* \*

Manolo llegó.

No sonaron las campanas de ninguna iglesia, porque también el toque de campanas tiene su precio.

Y allí le dejaron.

Y Manolo se fue.

Y Eduardo, que llegó un día después de enterrarle, también se fue, y otra vez se quedaron solos los cuatro, con la sensación de que aquello ya no era casa, porque una casa sin padre es como una iglesia a la que faltara Dios.

«¡El Partido!».

Casi lo gritó y lo gritó con miedo. Porque fue en ese momento cuando se dio cuenta de que durante dos días no se había acordado de él. Se encaminó a la calle de Los Madrazo; sin luto por fuera y con su pena escondida para que nadie le acusara de sentimental, y con el temor de que no hubiera ante el Partido justificación para aquella ausencia. Pero nadie le preguntó nada, ni le dijo nada por aquellos dos días en que no se acordó de la revolución.

\* \* \*

«Un–dos, un–dos».

Allá lejos quedaron los tres en su luto y su miseria; allí quedó Madrid con su frío, su rey, su general y su corte; allí quedó también una época de su vida, que había dejado cicatrices en su cuerpo y en su alma.

«Un–dos, un–dos».

Las botas le hacían daño y casi andaba de puntillas; el cuello de la guerrera le rozaba la carne, sudaba y tenía la sensación de que en unos cuantos minutos todo aquello estaría manchado de sangre. Y, en medio de aquel dolor y aquel martirio, sintió unas ganas infinitas de que llegara el descanso para sentarse en cualquier rincón, solo, y recordar a su madre, a Concha, a Carlos. Para acordarse también de Madrid, de la Calle de Los Madrazo, de la revolución. Y para quitarse las botas y frotarse los pies con saliva. Y para ponerse un pañuelo entre el cuello de la guerrera y su carne. Y para mear, mear mucho.

«Un–dos, un–dos».

«Un–dos, cabrones, un–dos, cabrones».

A aquel hijo de zorra, larguirucho y déspota, ni le dolían los pies ni le escocía el cuello.

«¡Pisen fueeeerte!».

«¡Alcen la cabeza y saquen el peeeecho!».

«Un–dos, un–dos».

Por encima de ellos volaban los Bregueta y los Avillanad. Canito, el cabo de cometas encargado de la limpieza, caminaba detrás de los que barrían mientras echaba papelitos en los lugares ya limpios para hacerles barrer otra vez. Y todo porque llevaba doce años de cabo de cometas, porque era bajito y feo y porque nadie le llamaba cabo Canito, sino Canito a secas. En la puerta principal el centinela andaba de un lado para otro, el resto de los soldados de la guardia, sentados al sol, fumaban, hablaban en voz alta y alguno que otro se reía a carcajadas de los pobres quintos que aprendían a ser soldados. Y por una callejuela aprisionada por dos pabellones de ladrillos rojos, el olor a madera quemada y a rancho.

Y...

«Un–dos, un–dos».

En las filas se hablaba en voz baja y sin volver la cabeza. Se hablaba al que iba delante y a los de los lados.

«Valiente cabrón nos ha tocado».

«Querrá que le den la Laureada... «No pises, animal»... «Cambia el paso, paleta, que vas a entrar en barrena de la bofetada que te voy a dar»... Y muy bajito el rumor de algo que se fundía con el ruido de muchos pies al pisar una tierra que despedía un polvo que arañaba la garganta: «Un–dos, un–dos, maricón el instructor». Cuando algún veterano se cruzaba con

la fila, miraba, se reía y decía, no muy fuerte para que no lo oyera el sargento: «Beee... Beee». Allí nadie se acordaba de la patria.

«¡Aaaaal...to!».

Y se pararon como un inmenso rebaño que hubiera chocado contra algo.

«Me meo».

«Yo me cago...».

«Espera un poco, animal».

«No, si lo que digo es que me cago en la madre que ha parido a este sargento».

Y se rieron sin hacer ruido.

Y se oyó el «rompan filas».

Se esparcieron por todos los lados. Y mearon. Y comenzaron a fumar con prisa y a hablar de la madre del sargento, que no tenía nada que ver con toda aquella historia. Y algunos, entre ellos Enrique, se descalzaban y comenzaron a frotarse los pies, y pegarse en las partes rojas de su carne pedazos de papel de fumar. Y otros se desabrocharon el cuello de la guerrera y comenzaron a soplar con mucha fuerza. A lo lejos, el sargento recostado en una esquina, miraba torvamente mientras se rascaba con furia las ingles.



«¡A formaaaar!».

Se hizo la misma columna de antes. «¡Firr...mes!».

De reojo vieron llegar un grupo de jefes y oficiales. Antes de que llegaran a la cabeza de la columna, el sargento recorrió precipitadamente la fila, mirando con sus ojos saltones y profiriendo insultos. Luego casi corrió hacia los que llegaban, se detuvo en seco, saludó y dijo algo. Y el pequeño grupo, con gesto de mal talante, comenzó a pasar revista a aquel montón de carne, sudor y mala leche. Era el comandante Briaga, Jefe de la Base, el capitán Gascón, el suboficial–ayudante y varios oficiales más. El único que miraba, como si quisiera llegar hasta el alma de cada uno de aquellos hombres, era el comandante, los demás se limitaban a seguirle en silencio. Cuando pasó, alguien dijo en voz baja una verdad o una mentira: «Tienes una cruz negra por haber matado a un soldado de una patada en las testículos». Otro: «Nos ha tocado el gordo». Por detrás de Enrique llegó una pregunta: «¿Y no se estrellará un día de éstos?». «Es un gran piloto» –respondió otro. «Entonces, a la mierda sin remedio».

Y se callaron porque volvía el sargento.

«Un–dos, un–dos».

El sol les indicaba el correr del tiempo y el cansancio. Los aviones comenzaron a aterrizar. Terminaron y cada cual corrió a su compañía para arrojarse sobre aquellos camastros que olían a sudor de muchas generaciones. Y se hizo un gran silencio, un silencio triste y largo: los soldados tenían hambre. Y el... «soldadito de España no tengas pena...» Y comieron.

Después cada cual se fue adonde quiso y comenzó a hacer lo que le dio la gana. Enrique se fue hasta el borde del campo de aterrizaje y allí se sentó bajo la sombra que daba un hangar metálico, al que el aire hacía estremecer. Y estuvo mirando todo lo que podía ver, pero nada concretamente. Luego se miró las botas cubiertas de polvo, se desabrochó los cordones, se las quitó y dejó que el viento enfriara sus pies.

\* \* \*

Allá por el año 1927 el aeródromo militar de la Virgen del Camino, en la provincia de León, se consideraba como un mundo perdido y como un destierro para las clases, oficiales y jefes allí destinados.

A Enrique se lo dijo su hermano Manolo en el aeródromo de Cuatro Viento.

Pero Enrique pidió ir allí.

No quería estar en Madrid. Estar en Madrid significaba no poder ayudar a su madre y a sus hermanos; y sí comerse cada domingo un poco de lo poco que ellos tenían para ir tirando. Quería, además, alejarse de su pena.

Porque allí en aquella casa de la calle de Alberto Aguilera, cada día era un resucitar de su dolor. Sobre todo en las noches, cuando todos se acostaban y él se quedaba allí solo con sus preocupaciones, con su hambre y con su frío. Era entonces cuando notaba más intensamente el dolor de aquella ausencia

para siempre. Muchas veces cerraba los ojos, y tapándoselos con las manos para que la oscuridad fuera más negra, soñaba despierto que tenía enfrente la vieja figura de su padre; le parecía que le estaba viendo, viendo también el bajar y el subir de aquella vieja cuchara de palo que su madre había guardado para siempre en un viejo baúl; viéndole más tarde sacar los avíos de fumar y después fumar en silencio mirando al techo como si quisiera ver el cielo.

Y el «Hasta mañana, hijo».

Y el «Gracias a Dios por tanto favor como nos hace».

Quiso alejarse de allí también para no ver el no llorar de su madre que era mil veces más terrible que el llorar. Porque era un llorar por dentro y agonizar por fuera.

Huyó.

Huyó de aquel pequeño mundo de tan grandes dolores para hundirse en tan infierno de soledad, para hundirse en setecientos treinta días en los que cada día había que oír y responder muchas veces: «Soldado Castro...» «A sus órdenes»... «Cabo Castro...» «A sus órdenes». Aquel era un mundo de hombres contrahechos por dentro que se consolaban creyéndose los guardianes de España. Allí había tres hombres que pudiera decirse que eran el cuerpo y el alma de todo aquel montón de edificios rojos, de hangares metálicos, de campos yermos por el rodar de los aviones y de unos cientos de soldados que recordaban con nostalgia sus días de hombre. Eran: el comandante Apolinar Sáenz de Briaga, el capitán Gascón y un suboficial que era el subyugante de la

base. Briaga era alto y frío, pálido y callado. Mirar y mirar era su obsesión: a los hombres, a los aviones, al cielo y a la tierra. Cada mañana subía a su avión y cruzaba las montañas que eran los horizontes de aquel mundo para ver el mar. Cuando regresaba y salía en un pequeño Fiat para León en donde vivía, respiraba todo: los hombres y los pájaros, el cielo y la tierra. El capitán Gascón era también un hombre poco comunicativo. Vivía sólo para volar. Era masón. Y quizá por ello era un hombre ausente de aquel mundo en que vivía. El suboficial era eso: suboficial. Era bajito, flaco y taciturno. Decían los soldados que este hombre era el alma en pena de Briaga que paseaba en silencio día y noche por el aeródromo.

Pasados aquellos setecientos treinta días, Castro se esforzó por olvidarlos. Olvidó setecientos veintisiete. Los otros tres no pudo olvidarlos jamás. Un día de aquellos setecientos treinta días fue así:

Bajaban los soldados de su compañía al comedor. Al frente de ellos iba un sargento bajito, patizambo y bizco a quien llamaban «El Pato». Alguien, Castro no supo nunca quién fue, ni le importó mucho averiguarlo, gritó: «Pato, patito, baja despacito». Se volvió el hombre como una ráfaga y buscó con los ojos torcidos en aquella masa de hombres silenciosos. Nada. Y continuó. Y otra vez: «Pato, patito, baja despacito». Se volvió con los ojos inyectados en sangre y un insulto a flor de labios. Su mirada tropezó con Castro. Se abalanzó sobre él y agarrándole de los hombros le gritó:

«Hijo de p... ¡Repítelo!».

Castro se quedó quieto, en silencio y pálido.

«Hijo de p... ¡Repítelo!».

Castro se soltó de aquellas manos que se clavaban en sus hombros y le miró sin decir nada.

«Cobarde».

Castro quiso mirar para otro lado, pero no pudo. Luego hizo un movimiento como si quisiera huir para fundirse en aquella masa inmóvil que los miraba, pero renunció. Y siguió quieto mirando con todo su odio acumulado...

«Dilo... Dilo».

Castro respiró profundamente. Acercó su cara a la del sargento y mirándole le dijo lentamente:

«Pato, patito, baja despacito».

El otro retrocedió y alzó la mano.

–«¡No!» –gritó Castro.

Y el otro dejó caer la mano. Dio la vuelta y de nuevo a bajar las escaleras. Algunos soldados le dijeron después a Castro que bajaba llorando. Castro se calló que también a él se le habían saltado las lágrimas. Nunca volvieron a cruzar una palabra. Ni nunca nadie volvió a llamar a aquel hombre «El Pato», ni a decir jamás, «Pato, patito, baja despacito». Y allí siguieron

todos juntos, comprendiendo todos que todos tenían sus penas.

Otro de aquellos setecientos treinta días fue así:

Domingo. Los sargentos pasaban revista. La iglesia de la Virgen del Camino los esperaba, porque el cura se había quejado al comandante Boruaga de lo poco que sus soldados se acordaban de Dios. Castro comenzó a buscar todos los pretextos imaginables para quedarse en el aeródromo. Un sargento alto y gritón le llamó:

–Castro.

–A sus órdenes.

–Ponte en fila...

–Mi sargento es que...

–¿Qué?

–Yo no creo en Dios...

La mano huesuda y sucia del sargento se estrelló en su cara, Castro quiso revolverse.

–Ponte en fila... Es mejor –le oyó decir al suboficial que había presenciado la escena.

Y se puso en fila.

«Firrr...mes»... «De frente... Mar...»

Y comenzaron a marchar. Del aeródromo a la iglesia no había más de tres kilómetros. Castro se acordó de Jesús y del Calvario. Se estuvo acordando durante todo el camino, mientras el polvo se mezclaba con las lágrimas que no podía ahogar. Y llegaron. Y cuando en la penumbra de la iglesia miraba a su izquierda, su mirada se encontraba con la del sargento cuya boca parecía querer sonreír. Una de las veces movió los labios mientras miraba al otro. Y mentalmente dijo:

«Hijo de...»

«Hijo de...» –pareció responder el otro.

Pero después de aquellos setecientos treinta días nunca más se volvieron a ver.

El último de aquellos setecientos treinta días de uniforme fue:

Las puertas del aeródromo se abrieron para siempre. Salieron todos los licenciados y entre ellos Castro. Nadie del grupo salió del cuartel de uniforme, a excepción de Enrique. Ninguno le dijo nada. Setecientos treinta días juntos permiten saber mucho de un hombre. En León tomaron el tren Para Madrid. Castro permaneció casi en silencio todo el viaje. Se negó a comer lo que los demás le ofrecían y no gastó nada en todo el camino.

Madrid estaba envuelto por la niebla.

Castro llegó hasta el portal de su casa y cruzó rápido por delante de la Portería para que no le viera la señora Rosa.

La misma figura de siempre.

Un abrazo largo.

Enrique se acercó a la mesa y dejó caer unas monedas. No llegarían a veinte pesetas. La madre las estuvo mirando durante un buen rato. Luego las tomó, se puso un pañuelo negro en la cabeza y le miró fijamente. «Espera».

Y salió. Concha se despertó y corrió a abrazarle.

–Y mamá.?

–Ha salido a comprar algo.

–¿Con qué dinero?

–Yo traje un poco.

–De otra manera imposible... Desde hace veinticuatro horas nadie come en esta casa.

Se callaron.

Enrique se quitó la guerrera y se fue a sentar en el rincón en donde siempre se sentara su padre. Así estuvo varios minutos. Luego sintió como algo que le abrasaba por dentro y que quisiera llegar hasta su garganta. No sabía qué era. Después se tranquilizó un poco y pensó en aquello de antes, que comenzó a parecerle como un deseo inmenso de gritar.

Sí.



Ahora se daba cuenta de lo que era. Y para no asustar a su hermana que había vuelto a la cama a esconderse entre las ropas, posiblemente para que no la viera llorar, gritó en voz baja, tan bajito que casi ni él mismo se oyó:

«¡Viva la Revolución!... ¡Viva la Revolución!».

La madre abrió la puerta y entró. Encendió el hornillo. Hizo café con leche; y juntos y en silencio desayunaron.

\* \* \*

Pasaron mucho tiempo en silencio, aunque sólo fuera un tiempo de unos cuantos minutos, él mirando a la madre y la madre con la cabeza baja, la vista clavada en la mesa y las manos entretenidas en deshacer unas migas de pan que casi iban convirtiéndose en polvo. Porque ¿qué podían contarse?... Nada... Ella sabía lo de él y él lo de ellas. Eran las dos partes humanas de una misma tragedia.

–¿Querrás tu ropa de paisano, verdad?

–Sí.

La madre se levantó y se fue a hurgar en un viejo baúl, sacudió la ropa que sacó de él y la colgó de unas cuerdas que atravesaban el patio. Enrique se dispuso a esperar aunque tenía prisa por ver Madrid y por establecer contacto, ya permanente, ya para siempre, con el Partido. Cuando llegó la hora de la comida, medio comieron y casi ni hablaron. Luego la

madre fue poniendo la ropa, ya casi sin olor, recosida y planchada, en la cama que había en la sala, en la cama en que murió el hombre bueno.

–Ya la tienes, hijo.

–Gracias, mamá.

La recogió toda y se metió en una de aquellas alcobas de techos inclinados y de tragaluces a través de los cuales siempre se veía el cielo. Y comenzó a quitarse el uniforme. Lo fue haciendo despacio: recordando, con cada cosa que iba dejando caer al suelo, uno cualquiera de aquellos setecientos treinta días. Y a medida que se iba quitando todo «aquello» le parecía que se ensanchaba, que entraba más aire en sus pulmones, que volvía a ser. Porque para él aquellos setecientos treinta días no habían sido algo hecho por la patria, porque no había hecho nada y porque hacía tiempo que ya no era un español de aquella España, ni un patriota de aquella patria. Tenía la sensación de que se estaba liberando de una pesada cadena, de que después de mucho tiempo de no ser nada comenzaba otra vez a ser...

Cuando terminó de vestirse salió a la sala. Se encontraba desacostumbrado, incómodo: era un hombre desentrenado como hombre.

–Todo «eso» puede quemarlo, mamá.

–Mejor será venderlo... Creo que un trapero nos dará para comer tres días.

–Como quiera.

Cuando la madre vio que se dirigía a la puerta le miró y, sin un gesto, sin una inflexión en la voz, le dijo:

«No vengas tarde».

Y abandonó la casa y se hundió en un Madrid que se escondía en la noche. Y anduvo hasta que el cansancio comenzó a dolerle. Cuando regresó le abrió la madre.

«En el hornillo tienes la cena».

Se estremeció. Parecía como si por aquella casa no hubiera pasado el tiempo: que el hoy fuera el ayer; que no hubiera muerto el padre; que no se hubieran dispersado algunos de los hermanos; que no hubiera vivido allá lejos durante setecientos treinta días; que no se hubieran cicatrizado las heridas abiertas por el dolor y la miseria. Se sentó en la mesa y se puso a hojear los periódicos. Era difícil tomar el pulso al país a través de la prensa. Pero había algo que sin decidir se sentía: una sensación de inseguridad, una sensación de que algo va a pasar sin saber qué va a ser ese algo... «¿Será la marea revolucionaria?», se preguntó. No se atrevió ni a afirmar ni a negar. Se limitó a pasar revista a las fuerzas revolucionarias: el Partido Socialista y con él la U.G.T., seguían durmiendo la siesta; la C.N.T., seguía haciendo ruido de vez en cuando. Ellos, los comunistas, todavía eran pocos. Pero...

Pero nada más. Y dejó los periódicos sobre la mesa, recogió las colillas de los cigarros que había tirado distraídamente al suelo y las colocó en un cenicero de cristal, porque no quería

que la madre le regañara. Y se fue a dormir porque al otro día había dos cosas importantes que hacer: establecer contacto con el Partido y buscar trabajo.

Y pensando en estas dos cosas se durmió, un poco extrañado de no oír los ruidos que había escuchado durante todas las noches de dos largos años.

\* \* \*

El Partido habló:

–La crisis se avecina... Hay que fundirse con los obreros anarquistas y socialistas... Hay que hablarles de la revolución de octubre en Rusia, como un gran ejemplo de cómo una revolución de mentira al principio se puede convertir en una gran revolución...

–Ya.

Y se fundió con aquel grupo proletario que formaban las barriadas de Cuatro Caminos y de Chamartín de la Rosa. Y comenzó a frecuentar bares y tabernas en donde se reunían obreros a jugar al mus o simplemente a tomarse un vaso de vino; y a hablar y hablar de la próxima crisis y del ejemplo victorioso de la revolución bolchevique. Hablaba sin violencia, fríamente, como quien explica una lección de política y después de cada jornada hacía su balance y sonreía.

Trabajaba sin prisa.

Pero de pronto se vio rodeado de un grupo de hombres viejos y jóvenes que no sabían en qué pasar el tiempo. Y organizó con otros el «Club Deportivo Obrero» que tenía su local en un bar de la Avenida Metropolitano. Aparentemente jugaban al fútbol, al dominó, al ajedrez y a otras cosas tan poco importantes como éstas, pero bajo aquel camuflaje, Castro, secundado por otros comunistas destilaba su verdad y su veneno. Había una pequeña biblioteca con todas las obras de Baroja. La gente se acostumbró a leer a Don Pío. Don Pío no era sospechoso ni considerado peligroso por la Dictadura; se le consideraba solamente como un romántico, como un hombre descontento de todo y como un hombre de mal humor. Pero Baroja era algo más de lo que creía la dictadura y sus secuaces: Baroja era el descontento y la desesperanza en el mundo que le rodeaba; Baroja no creía en Dios; Baroja odiaba a los curas y a la Guardia Civil; Baroja idealizaba al hombre–protesta. Le ayudaban algo: Pérez de Ayala con su retrato de aquel colegio de jesuitas en donde pasó su infancia, y Azorín con su novela o crónica «Los Pueblos», en la que se afanaba por mostrar horizontes a un pueblo sin horizontes.

No era poco.

La policía de la Brigada Social no sospechaba nada. En primer lugar no sabía quién era Baroja, ni Pérez de Ayala, ni Azorín. Y eran poco inteligentes para comprender que el fútbol, el dominó o el ajedrez, podían ser más que un entrenamiento. El «Club Deportivo Obrero» vivió mientras fue necesario. Luego los mismos que le fundaron lo dejaron morir. Porque había llegado el momento en que no podía perder el tiempo jugando

al dominó, al fútbol, al ajedrez, o leyendo el Pío Baroja que ya no podía dar más de lo que había dado.

\* \* \*

Los acontecimientos comenzaron a sucederse.

El 29 de enero de 1930, la prensa daba la noticia de que Alfonso XIII había aceptado la dimisión del General Primo de Rivera. Era una borbonada más, pero ya era tarde para que fuera un remedio. Y, además, al entregar el poder al general Dámaso Berenguer, se quemaba la posibilidad de un cambio audaz o desesperado de la monarquía para prolongar su existencia. A un general (Berenguer) le destroza un capitán Galán, cabeza visible de la insurrección de Jaca. Porque hasta entonces la oposición carecía de un mártir que supliera la falta de un programa. Mucha gente se ha preguntado y aún se pregunta si un indulto hubiera ayudado a la monarquía a prolongar su existencia. No. La monarquía estaba ya en la encrucijada. Un fusilamiento era un impulso al descontento nacional; un indulto, pues, no era un remedio, solamente un atenuante. Quien conozca al pueblo español lo comprenderá fácilmente. El pueblo español es más fácilmente movilizable por un cadáver que por un programa político. El gobierno de Berenguer decretó su propia muerte al fusilar a las dos cabezas visibles del levantamiento de Jaca. El levantamiento de Jaca, que en sí fue un fracaso por el abandono del resto del país y una demostración de la impotencia de la oposición para conquistar el poder, se convirtió en una victoria política por el

modesto precio de dos vidas. Aparte de esto la agonía de la monarquía la precipitan, en primer término, José Ortega y Gasset y, en segundo término, las grandes figuras políticas de la monarquía cuando dejan de ser monárquicas: Sánchez Guerra, Villanueva, Melquíades Álvarez, Benítez Lugo, Alba, Berganín, Ossorio y Gallardo, Niceto Alcalá Zamora y otros muchos. Citando a Góngora, Sánchez Guerra habla de que no quería «servir a señores que se convierten en gusanos». Melquíades Álvarez habla «de un poder absoluto allá en las alturas... y despojado de sus derechos». Ossorio y Gallardo, católico, monárquico y conservador, pide la abdicación de Alfonso XIII. El 17 de noviembre de 1930, Ortega y Gasset publica un artículo «El error Berenguer» que es y anuncia la agonía de otra de las reservas militares de Alfonso XIII. El 18 de febrero de 1931 cae el gobierno Berenguer y se constituye otro gobierno presidido por el almirante Aznar, que fue en definitiva el enterrador de la dinastía borbónica. Por estos días, Ortega y Gasset con el doctor Marañón y el escritor Pérez de Ayala, lanzan a la opinión pública el manifiesto de la Agrupación al Servicio de la República. Son los únicos que, al proclamarse públicamente partidarios de la república, han definido lo que debía ser la culminación de la crisis política que dominaba a España y a la monarquía. La oposición ya tiene un objetivo.

Los socialistas seguían durmiendo la siesta.

Porque no se escuchó en estos días, en donde tanto había que decir, la voz de ninguno de ellos.

\* \* \*

Castro, durante todos estos meses, vivió como pudo. Su madre, su hermana Concha y Carlos, el hermano pequeño, se habían ido a vivir con Eduardo a Arenys de Mar.

Se quedó solo.

Fue malcomiendo y viviendo un día aquí y otro allá, en casas de compañeros que le albergaban por una noche, sin derecho a cena ni desayuno.

La policía le acosaba. La policía ignoraba que la «revolución» se estaba batiendo arriba, que a la monarquía la estaban asesinando Alfonso XIII, monárquicos y ex monárquicos.

Castro se sentía cansado de este vivir huyendo. Además, notaba que cada día era más difícil encontrar en dónde pasar la noche. Hasta que llegó el día en que no tuvo casa, Fue el 31 de diciembre de 1930. Un día de vagar y vagar por los alrededores de la ciudad; día de frío y hambre; de llamar y llamar a muchas puertas y de no poder traspasar ninguna. Ya en la noche se compró dos panecillos y una onza de chocolate; y con el último dinero que le quedaba entró en el cine de la Flor, albergue a últimas horas de la noche de mendigos, ladrones, prostitutas, maricas, piojosos y gente sin techo. Comió y entró en calor. Sintió el picor de los piojos y sueño. El sueño pudo más. Y se durmió hasta que le movieron violentamente.

«Se acabó el hospedaje, amigo».

Y salió encogido pensando en un nuevo caminar.



Hasta que las luces de los faros de un automóvil le cegaron. Quiso correr, pero no tuvo tiempo. Antes de hacerlo sintió que varias manos le agarraban y tiraban de él. Le llevaron en silencio a la Dirección General de Seguridad. El inspector Santamaría y un sobrino del general Arlegui, hecho policía para poder continuar siendo con toda impunidad chulo de putas, le miraban sonrientes.

–¿Qué hacías?

–Andar.

–¿Dónde vives?

–En la calle.

Todos tenían prisa aquella noche. Y le bajaron a los sótanos del edificio en donde se encontraban los calabozos y fuera y dentro de ellos guardias y ladrones, y maricas y mendigos. Y un olor que ahogaba. Abrieron la puerta de rejas de uno de los calabozos y le empujaron violentamente.

Enrique no quiso mirar a nadie. Se acostó en el suelo y se encogió cuanto pudo.

Se sentía contento.

La cuestión para él se reducía a no tener que seguir andando, ni llamando aquí o allá.

Y se durmió.

A la mañana siguiente lo llevaron a la Cárcel Modelo: le ensuciaron los dedos de tinta; le obligaron a recordar quiénes eran sus padres; a recordar en dónde había vivido; a recordar quién era. Luego le llevaron a una celda, la 227; y allí se hundió mientras oía el ruido del cerrojo y los pasos de los oficiales que se alejaban. Se acostó en un camastro de hierro y sobre un jergón de paja y cuando las chinches y las ratas descansaban, él dormía.

Y así tres días.

Tres días de comer, dormir y rascarse.

Tres días en que, además, se vio acosado por los recuerdos que despertaron en él los oficiales de la cárcel que le hicieron la ficha ¿Qué sería de su madre? ¿Qué sería de su hermano? Hasta que decidió borrar estos recuerdos para pensar solamente en la revolución.

Sí, la revolución llegaba.

Venía despacio.

Sin ruidos. Como una encopetada dama, pero se acercaba...

Cuando a los tres días le sacaron al patio hacía sol y frío. No había comunistas en aquella galería, la quinta. Casi todos eran presos por delito común y algunos anarquistas. Decidió no entrar en discusión con los anarquistas. Era cansado e inútil. Aquello era una tregua y un descanso que había que aprovechar para estar a punto. Y se dedicó a charlar con los ladrones, que era gente simpática y hasta inteligente alguna de

ella, y que, además, le dejaban periódicos y novelas y, de vez en cuando, le daban sal, pimentón y cebollas que servían para hacer comible aquel rancho que producía vómitos o diarrea.

Se hizo muy amigo de un ladrón al que llamaban el «Albóndiga», listo y charlatán.

Castro le escuchaba.

Porque había que entretenerse.

Mejor dicho, matar el tiempo.

Y simulaba un gran interés por cuanto aquél le decía. Y pedía explicaciones sobre cómo ejercía su «oficio». Y a veces insistía una y otra vez en ciertos detalles, hasta que el otro completaba la explicación. El «Albóndiga» comenzó a alimentar esperanzas.

–Mira, Castro, déjate de política... Hablando como tú hablas cada feria sería un éxito, mejor dicho, un negocio.

–¿Tú crees?

–Serías un timador genial... Si yo te escucho con la boca abierta... ¿Te das cuenta cómo te escucharían los paletos que van a las ferias cargados de billetes y con unas ansias feroces de hacerse ricos de una vez? Castro se reía.

–Piénsalo, Castro... La política no es negocio.

Castro hacía que pensaba.

–Piénsalo, Castro... ¡Tú y yo en sociedad!... Pero una sociedad sería, organizada y a partes iguales... Tú me los «duermes», y de lo demás me encargo yo.

–Lo pensaré, «Albóndiga».

Y el «Albóndiga» se alejaba para dar la posibilidad a Castro de pensar su «proposición». Cuando se quedaba solo, Enrique concentraba sus pensamientos en lo otro: en lo que se estaba produciendo y en lo que después de esto vendría, la derrota de una de las dos España y el avance de la otra España también hacia su derrota.

Cuando regresaba a la celda pensaba en la revolución, en la suya, o se entretenía en leer a Julio Verne.

Ya en la noche, viendo el cielo y las estrellas, y escuchando de vez en cuando el grito de «Alerta» de los centinelas, tenía la sensación de que hasta él llegaba un rumor lejano, como de olas gigantescas que se fueran acercando.

Sí.

Se acerca.

Llegará.

Llegará la tempestad que desbordará los diques. Y reía soñando. Y se figuraba al Partido como el dios de las tormentas, arrasando todo para dejar limpia a España de todo lo viejo y poder construir lo que Torralba Beci le había dicho: la tercera España.

## **TERCERA PARTE**

### **EL VIRUS**

## Capítulo IX

### SU MAJESTAD «NICETO I»

España se acercaba a la primavera.

Y a unas elecciones municipales con las que el almirante Aznar, jefe del gobierno, pretendía engañar al pueblo y prolongar el reinado de los Borbones. Pero España estaba aburrida. Y acudió a las elecciones más que a definir una política o cambiar de régimen a expresar el aburrimiento que la mantenía en continuo bostezo desde 1923.

\* \* \*

Olía a sudor en aquel departamento de una pequeña casa de la Calle de Martín de los Heros, en donde los comunistas habían establecido su pequeño cuartel general.

Pero nadie olía.

Solamente se hablaba.

Y de vez en cuando alguno que otro miraba un retrato de Lenin, un poco indiferente con sus imitadores, y se frotaba nerviosamente las manos. Y cuando alguien llegaba y se acercaba a Pablo Yagüe se hacía el silencio, se acentuaba el mirar y todos escuchaban:

–¿Qué?

–Los socialistas dicen que el rey se va.

–¿Y qué dicen que dice el rey?

–Que se va.

–¿Y qué dicen que dice el gobierno provisional?

–Que es cuestión de horas.

Y el silencio se hacía más silencio. Y el que había llegado se iba. Y Yagüe, fanatismo y fiebre, hablaba en voz baja con Barón, cabezudo y lento, o con Lucio Santiago, alto, flaco y tuberculoso o con Castro, tranquilo y cínico o con cualquier otro. Y los demás les miraban esperando una orden, mientras soñaban que se acercaba precipitadamente el momento en que la gran revolución comenzaría a florecer en la tierra en que ya casi nada florecía.

Y llegaba otro.

Y otro.

Y la escena volvía a repetirse.

\* \* \*

La Puerta del Sol, escenario de la golfería madrileña, era un mar de gente que gritaba y gritaba haciendo de sus gritos algo así como el rugido de un viejo león sin dientes ni garra. Porque allí no se desgarraba nada ni se destrozaba nada ni se manchaba de sangre nada. Se gritaba solamente mientras que una bandera republicana era agitada dulcemente por un viento que parecía no querer ni levantar polvo. Hasta que salieron unos cuantos hombres –el gobierno provisional– a uno de los balcones del viejo caserón del Ministerio de Gobernación para saludar a una multitud que frenética rugía.

«Vi...vaaaaaa»

«Vi...vaaaaaa»

La Guardia Civil sólo era quietud y mirar.

–¿A dónde? –preguntó Castro a Yagüe.

–A Palacio.

Y se fueron por la calle Arenal hacia Palacio, en donde la familia del rey esperaba la hora de salir.

Hasta que tropezaron.

Jóvenes socialistas y republicanos constituían una barrera de brazaletes y estupidez y no dejaban llegar hasta el viejo Palacio



en donde unos disparos y unos muertos de sangre real podrían haber parido una auténtica revolución.

–No se puede pasar, camaradas.

–¿Por qué?

–La República no puede mancharse de sangre.

–Acabará manchándose de mierda –respondió Castro.

Los miraron. Y ellos miraron a todos como si desearan que se produjera un choque que provocan el incendio. Pero nadie les dijo nada. Y maldiciendo entre dientes regresaron un poco decepcionados de no haber podido patear a una reina de sangre inglesa y a unos príncipes quién sabe de qué sangre.

–Hay que hacer algo...

–Habría que provocar un choque con la Guardia Civil o con alguien, un choque en el que hubiera muertos, cuyas muertes podrían achacarse a los monárquicos...

–No sería mala idea.

Durante un rato caminaron en silencio. La multitud seguía gritando Y riendo: prefería la comedia al drama.

–Vamos rápidos a la casa del Partido.

Llegaron y comenzó la organización precipitada de la provocación. Los enlaces comenzaron a dirigirse a las diversas barriadas de la ciudad. La orden era terminante: «Que los

camaradas griten hasta enronquecer contra esta mierda de república; que hablen de los soviets de obreros y campesinos; que hablen de la revolución rusa».

¿Y si nos atacan...? –preguntó alguien.

Castro le miró:

–Hoy necesitaríamos cien muertos para que las cosas comenzaran a marchar bien.

\* \* \*

Castro en un camión lleno de comunistas se dirigió hacia la barriada de Cuatro Caminos.

«Abajo la república burguesa».

«Vivan los soviets de obreros, campesinos y soldados».

«Viva Rusia».

Las gentes les miraron con curiosidad. Después se cansaron y empezó a mirarlos agriamente. Y como los gritos no terminaban comenzaron a avanzar hacia los camiones...

«Bajaros» –gritó alguien.

«Abajo la república burguesa».

La gente que estaba aburrida de tanto grito llegó hasta los camiones y éstos comenzaron a inclinarse de un lado.

«Camaradas...»

«Provocadores».

Los camiones se inclinaron del todo.

«Hijos de...»

Los comunistas comenzaron a replegarse hacia las callejuelas solitarias y con recodos. Primero despacio, después corriendo. Y entre una fatiga que casi ahogaba, el grito de siempre:

«Abajo la república burguesa».

«Provocadores» –respondía el otro lado.

Se oyó un disparo. Los grupos de choque de los comunistas sacaron las pistolas: la sangre sería veneno para la joven república... Pero la Guardia Civil se convirtió en una divisoria de charol, de correaes amarillos y del gris acerado de sus fusiles.

Los comunistas, al amparo de los tricornios, pudieron replegarse sin prisa y sin bajas.

Atrás quedaba el comienzo de la duda.

Poco después los responsables de cada camión se reunían con Pablo Yagüe en la calle de Martín de los Heros.

–¿Todo bien?

–No hubo muertos.

Yagüe hizo un gesto de contrariedad y después de unos segundos comenzó a hablar.

–Se está traicionando al pueblo... Quieren que esta república sea una monarquía sin rey... No hay que dejarse engañar por la demagogia republicanosocialista. Hay que empujarlos a que vayan cada día más lejos... Por mucho que avancen no llegarán jamás a la revolución, pero sí nos llevarán hasta la antesala de ella... (una pausa larga y después) Nuestro Partido es la única esperanza...

Habló lentamente, con un gesto de rencor que se manifestaba más en su boca que en sus ojos. En sus ojos de un mirar frío y hondo sólo se podía ver algo extraño, algo así como el preludio de una gran matanza.

Ya de noche comenzaron a salir de aquella casa sombras que se perdían en las sombras de la noche. Eran hombres que buscaban horizontes lejanos, que no miraban al suelo, que no se detenían a escuchar gritos o gemidos, que avanzaban y avanzaban a rastras o erguidos, como podían, buscando en la muerte de todo lo que no fuera ellos, lo que ellos pensaban que era una nueva vida.

«Viva la República».

La sombra de los tricornios la daban sombra.

\* \* \*

El gobierno provisional encabezado por don Niceto Alcalá Zamora, el gran cacique de Priego, tomó el poder.

La revolución de los abogados comenzaba.

Y un nuevo rey, Niceto I, alias «El Botas», comenzaba a germinar en las entrañas de la segunda república.

Y el tiempo parecía estar enfermo de pena.

\* \* \*

En el Bar Central, alargado y estrecho bajo la mirada servicial de Emilio, el camarero, Castro, Alberto Hernández, Julio Sanz, Urchurrutegui, Ojalvo y otros, tomaban café en la acostumbrada reunión de los sábados.

–¿Qué piensas, Castro? –preguntó alguien.

Castro alzó la cabeza y continuó callado.

Y le volvieron a preguntar.

–Esto es una mierda... La misma mierda de ayer, pero esta vez sin sangre azul. Los republicanos no hacen más que decir que no se ha roto un cristal; los socialistas convertidos en la Celestina de un gran fraude político e histórico; las gentes estrenando república con el mismo entusiasmo que si hubieran estrenado mujer; la Guardia Civil más republicana que Castelar:

Gil Robles republicano: el general Sanjurjo republicano; Herrera, el obispo sin sotana, republicano...

Sonrió.

–Los dos únicos contrarrevolucionarios, nosotros...

Volvió a sonreír.

–¿No será el periodo Kerenski en Rusia? –preguntó Hernández.

–No.

Y se hizo el silencio.

–Ayer, demasiados generales... Hoy demasiados abogados. O dictadura o mucho derecho político sin derecho político... Y estos socialistas meándose de gusto con la nueva república...

Y otra vez el silencio.

Y luego el levantarse de todos ellos.

–Salud...

Y Castro se hundió en la noche. Y mientras caminaba y caminaba se acordó de alguien. La figura de Torralba Beci apareció ante él...

«La tercera España».

Escupió.

Le pareció que escupía sobre un cadáver inmenso partido en dos mitades.

## Capítulo X

### EL HOMBRE DEL CAFÉ DE SAN BERNARDO

–Llegó la república, hijo...

–Sí, señora Rosa, llegó... Ahora a esperar a ver lo que nos trae.

–Yo ni esperar quiero ya, Enrique. Lo que quería era verla. Ahora ya no me importa morirme, aunque no sé qué va a ser de mis nietos el día que yo me vaya de este pijotero mundo.

Una pausa.

–...Y qué bien lo he visto, Enrique, qué bien. En las caras de las gentes: en las de unas y las de otras... Y cuanto me he reído... Fíjate si me sentiría feliz que me quité el luto –cincuenta años de luto y me fui a la iglesia del Buen Suceso a dar gracias a Dios... Pero no se las di.

–¿Por qué, señora Rosa?

–Porque a mí ni Dios me engaña, hijo... Me di cuenta muy pronto de que Dios no era republicano.



Rieron.

–Hasta mañana, señora Rosa.

–Hasta mañana.

Y empezó a subir parsimoniosamente las escaleras pensando en las palabras de aquella mujer tan vieja: «Me di cuenta muy pronto de que Dios no era republicano».

\* \* \*

–Hola.

–Hola.

Y se callaron los dos como si ambos tuvieran miedo de seguir hablando. Y transcurrió un tiempo de segundos casi tan largos como años.

Enrique miraba a su madre de reojo. La madre, sentada junto a la ventana que daba al patio zurcía calcetines con la costumbre de un hacer de años Y también miraba de reojo de vez en cuando.

Hasta que las miradas se encontraron...

–Ya llegó.

–Sí.

–¿Estarás contento?

Tenía miedo de contestar. En aquel mirar y hablar adivinaba en la madre, que tanto gustaba del silencio, que quería hablar. Y le daba miedo hablar con ella porque aún carecía de la voluntad suficiente para olvidarse de que era su madre.

–¿Estarás contento? –insistió terca.

–No.

–¿No querías la república?

–Sí.

–Pues ya la tienes...

–Sí.

–¿No querías la revolución?.

–Sí...

–Pues ya ha empezado.

Se hizo el silencio. El tictac del viejo reloj de pulsera continuó marcando el tiempo. Él la miraba aunque no de cara. Ella mientras tanto recogió los calcetines, hilos y tijeras, y los metió en una vieja canasta de mimbre, que luego apartó con el pie. Y clavando sus codos en las piernas y hundiendo su cabeza entre las manos le miró de abajo arriba, con un mirar que calaba.

–Pues ya ha empezado –repitió lenta.

–Esto no es, mamá, esto no es...

–Sí es hijo, sí es... Sí es república y sí es revolución aunque no sé qué clase de república, ni qué clase de revolución, porque lo único que sabe bien tu madre es ser madre... Pero hay algo que me dice al oído algo, algo que me está metiendo el miedo en el cuerpo y que me hace sentir ganas de agarraros a todos, a los cinco, y de encerraros aquí, conmigo, para morirnos si es que hubiese que morirse, pero para morirnos juntos, como siempre... Tengo miedo, miedo a que con la república y la revolución haya comenzado a morir la familia Castro.

–¿Por qué piensa eso?

–Yo pienso muchas cosas... Lo que ocurre es que los hijos acostumbráis a preguntar a la madre lo que piensa sólo de tarde en tarde. La república... ¡Ja, ja!... La revolución... ¡Ja, ja!... Y tú diciendo que esto no es lo que es...

–Mamá, usted no entiende...

–Eso quiere decir que no te gusta hablar con tu madre.

–De estas cosas no.

–Con la madre se habla de lo que la madre quiere, que para eso os ha parido sin pesarle sus dolores; que para eso os ha criado sin quejarse del esfuerzo... Sí... Con la madre se habla de lo que la madre quiere... Y si no entiende ¡no importa!... Y si te lleva la contraria ¡no importa!... ¿Me oyes?... La madre es la madre; la madre está por encima de la república; la madre está por encima de la revolución... Sí... Porque si ellas quieren ser

como tienen que ser, tendrán que aprender de nosotras, de las madres... Escúchame y no lo olvides nunca: la madre está por encima de todo... ¡de todo!... Porque yo he colocado a mis hijos por encima de todo, ¡de todo!... Y que me perdone Dios por este gran pecado.

–Mamá.

–¿Qué?

–Yo sé que usted es mi madre, cómo no voy a saberlo. Yo sé que usted ha sido y será mientras viva el alma de la familia Castro; pero mamá, la familia Castro no es todo. España está llena de familias Castro que se llaman Pérez o García, o como se llamen, para las cuales la revolución es su meta, porque la revolución es su felicidad. No esta revolución, no, la verdadera, una revolución como la rusa. Si en la lucha por esa revolución la familia Castro tuviera que desaparecer...

–¿Qué?

–Sería un accidente en el camino hacia la felicidad.

–¡Cállate!... Para mí, por encima de la familia Castro no hay nada... Mi vida comienza y acaba en ella...

–No.

–Renegado.

La vio alzarse como una sombra sin fin. Y avanzar. Y situarse frente a él. Y mirarle y mirarle.

Y vio lágrimas en sus ojos.

–Renegado.

–No.

La mano se alzó lentamente. Y sin dejar de mirarle, sin dejar de llorar la descargó violentamente sobre la cara del hijo. Aquella mano endurecida por un trabajar de años y años para ellos, produjo un sonido casi metálico...

–Calla.

–Basta... No lo haga otra vez.

La madre le miró. Y volvió a alzar la mano...

–Mientras no te mueras, mientras seas mi hijo, te pegaré cuando crea que debo pegarte. Me dolerá mucho, aquí en el alma, que es donde nos duele a las madres, pero te pegaré, porque para eso y para muchas cosas he sido y soy tu madre.

–La debía dar vergüenza pegar a un hombre.

–Tú sólo eres mi hijo...

–Si no fuera mi madre...

–¿Acaso para ti lo soy todavía?

–Todavía, sí.

–No... Tú ya has cambiado a tu madre por una madrastra: la revolución. Esa revolución que acabará con los Castro sin dar la felicidad a los Pérez, a los Jiménez, o como se llamen...

–La revolución es la madre de los desposeídos.

–Tu única madre soy yo.

–No.

–Sí y sí.

Y se dejó caer en aquella vieja silla de paja. Junto a la ventana que daba al patio, y lloró sin llanto visible y sin quejarse en voz alta. La gigantesca sombra negra de antes se había acurrucado hasta hacerse pequeña.

Él se dirigió a la puerta.

–Cena.

No respondió. Abandonó la casa para hundirse en las escaleras. Y entró en la calle. Y comenzó a andar sin mirar a nada ni a nadie. Y mientras andaba iba diciéndose: «¡Hay que elegir!... Hay que terminar con el dilema!». Notó que la gente le miraba; notó también que tenía lágrimas en los ojos. Pensó en la madre y la vio egoísta y vieja mientras que la revolución se le aparecía generosa y joven...

«Viva la revolución».

Y no volvió a pensar en la cena que se consumía en el hornillo; ni en la madre que esperaba. Miró a la noche y a España. Recordó a Lenin y pensó en Rusia. «¡Qué importan los Castro!». Y siguió andando hasta que se cansó y se dejó caer en un banco frente al Hospital Obrero. Pasaban parejas que se hacían el amor. Y guardias civiles, en camino hacia el cuartel cercano, cuyas miradas atravesaban el alma.

«Imbéciles».

Quiso olvidarse de todo. Hundirse en la nada. No pudo. Y rompió a llorar en silencio, escondido en la noche, creyendo que nadie, ni la revolución ni Dios le veían. Cuando abandonó el lugar y se hundió en las callejuelas estrechas de la barriada de Cuatro Caminos, que parecía la alcantarilla humana de la ciudad, la deshumanización se había realizado. Luego hizo sus cuentas con la aritmética de la revolución y se sintió satisfecho de los resultados: le faltaba muy poco para ser un comunista cien por cien.

Aún duraba a España la sonrisa del 12 de abril.

Aunque se iba hundiendo como se hunde el sol en esos atardeceres sin pulso ni horizontes.

10 de mayo. Humo y llamas. E iglesias ardiendo, cierto que la hoguera no pudo hacerse tan grande como para que sus llamas derritieran el cielo, pero sí fue lo suficiente como para convertir en cenizas dioses y vírgenes de madera y para que se derrumbaran maravillosas cúpulas llenas de color y mística.

«Qué importa quién», se dijo mientras sonreía.

Cuando Castro se replegó a los Cuatro Caminos llevaba la cara caliente, la boca seca y los cabellos chamuscados. Hizo sin prisa su caminar, como quien ha cumplido escrupulosamente un deber. Y, además, contento porque le había gustado el espectáculo. Recordando el fuego en su destruir lo que se había construido en años y años de esfuerzo y de fe, pensó que así tenía que ser la revolución: impresionante, implacable. Luego se acordó de lo que con tanta frecuencia se acordaba: del hermano Pedro. Y casi en voz alta habló: «No sé dónde estarás, si en el cielo o en el infierno, pero estés donde estuvieres, te acordarás de mí... Te lo prometo... ¡Te acordarás de mí!».

\* \* \*

–¡Qué tío más chungón...!

–¿Quién?

–Quién va a ser: Azaña. Fíjate lo que ha dicho ayer: «...España no llevaba auestas el ejército, llevaba auestas el cadáver del ejército».

–¡Qué bárbaro!... Eso nadie ha tenido c... para decirlo.

–Espera... «Si vosotros queréis que no haya ejército, que no lo haya; pero si queréis que lo haya...»



Con esto y con la parte del discurso en que afirmaba que el país se ahorraba 600 millones de pesetas, la gente empezó a reverdecer su optimismo y Azaña a adquirir estatura.

Otro día:

–¡Qué tío!

–¿Quién?

–Quién va a ser: Azaña. Fíjate lo que ha dicho ayer: «...La premisa de este problema hoy político, la formulo yo de esta manera: España ha dejado de ser católica; el problema político consiguiente, es organizar al Estado en forma tal, que quede adecuado a esta fase nueva e histórica del pueblo español...»

«Ya».

«¿Qué?»

Y como un grito que dominara España, esto:

«No estar tristes ni pesimistas, la segunda república tiene el gran caudillo que no tuvo la primera república. Azaña es la república».

Las gentes escuchaban con los ojos cerrados.

España necesitaba un caudillo. Y no tenía dónde elegir. La oratoria jacobina de Azaña, el nadar y guardar la ropa de los socialistas, los compromisos del Pacto de San Sebastián que a muchos obligaba al silencio y la táctica de las fuerzas

antirrepublicanas, de querer pasar por republicanas, más la acción de los corifeos profesionales empezaron a hacer posible el nacimiento de un ídolo de barro y bilis, de inoperancia y rencor, de vanidad y mala leche. Y D. Manuel Azaña pasó de ministro de Guerra a jefe de Gobierno.

Después se nombró presidente de la república a don Niceto Alcalá Zamora, «El Botas».

«Ja, Ja... Ja...»

No reíros.

«Ja, Ja... Ja...»

En una España en la que a un ministro se le hace jefe de Gobierno por su frase de «España ha dejado de ser católica», se hace presidente de la república a un hombre que, aparte de cacique y otras cosas, era lo que se ha dado en llamar un beato, terriblemente beato, edición gigantesca y venenosa del católico.

Con esto. España aparecía una vez más como un pequeño mundo encadenado por la locura y la imbecilidad.

Pero Azaña ya era un ídolo.

Azaña ya era la república.

Para un hombre de tantas insatisfacciones y de tantas ambiciones como Azaña, lo importante era ser él, aunque la república hubiera comenzado a dejar de serlo desde el

momento en que D. Niceto había llegado a lo que ni en sueños soñó.

Azaña era feliz.

Pero...

Pero un día:

En Castilblanco, una aldea extremeña de la provincia de Badajoz, los campesinos se declararon en huelga. Hubo cuatro guardias civiles muertos. Y un discurso del señor Azaña en el que sin pensar que le escuchaba alguien más que los diputados, dijo: «La Guardia Civil tiene por tradición el orgullo de ser ciegamente obediente al poder constituido y el gobierno de la república no ha perdido ocasión de hacer constar que la Guardia Civil no ha desmerecido jamás ni un minuto de su tradición en este respecto. Conste así una vez más. Y cuando en un instituto dedicado a funciones tan graves, tan peligrosas, tan expuestas, ocurre por desventura un exceso, un abuso de poder y de autoridad que es otro sillar del instituto, recae personalmente sobre quien lo comete, pero jamás sobre el instituto entero».

Comentarios:

Los obreros: «¡Qué estúpido!... Defender a la Guardia Civil».

La conjunción republicanosocialista y las derechas: «¡Muy bien!». Y... muchos aplausos.

La Guardia Civil: Nada. La Guardia Civil no hacía comentarios jamás. Era otra de sus tradiciones.

\* \* \*

Pero...

Pero otro día:

En Arnedo, un pueblo de la provincia de Logroño, se volvió a producir otro conflicto. Intervino la Guardia Civil. Resultado: un cabo de la Guardia Civil herido en una pierna y veinticinco personas, ametralladas.

Y...

Otro día.

Los tradicionalistas de Bilbao a la salida de un mitin ametrallaron a tres jóvenes republicanos. Sesenta mil obreros se declararon en huelga como protesta.

Nada más.

Y otro día los sindicalistas se sublevan en el Alto Lobregat. Fueron cuarenta y ocho horas de comunismo libertario: barullo... barullo... más barullo. Fue todo o casi todo.

Y un discurso de Araña:

«Los que se han puesto a perturbar el orden en la zona de Manresa no son huelguistas, son rebeldes, son insurrectos y como tales serán tratados, y como la fuerza militar va contra ellos y procederá como contra enemigos, no hará falta sino horas para que esto quede extinguido».

Uno:

«Qué hijo de p...»

Otro:

«A este marica vamos a tener que colgarle».

Nadie sabe quién fue este uno y este otro. Pero aquel caudillo de barro, verborrea y tinta, comenzaba a desmoronarse. La ficción no podía durar mucho. Los obreros comenzaron a conocer a Azaña; las derechas ya le habían conocido; ¿le habían conocido los republicanos?

Botella Asensi: «Creo sinceramente que será un hombre funesto para la república».

Amadeo Hurtado: «...Acabará defraudándonos a todos. No piensa más que en pronunciar discursos... No creo que sea el hombre de la república».

\* \* \*

—¿Qué piensas, Castro, de todo esto?

–El Partido piensa –respondió Castro– que lo mejor hubiera sido que estos intelectuales pequeñoburgueses, empujados por su propia demagogia, se hubieran enfrentado a la reacción, la hubieran deshecho deshaciéndose ellos a su vez. Esto hubiera sido lo mejor, pero en vista de que ni ha sido, ni es, ni será así, lo mejor es que se desmoronen por su incapacidad y cobardía, Nos obligarán a tener que librar la batalla con la reacción, pero la reacción sin el celestinaje de estos hombres y hombrecillos no podrá detenernos...

–¿Entonces las perspectivas?

–Difíciles, pero históricamente indeclinables. La revolución marcha... marcha... La muerte de la segunda república será el nacimiento de nuestra república, el nacimiento de la tercera España.

\* \* \*

En el Casino de Madrid los viejos seguían sentándose en la acera, en cómodos sillones de mimbre, bajo la sombra de toldos protectores, exhibiendo sortijones y chochez y perfumando el principio de la calle de Alcalá con el quemar de acreditadísimos puros habanos; en el restaurante Lardhy, en donde ayer conspiraban los republicanos, conspiraban hoy los monárquicos; los generales esperando su hora en el Casino Militar; la Guardia Civil fiel a la Guardia Civil; la reacción agrupándose bajo las órdenes de Herrera y Gil Robles; la coalición republicanosocialista rota; los obreros asqueados de

la república; los republicanos angustiados por una agonía que empezaban a sentir.

¿Quién defendería a la segunda república?

Un día alguien le entregó una carta.

«...La miseria nos estaba hundiendo día a día, imponiéndonos al mismo tiempo una agonía que la dignidad de los Castro impedía hacer pública... Nos hemos marchado a vivir con Eduardo, a Arenys de Mar. ¡Aquí nadie nos conoce!... No te pedimos nada, pero no nos olvides. Nosotros siempre te queremos.

Tu madre».

La leyó fríamente.

Ni un gesto.

Ni un estremecimiento por fuera, ni por dentro.

Y comenzó a andar. Después rompió la carta en pequeños pedazos que fue tirando durante un trecho del camino. Y unos segundos más tarde volvió a olvidarse de su madre, a olvidar la carta, a pensar solamente en la revolución, era una revolución que trabajosamente avanzaba, pero que nadie podría detener... «Llegará... Llegarán...» Recordaba las cuentas pendientes y sonreía... «Ni una sola quedará por cobrar».

Se acordaba de todo:

Del hermano Pedro; de aquella prostituta que le insultó; de su tío Agustín; de su padre muerto y del mendigar el entierro; de sus años de uniforme; de su hambre; de su soledad; de su no vivir... Pensó en escombros y en cadáveres al sol con gesto de sorpresa y miedo... Se frotó las manos y continuó su camino.

\* \* \*

Castro alzó la cabeza y miró una vez más.

Y vio, como cada tarde que acudía a este viejo café de San Bernardo, el llenar de café y leche –mitad y mitad– aquella gruesa copa de cristal, casi sin transparencias; vio un poco después, detrás de la copa, aquella figura de negro, pálida, que se sacaba el cabello de los lados en un intento desesperado por cubrir aquella calva que se empeñaba en apoderarse de una cabeza estrecha y alargada; le vio algo más tarde deshacer el pequeño paquete de azúcar y echar uno de los terrones en la copa y el otro metérselo en la boca, una boca alargada, de labios finos que al abrirse dejaban ver unos dientes largos y amarillos, un poco parecidos a los viejos caballos muertos en el coso, carcomidos por la piorrea. Y debajo de aquella barbilla, merecedora de unas barbas como las de los soldados de los viejos tercios, un cuello de pajarita, no muy limpio, una corbata negra y un alfiler con una piedra grande, amarillenta y sin reflejos...

Los ojos eran tristes.

La nariz quijotesca.



Y unas manos delgadas que se movían con lentitud y elegancia.

La mesa de mármol no le dejaba ver a Castro el resto de aquella figura que a veces le parecía un muerto que hubiera abandonado el camposanto para darse un paseo por el mundo.

Después de tomar el café, unos sorbitos de agua, de encender un cigarro y de pasarse varias veces la mano derecha por la cabeza para ver si todo estaba en su lugar, le vio comenzar a sacar papeles de sus bolsillos, recortes de periódicos mejor dicho, que iba colocando cuidadosamente delante de él y en distintos lugares, como si aquella mesa, fuera la mesa de un despacho ministerial y los papeles, expedientes, proyectos o decretos vitales.

Luego se frotó las manos unos segundos.

A veces se metía un dedo en uno u otro oído y le agitaba furiosamente.

Por último, sacó un pañuelo que desdobló con sumo cuidado para sonarse ruidosamente, volviendo después a doblarle por las mismas viejas dobleces e introducirlo, con lentitud y cuidado, en el bolsillo de pecho de su chaqueta, procurando que quedara algo fuera, aunque no mucho, porque la suciedad parecía avergonzarle.

Y a leer.

Ésta era la parte más maravillosa y triste de todo aquello. Tomaba un recorte con ambas manos, alzaba la cabeza con un

gesto dramático y teatral, entornaba los ojos y comenzaba a mover los labios como si estuviera leyendo en voz alta. Unas veces sonreía, otras hacía un gesto de disgusto, las más se dedicaba a mover la cabeza de un lado para otro, de abajo arriba o a quedar impasible, con los ojos clavados en un horizonte de espejos y divanes y de parejas acurrucadas. Por momentos tan sólo dejaba nerviosamente los papeles sobre la mesa y movía con violencia los labios como si estuviera dialogando con alguien sentado en el «escaño» de enfrente, o hacía un ademán con su mano izquierda como si quisiera llamar la atención de una multitud distraída.

Luego vuelta a leer.

Y una pausa.

Y unos sorbitos de agua.

Y otra vez vuelta a leer...

Solía durar esto desde las seis y media en que llegaba hasta las nueve de la noche en que se iba.

Pagaba al camarero con calderilla que contaba varias veces, encendía un cigarro, guardaba los recortes en sus bolsillos, se sacudía la ceniza de las solapas y se levantaba despaciosamente, con un gesto de cansancio inenarrable. Y sin ruido y sin mirar a nadie cruzaba la puerta que daba a la calle ancha de San Bernardo para perderse en la ciudad.

—¿Quién es?

–Un funcionario del Ministerio de Gracia y Justicia.

–¿Y siempre hace lo que hoy?

–Siempre.

–Es extraño, ¿verdad?

–Yo creo que no... Debe de estar loco... Pero no da guerra, aunque si poca propina...

–¿Viene todas las tardes?

–Todas.

–¿Y qué es lo que lee?

–Son los discursos de D. Manuel Azaña.

–¿De Azaña?

–Sí... Cuando D. Manuel pronuncia un discurso, compra los periódicos y recorta de aquel que trae el discurso más completo; y llega, se sienta, toma un café... y hace lo que hoy le ha visto hacer...

Castro se quedó un momento pensativo.

–¿Y siempre se sienta en esta mesa?

–Siempre.

Pagó su café y salió. Pero ni en la oscuridad de la plataforma delantera del tranvía que le llevó hasta Cuatro Caminos pudo olvidar al «Hombre del café de San Bernardo».

¿Era un tonto?

¿Un loco?

¿Un fanático?

¿O un hombre aburrido para el que los discursos de Azaña era un entretenimiento barato?

Y hubo un pasar de días.

La prensa de aquella mañana publicó casi integro el discurso de Azaña con motivo de la sublevación del general Sanjurjo. Por la tarde, Castro, con unos cuantos periódicos en la mano, se dirigió al café. Cuando entró, el «Hombre del café de San Bernardo» no había llegado aún. Pero... «hoy no faltará» le había dicho el camarero alcahuetón y cuentero. Y se sentó ante la mesa que había junto a la que se sentaba aquel hombre extraño. Tomó el café sin prisa, encendió un cigarro y se entretuvo hojeando los periódicos con la cabeza un poco hundida entre sus páginas.

Lo oyó llegar.

Lo oyó dejarse caer sobre el diván, y lo vio hacer exactamente lo mismo que el día que le conoció.

Castro aparentaba que leía.

Y de vez en cuando levantaba la cabeza del periódico y decía con voz lo suficientemente alta como para que el otro pudiera escucharle: «¡No, esto no!», y volvía a hundir la cabeza entre las páginas del periódico para dar la sensación de que leía sin tener en cuenta al mundo que le rodeaba.

«¡No, esto no!».

El «otro» dejó caer desesperadamente sus papeles sobre la mesa y muy despacito fue volviendo la cabeza hacia donde se encontraba Castro. Y estuvo unos segundos mirándolo. Luego, su mano derecha recorrió lentamente la cabeza; a continuación sacó el pañuelo y sin desdoblarle se lo pasó por los labios. Después de todo esto tomó sus papeles, alzó la cabeza, entornó los ojos y cuando comenzaba a mover los labios...

«¡No, esto no!».

Otra vez los papeles en la mesa.

Otra vez el mirar de reojo.

Luego un pequeño sorbo de agua.

Luego:

–Perdón, caballero... ¿Sería indiscreto preguntarle si está usted leyendo el discurso que ayer pronunció en las Cortes D. Manuel?

–¿Qué D. Manuel?

–Azaña... D. Manuel Azaña.

–Sí... ¿Por qué?

–Perdone mi exceso de curiosidad, señor... He leído y releído el discurso... Me ha parecido impecable en la forma y en el fondo... Esto le explicará la sorpresa que me ha producido oírle una y otra y otra vez «¡No, esto no!».

–¿Eso es todo?

–Todo, señor, todo... Pero le ruego que me dispense por no haber sabido dominar mi curiosidad... Pero... don Manuel... don Manuel...

–¿Es usted de su familia?

–Familia... familia precisamente, no. Pero... Verá usted... Yo... Yo... soy abogado... Como don Manuel (y, se sonrió). Y como él, funcionario del ministerio de Gracia y Justicia. Él es como yo, ¿sabe usted?... O yo como él (y volvió a sonreír). Él es el primero que yo recuerdo que sale de uno de nuestros negociados en donde sólo se vive y se muere pendiente del escalafón para hablar del país desde la gran tribuna de las Cortes... Esto es... ¿Cómo le diría yo a usted?... Esto es como si los funcionarios de toda España por vez primera se hubieran atrevido a pedir la palabra y por primera vez también se la hubieran concedido. Por vez primera nuestra clase habla, porque los funcionarios somos alma y verbo de la clase media, señor. Y ya no lo hace en los pasillos de los ministerios, ni en voz baja dominada por un miedo de siglos... ¡No!... Habla en voz alta. Impecable en la forma... impecable en el fondo.

–Y...

–Pues... Verá usted... Pero, ¿no le molesto?

–No.

Bebió un sorbo de agua, se pasó el pañuelo por los labios, volvió a guardarle como si fuera una reliquia y...

–¿Un cigarrito, señor?

–Gracias.

La pausa duró hasta que los cigarros se encendieron. Mientras tanto Castro pensó si pagar, levantarse y huir. Pero Castro no conocía a Azaña. Había empezado a conocerle políticamente. Pero, sin conocer al hombre, este conocimiento no basta porque podía conducir a graves errores, a sorpresas desagradables... Era necesario conocer a Azaña–hombre, para poder conocer mejor al Azaña–político. Y continuó sentado.

–Pues... Pues como le iba diciendo, por curiosidad, por curiosidad nada más: ¿sería usted tan amable de decirme qué él lo que le ha hecho exclamar: «No, esto no!».

Castro sonrió por dentro.

Miró hacia todos los lados y vio que el camarero alcahuetón y cuentero les miraba; vio también a una pareja con las manos cogidas mirándose y mirándose; se vio y vio al «otro» en los espejos de enfrente.

–Creo que nos estamos dejando influir demasiado por los discursos de Azaña... ¿En pie de guerra? Salvo los muertos, que han sido muy pocos, unos cuantos detenidos y nada más... Y nada más, señor. ¿Se puede decir que estamos en pie de guerra, cuando usted y yo estamos tomando tranquilamente café; cuando millares de españoles están tomando tranquilamente café; cuando la insurrección militar no ha hecho más que encerrarse en los cuarteles para mejor ocasión?... ¿Se puede uno conformar con oír al brillante don Manuel decir que estamos en pie de guerra, cuando él no hace más que discursos, y cuando nosotros lo único que hacemos es escuchar sus discursos, criticar sus discursos o no hacer caso de sus discursos?

–Y...

–Yo creo que Azaña no sabe ni hacer una gran república, ni qué hacer con la que tiene.

–Y...

–Ahora le toca a usted.

–Creo, y permíteme la franqueza, que usted o ustedes son demasiado exigentes con don Manuel.

–Es el alma y cerebro de la república.

–No... Es un hombre sobre cuyas cansadas espaldas los socialistas han cargado sin piedad y sin razón la república.

–¡Que tire la carga!



–No puede...

–¿Por qué no puede?... ¿Acaso es que la república y él son una y la misma cosa?

–No es eso, señor, no es eso... Don Manuel no puede irse a su casa... Mejor dicho, no debe... Azaña no es Azaña ni tampoco Izquierda Republicana. Azaña somos nosotros: la clase media. Una clase tan vieja como la que más y desde luego mucho más que la clase obrera. Una clase con más dignidad que ninguna otra clase. Nuestra clase tiene hambre y no pide: se aguanta. Nuestra clase no tiene más que ropa vieja y se conforma, aunque cada mañana tenga que cepillarla con un cepillo mojado para aminorar el brillo del tiempo. Nuestra clase no hace huelgas para que la den lo que necesita, ni cuartelazos para conservar lo que tiene, porque para nuestra clase lo fundamental no es ella sino la preciosa maquinaria estatal que no puede pararse, que no debe romperse... porque esa maquinaria estatal son los nervios de España... Azaña es la clase media...

–Y...

–No... Y no se irá... Somos una clase que ha esperado años y años para poder hablar, para poder decir lo que creíamos que se debía hacer...

–Pero ustedes –o Azaña en nombre de ustedes–, no hace más que hacer discursos.

–Sí.

–¿Qué otra cosa puede hacer el pobre de don Manuel que hablar y hablar y entre discurso y discurso alguno que otro decreto más de forma que de fondo?... Si se inclina hacia la izquierda se levantan las derechas; si se inclina hacia las derechas se levantan las izquierdas.

–Y...

–Pasó nuestro tiempo... Pero, cuando se ha esperado tantos años, uno se resiste a que no le escuchen lo que desde hace tantos años se anhela decir aunque no sirva para nada. ¿Cree usted que los discursos de don Manuel son improvisados?... De ninguna manera, señor... Son el pensamiento un poco irritado de nuestra clase media.

–¿Entonces, don Manuel es un fraude?

–No... don Manuel es don Manuel... Un hombre frustrado porque pertenece a una clase social frustrada... Un hombre de mal humor porque es don Manuel y no Job. Un hombre lleno de rencor porque sabe que ha llegado tarde y va a ser sacrificado... Un hombre poco valeroso porque está acostumbrado a la paz de un colegio de frailes en donde comienza su aprendizaje de hombre; porque está acostumbrado a un hogar lleno de paz, porque una abuela jamás declara la guerra a un nieto; un hombre poco valeroso, porque no se forjan los héroes en los negociados de un ministerio en donde la jerarquía es inviolable o haciendo ensayos, que por ser ensayos no son nada; un hombre al que asustan los tiros y las masas porque, estará usted de acuerdo conmigo, en que el ruido de los disparos es desagradable y la

poca educación y mucha cochambre de las masas más desagradable aún; un hombre de una época tranquila, parlamentaria, de reuniones familiares y chocolate los domingos en el Ateneo.

–Escasamente un hombre.

–No... Lo que pasa es que España es ingobernable.

–¿Por qué?

–Porque en España todos quieren gobernar. Porque en España nadie se conforma en ser como nosotros somos, en vestir como nosotros vestimos, en comer como nosotros comemos, en vivir como nosotros vivimos. Los de arriba quieren seguir arriba y los de abajo quieren quitarlos y colocarse en su lugar. Así no hay posibilidad de equilibrio, así no hay posibilidad de paz... Don Manuel ha pretendido hacer un ensayo, uno más en su vida, pero que no pasará de eso... Aparte de esto, señor, sus discursos son impecables de forma... impecables de fondo...

–Y ¿es muy importante?

–No sé.

–Entonces, ¿qué es lo que sabe usted, señor?

–Que hemos llegado tarde. Nuestra época era anterior a la revolución rusa.

–¿Nada más?

–Sí... Un poco más... Que la república morirá. Se lo digo en confianza y con mucha pena, porque para una república como la que don Manuel y nosotros queremos, habría que hacer resucitar viejas generaciones republicanas; los republicanos de hoy no son republicanos o lo son de una república de alpargata. Pero la historia tendrá que reconocer que la clase media española, a través de don Manuel, cuando se le dio la posibilidad de hablar en voz alta, habló... Era lo que le quedaba que hacer en la historia.

–Y...

–Impecable en la forma... impecable en el...

–Imbécil.

–Caballero.

–Imbécil.

–Caba...

No pudo seguir hablando. Y al ver que Castro se dirigía indiferente y cínico hacia la puerta se puso en pie, lívido, agitando sus manos y entre los dedos agarrotados los discursos de don Manuel, arrugados, muertos...

–Caballero –llamó con un grito que era un sollozo.

El grito se perdió en la nada. El camarero se acercó con un gesto de piedad y puso una de sus manos sobre el hombro del «Hombre del café de San Bernardo»; y le obligó dulcemente a

sentarse. El otro guardó silencio; después, como si resucitara, pasó su mano derecha por su cabeza para ver si todo estaba en orden: sacó a continuación cuidadosamente su pañuelo y se lo pasó por los ojos primero y por la boca después; extrajo unas monedas de uno de los bolsillos del chaleco, las contó varias veces y pagó. Y se levantó despacio y mirando al camarero con una pena muy grande en los ojos comentó:

–Así nos han tratado siempre... ¡A patadas!...

Y sin ruidos y sin mirar a nadie cruzó la puerta que daba a la calle Ancha de San Bernardo.

Castro estaba contento.

Destrozar a los otros era un deber.

Sí.

Muy contento.

Había asesinado al «Hombre del café de San Bernardo». No importaba que siguiera acudiendo allí cada tarde. ¿Qué importaba? Lo haría como una costumbre, como algo mecánico, porque aquella figura con la que Castro había dialogado ya no era más que el esqueleto de una clase social; lo mismo que don Manuel Azaña no era ya otra cosa que el esqueleto de don Manuel Azaña.

Un día de generosidad don Alejandro Lerroux, maestro de la picaresca política y en el fondo un buen hombre, primero y último «Emperador del Paralelo», llamo serpiente a Don

Manuel. Las gentes creyeron que aquello era una descarga de veneno. Nada más lejos de la verdad. Don Alejandro quiso detener la agonía del mito... Pero no pudo, porque un día, uno de esos días sin relieve, «alguien» que la historia todavía no ha dicho quién fue, hizo pedazos el mito.

Con dos palabras.

«El Verrugas».

Desde aquel día Araña comenzó a morir.

Y siguieron pasando los días. Y cada día don Manuel cargando sobre sus cansados hombros una república que los socialistas habían echado sobre él para no tener que contraer la responsabilidad histórica de salvarla o de matarla si eran impotentes para lo primero.

## Capítulo XI

### EL NACIMIENTO DE UN MONSTRUO

Un día Moscú desembarcó en España a un hombre: «el camarada Pedro». Después de un poco de tiempo Moscú desembarcó otro hombre: «el camarada Codovila». Uno era húngaro; el otro argentino de origen italiano. El primero sombrío y alto, de pelo enmarañado y canoso y ojos saltones, de ademanes suaves y hablar lento; el otro, apasionado, hablador, alto y gordinflón y de un resollar sin tregua. Pero, los dos incansables, metódicos, implacables, maestros del soborno y de la puñalada por la espalda y para los que España no era más que una operación más y un trampolín.

\* \* \*

Dos profesores.

Dos capataces.

Dos semidioses.

Aquello fue el epitafio de una época maravillosa y confusa.

\* \* \*

Aquel hombre que se apellidaba Calleja, bajito, flaco, miope y empleado en una farmacia de la calle del Arenal cedió su casa, un caserón en la calle de las Huertas, para la primera reunión de algunos comunistas madrileños con el «camarada Pedro».

\* \* \*

Olía a miseria aquella casa.

\* \* \*

La pequeña habitación en la que se encontraban unos doce o catorce hombres estaba llena de humo y de expectación. Era cuadrada y de techo alto, del que colgaba una lámpara de metal convertida en el retrete de millares de moscas; de paredes desconchadas que dejaban ver el esqueleto de aquel caserón del siglo XVIII; de sillas viejas que al sentarse sobre ellas crujían como si se quejaran; de una mesa cuadrada y desnuda con manchas de grasa, quemaduras de cigarros y carcoma: y de un suelo de losas rojas y grandes sobre las que el tiempo y las gentes habían producido un desgaste de agonía.



Había también un balcón que daba a la calle.

Pero también había una cortina sin color ni edad definida que dejaba pasar el ruido, pero nunca los reflejos del sol ni de la luna. Por eso olía a covacha aquella habitación.

\* \* \*

Humo y silencio.

Hasta que se escuchó el sonar de una vieja campanilla. Y luego, el ruido de un abrir y cerrar la puerta. Y después sobre el suelo el golpe seco de la pierna artificial de Bullejos que parecía el toser rítmico y ronco de un reloj gigantesco y viejo.

–Salud, camaradas.

–Salud.

Y silencio y humo.

Y otra vez el sonar de la vieja campanilla. Y otra vez el ruido de un abrir y cerrar la puerta. Y un rumor de pasos. Y un hombre, como un cuervo grande, grandote y negro, que entra, que mira entornando los ojos, que avanza hasta una silla vacía, que se sienta sobre ella mientras la silla cruje en un quejido angustioso e impotente y...

–Salud, camaradas.

–Salud.

Y humo y silencio.

Y el hombre bajito, flaco, miope y boticario asoma la cabeza y mira a Bullejos mientras sonrío y espera algo.

–Gracias, camarada.

Y después todos a mirar al «camarada Pedro», que se entretenía en mirar al camarada Bullejos.

–Camaradas –era Bullejos el que hablaba–: el camarada Pedro ha sido nombrado por la Internacional Comunista su representante ante el Partido Comunista de España. Estoy seguro de que sus grandes conocimientos, sus grandes experiencias de la Unión Soviética, trabajando en el Estado Mayor de la Revolución Mundial, serán de enorme valor para nuestro Partido... El camarada Pedro ha querido conoceros a través de esta reunión, que no será la última...

Silencio y humo.

Y la voz del camarada Pedro:

–El hecho de que me encuentre entre vosotros, camaradas, no es casual. Obedece a dos grandes razones: a la entrada de la revolución española en una de sus etapas decisivas; la otra, al deseo de la Internacional Comunista y del camarada Stalin de ayudar al Partido Comunista de España con las preciosas experiencias del movimiento comunista internacional, pero, principalmente, del glorioso Partido Comunista de la Unión Soviética...

Y humo y silencio.

Y otra vez la voz del camarada Pedro:

–Camaradas: por su misma juventud el Partido Comunista de España padece de ciertos defectos que son a la vez la causa esencial de la mayoría de sus errores políticos. El Partido está enfermo de clandestinidad. No ha sabido romper con lo que, si ayer era indispensable, hoy es un estorbo para ligarse a las masas obreras y campesinas del país...

Silencio y humo.

Y una vez más la voz del camarada Pedro:

–Esto de un lado, camaradas, de otro la indiferencia hacia los problemas ideológicos, al estudio de la teoría, de la estrategia y la táctica revolucionarias han conducido al Partido a una grave situación; al desconocimiento del carácter de la revolución española; a su aislamiento de las masas; al estancamiento en su crecimiento numérico y de su influencia política; al retraso en su transformación en un auténtico Partido Comunista, en un auténtico Partido de masas, en un auténtico organizador y dirigente de la revolución española.

Y humo y silencio.

Y una vez más:

–El Partido, camaradas, debe salir de su estado infantil; el Partido debe comprender que: o se convierte en el organizador

y dirigente de la revolución en España o la revolución será inexorablemente derrotada...

Silencio y humo.

–La organización comunista de Madrid debe marchar a la cabeza en la transformación del Partido... Yo espero, camaradas, lo espera la Internacional Comunista que, inspirándoos en Marx, Engels, Lenin y Stalin, hagáis del Partido Comunista de España un auténtico Partido Bolchevique. La organización y bolchevización del Partido a través de la lucha diaria es la garantía del triunfo de vuestra revolución... de la felicidad de los obreros y campesinos de España.

Fue un hablar entre silencio y humo, lento, monótono, seco, que salía de un hombre inmóvil, pero de un hablar que penetraba lentamente, como a rosca en el cerebro de cada uno de aquellos doce o catorce hombres que se dedicaron solamente a escuchar, fumar, mirar y asentir con rítmicos movimientos de cabeza.

\* \* \*

Después de la reunión Castro, Yagüe y Checa se encontraron en la plaza de Santa Ana llena de noche y silencio. Y continuaron por la calle del Príncipe.

–Santamaría viene detrás –dijo uno.

–Ya no importa –respondió Castro.

Y continuaron hacia la Puerta del Sol. Y entraron en el Bar Flor que empezaba a llenarse de cómicos y prostitutas de medio pelo. Y se sentaron. Y durante algún tiempo cada uno de ellos se limitó a saborear su café y mirar a la gente que entraba y salía.

–Esto va en serio.

–Sí.

–Sí.

Coincidían. Y se levantaron y cada cual se fue hacia su casa. Pedro Checa hacia la carretera de Extremadura en donde vivía con su madre y una hermana. Pablo Yagüe hacia Cuatro Caminos, a una calle estrecha y tortuosa. Y Castro se metió por la calle de las Carolinas y se perdió en la oscuridad.

\* \* \*

Casi nadie se dio cuenta de aquello.

El pequeño Partido Comunista de la época infantil y romántica murió en la mayor de las clandestinidades.

\* \* \*

España estrenaba nuevos jefes comunistas ¿Quiénes eran?

José Díaz, Secretario General; Manuel Hurtado, Secretario de Organización; Vicente Uribe, director de «Mundo Obrero»; Jesús Hernández, Secretario de Agitación y Propaganda; Antonio Mije, Secretario Sindical; Adriano Romero, Secretario Agrario; Dolores Ibárruri, «Pasionaria», Secretaria Femenina y Pedro Martínez Cartón.

Cuatro andaluces.

Tres vascos legítimos o falsificados.

Y un madrileño.

Seis obreros, un campesino y una ama de casa. De todos ellos, cinco habían hecho la Escuela Leninista en Moscú.

Y a esto se dijo, o mejor dicho se ordenó, que se lo llamara Buró Político.

Todo.

O casi todo, porque el todo era Luis Codovila, convertido en el representante general de la Internacional Comunista en España. Pedro Geroe había sido enviado a Cataluña con la esperanza de que convirtiera el problema nacional en una bomba de tiempo.

¿Cómo eran?

Era pronto para saberlo, porque por aquellos días se dejaban ver poco.

Pero a los hombres o se les conoce pronto o no se les conoce jamás. José Díaz, sevillano, obrero panadero, era un hombre bajo y menudo, con un mirar profundo y claro, humilde, oliendo todavía a su miseria y su pena de niño. Era de unos conocimientos muy pobres, mal orador, pésimo escritor y un hombre honrado... ¿Cómo los rusos pudieron convertir a este hombre en un autómatas, cómo pudieron sobornarle hasta convertirle en un cadáver viviente? Sacar a un hombre de su modestia, de su vivir diario entre miserias y penas, sacarle de todo esto, colocarle en la cima de una montaña y decirle al oído: «España está en carne viva... España espera curarse con la revolución y vivir... Y tú, José Díaz, el obrero sevillano, el ex anarquista, has sido elegido por el Estado Mayor de la Revolución Mundial, por la Internacional Comunista, para que seas el jefe del Partido que debe organizar y dirigir la revolución en España». Era un hombre al que habían cegado con la magnitud de la misión; un hombre al que de la noche a la mañana le habían hecho creer que era el cerebro y el mando de un gigante en embrión: el Partido Comunista... Era un hombre obsesionado por el fin, que veía como un paraíso... ¡El fin!... ¡Sólo el fin!... Y ponía en práctica los medios sin detenerse a pensar si eran remedio o crimen, bien o mal...

Sólo así se comprende.

Vicente Uribe era distinto. Bajo y menudo también, obrero metalúrgico y una mezcla de vasco y castellano en el que se había avinagrado la solera de las dos razas. Soberbio y vanidoso. Tosco y mal educado. Ambicioso. Su paso por la Escuela Leninista de Moscú le había hecho sentirse el «teórico»

del Partido, el que sabía todos los recovecos de la ideología, todos los secretos de la estrategia y la táctica.

Era un narciso disfrazado de obrero, un hombre resentido contra todo y en el fondo contra la Internacional Comunista que no lo había hecho jefe. No era inteligente, pero sí terco. Aprendió ruso y de memoria mucho de Lenin y Stalin. Era además, un hombre sin alegría, de mal humor y lo que es peor, de mala leche.

Antonio Mije era... De mediana estatura, un poco gordinflón, blanco, de piel feminoide de los hombros para abajo. Vivo, ágil, hablador incansable y un demagogo sin brillo. Hubiera sido, quizá, un buen camarero de colmado o jefe de una tribu de gitanos arregladores de cacerolas y sartenes y ladrones de burros y gallinas. No era un gran pícaro, solamente un pícaro, con unos afanes neuróticos de señorío, al que volvía loco la seda, que así vestía por dentro, y el buen vivir.

Jesús Hernández era algo más que de mediana estatura, flaco, con gafas, cargado de hombros. Demasiado joven y después de unos sucesos en Bilbao que han pasado a la historia del movimiento obrero sin razón conocida fue enviado a la Escuela Leninista. Golfo, mujeriego y amigo del buen vivir. Orador fácil, aunque no muy brillante, con ciertos aires de intelectual que rompía un poco la monotonía de aquellos hombres iguales.

Fue un hombre modelado por Moscú a su gusto porque no era ni acero norteño ni roca castellana. Un hombre que casi sin



transición pasó de la masa a la cúspide, en donde generalmente se acababa el hombre.

Manuel Hurtado, «El Chino», era también andaluz, pero un andaluz cerrado, torpe, lento, mohíno, desgarrado y de un hablar que hacía daño a su garganta y a los que le escuchaban. Jamás se comprendió cómo aquel hombre menos que mediocre había llegado a donde estaba. Sólo el ser alumno de la Escuela Leninista de Moscú podía explicarlo en parte.

Pedro Martínez Cartón era más un barítono sin oportunidad que un miembro de un Partido Comunista. Menos a Pedro Martínez Cartón, Martínez Cartón despreciaba a todos: a los suyos y a los de enfrente.

Dolores Ibárruri, «Pasionaria», era alta, entrada en carnes, de pelo y ropa negra. De labios finos, de ojos que hacían daño en su mirar, de barbilla angulosa y dura. Tenía algo de la Bernarda Alda de Lorca: el veneno. Había sido una fanática de las que arrastran sus rodillas por la tierra en sangrientas y macabras penitencias. Cambió su mística negra por la roja. Posiblemente la política fue el escape de una vida frustrada por su gran ambición y terribles insatisfacciones. Era majestuosa en la tribuna, de una voz rica en matices, que parecía salir de mucho más hondo que de la garganta. Llegó a Madrid con sus hijos, dejando a Julián su marido, allá, en las minas de los alrededores de Bilbao... para hacer de Isabel II...

El otro no era nada.

\* \* \*

Comenzó la transformación.

La redacción de «Mundo Obrero» se instaló en la calle del Cardenal Cisneros, en el primer piso de una casa modesta. Los redactores trabajaban en una sala grande y en una mesa colectiva. Vicente Uribe, el director, en una habitación aparte. Trabajaba con todo cerrado, con la boina puesta, el gesto duro, textos de los clásicos sobre la mesa... Cuando escribía parecía un animal hembra en un mal parto... Pero el enano se creía un gigante... Cualquiera que le interrumpiera era recibido con una mirada que era una blasfemia. No hacía más que el editorial, cuando lo hacía, pero era la tarea que consumía toda su jornada de director. Alguna que otra vez abandonaba el despacho, salía precipitadamente hacia la calle del Pez que tenía sus encrucijadas de carne a precio y allí se estaba lo que el cuerpo le pedía o el dinero daba de sí. Cuando regresaba se metía en el excusado, orinaba y otra vez al despacho, a hurgarse en el alma de los clásicos.

Y la boina en el mismo sitio.

Allí conoció Castro a Jesús Hernández y a Cabo Giorla. Venían de Moscú. Hernández consagrado. Lo decía su porte y un abrigo de piel que en Moscú sólo se daba a los altos funcionarios. Pero era simpático, asequible y siempre con ganas de hablar a todos de la «casa», que por ese nombre se conocía a Rusia; Cabo Giorla, otro producto «Made in URSS», era casi un gigante, lleno de vitalidad, de cinismo, de ruido, dispuesto a llegar lo más pronto posible a la cima. Sin embargo,

en los primeros tiempos no tuvo éxito. No era proletario y hubo que proletizarle. Y Pablo Yagüe se lo encargó a un arquitecto, Sánchez Arcas, que trabajaba en el Hospital Clínico de la Ciudad Universitaria, para que le diera trabajo. Entró de peón. Pero no aguantó la prueba. Sus hombros no aguantaron más que la chaqueta y sus ambiciones; la varilla abrió sus carnes vírgenes. Y buscó a María Carrasco, delgada y flaca, tuerta y mecanógrafa del Aeródromo de Cuatro Vientos, que ganaba quince pesetas diarias y que buscaba marido. Se encontraron. Se casaron. Giorla no trabajó más. Se dedicó a administrar el salario de ella y a pensar en la revolución... A cambio de ese «administrar» lo que ella ganaba le proporcionó una sífilis de la que no se curó jamás.

El Partido comenzó a transformarse.

Las tertulias dieron paso a las organizaciones provinciales, a la organización de los Radios de Barriada, a la organización celular. Aparte de esto el Partido alquiló un local en un primer piso de una casa de la calle de la Estrella. Allí se concentraban, allí se realizaba el trabajo legal, las reuniones en las que la ideología marxista se repartía gratis y en grandes cantidades. Allí se daban conferencias. Allí conoció Castro por primera vez a Thorez, el jefe comunista de Francia. Pero la actividad esencial del Partido estaba fuera de allí: se desarrollaba en las barriadas, en los sindicatos, dentro de los partidos políticos de izquierda, en los cuarteles, en las Universidades, entre los sin trabajo que se congregaban en lugares que eran como los mercados del hambre.

El Partido comenzó a ser un Partido.

Moscú comenzó a estar contento.

\* \* \*

El Partido se transformaba a través de la transformación de sus militantes.

Los hombres se convirtieron en seres condenados por la ideología, por la disciplina, por el esfuerzo interrumpido, por la rigidez e inviolabilidad de la línea política, por un odio exacerbado cada día a todo lo que no fuera Partido o no estuviera con el Partido.

Exteriormente hombres.

Interiormente monstruos.

Pero, esta terrible verdad los comunistas sólo suelen saberla en los últimos años de su existencia, cuando la desilusión o la desesperanza los empuja a mirar, a mirarse, a colocar su vida ante sus ojos y ver... y ver... hasta que las lágrimas no dejan ver.

\* \* \*

«Una mentira para que sea útil debe parecer verdad»

Sí.

«...debe parecer verdad».

–¿Y la verdad? –preguntó el otro.

–No debes preocuparte mucho... La verdad no es ni más ni menos que el complemento de la mentira.

Se rieron los dos. Y continuaron apurando el café en pequeños sorbos. Y fumando.

Uno de ellos era un poco unamunesco: gafas redondas, mirada perdida, nariz aguileña, suéter hasta la garganta misma, las puntas del cuello de la camisa por fuera y casi siempre con un comienzo de sonrisa condenada a no cuajar definitivamente nunca. Se llamaba Pedro Checa. Y era alto y flaco, también como don Miguel. Y era maestro aparejador y trabajador en el Aeródromo de Cuatro Vientos, en donde un tío suyo era alguien. Vivía con su madre viuda y una hermana, allá en una casita de la carretera de Extremadura. Y cuando extrañamente se les veía juntos parecían gentes movidas por algo ajeno a ellas mismas y encadenadas por una pena que no se parecía a las penas que el otro conocía desde niño. Checa no era brillante ni cuando hablaba ni cuando escribía, pero era preciso. Tenía una amiga que habitaba en la calle de Hortaleza, cerca de la iglesia de San Antón, a la que veía una o dos veces al mes. Después de cada visita Pedro Checa pasaba unos cuantos días enfermo de algo extraño, quien sabe si es de asco o de cansancio.

Al otro ya lo conocíamos de antes.

–Creo, Castro –y con ello se rompió un largo silencio–, que has definido justamente la verdad.

Y una chupada al cigarro.

–Sí, Pedro. Hoy con la verdad de cuantos somos y de la que somos no iríamos muy lejos... La influencia de la revolución rusa solamente ha llegado a unas minorías, pero a unas minorías blandas en las que te encuentras un notario que se limita a escribir un libro o un Álvarez del Vayo, un idiota cultivado que habla idiomas y se viste en Inglaterra...

–Entonces, ¿debemos mentir...?

–Yo creo que sí... Yo creo que tenemos necesidad de impresionar... La verdad y la razón son importantes, pero no siempre convencen... Y nosotros debemos convencer: convencer de que somos una gran fuerza, es decir, de que somos muchos; convencer de que somos los mejores, los únicos capaces de hacer la revolución...

–¿Entonces debemos mentir...?

–Como debemos matar cuando el matar se convierta en una necesidad para la revolución o de la revolución.

–Exacto.

Y se callaron.

Castro se dirigió al domicilio del Partido. Entró en la calle de la Estrella y comenzó a subir lentamente la empinada cuesta hasta llegar al portal...

–Hola.

–Hola.

Y se sentó en un banco al lado de Julia Blanco, una muchacha delgada, de pelo rubio y lacio, guapa, con la que era y no era medio novio. Y se entretuvo durante quién sabe cuánto tiempo en mirarla, mientras que ella, como siempre, le hablaba de un mundo maravilloso que nunca llamaba Rusia o de su miedo a enfermar de tuberculosis. Era hija de una portera de una calle cerca del Congreso de Diputados. Y modista. Una muchacha buena, pero hambrienta de todo. Hasta que se cansó de mirarla. Y se dedicó a mirar a los que entraban y salían. O a los que discutían de la insurrección en un rincón y a voces...

Vio acercarse a Agustín Lafuente.

–Hola.

Era este Agustín, matarife. Grueso y rubio. De ojos entornados y un medio tartamudear cuando hablaba. Tenía dos pasiones: ser un gran jefe de los grupos de choque y aprender alemán. Lo primero era comprensible. Lo otro, Castro no lo entendió nunca.

–¿Muchos detenidos?

–Sí.

–Un fracaso...

–Sí.

Era el balance de la primera manifestación organizada por el Partido Comunista en Madrid.

Y se callaron.

Y llegó Yagüe con el sombrero echado hacia atrás y la corbata torcida. E hizo una seña a Castro. Y éste dijo adiós a Julia y se dirigió a aquel cuartito en el que había una mesa y varias sillas, una ventana, una jarra con agua de muchos días, unos retratos de Lenin y Stalin y un calendario al que nadie se ocupaba de arrancar las hojas y que parecía el cadáver del tiempo.

Se sentó frente al otro.

Y se miraron sin hablar.

–Un error... –comentó Yagüe.

–Sí... Barriada obrera... calles anchas... comunistas solos... sin protección armada... ¡Qué más podían desear los Guardias de Asalto! Y otra vez se callaron.

–Hay que desquitarse, Castro.

–Sí.

–Tú serás el responsable de la próxima... Habla con Gregorio Antón y prepárala para el sábado...

–De acuerdo.

Y sin mirar a Julia que todavía estaba allí, sentada, pensando en la tuberculosis y en su hambre de todo, abandonó el local.



En la calle ya era noche. Las primeras prostitutas ocupaban su lugar en los quicios oscuros de los portales. Una pareja de guardias hablaba en la esquina. Y alguno que otro perro husmeaba en los montones de basura o buscaba en la oscuridad un sitio para esconderse de los hombres, que por aquellos lugares tenían muy mala leche.

\* \* \*

Gregorio Antón era muchas cosas: ferroviario, alto y flaco, secretario de organización del Partido Comunista en Madrid y un tío tan putero, tan putero, que en el barrio se le conocía por «El Bubones», porque no había temporada sin visitas periódicas a un dispensario que había en la calle de Segovia, en donde se aplicaba sin límite y sin paciencia el neosalvarsan y el permanganato. Vivía en la calle de Ferraz, en donde sus padres eran porteros de una casa de inquilinos de clase media. Aparte de sus padres tenía una hermana que nunca acababa de casarse y un hermano, Francisco Antón, que era oficinista en los Ferrocarriles del Norte, que siempre iba muy atildado y en cuya vida no había domingo sin misa.

Se encontraron ante el Cuartel de la Montaña.

–¿Te ha hablado Yagüe?

–Sí.

–Entonces prepara a los militantes... El viernes te diré la hora y el sitio.

–De acuerdo.

–Y después de rascarse furiosamente las ingles y de colocarse bien la gorra, Antón se dirigió rápido a su casa. Porque tenía poco tiempo y mucha hambre.

\* \* \*

–Mañana a las siete.

–¿Dónde?

–En la Puerta del Sol.

El otro miró asombrado. Pero no dijo nada. Lo que tenía que saber ya lo sabía.

Sábado.

Castro llegó a la Puerta del Sol. Miró el reloj de Gobernación. Todavía era temprano. Se alegró de ello. Porque todavía necesitaba tiempo para algo: para husmear por la plaza de Pontejos en donde estaba un cuartel de los Guardias de Asalto; para entrar en los cafés y ver si había más policías que de costumbre; para bajar a los urinarios y mear y mear para ver si se le quitaba ese algo extraño que le hacía sentir unas ganas terribles de orinar.

Hizo todo.

Los vio venir.

–¿Sin variación?

–Sin variación.

Vio pasar a José Díaz. Después a Codovila, gordo y desgachado con el sombrero sobre los ojos. Luego se dedicó a ver cómo iban llegando las fuerzas del Partido y a mirar el reloj. Desde distintos sitios los secretarios de los diferentes Radios le miraban.

Yagüe y Armisen se le acercaron.

–¿Normal?

–¡Normal!

El reloj de la Puerta del Sol marcaba las siete y cuarto. Una pareja de Guardias de Seguridad miraban a la gente y de vez en cuando bostezaban. Toreros y cómicos hablaban a gritos. Las bocas del Metro tragaban y vomitaban gentes. Grupos de éstas esperaban en las paradas de los tranvías. Todo como estaba previsto, A las siete y veinticinco miró a los dirigentes de los radios e hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

Y avanzó hasta el punto de partida.

A su lado: Yagüe y Armisen.

Detrás, a unos cuantos pasos, Agustín, el matarife, responsable de los grupos de choque. Cuando se acercó a Castro sólo se escucharon unas palabras:

–«Sitúalos... Si los de Asalto disparan... ¡Disparar!».

¡Ya!

Una bandera roja... Y... «Viva el Partido Comunista»... «Abajo la CEDA»... «¡Mueran los social-fascistas!»... «Viva la revolución... Y...»

Arriba parias de la tierra

en pie famélica legión...

La calle de Pontejos empezó a arrojar camiones llenos de uniformes azules y correaes negros. Luego se detuvieron unos segundos. Después los oficiales gritaron y los camiones, unos por un lado y otros por otro, intentaron con un movimiento de pinzas envolver la manifestación...

«Seguid».

«Seguid».

Se produjo el encuentro. Los comunistas hicieron la valla y Castro, Yagüe y Armisen se replegaron hacia el bar Flor. Después se inició la retirada general. Pero los Guardias de Asalto habían tomado demasiado impulso para poder detenerse en seco. Sus porras de goma siguieron golpeando, pero a los neutrales para los que la Puerta del Sol era lugar de cita y estancia. Surgieron protestas y gritos. Los silbatos de los oficiales comenzaron a tocar y los guardias a replegarse hacia los camiones.

Castro miró a Yagüe.

–La policía.

Salieron rápidos del bar Flor y se hundieron en la boca del Metro. Y luego cada uno en una dirección.

Al Otro día «Mundo Obrero» hablaba de las cargas brutales de los Guardias de Asalto contra gentes indefensas que reclamaban «Pan y Trabajo», «Defensa de la República», «Disolución de la Guardia Civil», etc., para concluir con un ataque brutal contra los socialistas y reclamar la dimisión del ministro de la Gobernación El resto de la prensa habló del descontento del pueblo. «El Debate», en sus «Notas del Block» que escribía un cura, señalaba el peligro de que las masas pudieran desbordar a los dirigentes y dar vida a una revolución sangrienta...

Y otra.

Y otra más.

Y muchas, muchas más.

Mil comunistas eran la inquietud de una ciudad de casi un millón de habitantes.

Madrid empezó a soñar con un gigante

La mentira empezaba a parecer verdad.

\* \* \*

Sombras y sombras.

Algo así como un interminable mundo de sombras: viejos árboles retorcidos y encadenados a una tierra que era vida y muerte; gentes y harapos que se escondían allí, porque allí nadie miraba a nadie; y perros, que tristes sombras, que buscaban de aquí para allá mientras iban muriéndose poco a poco...

Porque la Dehesa de la Villa, en las afueras de la ciudad, era en las noches algo así como un inmenso estercolero en el que Madrid arrojaba sus basuras.

Pero esta vez...

Ella y él hundidos en las sombras.

—¿Tienes prejuicios?

—No.

—¿Entonces...?

—No te das cuenta... Yo sólo soy cansancio, miseria, asco y odio... Así no es posible... No es posible...

—¿Por qué?

—La miseria duerme el sexo... Y si no lo duerme es peor... Porque le convierte en fabricante de pequeños o grandes monstruos.

–¿Por qué?

–Somos odio... Solamente odio... Me lo has dicho muchas veces y tú tenías razón. Y el odio ni acaricia ni se deja acariciar. El odio araña, pudre, mata.

Y se bajó las faldas para ocultar una carne joven y enferma de anemia; y se abotonó la blusa escondiendo unos senos que guardaban veneno.

Y se levantaron.

Ella le miró mientras comenzaban a andar.

–¿En qué piensas?

–En la ofensiva del Partido para la conquista de los sindicatos.

–¿Estás impaciente?

–Sí.

–Sigue pensando en ello que es importantísimo... Pero mientras caminamos y piensas, dame un beso.

–Se besaron.

Ella tenía los labios fríos.

Él pensaba en otra cosa.

\* \* \*

Era una vieja calle empinada por sus dos extremos, que se asemejaba un poco a un viejo puente colgante, flaqueando por un mundo de tiempo y drama. Estaba situada detrás de la Gran Vía, a espaldas de los grandes almacenes Madrid–París. De este gran edificio, que era algo así como un mar de cosas e ilusiones, de luz y ruido, no la separaba más que la calle del Desengaño, que quién sabe por qué se llamaría así. Durante el día la calle de Valverde, que así se llamaba la calle a que nos referimos, era una calle como las demás. Era en la noche cuando adquiría su verdadera fisonomía, su auténtica personalidad: reflejos pálidos de viejos faroles y grandes sombras inmóviles que parecían gigantes negros en acecho; y un pasar de gentes inclinadas, algo así como personajes de una extraña procesión. Ya en la noche, cuando la ciudad se hace silencio y sueño, la calle de Valverde se convertía en una gran fábrica de mentira y sífilis: prostitutas que ocultaban sus ruinas se convertían en sus moradores. Y diálogos breves y tiempo sin diálogo; y oferta y demanda; y entrada de parejas en reata en viejas casas en donde el amor era breve y animal.

Y algo más.

Allá por las doce, el silencio se rompía por el rodar de algo que parecía quejarse y de lo que tiraba un niño y empujaba un ciego. Y el detenerse de aquel algo, una tabla con unas ruedas y algo enfundado encima, en la esquina de las dos calles, bajo los reflejos tímidos de un farol para iniciar un extraño trajinar: el niño para curarse su fatiga y hurgarse en las narices, el ciego para sentarse en un banco de construcción casera, levantar la



tapa de un pequeño y antiguo piano, calentarse un poco las manos con su propio aliento y comenzar a tocar, mirando por la noche. Era una música lenta y fría, acompañada de vez en cuando por alguna que otra blasfemia del ciego y por el toser hondo del chico. Pasaban por estos rumbos borrachos generosos y prostitutas románticas que dejaban algunas monedas de cobre sobre un viejo platillo que el ciego parecía estar mirando siempre: y «alguno que otro hijo de puta», como decía el ciego, que se llevaba bajo su mirar inútil y el dormitar miserable del niño, lo que borrachos generosos y prostitutas románticas habían dejado.

Por allí pasaba Castro con alguna frecuencia desde hacía meses.

Y acostumbraba a detenerse unos minutos, mirando más que escuchando, mientras pensaba en la revolución como un maravilloso decorador, que transformaría todo aquello. Porque en esta calle de Valverde, ya cerca de la del Desengaño, en una vieja casa de varios pisos, sórdida, desconchada por dentro y por fuera, de escaleras estrechas, empinadas y enfermas de vejez, se habían instalado los fabricantes de la futura revolución.

–Sí.

En el tercer piso, sobre una puerta carcomida, habían colocado un letrero que decía: «Federación Provincial de los Grupos de Oposición Sindical Revolucionaria». Y ya dentro, en una sala pequeña y cuadrada habían colocado unos bancos convirtiéndola así en el «Salón de Juntas», y en los cuatro o

cinco cuartos restantes, unas mesas desvencijadas y tres o cuatro sillas compradas de ocasión habían hecho el milagro de convertirlas en «secretarías».

Casa vieja.

Y mobiliario miserable.

Pero, ¿qué importaba aquello?... ¿Acaso no había sido en mil lugares como éste en donde se habían forjado las dos más grandes revoluciones de la historia?

¿Qué se discutía allí?

¿Qué se planeaba allí?

¿Qué oportunidad esperaban aquellas gentes con paciencia bovina, como si no tuvieran ni pulsos ni nervios? ¿Qué horizontes veían detrás de aquellas paredes que eran todos los horizontes visibles?

A estas preguntas sólo hubieran podido responder años: Los Yagüe, Urchurrutegui, Barón, Lafuente, Martínez Cartón, Lucio Santiago, Hernández, Castro, Ansorena, Fraga y algunos más que eran el cerebro, la oposición en los poderosos sindicatos madrileños de las Artes Blancas, de Metalúrgicos, de la Construcción, de la Madera, de las Artes Gráficas, de los Ferroviarios, de Correos y Telégrafos... Y cada uno de ellos con las mismas palabras, la misma entonación, la misma parsimonia y la misma seguridad hubieran respondido lo mismo:

«Camarada, ¿para qué intentar mear una nueva central sindical después del fracaso de la Confederación General del Trabajo Unitaria creada en 1932? La clase obrera ya está agrupada en la Unión General de Trabajadores controlada hasta ahora por los socialistas y en la Confederación General del Trabajo bajo la égida de los anarquistas... Destruirlas sería una tarea demasiado costosa y larga; levantar sobre los escombros de ellas nuestra propia central sindical, otra tarea no menos larga ni menos costosa...»

«En todo este tiempo que nos llevara el destruir y construir podría perderse esa gran oportunidad histórica que esperamos».

«¿Acaso no es mejor conquistarlas que destruirlas?... Sí... Indudablemente es mejor: la tarea es más breve, más barata y por lo tanto más práctica».

Y...

«Siempre es más fácil conquistar una cosa hecha que hacerla»

Y...

«¿Para qué más?... ¡Esto es todo!... Queremos apoderarnos de los sindicatos, debemos apoderarnos de los sindicatos... Hacer inmenso al Partido por el número de sus militantes sería una tarea demasiado larga; hacer fuerte al Partido a través de la conquista de la dirección de los sindicatos por los comunistas es más fácil que aquello. Lo importante para los comunistas en este período y en muchos que todavía vendrán no es que todos

se hagan comunistas, sino que la mayoría obedezca a los comunistas... Si la revolución para hacerse tuviera que esperar a que millones de campesinos se hicieran comunistas, a que millones de obreros se hicieran comunistas, sería muy larga la espera... ¡Quién sabe cuántos años habría que esperar!... ¿Está claro?»

Clarísimo... Pero...

«No caben los peros, camaradas... Se ha dicho siempre que la revolución rusa la hizo una minoría. Cierto. Pero una minoría que en un período brevísimo de tiempo logró conquistar a la mayoría del país a través de los soviets... Nosotros, los comunistas, hoy, mañana y quién sabe hasta cuándo, seremos inevitablemente una minoría, pero seremos o al menos debemos serlo y lo seremos una minoría dueña de la mayoría... No hay que olvidar nunca esto: es más fácil que una minoría se haga dueña de la mayoría, que el que la mayoría se haga comunista». De haber querido hubieran podido aplicar esto y mucho más.

Pero...

De los políticos conocidos sólo los comunistas son gentes discretas, extraordinaria y conscientemente discretas.

Y no sólo gentes discretas, sino de una paciencia desconocida, gentes que no miden el tiempo como el resto de las gentes, que lo hacen por minutos, días o meses. No, los comunistas no, ellos miden el tiempo por el quehacer de cada día, de cada día entero. Porque su calendario es un calendario de tareas. Y es lógico que así sea; aquél es un caminar del

tiempo, éste un caminar de ellos, del Partido, de la revolución. Diferencia inmensa y vital que la mayoría de las gentes no comprenden. Diferencia con los demás que explica la tenacidad comunista, la paciencia comunista para las cuales tiempo es un valor de valores relativos.

\* \* \*

Aquella noche Castro abandonó más temprano que de costumbre la casa de la calle de Valverde. Se sentía aburrido por aquel esperar la «oportunidad», espera que a veces llegaba a creer que era interminable o al menos excesivamente larga. No era un perder la paciencia, no, era simplemente un creer lógico de sus ansias. Y esto le ponía de mal humor. Mal humor que se acentuaba cuando como en este día tenía hambre y poco dinero... Cuando llegó al portal se detuvo en su quicio, indeciso, pensando en qué hacer o a dónde ir. Y sin mover los labios murmuró: «Un día más sin tarea... Un día más parados en el mismo sitio que ayer». Luego, dejándose arrastrar por la costumbre comenzó a caminar. Buscaba instintivamente las calles oscuras y estrechas en las que las gentes ni se miran ni se ven. Cuando llegó a la Plaza de Bilbao pareció darse cuenta por primera vez de dónde estaba; y dio un viraje brusco y atravesó el parquecillo, sí. Porque siguiendo por la calle de la Reina hubiera tenido que pasar por delante de la Dirección General de Seguridad y eso era jugar con el peligro de una manera estúpida. Se orientó hacia la izquierda y llegó, sin prisa, hasta la calle de San Marcos. Y allí, como siempre, numerosas prostitutas que, a cambio de algún dinero y con mucho menos

riesgos que los comunistas, ofrecían el colmo de la felicidad humana. Y cuando al pasar por delante de una de aquellas mujeres ésta le dijo algo, soltó la carcajada. «Si las prostitutas se organizaran e hicieran un programa de la felicidad que ofrecen por unas cuantas pesetas, los comunistas estaríamos j... Siguió riendo... «Sí, éstas ofrecen más que nosotros y a corto plazo»... Y siguió riendo mientras se daba cuenta que caminaba hacia un lugar que empezaba a dar a su andar cierta concreción: hacia la Casa del Pueblo, sede de la Unión General de Trabajadores de España, cimiento y corazón del movimiento socialista español. –¿A qué voy?», se preguntó varias veces. Pero no se respondió y siguió caminando. La Casa del Pueblo ejercía sobre él una alucinante obsesión: sabía cuánto aquello significaba para ellos, sabía la poderosa fuerza que representaba, sabía que aquello en manos de los comunistas les permitiría a éstos, tranquila y exactamente, fijar la fecha de la revolución. Y le gustaba ir hasta ella, entrar en ella, merodear por los pasillos, husmear y al mismo tiempo soñar en cómo se produciría todo.

«Huelga general».

«Insurrección armada».

«Conquista del poder».

Las tres etapas fundamentales y finales para que el Partido Comunista pudiera ser el dueño de los destinos de otro pueblo, para que el Partido Comunista comenzara a construir el socialismo en la cola de Europa.

Antes de entrar en el edificio, subió y bajó por la calle de Piamonte.

Luego entró.

Los porteros le miraron de reojo con desconfianza. Él se limitó a mirarlos y decir para sus adentro, «¡Maricas, parecen sabuesos!». Y luego subió a un piso. Y recorrió el largo pasillo a cada lado del cual había puertas y más puertas de secretarías y más secretarías, dentro de cada una de las cuales había por lo general un hombre enfermo de estupidez que pensaba que la revolución podía hacerse con vaselina y música de cámara.

Luego otro piso.

Y el mismo recorrer.

Y el regresar de este largo y extraño camino.

Cuando iba a abandonar la Casa del Pueblo se encontró a Barón.

–Hola, Castro.

–¿Qué hay, Barón?

–¿Conoces los rumores?

–No.

–Se dice que la U.G.T. va a declarar varias huelgas en Madrid para presionar al gobierno y asustar a las derechas...

–¿No sabes en qué oficios?

–No.

–¿Cuándo se dice que estallarán?

–Se dice que muy pronto.

Castro se quedó un momento pensando. Tomó lentamente el cigarro que le ofrecía el otro. Y lo encendió tan absorto en sus pensamientos que no se dio cuenta que la cerilla se estaba consumiendo hasta que la llama le llegó a los dedos.

Blasfemó.

–Hay que confirmarlo, Barón, hay que confirmarlo... Si las huelgas se produjeran, sería una de las más grandes oportunidades que se presentaría al Partido para convertir la Casa del Pueblo y el movimiento obrero en algo suyo... con el capital de una extraña sociedad anónima...

–Sí...

–Mira... Es posible que por aquí anden Urchurrutegui, Yagüe y algunos... Ve a ver si los encuentras, mientras yo subo a la secretaría de metalúrgicos a ver si me entero de algo.

Se separaron.

Comenzó a subir las escaleras lentamente. No tenía prisa a pesar de la prisa que tenía por saber. Él, como siempre, frente a los acontecimientos, recobraba la calma y comenzaba a



situarse en lo que él creía que podría producirse. «La huelga... Sí, que la declaren... Después entraremos nosotros... Al final la dirección de la huelga estará en nuestras manos... Cuando esté en nuestras manos será el momento de pensar si la mantenemos dentro de los límites de las reivindicaciones económicas o si la ampliamos al campo de la lucha esencialmente política».

Siguió subiendo.

«¿Qué nos importa a nosotros el que los obreros coman mejor?... Cuanto mejor coman más difícil nos será movilizarlos... Necesitamos el hambre y el paro como a dos de nuestros mejores aliados... ¡Hambre y paro!... ¡Los obreros sólo tienen c... cuando les duele el estómago!... ¡Hambre y paro!... Es el látigo que necesita la clase obrera para sublevarse».

Y siguió subiendo.

Y una puerta.

Entró.

La secretaría del Sindicato Metalúrgico «El Baluarte» se componía de dos habitaciones: una sala pequeña y cuadrada, con bancos de madera estrechos e incómodos, en los que solían sentarse unos cuantos obreros, de ellos algunos viejos, los pensionados que iban allí a matar el tiempo. A la izquierda de éste, según se entraba, había una pared, una puerta y unas ventanillas; y dentro de ella, hombres viejos con manguitos como los burócratas profesionales, con cara de mala leche, de movimientos lentos y aire muy importante. Y archiveros... Y

mesas... Y máquinas de escribir... ¡Ah! Y en las dos habitaciones sendos retratos de Pablo Iglesias, lejanía y mito...

Y se sentó.

Y encendió un cigarro.

Y fue mirando con una indiferencia calculada a todos. Había a los que no podía hablar, a los viejos, a los «pensionados», para los que Castro era una amenaza a una vejez miserablemente asegurada; había los otros, los socialistas, para los que Castro o mejor dicho lo que Castro representaba era una amenaza para su «revolución» sin ruido y sin revolución; y había los otros, la masa, para los que Castro representaba el descontento, la mala leche, la inconformidad.

Y continuó mirando.

–¿Qué hay, Castro? –le dijo alguien.

–Nada, compañero.

–¿Nada?

Castro esperó unos instantes bajo la mirada del otro.

–Nada agradable... Los republicanos envenenando de conservadurismo a la república... Los socialistas contemplando la faena de los republicanos. La reacción agrupando sus fuerzas y comenzando una ofensiva que no sabemos hasta dónde puede llegar.

Un socialista le miró.

Y Castro a él.

–¿No estás de acuerdo con lo que he dicho? –le preguntó provocador.

–No.

–¿No es verdad lo que he dicho?

–A medias.

–¿Quieres decirme cuál es la parte de mentira?

–Sí.

–¿Cuál? –preguntó mientras esbozaba un gesto que sabía que iba a irritar al otro.

–Es mentira lo que dices de los socialistas... ¡Mentira!... Mentira como tantas otras que decís cada día para envenenar a la clase obrera...

Castro sonrió.

–¿Quieres decirme, concretamente, cuál es la parte falsa de lo que antes dije?

–La de que los socialistas estamos dormidos.

Castro volvió a sonreír.

–¿Puedes demostrármelo?

–Sí.

–Te escucho, compañero.

El otro dudó.

–Te escucho, compañero.

–Dentro de unos días lo sabrás...

–¿La revolución? –preguntó sarcástico.

Los demás miraban. La cabeza de un «funcionario» se asomó por la ventanilla.

–Dentro de unos días lo sabrás...

Castro se levantó. Miró a todos lentamente. Y sin abandonar aquella sonrisa que sabía que desquiciaba al otro, a los otros, soltó su veneno.

–Será maravilloso si dentro de unos días nos despertamos y encontramos una revolución caminando consciente por España entera... ¡Maravilloso!... Tan maravilloso que la gente volvería a creer en Dios pensando que ha sido Dios quien lo ha hecho... ¡Porque en ese milagro de que los socialistas hagan la revolución no cree ni Dios mismo, compañero!... Y no te ofendas...

–Vete a la mierda, Castro.

Castro miró por última vez.

–Salud, compañeros.

Y abandonó aquella sala y descendió por aquella escalera de ángulos rectos, tan lentamente como la había subido.

Barón estaba allí.

–¿Qué hay?

–Los rumores se confirman.

–Sí.

Se miraron unos instantes.

–Mañana nos veremos en Valverde, camarada Barón. Creo que una gran oportunidad se acerca.

Cada cual se fue por su camino.

Castro, más contento que antes, murmuraba:

«Huelga general».

«Insurrección armada».

«Conquista del poder».

Todo de acuerdo con los cánones... Subió a un tranvía en la calle de Fuencarral y viendo la noche llegó hasta la Glorieta de

Cuatro Caminos. Había desaparecido el aburrimiento; y el hambre.

Se hundió en el Metro.

Y cuando llegó a casa de los Macías, en donde se repartía una pequeña cama con uno de ellos, saludó y se dirigió a la alcoba.

–¿Ha cenado ya, Castro? –le preguntó la madre, una viejecita menuda y dulce.

–Sí, gracias.

Y entró en la alcoba.

El otro ya estaba dormido. Se desnudó y se acostó. Tuvo que empujarle para ocupar «su parte». Macías se revolvió, torció la cabeza y murmuró:

–¿Eres tú, Castro?

–Sí.

Y se quedó dormido. Después comenzó a roncar. Castro se acordó de que no había comido en todo el día. Pensando en la comida se le secó la boca y se puso de mala leche.

Decidió pensar en lo «otro».

Y pensando en lo otro, con los ojos cerrados, con las dos manos sobre el estómago para ver si de una vez se dormía su hambre, acabó por dormirse. Luego se apagaron las luces de la sala, se escuchó el cerrar de una puerta, el toser crónico de la

vieja y luego el silencio. Fuera y de vez en cuando, se escuchaban voces y gritos y algo así como disparos.

La noche no dormía.

La Guardia Civil tampoco.

\* \* \*

Se despertó.

No tenía idea de la hora que era. Ni le importaba tampoco. Había que esperar. El amanecer era para él la señal de que una nueva jornada comenzaba. Y mientras que el amanecer llegaba, cerró los ojos y dejó que su imaginación le llevara a donde quisiera.

Muchos años atrás.

Sí.

Comenzó a acordarse de aquel sótano de un establo que había en la calle de Francisco Rici. Allí se almacenaban piensos, pero olía preferentemente a alfalfa seca. Se podía entrar por un ventanal roto que quedaba a la altura de la calle. Y allí acostumbraba Castro a meterse cuando su aburrimiento o su afán de soledad le obligaba a esconderse de todo y de todos. Allí vio por primera vez una breve batalla cuyo recuerdo jamás se borraría de su memoria: una mosca grande y negra que durante algún tiempo tuvo zumbando con su vuelo, acabó

posándose sobre una tela de araña suspendida de un techo sucio y de una vieja viga de madera. Al posarse, la tela se estremeció y una araña grande salió del rincón con un correr frenético. Mas se detuvo de pronto, pareció mirar a todos los lados y luego siguió inmóvil. Esperando y esperando. Viendo cómo la mosca en sus esfuerzos por liberarse de aquella red mortal iba consumiendo sus energías.

La araña inmóvil.

Y Castro fascinado por aquel juego por la vida y la muerte.

Cuando al cabo de algún tiempo, agotada la mosca se quedaba inmóvil, la araña comenzó a acercarse en pequeños avances, hacienda zigzag, acercándose tanto que parecía rozar a su víctima; pero cuando la mosca se agitaba en sus desesperadas o inútiles convulsiones, la araña se detenía, o retrocedía rápida. Y a esperar otra vez. Era aquella actitud inmóvil y tensa un ejemplo de paciencia y prudencia, pero al mismo tiempo de tenacidad implacable. Sólo cuando las convulsiones de la mosca se fueron haciendo más espaciadas y débiles, la araña avanzó lenta y directamente, segura y temible. Y cuando llegó a unos centímetros –¿dos, tres?–, se detuvo. Después dio unas vueltas cerrando el cerco en cada una de ellas. Y luego algo así como un salto salvaje...

Castro se restregó los ojos.

Le pareció ver la muerte en todas sus dimensiones a través de algo así como una estrangulación lenta y mortal.



Y vio a la araña retirarse ya sin prisa a un rincón arrastrando la presa. Estuvo inmóvil mucho tiempo.

Porque para él aquello no era un drama.

Solamente un espectáculo.

Y decidió montar otro por su cuenta. Fue algunos días después. Anduvo primero buscando hormigueros. Tuvo que buscar mucho. En los primeros que encontró las hormigas eran pequeñas, muy pequeñas. No le servían. Él quería probar a su «héroe» con enemigos más poderosos. Después de mucho andar de un lado para otro, junto a una tapia en donde la gente iba con frecuencia a hacer sus necesidades encontró lo que buscaba: un hormiguero cuyas hormigas eran grandes, tan grandes que podían verse a simple vista sus tenazas... Con cuidado tomó a tres de las más grandes, las envolvió en su pañuelo y procurando que nadie le viera se introdujo en el sótano. Y se acercó despacio hasta la tela de araña del día anterior. Todo estaba igual. Y en un rincón la araña quieta, como si durmiera, desenvolvió su pañuelo y dejó caer las tres hormigas sobre aquella sutil y enmarañada red. Y esperó. Las hormigas como perdidas comenzaron a moverse para uno y otro lado, en un caminar fatigoso, como si sus patas se pegaran a aquel «suelo» transparente que ni el polvo dejaba llegar al suelo.

La araña se movió.

Luego avanzó un poco.

Y luego esperó.

Cuando las hormigas se separaban la araña avanzaba, cuando se juntaban se detenía como si comprendiera que un ataque a las tres a un tiempo constituyera para ella un riesgo mortal. Y así tiempo y tiempo. Hasta que una de las hormigas se separó. Y la carrera precipitada de la araña. Y el salto o algo parecido a un salto salvaje. Y una lucha silenciosa y dramática. Y sobre el cadáver de la hormiga, el mirar de la araña. Y la repetición de la primera batalla. Y otra repetición más. Más tarde, el retirarse lento de aquel pequeño monstruo al mismo rincón de siempre.

Desde entonces prefirió a las arañas. Las hormigas le parecían un mundo de esclavos, sobre cuyo mundo se orinaban con frecuencia los niños y pateaban los mayores.

Recordando aquello, catorce años después, Castro sacó por primera vez sus conclusiones. Pensando en la araña recordó a Lenin... «Casi iguales»... Casi iguales en su paciencia, en su agotar al enemigo, en el saber elegir el momento, en su ataque implacable y mortal.

Sí.

«Se hace necesario recordar a los dos: a ella y él».

«Acordarse siempre».

«Siempre».

Y se dedicó a esperar a que llegara el día, porque aparte de su impaciencia controlada le molestaba su compañero de cama, en un dormir sin angustia, plácidamente, como si no viviera en un mundo en el que la gran batalla estaba por darse.

Las siete.

Se levantó. Y rápidamente, antes que los otros pudieran despertarse, salió a la calle. Cielo gris y gente con sueño y frío. Contó su dinero: unos centavos. Decidió caminar para hacer tiempo y evitar gastos. Y sin prisa llegó hasta el Bar Central.

El camarero le miró.

–Salud, Castro.

–Hola, Emilio.

Y se sentó en una de las mesas del fondo, porque sabía que a las nueve llegaba a desayunar «El Peluca», un comisario de policía enclenque y pálido, con pelo y dentadura postizos, con un odio animal a los comunistas y particularmente a Castro, que un día dijo demasiado alto que se sentiría feliz con pegar a «El Peluca» una patada en los testículos.

–¿Vas a desayunar?

–¿A crédito?

–A crédito.

Y le trajo un vaso de café y unas tostadas. Comió rápido porque tenía hambre desde el día anterior. Luego el otro le dio un cigarro. Y fumaron. Se levantó.

–¿Te vas?

–Sí... Pero quisiera que me prestaras dos pesetas.

El otro no dijo nada. Se las dio.

–Salud.

Y comenzó a caminar hacia la Glorieta de Cuatro Caminos a la que comenzaban a llegar los traperos de por aquellos rumbos, cargados de basura y sueño. Descendió al Metro. Allí esperó unos segundos hasta que llegó un tren que le llevó hasta la estación del Hospicio o de Tribunal como se llamaba por estar allí el Tribunal de Cuentas. Luego andando hasta la Casa del Pueblo.

Allí todo era bostezo.

Y frío.

Y toses de los viejos funcionarios sindicales que tosían de una manera particular, extraña, con una especie de tos orgullosa y seria al mismo tiempo, como si hasta en el toser quisieran mostrar su jerarquía.

Hasta los que barrían parecían alguien.

«Piojosos».

Y siguió caminando de un lado para otro en espera de que aquella máquina humana comenzara a caminar.

Las diez.

Después de los funcionarios llegaban los sin trabajo. Iban a poner el sello de «parado» para librarse del pago de las cuotas

y conservar sus derechos. Castro se mezcló con ellos. Pero allí no podía sacar nada en limpio. Los sin trabajo son por lo general hombres de una psicología especial: no viven más que para su problema. A esto se reduce su mundo. Iban allí porque no tenían más remedio que ir y porque había unos bancos, que aunque estrechos e incómodos permitían descansar. Y porque hacía menos frío que en la calle. Cansado de mirarlos, Castro, retornó a su andar por los pasillos a pesar de que sabía muy bien que allí, en aquellas momentos no tenía nada que hacer.

Las doce.

Los sin trabajo se ponen nerviosos.

Es la hora de comer, o de no comer.

Y comienzan a desfilar lentamente, con la cabeza agachada, las manos hundidas en los bolsillos de la chaqueta, encogidos, enanizados.

La una.

Toca el turno a los funcionarios: a los jefes y jefecillos; y a los subalternos que también son clase. En éstos no hay frío, ni duda, ni angustia. Enfundados en sus pellizas o abrigos, en un caminar vanidoso y a veces hasta soberbio se van perdiendo cada cual por su rumbo... Regresarán después, después de tres o cuatro horas, un poco congestionado el rostro, eructando de vez en cuando al enfundarse otra vez sus manguillas y a sentarse otra vez en la misma silla para seguir revisando la marcha de las cuotas.

Castro ya no quiso esperar más.

Y se fue a la calle de Valverde. Era aún temprano. Sólo él y los conserjes: metalúrgico él, flaco y envejecida su juventud, con ese aire un poco sombrío que tienen las gentes de Toledo; ella pequeñita, como siempre con un vestido viejo y rojo. Había nacido en Galicia y nadie sabía ni porqué ni cuándo acabó en una casa de prostitución en la imperial Toledo, de donde la sacó él para traérsela a Madrid. Era buena, sin huellas en el rostro de rencor ni pecado, cantando siempre aunque cantaba mal, fumando cuando lo había y un poco greñuda.

Estaban comiendo cuando Castro llegó.

–Siéntate, camarada, dijo él.

Y se sentó.

Como no podía comer, se dedicó a verlos comer: unas patatas guisadas, caldosas, con más pimentón que grasa, con poca carne si es que la había, que Castro no la vio, pero olían bien. Y, además, una libreta de pan blanco, de un pan que se llamaba de Castilla y cuya corteza hacían crujir dulcemente cuando la masticaban. Y una botella de vino barato, pero de buen color.

Comer y mirar.

A pesar de que no quería mirar.

Luego le miraron. Casi los dos a un tiempo. Un poco irritado se levantó y se fue a «su» secretaría. Allí se sintió más tranquilo.

«¡Castro!».

Y regresó. Delante de la silla que dejara vacía un plato de patatas humeante, y un pedazo de pan y un vaso de vino.

–Come, Castro, que a pesar de todo están buenas.

Y comió.

–Toma vino... No alimenta, pero calienta el cuerpo.

–No bebo.

Ella habló:

–Para unas cosas sois muy listos, pero tontos para otras... El vino ayuda a olvidar penas, a soñar con cosas bonitas... ¡Bebe!

Pero no bebió.

Y fumaron los tres mientras se calentaba un café sin café.

–Se habla de que habrá huelga...

Sí.

–¿Qué haremos?

Y se tomaron el café que a Castro le recordó el cuartel. Luego ella se puso a fregar los cacharros. Y él a arreglar una cerradura en un cuchitril que había convertido en un pequeño taller.

Allí los dejó Castro, que regresó a «su» secretaría en donde se sentó a esperar hasta que llegaran los demás. Y un par de horas silenciosas muertas.

Las siete.

Comienzan a llegar las gentes. Se habla animadamente de la inminencia de una huelga en varias importantes industrias. El secreto ha dejado de serlo, le han roto sin duda los socialistas que por lo que se empieza a ver no quieren pasar de la amenaza... ¿Por qué se van a declarar las huelgas? La gente no lo sabe bien: unos dicen que por el incumplimiento por parte de la patronal de los contratos de trabajo existentes; otros aseguran que los socialistas, para detener su descrédito ante los trabajadores, quieren iniciar una ofensiva por nuevas conquistas económicas. Pero en concreto nadie concreta nada.

A las ocho se reúnen los dirigentes de las facciones comunistas en los sindicatos que se cree serán afectados. Allí están Urchurrutegui y Ojalvo, por el Sindicato de la Aguja; Barón, por el Sindicato de la Madera; Giorla y Diéguez, por el Sindicato de la Construcción; Martínez Cartón, por el Sindicato de Artes Gráficas; Castro, Hernández y Bustillo por el Sindicato Metalúrgico. Y Pablo Yagüe, como jefe de la organización del Partido en Madrid.

–¿Se confirman las huelgas? –pregunta Yagüe.



–Si –dice uno. Los demás asienten con la cabeza.

Yagüe habla:

–Se trata de una maniobra, de una doble maniobra de los socialistas: de un lado para acorralar a los republicanos y mantenerlos sometidos al partido Socialista; de otro para detener la pérdida de su influencia sobre los trabajadores. Y hay un tercer aspecto: asustar a la contrarrevolución para detener su ofensiva contra la república... Pero, por todos los síntomas no se pretende llegar muy lejos... Fintas, nada más que fintas...

–Pero ¿podemos impedir la declaración de las huelgas...?

–No –responde Castro–, ellos tienen la dirección de los sindicatos. Pueden declararlas cuando quieran. De otra parte, ¿cómo aparecería el Partido ante los trabajadores si se opusieran a ellas?... No tenemos tiempo para explicarles de qué se trata; posiblemente tampoco nos creerían... ¿Por qué, entonces no aprovechar las huelgas como los propios socialistas? De esta manera el Partido penetraría en los sindicatos que hasta ahora han sido impenetrables para nosotros... Este debe ser nuestro objetivo; esta debe ser nuestra postura...

Se hizo el silencio.

Castro, mirando a Yagüe preguntó:

–¿Qué opina el Buró Político?

–No ha dado hasta ahora una opinión concreta... ¡Pero la dará!... Pero para no perder el tiempo preparémonos a intervenir... En caso de contraorden no habríamos perdido nada... La preparación de hoy nos serviría para mañana... Porque nada ni nadie podrá impedir el proceso de la revolución que se está operando en las masas y que está creando nuevas posibilidades para nosotros... Para el Partido.

Se fueron todos, menos Yagüe y Castro.

–¿Estás de acuerdo, Castro?

–Estoy de acuerdo en esperar que las huelgas estallen... Después intervenir implacablemente... Es la oportunidad, Yagüe, la oportunidad tanto tiempo esperada.

–Tienes razón, es la oportunidad... Pero un fracaso nuestro cargaría sobre el Partido toda la responsabilidad y salvaría a los socialistas... Y esto no lo perdonaría nunca el Partido... ¡Ni a ti!... ¡Ni a mí!... ¡Ni a nadie!... No olvides esto...

Y salieron.

Y cada uno se fue por su lado, como si en ambos existiera el deseo de quedarse solos, ellos que llevaban años de estar juntos siempre.

«No nos perdonaría».

«No nos perdonaría».

«Ni a ti».

«Ni a mí».

«Ni a nadie».

Le martilleaban estas palabras. Y por primera vez en su vida de militante sintió el miedo, un miedo gigante: el miedo al Partido, ese miedo de saberse ante algo que en nombre de los intereses de la revolución puede calificar de traición un error.

«No nos perdonaría».

«No nos perdonaría».

«Ni a ti».

«Ni a mí».

«Ni a nadie».

Siguió caminando, queriendo ahuyentar el miedo, ese miedo al error, ese miedo al fracaso, ese miedo al Partido que no puede equivocarse, que no debe equivocarse, que no se equivoca nunca... «Lo oyes, Castro, nunca, nunca, nunca»... «Porque el Partido es infalible, infalible ¿o es que te habías olvidado de ello?»

Encendió un cigarro.

«Ni a ti».

«Ni a mí».

«Ni a nadie».

Pensó en los socialistas y se acordó de la araña, de aquella araña grande y negra, paciente, prudente, implacable. «Afortunadamente no he olvidado ni un solo detalle», se dijo. Y sonrió por primera vez en muchas horas. Tiró la colilla del cigarro.

Y continuó caminando bajo el mirar indiferente de la noche.

\* \* \*

–¿Qué ocurre?

–Ha estallado la huelga de los obreros de la construcción.

–¿Qué ocurre?

–Ha estallado la huelga de los obreros metalúrgicos.

–¿Qué ocurre?

–Ha estallado la huelga de los obreros de las Artes Gráficas.

–¿Qué ocurre?

–Se han declarado en huelga los trabajadores de los ramos de la madera y de la aguja.

–¿Y qué dice el gobierno?

–Nada.

–¿Y qué dice Largo Caballero?

–Nada.

–¡Esto ni Dios lo entiende!

España comenzaba a ser una inmensidad plena de rumores y fiebre y la república empezaba a estar enferma de muerte enferma de la misma enfermedad que la primera república: de la impotencia de los mismos republicanos.

A Castro no le importaba esto.

Torralba Beci se lo había dicho muy bien: España está dividida en dos mitades y ninguna de estas dos mitades es la nuestra; le había dicho más: para que nuestro momento llegue, para que llegue la tercera España, es indispensable que estas dos mitades choquen entre sí, que se destrocen mutuamente. Sólo después de este choque, de esta muerte, podrán florecer en España nuestras maravillosas amapolas rojas.

Torralba no era un clásico.

Pero, era un hombre inteligente.

Su idea de la guerra, de una guerra civil a muerte, no hacía más que señalar el mejor camino y el comienzo del camino.

La tormenta se acercaba. Más que verla la sentía. Se figuraba las dimensiones y violencias de ella; se figuraba que muchas ciudades y pueblos se convertirían en escombros, que cientos de miles de hombres acabarían para siempre su vivir, que los

vergeles se convertirían en páramos, que surgirían legiones de huérfanos y de viudas, que árboles añosos se convertirían en cenizas, que España enmudecería de dolor por mucho tiempo. Pero...

Así o nada.

Así o en España jamás nacerían esas amapolas rojas que le hacían figurarse la belleza y el color del incendio, de los incendios de Roma y Moscú.

No existía para él, por tanto, un problema de conciencia ante la proximidad de una gran tragedia nacional. El Partido le había curado a tiempo de ello para evitar que esas pequeñas molestias, tales como la piedad, los escrúpulos, las debilidades, pudieran atenazarle.

Y no es que Castro no quisiera a España. La quería, la quería a su modo: como posibilidad; la amaba porque, aunque no sabía dónde, sabía bien que en España se iba a producir la gran tormenta que la encadenaría a él y a millones de seres, a una nueva vida o a la muerte, agregando además, a la historia del mundo un nuevo y gran hecho. Él sabía bien de los ochenta mil huelguistas, de ochenta mil familias obreras en la antesala del hambre, de que Gil Robles, el nuevo caudillo de la contrarrevolución, se iba acercando al poder; sabía igualmente que los generales fieles a la tradición sellaban con su tradicional remedio lo que ellos habían llamado siempre «salvar a España»; sabía que los socialistas eran estupidez e impotencia; y que los republicanos cada día eran menos y más pobrecillos.

¿Y qué?

Así debía de ser.

Así era conveniente que fuera.

De otra manera no hubiera habido lugar para la esperanza.

\* \* \*

La Casa del Pueblo era un hormiguero humano, sombrío y pasivo... A ella llegaban todas las mañanas Castro y los otros «castros» para fundirse con aquella muchedumbre acojonada, para medir su irritación y su desaliento. Porque solamente en el crecimiento de estos dos estados de ánimo estaba la posibilidad de ellos. Esta vez, contra su costumbre, los maestros de la agitación andaban de un lado para otro en silencio. Y cuando alguien les preguntaba algo, algo que no era más que el buscar de una esperanza, se encogían de hombros y ponían una cara muy triste, angustiosamente triste. Y quien había preguntado se alejaba sin querer preguntar más. En realidad esta actitud no era otra cosa que el destilar la duda, el desaliento...

Una semana de huelga.

Dos.

Tres.

Los huelguistas un poco más flacos... Pero Castro ya no pensaba en esto. Sabía que el momento se acercaba... más... un poco más... «¡Ya!»... «¡Camaradas!»... «¡Ya, por favor, ya!»... Pero los camaradas se limitaban a mirarle y a guardar silencio. Castro no comprendía bien: «¿Por qué?... ¿Por qué?»... Pero no sabía contestarse.

Un día...

Se acercaron a él con cierto aire de misterio. Y mirándole un poco de arriba abajo le dijeron:

«Hoy a las seis en el Buró Político... No faltes».

Y no faltó. Entre otras cosas porque era imposible faltar. Una llamada del Buró Político era una orden que de antemano se sabía que iba a ser ciegamente obedecida. Castro llegó a aquel sótano, en las inmediaciones del teatro Fuencarral, a las siete de la tarde en punto. Llegó acompañado de Muñozguren, un compañero metalúrgico y del Partido con el que había hecho cierta amistad. Ya estaban allí José Díaz, el jefe, pequeño y cetrino, limpio y nervioso; y Antonio Mije, el especialista del Buró Político en cuestiones sindicales; y luego los demás: Arilla, Hernández, González, Bustillo, Gascón...

–Salud.

–Salud.

Y se sentó, Y esperó a que los demás hablaran para saber de qué se trataba.



Habló Mije.

–Los camaradas consideraban que tu intervención en la huelga sería perjudicial. Se te conoce demasiado como comunista y esto podría provocar un reagrupamiento de los que no quieren a nuestro Partido...

–¿Esa es vuestra opinión? –preguntó dirigiéndose a Arillo y González.

–Sí.

–¿Y la vuestra también? –preguntó a Mije y Díaz.

–Sí.

Miró con desconcierto y duda. Pero aquello duró un momento.

–Castro –habló José Díaz–, vale más equivocarse con el Partido que tener razón contra el Partido.

–Entendido.

Y salió de aquella casa lleno de amargura... Él sabía bien que había sido una maniobra de sus «camaradas» del Grupo de Oposición que tenían miedo que la huelga fuera demasiado lejos... Pero se le habían adelantado... Y no le quedaba otra cosa que hacer que esperar...

Esperar el fracaso de los demás.

Fue una espera desesperante. Acudía a la Casa del Pueblo y se fundía con los huelguistas... Escuchaba... Solamente escuchaba... Pero de lo que oía llegaba a conclusiones que le hacían sonreír; los socialistas no eran capaces de ganar la huelga; sus «camaradas» no eran capaces de conquistar la dirección de la huelga.

Esperar.

Qué angustiosa fue la espera.

Cada tarde a las cinco llegaba a la Casa del Pueblo. Escuchaba. Cuando se cruzaba con sus «camaradas» Arilla y González preguntaba:

–¿Cómo va la huelga?

–Bien.

–¿Bien con el treinta por ciento de esquirolas?

Los otros se alejaban mohínos. Castro volvía a fundirse con los grupos. De vez en cuando alguien le preguntaba:

–¿Cómo ves la huelga, camarada Castro?

–Mal.

–¿Por qué?

–Porque llevamos tres semanas de huelga; porque existe más de un treinta por ciento de esquirolaje; porque los socialistas

no saben lo que tienen que hacer y porque nosotros no hacemos nada.

–¿Y qué podemos hacer?

–Obligar a los socialistas a que convoquen una asamblea general...

–Y...

–Allí veremos qué pasa.

Castro presentía que se acercaba su momento. Y cuando se retiraba a donde vivía, se sentaba ante una mesa camilla y a pensar... y pensar... Sobre una hoja de papel iba desarrollando toda su estrategia... Lo hacía con la misma sangre fría que si se encontrara jugando una partida de ajedrez en la que no se ventilara ni tan siquiera el amor propio... Y cada día, cuando se levantaba se hacía la misma pregunta:

«¿Me llamarán hoy?»

Y a la Casa del Pueblo.

Los que se hacían los distraídos días antes se acercaban a él; los que nunca le habían hablado le hablaban cariñosamente; los «camaradas» que pidieron su inhibición le preguntaban hipócritamente su criterio... Él respondía siempre lo mismo:

«Obligar al Comité de Huelga a que convoque una asamblea general».

«Allí veremos qué pasa».

Entre los huelguistas comenzó a cundir la idea de una asamblea general. Y comenzaron a surgir las protestas. Y gente que acudía a la secretaría general del sindicato y preguntaba a un tal Gutiérrez:

«¿Qué opinas, compañero?»

«¿Qué opinas, compañero?»

Gutiérrez que era el secretario general del sindicato agachaba la cabeza y guardaba silencio. Cuando a Castro le contaban la actitud de Gutiérrez sonreía.

«¿Me llamarán hoy?»

«¿Me llamarán hoy?»

Cuatro semanas de huelga... Esquirolaje... Y rumores de que los socialistas iban a decretar la vuelta al trabajo.

«¿Me llamarán hoy?»

–Hoy a las seis de la tarde en el local de la C.G.T.U.

Había más gente que en la reunión anterior: Pepe Díaz, Antonio Mije. Arilla, González, Alberto Hernández, Gascón, Muñozguren y algunos más.

–Salud, camaradas.

Y se sentó.

–¿Qué opinas, camarada Castro, de la situación de la huelga de metalúrgicos?, –preguntó José Díaz.

–No sé mucho, camaradas.

–¿Crees que se puede ganar?

–¿Cómo?

Hizo un esfuerzo y comenzó a hablar. Lo hizo sin prisa ni violencia...

–Primero: creo que hay que desplazar a los socialistas del Comité de Huelga y tomar nosotros la dirección; segundo, creo que hay que comprometer a la C.N.T. aunque tiene poca fuerza en la industria metalúrgica de Madrid para impedir que por su rivalidad con la U.G.T., puedan sabotearla; tercero, creo que hay que acabar en setenta y dos horas con el esquirolaje: cuarto, creo que es necesario organizar una campaña de solidaridad nacional para elevar la moral de los huelguistas.

–¿Y así se puede ganar la huelga?

Una pausa.

–Así... si se obra rápidamente, decisivamente.

–Camarada Castro –comenzó diciendo José Díaz–, si la huelga está perdida y el Partido se apodera del Comité de Huelga, salvaríamos a los socialistas del fracaso y el fracaso se achacaría al Partido.

–Cierto –contestó Castro.

–¿A pesar de ello crees que la huelga puede ganarse?

–Sí.

José Díaz miró a los demás. Pensó unos segundos y después dirigiéndose a Castro:

–Camarada Castro: el Partido considera indispensable tu incorporación a la lucha: el Partido te hace responsable de cuanto ocurra...

Salieron a la calle. Castro sabía que no podía perder tiempo. Que al día siguiente debía comenzar su ofensiva contra el Comité de Huelga; que en unos días ese Comité de Huelga debería dejar de existir; que en esos mismos días debería comprometer a la C.N.T.; y que en este breve plazo de tiempo el esquirolaje debía acabar, al precio que fuera...

–¿A dónde vamos? –preguntó alguien.

–A reunirnos.

Y en la secretaría del Grupo de Oposición Sindical Revolucionaria de Metalúrgicos se reunieron.

–Sólo habló Castro.

«Una consigna, una sola debe convertirse en la consigna central de todos los huelguistas: ¡Por una asamblea general

inmediata!... Y esta asamblea debe lograrse inmediatamente... De la rapidez con que se celebre depende nuestro éxito»...

–¿Y qué haremos en esa asamblea?

«En esa asamblea hablaré yo... Yo acabaré con el Comité de Huelga... Inmediatamente que éste presente la dimisión, el camarada Arilla presentará la candidatura del nuevo Comité: Arilla como presidente, Hernández, González, Gascón y dos o tres simpatizantes nuestros que no sean conocidos como tales y que tengan prestigio profesional y sindical...»

«Cuando se abran los turnos en pro y en contra de la proposición de Arilla, tres compañeros nuestros no conocidos como miembros del grupo tomarán los tres turnos en contra de nosotros y harán una defensa modesta, seria, pero inútil; los otros tres turnos, los tres turnos en pro de la proposición de Arilla, los defenderemos yo y dos camaradas más. Allí mismo debe nombrarse el nuevo Comité de Huelga para evitar que los socialistas se repongan de la sorpresa...»

–Pero tú no podrás intervenir...

–¿Por qué?

–Porque hace ocho días te han dado de baja del Sindicato por no poner el sello de parado.

–Y...

–Que deberá nombrarse otro.

–Yo.

–¿Cómo entrarás?

–El día de la asamblea un grupo de camaradas me rodeará y a una señal avanzarán hacia la puerta, arrollarán a los que controlan la entrada. Una vez dentro no podrán impedirme que hable...

Fueron tres días de angustia y actividad. Castro no se había equivocado. Los huelguistas hicieron suya la consigna entre el temor de perder una huelga ya casi perdida. Y llegó el día de la asamblea. Castro se colocó entre un grupo.

«¡Ya!».

Y arrollaron. Y Castro acompañado de los demás dirigentes de la oposición fue a sentarse en el lado derecho de la sala, a unos cuatro metros del escenario.

Y a esperar.

Los socialistas habían adivinado el peligro. Allí estaba la plana mayor: Pascual Tomás, Wenceslao Carrillo, Mayral, director de la Escuela de Aprendices que tenía una gran influencia profesional, Gutiérrez Trigo... Y distribuidos por la sala los cobradores, los pensionados y todos los socialistas del sindicato...

Comenzó a informar Gutiérrez.



Era mal orador: lento, pesado, balbuceante a veces y ayuno de perspectiva. La gente guardaba un silencio impresionante. Sabía que iba a ocurrir algo, pero no sabía qué... Castro se volvió a Arilla... «Ahora, pide la palabra y propón un voto de censura al Comité de Huelga... Habla lento... Agresivo... No olvides agitar el espectro de la derrota...»

«Pido la palabra».

–El compañero Arilla tiene la palabra.

«Compañeros, llevamos cuatro semanas de huelga. Venimos a una asamblea general ¿y qué nos dice el Comité de Huelga?... Nada... Habla y habla. Pero no habla de cuál es el estado de la huelga, ni el peligro que representa el que cada día aumente el esquirolaje organizado desde la Casa Espuñes, ni nos dice qué debemos hacer... A pesar de todo y no diciendo nada, nos está diciendo de hecho que no sabe qué hacer, nos está diciendo que la huelga está perdida –¿Perdida?... La huelga todavía puede ganarse... Pero puede ganarse con otros hombres que la dirijan...»

El mismo silencio de antes.

«Propongo, pues, un voto de censura al Comité de Huelga y el nombramiento de un nuevo Comité de Huelga».

«Nooooo...»

«Siiiií...»

Los acompañantes de Castro le miraron desconcertados y nerviosos. No era aún el momento que Castro esperaba, porque Arilla no había logrado apoderarse de la gente, pero se dio cuenta que aunque no eran las condiciones que él hubiera deseado no podía esperar mucho.

–Pido la palabra...

En los dirigentes socialistas un gesto de sorpresa. Y una reacción rápida de Pascual Tomás al que había hablado al oído Gutiérrez...

–El camarada Castro no pertenece al Sindicato «El Baluarte»... Pertenece... Pero si trabajó no pagaba las cuotas... Y si no trabajaba y no venía a poner el sello de parado... De acuerdo con los estatutos...

«Que hable Castroooo».

«No».

«Que hable Castroooo».

Aquello era como una tempestad... Castro comenzó a avanzar hacia el escenario... Alguien le ayudó a subir... Lentamente avanzó hacia la mesa y allí se detuvo y comenzó a recorrer con la mirada todo el recinto; mirando fijamente a los que más gritaban, a los que más le insultaban... Había comenzado una guerra de nervios... Algunos de sus compañeros le hacían gesto de que se bajara del escenario... Se notaba parado... La boca seca y la lengua como queriendo

hundirse en la garganta... Se inclinó sobre la mesa y llenó de agua un vaso y se volvió hacia la gente... Y comenzó a beber...

«¡Echarle a ese hijo de...!».

«Agente de Moscú».

Castro miró fijamente a su gente, principalmente a sus compañeros de dirección y sus labios se movieron violentamente, sin ruido... Alberto Hernández comprendió, se puso de pie y comenzó a gritar... Los otros le imitaron... Comunistas y simpatizantes iniciaron la contraofensiva, que era facilitada por el cansancio de los demás...

Y se fue haciendo el silencio.

Hasta que murió el ruido.

Castro notó un temblor en su pierna derecha... Y se sabía pálido... Y se acordó del Partido... Y de las palabras de José Díaz. Y fue tan grande su miedo al Partido que desaparecieron los otros miedos... Y se volvió a mirar a Pascual Tomás... Y le sonrió...

«Camaradas... Cualquiera que hubiese presenciado el espectáculo de hace unos momentos y que desconociera cuanto se está ventilando en esta asamblea podría pensar, lógicamente, que Enrique Castro venía aquí a apuñalar por la espalda la huelga, a entregar a millares de compañeros a la patronal... Tendría que pensar así sobre todo al oír los muchos insultos y no pocas infamias que durante unos minutos se me han lanzado con la mayor inconsciencia y con no menos

impunidad... Hasta el compañero Pascual Tomás tan circunspecto, tan amante de las buenas formas, hombre que casi siempre que habla hace poesía, no ha podido sustraerse a la influencia del medio ambiente y también ha gritado: «Hijo de...», aunque eso sí, lo ha gritado convulso, sonrojado, porque es muy posible que sea hoy la primera vez que de los labios del compañero Pascual Tomás han salido tales palabras...»

Era mentira.

Pero.

Pero la mentira a veces es más importante que la verdad.

«Camaradas...»

«Yo no vengo aquí a apuñalar la huelga».

«Vengo a defender la huelga sin importarme que el Comité me haya dado de baja del Sindicato precisamente hace ocho días, precisamente cuando él había llegado a la conclusión de que la huelga era incapaz de ganarla y de que sobre su cabeza se desencadenaría la tormenta...»

«Sospechoso el momento de mi baja».

«Nada más que sospechoso, compañeros».

«Pero vayamos al grano... ¿Qué nos ha dicho el compañero Gutiérrez? Que llevamos cuatro semanas de huelga lo cual sabemos tan bien como él; que la patronal madrileña no tiene entrañas lo cual no es un descubrimiento del que pueda

sentirse orgulloso el compañero Gutiérrez... Y luego se ha callado como dando a entender que no hay nada que hacer, que hemos perdido una batalla y que debemos esperar mejor ocasión... No lo ha dicho con las palabras que yo lo estoy diciendo, pero no ha dicho ni una sola vez que ganaremos, lo cual demuestra que no tiene confianza en la victoria; no ha dicho que vayan a hacer algo, lo cual muestra hasta la evidencia que no saben qué hacer o, lo que es peor, que no están dispuestos a hacer nada... ¿Quién puede dudar después de esto que este Comité de Huelga es un cadáver y no porque lo haya asesinado Castro, sino porque se ha matado él mismo?... Y cuando se ha callado el compañero Gutiérrez he esperado a que se levantara el compañero Pascual Tomás, secretario general de la Federación Nacional Siderometalúrgica para hablarnos del comienzo de una campaña nacional de solidaridad... Pero, el compañero Pascual Tomás no ha dicho una palabra, a pesar de que sabe que aquí siempre gusta escuchar sus palabras que a veces son poesía, que a veces son música...»

«Y sin embargo, camaradas, la huelga se puede ganar».

«Y la ganaremos».

«La ganaremos siempre que estos hombres se retiren silenciosos y humildemente a la secretaría y nos dejen luchar como se debe luchar». «Necesitamos otros hombres al frente de la huelga».

«Allí tenéis a los hombres que pueden ganar la huelga (y señaló con el dedo a donde estaban sus compañeros). Ellos

ganarán la huelga... Sí... Ellos la ganarán... Ellos y vosotros... ¿Qué de extraño puede pareceos entonces que yo proponga a esos hombres que han visto el peligro de la derrota y que han tenido la valentía de gritar aquí la necesidad de un cambio de hombres...?

«Compañeros».

«La derrota son estos hombres de aquí».

«La victoria son aquellos hombres».

«¡Proponedlos de una vez!».

«Proponedlos y votar!».

Una ovación ensordecedora y prolongada surgió de aquella multitud. Castro abandonó el escenario rápido y gritó a Arilla: «De prisa, sube al escenario y lee la candidatura».

Y Arilla subió.

Y cuando terminó de leer los nombres otra ovación ensordecedora dijo la voluntad de miles de metalúrgicos.

Y la gente se puso en pie.

Y comenzó a salir.

Alberto Hernández agarró a Castro de un brazo. Alberto Hernández quería a Castro entrañablemente. Además, era un hombre bueno: «Vente a casa y cenarás con nosotros»... «No puedo, Alberto, la policía me debe estar esperando... Sólo

quiero que me hagas el favor de prestarme una peseta... No he comido en todo el día... El otro le dio unas monedas... «Diles que mañana a las ocho de la mañana debemos vernos aquí, en la Casa del Pueblo, en la Terraza, mañana hay que tomar posesión y comenzar a actuar».

–Hasta mañana, Castro.

–Salud, Alberto.

Y salió encogido entre grupos de trabajadores que le miraban. Y al pasar por delante de una taberna se metió rápido en ella, se sentó, pidió un vaso de clara con limón e hizo tiempo... Y cuando ya no oyó ruido salió y en la calle de Hortaleza tomó un tranvía...

Estaba preocupado: había comenzado una batalla que había que ganar. Cuando llegó a casa de los Macías se acostó sin hacer ruido. Pero tardó mucho en dormirse. Tenía miedo de que le pudieran detener en los momentos en que más necesitaba su libertad; tenía miedo de equivocarse; tenía miedo al Partido; pero ni podía ni quena retroceder.

El Partido necesitaba una victoria.

El Partido tendría una victoria.

Y se durmió cuando las estrellas comenzaban a esconderse en el día...

\* \* \*

Madrid es una ciudad de tristes despertares.

Se ha hecho mucha literatura, comenzando por Baroja, de los traperos con sus pequeños carros, de los obreros con su tarterilla y el cigarro en la boca, de las tabernas con su café y su aguardiente, de las putas y serenos en retirada, de los mendigos acostados entre papeles y pena, de los señoritos haciendo el amor a la Cibeles... pero, sólo literatura, una literatura de colorido, pero terriblemente superficial.

Porque en ese madrugar de silencio y hielo, de una ciudad entre la noche y el día no hay más que mala leche y miseria.

Los traperos maldicen mientras hurgan en los montones de basura, sus burros se ensucian Sin respeto para las ordenanzas municipales, los obreros se mean en donde no se puede orinar de día, prostitutas y señoritos vomitan sus borracheras ante los pórticos de las iglesias o ante las estatuas de los mejores o peores hombres de nuestra historia, los perros ladran a la gente, los taberneros falsifican café y aguardiente, los bebedores procuran marcharse sin pagar, los serenos blasfeman en voz baja de un contar de calderilla solamente, los mendigos dejan sus piojos y mal olor en los quicios de los portales de las casas de lujo...

Madrid cuando se despierta huele a mala leche y orines, a miseria y golfería.

Es una ciudad de tristes despertares.



Castro abandonó la casa de los Macías y se hundió entre aquellas callejuelas de gentes que muchos días no tenían ni qué cagar, de gentes en entrañable convivencia con piojos, ratas y gatos famélicos. Caminaba sin mirar porque todo aquello lo tenía bien mirado.

Entró en el Metro.

Olía a humedad.

Los vagones estaban fríos y la gente bostezaba y tosía.

Cuando llegó a la Casa del Pueblo eran las siete y cuarto. En los bordes de las aceras los huelguistas señalados esperaban. Era un esperar en silencio. Un espera sin esperanza. Castro se sentó solo en el borde de la acera de enfrente de la Casa del Pueblo. Lió un cigarro, polvo más que tabaco, y la primera bocanada de humo que se tragó le produjo escozor y ganas de vomitar. Escupió y siguió fumando. De vez en cuando miraba a aquellas figuras encogidas en sus trajes azules con remiendos simétricos, de miseria decente, que esperaban. Castro no se dejaba engañar, habían votado el nuevo comité en una reacción desesperada de quien todo lo cree perdido y no le importa un nuevo envite por si estuviera de suerte.

«A las primeras de cambio nos volverán la espalda».

Encendió el cigarro que se le había apagado y empezó a pensar en la huelga. «O tenemos una victoria en cuarenta y ocho horas o perdemos la huelga»... Pero ¿cómo lograr la primera victoria?... Durante algunos minutos no vio la forma, luego tiró el cigarro o mejor dicho lo que quedaba de él,

escupió con rabia y comenzó a frotarse las manos con una alegría incontenible, como aquel que ha encontrado lo que nunca pensaba encontrar.

«Sí».

«O esto o yo, Castro, tendré que responder ante el Partido de una derrota que yo no he creado, pero que no he sabido transformar en victoria».

Cuando vio llegar a Arilla se puso de pie y esperó a que el otro llegara hasta él:

–Salud, Castro.

–Salud, Arilla.

Se quedaron en silencio. Castro le miraba de reojo. «Cómo te alegrarías de mi derrota, cabrón, cómo te alegrarías, pero te vas a amolar. Lo que costará la victoria no lo sé exactamente, pero lo que no sabéis vosotros, es que estoy dispuesto a sacrificaros a todos con tal de ganar: a vosotros los «camaradas prudentes», a la U.G.T., a la C.N.T., menos al Partido, a todos. Si la huelga se gana la habrá ganado el Partido; si la huelga se pierde, ante la gente, la habréis perdido vosotros... Sí... Yo que os defendí ayer no tendré reparos en decir mañana que os faltaron pelotas para dar batalla.

Cuando llegaron los demás subieron en silencio las escaleras, hasta llegar a la terraza.

Alguien sacó cigarros.

Y fumaran.

Luego Castro comenzó a hablar.

«A las nueve, que será cuando lleguen los miembros del viejo Comité, todos tomaréis posesión como nuevo Comité de Huelga; exigiréis que se os entregue todo el dinero del fondo de huelga, porque vamos a necesitar dinero, no sé cuánto pero vamos a necesitarlo...»

«De acuerdo».

«Esta tarde a las cinco vendrá a veros la camarada Julia... Habrá que darle dinero, el que necesite, porque mañana en la noche los transformadores de la Comercial en Hierro, de Casa Jareño, de la Casa Grasett y de otras, deben ser volados. Y dentro de setenta y dos horas tendremos que haber terminado con el esquirolaje... Dentro de setenta y dos horas... No olvidarlo... Porque o tenemos una victoria inmediatamente o la huelga se irá a la mierda».

«De acuerdo».

Castro los dejó allí y regresó a los Cuatro Caminos. Al poco rato se le acercó un muchacho bajito, de boca grande y dientes amarillos, con algo en sus ojos de heroico y repulsivo a la vez.

–Salud. Castro.

–Salud.

Y comenzaron a caminar lentamente por la Avenida de la Reina Victoria. Parecían dos parados que tomaran el sol...

–Esta tarde os darán el dinero.

–Sí.

–Primero haréis un reconocimiento de los alrededores de la fábrica Espuñes... de los caminos de retirada, esto lo primero, los caminos de retirada, y, después, observaréis al organizador del esquirolaje que llega a la fábrica entre las siete menos cuarto y las siete. Tres de vosotros le saldréis al encuentro y los otros tres cubrirán los caminos de retirada de este hijo de zorra por si se diera cuenta y quisiera retroceder...

–Sí.

–Los encargados de matarle seréis vosotros. Tendréis cerca de allí un taxi en macha en el que huiréis, pero que abandonaréis después de un pequeño recorrido para desperdigaros... Previamente, Tomás habrá sacado los billetes del ferrocarril...

–Sí.

–Si el tipo se defendiera e hiriera a alguno de los nuestros, rematar... A uno para que no siga su obra, al otro para que no pueda delatarnos... No puede haber heridos... Solamente muertos...

–Sí.

–Esta tarde manda a la mujer a la Casa del Pueblo. Allí se le dará el dinero.

–¿Armas?

–Las vuestras.

–Hasta la vista, Castro.

–Salud, camarada.

Y Castro regresó a la Casa del Pueblo. Alberto Hernández le dio un poco de pan y queso y unos cuantos cigarros.

A las seis de la tarde una mujer joven y gorda, rubia y un poco sucia, abandonaba la Casa del Pueblo. En un bolsillo de una piel vieja y mugrosa llevaba, un fajo de billetes. Después de perderla de vista, Castro regresó para hablar con Arilla y Alberto.

–Debéis visitar a los de la C.N.T. Es preciso que colaboren con nosotros. Aunque su colaboración sea el no hacer nada, pero tenemos que dar la sensación de que hemos logrado la unidad...

–¿Si piden dinero?

–Dárselo... Pero que firmen un recibo que diga «Para gastos de huelga».

–Será lo mismo, porque no rendirán cuentas –dijo Alberto.

Castro rompió a reír.

–Tú, Alberto, siempre de hombre bueno... ¿No te das cuenta que lo más importante es que no rindan cuentas?

–Eso no está bien, Castro.

–Viejo sentimental... Todavía no has aprendido a saber que el bien y el mal están en íntima relación con los intereses de la revolución... Es bueno lo que es bueno para la revolución, aunque para los demás sea malo. Es malo lo que es malo para la revolución, aunque para los demás sea bueno. Si quieres, una nueva teoría sobre el bien y el mal...

–Desde el punto de vista moral...

–Nosotros, camarada Alberto, no somos morales ni inmorales: somos nosotros... Y créeme que me dolería mucho tener que acusarte ante el Partido de vacilaciones pequeñoburguesas: lo sentiría, créeme, pero, también en este caso lo importante es la revolución y no mi viejo y entrañable amigo Alberto.

En el rostro de Alberto Hernández se reflejó la pena.

La C.N.T. aceptó la unidad y el dinero. Y firmó el recibo.

Castro estaba contento.

A los dos días la prensa publicaba la noticia de importantes explosiones y destrozos en las principales plantas metalúrgicas de Madrid. Al tercer día la prensa hablaba del asesinato en plena calle de uno de los encargados de la fábrica Espuñes. El

cuerpo estaba acribillado a balazos. La prensa hablaba del enañamiento de los asesinos.

Se acabó el esquirolaje.

Un muerto había bastado.

Sesenta días...

Setenta días.

La gente empezó a desconfiar. Para entretenerlos se organizaron caravanas de huelguistas que iban con carritos de mano por los mercados pidiendo solidaridad.

No comían.

Pero no pensaban.

Cuando se tira de un carro sólo se hace fuerza y se blasfema.

Ochenta días.

Y la doble contraofensiva.

La patronal en un intento de romper el frente obrero hizo una proposición a través de los pequeños patronos que se presentaban como «independientes»: éstos aceptaban las peticiones obreras siempre y cuando sus talleres reanudaran las actividades. Socialistas y anarquistas comenzaron a exigir a gritos una asamblea general. Castro se resistía.

Pero tuvo que ceder: los obreros habían comenzado a mirarlo de reojo y a insultarle en voz baja cuando pasaba ante ellos. «Esto se va a la mierda» y dio la orden al Comité de Huelga de convocar a una asamblea general. Noventa días.

El cine Pardiñas era un pequeño infierno de calor y dolor, de miseria e impaciencia. Muchos huelguistas habían acudido con sus mujeres e hijos y de vez en cuando, cuando pasaba un miembro del Comité de Huelga le gritaban: «Camarada. Míralos bien. Se están muriendo de hambre... ¡Los estáis matando de hambre!...»

En el escenario Arilla, Alberto González, Gascón y otros miembros del Comité de Huelga se veían pálidos, nerviosos...

El presidente hizo sonar una campanilla.

Silencio.

Castro desde un palco los miraba.

Detrás de él, José Díaz y Codovila observaban todo: a Castro, al Comité de Huelga, a la masa; y habla Arilla:

«Camaradas».

«La patronal en un intento de romper la unidad ofrece a través de los pequeños patronos, a los que presenta como «independientes» aceptar nuestras peticiones siempre y cuando a cada patrón que las acepte se le permita trabajar... Sin pensar mucho en el fondo de todo esto muchos compañeros han cantado victoria... Y se les hacía y se les hace



incomprensible que el Comité de Huelga haya permanecido impasible».

«Camaradas».

«La reducción de la huelga general a una huelga parcial es la derrota».

«Camaradas».

«A la mierda el Comité de Huelga»... «Cabrones»... «Hijos de... la noche». «Nos habéis engañado».

Castro miraba impasible.

«Una camarada de la C.N.T. pide la palabra».

–Que hableeee...

–Que hableeee...

«Muera el Partido Comunista».

«Viva la C.N.T.».

«Camaradas... En nombre de la gloriosa C.N.T., quiero decir que este Comité de Huelga nos lleva a la derrota. Nos lleva a la derrota por su inmovilidad, por su impotencia, por su cobardía... Porque es necesario que se sepa de una vez que las explosiones que han entristecido el cielo de Madrid, que los disparos que han acabado con la traición no son obra de ese Comité que preside esta asamblea... La gloriosa C.N.T., una vez más y a través de la acción directa, ha comenzado a hacer que

la patronal sienta miedo y que muchos patronos estén dispuestos a pactar...»

«Viva la C.N.T.».

«Mueran los comunistas».

«A la mierda los hijos de Lenin».

A medida que aumentaban los gritos, el Comité de Huelga se encogía más y más. Hubo un momento en que sólo era un espectador.

–Te lo advertimos, Castro –le habló José Díaz al oído.

–¿El qué?

–Que si la huelga era un cadáver lo más lógico era enterrarla... Sólo a un loco o a un irresponsable como tú se le ocurre resucitar muertos.

–¡Entonces! ¿Esto es un cadáver?

–Sí.

Castro comprendió el significado de aquellas palabras. Para el Partido, para un partido que no aceptaba ni perdonaba los fracasos, la huelga comenzaba a adquirir los perfiles de una gran derrota en la que aparecían como responsables los comunistas.

Y se figuró todo.

Una reunión con el Buró Político, la acusación de irresponsabilidad e incapacidad. Y luego la autocrítica, un mea culpa angustioso e interminable. Porque siempre, siempre había que salvar al Partido aunque fuera necesario sacrificar a Castro, a mil castros, a cien mil castros, lo que no era un sacrificio, sino simplemente un servicio más al Partido. Y luego una sanción que a veces convertía a un hombre en una ruina moral y fuera del Partido para siempre, por haber cometido el gran pecado de haber comprometido al Partido, de haberle mezclado en una derrota, de haber puesto en tela de juicio ante millares de trabajadores, la infalibilidad del Partido. Ya una vez había sido sancionado por el fracaso de una manifestación que Vicente Uribe le obligó a realizar en el Paseo de la Castellana en donde la policía y los Guardias de Asalto se cebaron materialmente sobre los manifestantes...

Fue enviado a trabajar a los pueblos de la provincia de Madrid.

Ni dinero ni plan.

«Trabaja». «De los resultados de tu trabajo depende que el Partido cambie de opinión respecto a ti».

Y unas direcciones y una palmada en la espalda.

En estas andanzas conoció a Valentín González «El Campesino». En un pueblecito pequeño y limpio: Fuente el Sanz, en donde aquél estaba como contratista de unos caminos vecinos.

Llegó por la noche en una bicicleta que le había dejado un miembro del Partido. Dos kilómetros antes de la entrada del pueblo le esperaba «El Campesino». Hacía frío y luna. Cuando se apeó de la bicicleta le dolía todo el cuerpo. Y tenía hambre.

–¿Eres Castro?

–Sí.

–Ven por aquí... Y no hagas ruido. Lo mejor sería que te cargaras la bicicleta.

Castro se la cargó sobre la espalda y preguntó:

–¿Por qué?

–La Guardia Civil ha debido saber de tu llegada... Mi casa está vigilada. Y por el momento no puedes entrar en el pueblo.

Fue media hora de andar.

Y de tropezar con ramas. Y de hundirse en los surcos. Y de ahogar las blasfemias por si el eco era escuchado. Luego vio a lo lejos unas tapias blancas. Y unos cipreses inmóviles. Y una puerta de hierro. La puerta se abrió unos segundos antes que ellos llegaran:

–Salud, camaradas.

Y entraron.

Y como en todos los cementerios, cruces y lápidas. Y un olor extraño a gentes y flores muertas.

–Aquí tendrás que dormir.

–Y esperar hasta que vengamos por ti.

Y le dieron una manta que olía a viejo. Y en un rincón, resguardándose el relente, extendió su manta sobre el suelo.

–¿No tenéis unos cigarros?

–Sí.

–Pero ten cuidado al encender... La Guardia Civil sabe que los muertos no fuman.

La luna alumbró tres sonrisas.

Y se fueron.

Castro se tumbó. Y fumó, Fumó mucho. Y entre frío y hambre vio llegar el día. Y a esperar. Fueron muchas horas esperando. Hasta que llegó la noche otra vez. En este tiempo sólo se movió de su sitio tres veces: para mear y para acercarse a la puerta de hierro y mirar sin ver más que campo y a lo lejos, entre árboles y pequeñas columnas de humo de las chimeneas, los tejados de las casas. Tenía hambre y sed. Para entretenerse se metió una pequeña piedra en la boca y comenzó a chuparla para hacer saliva. Luego la escupió con asco. «Sabe a muerto». Y se tumbó otra vez. Y comenzó a pensar: «Sería curioso que ayer se hubiera muerto alguien»... «¿Qué ocurriría?... «¡Bah... No creo que fuera difícil convencerles de que vine a desvalijar a los muertos»... Pero no llegó a sonreírse. Se acordó del Partido: «Otro fracaso sería definitivo... El Partido sólo da una

oportunidad». Se acordó de Uribe, del verdadero responsable de aquel fracaso del que le culparon a él: «Hijo de... Hijo de... ¿Por qué no dijo que fue él quien eligió el lugar y la hora?... Pero ¿por qué no lo dijiste tú?... Yo no podía... Acusar a un miembro del Buró Político era más grave de lo que fue para los ángeles su rebelión contra Dios»... Pasó a otra cosa: «Sí, primero debo reunirme con estos camaradas, hablarles de su tarea; después deberé utilizarles como enlace con los otros pueblos para poder ampliar mi trabajo con posibilidades de éxito».

Se encogió.

La puerta de hierro se abrió lentamente.

Primero vio la figura encogida del sepulturero, después la de «El Campesino» y el blanco de sus ojos y sus dientes que le hizo pensar en un lobo disfrazado de hombre.

Volvieron a cerrar la puerta.

«Los camaradas te esperan».

«Síguenos... Procura pisar firme y despacio para no hacer ruido. Si acaso perdieras pie y te fueras a caer, déjate caer sin gritar, sin decir nada... Hasta las maldiciones en voz alta están prohibidas ahora».

Y salieron. Y comenzaron a andar despacio. Castro los observaba. No miraban al suelo sino a todos los lados y lejos. Y andaban sin hacer ruido, como si las hierbas y arbustos se tumbaran o apartaran a su paso. Cerca del pueblo se

detuvieron. Ellos se echaron en el suelo. Él los imitó. Y los tres a mirar. Hasta que los vieron. Los vieron por el brillar de charol de sus tricornios y por sus sombras que se alargaban o encogían, Y por el miedo que expandían que parecía inmovilizar el viento, detener el tiempo. Era la Guardia Civil eternamente enferma de insomnio.

«Van al cuartelillo».

«Sí».

«Es la hora del relevo».

«Sí».

«El Campesino» se puso en cuclillas. Y el otro. Y Castro. Y luego, más rápido que antes, entraron en el pueblo. Tenían el oído de las fieras. A veces tiraban de Castro y le hundían en el quicio de una puerta y siempre buscando las sombras. Algunos perros comenzaron a ladrar.

«Corriendo».

«Pero corre de puntillas, Castro».

Y corrieron metiéndose por aquellas callejuelas, que parecían los restos de una pequeña ciudad muerta. Hasta que llegaron a un portón de madera que «El Campesino» empujó. Y ya dentro se detuvieron y respiraron fuerte. Después de un momento «El Campesino» pegó el oído a la puerta y escuchó. Nada. Sólo de vez en cuando el ladrar de algún perro o el rebuznar de algún

burro enfermo de amor. Y el rumor casi imperceptible de los árboles mecidos por el viento.

Y pasaron dentro. Y delante de una chimenea con brasas y reflejos, Castro divisó unas sombras acurrucadas.

–Salud, camaradas.

–Salud.

Y se sentó. La mujer de «El Campesino», menudita y seria, le trajo un poco de pan y queso. Y un vaso de vino. Y comió y bebió. Y luego comenzó a hablar hasta poco tiempo antes del amanecer, en que volvió a la soledad de los muertos, a contemplar el cielo y los cipreses.

Después de varios días salió a otros pueblos.

Y a otros.

Y a otros más.

Y en todos lo mismo.

Y así seis meses escondido en el campo durante el día, viviendo la noche como las estrellas. Pero su balance crecía: más comunistas, más huelga. Y en algunos sitios incendio de cosechas. Y menos hombres a escuchar al cura esos domingos en que en todos los pueblos de España, todo el mundo, quiere ponerse a bien con Dios. Y un odio agazapado en el interior de cada hombre que crecía como una cosecha salvadora Seis meses de trabajo y de acoso. Sabiendo siempre que el Partido



le estaba mirando; aislado de todo, pero unido por vínculos invisibles al Partido. Y muchos días de figurarse la cabeza de José Díaz inclinada sobre su balance; y de creerse que le veía sonreír y frotarse las manos; y soñando con que el error había sido perdonado...

«Ven».

Y salió en la noche ya, sobre aquella bicicleta que había conocido tantas tierras y tantos hombres.

Entró en Madrid muy avanzada la noche. La luz de la ciudad le cegó al principio. Cuando entró en Tetuán de las Victorias aminoró la marcha. Y cuando pasó ante una pareja de la Guardia Civil que le miraba, la miró con gesto inocente y dijo:

«Buenas noches».

«Buenas noches».

Y llegó hasta la pequeña casa en la que le dejaban dormir sin pagar.

Y después de seis meses se durmió cerrando los ojos, sin ver el cielo y la noche. Aunque a veces le parecía estar viendo ante sí brillo de tricornios y el mirar de ojos que calaban hasta el alma: la Guardia Civil.

Y se acordó de todo esto, mientras sentía sobre sus espaldas el mirar de José Díaz y de Codovila, el hombre de la Internacional Comunista. Y se levantó en silencio, sacó medio cuerpo por encima de la balaustrada y gritó:

«¡Castro pide la palabra!».

El ruido se hizo ensordecedor. Arilla agitaba la campanilla. Gritaba. Alzaba los brazos reclamando silencio. Y la «masa» comenzó a reducir sus gritos. Y cuando se hizo el silencio Arilla gritó:

«El compañero Castro tiene la palabra».

Tenía detrás a Pepe Díaz, a Codovila.

«Y voy a ser muy breve... ¿Cuál es el balance de estos noventa días de huelga? Os lo voy a decir con la mayor claridad: no hay esquirolaje y la patronal comienza a tenernos en cuenta. Hace dos meses había un treinta por ciento de esquirolaje y la patronal no nos hacía ni caso. Estaréis de acuerdo conmigo de que entre el ayer y el hoy existe una pequeña diferencia, pequeña si queréis, pero una diferencia a nuestro favor. Y esta diferencia a nuestro favor es obra del Comité de Huelga que tenemos ahí. ¿Qué se necesita entonces para ganar la huelga? Seguir en la actitud actual, ser intransigentes, mantenernos unidos, no aceptar que nuestra gran huelga general pierda volumen y se convierta en una huelga parcial, en una caricatura de huelga. Si aceptáramos que tal cosa ocurriera dividiríamos a los metalúrgicos de Madrid en hombres que trabajan y en hombres que no trabajan; en hombres que comen y en hombres que no comen. Aun contra nuestra voluntad se produciría un fenómeno monstruoso: los que no comieran empezarían a odiar a los que comieran... ¿Y cuál sería el final de este desdichado proceso?... Que comenzaría la «debacle»: la entrada aislada de los

trabajadores a fábricas talleres, ya sin pliego de condiciones, solamente con hambre y con la vergüenza de la derrota sobre la espalda...

¿Es esto lo que queréis?

Si lo queréis así será, pero no será con nosotros, con ese Comité de Huelga ahí, en el escenario; será con los integrantes de ese Comité de Huelga aquí para gritar con toda la fuerza de nuestros pulmones a los partidarios del armisticio lo que ya debiéramos de haber comenzado a gritar hace tiempo: ¡Traidores!».

Silencio y millares de cabezas mirando a Castro.

«Ahora quiero hablar de otra cosa... Ha sido un camarada de la C.N.T., con verbo pleno de emoción el que se ha levantado aquí para acusar al Comité de Huelga de incapacidad y lo que es peor aún: de cobardía... Muchos ojos se han empañado cuando nos gritaban que la gloriosa C.N.T., había sido al alma de las explosiones, el brazo justiciero contra la traición... Y no sé, perdonadme mi falta de memoria, cuántas cosas más...»

Silencio.

«Pero, desgraciadamente, no ha sido así».

Un rumor de millares de gargantas se deja oír.

«No ha sido así, camaradas representantes de la gloriosa C N. T... Y voy a demostrarlo con unas preguntas al camarada Arilla, Presidente del Comité de Huelga».

–Camarada Arilla ¿quieres decirnos cuánto dinero dio el Comité a la C.N.T., para que participara en la lucha contra el esquirolaje y contra los esquiroles?

–Tres mil pesetas.

–¿Te dieron un recibo los camaradas de la C.N.T., por esa cantidad que les entregaste?

–¡Sí!... Y aquí lo tengo.

–¿Te han rendido cuentas los camaradas de la C.N.T., de cómo han empleado esas tres mil pesetas?

–No.

«Camaradas huelguistas... Si los camaradas de la C.N.T. hubieran volado los transformadores de Casa Jareño, de La Comercial en Hierro y de otras muchas más fábricas y talleres, le hubiera sido fácil justificar el empleo de ese dinero... Si los camaradas de la C.N.T. hubieran sido el brazo justiciero contra el organizador del esquirolaje, les deberíamos dinero... Pues por muy barato que nosotros hemos hecho todo eso, la cantidad gastada ha sido mucho mayor que la que entregamos a la C.N.T.».

La gente sólo mira y escucha.

«Yo puedo decirnos camaradas de la C.N.T., qué día y a qué hora han estallado cada una de las bombas que han estallado en Madrid durante estos últimos sesenta días... Yo puedo decirnos el precio de cada una de ellas y puedo decirnos, además,

que mucha de la dinamita empleada fui yo quien la introdujo en la Casa del Pueblo por estar seguro de que la policía no se atrevería a hacer un registro».

–Y...

«Yo puedo decirlos también a qué hora cayó el organizador del esquirolaje, el calibre de las pistolas empleadas y puedo leerlos un telegrama recibido ayer en el que los que realizaron ese acto, no diré heroico, pero sí necesario, me dan cuenta de haber pasado la frontera».

«¿Por qué los camaradas de la C.N.T., han querido presentarse como unos héroes?... Honradamente no lo sé... Aunque sí sé que son unos héroes, pero, camaradas huelguistas, también los héroes duermen la siesta de vez en cuando».

«Sigue. Castro, sigue».

«Creerme si queréis creerme... La huelga ya no puede durar. Y no durará... Pero la huelga no terminará como muchos creáis al llegar a este local... La huelga terminará con nuestra victoria. Eso nos obliga a dar un voto de confianza al Comité de Huelga que ha sabido resucitar un cadáver».

Y la gente comenzó a salir.

Castro se precipitó entre aquel río humano para huir de Santamaría y sus esbirros convertidos en verdaderos perdigueros.

Cien días.

La huelga ha terminado. Los metalúrgicos han conquistado en una lucha heroica la jornada de cuarenta y cuatro horas, y otras cosas más... El Comité de Huelga se disolvió presentando previamente sus cuentas y nadie, ni los especialistas en irregularidades administrativas pudieron acusarles de que faltaba un céntimo.

Sólo...

Sólo no pudieron justificar el empleo de tres mil pesetas que entregaron al Comité de la C N. T.

Días después, Castro se encontró en la redacción de «Mundo Obrero» con José Díaz.

–Hola, Castro.

–Hola, Pepe.

–Habla con Mije... Te hemos nombrado secretario de organización de la Federación Nacional de los Grupos de Oposición Sindical Revolucionaria... El Partido te ha fijado un sueldo para que te dediques sólo y exclusivamente a este trabajo... Desde hoy, no lo olvides, eres un revolucionario profesional al que la revolución da de comer para que sólo vivas para ella...

–Gracias, Pepe.

Abandonó la redacción de «Mundo Obrero» y se dirigió hacia Tetuán de las Victorias. Entró en la casa sin hablar a nadie. Y vestido se dejó caer en la cama. Y durmió hasta que el hambre comenzó a hacerle daño en el estómago, hasta que se dio cuenta una vez más que la huelga se había ganado, de que el Partido había vencido.

Luego recordó:

La huelga de los obreros de la construcción la habían perdido los socialistas; la huelga de los obreros de la madera la habían perdido los socialistas; la huelga de los obreros de las artes gráficas la habían perdido los socialistas; la huelga de los trabajadores de la aguja la había ganado el Partido; la huelga de los obreros metalúrgicos la había ganado el Partido.

Cien comunistas habían derrotado a la patronal de las industrias del vestido y siderometalúrgica; y al Partido Socialista; y a la C.N.T.

«Oíd, camaradas!».

«El Partido Socialista es la derrota... ¡El Partido Comunista es la victoria!».

«Gritadlo».

«Ni un solo obrero madrileño debe dejar de escuchar esto mil veces... No nos importa si se les saltan los tímpanos... ¡No importa!... Lo importante es que crean que sólo el Partido Comunista es el Partido de la Revolución y de la victoria».

«¡Gritad!».

«¡Gritadlo, camaradas!».

«Sólo el Partido».

«El Partido... El Partido... El Partido...»

«No pensar... No pensar si lo que el Partido os dice no es verdad. Si no es verdad hay que convertirlo en la verdad de todos... Lo manda el Partido... Lo exige la revolución».

–No dejar que piensen...

–Pero.

–Nada de «peros», camaradas... Que escuchen... ¡Que escuchen solamente!

Era inútil que la policía mantuviera cerrados los locales del Partido, suspendiera su prensa y acosara a sus militantes. El Partido había encontrado la forma de romper el silencio que querían imponerle, de hablar cada día, a pesar de la clandestinidad a millares de trabajadores...

Mucha gente se reía cuando oía hablar de los «mítines relámpago» de los comunistas.

Pero ¿qué sabían estas gentes?

Los «mítines relámpago» consistían en la formación de grupos de tres militantes; un orador y dos para la vigilancia y protección de aquél. A cada uno de estos grupos se le



designaba una fábrica o taller. Y a la salida del trabajo de los obreros éstos se encontraban con un hombre subido en un farol o encaramado a una ventana que les hablaba tres o cuatro minutos rápida y concretamente sobre sus problemas inmediatos, sobre la situación política y las consignas del Partido...

Luego, antes que pudiera llegar la policía, la huida.

Mil comunistas podían dar en un día trescientos treinta y tres mítines relámpago, en trescientos treinta y tres lugares de trabajo que escucharían miles de trabajadores.

Cada grupo de éstos recibía con anterioridad una información precisa del lugar de trabajo en donde tenía que actuar. Proporcionaba esta información a un miembro del Partido que trabajaba allí, o un simpatizante o cuando no había ni lo uno ni lo otro era un miembro del Partido de la barriada que a través de conversaciones con los obreros de aquel taller o fábrica, ante los que se presentaba como un hombre que busca trabajo, sacaba la información necesaria...

Muchas gentes se reían cuando oían hablar de los «mítines relámpago» de los comunistas.

Pero...

Los comunistas se hacían oír; y los obreros escuchaban más a los que hablaban en voz alta que a los que murmuraban.

El Partido Comunista...

El Partido Comunista...

Sin ser una gran fuerza numérica parecía serlo... La mentira se mostraba a todos como una gran verdad.

El «bluff» era un arma.

Maravillosa.

Terriblemente maravillosa.

\* \* \*

La gran máquina estaba montada. Cada hombre era una pieza sin otro vínculo con las demás piezas que su función diaria. Era una gran máquina cuyas refacciones las fabricaba cada día y en gran número la desesperación de los desesperados.

Moscú estaba contento.

España tenía ya su máquina de hacer revoluciones.

A veces Castro sentía el cansancio de un trabajo sin tregua.

Pero...

Él era un revolucionario profesional. Él era ya una pieza importante. Y superaba la fatiga porque sabía bien, muy bien, que una pieza que no sirve se tira, se convierte en chatarra, en nada... Lo sabía bien... Y estaba de acuerdo con esta fórmula

del Partido, brutal y heroica al mismo tiempo: el militante comunista es como un limón; se le exprime hasta que no queda dentro ni una gota de jugo, después...

Después se tira.

Se quedó un momento pensativo. Luego rompió a reír con una risa bronca y cínica a la vez.

«¡Ja!». «¡Ja!».

«¡Ja!... ¡Ja!... ¡Ja!... ja. ja... jaaaa!».

Tomó aliento.

«¡Ja!... ¡Ja!».

Y no pudo más. Rompió a toser. Y tosió durante un rato. Luego sacó el pañuelo y se limpió los ojos.

Y otra vez a pensar en lo mismo.

Y se figuró al Partido, con unas manos enormes y en sus manos un hombre, muchos hombres, millares y millares de hombres a los que estrujaba fuerte y lentamente... Y...

Y después los iba arrojando a un lado del camino, al mundo de la chatarra humana sin llanto en los ojos y sin pena en el rostro, como si sólo viviera para tener entre sus manos a un hombre, a muchos hombres, a millares de hombres a los que en su estrujar iba estrangulando en nombre de la revolución.

Pero los comunistas no tenían tiempo para detenerse a contemplar esas manos gigantescas, ni para detenerse a mirar tan siquiera el Partido-máquina. Ni para contar las piezas que cada día se desgastaban o se rompían... ¿Una pieza desgastada?... ¡Pronto, pronto, otra, otra nueva!... ¿Una pieza rota?... ¡Pronto, pronto, camaradas, otra, otra nueva, que la máquina no puede dejar de vivir!

Las piezas eran hombres.

Pero ¿qué importaban?... Lo importante es que la máquina siguiera funcionando... Que la revolución siguiera avanzando...

Sí.

Pero...

Las piezas eran hombres...

¿La eran?... ¿Lo eran?... Sobre esto Castro no pudo pensar. O no quiso pensar, que al fin y al cabo era lo mismo.

## Capítulo XII

### LOS PEQUEÑOS HOMBRES

Segundo gobierno Azaña. 11–12 de enero de 1933: Casas Viejas. Veinte muertos y ningún herido porque a los heridos se les remató para que no contaran lo que habían visto. La Guardia Civil sigue siendo más Guardia Civil que nunca. El gobierno Azaña muere –como dijo un gran definidor–, de «Casas Viejas». Era verdad. A Azaña a pesar del respaldo del Partido Socialista Obrero Español, se le había perdido el respeto. Y surge la obstrucción de las Cortes, obstrucción que ya no integran solamente las fuerzas antirrepublicanas, sino que encabezan hombres tan republicanos como el mismo Botella Asensi. Cuando Azaña contesta a Botella Asensi en el debate de Casas Viejas, Azaña ya no es Azaña: es una sombra que se afana desesperadamente al poder para no volver a ser nada.

Y muere el segundo gobierno Azaña.

Tercer gobierno Azaña– Don Niceto Alcalá Zamora, el Judas en una larga cena sin apóstoles llevó las consultas hasta el límite de lo posible. Fueron cinco días de rutina, de cansancio y

de falta de originalidad. El Partido Socialista aconsejó un gobierno como el anterior, con Azaña a la cabeza; Lerroux un gobierno de amplia concentración republicana sin los socialistas; Maura gobierno republicano sin socialistas; Castriño un gobierno sin socialistas; Botella Asensi que deberían gobernar los socialistas apoyados por Izquierda Republicana, pero asumiendo la responsabilidad un primer ministro socialista; Melquiades Álvarez un gobierno republicano; Ortega Y Gasset y Marañón no supieron muy bien qué aconsejar, porque ya la república les había comenzado a parecer una cosa triste; y Unamuno pedía la disolución de las Cortes... Se encarga de formar gobierno a Julián Besteiro que declina el encargo; se encarga de formar gobierno a Prieto; y Prieto, a pesar de los deseos que tenía de ser primer ministro, tiene también que rechazar el encargo con gran pena de su parte y por la oposición del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores. Y quizá con ello se pierde la última posibilidad de evitar la guerra civil. Porque Prieto, más republicano que socialista y con más sentido común que la mayoría de los políticos de esos partidos hubiere buscado un punto de transición, la posibilidad para encadenar de nuevo la vida política española en el parlamentarismo y en el tradicional «ir tirando». ¿Mejor?... ¿Peor?... Pero el Partido Socialista no quiso. Prefería gobernar a hombros de los republicanos. Era una jugada miserable, cobarde, pero creía que era un jugar sin riesgo de perder. Se encarga de formar un gobierno a Marcelino Domingo y renuncia el encargo a las pocas horas de haberlo recibido...

Y Azaña forma su tercer gobierno.

Pero, tanto Manuel Azaña como los socialistas sabían que la agonía de la segunda república era una realidad; sabían también que con la agonía de la segunda república moriría el monopolio político de socialistas y azañistas, monopolio que había sido y seguía siendo el cáncer de esta segunda y desdichada república.

Y ellos querían poder y poder.

Aunque no les sirviera más que para jugar a la democracia y a la revolución.

Y tomó estado parlamentario el Proyecto de Ley Electoral.

Y surgió el debate.

\* \* \*

¿Qué era esta Ley Electoral?

Ossorio y Gallardo –«...Romero Robledo decía lo mismo que el señor Azaña. (El jefe de gobierno: pero yo no soy Romero Robledo). Y yo quiero que nadie se lo recuerde a su señoría. (Azaña: me lo recuerda su señoría). ¡Claro!, porque su señoría me da pie. Todo el que ha abusado de su sistema electoral, en la ley o en la práctica, ha dicho que defiende el derecho de las mayorías; pero ¿qué es lo de Italia sino eso? Porque de ese ejemplo es del que no se puede el gobierno zafar tan fácilmente. ¿Qué es lo de Italia? «¡Viva la mayoría!». La que yo,

gobierno, regule con una ley hecha a la medida. Eso es lo que no queremos...»

Botella Asensi –«...Por amor a los principios democráticos, han expresado aquí muchos diputados una gran devoción por el sistema proporcional; pero ante los inconvenientes que a su juicio tiene, se ha visto que una gran mayoría opta por el sistema que sirve de base al dictamen. Pero este sistema, señores diputados, habréis de comprender que sólo puede aceptarse como sistema democrático, a base de respetar las minorías. Sin el respeto a las minorías, el sistema que sirve de base al dictamen, no es un sistema democrático, no es un sistema propio de esta república; es, por consiguiente, un sistema inadmisibile...»

Pero...

Se aprobó la Ley Electoral.

Así lo quisieron los socialistas. Así lo quisieron también los azañistas, que Izquierda Republicana ya se había enterrado en su membrete, para que floreciera en toda su monstruosidad el fulanismo.

\* \* \*

23 de abril de 1933 –Elecciones para renovar una parte de los concejales. Resultados: 5.048 candidatos ministeriales; 10.893 de la oposición. Azaña habla de los «burgos podridos». Y como siempre que hace una frase que le suena bien se frota las



manos lleno de satisfacción y se hace el sordo a los gritos de la opinión pública... Y llegan las elecciones para vocales del Tribunal de Garantías elegidos por los ayuntamientos... Y la oposición saca casi el doble de votos que los candidatos del gobierno.

Y muere el tercer gobierno Azaña.

Y nace el gobierno Lerroux.

Y muere el gobierno Lerroux.

Y forma gobierno Martínez Barrios que disuelve las Cortes y convoca a nuevas elecciones para diputados...

Y ya...

\* \* \*

La correlación de fuerzas en relación al 12 de abril de 1931 había sufrido profundos cambios: el 12 de abril de 1931 las fuerzas monárquicas o conservadoras están en plena descomposición y en retirada; ahora están reagrupadas con una nueva moral y dispuestas a la lucha. El 12 de abril de 1931 el Partido Socialista estaba unido en un gran objetivo nacional; hoy está desunido y muy lejos de expresar y representar la voluntad de las masas trabajadoras. De 1931 a 1932 los elementos republicanos se agrupan en dos grandes partidos: Izquierda Republicana y el Partido Radical Socialista; hoy el Partido de Izquierda Republicana está en plena decadencia

porque el hombre que era su verbo y su sexo empieza a no ser nada; el Partido Radical Socialista está frente a toda conjunción de Izquierda Republicana y Partido Socialista Obrero Español por considerarla mortal para la joven república. El 12 de abril de 1931 el Partido Radical, a pesar de todo, era un punto de apoyo del nuevo régimen; hoy está materialmente deshecho y sus escombros empiezan a ser recogidos por la C. E, D, A... Ayer había una Agrupación al Servicio de la República que era freno o impulso; hoy la Agrupación al Servicio de la República se encuentra divorciada del nuevo régimen...

La C.N.T., está contra la segunda república por considerarla que en su impotencia renovadora se ha convertido en la prolongación del ayer.

La clase media, ayer cansada de la monarquía, comienza a estar aburrida de la república.

\* \* \*

Don Niceto Alcalá Zamora supo elegir el momento.

Y Diego Martínez Barrios se ofreció a ser el brazo derecho del cacique de Priego y lo fue. Y por si esto fuera poco, este Martínez se convirtió en el barrendero de un camino que nadie ignoraba a dónde conducía.

\* \* \*

España estaba preñada de período electoral. Y lo de siempre: los de antier, los de ayer: hombres envejecidos y programas viejos. La falta de originalidad impedía una rectificación y paría otra frustración...

Unos—Yo soy para España la lotería nacional... Otros—Yo soy el premio gordo...

«¡A votar!».

«¡A votarrrrr!».

«¡A votarrrrrrrr!».

Y todos, menos La Confederación Nacional del Trabajo, se dispusieron a votar.

Todos.

Hasta muchos muertos.

\* \* \*

El Partido Comunista estaba contento. Estaba contento porque un alzamiento de la contrarrevolución podría precipitar la revolución.

Dialéctica.

\* \* \*

Ya...

Derechas: 212 diputados

Centro: 169 diputados.

Izquierdas: 98 diputados.

El Partido Comunista logró ¡por fin! su primer diputado; el doctor Bolívar. Porque Balbontín fue un diputado heredado del Partido Social Revolucionario, que murió de una muerte hábilmente preparada por el Partido Comunista. Sí, Balbontín no era un diputado comunista, era simplemente un pájaro cantor amaestrado y al servicio del Partido. Él, como muchos intelectuales españoles. fue traído al Partido Comunista porque éste era una fuerza, no por su fuerza, sino por la presencia de la Unión Soviética y no porque supiera muy bien lo que era el Partido Comunista; fue atraído por la revolución como muchos intelectuales, no porque supiera lo que era una revolución «Made in URSS», sino por romanticismo de una parte y de otra por un resentimiento escondido pero vivo contra España a la que no perdonaban haberles parido tan poca cosa.

El Partido despreciaba a los intelectuales.

Aunque les halagaba.

Para el Partido eran simplemente compañeros de viaje que inexorablemente tendría en un momento dado que arrojar a la cuneta. Porque el Partido guardaba como una prueba para una

futura condena el origen, la clase a que pertenecían. Y en un momento dado éste era el pecado de ellos; no haber nacido entre la miseria, no haber vivido en la miseria. Ellos no se daban cuenta jamás, no se daban cuenta que el Partido era un Partido de clase: de la clase obrera y nada más que de la clase obrera y de sus aliados los campesinos. Castro recordaba a muchos intelectuales que habían pasado por el Partido. Eran gente muchas de ellas de mucho saber a las que después de una breve utilización el Partido arrojaba de su seno calificándoles de pequeños burgueses, de románticos, de tontos, de oportunistas, cuando no de agentes de la burguesía por razón de su origen o de su condición social. Como si el nacer aquí o allá, abajo o arriba, no fuera esencialmente una cuestión de azar.

Pero...

Pero a los intelectuales los halagos iniciales del Partido los enloquecía. Porque el Partido sabía y sabe elogiados, halagar su vanidad, envenenarlos de ambición, estrujarles la mente y el bolsillo a cambio de dos o tres títulos que al Partido no le costaban nada: «intelectual honrado»... «brillante defensor de los intereses del pueblo»... «hombre progresista»... Y muchas cosas más, todas ellas fáciles de decir y baratas.

Posiblemente el único intelectual que mejor comprendió al Partido, que no se dejó engañar por el Partido, al que no envilecieron los halagos, el que no sacrificó su libertad de pensamiento, el que fue la dignidad frente a la indignidad fue: Ramón J. Sender.

–Uno.

Los demás, los Alberti, los Herrera Petere, los Garfias, los Roces, los Rejano, los Benavides, los del Vayo y muchos otros más que haría la lista muy larga no fueron ni son más que juguetes convertidos en excelentes celestinas, que ayudaban al Partido en su tarea de intoxicar a un pueblo de rencor y de ansias de venganza.

\* \* \*

El triunfo de las fuerzas conservadoras en las elecciones de noviembre de 1933 planteaban ante España estas preguntas:

–¿Qué harán las derechas en el poder después de su derrota de 1931?

–¿Qué harán las izquierdas en la oposición?

\* \* \*

Las izquierdas miraban a don Paco.

Don Paco era don Francisco Largo Caballero, hombre honesto, buen marido y buen padre. Había llegado a la dirección del Partido Socialista, como muchos empleados llegan a jefe de negociado: por antigüedad. Pero este don Paco que era un gran burócrata obrero no sabía nada de la

revolución, ni de qué era ni de cómo hacerla. A la gente le dio por llamarle el Lenin español, lo que era un sacrilegio y una estupidez aparte de ser una ilusión desesperadamente creada. ¿Se lo creyó don Paco?... ¿No se lo creyó?... ¡Vaya usted a saber!

¡Pobre hombre!

El triunfo de la reacción le había colocado en una terrible disyuntiva: o aguantarse como en 1923–1930, o no aguantarse y hacer la revolución.

Pero...

¿Cómo hacer la revolución?

Posiblemente, era hombre de gran memoria. Don Paco pensó en no hacer la revolución, pero en hacer que la hacía. La huelga de 1917 era un antecedente y un ejemplo de bien nadar y guardar la ropa y de aparecer como héroes los forjadores de un fracaso.

Sí.

Y Don Paco se decidió por no hacer pero por hacer que hacía la revolución y por tomar el pelo a la clase obrera española. Y con él sus «teóricos» que por más leídos sabían muy bien que una revolución no se improvisa, sino que se organiza y se hace de acuerdo con ciertos principios fundamentales. Sin embargo estos «teóricos», Álvarez del Vayo y Araquistain, etc., no dijeron ni pío. Era un poco su costumbre en los momentos en que una decisión era algo más que una postura sin riesgo...

Don Paco se decidió.

¡Por la «revolución»!

Los jóvenes bárbaros del socialismo español: los Carrillo y Cazorla, los Lain y otros berrearón de gusto.

Y la revolución comenzó.

Con la misma simplicidad con que hubiera podido comenrare, en cualquier taberna madrileña, una partida de tute.

\* \* \*

Los comunistas se dieron cuenta de todo.

Pero no querían perder la oportunidad de sacar tajada de la situación. Y aparte de las presiones no públicas sobre el Partido Socialista para organizar la revolución, convocó un congreso del Partido en el Salón Luminoso, en la barriada de Cuatro Caminos.

¡Espectacular!

¡Concreto!

Era necesario crear las Alianzas Obreras y Campesinas y nombrar el Estado Mayor de la revolución. El Partido buscaba desesperadamente crear órganos que fueran en realidad los



espermatozoides de los soviets. Pero Don Paco no escuchó: para él las circulares y él lo eran todo.

Y llega el día...

4 de octubre de 1934.

La «revolución» y la contrarrevolución salen a la cancha.

Don Paco toca el pito.

El gran encuentro comienza.

\* \* \*

–¿Ya?

–¡Ya, camarada!

–¿Y cómo?

–Camarada no seas tonto; según los cánones las etapas son las siguientes: huelga general... insurrección armada... ¡Y toma del poder!... ¿Puede haber alguna duda sobre esto?

El otro miró a Castro.

–¿Es ése el plan?

–Cuidado, yo no te hablo del plan de los socialistas; yo te hablo de nuestro catecismo, camarada.

–¡Ah!

–¿El Partido qué dice?

–Solamente esto: secundar la huelga general y procurar transformar la huelga general en insurrección armada.

–¿Y las armas?

–Habrá que quitárselas a quienes las tienen.

–¡Ah!

–¿Por qué, «¡Ah!», camarada?

–Y si la revolución se queda en el primer acto, es decir, en la huelga general solamente, ¿qué haremos?

–Escúchame, camarada, El Partido quiere transformar la huelga general en insurrección armada... ¿Podrá?... ¿No podrá?... En su momento veremos... Pero, camarada, camaradas, yo no estoy aquí para establecer un cálculo de posibilidades, yo estoy aquí para algo concreto: secundar la huelga general, impregnarla de violencia para ver si podemos llegar a la insurrección armada... ¿Lo demás?... Lo demás no es que no me importe, pero lo demás, el Partido dirá... ¿Lo entendéis bien?... ¡El Partido dirá!... Y lo que el Partido diga será, desde el momento en que lo diga, la única verdad, única ley, nuestra única tarea... ¡Porque así debe ser, camaradas!... ¿O es que alguno cree que no debe ser así?

Y miró a todos.

Y los demás le miraron a él.

Pero nadie habló... Cada cual recordó, posiblemente, que la duda en el Partido, era una traición al Partido y a la revolución. Y se levantaron en silencio. Y sin despedirse siquiera cada cual marchó por su lado. En tantas casas como hombres habían acudido a la entrevista con Castro, esperaban las «células», ese pequeño órgano, invisible, pero incansable en su quehacer.

Dos horas después los comunistas estarían dispuestos.

A luchar en las peores condiciones.

A luchar y empujar a un pueblo a una revolución contra la cual estaban casi todos.

Entre ellos Don Paco.

Pero ya no había tiempo... ¡Para nada!... ¡Ni para pensar!

¡La huelga general había estallado!

Y por si esto fuera poco, que no lo era, el ejército de la «revolución» sin unidades organizadas, sin jefes, sin Estado Mayor, sin armas, sin objetivos tácticos y estratégicos, sin programa general para la movilización de las capas sociales no proletarias...

Genial este don Francisco Largo Caballero.

Y la contrarrevolución con el ejército peninsular en sus manos; con el ejército de África bajo su control; con los

cuadros médicos y superiores del ejército suyos, porque la mayoría de los jefes y oficiales republicanos prefirieron acogerse a la Ley Azaña, que les permitía seguir cobrando del presupuesto y poderse ganar otro sueldo por otro lado, que defender la república asegurando al menos la fidelidad de una parte del ejército; con el Estado Mayor en su poder; y con todos los resortes del poder a su disposición.

Práctico este don Francisco Franco Bahamonde.

Y don Paco, el jefe de la revolución peregrinando un lugar donde poder esconderse, y no de dirigir a la clase obrera. Y el otro don Paco, el uniformado, en su despacho del Ministerio de la Guerra dirigiendo la ofensiva. Uno en pleno silencio; otro en plena actividad.

Castro, es decir, el Partido, porque en realidad Castro ya no era Castro desde hacía mucho tiempo, comprendía que aquella batalla era imposible de ganar. Pero no era el momento de acusar al «Lenin español» o al Partido Socialista, porque cualquier acusación hubiera servido para desmoralizar más a las ya desmoralizadas fuerzas obreras y para dar a don Paco y al Partido Socialista un pretexto que justificara la derrota. Era más cómico y más práctico guardar silencio, sumarse a la lucha y esperar. En el supuesto, imposible, de una victoria, los comunistas podrían cotizar políticamente su participación; en el caso seguro de una derrota, por su misma participación en la lucha tendrían toda la fuerza moral para destrozar a Largo. Millares de obreros en todo el país dejaron de trabajar y comenzaron a pasearse muy tranquilos y muy tristes, con las manos en los bolsillos del pantalón o de la chaqueta y el

cigarrillo en la boca, por todas las calles y plazas de todos los pueblos y ciudades de España. Menos en Asturias, que, creyendo que eso de la «revolución» de don Paco era verdad, tomaron la dinamita de las minas y las armas que tenían guardadas y se lanzaron a la lucha armada. Pero, solamente en Asturias. ¿Sabía la contrarrevolución que don Francisco Largo Caballero era incapaz de hacerla? ¿Sabía la contrarrevolución que sólo se trataba de un gesto, de un chantaje a la revolución y a la contrarrevolución? Es posible que no lo supiera don Alejandro Lerroux, jefe del gobierno, demasiado viejo y quizá por la misma vejez un poco chocho. Pero, es seguro que lo sabían Gil Robles, ministro de la Guerra y contra cuya entrada en el gobierno había desencadenado don Paco la «revolución»; era posible que también lo supiera el general Francisco Franco Bahamonde, jefe del Estado Mayor, caudillo militar de la contrarrevolución y hombre de confianza de Gil Robles.

Muy posible.

Porque no perdieron la cabeza. Ni tan siquiera se pusieron nerviosos ni se precipitaron: tranquilamente sacaron al ejército a la calle, ocuparon los puntos estratégicos de cada ciudad; y comenzaron a desplazar a la península a los legionarios y moros para lanzarlos contra el foco insurreccional que se había producido en Asturias.

Frente a frente la «revolución» encabezada por don Francisco Largo Caballero; y la contrarrevolución personificada en aquel momento por el general don Francisco Franco Bahamonde.

Uno, un viejo «estratega» político.

Otro, un joven estratega militar.

\* \* \*

4 de octubre de 1934.

Madrid.

Cuatro Caminos.

Había en la calle de las Carolinas a la derecha, según se entra desde Bravo Murillo, un pequeño taller de zapatería. Era el dueño y maestro un hombre de Almansa, provincia de Albacete, bajo y fuerte, trabajador y de vez en cuando un poco borracho, que tenía una mujer bajita y gorda, que chillaba al hablar y que paría cronométricamente. Eran los mejores clientes de aquel taller los guardias civiles del cuartel de la calle Guzmán el Bueno, cerca ya de la Avenida de la Reina Victoria. Porque se hacían bien las botas y se admitía el pago a plazos.

Era aquel hombre, además de obrero y maestro de aquel taller, simpatizante del Partido Comunista.

Allí estableció Castro su cuartel general.

Entre guardias civiles, que casi nunca faltaban y botas de guardias civiles; entre los gritos de aquella mujer gorda y chillona y el llorar de sus chicos; entre olor a suela y el maullar

de un gato viejo y escuálido que siempre parecía estar pensativo y triste.

A las siete de la mañana del día 5 el ejército ocupa la Glorieta de Cuatro Caminos, emplaza las ametralladoras y se extiende a derecha e izquierda aislando esta importante zona proletaria del resto de la ciudad. Los soldados sí saben qué hacer.

Millares de trabajadores pasean por las aceras, desarmados, serios, con una gran tristeza reflejada en sus rostros, con las manos en los bolsillos y un cigarro en la boca las más de las veces apagado.

Los obreros no saben qué hacer.

Cada hora llegan al pequeño taller de la calle de las Carolinas los enlaces. Castro repite y repite:

«Esperar al anochecer. Y desde las bocacalles disparar sobre la Guardia Civil. Atraerla hacia la oscuridad, hacia las callejuelas estrechas en donde la caballería no puede moverse libremente... Pero no disparar sobre los soldados... A la Guardia Civil... Y si es posible, comenzar a incendiar iglesias y conventos. Hay que hacer cuanto sea posible para animar a la gente. Por darle la impresión de que la lucha comienza y no de que la lucha ha muerto antes de nacer...»

Al anochecer comienzan los disparos.

Pero...

Pero, la Guardia Civil no abandona la calle de Bravo Murillo: se limita a llegar hasta la entrada de las callejuelas laterales y a disparar. Los intentos de incendiar iglesias y conventos de la barriada fracasan: la Guardia Civil los protege desde dentro y cada intento es recibido con una descarga. A los talleres del Metro es imposible acercarse; ni a la estación de los tranvías.

La contrarrevolución de Gil Robles ha caminado más de prisa que la revolución de don Paco.

La desmoralización cunde.

Y a esperar.

Un día.

Otro.

Otro más.

La detención en su casa de Largo Caballero y la ausencia de Prieto, en Francia, las dos figuras de las dos facciones más importantes del Partido Socialista ha acabado con la poca decisión de los cuadros medios. El gobierno de Lerroux, mientras tanto, anuncia que el general López Ochoa con fuerzas del Tercio, con artillería y aviación, está haciendo retroceder a los insurrectos de Asturias...

–Ya.

La «revolución» de don Paco ha terminado.



La tragedia de la revolución española seguía resistiendo el paso del tiempo: ayer como hoy carece de jefes. La cúspide está enferma de idiotez e impotencia.

Castro se dirigió a una de sus guaridas: era la casa de tres hermanas. Las tres modistas, huérfanas, jóvenes, guapas y decentes, en donde tenía alquilada una alcoba que sólo en casos excepcionales utilizaba.

Le salió a recibir la mayor.

–¿Terminó?

–¡Terminó!

Y sin decir más se metió en su habitación. Sacó la pistola y la estuvo mirando durante largo rato. Y cuando la tuvo limpia levantó el colchón de la cama y la depositó con gran ternura. Antes de cubrirla habló en voz baja, como si dialogara con la pistola: «Hay que esperar... Pero, no te desanimes... Todo llega... ¡Todo!... Llegarán los días en que para ti no haya descanso ni de día ni de noche...» Y tendió el colchón sobre ella. Y luego las sábanas y la colcha, dejando todo como lo había encontrado.

Y salió.

–¿Se va?

–Sí.

–Tenga cuidado...

–Gracias.

Y salió cerrando la puerta sin hacer ruido. Y bajó las escaleras sin prisa. Y llegó al portal y se detuvo en el quicio. En la calle era noche. Miró a un lado y a otro. Y después de cerciorarse que no había nada sospechoso salió a la calle y comenzó a andar tranquilamente como si fuera un hombre que tuviera o no tuviera adónde ir, no tuviera prisa.

En un banco frente al Hospital Obrero le esperaba Lucía Barón, una muchacha que había dejado de ser muchacha, que había estado en la URSS y había perdido prejuicios y algo más y que era su enlace con los secretarios generales de las células. Se sentó a su lado...

–¿Qué hay?

–La policía ha comenzado la caza. «El Peluca» anda buscando a la gente con la pistola en la mano.

–Hijo de...

–Ten cuidado.

–Qué pena no haberle encontrado hace unos días... Sé que se hubiera muerto del primer balazo, pero me hubiera gustado descargarle todo el cargador... ¡Hubiera sido algo así como matarle siete veces!

–Sí.

Y se callaron porque vieron acercarse a una pareja de la Guardia Civil. Mientras los otros avanzaban, Castro la pasó el brazo por el hombro. Ella acercó su cabeza a la de él. Era fea y ya comenzaba a agostarse. Porque el amor sin prejuicios acaba tanto como arar la tierra bajo el sol de Castilla. Pero era peor la Guardia Civil que el asco. Los tricornios y los fusiles cada vez más cerca.

–Te quiero, Lucía.

Ella se apretó contra él. Castro bajó su mano hasta la cintura de ella. Y la Guardia Civil a diez metros.

La atrajo hacia él: estaba blanda.

Y la Guardia Civil a cinco metros.

Y hundió su cabeza en el cuello de ella. Y parece ser que hasta besó aquella carne que parecía enferma de soledad.

Y la Guardia Civil pasando de largo.

Siguieron en la misma postura unos momentos. Ella respirando fatigosamente. Él mirando de reojo a las dos sombras que cada vez se alejaban más. Y comenzó a separarse de ella. Ella suspiró, buscando el contacto de nuevo. Castro la miró. Y se encontró con los ojos de ella, desencajados como si una locura interior la dominara. Y vio su boca entreabierta y unos labios rígidos y secos, y el ritmo violento de su respiración que hacía bajar y subir sus senos.

–Castro...

–Dime.

–¿Nos veremos mañana?

–Sí... Aquí... A la misma hora.

–No... Aquí, no...

–Aquí.

–No.

–A la misma hora, camarada Lucía.

Ella se apartó con una violencia contenida, Y en su mirar Castro vio un insulto. Y odio. Y la vio levantarse, estirarse el vestido, subirse pudorosamente el escote...

–¿Y si mañana también pasara la Guardia Civil?

–Repetiríamos la escena... La segunda vez será más fácil.

–¿Qué digo a los camaradas, camarada Castro?

–Que mañana a las seis de la tarde estaré en la zapatería de Carolinas... Si hubiera algún guardia civil que entren, se sienten y hablen de cualquier cosa... Pero que nadie entre hasta que no haya visto salir al otro. Y con intervalos de cinco minutos.

–¿Qué más?

–Nada. ¿Y tú, tienes algo que decirme?

–Que tengas cuidado con «El Peluca»... se me había olvidado decirte que te busca.

–Gracias.

–Salud, camarada Castro.

–Salud, camarada Lucía.

Y se separaron: él pensando en «El Peluca»; ella ¿en qué pensaría ella? Buscó la oscuridad y fue hundiéndose en aquel laberinto de calles que parecían los intestinos de la ciudad. Cuando llegó a la casa en donde vivía miró a la muchacha que estaba bordando: «Está guapa... y es joven»... Pero se metió en el cuarto.

Se echó en la cama y entornó los ojos.

«A las once con José Díaz».

«A las cuatro con Pablo Yagüe».

«Y a las seis deberé estar en la zapatería».

Luego se acordó de Lucía Barón... «Me odia...» «Lo vi en sus ojos...» Sonrió: «Yo no tengo la culpa...» «Porque no es sólo que sea fea... Es inoportuna también... Y además ¿cómo pudo olvidarse del Partido, de la revolución. ¿Cómo pudo olvidarse de que hay momentos en que ni el sexo nos pertenece?...»

Había que dormir.

Hizo un esfuerzo de voluntad. Y empezó a dejar de escuchar los ruidos; y de su mente comenzó a borrarse todo... Poco a poco. Y se durmió.

\* \* \*

–Han detenido a Largo Caballero.

–¡No!

–Sí, camarada Castro.

–¿En dónde?

–En su casa.

Castro rompió a reír... «¿En su casa?...» Y volvió a reír y reír ante el asombro del otro.

–¿Y qué ha declarado?

–Que él no sabe nada de la revolución... ¡Que él no tiene nada que ver con esas cosas!

–Magnifico.

–...Sólo un milagro puede salvar a este viejo de la muerte política... ¡Sólo un milagro!...

Y se separaron... Los socialistas estaban mohínos. La detención de Largo Caballero y la huida de Prieto a Francia

había sido para ellos como un mazazo en la cabeza... Castro buscaba encontrarse con ellos...

–¿Dónde han detenido a Largo Caballero?

–En su casa.

–¡Ah!

–Dónde han detenido a Largo Caballero?

–En su casa.

–¡Ah!

Y le miraba al otro. Y saltando todo su veneno volvía a preguntar:

–¿Y qué hacía en su casa?

–No sé.

–Sí, camarada, tienes razón, es difícil adivinar qué hacía el jefe de la revolución en su casa... ¡Muy difícil!... ¿No lo crees así, camarada?

Y cuando el otro se iba se frotaba las manos... «¡Marcha, esto marcha!...» Y se fue a buscar al jefe, a José Díaz, que le esperaba en la calle de Diego de León.

\* \* \*

Le vio venir. Llevaba gabardina y el sombrero echado sobre los ojos. Caminaba despacio. Sin mirar a ningún lado. Como un hombre cualquiera. Como un hombre que estuviera al margen de la realidad que le rodeaba.

Se cruzaron.

Simplemente una mirada.

Y cada cual continuó andando.

Castro caminó unos cincuenta metros. Luego cruzó de acera e inició el regreso. El jefe caminaba despacio. La Guardia Civil tomaba el sol. Y uno detrás de otro. Mientras seguía al jefe, acelerando el paso casi imperceptiblemente para alcanzarle, Castro se acordó de Largo Caballero. Ni risa, ni rabia, ni pena. Casi sin darse cuenta llegó a la altura del jefe.

–Salud.

–Salud.

Y comenzaron a andar juntos. Ni despacio ni de prisa.

–¿Cómo está el Partido en tus radios?

–Bien.

–¿Los socialistas?

–Desmoralizados.

–¿Qué dicen de la detención de Largo Caballero?



–No saben qué decir.

–Es lógico... Sí... No podía ser de otra manera... En fin, dejemos eso y escúchame.

Y el otro escuchó.

–Hay que aprovechar el momento: hay que convencer a las masas que se trata tan sólo de una derrota temporal, pero sin que esto tienda a aminorar la responsabilidad de los socialistas; hay que aprovechar las estúpidas y cobardes declaraciones de Largo Caballero ante los jueces, para señalar que ante la cobardía de los socialistas el Partido asume la responsabilidad política de la huelga general y de la insurrección en Asturias; hay que iniciar una campaña ininterrumpida por la amnistía, Los presos pueden constituir la base para acabar con la desmoralización... o iniciar el reagrupamiento de las fuerzas. Y no olvides esto: los socialistas quieren salvarse de su impotencia y cobardía levantando como a un dios de las insurrecciones a González Peña. Hay que impedirlo. Frente a él, el Partido va a aparecer con la figura de Juan José Manso, un camarada de la fábrica de Trubia... ¿Comprendido?...

–Sí... Pero ¿nos daréis alguna información sobre Manso?

–Sí, pero, además, eso no tiene importancia; con tres cosas bastan: es miembro del Partido, es obrero, un metalúrgico y debe aparecer como uno de los grandes héroes de la insurrección en Asturias... Con esos datos basta, camarada Castro, para hacer de la nada un gigante... Es una cuestión de imaginación... Solamente de imaginación...

–De acuerdo.

–¿Tienes algunas imprentas que puedan trabajar en este momento para el Comité Central?

–Tres.

–Prepara para mañana una para nosotros... ¡Hay que editar «Bandera roja» como órgano central del Partido...! Las otras podéis utilizarlas vosotros... ¿Entendido?

–Sí.

Y siguieron andando en silencio.

Todo estaba dicho.

Poco antes de llegar al Paseo de la Castellana el jefe miró a Castro.

–¿Entendido?

–Entendido.

–Salud.

–Salud.

Castro torció hacia la derecha. Y continuó caminando. Y llegó a la calle de Eloy Gonzalo. Y entró en un portal ancho, al final del cual estaba la imprenta. Ya dentro miró hacia un lado y otro. En un pequeño cuchitril, lleno de pruebas de galera y con olor a suciedad y tabaco estaba el maestro, como siempre,

mirando la lista de acreedores y posiblemente soñando que la revolución acabara con muchos de ellos para sanear el negocio.

–¿Qué hay, Castro? –dijo levantándose y extendiéndole la mano.

–A verte... Hacía mucho que no te veía.

–Sí.

Y se quedaron un momento callados mirándose el uno al otro, como tanteándose; Castro buscando adivinar si tendría éxito; el otro intentando adivinar lo que quería Castro.

–¿Y qué...? –preguntó el impresor.

–¿Qué?

–Sí.

–Esto, camarada: el Comité Central necesita tu imprenta para editar «Bandera roja»... Debe salir a la calle en unos días...

–¿Cuándo empezaríamos?

–Mañana.

–¿Quién vendrá a verme?

–Uno que solamente te dirá: «Yo soy el recomendado de Enrique»... Con él debes entenderte... ¡Sólo con él!... Hasta mañana tienes tiempo de buscar el equipo que debe hacer el

trabajo... ¡Pocos!... ¡Ningún socialista ni anarquista!... Y gente que no beba ni hable mucho... ¿De acuerdo?

–De acuerdo.

Y se estrecharon las manos.

Y Castro volvió a su caminar, porque aún le quedaban varias cosas que hacer.

\* \* \*

El general López Ochoa había hecho enmudecer a Asturias.

Y dos fusilados.

Y más de treinta mil presos en las cárceles.

Y los muertos en las montañas, con los que la Naturaleza fue más benigna que los hombres, cubriéndolos con un sudario inmenso, que parecía dado al cielo y a las cimas: el cierzo.

\* \* \*

Castro se fue hasta la casa de un matrimonio, gallegos los dos y los dos miembros del Partido. Él era albañil y flaco. Y un hombre silencioso. Ella era solamente gorda.

–«Gallega», voy a trabajar aquí.

–Como quieras.

–Díselo a tu marido.

–Sí.

–Vendré al anochecer y saldré por la mañana temprano.

–Sí.

–Y si de vez en cuando me puedes dar algo de comer...

–Repartiremos lo que haya.

–Salud.

–Salud.

Y otra vez en la calle... Fue por las callejuelas laterales a Bravo Murillo... Era andar mucho más, pero más seguro. La calle de Bravo Murillo se había convertido en la trampa. Y tardó en llegar. Pero eso no le importaba mucho: como siempre el problema era llegar.

Levantó el picaporte y entró.

Y allí estaban todos: el maestro, demasiado cabezón para su estatura, con su vieja piorrea y los pantalones caídos Y la colilla del cigarro apagada. Y empapada de una saliva que se había vuelto oscura al mezclarse con el tabaco. Y los dos aprendices: el más antiguo, escuchimizado y ojeroso, rascándose las ingles o metiéndose un dedo en la nariz que luego se limpiaba

restregándolo por las paredes; el otro recostado en algo, como si hubiera nacido cansado y sin vertical.

–¿Hombre, tú por aquí?

–A verte... Y a fumar un cigarro contigo si es que tienes un cigarro para mí.

El otro sacó la cajetilla y se la alargó.

Castro tomó un cigarro.

–Toma algunos más.

Castro sonrió.

–Gracias...

Y mientras encendían y daban las primeras chupadas, Castro le hizo una seña, mientras que con un gesto señalaba a los dos aprendices. El otro asintió.

–Iros... Y venir a la tarde por si hay algo.

Y se fueron.

Castro esperó un rato. Mientras tanto estuvo husmeando por allí. Viendo la máquina de pie, los tipos, la guillotina de mano y sobre todo haciendo un cálculo de las existencias de papel. El examen pareció dejarle satisfecho. Y entonces se volvió al otro.

–Camarada, queremos hacer un periódico de ocho páginas. Es urgente. Y el Partido ha pensado que nadie mejor que tú...

Eres un viejo camarada, seguro, serio, comprensivo. En realidad, es un honor que el Partido te hace al mostrar su confianza en ti en estos momentos...

–Sí.

–Estoy seguro de que no necesitas más explicaciones... Tú eres un camarada que comprende políticamente la importancia de ciertas tareas... De esas pequeñas, pero grandes tareas, en las que si uno fracasa pierde mucho. Y si triunfa no se entera casi nadie.

–Sí.

–Sólo te entenderás con dos personas: conmigo que te traeré los materiales y con González que vendrá a recoger los periódicos.

–Bueno.

–¿Estás convenido?... ¿Bien convencido y dispuesto?... Dilo con confianza, camarada. Con el Partido hay que ser claro, sincero... El Partido bien sabes que siempre comprende...

Y es que Castro había visto el miedo en los ojos del otro.

–Tú sabes, Castro, que el Cuartelillo de la Guardia Civil está muy cerca de aquí...

–Mejor, camarada.

–¿Cómo?

–¿Cómo va a pensar la Guardia Civil que en sus propias barbas estamos editando un periódico del Partido?... ¿Comprendes?... En la cercanía de la Guardia Civil está una parte de nuestra seguridad... Pero ¿no te habías dado cuenta?

El otro bajó la cabeza.

–No... No me había dado cuenta.

Y unos momentos más en que Castro se dedicó a señalar al otro algunas reglas esenciales de la conspiración; y luego su marcha sin volver la cabeza. Convencido de que el Partido se había impuesto al miedo de aquel pequeño y miserable impresor al que contra su voluntad el Partido quería hacer un héroe anónimo.

\* \* \*

Y llegó al Puente de Segovia. Pero ni miró al puente ni al río. Torció a la izquierda, luego a la derecha y comenzó a subir lentamente por una callecita estrecha. A la derecha había un cuartelillo de la Guardia Civil. Y un guardia civil paseando con el fusil al hombro, unos cuantos pasos hacia arriba y otros tantos hacia abajo.

Castro le miró.

«Afortunadamente no tienen olfato».



A la izquierda, enfrente mismo del cuartelillo, estaba la imprenta. Abrió la puerta y entró.

González, sentado y con la cabeza caída sobre el pecho, dormía. Castro le tocó en el hombro...

–¿Qué?... ¿Qué?... En este taller nunca le dejan a uno echar una cabezadita... Y luego, al ver que era Castro, se levantó: Primero se restregó los ojos, después abrió la boca dos o tres veces y luego habló.

–¿Tú por aquí?

–Por aquí, ¿o es que te molesta que te visite?

–No... No me molesta... Me sorprende nada más...

Y se miraron.

–Saca los cigarros...

El otro se hurgó en los bolsillos.

–C... pues no tengo... Pero, espérate un momento... Voy por ellos a la esquina.

Y salió.

Castro conocía bien a este González... Era un gran sinvergüenza... Con mucho de putero... Y ambicioso de dinero... Castro sabía muy bien esto, y por lo mismo ajustó su táctica al hombre. Había que despertar su ambición: aquí no era un problema de partido, era un problema de dinero.

Y llegó el otro.

Y fumaron.

Después de mirarle un poco, Castro, se fue al grano.

–¿Cómo andas de dinero?

–Mal... Y si a eso es a lo que vienes, Castro, has perdido el tiempo y el viaje. Nada... Lo que se llama nada... Para mal comer y el tabaco. Y nada más... Te lo aseguro.

–¿Ni para tus golfas?

–Ni para eso, Castro, que es tan importante como el comer. Figúrate cómo andaré de dinero, que las muchachas creen que me he muerto... Porque claro, ellas saben que hacerme un Benavente o un Hoyos y Vinet no es posible.

–No. Yo no vengo a pedirte dinero, cabrón.

–Ah...

–Vengo a dártelo...

–¿No?... ¡No es posible!

–Sí.

–Habla entonces, Castro... Tú sabes que yo siempre estoy dispuesto a ayudar al Partido.

–¿Sí?

–Sí. Claro que a cambio de que el Partido me ayude.

–Eres un cabrón cínico.

–No hables así, Castro. Sin comer, sin beber y sin esas otras cosas que tú sabes el hombre no puede vivir... Claro... Ni tampoco sin trabajar por la revolución que al fin y al cabo es otro negocio más en la vida... En fin, para qué te cuento... Tú me conoces...

–Sí. Te conozco.

–Pues... dime, dime...

–Tienes que hacer cinco mil ejemplares de un periódico de ocho páginas. En cuatro días. ¿Cuánto vas a cobrar?

Pensó.

–¿Traes dinero?

–Sí.

–¿Cuánto?

–Primero dime cuánto vas a cobrar.

–¿Cuánto traes?

–¿Cuánto cobras?

–Qué terco eres, Castro, como si por unas pesetas más o menos fuéramos a regañar.

–¿Cuánto?

–Pues... mira... por ser para el Partido... ¡Te cobraría mil pesetas!

–Eres un ladrón...

Y tú un hombre muy mal educado. Se echaron a reír.

–¡Seiscientas pesetas!

–Mil.

–Vete a la mierda...

Y Castro se levantó y comenzó a pasear como con intención de irse. El otro le observaba mientras esbozaba una sonrisa. Y se acercó a Castro.

–No te irrites, Castro... El Partido me necesita... Y yo necesito al Partido... Te lo voy a dejar en novecientas pesetas...

–¡Seiscientas!

–¡Ochocientas! –No.

–Ni tú ni yo... ¡Setecientas!... Y me das la mitad ahora... Y no es que desconfíe... Es que a lo mejor se te olvida el trato y consideras mi trabajo como un donativo a la revolución...

Castro le miró.

–Hecho.

El otro extendió la mano.

–¡En cinco días!

Sin retirar la mano el otro respondió:

–En cinco días.

Castro sacó el dinero, lo contó y se lo dio. Y el otro lo tomó y lo contó parsimoniosamente. Luego se lo guardó.

–¿Quién me traerá los materiales?

–Yo.

–¿Quién recogerá los periódicos?

–Esperanza Abascal.

–No la conozco.

–Una estudiante... Con una verruga en la mejilla... ¿Te basta?...

–Me basta.

Castro se dirigió a la puerta. Pero antes de salir se volvió y mirándole con gesto de mala leche le dijo:

–Algún día el Partido premiará tus servicios.

–Sí.

–Sí... Con un balazo en la cabeza.

–Todavía falta mucho para eso.

Y Castro salió. Enfrente el guardia civil seguía su caminar... Un sol débil reflejaba su sombra en las piedras de la acera. Echó a andar. Luego tomó un tranvía. Y llegó a donde Yagüe le esperaba.

–Hola.

–Hola.

–Tenemos que meternos en algún sitio. La calle es peligrosa todavía.

–Sí.

Y siguieron andando.

–¿Por qué no nos metemos en un cine?

Yagüe le miró.

–Aquí, a la vuelta, hay uno: películas viejas, gentes miserables y muchos piojos... Y la policía bien sabes que sigue siendo muy escrupulosa.

Se rieron.

Y entraron en el cine. Olía a miseria, Y el aire era pesado y escaso. Se sentaron en una de las últimas filas, cerca de la puerta.

–¿Has estado con José Díaz?

–Sí.

–¿De acuerdo?

–De acuerdo.

Luego le habló de todo lo demás. Lugares, precios, plazos...

–De acuerdo.

–¿Dónde nos veremos mañana?

–En la calle Imperial... En casa de Álvarez...

Y salieron del cine.

Le quedaban diez minutos para llegar a la reunión de los secretarios generales de las células de los Radios de Chamartín y Cuatro Caminos. Apretó el paso. La reunión iba a celebrarse en una bocacalle estrecha que daba a Bravo Murillo; cerca de un convento que parecía muerto, en una escuela de párvulos de la que era director un tal Ramírez. El lugar era bueno. La policía no se atrevía todavía a penetrar en aquellas callejuelas de gentes y perros escuálidos, de microbios y mugre.

La puerta estaba entornada... Empujó... un camarada que estaba detrás de la puerta le saludó.

–Salud. Castro.

–Cierra.

–Sí.

Y cerró.

–¿Está organizada la vigilancia?

–Sí.

–¿Hay alguna otra salida?

–Sí, el patio de recreo da al campo.

Subió.

En una pequeña aula y sentados extrañamente, hombres con ojos de sueño y gesto severo. Se sentó en la mesa en la que durante el día se sentaba el maestro. Miró a todos. Y cuando se convenció que nadie había faltado, se recostó en la silla intentando alejar su cansancio. Luego una observación:

«Creo que los camaradas no deben fumar... Nadie se explicaría fácilmente que de una escuela de párvulos salga humo y huela a tabaco». Y se apagaron los cigarros.

Hacía calor, un calor que provocaba sudor y sueño. Algunos miraban a las ventanas. Otros se pasaban las manos por la frente y el cuello y hacían gestos de mala leche.

«Camaradas: rápidamente, pues la reunión no debe durar más de una hora, voy a daros las instrucciones del Buró Político, que deben constituir para cada comunista la razón suprema del momento, el afán de todos sus esfuerzos... Porque



o nosotros impedimos la «debacle» y la consolidación de la contrarrevolución o la «debacle» nos arrastrará a todos.

»Primero: convencer a la clase obrera que la derrota ha sido un producto de la cobardía y falta de organización de los jefes socialistas y no el resultado de la superioridad de fuerzas de la contrarrevolución... ¡Convencerles de que el gobierno de Lerroux está herido de muerte!

»Segundo: hacer conocer a toda la clase obrera las palabras de nuestro Partido: el Partido Comunista asume toda la responsabilidad política de la huelga general y de la insurrección de Asturias. Y comparar esta actitud con las declaraciones de Largo Caballero ante sus jueces. De esta situación deberá quedar claro para la clase obrera que el Partido Socialista es la manifestación plena de la impotencia de la socialdemocracia en el mundo entero. Deberá quedar claro, grabado en la cabeza de millares y millares de hombres y mujeres que sólo el Partido, nuestro Partido es el Partido de la revolución.

»Tercero: debe comenzar rápidamente una gran campaña por una amnistía general. No hay que olvidar que el pueblo español, además de bárbaro, es sentimental.

»Cuarto: el Partido Socialista para salvar lo poco que se pueda salvar ha tomado a González Peña y lo ha convertido en el símbolo y el héroe de la insurrección asturiana. Esto es un peligro. De lograr su propósito los socialistas harían olvidar rápidamente su responsabilidad por la derrota y levantarían ante la clase obrera un nuevo mito: González Peña, al que

intentarían presentar como el prototipo del militante socialista».

Alguien preguntó:

–¿Pero González Peña se ha portado bien?

–Eso a nosotros no nos importa. Lo que nos importa es que no aparezca como el héroe, como un jefe combativo y capaz... Se trata, camaradas, no de registrar escrupulosamente la verdad histórica en cuanto a un hombre; se trata de destrozar al Partido Socialista.

–Entonces, ¿silenciarle?

–No... Hablar de él, pero lo menos posible, Y por el contrario hablar mucho de Juan José Manso.

–¿Quién es Manso?

–Un miembro del Partido.

–¿Y qué más?

–Un obrero metalúrgico de la fábrica de Trubia.

–Pero...

–¿Por qué dar vida a los peros?... Ese es el héroe de Asturias, porque no olvidarlo, él es el Partido. Y cuando el Partido le convierte en un héroe, ¿qué nos importa a nosotros si lo es o no lo es?... ¡El Partido sabrá por qué lo hace!...

–Sí... –murmuró uno.

–Claro... –afirmó otro.

Los demás permanecieron callados.

–Me queda sólo que añadir unas palabras... Dentro de unos días saldrá a la calle nuestro semanario «Norte Rojo... A partir de hoy los secretarios de Agit–Pro deberán tener todo preparado para su reparto. ¡Deberá repartirse en una hora, cuando más!... De esta manera cuando la policía quiera reaccionar y comience las detenciones, ni uno solo de nuestros camaradas deberá tener un solo ejemplar en el bolsillo.

–¿Qué día saldrá?

–Avisaremos.

–Camarada Castro... Quisiera hacer una pregunta.

–Camaradas: la reunión debe suspenderse. Llevamos más de una hora. Y ya es demasiado tiempo.

Y se levantó.

«Gracias, camarada Ramírez».

Se acercó a él el responsable de la vigilancia y seguridad de la reunión.

–¿Algo más, Castro?

–Organiza la salida.

Y salió él primero perdiéndose en la noche. Mientras caminaba hacia la casa de la «Gallega», iba pensando en el transcurrir de las cosas. ¡El Partido funcionaba como una maravillosa máquina de precisión! Y así sería en todos los «Radios» de Madrid, en todos los pueblos y ciudades de España.

«Don Paco nunca aprenderá esto... ¡Nunca!... ¡Nunca!... Para ello se necesita tener una escuela y un ejemplo: Rusia y los bolcheviques rusos. Para esto se necesita un gran partido que sepa asimilar las enseñanzas y enseñar a sus militantes».

«Ya no es posible para los socialistas».

«Existimos nosotros».

\* \* \*

«Norte Rojo».

Y un editorial que decía: «...Hemos sido derrotados, pero no hemos sido vencidos. La clase obrera por la falta de dirección y organización no ha podido desarrollar toda su fuerza. Ella puede llegar a mucho más; puede llegar hasta el triunfo de la revolución. La contrarrevolución no puede llegar a más de lo que ha llegado en Asturias... Octubre en España ha sido el 1905 en Rusia. Nos falta todavía el noviembre de 1917...»

Y cada tres días...

«Norte Rojo».

Y...

Y otro más.

Los trabajadores españoles ante el silencio de los socialistas y republicanos no tenían otra alternativa que escuchar o leer lo que los comunistas decían o escribían. Octubre fue para el Partido Comunista el período de la gran cosecha.

\* \* \*

–¿Qué dices tú?

–Yo digo que el movimiento de octubre ha mostrado hasta la saciedad dos cosas: que el Partido Socialista no es el Partido de la Revolución; que Largo Caballero es incapaz de ser el jefe de la revolución...

–¿Por qué?

–¿Quieres más pruebas que la derrota?

–Pero, vosotros le llamabais el «Lenin Español».

–No, compañero, nosotros no le llamábamos el «Lenin Español», dejábamos simplemente que vosotros, los socialistas se lo llamarais. Nosotros no podíamos llamárselo porque hubiera sido, además de una mentira. Un sacrilegio. Lenin es Lenin. Es decir, el jefe de una revolución triunfante. Largo

Caballero es solamente Largo Caballero, el jefe de tres torpes intentos de hacer su revolución o la revolución del Partido Socialista: 1917–1930–1934...

–Entonces, ¿quieres decir que Largo Caballero es un traidor?

–No.

–Entonces...

–Queremos decir, lo decimos, que Largo Caballero es incapaz de hacer la revolución porque no sabe hacerla; que el Partido Socialista, el Partido del cual es jefe Largo Caballero, no es el Partido de la revolución porque es incapaz de organizarla...

Unos cuantos millares de comunistas repetían esto sin fatiga ni descanso por todos los lugares de España.

La derrota no importaba.

Lo importante era debilitar el Partido Socialista, debilitar la influencia política de sus jefes, acabar con su influencia en la clase obrera española.

Tan.

Tan.

Los comunistas golpeaban sobre la fe de millares de militantes socialistas; sobre la fe o simpatía de millares de simpatizantes del Partido Socialista. Y en el cuerpo del gran coloso se fueron abriendo grietas.

Muchas.

Anchas.

Profundas.

Y millares y centenares de millares de trabajadores comenzaron a mirar hacia Rusia con más insistencia que nunca: Rusia era una esperanza. ¡Aunque debía ser la única!

Y los desesperados y hambrientos de la vieja España, grande y miserable a la vez, comenzaron a pensar que un nuevo dios había llegado a la tierra para romper las cadenas.

¡Stalin!

El hombre que estaba construyendo el socialismo.

¡Stalin!

¡Stalin!

La gente no sabía muy bien qué era eso del socialismo. Pero... Tenía hambre, tenía odio, tenía ansias inmensas de venganza... Nunca la tierra había sido mejor abonada por el CAOS.

Nunca.

## Capítulo XIII

### LA TRAMPA

Se despertó.

Le despertó el frío y el suave caminar sobre su carne de innumerables caravanas de chinches. Abrió los ojos y miró: nada, todavía era de noche pero siguió observando para ver al poco tiempo, en un lugar que suponía un rincón de aquel rectángulo, unos ojos pequeños e inmóviles que le miraban; después escuchó un chillido agudo y luego los silbidos prolongados de las locomotoras de la estación del Norte.

Cerró los ojos.

Pero el sueño se había alejado. Por encima de su sueño y de su voluntad, sus dedos buscaban en una cacería extraña, salvaje y sangrienta aquellos pequeños animales para los que la noche y la sangre eran su vivir.

Y aquellos pequeños ojos mirándole.

Sin moverse, casi, fue dejando caer un brazo y comenzó a tantear hasta que sus dedos tropezaron con uno de sus



zapatos. Y lo lanzó con rabia sobre aquellos dos ojos que le miraban y que parecieron cerrarse de golpe.

Se levantó.

A tientas encontró la caja de cerillas y encendió una. Por las paredes de cal sucia, negras peregrinaciones de chinches se movían en todas las direcciones. Levantó la manta y sintió náuseas: olía a tiempo y a sangre. Se quemó los dedos y blasfemó en voz baja. Y encendió otra cerilla. Y prendió un papel y comenzó a pasear sus llamas por las paredes, por el jergón, por los hierros oxidados de aquel camastro uncido a la pared.

Y volvió a acostarse.

Fuera, de la galería, llegó una tos seca y un caminar carcelero.

Esperó.

Sabía que le estaban mirando por aquel pequeño agujero cónico de aquella puerta chapada por dentro y por fuera.

Se alegró de que fuera noche.

Le ardía la carne, que notaba pegajosa y fría. Sintió ganas de orinar y volvió a levantarse. Del retrete salía un olor como de montañas de mierda, de ratas, de orines y de vejez, de la vejez de aquel viejo caserón de hierros y ladrillos rojos. Llenó la palangana de agua y la arrojó al exudado. Y repitió la operación

varias veces. Inútil: aquel olor era un poco el alma de aquel caserón sobre el que Concepción Arenal hizo una frase cursi.

Se acostó y encendió un cigarro con la ilusión de que el resplandor que naciera de cada una de sus chupadas alejara aquellos millares de pequeños carniceros... Y comenzó a acabarse la noche... Y comenzó la retirada de aquellas masas negras hacia sus guaridas. Cuando el día fue día de verdad arrojó la manta hacia los pies del camastro y se miró. Por todo su cuerpo había huellas de la prolongada batalla nocturna. Se miró los dedos y los tenía rojos.

El olor.

Pensó que aquel olor se parecía a otro olor que en aquel momento no recordaba. Luego sonrió: «Las chinches muertos y la ginebra huelen igual». Y escupió lejos, lo más lejos que pudo que no fue mucho porque el salivazo se estrelló contra una de aquellas paredes cercanas que parecía el costado de un ataúd sucio y miserable.

Y encendió otro cigarro.

Cada vez que se llevaba el cigarro a los labios notaba que el otro olor, el olor de sus dedos rojos era más fuerte que el olor a tabaco. Tiró el cigarro y volvió a escupir al azar. Y sonó la diana, Y el silencio se fue convirtiendo en ruido. En un ruido sordo, como si tuviera miedo de ser ruido, que llegaba de todos los lugares. Se tiró de la cama y comenzó a lavarse. La frialdad del agua le hizo tiritar. Luego se vistió, dobló la manta, levantó el camastro de hierro y barrió las colillas de la noche. Hasta ese momento era un celoso cumplidor del reglamento. Y

mientras esperaba comenzó a leer los innumerables letreros que quitaban a aquellas paredes de cal sucia el aspecto de un sudario extraño; cuando se cansó de leer todo aquello comenzó a recordar lo que había ocurrido doce horas antes... Y... ¿Una delación?... Recordó todos y cada uno de los que habían acudido a la reunión. No. Allí no había delatores. Eran en su mayor parte viejos militantes del Partido. Casi todos ellos probados durante años.: ¿Un error?... Estuvo analizando sin prisa todos y cada uno de los detalles anteriores a la reunión. Al principio los encontró normales e incomprensible el asalto por la policía de aquella pequeña casa de madera... Pero no se conformó y siguió el análisis esta vez más despacio y más meticulosamente hasta que encontró dos errores:

La hora.

El lugar.

Iniciar una reunión de día es un grave error de no celebrarse en calles muy concurridas. Los períodos de clandestinidad imprimen un sello en los hombres. Ellos no se dan cuenta. Aparentemente todos sus movimientos, sus gestos y su mirar son normales. Pero sólo aparentemente: porque si se analiza su caminar se ve un caminar preciso, calculado para llegar ni despacio ni de prisa, pero a tiempo, a un lugar determinado; si se mira su mirar se ve que lo hacen de reojo; si se observa su doblar las esquinas de las casas se ve que lo hacen de una manera brusca y que aprovechan la vuelta para un mirar ansioso de abarcar todo.

La hora había sido el primer error.

El segundo error fue el lugar.

Era un solar en la calle de Ayala, cerca ya de la calle del Conde de Peñalver. En este solar guardaban sus cosas muchos vendedores ambulantes de la barriada. Dentro del solar había una casita de madera llena de rendijas y en la que vivía un matrimonio asturiano, miembros del Partido él y ella, encargados de cuidar todo aquello. Los costados y el fondo del solar estaban formados por las espaldas de varias casas de gente de mediano vivir, llanas de ventanas abiertas al sol y a la curiosidad de domésticas sin mucho que hacer. A aquel lugar sólo entraban vendedores de verduras y de otras cosas por el estilo, empujando sus desvencijados carritos de mano, pero no era frecuente que entraran con intervalos breves diez o doce personas, algunas de ellas demasiado bien vestidas para aquel pequeño cuchitril que olía a verduras y a veces a podredumbre.

Y alguien los vio.

Y...

Luego recordó la patada de uno de los policías a la pequeña puerta de tablas y la entrada tumultuosa, de hombres cada uno con una de sus manos empistoladas.

Y...

–¿Qué hay, Castro? –y el comisario Santamaría sonriendo.

–Nada.

–¿Qué hacíais?

–Hablábamos.

Los demás permanecían en silencio y de pie, atentos a lo que dijera Castro, para responder igual cuando les llegara su momento.

–¿De qué?

–De política.

–Y...

–Coincidíamos en que la situación política es conmovedoramente tranquila.

–Nos interrumpieron ustedes y nos callamos.

–¿Cuánto tiempo llevan aquí?

–Media hora.

¿Y cómo es que se han reunido precisamente aquí para hablar de política y no lo han hecho como es frecuente en un café, en una taberna?...

–En verdad hemos roto la tradición... Pero si se detiene a observar que los dueños de la casa tienen tomates, lechugas, cebollas... y que nos invitaron a una ensalada, encontrará justificada nuestra presencia aquí.

Santamaría miró a Castro fijamente.

Éste comenzó a mirar a otro lado.

–Regístenlos... Y registren también la casa.

Mientras los subalternos cumplían la orden, Santamaría husmeaba. Y sobre todo aparentaba mirar para cualquier sitio menos para los detenidos, pero sin dejar de observarlos en busca de un gesto, de un indicio... Era inútil; allí no había principiantes. Ni un solo papel que pudiera servir de indicio se encontró sobre ninguno de ellos... Y en la casa sólo miseria y polvo que entraba por todos los lados.

–Vamos.

En la calle había una camioneta cerrada de la Dirección General de Seguridad.

Y a empujones los metieron ante la curiosidad de las gentes que pasaban, se detenían unos segundos y luego continuaban su camino.

Al llegar al caserón de la calle de la Reina los bajaron a los calabozos. Un guardia, pegado a los barrotes de la puerta, escuchaba. Pero ninguno habló. Sólo después de un gran rato el capitán Benito se levantó del suelo de cemento en donde se había sentado y se acercó a la puerta de rejas... El capitán Benito era extremeño y un maravilloso tipo humano. Había venido del Partido Social Revolucionario de Balbontín y a pesar de todos sus esfuerzos no había dejado de ser un romántico maravilloso y extraño. Vivía de su sueldo de capitán retirado por la Ley de Azaña.

Y se recostó en la puerta de rejas.

El guardia comenzó a mirarle.

–Usted ahí y yo aquí.

El guardia le siguió mirando.

–Usted ahí y yo aquí –repitió terco el capitán Benito.

–¿Y qué?

–Yo podría decirle como aquel santo varón...

–¿Qué tiene que decirme usted a mí?

–¡Hermano lobo!... ¡Hermano lobo!...

El guardia metió su nariz y morros por entre los barrotes y mirando rabioso al capitán Benito le gritó:

–Usted lo que es, es un hijo de... al que voy a patear si sigue diciendo cabronadas como las que acaba de decir... ¡Nada de «hermano lobo», c...! ¿Lo entiende?... nada de «hermano lobo»... Guardia, sólo Guardia de Seguridad, hijo de p... hijos de p...

–Escuche...

–No.

–Quería decirle...

–No diga otra vez, «hermano lobo» porque le pateo los c...

El capitán Benito se hundió en el fondo del calabozo. De vez en cuando se le oía decir casi en un murmullo, «La culpa la tengo yo... Sí... Un guardia es un guardia... Y un guardia es mucho menos que un lobo... Sí... Mucho menos que un lobo».

Los demás le miraban y sonreían.

–Castro, sal –dijo alguien desde fuera.

Castro miró y vio una sombra que abría la puerta. Salió y miró.

–Arriba.

Castro comenzó a subir escalones. El otro detrás. En el camino se tropezó con ojos que le miraban torvamente. Pero él continuaba impasible su camino contando los escalones para tranquilizarse y dominar sus nervios. Hasta que llegó ante una puerta que el de atrás empujó al mismo tiempo que le empujaba a él. Allí, tras de una mesa estaba sentado Santamaría. Detrás de él y a los lados varios policías de distintas edades, pero de la misma calaña. Delante de la mesa una silla vacía...

–Siéntate, Castro, siéntate que quiero que hablemos tranquilamente... No creas que te voy a preguntar de qué hablabais en la reunión... Es natural que hablarais de política... Muy natural... ¿Verdad?

–Sí... –respondió Castro, receloso.



–No vamos a hablar de lo que allí hablabais... A mí la política no me llama la atención. Pero, en fin, todo es cuestión de gustos, ¿no te parece?

–Quiero que hablemos de otra cosa... Te anticipo que es menos importante que la política, mucho menos importante... Pero de algo tenemos que hablar, ¿no te parece?

Santamaría levantó la tapa de una carpeta que había sobre la mesa y miró durante unos segundos. Castro miró también, pero no logró ver nada de lo que allí había...

–Fíjate que andando hace días entre mis papeles encontré algunos que me llamaron la atención, a pesar de no tener gran importancia... Tú sabes que yo fui impresor durante muchos años...

Castro no respondió.

–Lo sabías, ¿verdad? –insistió.

–Sí.

Santamaría levantó la tapa de la carpeta, sacó unos cuantos periódicos pequeños y los puso delante de Castro mientras le miraba fijamente a los ojos. Castro permaneció inmóvil. Sólo en la pierna derecha notó un ligerísimo temblor. Pero esto le sucedía siempre que le ocurrían estas cosas o parecidas.

–Fíjate bien.

Una pausa.

–¿Te has fijado bien? –preguntó Santamaría.

–Sí.

–Veamos, Castro, si me sacas de dudas... Fíjate, en este... Se titula «Norte Rojo», pero esto no tiene importancia... Para mí, como antiguo impresor, no tiene más que un interés profesional... Solamente profesional... Los dos se miraban fijamente.

–Mira...

Castro le siguió mirando a los ojos para no mirar donde el otro quería que mirara.

–¡Míralo!... Aquí tenemos una composición que si la han hecho a mano está maravillosamente hecha: pero si la han hecho con linotipia esta deficientemente hecha... Aquí tenemos una cabeza de veinticuatro puntos que es demasiado pequeña... Y aquí otra de cuarenta y ocho puntos que es demasiado grande para el tamaño de este periódico. ¿Le han hecho profesionales?... ¿Le han hecho aficionados?...

Y le miró.

–¿Qué piensas tú de todo lo que te ha preguntado?

–Nada.

–¿Cómo es posible que tú que piensas tanto no pienses nada sobre esto?

–Es que de eso no entiendo.

–¿Nada?

–Nada.

No vio llegar aquel puño cerrado que se estrelló contra su cara. Le encontró desprevenido y no pudo conservar la postura. Hombre y silla cayeron al suelo. Y siguió en el suelo atento al nuevo golpe. Sin pretender levantarse para evitar que le hicieran la «rueda».

Santamaría se levantó y se detuvo delante de él.

–Lo lamento... Estos hombres suelen ser un poco impulsivos. Pero, puedes levantarte... Nadie te pegará... Ellos no han comprendido todavía que se trataba de una conversación sin trascendencia.

Castro se levantó.

Santamaría alzó la silla.

Siéntate.

Castro se sentó.

–¿Así que no puedes sacarme de dudas?... Lo siento... Créemelo, lo siento... Cuando tengo dudas me convierto en un hombre de mal humor, irascible, al que se le olvidan las buenas maneras... ¡Mírame!

Castro le miró. Ahora no le temblaba la pierna. El temblor se producía sólo al comienzo, después nada, después era un hombre todo odioso en el que no había lugar para más.

–¿Qué ves en mis ojos?

–Nada.

–¿No ves que lo sé?... Sé que tú no eres tipógrafo. No lo voy a saber conociéndote desde hace años... Sí... Tú no eres tipógrafo... Pero tú has sido el encargado de buscar a los tipógrafos que hicieran esto... ¡Tú!... Al viejo Santamaría no le engañas.

Castro callaba.

–...no le engañas... Y esta vez te vas a pudrir en la cárcel... ¿Me oyes?... en la cárcel...

Castro callaba.

–Llevárosle.

Y Castro bajó las escaleras contando los escalones. Cuando terminó de bajar, sonrió. Los mismos que al subir. Y sonrió otra vez. Cuando volvió a entrar en el calabozo los camaradas le preguntaron...

–Nada, quería saber de qué hablábamos...

Luego sacudió el polvo del suelo con el pañuelo, se volvió a guardar éste y se acostó.

Luego el despertar en la madrugada.

Y la Cárcel Modelo.

De esto hacía doce horas exactamente... Cuando se disponía a seguir pensando en todo lo ocurrido se abrió la puerta de la celda. Se puso en pie. y vio un oficial y dos presos y delante de ellos una gran cacerola en la que había algo que humeaba.

El café.

–No tengo ganas.

La puerta de la celda volvió a cerrarse. Se sentó y encendió un cigarro. Y pensó en Rusia. La Internacional Comunista celebraba su VI Congreso. Dimitrov hablaría de todo y de España.

–¿Qué diría de España y para España?

\* \* \*

Esquema de la impotencia española. Lerroux, como jefe de gobierno, había resultado un Azaña, aunque menos hablador y menos brillante. La Confederación Española de Derechas Autónomas había resultado tras las espaldas del viejo Lerroux lo que el Partido Socialista tras las encorvadas espaldas del envejecido Azaña: capitanes Araña sin grandes vuelos. Si sobre los cansados hombros de don Manuel Azaña los socialistas habían cargado la segunda república, sin consideración hacia

aquel respirar angustioso y aquel no menos angustioso temblor de piernas, sobre los mucho más cansados hombros y más débiles piernas del viejísimo don Alejandro la C.E.D.A. había cargado la contrarrevolución.

Curioso paralelismo.

Paralelismo de impotencia y cobardía.

Si las izquierdas no supieron qué hacer con la revolución, las derechas no sabían qué hacer con la contrarrevolución.

Aquéllos no supieron explotar el asco de un pueblo hacia la monarquía; éstas no sabían cómo explotar el aburrimiento de un pueblo hacia la república. A falta de un absoluto sentido de gobierno les faltó valor para dominar su miedo y frenar su odio: como gobierno no supieron gobernar y como vencedores de la desdichada insurrección de octubre de 1934, fueron demasiado crueles con los de abajo y demasiado benignos con los de arriba. A los capitostes de la insurrección de octubre de 1934, cuyo fracaso los había matado políticamente, los convirtieron en héroes facilitando con ello su resurrección política; a los de abajo en vez de intentar darles alguna satisfacción que redujera su hambre y su amargura, los trataron como a fieras con lo cual aumentaron su odio, su intransigencia y el ardiente deseo de un nuevo encuentro que diera rienda suelta a la venganza. Octubre fue el comienzo.

El comienzo de la guerra civil.

El comienzo del asesinato de la segunda república porque octubre pone fin a la posibilidad de un diálogo entre los dos

principales núcleos políticos españoles de cuyos aciertos o desaciertos dependía la tranquilidad y felicidad o la guerra civil y el dolor de España.

De esta terrible crisis de impotencia que envuelve por igual a las izquierdas y a las derechas sólo dos fuerzas podían salir beneficiadas: los generales que querían hacer del ejército la fuerza política dirigente de España, y el Partido Comunista que aspiraba a convertir a España en la segunda república soviética del mundo.

\* \* \*

Mientras tanto, representantes del Partido Comunista de España, discuten con Dimitrov y Manuilski la nueva estrategia; mientras tanto los partidarios del cuartelazo buscaban en Roma y Berlín la ayuda política y militar que podía llevarlos al poder.

Azaña terminaba «Mi revolución en Barcelona»; Largo Caballero desgastaba sus pantuflas por los tranquilos corredores de la galería de políticos de la Cárcel Modelo de Madrid. Don Indalecio perfeccionaba su francés en Francia. Los segundones no decían ni pío.

Manuilski dejó la pipa sobre la mesa y miró a Dimitrov. Dimitrov dejó la pipa sobre la mesa y miró a Manuilski. Togliatti se pasaba la mano por la barbilla y no miraba a nadie.

Stalin llamaba.

Stalin ordenaba.

Y Dimitrov y Manuilski convocaron precipitadamente al VII Congreso de la Internacional Comunista que, como siempre, habría de celebrarse en Moscú.

¿Qué ocurría?

O mejor dicho, ¿qué había ocurrido?

Japón hacía la guerra a China después de haberse apoderado de Manchuria; Hitler había ocupado el poder en Alemania, destrozando al Partido Comunista Alemán; y sus ideas de desquite habían agudizado las relaciones internacionales en Europa; la retirada de Alemania y Japón de la Sociedad de las Naciones había dado vida a una terrible y angustiosa carrera armamentista. Y sobre la significación de todos estos acontecimientos, Stalin no tenía dudas.

Y comenzó el VII Congreso de la Internacional Comunista.

No se dijo que una doble amenaza se cernía sobre la URSS: en Extremo Oriente, de parte del Japón; en Europa de parte de Alemania, regida ya por Hitler y sus S.S.

No se dijo tampoco que la Internacional Comunista había sufrido la más grande derrota de su vida.

No.

No se dijo.



Y, sin embargo, el triunfo de Hitler en Alemania había sido una derrota del comunismo en la que no se había salvado ni el honor a pesar de la actitud de Dimitrov, exigida por Stalin para ocultar la responsabilidad de Moscú en todos los tristes acontecimientos de 1933 en Alemania.

Porque la subida de Hitler al poder había demostrado tres grandes errores de Moscú.

El gran error de considerar como enemigo principal e inmediato de la revolución a la socialdemocracia y de concentrar sobre ella todos sus golpes.

El gran error de considerar al fascismo como un movimiento sin perspectiva.

El gran error de considerar que el Partido Comunista Alemán estaba en condiciones de lanzarse al asalto del Poder y de que la clase obrera alemana había hecho suya la consigna de Moscú de: «Todo el poder a los soviets».

Un error de cálculo.

Un terrible error de cálculo.

No.

No se dijo nada de esto.

Pero el hecho de que la consigna principal del VII Congreso de la Internacional Comunista fuera el Frente Único proletario —ya no condicionado—, y el Frente Popular antifascista

–tampoco condicionado–, evidenciaba el terrible fracaso de Moscú que tan caro estaban pagando los trabajadores alemanes y que tan caro tendría que pagar después Europa entera...

Le ahogaron.

\* \* \*

Los delegados de España regresaron.

Las resoluciones del VII Congreso de la Internacional Comunista llegaron hasta el último militante; la discusión para la aplicación de las consignas del VII Congreso absorbieron la actividad de los comunistas durante algunas semanas...

Hubo alguien que hizo objeciones.

Pablo Yagüe, en Madrid, planteó el problema de que las resoluciones del VII Congreso eran un gran viraje.

\* \* \*

«El 219 a comunicación».

Castro se levantó del camastro y esperó a que la puerta de la celda se abriera. Luego comenzó a caminar detrás de un ordenanza de la galería, maricón y chivato que renqueaba al andar y escupía constantemente.

En los locutorios le esperaba el abogado «socialista» de la calle Imperial, convertido en enlace de los comunistas presos con la dirección del Partido.

–Salud.

–Salud.

Y los dos miraron para ver si alguien escuchaba.

–Yagüe no comprende muy bien las resoluciones del VII Congreso. Considera que son el producto de grandes errores de la Internacional Comunista y sobre todo del triunfo del fascismo alemán.

–¿Y...? –preguntó Castro.

–Tienes que escribir varios artículos sobre la justeza de las resoluciones del Congreso.

–¿Y...? –volvió a preguntar.

–El Partido está gestionando tu libertad.

Se quedaron un momento callados.

Y luego:

–Salud.

–Salud.

Cuando Castro abandonó el locutorio el oficial de la galería le esperaba.

–Desnúdate.

–Ya.

–Vístete.

–Ya.

Y regresó a su celda, Y cuando se hizo de noche, cuando se apagaron las luces de las celdas –eran las nueve de la noche–, encendió una vela y comenzó a escribir: «La Internacional Comunista nos ha dado una vez más la fórmula de la victoria. La clase obrera debe unirse; a la clase obrera deben unirse las fuerzas republicanas. Sólo así podremos vencer a los que nos derrotaron en octubre no por su fuerza, sino por nuestra falta de unidad...»

Al otro día el primer artículo salió a la calle.

Y otro.

Y otro más.

Sabía que sin mencionarle estaba golpeando a Yagüe, a quien quería fraternalmente...

Pero...

Yagüe era solamente Yagüe. Uno. El Partido era: todos y todo. Siguió pensando en Pablo Yagüe... Al principio sintió una

pena que le hacía blasfemar... Después comenzó a preguntarse: «¿Cómo puede haber olvidado Yagüe que Stalin nunca se equivoca?... ¿Cómo puede haber olvidado que la Internacional Comunista siempre tiene razón?... Lo siento... Lo siento mucho... Y no me lo tomes a mal, Pablo, pero yo debo hacer contigo lo que tú estarías obligado a hacer conmigo, si mañana mi posición estuviera frente a los intereses del Partido»...

Después.

Después se quedó tranquilo.

Terriblemente tranquilo. Y cuando salía al patio y veía a Martínez Cartón con la obsesión de organizar un cursillo para estudiar «El Capital», de Marx, se alejaba; y cuando veía a Agustín, el carnicero de los barrios bajos aprendiendo palabras en alemán se alejaba; y cuando veía a «El Campesino» hablar de la revolución como si fuera un familiar suyo se alejaba un poco más...

Frente Único Proletario.

Frente Único Antifascista.

Sólo para esto se debía vivir.

Esto era el eslabón de la cadena de que Lenin había hablado.

«El 219... Comunicación».

–Salud.

–Salud.

Y miraron para ver si alguien podía escucharlos.

Y el otro comenzó a hablar.

–De un momento a otro el Partido va a conseguir tu libertad... ¡Tres mil pesetas, Castro!... Cuando salgas habrá un taxi ante la Cervecería «El Laurel de Baco»... Tómale... Es un camarada... Pero luego déjale y procura que la policía no te localice.

–Y el contacto...

–Al otro día de que te pongan en libertad, en mi despacho a las nueve de la noche.

Y pasaron los días.

«El 219... con todo lo que tenga».

Castro abandonó la celda... Poco después salía a la calle... Miró al cielo y respiró fuerte. Cruzó rápido y se metió en un taxi.

–Salud, Castro.

–Salud.

La marea revolucionaria comenzaba a subir de nuevo.

Ángel Herrera a través de «El Debate» intentaba cada día dar un poco de oxígeno a la coalición gubernamental que se había

formado el 4 de octubre de 1934 con tres miembros del Partido Radical, tres de la C E. D. A., dos del Partido Reformista y uno del Partido Agrario.

Pero, era inútil...

La contrarrevolución se había equivocado.

Gil Robles se quedó en Gil Robles.

La contrarrevolución carecía de caudillo. O al menos se había equivocado al elegirle.

Don Niceto Alcalá Zamora tenía demasiada experiencia para no comprender que su ensayo de aplastar la revolución de 1934 no había pasado de ser un ensayo desafortunado y sangriento. Y comenzó a buscar la salida a la situación. Una salida que no comprometiera su puesto de Presidente de la República. Era preciso retroceder en espera de una mejor ocasión. Y don Niceto retrocedió lo más despacio que pudo, pero retrocedió. El gobierno encabezado por Portela Valladares, no era más que la expresión física y política de esta nueva maniobra del hombre que quería vivir con Dios y con el diablo, si del diablo dependía su permanencia en el Palacio de la Plaza de Oriente.

Mientras tanto la táctica adoptada por el VII Congreso de la Internacional Comunista comenzaba a pasar del campo de la teoría al campo de la práctica.

La idea del Frente Popular comenzaba a penetrar en las masas.

\* \* \*

Pero el Frente Popular era todavía un personaje clandestino en la vida política española.

Había que comenzar a hablar en voz alta.

Castro propuso en una reunión del Comité Provincial del Partido, la necesidad de editar un semanario legal que siendo comunista no lo pareciera. Que hablara del Frente Popular, de la amnistía, pero de forma que la censura no tuviera pretexto para suspenderle. Se aprobó la idea. A los pocos días el semanario era una realidad.

«Pueblo».

Con un tal Carnero, con Masferrer y Cantó y él se llevó a cabo la tarea. Ramón J. Sender dio los primeros capítulos de una novela que debería ser la biografía de la miseria y tragedia de la clase media española.

«Pueblo».

Para tantear a la censura se empleó una táctica que dio magníficos resultados, se enviaban al gobierno civil con Carnero varios artículos estridentes y entre cada grupo de éstos uno moderado en la forma, pero fundamental en el fondo. El censor se volcaba sobre los que hablaban de la revolución, de la represión en octubre, pero dejaba pasar aquellos de un lenguaje discreto; a veces hasta un poco cursi...



Y fueron pasando los días...

Los socialistas se resistían al Frente Popular. El hecho de que tal idea hubiera nacido en Moscú les hacía desconfiados. Pero ni ellos ni los republicanos tenían otra cosa mejor que ofrecer. El acoso de los comunistas se hacía cada vez más brutal. Hablaban a las masas del Frente Popular y emplazaban a los dirigentes a que se definieran...

Ellos callaban.

Un día Castro recibió una cita.

José Díaz le esperaba.

–Vamos a organizar un mitin importante en Madrid sobre los problemas del Frente único Proletario y del Frente Popular Antifascista. La situación no permite todavía que intervenga un miembro del Buró Político, Y hemos, decidido que tú hagas la intervención fundamental. Hablará Martín por las Juventudes, tú por el Partido y Bolívar como diputado. Pero tú serás el encargado de exponer nuestra línea política actual.

–De acuerdo.

Se hizo una gran propaganda. El mitin se celebró en el Cine Pardiñas, propiedad de un socialista.

Miles de gentes.

Pero lo más importante: entre estos miles de gentes, cientos de dirigentes republicanos y socialistas.

Castro había preparado su intervención concienzudamente. No se trataba de agitar sino de convencer, de emplazar, de acorralar a los socialistas y republicanos de forma que no pudieran sustraerse a la cada vez más fuerte presión de sus propias masas. Quitar el miedo o la desconfianza de las gentes hacia el Partido Comunista, aparecer más republicanos que los republicanos, mostrarse como gentes que se habían olvidado de la revolución y para los que lo fundamental era la libertad de los presos y el restablecimiento de la legalidad republicana.

Engañar.

Simplemente engañar.

–Sí.

«...Para que una mentira sea útil debe parecer verdad».

Habló durante dos horas Con una gran frialdad. Era volcar y volcar argumentos sobre aquella masa silenciosa y, sin decirlo abiertamente, decir a los socialistas y republicanos que sus errores en octubre y antes habían permitido a la contrarrevolución descargar su odio en Asturias, rectificar lo poco que se había hecho en el primer bienio...

Era...

Era un decirles sin decirles que ellos eran los responsables de las desdichas que sufría España desde 1931.

Mientras hablaba Castro observaba. La gente permanecía inmóvil, silenciosa. No había aplausos, pero había un escuchar de ansia.

Sí.

Había callado.

Y cuando al final dijo:

«O Frente Popular o tendremos que asistir al entierro de la segunda república... O Frente Popular o tendremos que presenciar cómo los presos agonizan en todas las cárceles de España... O Frente Popular o tendremos que presenciar en España cosas muy parecidas a las que hemos visto en Italia o Alemania... No se trata de que seamos nosotros los que propongamos al Frente Popular... Se trata de si el Frente Popular es el medio de acabar con la situación de hoy... No se trata, camaradas de asaltar la república, se trata solamente de que los republicanos gobiernen la segunda república. ¿Es pedir mucho?...»

Una gran ovación.

Castro se sentía satisfecho.

–Has estado bien, Castro –le dijo José Díaz.

–De acuerdo, Castro –le dijo Pablo Yagüe.

Y se acabaron los titubeos de los dirigentes republicanos y socialistas.

El 15 de enero de 1936 se dio a los periodistas el Pacto Electoral Firmado por Izquierda Republicana, Unión Republicana, Partido Socialista, Unión General de Trabajadores, Partido Comunista, Federación Nacional de Juventudes Socialistas y Partido Obrero de Unificación Marxista.

La trampa.

Pero ¿quién pensaba que aquello era una trampa a través de la cual los comunistas habían logrado reagrupar las fuerzas obreras y de la pequeña burguesía republicana, pero metiéndose entre ellas ya como «alguien»; una trampa a través de la cual el Partido Comunista había dejado de ser el pariente pobre en la vida política española; una trampa a través de la cual el Partido Comunista se había metido de rondón en la propia casa de socialistas y republicanos?

Nadie.

\* \* \*

Portera Valladares seguía ablandándose.

Y apareció «Mundo Obrero».

Se instaló la redacción y talleres en la calle de Galileo, esquina a la de Rodríguez San Pedro. La redacción en el primer piso y los talleres en la planta baja.

Castro fue llamado a trabajar como redactor.

Fue nombrado director Jesús Hernández. Y como redactores: Manuel Navarro Ballesteros, Eusebio Cimorra, Mariano Perla, César Falcón, Irene Falcón, Serrano Poncela (socialista). Luis Sendín que hacía a la vez de formador, Paco Mayo como fotógrafo. Santiago de la Cruz y Castro. Como secretario de redacción estaba un tal «Gonzalito». Y como corrector trabajaba Isidro R. Acevedo, uno de los fundadores de la Unión General de Trabajadores y del Partido Comunista. Se entraba a las nueve de la mañana y se salía a las tres de la tarde. Se trabajaba mucho y se comía poco, porque el administrador, un hombre nacido en Melilla, antiguo autor teatral y padre de un escultor que hizo el proyecto para glorificar el desembarco de Primo de Rivera en Alhucemas, tenía orden de «con lo que sobrara» pagar a los redactores.

Era una redacción de periodistas y de hombres del Partido. Es decir: una redacción de llenar y de decir.

Había los que escribían solamente. Y había los que escribían y daban «línea política»; los periodistas a secas y los periodistas del Partido.

Serrano Poncela hacía la información de las Cortes. Escribía bien. Era serio, limpio y hasta elegante en el vestir. Pero era socialista, aparentemente uno más, pero en el fondo se desconfiaba de él, se le odiaba un poco porque de hecho era un pequeño traidor aunque muy útil. Se sentaba a la derecha de Castro y cuando a éste le subían el café de un bar de enfrente procuraba siempre salpicar el traje azul e impecable de Serrano Poncela. Era la expresión de una mezcla de desprecio, de odio y de envidia.

Estaba después el matrimonio Falcón. Alto e indio él, indolente hasta la saciedad, pero buen periodista. Era de esas gentes que nunca encuentran su cobijo, que despreciaba en el fondo a todos los demás porque no eran «intelectuales» y que no perdonan al Partido que no le hubiera nombrado candidato en las elecciones de 1933, ni que no le hubiera hecho miembro del Buró Político. Era ambicioso, intrigante, pero de una cobardía personal y política que daba asco. Su mujer era... una pizca de mujer, algo así como una pequeña serpiente que buscaba todos los requisitos para entrar; aduladora y servil; con una sonrisa que era una mueca y con un rencor que no se sabía dónde acababa.

Él hacía la información extranjera. Ella unas crónicas de Londres y París que escribía allí mismo, después de leer «ABC», «El Debate» y «El Sol».

Cimorra y Perla hacían la información general.

Hernández y Navarro Ballesteros los editoriales.

Un tal De la Cruz la información general.

Luis Sendín reseñas de las actividades juveniles.

Y Castro la segunda plana del periódico la dedicada a las luchas económicas en la ciudad y en el campo. Y un editorial sobre estas luchas que era como curso preciso para saber llegar a lo que Castro sabía que tenía que llegarse alguna vez: a la huelga general, a la insurrección armada, a la toma del poder.

La marea revolucionaria seguía creciendo.

Castro escribió una serie de artículos bajo el título general: «De los Comités de Fábrica a los Soviets». Los firmó con un viejo seudónimo que no era más que su segundo nombre y su cuarto apellido: Alberto Monroy. Lo hizo porque veía venir los acontecimientos; porque sabía que o la revolución se adelantaba o la contrarrevolución se lanzaría a un nuevo asalto de la república, asalto al que la experiencia, el miedo y el odio debería hacer definitivo.

\* \* \*

Falange Española y de las J.O.N.S., había crecido demasiado en los tres años que realmente tenía de vida. En realidad se había convertido en el refugio de una parte de la juventud universitaria, de algunos pequeños sectores obreros y de no pocos aventureros, a los que la mediocridad de su vida les empujaba a buscar nuevos alicientes. Era, en realidad, en gran parte un montón de desesperanzados en la república y desesperanzados también en los partidos de derecha, cuya «convivencia» con la república no la comprendían ni como táctica y les producía asco.

El Partido Comunista cometió un error.

El mismo error que el de los comunistas alemanes.

Despreciar a la Falange.

Cierto que hablaba del fascismo y contra el fascismo día y noche. Pero el fascismo para él lo personificaban Calvo Sotelo y Gil Robles, más aquél que éste. Cuando no la propia socialdemocracia, a la que no nace mucho llamaba socialfascista. Y no se dio cuenta que una nueva fuerza política estaba creciendo en el país. Una fuerza política cuya raíz era la impotencia española, no tanto por el fracaso de la revolución y de la contrarrevolución sino por el fracaso de España misma, por su impotencia para organizar su vivir y su crecer. Su jefe, José Antonio Primo de Rivera, hijo del viejo dictador al servicio de Alfonso XIII, que murió de vejez y de pena en Francia, era en realidad, desde su punto de vista, la protesta contra lo que él llamaba la catástrofe nacional, contra la mediocridad de una vida sin horizontes, contra el enanizarse constante de España.

Apoyándose en esto, frente a la desnacionalización o desespañolización de los partidos obreros que no habían sabido tocar este resorte emotivo de las masas, frente a la romántica estupidez de los partidos republicanos supo crear una mística y con ello atraerse a no pocas gentes.

Gentes, en que aparte de enseñarles el ideario de Falange, las enseñó a luchar; dando a su movimiento un sentido de cruzada.

Y supo hacerlo bien porque era inteligente, buen orador, hijo del general Primo de Rivera, al que se le concedían las glorias de haber acabado con la guerra en el Marruecos español y haber hecho la mejor vía de carreteras de España, y también porque supo explotar como nadie el sentimiento nacional, la



sicología de los españoles o de ciertas capas sociales de España.

Para los comunistas fue una sorpresa el encontrarse de pronto con un nuevo frente, cuya dialéctica esencial era la violencia, Pero ya era un poco tarde: cuando el Partido Comunista se dio cuenta del fenómeno, Falange no solamente había creado su organización política, sino también sus propias organizaciones universitarias y sindicales. Y lo que era más importante: sus grupos de choque.

La batalla no se hizo esperar.

Fue una batalla en la que ni se lloraba a los muertos, ni se admitían los lamentos de los heridos.

Se vengaba a unos y otros. Era todo.

La batalla comenzó en torno a la venta pública del órgano de prensa de Falange: «Fe»; y en torno a la venta del órgano central del Partido Comunista: «Mundo Obrero». Cuando ambos salían a la venta, comunistas y falangistas organizaban la caza recíproca. Era un herir y asesinarse en silencio. Buscar implacablemente el exterminio unos de los otros. Era la agresión y contraagresión ininterrumpida.

El Partido Comunista comenzó a preocuparse.

Castro también, naturalmente.

Se encontraba en la dirección de Falange un tal Mateos, que había sido comunista y durante cerca de dos años el secretario

de organización del Comité del Partido en Madrid. Era moreno, rechoncho, frío. Y extremeño, lo cual quiere decir que terco. Conocía perfectamente el sistema de organización del Partirlo, sus métodos conspirativos, su táctica. Fue sin duda uno de los hombres más útiles que tuvo Primo de Rivera para su lucha contra los comunistas. Porque aparte de sus conocimientos odiaba a los comunistas de la misma manera que los comunistas le odiaban. Además, su instinto de conservación le obligaba a una lucha implacable contra el Partido Comunista: Porque sabía que era un condenado a muerte, aunque sin hora ni fecha para morir.

Para el Partido Comunista llegaron a ser una obsesión estas dos preguntas:

«¿Qué hace Falange?»

«¿Cómo lo hace?»

Pero, la oportunidad de saberlo no surgía...

\* \* \*

Se encontraron en la calle de Alberto Aguilera.

–¿A dónde vas?

–A comer.

–Te estás convirtiendo en un hombre peligrosamente normal.

Se rieron los dos.

Los dos eran: Pedro Checa, el número 2 del Partido y Castro.

–¿Por qué no me acompañas a tomar café y charlamos un rato?

–Porque tengo que comer.

–Toma café, y te ahorras la comida.

Y comenzaron a caminar hasta llegar a la Glorieta de Bilbao. Y comenzaron a descender por la calle de Fuencarral. Y cuando llegaron frente al Hospicio, Checa preguntó a Castro:

–¿Dónde?

–Ese café está bien.

Era un café que había frente a los jardinillos del Hospicio. Pequeño y concurrido, al que acudían con mucha asiduidad los funcionarios del Tribunal de Cuentas, que estaba a unos cuantos metros. Era un café que había adquirido cierta fama porque uno de los camareros hablaba con frecuencia de que en una de sus mesas se había sentado muchas veces a saborear su café el propio don Manuel Azaña. Posiblemente era una mentira. Pero era un negocio. Todavía existían muchos tontos a los que Azaña deslumbraba.

Iban a dirigirse al café cuando oyeron dos pequeños gritos, dichos por alguien que si bien no quería llamar la atención sí quería que le oyeran:

«¡Castro!».

«¡Checa!».

Se volvieron.

Por las escaleras del Metro subía precipitadamente un individuo mal vestido, flaco y con los ojos desencajados. Que llegó hasta ellos y les miró con cara de angustia y súplica.

«¡Castro!».

«¡Checa!».

Castro más impulsivo contestó rápido:

«¡Hijo de puta!».

«¡Escucharme! ¡Por favor!».

«¡Hijo de puta!... Lo que haríamos de buena gana seria matarte».

«Escucharme... Lo que quiero deciros interesa mucho al Partido».

Castro se dominó. Y miró a Checa, Pero Checa solamente miraba al otro. Con un gesto de odio, de asco, pero con una interrogante en la mirada:

–¿Qué quieres contarnos?

–Puedo informaros de muchas cosas... De muchas... ¡Soy el organizador de los sindicatos falangistas entre los obreros del Metro y de Tranvías!... Puedo contaros muchas cosas. Daros nombres...

–¿Cuándo?

–Cuando queráis...

–Bien, mañana Castro te esperará en ese café de enfrente... ¡Pero ten cuidado!... Puede costarte el pellejo.

–De acuerdo...

–Entonces... ¡Vete ya!...

El otro se hundió en el Metro. Bajaba las escaleras precipitadamente, pero encogido, huidizo, casi en un correr miserable. Y volviendo constantemente la cabeza, como si hubiera sido envuelto por ese miedo que envuelve para siempre a esas gentes que se hunden en la infamia.

Checa y Castro se miraron.

–¿Qué hago?

–Venir.

–¿Crees que será útil?

–Puede serio.

–Vendré.

–Pero ten cuidado... También pudiera ser una encerrona».

–Lo tendré.

Y no tomaron café. Sin acordarse de ello se despidieron, Y cada cual a su lugar y a sus tareas.

Mientras caminaba hacia la Glorieta de Bilbao, Castro pensaba: «Mi comida... Mi café»... «¡Y todo por este c... que nos ha puesto en tensión!... Y qué nueva tarea... Asquerosa y peligrosa... Porque todo puede ocurrir: que no nos cuente nada y que me cueste el pellejo».

Y...

Siguió caminando. Pensando en que al otro día a las ocho estaría en el café. Esperando a que llegara el tipo que le producía náuseas... Y mirando a las ventanas y la puerta del café, para evitar sorpresas. Y con la pistola en la cintura, con una bala en la recámara, dispuesta para ser usada en unos segundos en una fracción de segundo. Porque Castro no queda morir, aunque no le importara morir mañana, cuando el incendio envolviera a España.

\* \* \*

Sabía que se llamaba Calero, que había estado en la Legión Extranjera de donde había desertado y que meses después

apuñaló en la iglesia de la calle de la Montera a su novia, por lo que fue enviado a la Cárcel Modelo, con muchos atenuantes porque fue calificado como un anormal, como un paranoico envenenado por terribles aberraciones sexuales. Castro lo conoció en la cárcel. Pero nunca le prestó atención; para él no había más que un apuñalamiento justificado, el de la contrarrevolución.

Un día.

El otro se acercó a él.

–Quiero hablarte.

Le miró. No supo por qué, pero sintió asco. Un asco que salía muy hondo. Un asco mezclado con un gran desasosiego; algo como si ante sí tuviera una víbora.

–¿Qué quieres?...

–Pedirte un favor.

–¿Y por qué es a mí a quien te acercas para pedir un favor?... Aquí tienes mucha gente que, quizá, te lo hiciera de mejor gana que yo...

–Lo sé.

–¿Entonces...?

–Yo estoy solo... Terriblemente solo... Ni familia ni camaradas... Peor que un perro, mil veces peor que un perro...

Esto hace más terrible mi estancia aquí... Yo sé que hay otra vida fuera de aquí... Pero es una vida que no veo... Sólo veo mi celda, el patio, los celadores, los muros rojos que me cierran todos los horizontes... Los centinelas que me recuerdan que no hay salidas... ¿Te das cuenta?... Vosotros sois vosotros: tenéis vuestros camaradas dentro y fuera de aquí; los ladrones también tienen sus camaradas dentro y fuera de aquí...; Camaradas de fuera que les vienen a ver, que les recuerdan el mundo exterior, que les dan esperanzas...

–Sí.

–Yo a nadie.

–Y...

–Yo estoy más muerto que los muertos mismos.

–¿Y qué quieres?

–Un favor... Un pequeño favor... Que a quien venga los domingos a comunicación le pidas que me saque a mí también... No te molestaré... Me iré a un locutorio cualquiera... porque lo único que quiero es ver a los de fuera para recordar que la vida no es todo esto sólo. ¡Para no volverme loco!... ¿Es mucho lo que te pido?

–¿Acaso tú mereces mucho?

–Compasión.



–Está bien. No sé muy bien qué es eso... No me interesa saberlo tampoco... Para mí la vida no es compadecerme, sino no compadecerme... Pero, esto tú no lo comprenderás jamás.

–¿Me sacarás?

–¿No serás un chivato?

–No... ¡No!... Soy un hombre que agoniza sin querer agonizar.

–Está bien.

Domingo.

Comunicación. Castro salió a los locutorios y habló lo que pudo con los camaradas... Lo de siempre: «¿Qué pasa?... ¿Qué dice el Partido?... ¿Se acerca la hora?». Y cuando los otros le dejaron para ir a hablar a otros, se recostó en la pared y encendió un cigarro. Y miró. Por mirar solamente. Y vio a Calero. Encogido, minimizado, con las manos en los bolsillos del pantalón y mirando fijamente a las mujeres que hablaban con su compañero de locutorio. Y siguió mirando... Y mirando... Que era una manera de consumir el tiempo... Hasta que vio que el hombre que hablaba con las mujeres se volvió hacia Calero, para empezar a golpearle violentamente. Calero no se defendía. Hundido en sí mismo soportaba los golpes como si éstos no fueran dados a un hombre, sino a un muerto. Hasta que llegaron los celadores y le sacaron de las manos del otro.

Castro sólo vio. Aunque le pareció oír al otro:

«Hijo de puta».

«Cerdo».

Pero, no estaba muy seguro.

Y un día... Y otro día... Calero le rehuía... Él ni se daba cuenta de que Castro en un afán por satisfacer su curiosidad buscaba encontrarse con el otro, con el que golpeó. Hasta que una mañana, harto ya, no esperó más. Se puso frente al otro y le miró. Era un ladrón profesional y hasta se decía que un asesino. Taciturno, con un mirar extraño. Y una nariz aguileña sin nada de humano. Y unas manos delgadas y pálidas que colgaban de unos brazos muy largos. Y un caminar encorvado. Y tosiendo con frecuencia; y escupiendo cada rato y entreteniéndose en pisar su saliva o sus esputos, que nadie sabía bien qué era...

«Escucha».

El otro siguió andando.

«Escucha».

El otro se paró en seco y dio la cara. Y sus dos manos se hundieron en sus bolsillos como si rápidamente quisieran encontrar algo.

«¿Qué?»

«¿Por qué pegaste a Calero?»

«¿Quién es Calero?»

«El que estaba contigo en el locutorio».

«Te importa mucho».

«Mucho no... un poco»

Estaban casi juntos. Hasta Castro llegaba el aliento podrido del otro. «¿Acaso eres otro hijo de puta como él?»

Al oír el insulto Castro se estremeció. Se acercó un poco más. Casi pegó su cara a la cara del otro. Y haciendo un esfuerzo para contenerse habló. Dejaba escapar las palabras entre los dientes, que apretaba en un esfuerzo por dominarse:

«Escucha...»

«Escucha bien lo que voy a decirte, a pesar de que sé que tienes la navaja en la mano escondida esperando el momento... Escucha: sólo dos hombres en la vida me han llamado hijo de puta... Sólo dos: Martín Báguenas, el jefe de la Brigada Social y tú... Dos solamente... Y a los dos os recordaré siempre, hasta que llegue ese momento que me permita haceros escupir esas palabras con sangre... ¿Me oyes?... ¿Me oyes bien?»

«Te oigo».

«Pues no lo olvides... Pero, mientras tanto acerca tu oído a mí que voy a decirte una cosa que me quema adentro».

El otro acercó un poco más la cabeza. Castro tomó aliento. «Hijo de puta... ¿me oyes?... Hijo de puta tú... Mil veces hijo de puta... Y ahora saca ya tu arma».

El otro sacó la mano del bolsillo y agarró a Castro de las solapas.

«Suelta».

«Repítelo».

«Sí... Lo repito: hijo de puta... Mil veces hijo de puta. Si te divierte escucharlo te lo estaré diciendo día y noche y muchos días y muchas noches».

El otro apretó su garra.

Castro le miró.

El otro le soltó.

«¿Por qué le pegaste a Calero y no te atreves a pegarme a mí? ¡Di!».

«Le pegué, sí... Pero de buena gana le hubiera matado, miserable abogado de ratas... Porque lo que Calero hizo basta y sobra para obligar a un hombre a matar... ¿Sabes lo que hizo, gran cabrón?»

«No».

«Pues mientras yo hablaba con mi mujer y mi hija, él las miraba y mientras las miraba se masturbaba como un mono: una, dos, no sé cuántas veces... Y no me di cuenta, hasta que el gran hijo de puta suspiró como un cerdo... ¡Ya lo sabes, cabrón, ya lo sabes...! Pero, además de esto debes saber otra cosa:

cuídate... Pues te mataré con más gusto que a esa mierda que has defendido».

«Tú también cuídate... Pues para mí sería un gran placer matarte, pero matarte pateándote para hacer tu agonía más larga».

Y se separaron.

No volvió a hablar a Calero, ni quería acordarse de él. Y era ahora, años después, cuando este hombre aparecía otra vez en su vida, era con este hombre con el que tenía que sentarse a la misma mesa, tomar café, dialogar.

Pensó en el Partido.

«Iré».

Y fue.

Pero cuando Castro entró en el café y se sentó frente al otro, Castro ya no era un hombre: Castro era una tarea.

Habla.

–¿Qué quieres saber?

–Lo que sepas de Falange.

–¿Cuánto?

–Habla.

–Sin fijar el precio no hablaré.

Ahora fue Castro el que preguntó:

–¿Cuánto?

–Para vivir y huir cuando llegue el momento de huir.

–De acuerdo... Pero no olvides que el Partido es pobre.

–El Partido es rico.

–¿Por qué dices eso?

–Porque Moscú es rico.

Castro simuló que no había oído.

–¿Qué puedes decirnos?

–Puedo decirnos quiénes son los dirigentes de Falange en toda España; y en dónde viven; puedo decirnos qué falangistas trabajan en las universidades, en las fábricas, en los sindicatos, en vuestro propio partido; puedo advertiros con tiempo en dónde y cómo vais a ser atacados...

–¿No ofreces demasiado?

–No.

–Bien, mañana nos veremos a las ocho, detrás del Hospital Obrero... Procura llevar todos los datos que puedas... ¿De acuerdo?

–Y tú, ¿llevarás dinero?

–Sí.

–¿Y ahora no puedes darme nada a cuenta?

Castro le miró un momento. Después anduvo en sus bolsillos. Contó el dinero que tenía y le dio diez pesetas.

–Para vivir hasta mañana tienes.

Y se levantó de la mesa; ya de pie llamó al camarero y pagó. Luego miró al otro y lentamente se dirigió hacia la puerta. El otro comenzó a seguirle como un perro.

–No... Tú cinco minutos después que yo.

El otro retornó a la mesa, se sentó y comenzó a mirar un reloj grande que había en la pared de detrás del mostrador. El camarero le miró un poco sorprendido del regreso, pero no tuvo tiempo para mirar mucho: era una de las horas de cada día en la que la holgazanería española tomaba café.

\* \* \*

En la redacción de «Mundo Obrero» sólo se oía el teclear de las máquinas.

«¡Castro!».

Dejó de escribir y salió al pasillo. Mena, el conserje del periódico, viejo minero y pistolero en Bilbao durante muchos años, le hizo una seña para que se acercara.

Se acercó.

–Pepe Díaz quiere verte.

–A las cinco de la tarde en...

Regresó y continuó escribiendo... «¿Para qué me querrá?»... A las dos de la tarde entregó los últimos originales y bajó al taller. Acevedo, con su barba y su atendedor, como un gran patriarca, correría las pruebas de galera, mientras carraspeaba constantemente. Sendín indicaba a los cajistas la formación de las páginas. Y un aprendiz, recostado en una columna, leía una novela sin importarle ni el periódico ni la revolución. Abandonó el taller. Y se fue a comer a la calle del Cardenal Cisneros, a una casa de comidas modesta, en donde por una peseta y diez céntimos daban una sopa, un par de huevos fritos con tomate y media libreta de pan.

Comió.

Y se entretuvo para hacer tiempo en apartar a las moscas que también querían comer. Luego abandonó aquel figón y se fue andando muy despacio hasta el lugar de la cita: en la Glorieta de San Bernardo, en la esquina que estaba frente al Hospital de la Princesa, en un bar en el que a esa hora sólo iban parejas a las que no interesaba más que el amor y la carne.

Le vio entrar.



Sentarse en su mesa y pedir café.

–Cuéntame.

Y Castro le contó todo.

–¿Cuándo le verás?

–Hoy, a las ocho de la noche.

–¿Vas armado?

–Sí.

–Sería mejor que no llevaras armas.

–¿Por qué?

–Lo importante es que hable... Matarle o no matarle es secundario para el Partido... ¿Comprendes?

–El arma no la llevo por él... Es por si los falangistas nos descubrieran... Estoy seguro que nos achicharrarían a balazos.

–A pesar de eso, Castro... Un arma en tus manos haría aparecer el hecho como un choque más entre comunistas y falangistas... De la otra manera la cosa se podría presentar como un doble asesinato político... Explotarlo para obligar al gobierno a iniciar la ofensiva contra Falange. ¡Es claro, Castro, clarísimo!

Para Castro no era del todo claro eso de dejarse matar para dar al Partido un nuevo argumento que acabara con las

vacilaciones del gobierno, pero se dio cuenta de que el problema no admitía discusión.

–De acuerdo, Pepe.

Porque frente al jefe no se pensaba.

Se obedecía.

Y se despidieron.

\* \* \*

–Hola, Castro.

–Hola, Calero.

La noche por aquellas callejuelas parecía más noche que nunca. Sólo algún transeúnte, de caminar rápido, e indiferente a todo menos a su caminar; y parejas de novios a los que no importaba nada que no fuera ellos.

–Sígueme.

–¿Adónde?

–A un sitio en donde podamos hablar tranquilos.

–¿Lejos?

–Cerca.

Y comenzaron a andar. Y a salir de la oscuridad. Fue entonces cuando Castro volvió a hablar:

–No camines a mi lado. A mi altura, pero separado de mí... Y a mi derecha...

Y la Glorieta de Cuatro Caminos.

Y la calle de Bravo Murillo.

Castro había elegido una casa en la que vivía una muchacha miembro del Partido que era taquígrafa y que trabajaba en unas oficinas del gobierno. Y llegaron a la casa. Y se sentaron frente a frente. Y al lado de Calero, la muchacha con un lápiz y un montón de cuartillas.

Comienza...

–¿Cuánto vas a darme?

–Primero habla... Después valorizamos lo que has dicho.

–O cien pesetas o no hablo.

–Habla, c... habla o te voy a romper la cara hasta que no te conozca ni tu propia madre.

–Quieren matarle...

–¿A quién?

–A Medina o Codovila. Al representante de Moscú.

–¿Cuándo?

–Mañana al entrar en su casa.

–¿Cuál es su casa?

–Al final de la calle de Alcalá... Casi en la desembocadura con la calle de Hermosilla.

Castro no respondió. Sacó un billete de cien pesetas y lo tiro sobre la mesa. El otro alargó la mano. Lo tomó y después de mirarlo unos momentos se lo guardó.

–¿Nada más?

El otro no contestó. Se había acercado mucho a la muchacha y respiraba angustiosamente. Ella con un rubor que era sangre, tenía la cabeza caída sobre el pecho y sus ojos clavados en las cuartillas.

–¿Nada más? –y esta vez casi gritó.

El otro levantó la cabeza sorprendido, como si despertara de un sueño maravilloso. Y miró a Castro.

–¿Qué me decías?

–Que si nada más, cerdo.

–No... Nada más... Y es mucho por cien pesetas.

–Cínico... C... De qué buena gana te patearía...

–Lo sé... Pero también sé que no puedes hacerlo... Al Partido le interesa más lo que todavía pueda decir... ¡Y tú no tienes c... para desobedecer al Partido!

–Hijo de puta.

–Lo que quieras, Castro. Pero a este hijo de puta le tendrán que rogar durante muchos días aún...

–¡Vete!

–Sí.

–Y mañana en el mismo sitio que hoy.

El otro se levantó. Castro también. Y se acercó a la muchacha. Y pasándole la mano por el pelo habló.

–¡Horrible!, ¿verdad?

–Asqueroso, Castro.

–Lo comprendo, camarada... Pero el Partido es más importante que nuestro asco. ¡No te preocupes, camarada!... Si para que suelte la lengua es necesario que soportes ciertas porquerías, sopórtalas... ¡La revolución compensará todos nuestros sacrificios!

–Quizá tengas razón.

Y se fue.

Rápidamente estableció contacto con Pedro Checa. La conversación duró unos minutos. Después se separaron. Al otro día «Mundo Obrero», en grandes titulares, hablaba del crimen que preparaba Falange. Pero no hablaba del hombre de Moscú: hablaba de Paco Galán, de la Pasionaria y otros miembros destacados del Partido. La información la escribió Navarro Ballesteros. Y le felicitaron.

Y humildemente agradeció la felicitación.

\* \* \*

Días y días «Mundo Obrero» informaba al país de las reuniones de la dirección de Falange, de sus acuerdos, del nombre de sus dirigentes, de sus asesinos profesionales.

Falange empezó a tener miedo.

Calero también.

Sólo vivía para sofaldar a la pobre muchacha que en nombre de la revolución aguantaba todo; y para pedir a Castro dinero para huir.

–Tu huida será tu muerte.

–¿Por qué?

–Hasta ahora no saben quién habla... Si huyes lo sabrán... ¡No te olvides de eso!

–Quiero irme.

La muchacha cada vez que oía que Calero quería huir parecía sonreír. El asco y la angustia se hacían cada vez más fuertes en ella. Porque Calero en su desesperación, en su afán de huir del miedo, buscaba enloquecerse con la carne blanca de aquella muchacha que estoicamente dejaba que las manos de Calero llegaran donde quisieran.

–Quiero irme.

–Es tu muerte.

–También aquí moriré... Huyendo de aquí tengo la esperanza de salvarme... ¡Ayúdame, Castro, ayúdame!

La muchacha miraba a los dos.

–Puedes irte, Calero.

–¿Así?

Castro tiró sobre la mesa varios billetes... Calero los cogió frenético y se dirigió a la puerta.

–Espera –dijo la muchacha.

Y Calero esperó.

Y ella se fue acercando poco a poco, mirándole fijamente, mirando más que a sus ojos sus manos que eran las que habían herido sus carnes Y cuando estuvo frente a él, levantó la cabeza, le miró fijamente, levantó una de sus manos hasta

llegar a la barbilla de él. Y delicadamente le levantó la cabeza. Y cuando sus ojos estuvieron frente a sus ojos, su boca frente a su boca le lanzó un salivazo en plena cara... Y retirándose un poco habló.

–Sí... Porque tú no eres deseos. Tú eres mierda... Mierda... Y me has manchado, me has manchado para toda la vida, porque cada vez que se acerque un hombre a mí, me acordaré de tus manos, de tu mirar, de tu aliento... Y preveo ya lo que ocurrirá: no podré... ¡no podré!... Porque tú me has envenenado de asco...

Castro miraba en silencio.

Luego le vio salir.

Y oyó el portazo de la puerta.

–Perdona, camarada... No debí pedirte tanto.

–¡El Partido tiene derecho a todo!... ¡A todo!...

Y rompió a llorar.

Castro salió a la calle. Primero escupió. Una vez, dos, muchas veces. Luego respiró profundamente. Y comenzó a andar como si saliera de una horrible pesadilla.

«Un buen trabajo, Castro».

Castro sonrió.



A los dos días la prensa de Barcelona dio la noticia de que un hombre había aparecido muerto en las Ramblas. Y que se llamaba Calero. Y nada más. Y Calero y la náusea desaparecieron de la memoria de Castro.

\* \* \*

Sábado.

Madrid está serio. España es una incógnita. Los que han podido han ido al Teatro de la Zarzuela en donde Azaña, Largo Caballero, Martínez Barrios y José Díaz cierran la campaña electoral del Frente Popular. Los más se han ido a sus casas. Cines, tabernas y cafés están desiertos. La Guardia Civil acuartelada.

Sobre España una advertencia:

«Que nadie intente quitarnos –dice José Díaz– lo que vamos a ganar de una manera legal. Porque desde aquí decimos que lo defenderemos con la propia vida».

\* \* \*

16 de febrero de 1936.

«¡Viva el Frente Popular!».

El día 19 se reúne el gobierno Portela Valladares. A las catorce horas se produce la crisis. A las nueve y media de la noche Manuel Azaña forma su cuarto gobierno.

El 27 de febrero la prensa publicaba la composición de la nueva Cámara: 255 diputados de izquierda; 143 de derecha; 55 diputados de centro y 14 diputados comunistas. Algunos aficionados a las estadísticas, solamente aficionados; consideraban que el resultado de las elecciones colocaban en primer término a Azaña. ¿Y qué importaba? Azaña era un viejo prisionero político de los socialistas; los socialistas acabarían por ser prisioneros del Partido Comunista. Porque Moscú no había creado la táctica del Frente Popular para que la segunda república se hiciera eterna.

Pero...

Esto no lo sabían los republicanos.

Ni los socialistas.

Lo sabias solamente los comunistas, que lo único que habían hecho con el Frente Popular había sido desenterrar momentáneamente a la segunda república, pero no resucitarla.

\* \* \*

Azaña quiso resucitar la segunda república.

Pero...

El 7 de abril es destituido Alcalá Zamora. Y los socialistas elevan a la Presidencia de la República a Manuel Azaña. Si ayer Azaña era un ensayista sin éxito, hoy hasta eso ha dejado de ser; ha dejado hasta de ser Azaña; Azaña ha pasado a ser una estatua más en el Palacio de la Plaza de Oriente. Pero Azaña está demasiado entretenido con su nuevo cargo para darse cuenta de las dimensiones de su tragedia, de las dimensiones que está tomando la propia tragedia española.

El 3 de mayo son convocadas elecciones en algunas provincias en donde las elecciones del día 16 fueron anuladas. En Cuenca se presentan José Antonio Primo de Rivera y el general Francisco Franco. Los militares salen de los cuartos de banderas. Indalecio Prieto siente que el suelo arde bajo los pies del Frente Popular. Y habla: «No he de decir ni media palabra en menoscabo de la figura de este jefe militar. Le he conocido de cerca cuando era comandante. Le he visto pelear en África; y para mí, el general Franco, que entonces peleaba en la Legión, a las órdenes del hoy también general Millán Astray, llega a la fórmula suprema del valor, es hombre sereno en la lucha. Tengo que rendir este homenaje a la verdad... El general Franco por su juventud, por sus dotes, por la red de sus amistades en el Ejército, es el hombre que en un momento dado puede acaudillar, con el máximo de posibilidades, todas las que se deriven de su prestigio personal...»

¿Un elogio?

¿Una advertencia?

Pero gana el Frente Popular.

\* \* \*

Las derechas han perdido ya toda la esperanza en las formas parlamentarias de lucha. Su más ardiente defensor, José María Gil Robles, es mirado de reojo por sus partidarios; muchos de sus viejos partidarios han abandonado sus filas para elegir un nuevo caudillo: Calvo Sotelo. Las juventudes de la C.E.D.A. buscan en José Antonio Primo de Rivera y en su Falange y en la violencia como táctica un escape a su desesperación. Los generales ya no confían más que en los generales.

\* \* \*

Largo Caballero vuelve a disfrazarse de Lenin. Los comunistas sonrían.

Moscú también.

En Berlín y Roma los Estados mayores comienzan a aconsejar a Hitler y Mussolini sobre las consecuencias que puede acarrear el triunfo del Frente Popular en España. En la gran hoguera española se pueden convertir en cenizas muchos de los planes de expansión de Hitler y Mussolini. En Francia las doscientas familias están muy preocupadas porque el triunfo del Frente Popular en España puede resucitar al Frente Popular Francés. Chamberlain comienza a perder su característica flema británica.

Y a esperar.

\* \* \*

La marea sube y sube.

Ciento trece huelgas generales; doscientas veintiocho parciales; mil doscientos ochenta y siete heridos; doscientos sesenta y siete muertos; doscientos trece atentados.

\* \* \*

Y...

La marea sube y sube.

Y...

El gobierno entretenido en hacer leyes y reformas como si esto pudiera curar a España del odio y la locura que la invaden.

\* \* \*

Y...

Casares Quiroga.

\* \* \*

Castro vivía días de gran intensidad. Hasta las dos en «Mundo Obrero». Desde las dos o en la Casa del Pueblo o en los «Radios» de Cuatro Caminos y Chamartín de la Rosa.

Sabía que se acercaba la hora.

\* \* \*

Y unos disparos más: dos oficiales republicanos de los Guardias de Asalto caen muertos. Otros disparos más: Calvo Sotelo cae muerto por las balas de Cuenca y otros viejos guardaespaldas de Indalecio Prieto.

\* \* \*

Aquella tarde al abandonar la redacción de «Mundo Obrero» se encontró a Luis Sendín que salía de los talleres. Comenzaron a caminar juntos y mirando de reojo, pues se sabía que los grupos de Falange estaban buscando la gente del periódico.

–¿Tomamos café?

–¿Dónde?

–Donde quieras.

Y siguieron caminando hasta llegar al bar Argüelles, en la esquina de Alberto Aguilera y de la Princesa. Les sirvieron café y comenzaron a beberlo en pequeños sorbos...

Se observaban.

–¿Se sublevarán? –preguntó Sendín.

–¿Qué otra cosa pueden hacer?... O la derrota definitiva o un intento más para librarse de ella.

–Sí...

–¿Qué harías tú en su lugar?

–Eso.

Y se callaron. Sendín lanzaba al aire bocanadas de humo. Cuando terminó de fumar se quitó las gafas y se frotó violentamente los ojos. Cuando se las puso miró a la calle y durante un rato se entretuvo en ver pasar gente. Luego se volvió hacia Castro y nerviosamente comenzó a hablar.

–Que empiece... Que empiece de una vez... Esta es una revolución que está tardando mucho... Demasiado...

–¿Te cansa la espera?

–Me aburre, Castro.

–Es verdad... Hemos sido preparados durante años para la revolución. Hemos trabajado durante años para la revolución... Tienes razón... Que llegue... Que llegue cuanto antes...

–Matar...

–Sí, Sendín, matar... Hay que matar lo viejo... Hacerlo pedazos. Polvo...

–Matar...

–Escucha, Sendín, o mejor dicho cierra los ojos y sueña. Sueña con lo que será mañana. Yo no tengo una idea aproximada de ello. Pero pienso en la revolución rusa. En los batallones rojos de obreros, campesinos y soldados. En masas moviéndose contra... contra todos los demás... Me parece escuchar ruido de descargas y descargas y más descargas. Me parece oír gritos de triunfo y de dolor... Me parece estar viendo morir un mundo y nacer otro...

–No hay revolución sin sangre.

–Es cierto.

–Lo único que nos queda es hacerlo... Durante mucho tiempo hemos hablado a los trabajadores de aumento de salarios, de reducción de horas de trabajo, de más y más libertad... Pero todo eso era un ir cubriendo las etapas intermedias... Era, un ir acercándonos a donde estamos acercándonos... Ahora se trata de lo fundamental: de la última gran batalla. De esa batalla en la que tú y yo y miles de comunistas y millares de trabajadores del campo y de la ciudad vamos a comenzar.

–¿A matar?

–¿Hay otro procedimiento?



Y se levantaron.

Y cada uno se marchó por su lado.

A miles de kilómetros Moscú observaba. No tenía duda. Sabía que el Partido estaba a punto; sabía que los hombres del Partido estaban dispuestos. Sólo faltaban dos cosas: que las derechas estuvieran dispuestas a alzarse en armas; y... que los republicanos y socialistas les dieran la oportunidad de alzarse.

Lo demás...

Moscú sonreía.

Lo demás...

Destruir lo viejo: hombres y mujeres, casas y ciudades, tradición... ¡Todo! Porque para que surgiera una nueva España, España tenía que morir.

\* \* \*

España.

Ni unos ni otros la querían como era... Las dos partes que no la querían como era se preparaban para destruirla... Cada parte tenía la ilusión de una España...

Los comunistas de la suya.

\* \* \*

Los fabricantes de telas de Cataluña seguían fabricando telas de colores. Carecían de olfato.

No se daban cuenta que era necesario doblar los turnos para aumentar la producción. Doblar los turnos y cambiar los colores. España necesitaba miles y miles y centenares de miles de metros de tela, de tela de un solo color.

Negro.

Negro.

Porque España una vez más en su vida y en su historia iba a pintar de rojo al sol y la luna, al día y la noche.

## **CUARTA PARTE**

### **... Y LA MUERTE OPACÓ AL SOL**

## Capítulo XIV

### EL FESTÍN DE LAS MOSCAS

La calle empezaba en la de Alberto Aguilera y terminaba por esos días en la de Cea Bermúdez, que comenzaba a parecerse a una calle de verdad. Después campos cubiertos de montones de escombros que llevaban allí unos volqueteros que blasfemaban mucho, y mulas que arrastraban los carros sin protesta ni prisa, mientras miraban a lo lejos con una tristeza humana. E hierbas agonizantes. Y perros que eran un dibujo extraño de huesos unidos quién sabe por qué, que husmeaban sin descanso y con el rabo hundido entre las patas y que aullaban en las noches como si quisieran que todos supieran de su dolor, de soledad y hambre. Y pobres muy pobres que se despiojaban al sol y se morían silenciosamente en las noches de todos los inviernos. Y luego, a lo lejos, las moles, rojas y de nervios grises de la naciente Ciudad Universitaria. Y más allá, como una sombra de colores cambiantes, la sierra del Guadarrama. Y detrás la vieja Castilla, la auténtica, como escondida bajo el peso de su gloria, de su dolor y su hambre. La calle se llamaba Blasco de Garay.

La casa olía a yeso joven... Estaba situada al final de la calle, a la derecha, haciendo esquina con la de Cea Bermúdez, repartida su fachada entre las dos calles como para no hacer de menos a ninguna. Y un portal más estrecho que ancho. Y una escalera retorcida, de peldaños blancos y paredes grises. Y un ascensor que aún no funcionaba. Y varios pisos. Y en cada piso varias puertas. Y detrás de cada una de ellas quién sabe cuántas habitaciones con grandes ventanas a la sierra y quién sabe también qué gente y qué risas y qué llanto. Y un portero. Y la mujer del portero.

Ella, veinte años más joven. Hija de una familia de buen vivir, allá al final de la calle de Serrano, en un edificio que se conocía por «La Granja de los Diez Hermanos» con sesenta vacas y un perro viejo al que gustaba el sol y el silencio. Se llamaba Esperanza Abascal... Y soñaba con la revolución porque ya no eran tiempos de creer y soñar en un príncipe azul. Llevaba en invierno un abrigo que recordaba un poco a los moradores de las orillas del Don; en el verano vestidos que se parecían a los de los servidores de Dios. Caminaba con un ritmo deportivo y guerrero como si quisiera ocultar el sexo hasta después, hasta que la revolución hubiera hecho de España un jardín con flores rojas solamente. Su cara, sin embargo, era dulce y bella aunque angulosa y dura. Y sus ojos parecían clavados en un horizonte misterioso y oculto, en un horizonte por el que debiera llegar lo que tenía que llegar. Se casó con Castro en mayo de 1936. Y fueron testigos César Falcón, Gonzalo Sanz y el dueño de la imprenta de Eloy Gonzalo en la que se editaron algunos de los periódicos ilegales en el período de la derrota de 1934. La madre de ella amuebló aquel cuarto del cuarto piso de aquella casa de la calle de Blasco de Garay, esquina con la de Cea

Bermúdez, porque era la hija mayor, la primera que se casaba y porque al camarada Castro se le había olvidado qué era y cómo era un hogar. Y muebles nuevos con olor a madera fresca... Y un matrimonio de tres; ella, Castro y el camarada Castro.

Pero esto sólo lo sabía él.

Ella soñaba, él no tenía tiempo; ella amaba, él cuando tenía tiempo. Ella era buena. Él quería serlo a la manera de ella, pero... A veces, cuando veía en los ojos de ella el brillo de la ilusión y del amar hacía un esfuerzo para ser, para ser aunque sólo fuera por unos instantes, por esos instantes en que toda mentira es un crimen, Enrique, solamente Enrique. Pero casi siempre era imposible: surgía dentro de él inesperada y violentamente, el «camarada Castro» que le miraba con desprecio y reproche, que le recordaba la revolución, el Partido, todo lo que no era aquello y Enrique comenzaba a endurecerse, a ser por fuera también el «camarada Castro». Y cuando lo lograba sonreía sin ver ni saber que la ilusión y el amor iban enfermándose de frío...

Él preguntaba a veces:

–¿Ya?

–No, todavía no.

Y se acordaba de Martín Báguenas, de aquella patada que le hizo llevarse violentamente las manos a los testículos como queriendo estrangular un dolor que abrasaba, y recordaba aquel orinar sangre. Pero no decía nada. El «camarada Castro» recordaba aquello no por la pena de una paternidad ya

imposible, sino para reverdecer su odio, para recordar las cuentas pendientes, para anhelar más y más la revolución... que era también desquite.

¿Supo alguna vez Esperanza de la existencia en su matrimonio del «camarada Castro», de ese tercer y terrible personaje en su vida?... Debió de saberlo solamente muchos años después, cuando ya no es tiempo, cuando ya es tarde para todo, cuando ya ni los reproches arañan, cuando la vida comienza a declinar, cuando ya el amor ha dejado de ser una ilusión, un sentimiento, una necesidad y una costumbre, cuando ya el corazón sólo puede vivir para penosamente vivir.

Cada día era igual.

Él llegaba tarde con el cuerpo cansado y pleno de fiebre, de esa fiebre que enloquece y limita, que encadena y empuja: la fiebre de la revolución que se manifiesta en unas ansias angustiosas de que llegue. Llegaba después de horas y horas de escribir en la redacción de «Mundo Obrero» para empujar a millones de gentes a un punto que sólo el Partido sabía; después de reuniones, de un hablar reflexivo y frenético... Ella le ponía la cena en aquel comedor limpio y silencioso que parecía vivir en constante coloquio con la sierra lejana. Le ponía la cena casi con el mismo ritmo y postura que lo hiciera su madre, aunque él no se diera cuenta de ello porque se había olvidado de aquella mujer enlutada, de pelo blanco y tristeza eterna. Y cenaba en silencio. Y luego se acostaba. Y hablaba un rato a la camarada Esperanza del balance de «su» día. Ella, acurrucada junto a él, escuchaba. Luego apagaba la luz, cerraba los ojos y a pensar en mañana. Cuando terminaba este pensar,

que no era otra cosa que el marcarse las tareas del otro día, se daba cuenta del respirar tranquilo de ella, el calor de aquel cuerpo joven. Pero el Partido controlaba algo más que el cerebro: controlaba también el sexo... Y la pasaba la mano cariñosamente por la cabeza: era una caricia que no costaba ni distraía ni cansaba.

Y se dormía.

Y cuando ya en la mañana se levantaba, bebía su café en silencio. Y cuando abandonaba la casa, ella le acercaba la cara y él la besaba en la frente.

–No vengas tarde.

–No.

–Y ten cuidado.

–Sí.

Ella le miraba como con el anhelo de volver a acercarle la cara. Él sonreía un poco impaciente y se despedía con estas palabras: «Es la época del esfuerzo hasta no poder más, Esperanza; luego vendrá el hacer la revolución; y si vivimos, que viviremos, será cuando tengamos el derecho de todo y a todo...»

Ella sonreía.

Y él bajaba las escaleras corriendo. Al llegar a la calle miraba a uno y otro lado, más por costumbre que por miedo, y



comenzaba a marchar casi corriendo hacia la redacción de «Mundo Obrero».

–Salud, Castro.

Y a sentarse ante aquella mesa larga. Y a ver la prensa. Y luego a pensar para escribir sin pausas. Sólo cuando miraba a su derecha y veía el correr de una estilográfica sobre unas cuartillas blancas, en líneas casi impecablemente paralelas, guiada por una mano suave que parecía no tener pulso, y continuaba su mirar hasta llegar al rostro de Serrano Poncela se contraía su cara y decía para sus adentros: «Cuándo llegará la revolución para mandar a este señorito a la mierda». Luego se acordaba del Frente Popular, la Celestina Política del Partido y sonreía. Y serenamente empezaba a escribir...

\* \* \*

España entera era miedo. Un miedo escondido y repartido en el fondo de millones de figuras humanas para los que el día era un tormento de temblores interiores, de miradas oblicuas, de blasfemias a flor de labios, de plegarias, de un andar viviendo y pensando en la muerte.

Al anochecer...

Al anochecer el miedo era amo y señor de España.

Se le veía entrar en las iglesias y mirar y penetrar en el cuerpo y en el alma de mujeres enlutadas que rezaban

precipitadamente mirando a un Dios que no veían. Se le veía entrar en los cuarteles y ahogar las risas de los oficiales, poner fin a sus partidas de póker y hacerlos llevarse instintivamente la mano a la pistola con un movimiento nervioso. Se le veía entrar en la Casa del Pueblo para provocar un silencio angustioso o para dar vida a un mundo de murmullos y de estremecimientos en las ingles. Se le veía vaciar los casinos en donde hombres y cosas olían a alcanfor. Las prostitutas comenzaron a retirarse a la hora de las gentes decentes. El vino comenzó a no emborrachar a los borrachos. Los árboles se aferraban desesperadamente a sus raíces para que el viento no los moviera porque no querían hacer ruido. Los perros ladraban con ladridos roncros y ahogados. El miedo ahogaba la risa de todo un pueblo; provocaba el insomnio de toda una nación. Y la noche era más noche que nunca. Y los quicios de los portales, pequeños agujeros en los que se escondían los guardias en un afán disimulado por desaparecer.

Temblaba una España.

Y la otra.

Las dos tenían miedo.

España entera escuchaba. Escuchaba en un escuchar que ahogaba la respiración. Nadie hacía caso del sonar de las campanas de las iglesias cuando marcaban las horas. No era necesario. La gente escuchaba tan sólo un tictac distinto y extraño: sus propios pulsos con los que medía el correr del tiempo. Y se dormía con los ojos abiertos. Y durante toda la noche se esperaba el día con la boca seca.

Y cada mañana el pueblo bostezaba su insomnio.

Y orinaba su miedo.

\* \* \*

Mientras tanto Casares Quiroga, ministro de la Gobernación, escupía su tuberculosis por los pasillos del viejo caserón de la Puerta del Sol; José Antonio Primo de Rivera, jefe de la Falange, había iniciado su agonía en una prisión republicana; don Manuel Azaña desde los balcones del Palacio que fue real, aspiraba el aroma del Campo del Moro y temblaba su miedo. Largo Caballero regresaba precipitadamente de una gira por el extranjero; Francisco Franco hacía el borrador de su manifiesto justificativo.

Mientras tanto...

Los rumores estremecían a España.

Y...

«Una parte del Ejército que representa a España en Marruecos se había levantado en armas contra la República, sublevándose contra la propia Patria y realizando el acto vergonzoso y criminal de rebelarse contra el poder legítimamente constituido».

Era el primer parte de guerra.

\* \* \*

En la Casa del Pueblo la gente subía y bajaba las escaleras precipitadamente. Se hablaba a gritos y en voz baja. Los teléfonos jadeaban en un trabajar sin tregua. Una masa inmensa de hombres y miedo comprendía que era necesario hacer algo, pero nadie sabía el qué. Sólo en uno de los rincones del café, un pequeño grupo de gentes –cuatro o cinco–, permanecía tranquilo, impasible y silencioso: era la dirección del Partido Comunista en Madrid. De vez en cuando entraban los enlaces rápidos y serios, hablaban unas palabras, escuchaban otras y desaparecían hundiéndose en aquel torrente de carne humana que abarrotaba la entrada.

Castro llegó y se dejó caer en una silla. Tenía hambre y sueño. Pidió un café a un camarero viejo y sucio, y miró a los que estaban a su lado. Pablo Yagüe le sonrió. Francisco Antón, el nuevo secretario del Provincial de Madrid, le miró como si esperara algo. Él aguardó a que el camarero se alejara. Después comenzó a beber el café en pequeños sorbos. Luego encendió un cigarro y comenzó a hablar:

He estado en la redacción de «El Socialista». He hablado con Albar que olía a vino y miedo. Lo de siempre: «Hay que esperar, compañeros, hay que esperar». Y me he venido sin esperar a más...

–¿Tu impresión? –preguntó Antón.

–Están como siempre, a la deriva.

Se hizo el silencio. En aquellas gentes los nervios parecían dormir. Siguieron llegando enlaces de todos los rincones de Madrid y de los pueblos de la provincia. Castro sacó un cuaderno de notas y escribió rápido unas cuantas líneas. Luego miró a los otros.

–La movilización ha terminado. ¿Qué dice el Buró Político?

–Va a plantear al gobierno la urgencia de armar al pueblo. Hay que procurar armar al Partido por encima de todo.

–Está bien. –Hizo un intento de levantarse, pero continuó sentado con la seguridad de que tenía que saber algo más.

–El Partido espera mucho de los «radios» que tú controlas. Cuatro Caminos y Chamartín de la Rosa, por su gran concentración proletaria, deben jugar un gran papel. Te enviaremos a Francisco Galán para que te ayude...

–Para que me ayude ¿a qué?

Yagüe sonrió. Antón se encogió de hombros. Castro se levantó y avanzó hacia la puerta sin prisa, como quien ha calculado que tiene tiempo para todo lo que tiene que hacer. Cuando salió a la calle miró al cielo. Después se llevó la mano a uno de los bolsillos de su chaqueta y apretó la culata de la pistola. Y siguió andando hacia la calle de Hortaleza. En cada esquina grupos de obreros pedían los documentos de identidad.

–Castro, del Partido Comunista.

Y continuaba su camino.

Subió a un tranvía y se acomodó en un rincón de la plataforma delantera. El conductor hablaba con un pasajero que casi no contestaba. Castro dejó de escuchar y se acordó de Francisco Antón. Sonrió con asco: Le odiaba hacía tiempo. Antón no había sido nunca otra cosa que un señorito escuchimizado y santurrón, hasta que la casualidad le llevó a convertirse en el recadero de un tal Lafuente, uno de los dirigentes de un sindicato ferroviario autónomo que tenía su domicilio en Martín de los Heros, que vivía sin pena ni gloria. De allí le enviaron a Moscú, de donde vino con el espaldarazo para ocupar la secretaría general de la organización comunista de Madrid, a cuyo cargo llegó con más rapidez, gracias a los buenos oficios de la «Pasionaria» que le convirtió en su Godoy... Cuando Castro llegó a la Glorieta de Quevedo se apeó y comenzó a subir por Bravo Murillo, con los ojos más abiertos que nunca y la pistola a punto; quería ver con sus propios ojos el despliegue de sus fuerzas. Porque estaba seguro de que había llegado el momento que había esperado muchos años y para el cual se había preparado fría y metódicamente.

–Documentos...

–Soy Castro.

–Salud, camarada...

–Salud.

Y siguió andando. Se acordó de su casa. Vivía cerca, en la calle de Blasco de Garay a donde se había mudado hacía

solamente unas semanas, al casarse con Esperanza. Sintió más sueño que nunca. Pero continuó su camino sin alterar el ritmo. «Bodas de sangre»... Sonrió otra vez... «Esperanza comprenderá... Si Esperanza no comprende esto, la camarada Esperanza sí tendrá que comprenderlo».

–Documentos.

–Castro.

–Salud, camarada.

–Salud.

Cuando llegó a la Glorieta de Cuatro Caminos miró de reojo al Bar Metro. Docenas de anarquistas vociferaban entre humo y malos olores. Se acercó al Bar Peñalabra. Allí estaba uno de los dirigentes de la C.N.T., Isabelo, pálido y despeinado...

–Salud.

–Salud.

Cuando entró en la zona iluminada aflojó los músculos y respiró hondamente. Un pequeño grupo se dirigió a él: Villasante y González, del «radio» de Cuatro Caminos y Macías del de Tetuán de las Victorias. Y Carnero, un eterno estudiante de derecho convertido en su hombre de confianza. No dijeron nada, se limitaron a continuar detrás de él hasta que los cinco se hundieron en el Bar Central.

Castro se restregó los ojos con fuerza. Luego comenzó a hablar:

–Camaradas: El Buró Político va a obligar al gobierno a que entregue las armas a los trabajadores... No hay que perder la oportunidad... Quien tenga más armas impondrá su voluntad aquí y allá... Que la gente no se retire... Hay que vigilar los locales socialistas y republicanos porque será a ellos donde lleguen las armas... Lograr cuantas podáis... Esto es lo más importante por ahora... Mantener los contactos con las células y constantemente conmigo a través del camarada Carnero. Esto es todo... Quedaron solos Carnero y él.

–Me caigo de sueño...

–¿Por qué no descansas unas horas?

–Sí... Va siendo necesario... Pero quiero que hagas un pequeño trabajo: vete a recoger a mi mujer y llévala a casa de su madre... Allí estaré yo descansando... Cualquier cosa que ocurra, llámame...

Carnero salió y a los pocos minutos regresó. Salieron juntos. Frente a la puerta del café esperaba un taxi, Entró en él. Ya dentro se acordó de algo:

–Sólo tú, camarada Carnero, debes saber mi dirección.

Después miró al chófer. Era un viejo camarada, delgado y rubio, silencioso y triste.

–Y tú, camarada, procura olvidarla lo más rápido que puedas.



Se acostó vestido y con la pistola encima de la mesilla de noche. No le gustaba aquella colonia, «El Viso», pero la encontraba más conveniente por ser desconocido en ella y por sus mejores vías de comunicación. A pesar del sueño no pudo dormirse rápidamente. Fueron unos minutos de pensar. Oyó la llegada de Esperanza y su hablar con las hermanas casi en un susurro.

Durmió unas horas.

Y salió de la casa antes de que amaneciera, sin hacer ruido, sin sueño, pero con hambre.

Cuando llegó a Cuatro Caminos la tensión de las gentes era mayor aún que el día anterior... Dejó de escuchar a la gente y se concentró en la preparación de las fuerzas, aunque antes envió un enlace a la dirección del Partido para saber las últimas noticias y si las órdenes de la noche anterior se mantenían, y otro para que observara si había algo anormal en el Cuartel de la Guardia Civil que había en las inmediaciones de la Avenida Metropolitano.

Castro no tenía que improvisar.

A las once de la noche, la sublevación en Marruecos había sido confirmada, dejando de ser un rumor. Poco después el gobierno empezó a enviar camiones a los locales socialistas y republicanos. Los comunistas se movieron rápidos. A las doce de la noche cada comunista tenía un fusil y municiones suficientes. A la una de la madrugada el comandante Fernando Navarro y Francisco Galán llegaron a organizar el Quinto Batallón de Milicias. Castro los dejó hacer, porque estaba

seguro de que ellos sabían hacer «aquello» mejor que él. A las dos de la madrugada, entre oscuridad y frío, tuvo una pequeña conversación con los dirigentes comunistas de las dos barriadas.

–Obedecer mientras el Partido no diga lo contrario. Pero comenzar a localizar a los fascistas de la barriada... Creo que mañana va a ser un día de mucho trabajo.

–En caso necesario ¿en dónde te podremos localizar?

–El camarada Carnero sabe.

Y después, procurando que nadie notara su marcha, se encaminó hacia el Hospital Obrero, seguido de Carnero. En una bocacalle había un taxi con las luces apagadas, el chófer al volante y dos hombres protegiéndole hundidos en el quicio de un portal.

–Salud, Carnero.

–Salud, Castro.

Cuando llegó a la Colonia vio las luces de la casa encendidas. Abrió la puerta del portal y entró, mientras sentía alejarse el taxi.

–¿Qué pasa?

–Nada anormal... Ha llegado la hora del nuevo diálogo...

Esperanza le trajo una taza de café. Bebió el café, dejó la pistola sobre la mesilla de noche y se dejó caer en la cama... Antes de dormirse dijo unas palabras a Esperanza.

–No tengáis la luz encendida. Y no abráis a nadie la puerta hasta que no estéis seguras de quién es... Esta dirección sólo la sabe Carnero... Si llaman, despertarme antes de abrir...

–Sí –respondió ella.

Creyó oír entre sueños unos disparos, pero no tuvo fuerzas para abrir los ojos, ni para preguntar a Esperanza, que estaba seguro que no dormía. Luego ya no sintió nada.

\* \* \*

–¡Enrique!...¡Enrique!...¡Despierta!... Carnero está aquí.

Instintivamente extendió la mano hasta la mesilla de noche. Cuando sintió el frío de la culata en su carne se tranquilizó. Y abrió los ojos.

–¿Qué pasa?

–Se han sublevado los del Cuartel de la Montaña.

Se tiró de la cama. Metió una bala en la recámara de la pistola, se la guardó y miró a Carnero.

–Más vale así... De una vez... De una puñetera vez.

Se dirigieron hacia la puerta. Esperanza le miró. La besó en la frente y salió a la calle en donde todavía era noche. Se hundieron en el taxi y minutos después estaban en la Glorieta de Cuatro Caminos, en donde el Quinto Batallón comenzaba a agruparse. Fernández Navarro gritaba, Paco Galán le seguía sin gritar... Castro miró a los dirigentes comunistas que se fundían entre los milicianos... «Ni una duda... ni una ausencia». Se sintió contento.

Y a esperar.

Mientras esperaba, con la gigantesca figura de Carnero a sus espaldas, comenzó a pensar en todo lo que estaba ocurriendo. Lo hizo sin precipitación, sin angustia... Recordó todo lo que había aprendido: «Matar... Matar hasta que una fatiga de días impida seguir matando... Después continuar matando... Luego construiremos el socialismo». Y se puso a mirar con atención cómo aquellos hombres preparaban sus armas...

\* \* \*

A la seis de la mañana llegó un aviso, sin disimulo de angustia.

–A los camiones.

Castro miraba distraídamente aquella operación precipitada y todavía un poco torpe. De vez en cuando sus ojos se clavaban en el comandante Fernández Navarro y hacía un gesto de

desagrado. A su lado Villasante, González, Macías y Carnero esperaban...

Los camiones se pusieron en marcha. Hundidos en el interior de un taxi. Castro y Carnero seguían a la caravana. De la iglesia de San Bernardo salieron unos disparos. La columna se detuvo en seco. Gritos y voces que quieren ser órdenes... Castro se acerca al comandante Fernández Navarro...

–El Cuartel de la Montaña es más importante...

Después habló con Carnero:

–Que unos cuantos camaradas se queden atrás y acaben con eso... Sin misericordia.

Y siguen hasta oír el ruido de nuevos disparos... Hasta que llegan a la Plaza de España. Se acercan unos guardias de asalto para advertirles que estaban disparando desde el cuartel. La gente desciende de los camiones y avanza hasta casi llegar a la esquina de la calle de Ferraz. Al amparo de unas casas, unos cuantos militares viejos y nerviosos discuten. En el cuartel, silencio. Al poco tiempo aquellos hombres escasos de vida sacan una bandera blanca. Cuando la gente avanza confiada, los morteros disparados desde dentro rompen el silencio y manchan la calle de metralla y sangre. Los militares siguen discutiendo. Castro contempla aquello con más curiosidad que rabia. No tiene prisa. Él sabe que lo que tiene que llegar, llegará. Se da cuenta que los sublevados, al permanecer encerrados en el interior del cuartel, sin aprovechar en una salida por sorpresa las vacilaciones de los republicanos, han firmado su derrota y su muerte. Ahora sonrío. «Los generales

son torpes. Todo lo hacen igual que ayer, sin darse cuenta de que el hoy es distinto». Mira al cuartel que parece un gigante dormido o muerto. Los suyos miran a Castro.

«Esperar».

Y después se dice a sí mismo: «Ellos solos se están muriendo».

Los militares siguen discutiendo. Ser viejo y ser coronel es terrible Y los que discuten son viejos y son coroneles. Ahora Castro deja de mirar a los coroneles, al cuartel silencioso, como encogido de miedo. De lejos o de cerca, no lo sabe bien, llega un ruido como de multitudes que intentaran, sin lograrlo, ahogar sus rugidos y sus pisadas. Alguien se acerca y le dice que los comunistas del «radio» Oeste, encabezados por Heredia y Barcenás, avanzan desde los jardines que en un tiempo fueron mercados de carne y sífilis, de prostitutas que se daban por unos centavos o por un cigarro y que después contaban unas cosas muy tristes del amar y del amor. Castro mira y se da cuenta de que la masa se ha puesto en tensión. Y mueve la cabeza afirmativamente. Una ola humana se levanta y avanza. Castro empuña su pistola y se pasa la lengua por unos labios que abrasan, mientras siente la respiración de cientos de hombres que corren a su lado entre maldiciones y apretar de culatas.

La ola avanza.

Es una ola que grita, que maldice, que muerde sin tener todavía nada que morder. Y la puerta se abre sin que nadie sepa cómo. Desde uno de los balcones alguien grita y después

lanza al espacio a un hombre de uniforme que desciende sin un grito, para estrellarse contra las losas que desde este momento se han hecho beligerantes.

Y ya dentro.

Sol y silencio.

Alguien se acerca y le dice al oído: «Allí». Y «allí» se dirige sin prisa.

Allí están los que no han escapado, serios, lívidos, rígidos. Al parecer la Plana Mayor del general Fanjul. Castro les mira mientras recuerda su conversación con Sendín, mientras recuerda los largos años de preparación. Luego un vacío en su pensamiento, después un esfuerzo y sonrío al recordar la fórmula: «Matar... matar... seguir matando hasta que el cansancio impida matar más... Después... Después construir el socialismo». Hace una seña a unos y sale al patio al que el sol parece mirar fijamente. Otro se acerca y le habla:

«Allí».

Y hacia «allí» va, mientras ve cómo por los corredores gentes como enloquecidas se gritan unas a otras, mientras muestran como único botín los fusiles tomados nerviosa y precipitadamente. Y deja de mirar. Y entra «allí». Y una nave grande, de techos altos, encalada, llena de silencio y miedo... Y muchos hombres y muchos en camino de serlo y en la imposibilidad de serlo ya. Castro mira y mira. Mira y mira a los ojos que ya ni miran. Y se acerca.

Y habla:

–Estírate.

–No puedo.

Castro mira aquella cabeza hundida entre dos hombros; y aquellos ojos tristes; y aquella cara alargada; y aquellos brazos largos...

–Vuélvete.

Castro contempló por unos momentos aquella joroba enorme; aquellos brazos interminables; aquella cabeza que parecía no tener cuello.

–Vuélvete.

Y siguió, andando.

–Habéis perdido –dice a su primo Agustín.

–Quién sabe...

Se volvió y comenzó a caminar hacia la puerta. Desde allí se volvió a mirar una vez más; y otra vez más; una miró al jorobado que parecía hundirse en sí mismo; otra a su primo Agustín, que parecía un muerto de una muerte extraña. Y habló a los que le rodeaban:

–Que salgan en filas y se vayan colocando junto a aquella pared de enfrente; y que se queden allí de cara a la pared...



¡Daros prisa! La fórmula se convirtió en la síntesis de aquella hora; en la síntesis de Castro mismo.

Comenzaron a salir.

El jorobado–soldado se salió de la fila y se acercó a él. Se miraron fijamente.

–¿Quiere darle esto a mi madre?

–Sigue.

–¡Déselo!... ¡Por favor!

–Sigue.

Alguien puso una mano en la joroba y empujó violentamente. Y comenzó a andar con un andar de borracho. Y mientras el jorobado andaba con su caminar torcido alguien comenzó a cantar el «Cara al Sol». Luego todos. Luego un disparo. Y el jorobado que se irguió como si quisiera convertirse en gigante antes de caerse para siempre. Luego muchos disparos mezclados con voces de valor y orgullo, de mística y miedo.

Y más disparos.

Luego silencio.

Y el sol.

Y la soledad.

\* \* \*

«Iros y esperarme»

Y se quedó solo. Casi solo, porque allí estaban los muertos cara al sol y clavadas las caras contra el suelo; casi solo porque allí estaban los muros como gigantes mudos y heridos de silencio y metralla. Casi solo, porque estaba el sol, soberbio e impasible en un mirar que quemaba.

La fórmula.

La fórmula se había aplicado con una exactitud casi maravillosa.

Luego se pasó violentamente la mano por el rostro. Y repitió el ademán una, muchas, muchísimas veces. Hasta que se cansó; o hasta que se cansaron las moscas que parecían haberse dado cita en aquel patio de sol y sangre, de silencio y muerte. Lentamente, con un mirar curioso y profesional comenzó a pasear entre los cadáveres, a mirar los gestos, a medir el miedo o la rabia en los ojos que no se habían cerrado y en ver las moscas que parecían volar o posarse nerviosas y como sorprendidas de aquel gigantesco festín que no se habían figurado nunca.

Moscas.

Moscas.

Cientos.

Miles.

Pero había sangre para millones de moscas.

Y...

Cuando se cansó de mirar se dirigió lentamente hacia la puerta. Allí se detuvo, luego torció la cabeza para mirar por última vez, se guardó la pistola y comenzó a andar por aquellas calles que había conocido en su niñez. La calle de Ventura Rodríguez se mostraba silenciosa y como encogida de miedo. Luego la calle de la Princesa. Y la Ronda del Conde Duque.

Y el Cuartel de Ingenieros silencioso y como disfrazado de republicano.

Y el eco de disparos sueltos.

Y miedo.

Y un gran interrogante, porque «aquello» sólo era el comienzo. Y un llegar sin darse cuenta que llegaba a la Glorieta de Cuatro Caminos en la que la gente del Quinto Batallón esperaba tendida en las aceras tomando alientos para volver a empezar.

Se sentó a la sombra de un árbol.

Y comenzó a mirar al comandante Fernández Navarro y a Francisco Galán que hablaban en voz baja.

–Castro, te esperan en el Comité Central.

Y un automóvil gris le llevó hasta la calle de Piamonte. Y subió las escaleras. Y entró en un pequeño despacho en donde no había nadie y se sentó a esperar sin saber el qué. Y la entrada de José Díaz, de la «Pasionaria», de Pedro Checa, de Diéguez y de otros más. Y el mirar y la voz de la «Pasionaria».

–Camarada Castro... El Partido se siente orgulloso de ti... Tú y los camaradas Heredia y Barcenas constituís un ejemplo para todo el Partido... El Partido espera que seguiréis siéndolo... Y ahora, Castro, toma esta pistola que te regala el Partido, con la seguridad de que la pone en buenas manos.

Castro tomó la pistola.

Luego se dejó estrechar sus manos por manos que no sabía quiénes eran. Y luego sintió la voz de la «Pasionaria» que le preguntaba con ciertas ansias de saber.

–¿Qué sentiste en los primeros momentos?

–Nada.

–¿No dudaste?

–No había razón para ello, Dolores... Teóricamente era un problema resuelto.

Se rió ella.

Y él.

Y le pareció que todos los demás también se reían. Y el mismo coche que le devolvió a Cuatro Caminos. Y allí se volvió a sentar mientras recordaba los muertos y las moscas. Y sonrió... Estaba satisfecho... Estaba contento.

\* \* \*

¿Qué tienes, España, que tú misma te haces sangre?

Manuel Carnero se sentó a su lado.

–¿Y ahora, Castro?

–Pregunta a esos –dijo, señalando con la mirada al comandante Fernández Navarro y a Galán.

Y Carnero se fue hasta ellos. Y Carnero regresó hasta él.

–Que esperemos.

Se puso en pie y se dirigió despacio, casi con rabia hacia los otros. Y delante de ellos se detuvo.

–¿Qué?

–¿Qué?

–Hay que esperar, camarada.

–Esperar, ¿a qué? ¿A que los fascistas salgan de sus guaridas y nos ametrallen? ¿A que la gente se aburra y se marche?...

Estas cosas cuando se empiezan hay que terminadas, comandante Navarro... Hay que terminarlas, camarada Galán. ¿O es que te has olvidado de Lenin? –preguntó casi sin mirarle.

–Hay que esperar –insistió el comandante.

–A la mierda su espera, comandante.

–¡Castro!

Pero Castro continuó andando. Carnero se le acercó y comenzó a caminar a su lado. Y llegaron hasta donde estaban Villasante, González y otros más. Y después de mirarlos; y después de pensar unos segundos preguntó:

–¿No hay por aquí un local grande que podamos convertir en cuartel?

El convento de Francos Rodríguez.

–Ir y tomarlo. Que se queden esos cabrones con el Quinto Batallón... Nosotros vamos a crear el Quinto Regimiento... Nuestro Quinto Regimiento... Lo que sea, menos estar aquí tumbados en las aceras, dejando pasar el tiempo y dándoles tiempo a ellos.

Y unos cuantos se apartaron del grupo.

Y alguien vino y le habló.

–Ya, Castro.

–Vamos –dijo mirando a los comunistas. Y los comunistas se separaron de los demás. Y comenzaron a cruzar la glorieta. Y luego a caminar por Bravo Murillo.

Castro se detuvo y miró.

Y cruzó la puerta sin dejar de mirar. A la izquierda estaba la iglesia. A la derecha unas naves. Luego un gran patio. Y luego otras naves. Y una barda de ladrillo rojo que rodeaba aquello. La gente empujada por la curiosidad se hundió en los edificios, en la iglesia. Y Castro se quedó con Carnero mirando y mirando. Hasta que se volvió para decirle:

–La iglesia se convertirá en los dormitorios de los milicianos; aquí, en este edificio de la derecha, estableceremos el cuerpo de guardia y ya veremos qué más; y en aquel edificio de enfrente, la Comandancia General con sus diferentes secciones...

–¿Qué secciones?

–Aún no sé, camarada, qué secciones... ¿O es que no te has dado cuenta que también yo tengo que aprender?

–Sigue, camarada Castro.

–Nada más, camarada... Es decir, una o dos cosas más tan sólo: que me reúnas a los miembros de los comités del Partido de los «radios» de Cuatro Caminos y Chamartín de la Rosa, tengo que hablarles; quiero también que nombres una guardia de doce camaradas y un responsable, todos ellos de absoluta

confianza. Y... Y... desde ahora, camarada Carnero, llámame comandante Castro, comandante Castro a secas.

Carnero se alejó y Castro comenzó a pasear lentamente por aquel gran patio. Y mientras paseaba se olvidó de la iglesia convertida en dormitorios, del edificio rojo convertido en Comandancia General, se olvidó de todo menos de una cosa: la fórmula. Comprendió que en aquellos momentos la tarea fundamental era el crear un organismo capaz de aplicar la fórmula cada día, cada hora, cada minuto. La fórmula lo era todo, tan lo era todo, que sólo aplicándola implacablemente durante no sabía cuánto tiempo se podría llegar a la victoria militar, a la gran revolución, al socialismo. Para tener una idea más clara se figuró la fórmula aplicada en una proporción cien mil veces mayor que la del Cuartel de la Montaña. «Sí, creo que esa será su dimensión necesaria». Y comenzó a hacer esfuerzos por figurarse en muertos y en moscas el Cuartel de la Montaña multiplicado por cien mil.

–Comandante Castro.

–Dime, camarada.

–Los camaradas esperan.

–Vamos.

La nave hacia donde se dirigieron se componía de planta baja y un piso, de ladrillos rojos y muchas ventanas de regulares proporciones. Mientras avanzaba hacia la entrada vio una gran cocina en la planta baja y unos hombres con sus fusiles al hombro husmeando con holgazanería. Sonrió. «¿Cómo he



podido olvidarme de esto?». Un portal ancho y una escalera. Y con Carnero detrás hasta el piso de arriba. Su acompañante le indicó una puerta y hacia ella se encaminó. Y entró. Y sentados unos en sillas y otros en el suelo los camaradas que le miraron serios y curiosos. Se sentó sobre una mesa pequeña y miró a todos. Y comenzó a hablar lentamente al mismo tiempo que buscaba en los ojos o en los más pequeños gestos de los demás, si era comprendido, si iba a ser obedecido.

–Camaradas: hemos entrado en la guerra, en una guerra larga, creo que terriblemente larga. Sólo ganando esta guerra podremos llegar a la revolución, al socialismo, a ser una república soviética más en un lugar de una gran importancia para el comunismo en el mundo entero. Vosotros sabéis, camaradas, que para hacer la guerra se necesita un ejército. Esto quiere decir que tendremos que crear un ejército y lo más rápidamente posible. Sabéis también que la misión de un ejército es aniquilar al enemigo. Esto quiere decir que tendremos que dedicarnos incansablemente a esa tarea vital. Pero, para crear ese ejército hay que reclutar muchos hombres, millares de hombres a los que hay que organizar, educar, enseñarles a matar de tal manera que la función se convierta en un arte. Vamos a convertirnos, por tanto, en los organizadores de este ejército... ¿Está claro?

–Sí.

–Este ejército va a ser nuestro ejército, oídlo bien, nuestro ejército, pero eso sólo lo sabremos nosotros; para todos los demás será el ejército del Frente Popular. Le dirigiremos nosotros, los comunistas, pero deberemos aparecer ante todos

y por encima de todo como combatientes del Frente Popular.  
¿Está claro?

–Sí.

–Mientras procedamos a buscar aquellos elementos que necesitamos como organizadores de esta fuerza armada, vamos a realizar algunas tareas iniciales e importantes: primera, crearemos grupos de cinco hombres y un jefe que comenzarán al anochecer la búsqueda de los fascistas; segunda, hay que iniciar una campaña de reclutamiento en toda la barriada; necesitamos millares de hombres, millares de hombres de todas las tendencias. porque esto es Frente Popular, solamente Frente Popular (y sonrió). ¿Está claro?

–Sí.

–Mañana a esta hora nos volveremos a reunir.

Y fueron saliendo. Minutos después Castro observaba la formación de aquellas patrullas que deberían «limpiar» la barriada. Y cuando ya en el comienzo de la noche los vio salir, abandonó el cuarto y bajó al patio. Se detuvo en la cocina en la que los mismos hombres de antes hablaban sin prisa, sentados sobre las mismas mesas.

–¿Qué hacéis?

–Nada.

Castro se acercó al que había hablado. Delante de él se dedicó durante unos segundos a mirarle de arriba abajo. Luego habló:

–Bájate de la mesa, camarada.

El otro le miró sin moverse.

Castro sacó la pistola y volvió a hablar.

–Bájate de la mesa.

El otro se bajó.

–Ponte firmes.

El otro se puso firmes.

–¿Sabes quién soy?

–El camarada Castro.

–¡No!

El otro sin moverse abrió más los ojos y le miró en silencio.

–Soy el comandante Castro, jefe del Quinto Regimiento, tu jefe, vuestro jefe. ¿Entendido?

–Sí.

Sin dejar de mirarlos se guardó la pistola y lentamente, en un gesto calculado se volvió de espaldas a ellos.

–Camaradas –comenzó–, estáis ahí sentados sin pensar que estamos en guerra, sin pensar que somos el principio de un gran ejército, de un gran ejército que desde su principio hasta su fin tiene que comer. Y sin embargo, ahí estabais sentados en las mesas de esta cocina sin pensar que esta cocina tiene que ser utilizada para dar de comer a los que estamos aquí, a millares de milicianos que vendrán aquí en unos días... ¿No habíais pensado en esto?

–No.

–Búscame al camarada Villasante.

Y mientras el otro salía sacó una cajetilla de cigarros y fue dándoles a cada uno de los que estaban allí.

–Sentaros, camaradas, y fumar. Todavía tenemos unos minutos a nuestra disposición.

Y fumaron.

Hasta que entró Villasante.

–Camarada Villasante. Toma los hombres que necesites; confisca los camiones que te sean necesarios; toma a crédito cuanta comida puedas; dejando un recibo del Quinto Regimiento; busca cuatro o cinco cocineros. Y regresa pronto, porque a las diez de la noche la gente debe de haber cenado.

Y se cenó a las diez de la noche.

Y después de las doce de la noche comenzaron a llegar las patrullas encargadas de la «limpieza» de la barriada. Los hombres de todas ellas llegaban cansados, pálidos, con botín de carne y oro y serios, demasiado serios. Castro los estuvo observando mucho tiempo. Luego ordenó secamente.

–Llevar a los detenidos a la nave que hay al lado del cuerpo de guardia y poner una guardia que nos defienda de una sorpresa... Si alguno de ellos se escapara los centinelas serían fusilados cinco minutos después por el delito y el crimen de ayudar al enemigo. El dinero y las joyas que tengáis ponerlos encima de esta mesa. Que todos procuren no dejarse nada en los bolsillos, pues en el Quito Regimiento el robo también está castigado con la muerte... Y luego los jefes de patrulla que vengan, que quiero hablar con ellos unos minutos.

Y cuando todos salieron se sentó a esperar.

No estaba contento.

Había algo que no percibía muy bien, pero que le hacía moverse nervioso.

«A estos imbéciles se les ha olvidado la fórmula.

Eso era.

Un olvido. Un terrible y peligroso olvido. Y ya más tranquilo siguió esperando. Y fueron llegando los jefes de patrulla.

–Sentaros donde podáis, camaradas.

Y los otros se sentaron.

–¿Qué es lo que pasa a vuestra gente, que regresa triste, aburrida, algo así como si el trabajo que se les ha encargado no les gustara?... ¡Ah!... ¿No os habéis fijado, ¿verdad?... Pero, yo si me he fijado... Y mucho, camaradas, mucho... Y quiero deciros cuál es la causa de esa falta de entusiasmo, causa que hay que limpiar de cuajo, al precio que sea... Camaradas, vosotros sabéis que soy incapaz de engañaros, me conocéis bien, desde hace muchos años, muchos. Años en que juntos hemos estado esperando este momento. Y cuando el momento llega, camaradas, me encuentro con hombres llenos de desgana, con hombres que parecen avergonzarse de este trabajo nocturno en el que hay que asaltar casas y sacar gentes a rastras o matar gentes que ni a rastras quiere salir de la casa... ¿Por qué, por qué todo esto?... Tengo que deciros con mucha pena que la razón de esa «desgana», de esa «vergüenza», mejor que la razón, la causa de todo eso es la ausencia de comprensión del carácter de la lucha actual... Camaradas, esta es una lucha a muerte. Vencerá el que más mate y quien antes mate. Vuestra tarea, camaradas, es una tarea de seguridad, de asegurar las espaldas de nuestros combatientes, de asegurar nuestra retaguardia, de garantizarnos de que no nos apuñalarán por detrás. Los otros le miraban.

–El entusiasmo en el trabajo es tan importante como la capacidad y el valor.

Le seguían mirando.

–Vosotros, hombres políticos de siempre, os habéis olvidado de preparar políticamente, psicológicamente a vuestros hombres antes de cada operación; de hacerles comprender que su trabajo es importantísimo para el triunfo, para la revolución, para el socialismo.

Hizo una pausa.

–Camaradas, posiblemente mañana o pasado haya que salir para el frente. Lo que estáis haciendo, aparte de ser un trabajo importante, es un buen entrenamiento, un gran entrenamiento, porque hoy por hoy lo más importante es aprender a matar, saber matar, no cansarse de matar. A cualquier camarada se le podría perdonar en estos momentos muchas cosas, muchas, camaradas, menos una: el no saber matar, el no querer matar...

Se calló y por unos momentos se entretuvo en mirar el dinero y las joyas que estaban sobre la mesa. Alguna que otra vez miró una de sus manos entre aquellas cosas...

–Camarada Carnero, vete a buscar a Del Val. Él debe hacerse cargo de estas cosas. Y los demás a dormir. Y a dormir bien, sin ningún problema de conciencia. La guerra es así. Y la guerra aparte de ser así es hoy el único camino de llevarnos a la revolución.

Y los vio salir.

Y cuando todo se hizo silencio se echó en el suelo y cerró los ojos y a los pocos minutos se durmió.

\* \* \*

Martínez Barrios, secundado por Sánchez Román y Azcárate hicieron un último esfuerzo por detener la guerra que había comenzado a envolver a España: ofrecieron a los sublevados varios puestos en el nuevo gobierno. Pero los sublevados querían todo. Por otro lado y mientras los integrantes del nuevo gobierno hacían ofrecimiento a los sublevados, la extrema izquierda invadía la Puerta del Sol y acababa con el gobierno y con los últimos restos de sentido común.

Y se formó el gobierno Giral.

Y la guerra siguió su curso y comenzó a tomar nuevas proporciones.

Los primeros días de lucha ofrecían su primer balance. Del lado republicano habían quedado Madrid, Guadalajara, Cuenca, Toledo (con la excepción del Alcázar), Badajoz, Jaén, Málaga, Almería, Murcia, Alicante, Cataluña, el país vasco, Valencia, Castellón, Santander, Albacete, Cáceres, una parte de las provincias de Asturias y León y la isla de Mahón. Y toda la flota de guerra y mercante. El resto, con Marruecos, quedó en poder de los otros. Inicialmente era una victoria de los republicanos, una victoria nacida por un lado del error de los sublevados que en muchos lugares del país adoptaron una actitud defensiva, por creer, quizá, apoyándose en viejas experiencias que seguía bastando un gesto dentro de los cuarteles para inclinar la balanza; por otro lado en la rápida movilización de las fuerzas obreras que, sabiendo cuánto se



ventilaba para ellas, tomaron la iniciativa, con más heroísmo que medios. Pero, esta victoria no pudo transformarse en una victoria total por diversas causas: por la carencia de una dirección militar activa, lo que determinó que las fuerzas republicanas pasaran rápidamente a la defensiva en Somosierra, Guadarrama, Talavera y Toledo en el centro; y en Aragón por parte de las fuerzas desplazadas de Cataluña. En Asturias y en el país vasco los errores de los republicanos fueron de otra índole: las fuerzas republicanas de Asturias eligieron como objetivo la ayuda a Madrid y como dirección León –Astorga–, Valladolid, propósito desproporcionado a sus fuerzas, mientras que dejaban abandonada la dirección de mayores posibilidades, Galicia, en la que aún resistían fuertes núcleos republicanos; en el país vasco las fuerzas que salieron de Bilbao y Eibar renunciaron prematuramente a la acción deteniéndose ante Ochandiano, cuando existían todas las posibilidades de ocupar Vitoria –una de las bases fundamentales de los sublevados en el norte y cuyas fuerzas principales se habían desplazado hacia Madrid.

\* \* \*

Un día.

Otro día.

Pero ahora los días no eran iguales. El patio del convento–cuartel de Francos Rodríguez hervía de sol y gritos, de polvo y sudor. Las voces de Oliveira y Beltrán, los dos primeros y grandes instructores del Quinto Regimiento iban

dando movimiento y forma a la masa. Y la masa comenzaba a convertirse en el esqueleto de un pequeño ejército. Por entre los grupos que hacían instrucción o aprendían el manejo de las armas, Ortega, el diputado por Cádiz, con mucho de franciscano, caminaba mirando y mirando con aquellos ojos que eran todo pena. Era un mirar que calaba hondo, un mirar a soldados y jefes y de vez en cuando a unos o a otros unas palabras suaves que hacían ponerse a los que le escuchaban serios, muy serios y escuchar con una atención que ponía rígidos los rostros. Ortega era algo así como el Apóstol de la fórmula. Y después, cada día hacía lo mismo, a pelearse con la burocracia militar que parecía vivir de espaldas a los ritmos de aquellas horas.

Por la tarde, cuando el sol dejaba de quemar, los milicianos marchaban a la Dehesa de la Villa en donde enfebrecidos realizaban pequeñas maniobras en las que con los ojos, clavados en un supuesto enemigo, hacían mover frenéticamente los gatillos, o los brazos en un lanzamiento de piedras que simulaban bombas.

Y luego al cuartel.

Y allí, tendidos en el suelo, ante las imágenes llenas de polvo a dormir y a esperar a que llegara la hora, esa hora para la que se preparaban horas y horas cada día.

En la comandancia Esperanza amontonaba carnets.

–¿Cuántos? –preguntó él.

–Cinco mil seiscientos setenta y tres –respondió ella.

–Voy a salir, Esperanza, y creo que volveré tarde. A las diez de la noche que te lleven casa. No esperes, duerme lo que puedas, que vendrán días en que no podrás dormir nada.

–De acuerdo, Enrique.

La pasó la mano por la cabeza, se quedó un momento pensativo y después en voz baja dejó escapar una palabra.

–Salud.

El coche le esperaba delante de la comandancia. Subió a él y se sentó al lado del chófer. Durante unos segundos estuvo mirando a los soldados que en pequeños grupos paseaban por el patio. Después una orden.

–Vamos.

Los soldados se hicieron a un lado. El oficial de guardia se acercó a la salida y cuando el coche llegó hasta él un saludo y unas palabras.

–A tus órdenes, camarada comandante.

Castro miró a quien hablaba. Era su viejo camarada Alberto, un poco más viejo que antes, con los bigotes caídos sobre su boca y con ojos de niño. Y recordó el ayer.

–Gracias, camarada.

Y el coche arrancó para hundirse en la noche de una ciudad dominada por la fiebre, por el miedo, por la inseguridad,

Mientras el coche avanzaba comenzó a pensar en qué hacer. ¿Ir a la casa del Partido? ¿Ir al Ministerio de la Guerra?... Decidió ir a los dos sitios. La dirección del Partido se había instalado en el antiguo domicilio de Acción Popular (el Partido de Gil Robles y Herrera, el Partido de una democracia cristiana que no sabía lo que era democracia) en la calle de Serrano.

En la puerta muchos hombres armados. Al frente de ellos, Santi, alto y delgado, con la cabeza calva, con la mirada clavándose en todo y en todos, con su cuerpo inclinado un poco hacia delante como un cuervo que hubiera encontrado su presa.

–Salud.

–Salud, camarada Castro.

Y comenzó a subir por las escaleras hasta el lugar en donde tenía su despacho Pedro Checa, el secretario de organización del Buró Político. La guardia le miró.

–¿Puedo ver a Pedro?

–Entra, camarada.

Pedro Checa le recibió como siempre: con una sonrisa indescifrable y con un gesto unamunesco.

–Siéntate.

Y se sentó.

–¿Cómo va el Quinto Regimiento?

–Bien.

–¿Cuándo podremos lanzar millares de hombres a los frentes?... La situación se hace grave y cuanto antes reforcemos los frentes o mejor que los frentes las direcciones más amenazadas, mejor... ¿No lo crees así?

–No.

–¿Por qué?

–Creo, Pedro, que para nosotros todavía es demasiado pronto para tener prisa. Lo importante en mi opinión es conseguir una buena organización militar, es crear un buen tipo de combatiente, es formar mandos... Lanzar a nuestra gente a la lucha sin esto creo que sería una catástrofe, como lo está siendo para los demás.

–Pero, ¿nos dará tiempo el enemigo para eso que tú quieres?

–Sí.

–¿Porque avance despacio?

–Sí.

–¿Y quién le hará avanzar despacio?

–Su miedo y los otros.

–¿Qué otros?

–Esos otros milicianos que han creído que la guerra era una excursión dominguera y que con la mayor alegría y la menor preparación se han lanzado a los «frentes».

–No creo que el Partido esté dispuesto a darte el tiempo que tú quieres.

–Sin embargo, lo necesito.

–¿Cuál es tu plan?

–El vuestro.

–Explícate.

–Camarada Checa, yo creo que para nosotros lo más importante es crear una gran fuerza militar. Una gran fuerza militar nos puede dar dos cosas: una supremacía política y la posibilidad de ser nosotros la fuerza que pueda decidir la victoria militar... Son a mi entender dos cosas tan importantes para el Partido que no creo, si lo piensa bien, que me niegue el tiempo que necesito para hacer del Quinto Regimiento la fuerza militar más importante del campo republicano y para hacerlo antes que los demás tengan tiempo y probabilidades de oponerse...

–Creo que tus opiniones debe conocerlas el camarada Pepe.

–Díselas.

–¿Y por qué no tú?

–Tengo que ir al Ministerio de la Guerra.

–¿Para qué?

–Para dos cosas, Pedro... Para hacer creer a los militares lo que aún no es: que el Quinto Regimiento es una gran fuerza; para hacerles creer lo que tampoco es: que el Quinto Regimiento está a su disposición, para ver si de esta manera logro que nos den más armas...

–Y creo muy necesario hacerme amigo de ellos. Vamos a necesitarlos para muchas cosas.

–De acuerdo, Castro... ¿Quieres tomar una taza de café antes de irte?

–¿Rápido?

–Sí.

Llamó y pidió dos tazas de café. Las tomaron en silencio. Y luego un apretón de manos.

–Salud.

–Salud.

Cuando llegó al zaguán vio las gentes andar de un lado para otro con cierta precipitación.

–¿Qué pasa, camarada Santi?

–La caza ha sido buena esta noche... Mateo entre ellos... Y Matorras... Si quieres presenciar un gran espectáculo, quédate.

–No puedo.

–Entonces, ni te entretengo ni me entretengo.

Y desapareció mientras él se dirigía a su coche.

–Al Ministerio de la Guerra.

Mientras el coche recorría la corta distancia que separaba la calle de Serrano de la Glorieta de la Cibeles pensó en las tareas de Santi. Hizo un gesto de desprecio. Muchos hombres para un hombre. Muchas horas para convertir a un vivo en un muerto. «Imbéciles, murmuró, qué manera más tonta de perder el tiempo y minimizar la fórmula». Y no pudo seguir pensando más, los centinelas pedían los documentos. Enseñó los suyos. Y luego un subir lento del coche hasta la entrada principal. Mucha luz y poca gente. En un pequeño cuarto el comandante Estrada trabajaba minuciosa e ininterrumpidamente. En un salón que había enfrente unos cuantos comandantes, tenientes coroneles y generales hablaban a voces... A la derecha una puerta que daba entrada al despacho del ministro de la Guerra. Y maravillosas lámparas, y gruesos tapices, y acariciadoras alfombras.

Se detuvo y miró.

Luego se acercó al comandante Menéndez.

Y esperó.



Adoptó un aire modesto, insignificante. Hasta que abrió aquella puerta y apareció el teniente coronel Sarabia. Esperó a que llegara a su altura y se acercó rápido:

–Mi teniente coronel...

–Dígame...

–Soy el comandante Castro, comandante–jefe del Quinto Regimiento.

–Dígame, comandante, dígame.

Sin hacer el más pequeño movimiento, mirando a los ojos del viejo militar, hablando sin prisa y dando a cada palabra la entonación necesaria, habló:

–Mi teniente coronel: vengo a pedirle autorización para hacer un desfile de identificación y obediencia al gobierno. La concentración sería en la Plaza de España y el recorrido: Palacio de Oriente y Ministerio de la Guerra. Creo que psicológicamente el desfile tendría mucha importancia y puede ser un factor que eleve la moral de la población.

El viejo pensó unos momentos.

–Está bien, comandante... ¿Cuándo pueden hacerlo?

–Mañana a las ocho de la noche.

–Háganlo.

–Pero.

–Dígame...

–Pero... para que el desfile tenga un carácter más real e impresionante necesitaríamos armamento y equipo.

El viejo militar volvió a pensar unos segundos.

–¿Para cuántos hombres?

–Para dos mil, mi teniente coronel.

–De acuerdo... Mañana pueden recogerlo a las diez de la mañana.

–Gracias, mi teniente coronel... A sus órdenes...

Y salió con la misma parsimonia que había entrado. Se despidió del comandante Estrada y dio la orden al chófer de que le llevara al cuartel. La guardia husmeaba la noche. Ya en su despacho llamó al comandante Ortega y le contó sus andanzas de aquella noche y los resultados. Después guardó silencio y se dedicó a mirar al otro.

–Bien, Castro, mañana iremos por lo que te han prometido.

–Y mañana haremos el desfile.

–Salud.

–Salud.

Cuando llegó a la casa Esperanza dormía. Se acostó sin hacer ruido para no despertarla. Y siguiendo la vieja costumbre hizo

balance: «La cosa marcha... Marcha... Y deberá marchar mejor... mucho mejor... ¿No lo crees así, hermano Pedro?»

## Capítulo XV

### LA REVOLUCIÓN DE LOS LOBOS

España era como un gran Cristo crucificado por todos.

Pero...

¿Qué importaba esto?

Los preliminares para el triunfo de la revolución tenían que ser así, debían ser así, había que hacer que fueran así. El fervor republicano, la mística revolucionaria, era un fenómeno de minorías y con las minorías era imposible vencer cuando la pugna histórica se ventilaba en el terreno de la lucha armada, cuando el problema no reside en la existencia solamente de minorías audaces, sino en la movilización y organización de grandes masas a las que había que narcotizar con algo para que perdieran el miedo a la lucha y sobre todo el miedo a la muerte.

Y el narcótico era el botín.

Y también la venganza.

Y el satisfacer necesidades y envidias de siglos.

Había que amoralizar a las masas; hacerlas perder la noción de lo que era el bien y el mal en su definición bíblica. Y para ello se hizo necesario convencerlas de que el saqueo, el asesinato, la violación y las expropiaciones no eran otra cosa que un pequeño montón de medios indispensables para debilitar al enemigo económica, moral, política y socialmente y ganar la guerra y llegar a la revolución.

A pesar de que los republicanos siguieron pensando en su república rosa.

A pesar de que los demócratas continuaron pensando en la democracia ateneísta.

A pesar de todos los pesares.

Y se fabricaron héroes y bandidos. Y se encadenó la razón y se desencadenaron los instintos: era el preámbulo para una transformación histórica. Era la fórmula que llevaban clavada en el cerebro millares de comunistas que con ritmos de fiebre buscaban imponer su hegemonía política, su fórmula sobre las demás fórmulas. Esto fue lo que no supieron ver las fuerzas conservadoras primero y los sublevados después: no supieron ver que la república, como enfermedad política nacional era una necesidad e infinitamente mejor que la guerra civil como remedio.

\* \* \*

Noche y luna.

Madrid sin luz parecía dormir. Pero era una ciudad enferma de insomnio y sombras, de terror y muerte.

Era un frente de guerra extraño y monstruoso que se despertaba al anochecer.

\* \* \*

Castro se restregó los ojos y ahogó un bostezo. Después se dirigió a la ventana desde la que se dominaba el patio del convento-cuartel y durante unos momentos miró concienzudamente. Y sonrió al comprobar que por el patio paseaban en silencio varios grupos de hombres sin uniforme ni fusiles. Regresó al despacho y durante unos segundos permaneció inmóvil. Luego llamó y cuando entró un miliciano pleno de disciplina y sueño le dio una orden.

Y esperó.

Alguien llamó a la puerta.

–Sí.

Y entraron seis hombres.

–¿Preparados?

–Sí, camarada comandante.

–Bien... Tengo la impresión, camaradas, de que la organización falangista no ha sido aún deshecha, ni tan siquiera desarticulada... Está escondida y viva... y vosotros como si todavía no comprendierais la necesidad de aniquilarla pronto, muy pronto... Las noticias que tenemos, camaradas, es que las columnas fascistas avanzan hacia Madrid, lo que hace suponer que Madrid se convertirá no sé en cuánto tiempo en el frente decisivo... Si no consiguiéramos limpiar Madrid de falangistas, la batalla será muy difícil y muy escasas las posibilidades de ganarla... ¿Comprendéis?

–Sí.

–¿Sí?

–Sí, camarada comandante.

–Pues no perder tiempo. El período de prueba para vosotros está próximo a terminar... Muy próximo... Y sería muy desagradable el comprobar que habéis sido incapaces de realizar una tarea que es vital... ¡Iros!... ¡Iros pronto!... Y que tengáis suerte, mucha suerte.

Y cuando todos se dirigían hacia la puerta dio un grito y un nombre.

Y un hombre se volvió hacia él.

–Tú no, camarada. Te necesito.

El otro se acercó hasta la mesa y esperó.

Castro le dio un cigarro. Y le acercó la cerilla encendida. Y con un gesto le indicó una silla. Y luego mantuvo el silencio unos momentos mientras el otro le miraba con un mirar de inquietud y miedo. Y después comenzó a hablar.

–Camarada, he estado pensando en vuestro trabajo, en si es conveniente mantenerlo en los límites actuales y si es conveniente también realizarlo desde aquí, desde la comandancia del Quinto Regimiento... Y.

El otro le miró.

–Y he llegado a la conclusión de que los grupos que actúan en la noche son pocos... He llegado también a otra conclusión: de que no es conveniente dirigir este trabajo desde aquí.

Y se calló.

El otro sólo miraba.

–El Quinto Regimiento está compuesto de gente de muchas tendencias políticas, de obreros, de campesinos y empleados. El Quinto Regimiento es un centro de organización militar del Frente Popular... Que respeta a todos, camarada: a los anarquistas, a los republicanos, a los socialistas, a los sin partido, a católicos y ateos, que respeta la propiedad privada, que respeta y obedece al gobierno.

El otro le seguía mirando.

–Yo sé, camarada, lo que hacen los demás, pero no quiero que los demás sepan lo que hacemos nosotros.



–¿Y...? –se atrevió a decir el otro.

–Se hace necesario, camarada, desplazar nuestro centro de operaciones nocturnas a otro lugar... Y ampliar nuestros grupos y nuestras actividades a otras zonas. Y mantener el secreto de que tal centro existe.

Él dio una chupada a su cigarro y siguió mirando.

–Busca un hotel por el barrio de Salamanca... Aislado... Amplio... Incáutate de él sin ruido... Pon una guardia... En fin, organízalo como una pequeña cárcel y como un centro de trabajo que sólo funcionará en la noche... Debe tener teléfono, garaje y muros altos que impidan ver incluso que está habitado... Una vez que lo hayas hecho avísame... Pero esto no deben saberlo más que tú, tu grupo y yo. Cualquier indiscreción sería muy peligrosa para mi plan y para ti, camarada.

\* \* \*

Noche y luna.

Castro llamó al comandante Oliveira. Es el jefe de instrucción. Antiguo militar portugués, convertido hoy en exiliado político y en uno de los puntales del Quinto Regimiento.

Y llegó Oliveira.

Ojos cansados y pelo blanco. Y siempre con el comienzo tímido de una sonrisa que nunca llegaba a cuajar.

–A tus órdenes, camarada Castro.

–Siéntate, camarada Oliveira.

Y el otro se sentó.

–Tú estás cansado y yo también... Es muy tarde ya y mañana será un día muy duro. Pero sólo a estas horas se puede hablar tranquilo, sin que nadie interrumpa, sin ningún problema que agobie... ¿No lo crees así?

–Así es.

–¿Cómo van las cosas, comandante?... No, no me contestes todavía... Prefiero primero decirte lo que quiero saber... Sólo así la cosa será breve y te podrás ir a descansar pronto, que bien lo necesitas, mi buen camarada Oliveira...

–Siempre tienes razón, Castro.

–Supongamos que casi siempre, camarada Oliveira.

Luego su tono se hizo seco, su hablar preciso.

–¿Cuántas compañías tenemos en condiciones de salir para los frentes?... ¿Cómo va la organización de la Primera Compañía de Acero?... ¿Cómo va ese militar profesional que nos ha mandado la Inspección de Milicias, el capitán Márquez?... ¿Cómo va la organización militar en los otros

cuarteles?... ¿Qué defectos encuentras en nuestro trabajo?...  
Contesta, camarada Oliveira, contesta.

Y sin dejar de mirar al otro esperó.

–Podríamos disponer en cuarenta y ocho horas de diez compañías bien organizadas e instruidas. La «Primera de Acero» ya está en condiciones. Su jefe, el capitán Márquez, me parece un hombre medianamente inteligente, pero sabe su oficio y creo que es seguro. La gente le ha tomado cariño. En los demás cuarteles la organización va más lenta, pero marcha. Ningún defecto, camarada, tú eres un gran comandante.

Sonó el teléfono y Castro tomó el auricular.

–Sí.

–.....

–Sí, soy yo, el comandante Castro

–.....

–Sí.

–.....

–Sí.

–.....

–Sí... Ahora son las doce de la noche. A la una en punto estaré allí... Sin falta.

Y volviéndose al comandante Oliveira y mirándole mientras dejaba escapar una sonrisa cariñosa le dijo:

–Bien, camarada Oliveira... España te tendrá que agradecer mucho, mucho, camarada Oliveira... (Una pausa)... Me hubiera gustado tomar una taza de café contigo, pero no es posible ni conveniente; te quitaría el sueño y me haría perder unos instantes que necesito.

Sonrieron.

Y se puso en pie.

Y el otro también.

Y le tomó del brazo y se lo llevó lentamente hasta la puerta.

–Que pases buena noche, camarada Oliveira.

–Gracias, comandante.

Y cerró la puerta. Y rápido se dirigió a la mesa, tomó el teléfono y marcó el número.

–Habla Castro, el comandante Castro... ¡Escucha!... Escucha y no me interrumpas para nada... Y cuando termine de hablarte cuelga y haz lo que te voy a decir.

Estuvo pensando unos momentos y continuó.

–Baja todas las persianas para que no se vea ninguna luz desde el exterior... Coloca a un hombre en la puerta para que cuando se detenga ante ella un coche abra rápido... Prepara los

sótanos... Y búscate cuatro mujeres: dos para que trabajen conmigo; y las otras dos para que hagan la limpieza y la comida para la gente que tenga que estar permanente allí... Voy a dejar aquí una orden para que se comuniquen con ese número los responsables de los otros grupos... Y prepara café, mucho café.

Y colgó.

Luego llamó al ordenanza.

–Di a la camarada Esperanza que venga.

Y Esperanza entró.

–Tengo que salir rápidamente... Llamarán a este teléfono las gentes de la «I. T. A.», dales este número de teléfono.

Ella apuntó.

–Cuando hayan llamado todos, pide un coche y que te lleven a casa... Yo llegaré un poco tarde.

Ella le miró.

–¿Cómo van las cosas. Enrique?

–Bien, Esperanza, muy bien... No se te olvide... Sólo a los jefes de los grupos de la «I. T. A.»... Y para que no haya error, quédate aquí. No conviene que nadie sepa nada ni de ellos ni del teléfono que te he dado... ¿De acuerdo?

–De acuerdo.

La besó y salió.

El ordenanza sentado en una silla dormía. En otra ocasión le hubiera despertado violentamente. Pero pasó sin mirarle. Que durmiera. Así no oiría el número del teléfono que Esperanza tendría que repetir cinco veces.

–Vamos, camarada.

El coche se puso en marcha. Un centinela dibujó un saludo. Y el coche avanzó rápido sin hacer caso del «alto» de las patrullas.

–¿A dónde vamos, comandante?

–Al final de la calle Serrano.

Tenía sueño, mucho sueño... Un deseo inmenso de cerrar los ojos, de olvidarse de todo y dormir sin pensar en nada: ni en el reloj ni en la guerra. Pero hizo un esfuerzo y abrió los ojos que querían cerrársele y se dijo: «Todavía no has llegado al cansancio a que deberás llegar... Está muy lejos todavía el momento de comenzar a construir el socialismo».

–Aquel hotel es... No toques el claxon... Solamente enciende y apaga las luces y cuando la puerta se abra entra rápido.

Y el otro obedeció.

Y el de adentro también.

Se abrió la puerta y el coche entró y se detuvo ante una pequeña escalinata en la que un hombre pálido y pequeño esperaba.

–Salud.

–Salud.

Y el otro se puso delante y comenzó a caminar:

«Tu despacho»... «Las habitaciones para la guardia»... «El comedor»... «Y en el garaje hemos pensado encerrar a los detenidos... hasta que llegue la noche y el momento de sacarlos»

–Está bien.

Se fue al despacho y se sentó a esperar.

–¿Quieres café, camarada comandante?

–Sí. Pero muy cargado... Casi no puedo con el sueño.

\* \* \*

El Partido envió ayuda a Castro.

Hoy ha llegado Barbado. Y ha llegado con una estrella de comandante cosida sobre su overol, en el lado izquierdo del pecho. Estuvo en Rusia cuando la eliminación del grupo Bullejos, Adame, Vega y Trilla, a los que traicionó y por lo cual

el Komintern le ayuda mucho para hacer de él una figura política. Es de Córdoba, rechoncho, de barba poblada, de cejas espesas, un poco cabezón y algo patizambo. Habla el andaluz de los hombres del campo. Muchas veces recuerda a esos campesinos andaluces de las comedias de los hermanos Quintero y otras veces a esos viejos suboficiales del ejército español, con veinte años de «milicia», ratoneros y con muy mala leche. Posiblemente tuviera mitad y mitad de ambas cosas. Se le nombró segundo comandante del 5.º Regimiento. La gente del Partido no le quería porque era déspota, sectario, charlatán y un poco bruto.

Pero, el Partido...

Y eso bastaba. Andaba por el cuartel con el gorro ladeado, barba de tres o cuatro días, cigarro en la boca, las manos en los bolsillos y la cabeza alzada, como si mirara al cielo.

El otro era italiano.

Le llamaban Carlos Contreras.

Pero se llamaba Vittorio Vidali.

Había llegado a España, enviado por Moscú, desde Moscú, como delegado ante el Socorro Rojo Internacional. Estaba casado con una tal María Modetti, italiana también, que había sido la amante de Mella, el «mártir cubano» y al parecer también de Diego Rivera. Era dulce y buena, de una femineidad encantadora, de un hablar lento y triste, como ella que era todo tristeza. Él era brusco, borracho, mujeriego y terriblemente ambicioso. Era de esos hombres a los que Moscú



manda a ciertos lugares para darles la posibilidad de «resucitar políticamente», posibilidad que ellos aprovechaban aunque sea a costa del crimen mismo. Los dos, Carlos y María eran viejos funcionarios de Moscú, en cuya ciudad, ante las casi ininterrumpidas purgas de Stalin, conocieron ese miedo que hace mearse a la gente.

A Castro se lo presentó el Buró Político.

–Es el camarada Carlos.

–Salud.

–Salud.

–Va a trabajar contigo...

Montaron en el coche que Castro tenía en la puerta del edificio, un «Lasalle» que no sabía quién había sido su legítimo dueño y se encaminaron al cuartel de Francos Rodríguez. Al llegar a la Plaza de Santa Bárbara, Carlos habló.

–¿Quieres pararte, camarada Castro?... Tengo una sed que no me deja vivir.

Castro detuvo el coche.

Y se dirigieron a un quiosco que había frente al bar «La Mezquita», en donde Castro había parado muchas épocas de su azarosa vida. Eran valencianos los dueños; gordo él y gorda ella. Y vendían horchata, refrescos y cerveza. Saludaron con cariño a Castro.

–¿Qué vas a tomar?

–Una cerveza fría.

–¿Y usted?

–Yo vino...

–Señor, aquí no vendemos vino.

Carlos se recostó sobre el mostrador, acercó su cara a la cara de aquella buena mujer y casi gritó:

–Desde ahora lo venderán... ¡Tráigame, aunque sea del infierno, una botella de vino!... ¡Pronto, vieja reaccionaria!

La mujer se asustó. Y mandó a su sobrina a quién sabe dónde. Y a los pocos minutos ponía ante Carlos una botella de vino de Valdepeñas y un vaso. El, sin mirar el vaso, se abalanzó sobre la botella. Y se la llevó a los labios. Una parte del vino entraba en él; otra se derramaba por la comisura de los labios y llegaba hasta su camisa.

Se terminó la botella.

Y se limpió la boca con el dorso de la mano.

–Cuando quieras, camarada.

Y se fueron.

Un tiempo de silencio.

Luego la voz de Carlos a su oído y su aliento a vino.

–Viste temblar a la vieja... ¡Vieja reaccionaria!... La hubiera dado un balazo de buena gana...

–No hubieras podido.

–¿Por qué?

–Porque esa «vieja reaccionaria», como tú la llamas, ha dado muchas veces de comer al comunista Castro, ha dado dinero para los presos, votó por el Frente Popular, sin importarla qué diría Dios, al que visita piadosamente todos los domingos. ¿Comprendes por qué no hubiera sido posible que la hubieras disparado un balazo?

De momento no respondió.

Al poco rato contestó:

–Sí... Comprendo, camarada Castro... ¿Hubieras sido capaz de disparar sobre mí?

–Sí.

Y no hablaron más.

Carlos Contreras o Vittorio Vidali fue nombrado comisario político del 5.º Regimiento. Pero se puso su estrella de comandante. Eligió un buen coche, Y un buen escolta, un tal Candelas, viejo albañil.

Con la llegada de Barbado y Carlos Contreras se integró definitivamente la Comandancia del 5.º Regimiento: Castro y Barbado como primero y segundo comandantes; Carlos Contreras como Comisario Político; los capitanes Gallo y Márquez, militares profesionales, se les nombró, para deshacer desconfianzas, miembros de la comandancia también; luego estaba un tal Del Val, sastre, inteligente y elegante, pero frío y rencoroso: después Francisco Galán, al que había que mimar no por él, sino por su apellido; también figuraba el comandante Oliveira y Beltrán, marino, que eran dos grandes organizadores; y Ortega, el diputado por Cádiz. Y meses más tarde, cuando el Partido decidió fabricar héroes, pasaron a ser miembros de la Comandancia Líster y Modesto; y comandantes honorarios la «Pasionaria» y el general Asensio.

\* \* \*

Aquel día el cuartel de Francos Rodríguez hervía. El comandante Ortega había vestido y armado a mil quinientos hombres; mil quinientos hombres que se entrenaban frenéticamente.

Y Barbado observándolos.

Las siete de la tarde.

Castro lee los últimos informes de los frentes. La situación sigue agravándose. Deja los papeles sobre la mesa y sale.

–Que no entre nadie en mi despacho.

–De acuerdo, mi comandante.

Y ya en el patio comienza a mirar a los milicianos, a los jefes, a Barbado, comienza a mirar todo.

Al verle, Barbado se acerca.

–A tus órdenes, Castro.

–Gracias.

Y los dos miran, aunque con un mirar distinto.

–Es la hora, Barbado.

–Sí.

–Que la gente se monte en los camiones y que se concentre en la Plaza de España.

–Allí os espero.

–Sí.

Y cuando Castro va a separarse, Barbado le sigue y le habla.

–Castro, ¿crees que el Partido quedará contento?

–No se trata del Partido, ni de ti ni de mí... Se trata de engañar a Azaña para acabar con sus vacilaciones; de engañar al ministro de la Guerra y al Estado Mayor dándole a comprender que con ellos o sin ellos la lucha seguirá; de engañar a todos los partidos políticos y organizaciones

sindicales haciéndoles creer que la fuerza armada del Partido es la fundamental; de engañar a la contrarrevolución emboscada, haciéndola creer de que no tiene ninguna posibilidad de un golpe interior; de engañar al pueblo haciéndole creer que existe una fuerza militar capaz de vencer para arrancarle de su cabeza toda idea desmoralizadora y para que comience a ver con más claridad al Partido... No es un desfile, camarada Barbado, es una batalla psicológica, nada más que psicológica...

Y se separaron.

Barbado dio la orden. Los hombres comenzaron a subir a los camiones. Y en pocos minutos la columna militar partía hacia La Plaza de España. Castro llamó a uno de la guardia y le dio una orden. Al poco tiempo Carlos Contreras y el comandante Ortega subían a su coche.

Y hacia la Plaza de España.

A las ocho comienzan a redoblar los tambores.

Y la columna se pone en marcha. Hay severidad en los rostros. Y ritmo. Castro unas veces se adelanta y otras deja que la columna adelante su coche. Sólo mira a los milicianos. Y a Barbado. Y a la bandera republicana que encabeza el desfile. Y a los hombres que tocan los tambores.

Ran...

Rataplán... Plan... Plan...

Rataplán... Plan... Plan...

El sonar de los tambores y el reflejo de las bayonetas da al ambiente un aire de solemnidad y drama.

Ran.

Rataplán... Plan... Plan...

Y frente al Palacio que fue real. Y ante las estatuas de los reyes que quieren hacer permanente la vieja historia de España.

Barbado grita.

–Vista a la derecha.

Azaña saluda.

Y la columna sigue. Y en su caminar va definiendo políticamente cada sector de la capital de España, no hay gente ni en las calles ni en los balcones. Soledad. Y miedo escondido detrás de balcones, ventanas y contraventanas. Y así hasta la Puerta del Sol.

Ramplán. Plan... Plan...

Toreros y cómicos, vendedores y putas tempraneras, contemplan el desfile. El reloj de Gobernación marca las ocho y media. Y los hombres del Regimiento, camina que camina.

En la Puerta del Sol, Vicente Uribe aborda el coche de Castro. Y habla, mejor dicho grita:

«Dar la orden a la columna de que se dirija a la casa del Partido». Nadie contesta.

Uribe llama a un soldado.

«Llama al comandante Barbado».

Barbado llega. Y saluda a Uribe. Y le sonríe. Y escucha.

«A la casa del Partido».

Barbado mira a Castro, a Carlos, a Ortega... Y parece preguntar con sus ojos. Y al ver que ninguno de los tres habla, pregunta:

–¿Qué?

–No hay contraorden –contesta Castro.

Uribe mira a Castro. Luego a Barbado.

«A la casa del Partido... Te habla un miembro del Buró Político!». Ahora es Carlos Contreras el que habla.

«Vete a la mierda, Uribe... ¡Aquí mandamos nosotros».

Y Uribe se sienta. Y Barbado corre para ponerse a la cabeza de la columna.

Ran...

Rataplán... Plan... Plan.



Al pasar por delante del Teatro Alcázar. Castro recuerda: y sin saber por qué, parece sentir que le envuelve la nostalgia del ayer.

Y recuerda: «¿Qué será de Rafael?»... «¿Qué será de mi tío?»... Y de pronto como si estuviera a solas con sí mismo recuerda, en un recuerdo que le hace daño.

«¿Qué será de mi madre?»

Da un suspiro hondo y mira a la columna. Y se mira a sí mismo. Y el pasado comienza a borrarse. Y Castro vuelve a ser Castro.

«¿Qué hacemos frente al Ministerio de la Guerra?»

«Detén la columna. Sitúala de cara al Ministerio... Sube y obliga, diplomáticamente, a que el ministro de la Guerra reviste las fuerzas.

Y Barbado se va.

Y después de unos minutos ve venir a Barbado y al lado de él a un general. Y detrás del general varios coroneles.

Castro grita:

«Firmeeeeees».

«Pressennnnnn...ten...armas...»

Y el general recorre la columna. No mira a los hombres. Pero los hombres le miran a él. Y regresa. Y se detiene ante la cabeza de la columna... y con una voz temblorosa, grita:

«¡Viva la República!».

«¡Vivaaaaaaaaaaaa!».

Castro grita:

«¡Viva el Frente Popular!».

«¡Vivaaaaaaaaaaaa!».

Y vuelve a gritar:

«¡Viva España!».

Casi nadie responde. No tienen costumbre de gritar esas cosas. Y Castro ve cómo Barbado acompaña al general hasta su despacho. Y le ve regresar después. Y ponerse a la cabeza de la columna y gritar: «¡Firr...mes!». «De frente... ¡March!».

La columna comienza a marchar. Castro se deja caer en su asiento. Se pasa la mano por la frente para limpiarse el sudor. Y después, después sonrío.

Calle de Serrano.

Rataplán... Plan... Plan...

Ran...

Rataplán... Plan... Plan...

La Casa del Partido.

Los hombres se estiran... El paso se hace firme... Seco...  
Rítmico... Ran.

Rataplán... Plan... Plan...

En el balcón del Buró Político. Ran.

Rataplán... Plan... Plan...

El Buró Político aplaude... Castro, Carlos y Ortega se ponen en pie... Y saludan... Y el Buró Político aplaude... Y la columna camina que camina. Y Castro ordena alcanzar a Barbado.

–En la calle Goya que monten en los camiones... Y al cuartel...  
Y que descansen. ¡que descansen cuanto puedan!

Y grita al chófer:

–Rápido, camarada... ¡Al cuartel!

Y cuando llega ante el edificio de la comandancia se baja del coche y sube rápido: detrás Carlos y Ortega.

«Formidable», dice Carlos.

–Sí...

Ortega, como siempre, no habla. –¿No estás contento, Castro? –pregunta Carlos. –Sí. Pero.

–¿Has visto, Carlos, a ese general Castelló?... ¡Un imbécil!... Y ese imbécil es el que tiene todo en sus manos. Y mientras tanto el enemigo avanza hacia Oropesa; avanza hacia Somosierra y presiona brutalmente en el Guadarrama.

–¿Acaso no podemos lanzar nuestras fuerzas en los tres frentes? –afirma Barbado que acaba de llegar.

–Me da miedo de quemarlas prematuramente; miedo de que las envolvamos en la «debacle» y que el enemigo pueda llegar a las puertas de Madrid, sin que en Madrid tengamos fuerzas con que contenerle.

–¿Qué propones? –preguntó Carlos.

–Taponar Somosierra y Guadarrama... Y reservar nuestras fuerzas, en la medida que sea posible, para la defensa de Madrid.

–Pero, ¿eso es esperar? –afirma Barbado.

Castro le mira. No le tenía simpatía. Le daban asco los demagogos.

–La guerra no es un problema de gestos, Barbado, sino de victorias o derrotas. Y yo no quiero asumir la responsabilidad de envolver al Quinto Regimiento y al Partido, en consecuencia, en esa barahúnda que hay en los frentes: no puedo asumir la responsabilidad, mientras pueda evitarlo de que seamos arrastrados a la catástrofe... Prefiero esperar... ¡Es posible que socialistas, anarquistas y republicanos nos insulten!... ¿Y qué importa?... Lo importante es poder ganar la

batalla militar decisiva en los frentes; y aquí, en nuestro propio territorio ganar la batalla política.

–No estoy de acuerdo.

Castro se puso en pie.

–Pero con mi opinión, de cuatro que somos aquí, están de acuerdo tres. Esto me basta para decirte que si no estás de acuerdo vayas al Partido y plantees la cuestión. Y para decirte también que detendremos al enemigo en Somosierra y Guadarrama, pero que no quemaremos nuestras fuerzas en la dirección Oropesa–Toledo–Madrid.

–Pero.

–Barbado, escucha: si el enemigo destrozara a nuestras fuerzas, por muy cansado que estuviera, podría llegar y entrar en Madrid; pero si nosotros conservamos nuestras fuerzas para la batalla de Madrid, contando con el cansancio del enemigo, Madrid podrá ser defendido... Claro que me podrías preguntar ¿y no podremos detener al enemigo en Talavera?... Y yo te contesto que no: el enemigo avanza con fuerzas organizadas, el Tercio y Regulares, con cuadros experimentados, es decir, es infinitamente superior a nuestras milicias. ¡No!... ¡No podríamos detenerle!... Y el intento de hacerlo sería un suicidio. Será necesario ganar tiempo, transformar nuestras milicias en un ejército regular popular... ¡El tiempo vale por hoy, no sé si mañana también, más que el terreno, sobre todo en esta dirección en la que todavía el enemigo está lejos...

–Pero.

–Yo te ruego, Barbado, que no pienses en Napoleón; te ruego que leas y releas a Lenin y a Stalin... ¡Te será mucho más útil. Te diré aquí, entre nosotros, que llevo varias semanas estudiando los materiales que nuestras gentes recogieron en la Escuela Superior de Guerra. No te diré que no he aprendido. Pero te diré, eso sí, que lo aprendido en la Escuela Superior de Guerra no vale gran cosa con lo que me enseñaron Lenin y Stalin en esa maravillosa cátedra de estrategia y táctica que puedes leer y estudiar en «Cuestiones del Leninismo», de Stalin.

–De acuerdo, Castro.

–De acuerdo, Castro.

–Mañana tú, Barbado, irás a Talavera para ver la situación y tener aquí un cuadro exacto de lo que está ocurriendo; Carlos irá al Guadarrama, a lo mismo. Y yo me iré al sector de Somosierra, hacia el cual parecen avanzar las fuerzas del general Mola... Y por la noche... A la hora que sea, nos reuniremos aquí. Y entonces, sólo entonces, podremos tomar una decisión... Barbado le miró.

–Es una orden –contestó Castro.

Castro se fue a buscar a Esperanza. Estaba trabajando con Alejandro del Val y con un capitán, Carlitos, un golfo que se había convertido en un hombre útil. Miró a Esperanza. Estaba pálida, cansada, triste.

–¿Te falta mucho?

–Puedo irme.

–Vámonos.

Y salieron. Castro tenía sueño. Y pena por Esperanza que se consumía de trabajo y de angustia. La actitud de Barbado no sabía cómo interpretarla, si como una actitud personal y estúpida o como una opinión del Partido. Pero no quiso decir nada a Esperanza.

Cenaron.

Consuelo quiso tocar el piano.

Pero, dejó caer las manos y se fue a su habitación. Castro vio perderse su silueta. Lo último que vio de ella fueron sus trenzas. Largas y rubias... Como un grito de niñez que la guerra estaba marchitando. Y miró a Elena, que, de codos sobre la mesa y la cabeza hundida entre las manos, parecía pensar o dormir. Le pareció algo así como una monja maravillosa a la que la revolución hubiera arrancado los hábitos, dejándola desnuda y triste. Aurora y Amelia discutían.

Se retiró a su habitación.

Y se durmió.

«Castro».

«Castro».

Abrió los ojos. Y tomó la pistola. Y sin moverse escuchó. Sí, le llamaban. Se levantó sin hacer ruido. Antes de llegar al balcón que estaba entornado, alzó el gatillo de la pistola Y a oscuras

siguió avanzando. Y miró. En la calle un coche con las luces apagadas y varios hombres a su alrededor...

–¿Quién?

–Tomás.

–Encender los faros del coche y ponerlos todos delante de las luces... ¡Quiero veros!

Obedecieron.

–Ahora bajo.

Esperanza se despertó. Miró en la oscuridad. Luego con un tono de angustia preguntó:

¡Enrique!... ¡Enrique!... ¿Dónde estás?

–Aquí.

–Acércate.

Y se acercó. Esperanza le tomó una mano. Y tiró de él. Temblaba la mano de ella.

–No es nada... Solamente que tengo que salir...

No respondió ella. Se encogió en la cama, Y se cubrió la cabeza con las ropas. Y él, mientras tanto, se vistió rápidamente y bajó a la calle. Tomás se le acercó.

–¿Qué?



–Detenidos.

–¿Importantes?

–Creemos que sí.

–Vamos.

El coche arrancó. Los demás llevaban las pistolas amartilladas. Castro iba hundido en el fondo del coche, Y llegaron al hotel de la calle de Serrano. Y el centinela abrió la puerta. Y entró el coche. Y Castro venciendo su cansancio, dio las «buenas noches» y se dirigió a su despacho. Se sentó. Después se levantó, se dirigió al baño y se mojó la cabeza. Y regresó a su sillón. Encendió un cigarro y esperó, pero antes de hacer todo esto había colocado la pistola en el cajón derecho de la mesa. Y dejado el cajón entreabierto.

Empujado violentamente desde fuera entró un hombre alto, delgado, bien vestido, de pelo canoso y mirar cínico. Y al fin pudo detenerse ante la mesa de Castro, a un metro tan sólo de éste.

–Siéntate en aquel sofá de enfrente.

Y el otro retrocedió y se sentó.

–¿Quién eres?

–Un hombre retirado de la vida política.

–Sigue.

–Cuando Martínez Anido fui el organizador de los Sindicatos Libres en Cataluña.

–Pero ahora eres un hombre pacífico, dedicado al hogar y a la familia, a trabajar y a leer novelas policíacas o románticas... ¿No es así?

–Casi, casi...

–Mira, tengo un sueño tremendo. A las cinco de la mañana debo salir para el frente... Sinceramente te digo que no tengo ganas ni de preguntar ni de esperar mucho a que tú hables...

–No sé nada.

–Bien... Tienes cinco minutos para decidirte... Después de cinco minutos es posible que esta historia llegue a su fin...

Y esperó.

El otro se levantó. Y cínicamente empezó a mirar algunos de los cuadros que había en las paredes.

Uno.

Dos.

Tres.

Cuatro.

Cinco minutos.

«¡Tomás!».

–Llévatele. Y que entre otro... De prisa, Tomás, tengo sueño... Y mucho que hacer.

Salieron los dos. Y entró un hombre pequeñito y viejo. Tenía cercenadas las manos por encima de las muñecas. Y temblaba.

–¿Qué es eso? –le preguntó Castro mirándole los muñones.

–Un tren... Yo fui durante treinta años ferroviario... Ahora tengo un modesto estanco...

Le miró a los ojos.

–Di la verdad. Ante la muerte no se miente... ¡Sólo vendedor de tabaco o también falangista!

–Lo primero.

–¿Por qué crees tú que te han detenido?

–Por la denuncia de uno al que hace tiempo no quise dar tabaco a crédito...

«¡¡¡Tomás!!!».

–Pronto... ¡Pronto, cabrones, hijos de puta, soltar a este hombre!... Y hablar con el Comité del Partido. Y decirle la verdad. Nuestra lucha, a ver si lo entendéis de una vez, no es una lucha de pequeñas venganzas... No, no es la venganza de éste contra aquél. Es la venganza de nuestra España contra la

vieja España, contra la España inhumana, reaccionaria, brutal, maldita.

«Ya».

«¡Llévatelo pronto, Tomás!».

Se fueron.

Se levantó y se dirigió al sofá. Y se tumbó. Y cerró los ojos.

«Dormir».

«Dormir o me volveré loco».

Y cuando empezaba a dormirse, alguien tocó en la puerta.

–Entra.

Otra vez Tomás.

–Hemos detenido a Rexach, al hermano del capitán Rexach. Encima llevaba el carnet de socio fundador de Falange: un plano del frente de Gua–derrama y señalado en él el paso por donde cada día se van a la zona enemiga muchas gentes de Falange. Y la pistola.

–¿Qué habéis hecho?

–Se resistió.

Sobre la mesa Tomás fue poniendo el reloj de pulsera, una sortija, la pluma estilográfica, unos cuantos billetes y una pistola.

–¿Todo?

Nadie contestó.

–Bien... Apagaré la luz... Esperare tres minutos... Si a los tres minutos no está sobre esa mesa todo lo que habéis cogido, dispararé sobre ti, Tomás, y sobre los que te han acompañado... ¡Entenderme de una vez!... Conmigo se lucha, se mata... pero no se roba.

Y apagó la luz.

Y al cabo de cierto tiempo volvió a encenderla. Y miró sobre la mesa. Y sobre la mesa había una cartera y una bolsa de cuero. Y dentro de la cartera dinero. Y dentro de la bolsa joyas.

–Tomás... ¡Llámame a las cinco de la mañana...! Tengo que salir para Somosierra.

–A tus órdenes.

\* \* \*

Las cinco de la mañana.

Madrid parece no querer despertar para no ver sus alrededores en donde muchos, muchos muertos parecen mirar

al cielo. Castro sube al coche. Y mirando la nuca del chófer que permanece impassible le dice:

–A Somosierra... Lo más rápido que puedas...

Y pueblos y pueblos... Y gentes recostadas en los quicios de las puertas con tristeza y frío. Y perros flacos y tristes que andan de un lado para otro. Y kilómetros.

Buitrago.

Quietud y miedo.

–Sigue.

Unos centinelas le detienen.

–Quiero hablar con el comandante Gallo... Soy el comandante Castro... ¡Pronto!

–A tus órdenes.

Castro mientras tanto fuma.

Y llega Gallo, un militar profesional. Por entre su camisa abierta Castro ve una cadena de oro, después una medalla. Hace como que no ha visto nada y pregunta.

–¿Qué hay?

–Las fuerzas de Mola se acercan.

–¿Tus flancos?

–La P.U.A, y Mera... pero en este caso no importa... El eje de marcha es la carretera... Nos encontraremos...

–¿Cuándo?

–Creo que hacia las tres de la tarde... Los campesinos nos han informado que vienen sobre camiones... Que en algunos camiones traen cañones pequeños... Y boinas rojas... Y estandartes de vírgenes y santos...

–Interesante...

–Penoso, Castro –dice Gallo, mostrándole la medalla que cuelga de su cuello.

–Tienes razón... Penoso.

Castro enciende un cigarro y fuma. Gallo pasea nervioso de un lado para otro. Mientras Gallo pasea Castro piensa: «Duda... Tienes escrúpulos... ¡Matarlo no es conveniente porque es popular entre sus hombres... ¡Convencerle!... ¡Convencerle a como dé lugar!... A pesar de que me da asco hablar de Dios!... ¡Asco de hablar de la Virgen! ¡Asco hasta de hablar!... Pero no tengo más remedio, hay que convencerle primero, empujarle a matar después... ¡Después de esto todo le será fácil!... Hasta olvidarse de Dios».

–¿Qué te pasa, Gallo?

–Nada.

–Escúchame, conmigo puedes hablar... Puedes decirme que crees en Dios... Puedes decirme que piensas que es un crimen matar a los que también creen en Dios. Puedes decirme lo que quieras...

–Castro...

–Yo comprendo tu angustia, Gallo... Pero piensa en España, en nuestra España, en esa España que será paz y trabajo, justicia, libertad, bienestar... Y comenzar a marchar hacia los grandes destinos de España... Porque España no puede ser una nación hundida y despreciada...

–Sí... No puede serlo...

–No... La España imperial y grande, la España de los Reyes Católicos no puede ser la criada de Europa... Y para ello España tiene que hacerse grande... ¡Grande, Gallo!... España no puede seguir siendo casinos y cotos de caza... ¿Comprendes. Gallo?

–Comprendo.

Castro lo miró a los ojos. Vio lágrimas en ellos. Y sonrió para sus adentros al ver al otro vencido.

–Ordena, Gallo, ordena... Pon a tu gente sobre los montes que dominan la carretera; ordénales que no disparen hasta que toda la columna enemiga haya penetrado en nuestras tenazas, y no tenga posibilidad de retroceder... Ordena que en ese momento se lancen sobre ellos como fieras...

–Aunque te duela, camarada Gallo.



–Sí... Aunque me duela... Y sé, Castro, a ti sólo te lo digo, que me va a doler mucho.

–Anda, camarada, anda –dijo Castro mientras le empujaba suavemente.

El chofer de Castro, escondido detrás del coche, meaba. Los pájaros, como si España no estuviera en guerra, volaban de aquí para allá... Y hasta Castro llegaba la voz de un miliciano que cantaba. Y el raspear de una guitarra... Y ni un tiro en aquella tierra. Ni una nube en el cielo...

\* \* \*

¡Bummmm!

¡Bummmm!

¡Buuummmm!

Gallo se puso en pie nerviosamente. Castro levantó la cabeza y dejó de arañar la tierra con una pequeña rama. Después se levantó también.

«Ya».

«Ya».

–¿Todo está en orden, camarada Gallo?

–Todo.

–Entonces... vamos acercándonos.

Y comenzaron a caminar hacia la cresta. Mientras subían por la empinada carretera, Castro miraba de reojo a Gallo. A medida que avanzaban, la palidez de éste se iba haciendo más intensa.

–¿Qué te pasa, camarada?

–Tendremos que disparar... Tendremos que disparar contra hombres que portan estandartes con las imágenes de la Virgen y del Hijo de Dios. Y no faltarán balazos que atraviesen la efigie de la Virgen, la imagen del Hijo de Dios.

–Sí.

–Sí, la guerra es una catástrofe que abarca a los hombres; y Dios también... ¡Castro!

–Dime, camarada.

–¿Por qué no tomas tú el mando?

–Por ti lo haría, pero por ti no puedo hacerlo.

–No comprendo.

–Yo sé que sufres... ¡Lo sé!... Y me gustaría librarte de ese sufrimiento. Pero si la gente se diera cuenta de que yo había tomado el mando pensarían que eres o un incapaz o un traidor. Y ni yo mismo podría impedir que te acribillaran a tiros...

–Ser leal a la república y ser católico es difícil.

–No siempre. Gallo. Sólo en casos como éste.

Llegaron a la cresta. Como una serpentina blanca la carretera descendía hacia Riaza. Y las gentes escondidas en las laderas que flanqueaban la carretera.

¡Bummmmm!

¡Bummmmmmm!

Eran disparos sin precisión. Hechos desde camiones en marcha y a pleno zigzag.

Un miliciano que llega corriendo; que se cuadra ante Gallo; y que intentando ahogar su fatiga habla:

«Los veinte hombres que teníamos abajo no tienen tiempo de escapar... Han esperado demasiado... ¿Qué hacemos, mi comandante?»

Gallo sigue silencioso.

–¿Por sus propios medios no podrán?

–No.

Y otra vez el silencio. Castro tenía la impresión de que Gallo estaba pensando en otra cosa. Y dirigiéndose al muchacho que angustiosamente esperaba, le ordenó:

–Ahí abajo está mi coche... ¡Que venga en seguida!... Y también el coche del comandante Gallo.

¡Bummmmmm!

¡Buuuummmmm!

Comenzaba a oírse el ruido de los motores. Y gritos de «¡Viva Cristo Rey!». Y cánticos que parecían oraciones.

–Creo que ya es tarde, Castro.

Castro miraba en la dirección por la que debían aparecer los coches.

–Ya es tarde.

Los coches aparecieron. Y llegaron hasta donde estaban ellos. Y se detuvieron Y el chófer de Castro descendió del coche.

–A tus órdenes.

–Mira, camarada. Ahí abajo están veinte hombres del 5.º Regimiento. Si no los sacamos pronto el enemigo los aniquilará. Los aniquilará ante nuestros propios ojos... ¿Comprendes?... No cabe más que una cosa: que tú y yo bajemos con los dos coches antes de que el enemigo los alcance.

El chófer de Gallo estaba pálido.

–Toma el coche del comandante Gallo. Yo llevaré el mío. Bajaremos rápidos. Y en cuanto divisamos a esos veinte camaradas nos detendremos, daremos la vuelta y esperaremos. Pero, no arrancarás sin mi orden.: Escucha bien, camarada: no arrancarás sin mi orden.

–De acuerdo.

Subieron a los coches y arrancaron.

¡Bummmmm!

¡Bmmmmmmmm!

«¡A la m...!».

Y apretó el acelerador... Y veinte metros detrás de él otro coche. «¿Hasta dónde habrá que descender?»... «Cualquiera sabe»... «Lo único que sé es que hay que sacarlos... Esto es simplemente una carrera trágica: ¿quién llegará antes?... ¿Nosotros?... ¿Ellos? Claro es que veinte hombres en una guerra no son nada... Pero aquí no se trata del número... Aquí se trata de que si logro sacarlos la gente hablará de esto, me convertiré en un pequeño o gran héroe. Todo depende de lo que la gente quiera hablar de este asunto... Y el Partido necesita héroes: de verdad o de mentira, pero los necesita. Y necesita tenerlos antes que los demás; y más que los demás.

Bajar.

Bajar.

Y ni una huella de los veinte hombres.

Volvió a pisar el acelerador.

«Si tropiezo con ello... ¡a la m...! Pero ya no es posible retroceder», Sin embargo sacó la pistola y la puso en el asiento,

al alcance de la mano: «Vivo no, cabrones, a mí ni me echáis discursos, ni me martirizáis, ni os reís de mí. Porque muerto lo que me hagáis me importa una m...»

¡Bmmmmmm!

¡Bmmmmmmmmmm!

Soltó el freno, pisó el acelerador y se ciñó a la curva.

«Ya».

En la carretera, en fila, en una fila miserable de hombres acobardados por la cercanía de la muerte, veinte hombres, queriendo correr y sin poder correr. Y a los lados de la carretera las montañas cortadas. Y el cielo tranquilo, como si estuviera viendo un espectáculo que le enloqueciera. Pisó el freno. Detuvo el coche y dio la vuelta. Su chófer repitió la operación.

Y descendió.

Y se quedó quieto en medio de la carretera.

Después encendió un cigarro.

Y esperó.

Los otros avanzaban alzando los brazos... Cincuenta metros... Treinta metros... Diez metros... Y los veinte se abalanzaron sobre los dos coches, luchando por ver quién entraba primero. Castro los miraba.

«¡Ya!», gritó uno.

Castro escuchó. Los camiones no estarían a menos de dos kilómetros.

¡Bmmmmmm!

¡Bmmmmmmmm!

«¡Ya, camarada Castro, están muy cerca!».

Castro se acercó al que había hablado, se acercó lentamente, sin dejar de fumar. Cuando llegó hasta él le miró:

–¿Me conoces, c... cobarde?

–Sí.

–¿Quién soy?

–El comandante Castro.

–Me alegro que lo sepas... Ahora escucha: donde está el comandante Castro sólo manda el comandante Castro.

–De buena gana te dejaría aquí, en la carretera, para que los camiones pasaran por encima de ti.

–Sí.

–Tranquilízate, imbécil. Ni tú vas a morir ni yo tampoco. Al menos aquí.

Miró a su chófer.

«¡Ya!».

El otro se subió al coche y arrancó. Con diez hombres, dentro o colgados de todas partes, avanzaba lentamente, pero de todas maneras avanzaba más rápido que los camiones. Castro puso su coche en marcha y arrancó y al hacerlo dijo a los que iban colgados.

–Sujetaros bien... Ahora ya no podría esperar a nadie.

Cuando llegó a la cima y se apeó del coche el comandante Gallo se acercó a él. Algunos milicianos le miraban. Hasta él llegaron algunas voces:

«¡Ese es nuestro comandante!».

«¡La madre que lo parió!... ¡Qué c... tiene!».

Castro hacía que no se daba cuenta de nada. Era parte de su juego. De ese jugar con la modestia, con la hipocresía en el que los comunistas son maestros.

–Gallo. ¿no crees que se acerca el momento?

–Sí.

En el centro de la carretera colocaron unos sacos terreros. Y dos ametralladoras. Y se tumbaron junto a los hombres que esperaban con el dedo en el gatillo. Las fuerzas de Francisco



Galán y las de «El Campesino» escondidas en las laderas que dominaban la carretera esperaban también.

¡Buummmmm!

¡Buuuummmmmmm!

Los obuses cada vez se acercaban más a Buitrago. El ruido de los motores de los camiones se oía cada vez más cerca. Y ya se percibían con toda claridad los gritos de los que avanzaban:

«¡Viva Cristo Rey!».

«¡Vi...vaaaaaaaaa!».

«¡Viva Cristo Rey!».

«¡Vi...vaaaaaaaaa!».

Y el dedo en el gatillo. Y las bombas de mano dispuestas. Y coronando la cima el morro de un camión. Y un estandarte. Y la imagen de la Virgen.

«¡Ya, camaradas!».

Las dos ametralladoras comenzaron a disparar. El camión se detuvo en seco. Sus ocupantes saltaron de él, pero sólo para morir a unos metros de distancia. Y a continuación, como si manadas de lobos se desprendieran de los montes, las fuerzas de Galán y «El Campesino». Y descargas y más descargas. Y el estallido de las bombas de mano. Y gritos de rabia y dolor. Y gemidos. Y humo de los camiones que ardían.

«¡Ya, camarada!».

–¿Ya? –preguntó Gallo como si despertara de un sueño.

–Lo demás deben hacerlo los otros. En la paz como en la guerra la cuestión reside en saber repartir el trabajo... ¿Comprendes?...

–Comprendo.

Castro se puso en pie. Encendió un cigarro y esperó. Las descargas cada vez eran menos frecuentes. El estallido de las bombas de mano ya no se oían... El seguía esperando. A lo que tenía que llegar. A lo que llegaba ya: a la cabecera de una columna de hombres pálidos, desarmados, que con los brazos en alto y flanqueada por hombres con fusiles en disposición de hacer fuego, avanzaba. Hombres que ya no cantaban, ni gritaban «¡Viva Cristo Rey!», hombres que parecían haberse olvidado de Dios.

Y boinas rojas.

Y estandartes con las imágenes divinas, que los vencedores arrastraban por aquella carretera, entre calor y polvo.

«¡Seguid!».

Y la columna siguió. Castro se dirigió a Gallo.

–Ordena algo, camarada, ordena algo.

El otro seguía callado.

«¡Al...tooo!».

La columna se detuvo. Castro agarró a Gallo de un brazo y le arrastró consigo.

–Tú eres el jefe...

El otro seguía callado. Luego miró su medalla y se abrochó la camisa.

–Vamos.

Y comenzaron a caminar. Gallo mirando sin mirar. Castro buscando encontrar en sus miradas el alma de cada uno de aquellos hombres. Y camina que cantina. Y ya, hacia el final de la columna, tres hombres vestidos de negro, con boina roja, un cinturón sobre su chaqueta negra y la funda de la pistola vacía.

–¿Y esos?

El otro se encogió de hombros.

–Traérmelos. Y que la columna continúe hacia Buitrago. Y que se haga cargo de ella el comandante militar y el servicio de información. La columna continuó alejándose. Y los tres hombres de negro acercándose a Castro. A éste le brillaban los ojos. Y una sonrisa difícilmente disimulable apareció en su rostro.

–¿Queréis quitaros las boinas?

Se las quitaron.

Y Castro dio una vuelta en torno a ellos. Sólo un segundo se detuvo. A las espaldas de los tres. Y sonrió.

–¿Sacerdotes?

–¡Soldados de Cristo Rey!

–Y... ¿el «no matarás»?

–Carece de actualidad hoy... Hoy no se trata de cumplir los mandamientos de Dios Nuestro Señor... ¡Y que me perdone!... Se trata de que Dios siga viviendo en el alma de un pueblo.

Gallo escuchaba.

–Pero, aquí no se trata de Dios... ¡Se trata de que viva o muera la República!

–Nunca nos pondríamos de acuerdo.

–Entonces ¿«el no matarás» no vale?

–No.

–Ahora comprendo la terrible matanza de mujeres y niños en Badajoz.

–Dios está por encima de sus siervos.

Castro miró a Gallo.

–Yo os hubiera perdonado si solamente se tratara de sacerdotes que se confunden con los combatientes para salvar

sus almas. ¡Porque contra Dios no tenemos nada!... Pero, resulta que sois soldados de Cristo Rey, que os habéis olvidado del «no matarás»; que lleváis pistola al cinto.

–Ustedes convirtieron el cuartel de la Montaña en un cementerio.

–Sí. En un cementerio de soldados.

–Es igual.

–No... No es igual: allí matamos a los que mataban...

–Jamás estaremos de acuerdo.

–Jamás.

–Y Castro hizo una señal a uno de sus escoltas que amartilló la pistola. Y dirigiéndose al hombre de negro le dijo: «Puedes gritar cuanto quieras y lo que quieras. Y si Dios te escucha, mejor para ti».

«¡Viva Cristo Rey!».

Sonó un disparo. El hombre de negro se desplomó. Y se quedó mirando al cielo con los ojos terriblemente abiertos. Los otros inclinaron la cabeza, juntaron las manos y comenzaron a rezar.

–¡Dos picos y dos palas!

Y a los pies de los que rezaban tiró las herramientas.

–¡Enterrarle!

Y comenzaron a cavar a un lado de la cuneta. Y el otro mirando al cielo. Y golpes de pico. Y risas de milicianos. Y golpes de pico. Y ruido de palas al sacar la tierra de lo que iba siendo una fosa...

Y la fosa.

Los dos hombres de negro le miraron.

–¡Vosotros!... Vosotros solos. No queremos tocarle con nuestras manos pecadoras.

Y le tomaron de los brazos y de los pies. Y le acostaron cuidadosamente sobre el fondo de la tumba.

–¡Pronto!... Tierra. Tierra... Que las moscas no respetan ni a los representantes de Dios, cuando están muertos.

Alguien soltó una carcajada.

Y comenzaron a echar tierra sobre el cuerpo del otro. Y una paletada cayó sobre su boca abierta. Y sobre sus ojos abiertos cayó otra más. Hasta que el hombre desapareció bajo la tierra.

–¿Qué más queréis?

–Que nos deje ponerle una cruz. Y rezarle.

–Hacerlo.

Y una cruz hecha con dos ramas, amarradas con una cuerda.  
Y el rezar monótono de aquellas dos sombras negras.

–¿Ya?

–¡Ya!

–Iros entonces... Pero si tenéis ocasión de hablar con Dios contarle todo. ¡Todo!... ¡Esto y aquello!... ¡Lo de aquí y lo de allá!

Silencio.

Algún miliciano hizo intento de sacar la pistola. Castro le miró. Y las pistolas no salieron de las fundas.

–Iros.

Castro miró a Gallo. Estaba lívido.

–La guerra es la guerra.

El otro se alejó sin contestar. Y se desabrochó la camisa y sacó la medalla que colgaba de su pecho. Y durante un rato movió los labios. Rezaba. ¿Por quién? Castro no quiso preguntar. Luego el «otro» se pasó las manos por los ojos. Y cuando regresó hasta donde Castro estaba, éste le ofreció un cigarro.

–Esto te tranquilizará.

Y frente a ellos una cruz.

Y un montón de tierra.

Y el cielo.

Y columnas de humo de los camiones que ardían.

\* \* \*

–¿Dónde está el comandante Gallo?

–A sus órdenes.

–Escúcheme: han fusilado a un cura; han exterminado a media columna; se han repartido el botín; y no han dado cuenta a nadie... ¿Acaso no sabe usted, comandante, sus obligaciones?

Quien hablaba era un teniente coronel, socialista y tonto.

–Yo...

–Había que hacerlo, mi teniente coronel –terció Castro.

–¿Y a usted quién le pregunta?

–Escuche...

–No me da la gana.

–Escuche –y la voz de Castro se hizo amenazadora. El otro miró.



–Mire a su alrededor... Cientos de ojos están pensando en qué lugar de su cuerpo meter una bala... Y usted haciendo el tonto.

–¡Yo no hago el tonto nunca!

–Escuche.

Los milicianos se habían ido acercando. Un ciento de gentes rodeaba a los tres.

–Lo que hemos hecho había que hacerlo... No podíamos dejarlos pasar.

–Pero ahora vendrá el contragolpe.

–¿Y qué?

–Seremos derrotados... Y el camino de Madrid quedará abierto.

–Lo veremos.

–No hay nada que ver... ¡Ustedes se retirarán a Buitrago!

–No.

–¡Sí!

Castro miró a los milicianos. El cerco se fue cerrando, Y de aquellas gentes que les rodeaban comenzaren a salir voces: «¡Cobarde!»... «¡Cabrón!». «¿Es Franco el que ordena el que te retires?»

–Soy socialista desde hace treinta años.

–No nos retiramos.

–Sí.

–Allá usted.

Y se alejó. Los milicianos le tomaron en volandas. El hombre gritaba y se retorció.

«¡Soy socialista!».

«¡Soy socialista!».

«Vamos a colgar a este cabrón».

Castro se resistía a intervenir. Sólo ante la angustiada mirada de Gallo dio una orden:

–Llevarlo a Buitrago...

La gente no hacía caso. Castro sacó la pistola Y se acercó. Había en sus ojos algo así como un mirar de asesino. Y su dedo se apoyaba decididamente sobre el gatillo de la pistola.

«¡Atrás!».

«Atrás!».

La gente empezó a retroceder.

«¡Mi coche!».

El coche se abrió paso. El chófer se apeó rápido. En cada mano una bomba. Y mirando a Castro en espera de la orden.

–Sube, imbécil...

El otro subió. De reojo Castro vio cómo varios milicianos se preparaban para disparar. Entró en el coche y se sentó al lado del otro. Y sacando la cabeza por la ventanilla, gritó:

–«¡El comandante–jefe del 5.º Regimiento os habla: ¡disparar si queréis!

Y el coche arrancó lentamente. Y así hasta Buitrago. Y cuando llegaron a la plaza del pueblo, junto a la fuente, Castro mandó detener el coche. Y a los que se acercaron les dijo suavemente:

–Encerradle en la iglesia... ¡Ponerle guardia!... ¡Sacarlo en la noche Y llevarlo a Madrid. Y entregársele al Partido Socialista. No es un traidor: es un tonto.

Y lo encerraron en la iglesia. Y cuando Edmundo Domínguez se acercó a él para pedirle que le entregaran al detenido sonaron unos disparos.

«Ya es tarde».

–¡Esto es un crimen, Castro!

–Sí... Y, quizá, nos veamos obligados a cometer muchos crímenes contra nuestra voluntad...

–¡Un crimen!

–Vete. Edmundo, los milicianos comienzan a mirarte de mala leche. ¡Llévate el cadáver!... Lo siento, créeme que lo siento... Pero, no seas injusto juzgándome... A las masas hay que darles de vez en cuando lo que piden, para que hagan lo que nosotros les pedimos. No lo olvides.

Y sacaron el cadáver.

Y Edmundo Domínguez se lo llevó a Madrid.

\* \* \*

Estaba cansado. Y decidió regresar a Madrid. Pero antes quiso visitar al general Bernal, jefe del frente. Allí estaba. Bajo la sombra de un cobertizo. Vestido de paisano. Maldiciendo a las milicias. Y con la vista clavada al otro lado de las montañas.

Mi general...

–¿Qué hay?

–Nada... Bien, todo bien... Hemos detenido la columna de Mola; la hemos destrozado. Y la gente ha comenzado a sentir confianza en sí misma.

–¿Y a eso le llama usted «bien»?

–Sí.

–Usted cree que ganaremos la guerra con esas hordas que fusilan a un sacerdote, y después a un teniente coronel.

–Sí.

–Nunca ganaremos la guerra con ellos.

–Y siempre la perderemos con usted.

–Comandante.

–General.

–¿Cómo se atreve a hablarme así?

–Y podría mandar fusilarle ahora mismo... Y le matarían como a un perro. Pero no lo haré... No lo haré, a pesar de que viéndole a usted vestido de paisano me imagino que está esperando la oportunidad de pasarse al enemigo.

El general se puso lívido.

–No tenga miedo... Hoy estoy harto de muertos...

Y le dio la espalda. Y descendió lentamente de la cima de aquella montaña. Y al pasar ante el jefe de la guardia del general le miró: «¡Ten cuidado con él!». El otro sonrió. Y se llevó la mano a la pistola. Y Castro hizo un gesto afirmativo.

«¡A Madrid!».

En Lozoyuela su coche se quedó sin gasolina

«¡Tómala!».

«¡Se necesita una orden del comandante de la plaza!». «¡Llévame hasta él!».

Fueron andando entre luz y sombras. Los milicianos cantaban o reían. Castro cruzó entre ellos. Hasta que llegó a una casa de adobes, por una de cuyas ventanas salía el reflejo de una lámpara de petróleo.

«¡Aquí es!».

–¿Se puede?

–Adelante.

Y entró. Y se encontró con un hombre alto, con gafas, con un ojo derecho y el otro torcido. De uniforme, Y con las insignias de comandante.

–A sus órdenes.

–A las tuyas.

–¿Podría darme gasolina?

–Sí.

–Vete y llena el tanque.

–Siéntese, comandante. –Gracias.

–¿Su nombre?

–Enrique Castro... ¿El suyo?

–Vicente Rojo.

–Rojo... Rojo... Significativo ¿verdad?

–¿Por qué?

–Piense un poco.

–Y, sin embargo, soy católico, apostólico y romano.

–¿Por qué con nosotros?

–Yo estoy a las órdenes del gobierno legítimamente constituido... Aunque no esté de acuerdo con él... ¡Aunque desde el punto de vista político y católico esté contra él!...

–¿No es usted republicano?

–No.

Durante un buen rato permanecieron callados. Sólo el sacar unos cigarrillos de Rojo y el fumar...

–Incomprensible.

–¿Acaso la lealtad es incomprensible?

–Extraña.

Y se volvieron a callar. Y así estuvieron varios minutos, hasta que el asistente de Rojo comenzó a poner la mesa.

–Cene conmigo, Castro.

Cenaron en silencio. Observándose uno al otro. Buscando cada cual el fondo del alma del otro.

–¿Profesional?

–Sí.

–De Estado Mayor.

–Sí.

–...¡Qué extraño!... «Católico, apostólico y romano»... «Profesional»... «Y del Estado Mayor»... ¡Usted debería estar con ellos!

–Pero, estoy con ustedes.

–Gracias.

Terminaron de cenar. Y fumaron.

Y Castro mirando a Rojo. Y Rojo mirando a Castro. –Me voy.

El otro le tendió la mano. Y Castro la estrechó. –Salud comandante... Y cuídese...

Cuando Castro salió no se dirigió al coche. Se acercó a unos milicianos que en torno a una hoguera hablaban.

–¿Quinto Regimiento?

–Sí.



–¿Vuestro capitán?

–Aquél.

–Llamarle.

Y el otro se acercó. Y al reconocer a Castro se cuadró y le saludó.

–Camarada, cuídame al comandante Rojo... ¡Contra quién sea!... Le necesitamos. Él puede ser muy útil al Partido.

–Pero... ¡es católico!

–Quizá por eso.

–A tus órdenes.

Y el coche arrancó hacia Madrid.

En la comandancia del 5.º Regimiento Carlos esperaba. A su lado, un alemán, que decía que era general, que siempre andaba pidiendo tabaco y que jamás se acercaba a los frentes. Era de la dirección del Partido Comunista Alemán. Hablaba poco, comía mucho y nunca se sabía ni dónde andaba ni qué hacía. Con Carlos estaban Oliveira, Ortega, Carlitos y Del Val.

–¿Qué hay? –preguntó Castro.

Y Carlos habló durante un rato.

–¿Qué hay?

Y Castro habló unos minutos.

–¿Y Barbado?

–No sabemos nada de él. Del frente de Talavera nuestros informes son que la situación es de catástrofe. Hasta el extremo de que queríamos proponerte que salieras esta madrugada con mil milicianos.

–De acuerdo.

Mientras cenaba, Carlos le dio «Mundo Obrero».

«¡Cabrón!».

En una de las páginas había una foto de Paco Mayo. Y en la foto, Barbado con el brazo sobre los hombros de una miliciana. Y un pie: «El comandante Barbado dando órdenes a sus milicianos para el ataque».

Miró a Carlos.

–De acuerdo, Castro.

Terminó de cenar.

Mientras saboreaba el café se dedicó a mirar a todos: Carlos Contreras, rojo y como hinchado seguía bebiendo; el «general» alemán fumaba y eructaba; Del Val parecía un viejo cortesano: Ortega, como siempre, silencioso y sobrio: Oliveira hasta comiendo parecía estar en posición de «firmes»; los demás

eran bultos y miradas plenas de deseo a las muchachas que servían.

Terminó de tomar café.

–Salud, camaradas... Tengo que marcharme pronto.

–Salud, comandante.

–Carlitos, cuando termines, sube... Tengo que dejarte unas instrucciones.

Y subió a su dormitorio situado en el primer piso de aquel pequeño palacio de la calle de Lista. Subió las escaleras despacio, entreteniéndose en oírlas crujir. Y entró en el dormitorio. Y miró a la cama con cierto deseo; luego se dirigió a la mesa–escritorio, de madera tallada. Y se sentó frente a ella. Y sacó de un cajón unas cuartillas. Y las colocó cuidadosamente ante él. Y se quedó pensando.

El tiempo seguía corriendo indiferente.

Tictac.

Tictac.

«Ya no es posible seguir haciendo así la guerra... Cada cual se siente contento con tener sus Milicias, pero los imbéciles no se dan cuenta de que las Milicias huyen a pesar de su pasión y su fe, de que, en general, no saben combatir, de que en la lucha se disuelven como montones de arena en el mar; de que son columnas de héroes que corren; grandes héroes, todo lo

grandes que queramos, pero que retroceden y retroceden cada día sin que se les pueda decir que son cobardes».

«Así no es posible».

«Así la guerra está perdida».

Siguió pensando.

Después tomó la pluma y escribió: «EJÉRCITO REGULAR POPULAR...» Y a continuación un artículo breve, irónico, grave... «Las Milicias no podían seguir siendo lo que han sido: el comienzo. Frente a un ejército regular con instrucción, con disciplina y con mandos, las milicias no tienen posibilidad de ganar. Las milicias han cubierto una época inicial y heroica, ahora deben dejar paso a la creación de un Ejército Regular Popular. Es la gran lección que se desprende de estos primeros meses de guerra...»

Y metió el artículo en un sobre: «Para Benigno, Director de «Milicia Popular». Y debajo unas palabras que eran una orden: «Debe aparecer mañana»... Y firmó: «Castro».

Después de esto se sintió más tranquilo.

Y se echó en la cama.

Unos golpes en la puerta.

«Adelante».

Y entró el capitán «Carlitos», madrileño y sinvergüenza, pero que estaba resultando más útil que los ortodoxos.

–A tus órdenes.

–Escucha, salgo dentro de dos horas para el frente. En mi ausencia deberás hacer lo siguiente: Entregar este sobre a Benigno antes de una hora para que se publique mañana; vigilar al Comisario Político, a Carlos Contreras, que cada día bebe y fornicia más, hasta convertirse a veces en un idiota o en un provocador; vigila a Del Val al que veo demasiado influido por los militares profesionales; cambia la guardia por gente venida de los frentes para evitar que éstos se acostumbren a una guerra sin tiros; estate en contacto con los grupos especiales y ordénales que vigilen a todos, a todos, sea quien sea y que para cuando yo venga me tengan sus informes preparados. Y, como un encargo especial, habla con mi mujer, para que a través de sus servicios de información no sólo sepamos la situación de los frentes, para lo que hay que exigir más al comandante Durán, del Batallón de Hierro, sino también qué compañías y qué comandantes destacan por su seriedad, por su combatividad... ¡Esto es importantísimo!... Y no te olvides de dos cosas: «El Campesino» está borracho de vanidad y gloria; habla con el representante del Partido en sus unidades y recomiéndale que empiece a obligar a «El Campesino» a ser como era; ten cuidado de Galán, quiere ser general y para ello está haciendo demasiada demagogia en el frente. Pero haz esto hábilmente, no por él, sino por su apellido... Y, mañana, procura hablar con los comandantes de todos los cuarteles del 5°... La situación se está agravando peligrosamente... Y debemos prever todo. ¡Todo!...

–A tus órdenes, comandante Castro.

–Y si necesitas aconsejarte de alguien, aconséjate solamente del comandante Ortega... Ese es el único hombre de oro de ley que tenemos.

–A tus órdenes.

–Mira a ver si mi coche está... Habla también con el Cuartel de Francos Rodríguez y que te digan a qué hora inician la marcha... Y súbeme una taza de café negro, tabaco, unas pastillas para el dolor de cabeza... ¡Y, no te extrañes!... Súbeme también una copa de coñac...

–A tus órdenes.

–Y cuida a Esperanza... Está enferma y se empeña en seguir trabajando. Hay que dejarla hasta que pueda... Hasta que ella sienta que es imposible seguir haciéndolo... Pero, hay que dejar que ella se convenza por sí misma... Podría ser terrible para ella sentirse inútil, sentirse solamente la mujer del comandante Castro...

–A tus órdenes.

–Anda, camarada, comienza a hacer lo que te he dicho.

Castro sentía un enorme malestar interior... ¡Tenía la impresión de que el Partido, un gran maestro en política, no acababa de comprender la situación militar.

Sí.

Y esto le preocupaba y le dolía.

Entró Carlos.

Y Castro le miró.

–El café, el tabaco, las pastillas, la copa de coñac... La columna partirá dentro de dos horas... Tu artículo ha sido enviado a Benigno. Carlos Contreras ronca. El camarada alemán sigue fumando. Del Val se ha ido a ver al comandante Estrada; los comandantes Ortega y Oliveira han salido para el cuartel de Francos Rodríguez; a tu mujer ha ido un coche a llevarla a su casa. Lo demás, camarada, está en marcha...

–Gracias, Carlitos.

–No estás contento, comandante, ¿verdad?

Castro alzó los ojos y le miró.

–No.

–Comprendo, camarada.

–¿Qué comprendes tú?

–¡Que se come demasiado!... ¡Que se fuma demasiado!... ¡Que se bebe demasiado!... ¡Que se fornicaba demasiado!... Yo no entiendo mucho, pero creo que esto no es muy bueno.

–¿Qué más?

–¿Qué más?... Que a todos nos ha dado por bañarnos con demasiada frecuencia... En no andar si no es en coche... En no poder vivir sin pluma estilográfica... sin reloj de pulsera... ¡En no querer vivir como antes... ni vestir como antes... ni querer ser como antes!

–Es la enfermedad de todas las revoluciones.

–¡Hostias!... Si desde el principio comenzamos a estar enfermos la hemos jodido.

Castro soltó la carcajada.

Pero, era un reír sin ganas.

«Carlitos», el capitán «Carlitos», un hombre simple, madrileño y sinvergüenza, le había dado el diagnóstico...

Se acostó y cerró los ojos.

El otro se fue.

\* \* \*

Desde un rincón, hundido en las sombras, presenciaba el embarque de los mil hombres del 5.º Regimiento que debían salir para el frente de Talavera, Había disciplina y silencio.

–Comandante, te llama la camarada Esperanza.

Subió las escaleras corriendo.



–Dime, Esperanza.

–Se ha perdido Puente del Arzobispo... Y lo más probable es que se pierda Oropesa...

–¿Qué más?

–La gente no pelea. Hay una psicosis de miedo que abarca a todos: a los de abajo y a los de arriba.

–Gracias. Esperanza... Salgo en estos momentos para Talavera.

–Ten cuidado, Enrique...

–No te preocupes. ¡Yo moriré de muerte natural!... En mi cama, muy viejo y contigo al lado.

–¡Ojalá!

Y regresó al patio.

–¿Ya, comandante Oliveira?

–Ya.

–A Talavera... Y allí me pondré en contacto con ellos... Pero que no pasen de Talavera... En el caso de que Talavera se perdiera mientras ellos van en camino yo les avisaría... ¡Hay que impedir que sean envueltos por la «debacle» que allí reina!

–Justo, Castro.

Montó en su coche...

–A Talavera... ¡Corre cuanto puedas!...

\* \* \*

Oscuridad y silencio.

Y el zumbido rítmico del motor.

Y la luz del coche hundiéndose en la oscuridad.

No quería pensar en la guerra... Tenía miedo de obsesionarse con una situación. Pero, ¿en qué pensar?...

«¿Qué hará mi madre?»

«Ya debe estar muy vieja».

«Y qué será de mis tres hermanos: Manolo es seguro que estará en el frente... Pero ¿Eduardo?... ¿Carlos?... Y la pobre Concha, ¿qué hará?... Algo le dolió dentro... Muy adentro...

Y prefirió seguir pensando en la guerra.

\* \* \*

La noche comienza a hacerse día.

Las estrellas se esconden.

–Talavera, comandante.

–Sigue

Y atraviesa Talavera de la Reina... Y, Castro, a través del cristal de la ventanilla observa el miedo... En las caras de las gentes, en los rostros de los milicianos.

Y hacia Oropesa.

Y la carretera.

Y árboles desprendiéndose del rocío de la noche, como si despertaran, o si de nuevo comenzaran a vivir...

–«¡Alto!».

Y el coche se detuvo. Y las bocas de los fusiles se introdujeron por las ventanillas del coche.

«¡El comandante del 5.º Regimiento, camarada Castro!».

Y los fusiles volvieron a su posición normal. Y los milicianos, un poco confusos, miraban al chófer y a Castro. Y parecían intentar balbucir algunas palabras de excusa, cuando Castro los cortó:

–Ese es vuestro deber, camaradas.

–Pasa, camarada comandante... Y perdona.

–No... No paso... Primero quiero hablar un rato con vosotros. Se apeó del coche y cogió a los dos del brazo: y con una actitud patriarcal los llevó hasta la cuneta; y sacó cigarros y les dio uno a cada uno. Y comenzó su interrogatorio. Lenta, suavemente, casi ingenuamente... A veces ésta era la táctica de Castro, que por lo general era apasionado y violento.

–Camaradas, os habla vuestro jefe... Mejor dicho, vuestro camarada Castro... No quiero ordenaros... Quiero pedir... Pediros que cumpláis vuestro deber de informar a vuestro jefe, que, además, representa al Partido, a vuestro Partido.

–Pregunta, Castro.

–¿Dónde está el comandante Barbado?

–No lo hemos visto por aquí...

–¿Ni una sola vez?

–Ni una.

–¿Ni os han llegado noticias de que estaba en este frente?

–Bueno, hablemos de otra cosa. Voy a haceros tres preguntas. Contestarme concretamente, sinceramente...

–Primera: ¿Cómo veis la situación de este frente? Segunda: ¿Qué tal jefe es el comandante Burillo? Tercera: ¿Dónde está el comandante Modesto?... Contestarme. Y cuantas menos palabras mejor.

Se miraron.

Y uno de ellos habló:

–Esto está que da miedo, Castro. Nadie manda, nadie obedece, nadie se entiende.

–Sigue.

–El comandante Burillo es una gran persona... Pero no es tan buen jefe. Vacila. Carece de iniciativa... Y de carácter.

–Sigue.

–El comandante Modesto se ha replegado... Dicen que está en aquel bosquecillo dando descanso a su gente.

Castro se levantó. Su gesto había cambiado. Se había endurecido. Y en sus ojos algo así como una gran blasfemia que quisiera que alcanzara a miles de hombres. Y se subió al coche. Y cuando el coche estaba a punto de arrancar, unas palabras secas, cortantes, imperativas:

–Si veis al comandante Barbado decirle que le busco... Si veis al comandante Modesto decirle que tengo interés en conocerle... Y a quien pase decirle dos cosas: que Castro está aquí; y que vienen refuerzos del Quinto Regimiento... ¿Entendido?

No aguardó a que contestaran...

Y continuó su camino.

Hasta que vio una casa. Y varios automóviles... Y centinelas...

–Hacia allí, camarada.

Y se detuvieron delante de la casa. Y comenzaron a caer obuses. Y la gente corrió a refugiarse. Castro se bajó del coche. Y se quedó quieto. Y miró para todos los lados. Era un gran actor que no olvidaba en ningún momento su papel.

Los obuses seguían cayendo.

Llamó a uno.

–¿Quién está en esa casa?

–El comandante Burillo.

–¿Qué hace?

–Duerme.

–¿Y vosotros?

–Esperamos a que se despierte.

Castro lanzó una blasfemia. Y miró a aquel teniente con ánimo de disparar su pistola sobre él. Pero se dominó. No era el momento todavía. Le dio la espalda y se dirigió a la casa. Los centinelas quisieron cerrarle el paso.

–A la mierda, cabrones... ¿Es que no sabéis quién soy?

Y abrió la puerta.

Y entró.

Al principio no vio nada, luego a medida que se acostumbraba a la oscuridad comenzó a ver: vio primero un colchón en el suelo; luego una silla y sobre ella ropa de uniforme. Siguió mirando y acabó por ver sobre el colchón el bulto de una persona que dormía cubierta por una sábana. Castro se acercó despacio.

«¡Comandante!... Comandante Burillo!...»

Se movió el bulto humano que dormía sobre el colchón.

«Comandante Burillo».

Unas manos salieron de debajo de la sábana. Luego empujaron la sábana y apareció la cabeza de un hombre y una calva enorme que se confundía con la blancura de la ropa.

«¿Qué?»

«Comandante Burillo... Soy yo... El comandante Castro...»

El hombre se destapó del todo. Después, muy despacio, comenzó a incorporarse... Y se restregó los ojos... Y abrió la boca dos o tres veces... Era alto y calvo. Y magro. Y llevaba una bigotera que aun durmiendo, mantenía sus bigotes con el aire del de los viejos guerreros. Llevaba una camiseta de franela que le llegaba hasta el cuello. Y unos calzoncillos de franela también que le llegaban hasta los tobillos. Era una figura quijotesca y extraña.

–Buenos días, comandante.

–Buenos días.

–Espere un momento que en seguida me visto.

–Espero, comandante.

Y aquel hombre, que ya empezaba a ser viejo comenzó a vestirse con lentitud. Y cuando ya estuvo vestido se puso un gorro de campaña y se quitó la bigotera.

Fuera seguían estallando los obuses.

–¿Y qué le trae por aquí, comandante Castro?

–La situación, mi comandante... La veo difícil... Un poco más difícil cada día... Usted que conoce bien todo esto ¿no podría decirme en confianza cuál es o son las causas de todo?

–¿En confianza?

–En confianza.

–Mire, Castro... Para qué vamos a perder el tiempo... Se ha perdido Puente del Arzobispo... Y se perderá Talavera... Y Maqueda... Y no sé cuántas cosas más... Y no es nada extraño... Pudiéramos decir que todo es terriblemente lógico... No hay dirección... No hay ejército... ni hay combatividad a pesar de que ustedes por razones políticas tengan que hablar cada día del heroísmo de los milicianos... Los milicianos son gentes buenas, magníficas, pero no son soldados... Y los hombres



simples no se acostumbran a la guerra fácilmente, ni a matar, ni a morir... ¿Comprende, Castro?

–Comprendo.

–Un grupo de cuatrocientos o quinientos Guardias de Asalto son más útiles que varios millares de milicianos... Los Guardias obedecen, sufren, disparan y cuando hay que retroceder, lo hacen pero no corren, no pierden la cabeza...

–¿Y los milicianos?

–Tienen una idea clavada en el cerebro: la caballería mora; y un miedo metido en el alma: el miedo de ser copados. Y basta que vean un grupo de moros a uno de sus flancos para que salgan gritos que espantan a millares de hombres: «¡Los moros!... ¡Por allí!... ¡Y por allí!... ¡Estamos copados, camaradas, estamos copados!...» Y usted ve en unos minutos cómo miles de gentes con el espanto en la cara corren y corren... Y tiran lo que llevan... Y un kilómetro... Y otro... Hasta que el cansancio los hace tirarse a la cuneta... Y hundirse en una quietud que les hace parecer más muertos que vivos... ¿Qué hace el gobierno para evitar esto?... ¿Qué hace el Estado Mayor para darnos combatientes y no simplemente hombres?

–¿Pesimista, comandante?

–Un poco... Pero, aquí estaremos... O un poco más atrás cada día... hasta donde se pueda... Hasta donde vivamos... ¿Qué otra cosa puedo hacer?... En fin, salgamos comandante, y por favor mire usted a los hombres... En sus caras usted encontrará la razón de todo.

Y salieron.

Los obuses caían ya más espaciadamente... Pero los hombres seguían en las cunetas... Entre los árboles... Eran hombres pálidos. Con sueño, con hambre, con piojos. Y con mirar perdido, como si se encontraran ante un hecho que ellos no comprendían bien... Y ante el que se sentían impotentes.

–Mire hacia allí, comandante.

Castro miró a lo lejos, hacia unas lomas que estarían a unos tres kilómetros.

Y vio como una ola humana que empezaba a moverse hacia ellos. Primero despacio, después rápidamente como se mueven las hojas desprendidas de los árboles cuando un viento huracanado se las encuentra en su camino.

–Y así, tres o cuatro veces todos los días.

–Comprendo, comandante.

Los que les rodeaban comenzaron a mirar. Algunos chóferes pusieron los motores de sus coches en marcha. Y hasta los hombres tirados en la cuneta, que parecían estatuas de sudor y polvo, comenzaron a moverse. El pánico se extendía con la rapidez de una tormenta.

–Comandante Burillo... ¿Quiere usted aguantarlos aquí, en la carretera mientras que yo intento detenerlos en aquel otro lado?

–Sí.

Castro se volvió al grupo de gente...

–¡Camaradas!... Necesito treinta voluntarios... Sólo treinta... Y dos ametralladoras... ¡No pretendo llevaros a la muerte!... ¡No!... Sólo impedir que la muerte nos envuelva a todos.

La gente le miró...

«¡Treinta voluntarios!».

La gente le seguía mirando.

Y comprendió... Y esta vez gritó más alto:

«¡Treinta comunistas!».

«¡Treinta comunistas!».

«¡Treinta comunistas!».

«¡Pronto, camaradas, pronto...!».

Varios hombres comenzaron a acercarse a él. Entre ellos varios oficiales... Y luego un grupo de hombres con dos ametralladoras.

–Comandante Burillo... ¡Suerte!

–Y para usted también, Castro.

Y comenzó a correr en línea recta y paralela a los que venían. Y corrió hasta que creyó haber encontrado el lugar.

Y se detuvo.

–Vosotros con esa ametralladora allí, donde está aquel pequeño árbol. Y acompañarles quince de vosotros con bombas de mano... Y aquí vosotros, con la otra ametralladora y otros quince hombres. Yo estaré en el centro de las dos... Mientras mantenga los brazos levantados, y cuando os grite, tirar por encima de la gente... Y vosotros tirar unas cuantas bombas para impresionarlos... Pero si veis que siguen corriendo... Si veis que yo bajo los brazos disparar contra la gente... ¡Por ráfagas!... ¡Por ráfagas cortas!... ¡Es un precio doloroso!... Vamos, camaradas, vamos!... ¡Ahora es el Partido, el Partido es quien manda, los comunistas los que obedecen... ¡Vamos!

Y cada cual se puso en su sitio.

Castro alzó los brazos y empezó a moverlos indicando a la gente que se detuviera, pero la gente seguía corriendo... Corriendo y corriendo... Y cuando alguno se caía la gente seguía corriendo: sin oír sus gritos, ni ver su agonía.

Castro hizo una seña a la derecha.

Y otra a la izquierda.

Y las primeras ráfagas altas... Y las primeras explosiones de las bombas de mano haciendo ruido y levantando polvo...

Castro grita.

Sigue gritando.

Y la gente hacia él... Como una nube gris y enloquecida... Y se cansaba de gritar.

Y baja las dos manos.

Y unas ráfagas precisas... Y gente que se cae para no levantarse más... Y un mundo de maldiciones que sale de aquel torrente humano... Y Castro alza y baja los brazos otra vez...

Y la gente cae para no levantarse más.

Y la ola comienza a dejar de correr.

Ahora solamente camina.

Y Castro saca la pistola... Y seguido por dos o tres hombres con las bombas de mano dispuestas, avanzan. Está seguro de que este miedo ha matado momentáneamente el otro miedo... Y sigue avanzando... Más... Más... A cien metros... A cincuenta metros... Se vuelve hacia los que le acompañan.

–Cuidado, mucho cuidado... Si uno cualquiera dispara un tiro seríamos arrollados, deshechos... Si veis que alguien se abalanza sobre mí. ¡Disparad!. ¡Disparar hasta que caiga!... ¡Hasta que deje de moverse!... ¿De acuerdo?

–Sí.

A treinta metros.

Castro ve las caras.

Y espera.

¡Quince metros!

«¡Camaradas!... ¡Camaradas!... ¿Estáis locos?... Nadie viene detrás de vosotros. Pararos un momento, pararos y mirar hacia atrás. ¡Nadie!... ¡Nadie, camaradas!... El miedo provocado por algún hijo de puta, por ese grito de «estamos copados», que es una vez más una terrible figuración y no una realidad!... Camaradas... Camaradas... Habla el comandante del Quinto Regimiento, habla a los hombres del Quinto Regimiento... Habla el camarada Castro... Habla a los hombres del Partido Comunista...

La gente se ha detenido a diez metros de él... Y le mira... Y Castro clava los ojos en éste, en aquél... En todos los que puede...

«Camaradas. Yo también sé lo que es el miedo... A mí también me ha pasado lo que a vosotros, los primeros días de la guerra... Sí... ¡Yo sé lo que es esto!... Pero, por encima de nuestro miedo, del vuestro y el mío, está España, están nuestras mujeres e hijos... Están nuestras ciudades y pueblos... Está la República... ¡La revolución camaradas, la revolución!... ¡Esa revolución que acabará con las hambres, con la guerra, con los miedos. ¡Con todo lo que es malo para un vivir digno del hombre!».

Y miró otra vez.

Y comenzó a pasear de un lado para otro por delante de aquella masa inmóvil. Y empezó a ver caras conocidas: de hombres del Quinto, de hombres del Partido... Y cada vez que sus ojos tropezaban con los ojos de cualquiera de aquellos hombres cambiaba el tono de su voz...

–Salud, camarada.

–Salud, camarada.

–Salud, camarada.

La gente se tranquilizó y Castro volviéndose a los de las dos ametralladoras les llamó. Y cuando estuvieron cerca les dio una orden...

–Avanzar quinientos metros... Y emplazar las ametralladoras... ¡Con dos horas que me deis de tiempo es bastante...! ¡Camaradas!... ¡Hay que enterrar a nuestros muertos!... ¡Pronto, camaradas!

Y comenzaron a abrirse fosas.

Y gritó a los capitanes:

–Camaradas capitanes... ¡Aquí!... ¡Conmigo!...

Y unos treinta hombres se agruparon en torno a él.

Y habló:

–Nuestra gente necesita comer... Y descansar... Pero no existen reservas que nos permitan el relevo... Hasta dentro de

doce horas que lleguen nuevas gentes del Quinto Regimiento esto no es posible... Vamos a hacer una cosa, pero antes quiero preguntaros algo.

Le miraron.

–¿Estáis dispuestos a obedecer?

–Sí.

–¿Ciegamente?

–Sí.

–Entonces escuchar: vamos a establecer una línea de ametralladoras... Al lado de cada ametralladora diez hombres con fusiles y bombas de mano... Y detrás de cada grupo de estos, dos hombres de confianza, capaces de imponer el que nadie se mueva. Cada cincuenta metros un grupo de éstos... Cuatrocientos metros detrás una línea de fusileros... El resto de la gente la llevaremos a tres o cuatro kilómetros a la retaguardia... ¡Que coman!... ¡Que duerman!... ¡Que se laven!... Y hasta que lleguen las fuerzas del Quinto que os releven...

–¿De acuerdo?

–Sí.

Y se enterraron los muertos.

Y se establecieron las dos líneas.

Y se llevó a la masa a unos kilómetros atrás.



Y los moros no aparecían... No es que no existieran... Es que aún estaban lejos... Castro se sentó y encendió un cigarro... «¡No puede defenderse Talavera!»... «¡El miedo se ha escondido, pero no ha muerto!»... «¡Todo esto es solamente un castillo de naipes, de naipes solamente!»... «¿Cuánto durará?... Llamó a su chófer:

–Mira a ver si ahí, por algún lado, hay un motorista del Batallón de Hierro... Si le encuentras dile que salga al encuentro de nuestros hombres y les diga que aceleren su marcha... Pero que por ningún motivo entren en Talavera!... Que se sitúen dos kilómetros antes... Que tomen posiciones y que esperen... ¡Que esperen!... ¡Que esperen mis órdenes!... Pero que por ningún motivo entren en Talavera... Esto se puede caer de un momento a otro y arrollarnos a todos...

El otro corrió hacia la carretera.

Castro le observaba.

A los pocos minutos un motorista arrancaba violenta y ruidosamente... Siguió fumando.

Empezaron a regresar los capitanes.

–Ya, comandante.

–Ya, camarada.

Castro se había puesto en pie. Y a cada uno lo mismo.

«Gracias».

«Gracias».

«Gracias».

Y regresó hasta donde estaba el comandante Burillo. El viejo estaba cansado. Y en sus ojos se notaban muchas cosas: pena e impotencia.

–Gracias, camarada Castro.

Un motorista de Madrid. Y una carta para Castro. Abrió el sobre. Unas líneas solamente: «El general Asensio ha sido enviado como jefe de ese frente por el Gobierno».

Alargó el papel a Burillo.

Éste, después de leerlo le miró...

Y Castro habló:

–No se trata solamente de generales... Generales sin ejército casi no son generales... ¡Temo que este hombre no comprenda a las masas!

–Africanista –dijo Burillo.

Y no hablaron más. Cada cual miraba hacia el horizonte, después a las débiles líneas establecidas... Sólo vivían en aquellos momentos para mirar... Y a esperar... A esperar a que el miedo se convirtiera de nuevo en el general de todos aquellos hombres...

Y de pronto el ruido de unas motocicletas que llegaron escandalosamente. Y detrás de ellas un coche.

Se detuvieron a diez metros de ellos.

Y bajó un hombre.

Y se acercó.

–Soy el general Asensio.

–El comandante Burillo, jefe del sector.

–El comandante Castro, jefe del Quinto Regimiento.

Y se observaron. Castro sólo miraba a la cara y los ojos de aquel hombre. Fijamente, como si tuviera prisa en conocerle, de saber cómo era de medirle por fuera y por dentro...

El otro sacó sus anteojos de campaña y miró...

–Esas líneas son una mierda, comandante Burillo.

–Es todo lo que tenemos.

–Pero, yo he visto al venir cientos de hombres tumbados bajo los árboles.

Castro habló:

–Son los hombres enfermos de cansancio y miedo. Hay que dejarlos descansar... ¡A menos, mi general, que usted venga con fuerzas frescas!...

Asensio le miró.

–¿Fuerzas frescas?... ¿Fuerzas frescas?... Lo que necesitan esos hijos de puta es que se les levante a patadas: es que se les trate a patadas... Los otros no contestaron.

Sacó la pistola y la estuvo mirando.

–¡Verán ustedes cómo a esos cabrones los hago combatir!

Castro se interpuso. Estaba pálido. Y se sentía mirado por cientos de hombres. No quería dar la impresión de indisciplina, pero quería impedir que una locura de aquel hombre provocara una catástrofe mayor que las que provocaba el miedo.

–¡Mi general!

–¿Qué?

–Escúcheme un momento.

–Si... Pero no me dé usted un mitin... ¡A pesar de que me han dicho que eso lo hace usted muy bien!

Y soltó la carcajada.

–Mi general... Yo sé dar mítines... Y organizar millares de hombres. Y detener una desbandada. Y matar cuanto hay que matar... Y luchar cuando hay que luchar...

–¿Y qué? –contestó el otro con gesto y tono que arañaba.

–Nada... ¿Acaso no es bastante?

–Sólo quiero decirle, comandante Castro, que aquí el amo soy yo. ¡Yo!... ¿Lo oye bien?

–El jefe.

–¡El amo!

–El jefe.

–Bien. ¡El jefe!... Pues mire usted lo que hace el jefe para comenzar.

Un soldado venía corriendo... Castro reconoció a uno de sus enlaces... Y vio que Asensio empuñaba la pistola.

–¡Va a ver usted, comandante, cómo ese hijo de p... no corre más!

Y avanzó hacia el otro que venía. En los ojos del general había un mirar asesino... Castro dudó un momento... ¡Sólo un momento!... Y con un movimiento rápido se interpuso entre el general y el que llegaba. Y miró al general.

–¡Cuidado, general!... Usted antes que él... Generales tenemos muchos...: Demasiados...

Asensio le miró... La gente les miraba... Y Castro a él... Fue un mirar de segundos... El general con el dedo en el gatillo... Castro escuchando detrás de él, el respirar fatigoso del que había llegado.

–Quítese, comandante...

Castro no contestó.

–Quítese, comandante...

El chófer de Castro se había puesto detrás del general. La pistola apuntaba a la espalda de éste. Los motoristas, hombres del Quinto, permanecían inmóviles. Los soldados también.

–General... ¡Vuelva usted la cabeza...! ¡No tenga miedo!... Vuelva la cabeza, por favor.

Asensio se volvió... Ya no era una pistola la que le apuntaba... Eran varias... Y varios fusiles.

Bajó el arma.

Y sonrió.

Castro le imitó. Y se quedó quieto. Mirando al general

–Bien, comandante... ¡Puede usted retirarse...!

–Tengo que esperar, mi general.

–¿A qué?

–A mil hombres del Quinto Regimiento que están por llegar... Hombres que no obedecen a nadie si yo no les digo que obedezcan... ¡Y quiero esperarles, mi general, para decirles que usted es el jefe de este frente... Para decirles que le obedezcan!...

El general se quedó pensativo. Luego se acercó a Castro y le tendió la mano. Castro alargó la suya.

–Es usted un buen comandante.

–Gracias, mi general.

Y el general se dirigió a una casa que estaba en la carretera. Y a su lado el comandante Burillo. Castro se dirigió a su coche. Y le habló al chófer.

–Vamos a encontrar a los que vienen.

Y los encontraron.

–Cuidado con el general Asensio. ¡Obedecerle!... Pero sólo mientras que consideréis que lo que ordena es correcto... Sólo mientras os trate como a hombres y no como a bestias... ¡Creo que odia a los milicianos!... Tengo además la impresión de que es un morfinómano o un cínico... ¡O un canalla!... Inició el regreso.

A dos kilómetros vio milicianos en la carretera.

–¿Quiénes sois?

–Del Quinto.

–¿Vuestro comandante?

–El comandante Modesto.

Y hasta Castro llegó el sonar de una guitarra... Y una canción... Y risas. Y se apeó y se introdujo entre los árboles. Y un círculo de hombres. Y una miliciana en el centro bailando flamenco... Y una guitarra que hacía ruido... Y gritos. Y palmas...

Y allí el comandante Modesto.

Andaluz y barbudo.

–Salud, Castro.

–Hola, Modesto.

–Siéntate... Que hay vino y cante jondo... Y guitarra...

–Y guerra –añade Castro.

Se miran todos. Y Castro se empieza a alejar. Al fin había conocido a Modesto. A ese hombre por el que el Partido empezaba a tomar un cariño especial, queriéndole presentar como uno de los grandes valores militares de nuestra guerra. Y al que había que nombrar miembro de la Comandancia. Por decreto, porque el Partido también dictaba sus decretos...

Hacia Madrid.

Y la comandancia.

Y todos allí... Hasta Barbado... Y todos en un ambiente confortable, con olor de buenos vinos y aroma de tabaco inglés, que era lo único que hasta entonces llegaba de camaradas y simpatizantes del mundo.



–¿Bien, verdad? –preguntó Barbado.

Castro no le contestó. Solamente se dirigió a las muchachas que servían la mesa y las ordenó salir y que cerraran la puerta.

Y habló.

De las horas vividas en el frente. Al final se dirigió al capitán «Carlitos» y le dijo fríamente.

–Capitán, trae el número de «Mundo Obrero» que te di ayer y entrégaselo al ex comandante Barbado.

Barbado le miró pálido.

–Sí... Y vete al Partido... Y cuéntale lo ocurrido... Y dile que si tiene alguna duda que nos pregunte.

Y una pausa.

–¿De acuerdo, comandante?

–De acuerdo.

Barbado tomó el periódico. Miró. Después se levantó y se dirigió a la puerta.

–Salud, camaradas –dijo sin volver la cabeza.

Nadie contestó. Castro también se levantó. Y se dirigió al mapa que había en el comedor. Y miró el lugar en donde está situado Oropesa... Después corrió el dedo hasta Talavera...

–¿Qué miras?

–Que no sé si a estas horas será todavía nuestra.

Y el correr de días y días de agosto... ¡Y se pierde Oropesa!... Y el 3 de septiembre se pierde Talavera. Y Franco, con sus veinte mil hombres integrados por las divisiones de Varela y Yagüe, por los regimientos de caballería del coronel Monasterio, por cincuenta tanques y unos cincuenta aviones empieza a pensar en Toledo... Y en Madrid... Y en un final relámpago de la guerra... La caída de Oropesa y Talavera fueron la agonía del gobierno Giral, un pobre hombre metido en política, poco inteligente y poco vigoroso, es decir, la expresión perfecta de la vieja mediocridad de las izquierdas españolas.

Castro ya no pensaba en Talavera y Oropesa.

Como Franco, pensaba en Toledo.

Como Franco, pensaba en Madrid.

De vez en cuando en los frentes de Aragón. Y en el frente del Norte, Pero sólo de vez en cuando. Porque comprendía que era Madrid en esta etapa de la guerra lo fundamental... Madrid... Ese Madrid cuyas calles había pisado miles de veces, ese Madrid de sus miserias, de sus angustias y, por último, de sus grandes ilusiones.

## Capítulo XVI

### REVOLUCION Y... SÍFILIS

Dolores Ibárruri «La Pasionaria» está inquieta. En sus muchos años de ser la secretaria femenina del Buró Político no había podido lograr dar vida a un movimiento femenino que agrupara millares y millares de mujeres españolas, Sus únicos éxitos, hasta este momento, habían sido en la tribuna, en la que a través de demagogia y gesto había adquirido cierto renombre. Pero nada más. Como organizadora, como dirigente, no había pasado de ser más que una figura artificial a la que el Partido daba nombre y vida.

¿Vio en la guerra una posibilidad de hacer lo que hasta entonces no había sido capaz de hacer?

Es difícil saberlo.

Sólo se sabe que un día llamó a Castro a las oficinas del Buró Político. Que le recibió en un despacho, en el que destacaban sendos cuadros de Lenin y Stalin, un gigantesco ramo de flores y unas cuantas novelas policiacas a las que por lo visto era muy aficionada.

Y que más o menos le dijo esto:

–Camarada, el Buró Político considera que es el momento de organizar un poderoso movimiento femenino que se convierta en un poderoso auxiliar de nuestro Partido... No hay que olvidar que en Rusia, en el periodo de la conquista del poder, de la guerra civil y de la intervención, la mujer jugó un importantísimo papel.

–¿Y...? –preguntó él.

–Consideramos necesario crear compañías de mujeres... Las debe crear el Regimiento no sólo porque las necesitamos en la lucha contra el fascismo, sino para dar un ejemplo a los demás partidos y organizaciones del Frente Popular...

–¿No podrían crearse para otras funciones auxiliares, aunque ligadas a la guerra?

–No.

–¿Por qué, Dolores?

–Porque hay que acabar con la idea de que la mujer es un ser humano de segundo orden.

–No comprendo bien.

–No importa. ¡Tú organiza las compañías!... Pruébalas en el frente... Y después, camarada, no tengas inconveniente en confesar tus vacilaciones de hoy, tu error de hoy.

–Bien.

Y se despidieron con cierta frialdad. Cuando Castro salía del despacho entraba Irene Falcón, el cerebro mágico de Dolores, su confidente en política y en amores, su azafata de confianza.

–Salud, Castro.

–Salud.

Desde el despacho de Dolores se dirigió al despacho de Pedro Checa, el N.º 2. Estaba como siempre: solo, pálido y obsesionado. Sobre su mesa papeles y periódicos, libros y artículos, circulares e informes... Y un cenicero lleno de colillas... Y una cajetilla y al lado de ésta una caja de cerillas. Y en un perchero, como un ahorcado, su gabardina. Porque era un hombre que salía de allí en la madrugada.

–Hola, Castro.

–Hola, Pedro.

–¿Estás enfermo?

–Sí... Pero no tiene importancia... Hoy hay millares de enfermos, millares de heridos... ¡Frente a eso la enfermedad que pueda tener un hombre solo, los sufrimientos que padezca un hombre solo no representan nada!... Por eso no hablo a nadie de mi enfermedad... ¡Por lo mismo no debes hablar a nadie de que me has notado enfermo!

–¿No es un absurdo, Pedro?

–Es una orden... Y un favor que te pido.

–¿Acaso el secretario de organización del Buró Político tiene el derecho de morirse en silencio, cuando no debe morirse?

–¿Por qué insistes?... ¿Para demostrarme que sigues siendo tan terco como siempre?

–No.

–¿Entonces...?

–Tú sabes igual que yo que nuestra vida ya no es nuestra... ¡Tú y yo nunca podríamos olvidar esto, al menos que nos olvidáramos del Partido!... Tu vida no es tuya Pedro... ¡Tu vida pertenece al Partido!... ¿Verdad, Pedro, que no lo has olvidado?

–No.

–Me alegro... Y después de esto ya no hay razón para insistir.

Checa se le quedó mirando... Había entornado los ojos y alzado la cabeza. Miraba a Castro y sonreía, Y fumaba y echaba bocanadas de humo al techo. Y con la mano derecha golpeaba suavemente la mesa.

–¿Es a todo lo que venías?

–No.

–Importante la cosa entonces... ¿No?

–Creo que sí.

–Habla.

Y se recostó sobre el respaldo del sillón. Y dejó el cigarro en el cenicero, y se metió las manos en el bolsillo del pantalón e hizo un gesto imperativo... aunque con su suavidad de siempre, con su sonrisa un poco infantil y enferma.

–Pedro... Dolores se empeña en que formemos compañías de mujeres combatientes.

–Sí.

–¿Es la opinión de ella?

–Es la opinión del Buró Político.

Se miraron. Castro tomó un cigarrillo y lo encendió. El otro continuó inmóvil. Pero su gesto se había endurecido. Sus ojos parecían haberse helado de repente...

–Dolores ha sido siempre un fracaso como organizadora y dirigente del movimiento femenino...

–Ella es el Partido... –interrumpió el otro.

–Y, ahora, sin pensar si lo que propone es bueno o malo nos obliga a crear algo de lo que nosotros desconfiamos mucho.

–Ella es el Partido...

–Pero, lo que ella pretende es un absurdo.

–El Partido no pretende jamás absurdos.

–Está bien, camarada Checa... Yo creía que no solamente era una cuestión de disciplina sino de poder opinar.

–Mira, quiero que me contestes a varias cosas... Tú no siempre me has llamado «camarada Checa»: creo recordar que antes me llamabas simplemente Pedro... ¿Qué está pasando en ti, Castro?... Segundo: creo que sobre la organización de las compañías de mujeres combatientes no debemos enredarnos en discusiones tontas... ¿Qué trabajo cuesta hacer la prueba?... ¿Acaso nosotros podemos renunciar a cualquier intento, acaso podemos renunciar a agrupar en torno al Partido, a nuestra lucha, a nuevos combatientes?... No me gusta, Castro, que en torno a esto sólo veas a la camarada Dolores, sino al Partido... ¡Óyelo bien: AL PARTIDO!...

–¿Y...?

–Te ahorrarás muchos dolores de cabeza... O para decirlo más claro: «muchos lavados de cabeza».

Y sonrió.

En el Partido se llamaba «lavados de cabeza» a las reprimendas del Partido a organismos o militantes del mismo. Y era significativo el nombre: «lavado», sí, porque más que golpear era lavar, era limpiarle a uno de opiniones que no eran del Partido, limpiarle a uno de «charlatanería», que así se llamaba a los que acostumbraban a enjuiciar la actitud del Partido, su línea política; limpiarlo a uno de ideas «pequeño burguesas» que así se llamaba a todo lo que no eran las ideas



del Partido. Cierto: no era una paliza, era simplemente un lavado de cabeza, primitivo, cierto, pero que para los tiempos que corrían no estaba mal.

–Gracias, Pedro.

–Adiós, Castro... Y olvídate de eso de «vieja guardia», que a veces creéis que os da derecho a muchas cosas.

–¿Es un pecado?

–Hay tiempos en que es una dificultad.

Se tendieron la mano. Y Castro se dirigió a la puerta. Y cuando iba a salir escuchó la voz de Checa:

«Y déjate ver por aquí más a menudo... Aunque sólo sea para tomar una taza de café... Y para recordar los tiempos jóvenes de nuestro Partido y nuestra vieja hambre».

«Vendré».

Cuando Castro salió. Checa se dejó caer en un sillón. Y comenzó a mirar unos papeles. Castro, mientras bajaba las escaleras, iba pensando en la orden que tenía que dar.

Cuartel de Francos Rodríguez.

Ritmo.

Y voces de mando.

Y pisadas de cientos de hombres que hacían la instrucción. Y el brillo de las bayonetas. Y más alto que este brillo, el brillo de la cúpula de la iglesia, de baldosines rojos, que el sol parecía convertir a veces en un inmenso montón de llamas que quisieran quemar el cielo... Se apeó en la puerta. Respondió al saludo del oficial de guardia. Y se dedicó a mirar a los milicianos que día a día se convertían en soldados. Desde los balcones de las casas de enfrente la gente miraba. De vez en cuando el ruido de un avión que nunca se sabía si era republicano o fascista...

Castro buscó a Oliveira con la mirada.

Y allí estaba.

–Salud, comandante Oliveira.

–A tus órdenes, comandante Castro.

Y silencio.

–¿Quieres venir, comandante, a la oficina?

–A tus órdenes.

Y uno detrás de otro. Y milicianos que se apartan. Y otros que miran. Y otros que se levantan del suelo y saludan. Y la entrada, las escaleras. Y aquel pequeño despachito con una mesa y varias sillas viejas. Y unos mapas clavados en la pared. Y dos ventanas. Y una lámpara colgando de un cordón con la mierda de millares de moscas. Y un cenicero de hierro, viejo y oxidado. Y unas cuantas colillas en él y otras cuantas en el suelo.

–Camarada Oliveira, ¿qué tiempo tardarías, por ejemplo, en organizar dos o tres compañías de mujeres?

–¿Ordenas, camarada, o me pides una opinión?

–Lo primero.

–Entonces... ¡Quince días!

–De acuerdo.

–¿Me permites ahora que dé mi opinión?

–¡Dala!

–Es un error.

–El Partido jamás comete errores, comandante Oliveira.

–¿Y si fuera un error, a pesar de todo?

–Sería un error del comandante Castro.

–Comprendo... ¡Gracias!

Una semana... Siete días y trescientas mujeres oliendo a sudor y a sexo... y gritos de Bertrán y Oliveira... Y un aprendizaje lento... Y por la noche luna y sombras. Y canciones cantadas en voz baja. E insomnio de hombres y mujeres. Y la sombra de la iglesia, en las noches de luna, como una gran Celestina gigantesca, inmóvil y discreta.

Otra semana.

Instrucción... Ojeras... Y muchos milicianos en el Pabellón de Sanidad, situado frente al Cuartel, en un hotelito que en tiempos fue una tienda que vendía y arreglaba aparatos de cine.

Y Castro al teléfono.

–Camarada Dolores... Hay tres compañías preparadas...

–.....

–Cuando quieras...

–.....

–De acuerdo.

Y colgó el auricular de golpe, con mala leche.

Viernes. Tres de la tarde... Las compañías formadas... y a esperar. La guardia avisa

«Fir... mes».

Y por la puerta del cuartel la figura negra... Y detrás, Irene Falcón... Y detrás, Francisco Antón... Y detrás de los tres, tres sombras que el sol las hace cada vez más largas.

–A tus órdenes, camarada Dolores.

–Gracias, Castro.

–Cuando quieras comenzamos.

–Ya.

–Comandante Oliveira... La camarada Dolores, miembro del Buró Político de nuestro Partido, viene a revistar a las compañías de Milicianas Combatientes... La gustaría después ver algunos movimientos... Y algún simulacro que la diera la idea del grado de preparación de estas camaradas...

–A tus órdenes.

Cornetas y tambores. Y la bandera republicana mecida por el viento. Y ella, la mujer de negro pasando por delante de las compañías: erguida, silenciosa... Con un mirar frío, profundo. Y su regreso a la pequeña tribuna.

Y desde allí mirando todo. Sin hacer un gesto. Sin un movimiento. Como si fuera una estatua de carne y negro.

–Ya.

Y alza sus manos hacia el cielo.

«Camaradas: os habla una mujer como vosotras... Mujer de minero e hija de minero. Y madre. Mujer, esposa y madre a la que la angustia de una vida de miseria interminable, a la que la angustia de una vida sin horizontes, a la que la angustia de una esclavitud de ayer y de siempre la hizo comprender que era preciso ser más que una buena ama de casa... Camaradas: la guerra nos envuelve, pero esta guerra en defensa de la libertad y la democracia lleva en sus entrañas la liberación de España, de sus hombres y mujeres, de sus niños... ¡Oídllo bien!... Por eso en esta guerra nosotras, las mujeres, reclamamos un puesto en

la lucha. Porque no queremos recibir la victoria como un regalo de los hombres de España, sino como algo que nosotras también conquistamos».

Silencio.

«¡Camaradas!... Nuestra vida ha sido un constante aprender a sufrir... ¡Y un sufrir constante!. Desde hoy nuestra vida debe ser un constante aprender a luchar, un constante aprender a vencer... ¡Que la figura de Agustina de Aragón sea nuestro ejemplo!... ¡Camaradas!... ¡Mujeres!... ¡A la lucha!... ¡Por España!... Por vosotras... Por vuestros maridos, hijos y hermanos... ¡A la lucha, camaradas!... ¡A la lucha, hermanas!».

Y saludó.

Y se dirigió hacia la puerta, Ella; detrás de ella, Irene Falcón: detrás de Irene Falcón, Francisco Antón.

Pero, la gente sólo la miraba a ella.

Como a una sombra negra.

Como a una santa.

\* \* \*

La guerra había recordado a la gente la muerte. Y ese miedo que no se confesaba, pero que había llegado hasta el tuétano, había despertado en ciertos núcleos de la población española

un ansia enorme de vivir. Y para vivir con ese ritmo frenético, se había arrojado a un lado la conciencia, se había olvidado la tradición, la moral, las viejas costumbres, la vieja manera de vivir, miserable a veces, pero con una dignidad con raíces de siglos. La guerra había sido como un huracán que había enloquecido a las gentes, no a todas, cierto, pero, sí a muchas gentes.

Y el apetito de tantas cosas, dormido durante tantos años, se había despertado con una gran violencia.

La corrupción apareció como un fenómeno de masas.

Y de élites.

Cada quien cobraba su tributo a la revolución. Y la revolución empezó a no poder con tantos tributos.

Seda.

Oro.

Automóvil.

Pequeñas o grandes garsoniers. Masajes para conservar la línea. Virginidades al por mayor. La revolución que no estaba acostumbrada a avergonzarse de nada, empezó a sentir rubor. La única. Porque el pudor, la honra, la honradez, la sobriedad aparecían como viejos pecados heredados de los enemigos de la revolución. Y mucha gente quiso librarse de estos pecados lo antes posible.

Revolución.

Seda.

Sífilis.

Cornudos al por mayor; y prostitutas en serie.

\* \* \*

–¿Se puede?

–Adelante.

Y entró el capitán médico del Quinto Regimiento. Alto, rubio, gordo y como de unos treinta y cinco años. Con su bata blanca. Y con una expresión de gran preocupación en los ojos.

–Salud, comandante.

–Salud, capitán.

–¿Qué ocurre?

–Comandante... Querría informarle de algo grave... Muy grave... En un tiempo que no llega a un mes, hemos dado de baja a más de doscientos milicianos contagiados de enfermedades venéreas.

Castro le observó.



–¿Y qué más?

–Todos ellos se niegan a decir dónde contrajeron la enfermedad.

–¿Sólo doscientas bajas?

–Sólo.

–¿En menos de un mes?

–En menos de un mes.

–Haz un informe secreto que sólo me entregarás a mí... Y mañana realizaremos examen médico...

–Pero, las unidades tienen que salir para los frentes... ¡Están preparadas!

–Lo sé...

–¿Entonces?

–No se trata de los milicianos... Se trata de las milicianas. Y yo estaré contigo.

–A tus órdenes.

\* \* \*

Doscientas mujeres permanecían en los jardines del Pabellón de Sanidad. Había de todo: virtud y vicio. Juventud y vejez. Melenas y canas. Rimel y huellas de llantos: sedas y percal. Prostitutas y vírgenes. Mujeres y madres. Y todas ellas recostadas en las paredes, con aire de cansancio o de aburrimiento. Y el sol quemando el suelo y la carne.

Y una guardia de hombres armados con fusiles.

Y, dentro, el médico y Castro.

–¿Cómo empezamos, comandante?

–Que entren primero las de más edad... ¡Así ganaremos tiempo!

Y comenzaron a entrar. Eran mujeres de cuarenta y cincuenta años, de rostros curtidos, pelo con canas y ojos de sufrimiento. Eran diez o doce las que entraron en la primera tanda.

Y se quedaron inmóviles frente al médico y Castro. Y Castro habló:

–Camaradas: es una cuestión de trámite... Sólo quiero que me contestéis unas preguntas que os haré yo o el médico, ¿estáis casadas?: segunda, ¿cuántos hijos tenéis?; tercera, ¿obreras o solamente mujeres de su casa?... ¡Y, camaradas, que me dejéis veros las manos!... Solamente las manos.

Una avanzó. Era una mujer bajita y gorda, con el pelo encanecido, los ojos hundidos, y en la boca un rictus de amargura.

«Casada».

«Siete hijos»... «Cuatro en los frentes».

«Cuidar a mis hijos y mi marido y administrar la miseria».

«Y aquí están mis manos».

Castro se acercó a ella. Y la miró en los ojos. Y la miró de los ojos para abajo: senos lacios y un vientre hinchado y caído. Y la tomó las manos... Y surgió dentro de él, el recuerdo de su madre.

–Has lavado mucho, ¿verdad, camarada?

–Llevo treinta años lavando.

–Y algo más, ¿verdad, camarada?

–Y fregando pisos con arena y lejía para ayudar a que mis hijos comieran y crecieran.

–¿Tu marido?

–Salió al frente los primeros días y no he vuelto a tener noticias de él.

–¡Márchense, camaradas!... ¡Y perdonen!... ¡Perdonen!... Esta vez el comandante Castro se ha equivocado!... ¡No tenía razón para dudar!... ¡No debí dudar!... Cada una de vosotras sois la misma historia de mi madre. Una de ellas se adelantó.

–No tenga cuidado por nosotras... ¡No tenemos nada que perdonar! Ni se ha equivocado, comandante: entre nosotras se han metido muchas aventureras, muchas prostitutas...

–Gracias...

Y salieron... Y Castro las vio irse con un andar de cansancio infinito.

–Que pasen las demás, capitán.

Y comenzaron a entrar las demás. En grupos de diez Y se colocaron en fila. Y Castro miró. Pelo teñido, mucho carmín, desenfado en los ojos, y grandes ojeras.

–Desnúdense.

Abrieron los ojos con sorpresa.

–Con que se levanten las faldas es suficiente, comandante.

Y ellas se levantaron las faldas. Castro se volvió de espaldas. Y esperó a que el capitán se dirigiera a él.

–Siete con gonorrea, comandante.

–Siga ya solo, capitán. Al terminar me dará usted un informe, de una cuartilla solamente, en él señalará el tanto por ciento de enfermas contagiosas... Y otro, no más de una cuartilla también, de los enfermos de gonorrea o sífilis que se han producido en este último mes... Le esperaré en mi despacho... ¡Hasta la hora que sea!

Y salió. Cruzó la calle con la cabeza caída. Sin querer mirar a nadie. Sin querer hablar con nadie. Y llegó hasta el despacho de la comandancia y se sentó. Y decidió esperar cuanto fuera necesario... Desde fuera llegaban hasta él las voces de mando, el ruido de cientos de pies golpeando rítmicamente la tierra.

Y a esperar.

Una hora.

Dos horas.

–¿Se puede?

–Adelante.

Y entró el capitán médico. Y puso dos cuartillas sobre la mesa. Y esperó unos segundos.

–Puedes retirarte, capitán.

Y se quedó solo. Y miró las cifras... «Doscientos milicianos enfermos e inutilizados para combatir por un largo período»... «De doscientas milicianas reconocidas el 70 por ciento padece de enfermedades venéreas». Se guardó los informes.

Y encendió un cigarro.

«¡Hijas de p...!». «¡Hijas de p...!»... «¡Debería fusilar a unas cuantas!».

Luego bajó al patio y pidió su coche.

«¡A la Casa del Partido!».

Y el coche atravesó una parte de Madrid, Y cuando llegó a la calle de Serrano la guardia le miró. No la miró. Le saludaron No saludó. Y subió hasta el despacho de «Pasionaria», en cuya puerta había un hombre amado. Se detuvo ante él.

–Di a la camarada Dolores si puedo verla.

Y salió el otro.

–Entra, camarada Castro.

Y entró.

–Salud.

–Salud.

Y se llegó hasta la mesa. Y sobre ella puso las dos cuartillas escritas. Después se sentó. Encendió un cigarro y esperó. Pero sin apartar los ojos de «La Pasionaria», la santa roja, Y fue viendo el endurecimiento de su cara, la contracción de sus labios. Y escuchó su golpear con el pie sobre el suelo.

–Esto es una maniobra tuya.

–Eso es una enfermedad.

–Una maniobra tuya.

–Una enfermedad demasiado peligrosa para los que tienen que hacer la guerra.

–Una maniobra tuya.

–No, camarada Dolores... Yo tengo, no solamente la obligación de cuidar de la salud política de los hombres del Quinto Regimiento; también de su salud física. Porque son hombres que tienen que hacer la guerra.

Se miraron. Había odio en los ojos de ella. Un poco de desprecio en los ojos de él... Porque no comprendía cómo un miembro del Buró Político prefería más un triunfo personal, que el reforzamiento de los frentes para detener la ola de derrotas que se venían sucediendo...

–¡Tú estabas en contra desde el principio!

–Sí.

–¿Por qué?

–¡Porque yo he sido soldado antes de ahora, Dolores! Porque yo sé lo que es un cuartel. Y porque yo he visto en el Aeródromo de León, cada domingo de dos años seguidos, cómo salían los soldados y cómo al llegar a la ciudad se iban a las casas de prostitución que había detrás de la Catedral... ¡A vaciarse!... ¡A enfermar!... Y no olvides, aparte de esto, que en las guerras no falta mucha gente cobarde que busca el contagio venéreo para librarse del frente... ¡Tú quizá no supieras esto!... Pero yo sí tenía la obligación de saberlo... Y la obligación de contarlo... Arrojando a patadas a las putas; y acomodando en los servicios del cuartel a esas mujeres que tanto me recordaban a mi madre.

–¿Y tú quién eres para hacer eso?

–¡El comandante Castro!

–El comandante Castro y el camarada Castro tendrán que vérselas con el Buró Político.

–Confío en el Buró Político.

–¿Y en mí?

–¿Me permites hacerte una pregunta?

–Habla.

–¿Por qué entre los combatientes y las putas das preferencia a estas últimas?

–Hemos terminado.

Él salió dando un portazo. Y pasó delante de la guardia como antes: sin mirar ni saludarla. Y cuando las patrullas le daban el «alto» seguía sin detenerse. Y cuando llegó al Cuartel llamó al comandante Oliveira.

–¡Quedan disueltas las compañías de milicianas!... La gente útil la incorporaremos a los servicios de intendencia y al de los hospitales... Las demás... ¡Que las curen y después las echen de aquí!

–A tus órdenes.



Al poco rato Oliveira había hecho la separación... Las mujeres que eran el ejemplo constante de la dignidad de la mujer española se incorporaron a los otros servicios.

Las demás esperaban.

Y Castro bajó. Y mandó que las metieran en la iglesia. Y luego allí, desde un pequeño púlpito de madera, en presencia de la Virgen, del Hijo de Dios y de santas y santos habló:

–¿Queréis saber por qué os echo?

–Silencio.

«Por putas, oídlo bien, por putas»... Y sentiros contentas de que no os saque esta noche a las afueras de Madrid y os ametralle delante de una fosa inmensa... ¡Putas más que putas. Si el enemigo supiera lo que nos estabais haciendo posiblemente os condecoraría!... ¡Iros!... ¡Iros!... ¡Iros de una puñetera vez a la mierda!».

Y salieron silenciosas.

Algunas distraían su caminar mirando a los santos, a la Virgen, al Hijo de Dios y a las bóvedas...

Castró salió después.

Y pidió el coche.

–A la calle de Serrano, camarada.

Y pensó.

«Sí, ellas unas putas... Pero ¿y ellos?... ¡Habría que esterilizarlos para que sólo pudieran pensar en la guerra!».

Entró Tomás.

–Comandante, tienes una visita y unos detenidos.

–Yo te llamaré... ¡Ahora déjame solo!

\* \* \*

–Comandante...

–Dime.

–Una visita y unos detenidos.

–¿Quién es la visita?

–Una mujer.

–¿Del Partido?

–Del Partido.

–Y quieres decirme, Tomás ¿por qué la has dejado entrar?

–Te conoce... Te conoce mucho, comandante. Viejo miembro del Partido... Un trabajar oscuro e incansable del Partido... Me dijo simplemente: «Decirle a Castro que quiero hablarle... ¡Que si no me recibe pensaré que es lo mismo que los demás!».

–¿La conocéis?

–Sí.

–Que pase... Después hablaremos sobre quién la trajo hasta aquí. Y entró una muchacha. Como de unos veinte años. Bajita. Fea. Un poco descuidada.

–Salud, Castro.

Castro se la quedó mirando. Fijamente... Sí... La conocía. De mucho tiempo. Una de esas mujeres entregadas al Partido, al que le hubiera dado sin la menor vacilación honra y vida. Uno de esos militantes que juegan cada día con la cárcel y la muerte... Y que lo hacen oscura, silenciosamente... Y que si mueren nadie habla de ellos... ¡Son los muertos que se ignoran!...–héros a quien nadie conoce!

–¿Tú aquí, camarada?

–Yo, aquí... Castro.

Y se levantó solícito, humano, después de muchos años de haber dejado de serlo... Y la tomó de la mano y la llevó hasta el sofá... Y la sentó... Y poniéndole la mano sobre el hombro. Y mirándola a los ojos preguntó.

–¿Qué te pasa, mi buena camarada?

La otra bajó la cabeza... Y a pesar de ser una de esas militantes que son oro y hierro al mismo tiempo, suspiró profundamente, con llanto contenido y pena no disimulada.

–Soy una ruina, Castro.

–¿Por qué, camarada?

–Quisiera que me mandaras al frente... A una misión de la que no se vuelve... Y a cambio de ello sólo te pediría una cosa: que cuando le vieras, que cuando pudieras hablarle a solas le dijeras solamente esto: ¡Tú la asesinaste!...

–Cuéntame, camarada.

–Tú sabes que yo trabajaba en el aparato antimilitarista del Partido... Allí conocí al camarada Líster. Nos unimos. Trabajo y amor, más de lo primero que de lo segundo. Y tiempo y tiempo en ese trabajo en el que siempre le rodea a una la detención, los tribunales militares, la muerte, pero una muerte extraña, sin eco.

–Sigue.

–¿Y?

–Y comienza la guerra.

–Durante unos meses, Líster es Líster... Pero, después...

–¿Qué?

–Líster se convierte en un héroe... La gente habla de él. El Partido le elogia... Y...

–¿Y qué?

–Comienzo a no ser nada, camarada Castro... Ante mí hay mi nuevo Líster. Borracho... Vanidoso... Putero... Inhumano... Bestial... Callo y callo... El Partido y la revolución pueden más que yo, están por encima de mí. Y me convierto en su criada, en su sombra, en la escupidera de todo primitivismo, de sus vicios, de su desprecio, de su asco...

–¿Y.?

–Ayer me ha echado... Y algo más: «si hablas te mato»... Y durante unos segundos estuvo pasando la pistola por mi frente, por mis sienes, por mi nuca... ¿Ir al Partido?... ¿Para qué?... Él es más útil que yo... Más importante que yo para el Partido...

–¿Y qué quieres de mí?

–Que me digas si esto es justo... ¡Nada más que eso!... ¡Que me digas, si tengo o no razón!... ¡Que me digas si lo mejor es que muera o que viva!... ¡Que me digas si debo desaparecer, si debo seguir luchando o si debo, en beneficio del Partido, pegarme un tiro para poner fin a esta historia y dar la posibilidad al Partido de que ponga fin a esto diciendo: «Era una histérica, sexo más que revolucionarismo, histeria más que lógica, sexo más que servicio al Partido».

–Escucha.

–Te escucho, Castro.

–Tú no puedes alzarte contra el Partido o contra Líster que es el Partido... Contra el Partido nunca se tiene razón... ¡Recuerda

esto, mi buena camarada!... El Partido para llegar al fin no puede detenerse ante nada ni ante nadie... Él debe avanzar, siempre, aunque tenga que pisotear los cuerpos de muchos camaradas, de magníficos militantes que se ven envueltos por ciertas debilidades sentimentales... Si tú ahora gritaras contra Líster, tú asesinarías a un héroe del Partido... ¡No importa que sea un héroe de mentiras o de verdad!... Eso no importa, camarada... Lo que importa es que el Partido necesita héroes, muchos héroes: y si tú destrozaras a éste, al que el Partido quiere convertir en un héroe y gigante de nuestra lucha, para a través de él conquistar a masas y masas de combatientes para el Partido, tú habrías saboteado la tarea del Partido, te habrías convertido en un obstáculo para lograr ese gran objetivo que es la conquista de la influencia del Partido en el ejército, que nos es necesario, vital, camarada. Porque el Partido necesita varias cosas: ganar la guerra, conquistar el poder, convertir a España en una segunda base socialista para la lucha por llevar el socialismo a todo el mundo.

–Es la «línea».

–Eso, camarada... Y tú sabes, eres una vieja comunista, que contra la línea o al margen de la línea no existe para nosotros nada.

–Comprendo, Castro.

Y se puso en pie. Y mirando daba la impresión de que se había reducido, de que se había empequeñecido. Sólo sus ojos eran sus ojos. Lo demás todo era pena. Castro la pasó la mano

por el hombro. Y atrajo la cabeza de ella hacia él. Y la miró a los ojos cuajados de lágrimas...

–Vamos, camarada... Tú eres fuerte... Tú eres de nuestra vieja guardia. ¿Te das cuenta de lo que eso supone?... Tu vida no ha muerto con Líster, te lo aseguro. Enloquécete con la lucha, mira sólo a los enemigos de nuestra revolución, piensa en ellos día y noche, en el horror que se desencadenaría sobre España si triunfaran... Piensa, camarada, en la victoria... En el socialismo, en un mundo de mujeres y hombres felices... Piensa todo esto, como si padecieras de una locura obsesiva... ¡Y estoy seguro de que dentro de quince días, cuando pienses en Líster verás que hay cosas que no merecen la pena!...

–Quizá tengas razón.

–¡Sé fuerte, camarada!... Tan fuerte como el acero... Elévate por encima de tu propia pena... ¡La revolución, camarada!... ¡La revolución!... Y no olvides que una vez que la revolución triunfe no habrá campos yermos; tú serás un maravilloso jardín en donde los hijos serán flores maravillosas en tu vivir y en tu vejez.

Castro la puso frente a sí. Y sus dos manos en los hombros de ella Y la miró a los ojos como si con su mirar quisiera quemar los restos de la vieja ilusión.

–¿Qué piensas, camarada?

–¡Que eres un embustero maravilloso!... ¡Y un gran camarada!

–No te olvides... Ven a verme mañana... Yo te daré un trabajo que te enloquezca, que no te deje tiempo para pensar... ¡Y acabarás no pensando!...

–Salud, Castro.

–Salud, camarada... ¡Tomás!

Entró.

–Lleva a esta camarada a su casa. Y proporciónala cuanto necesite...

Y cuídala... ¡Hay que curarla de una grave enfermedad!: la pena, de la pena de haber sido terriblemente despreciada.

El otro sonrió.

–¿De qué te ríes, bestia?... ¿Acaso sabes tú que es eso? –A tus órdenes, comandante.

Y se fueron... Y cuando salieron, cuando escuchó el ruido de un automóvil que se alejaba, se quedó de pie en el centro de la habitación... Buscaba una explicación lógica de aquella pequeña tragedia... Y sonrió: «Si nosotros queremos cambiar a España, ¿qué de extraño tiene que los «héroes» quieran cambiar de mujer?»

Y murmuró una blasfemia.

\* \* \*



Que pasen los detenidos.

Y esperó de pie en uno de los ángulos de la habitación. Tenía tanta rabia dentro de sí mismo que sentía unos deseos inmensos de desquitarse, con quien fuere. Su odio había despertado más violentamente que nunca.

Y se acordó de la fórmula.

«La fórmula». «Nuestra única tarea».

Lo demás sólo son sentimentalismos con los que se nos quiere castrar mental y físicamente.

Y Castro volvió a ser Castro.

Y entró una mujer. Y dos niñas con ella. Era alta, como de unos treinta años, bien vestida, cuidadosamente arreglada, aunque extraordinariamente pálida y guapa, terriblemente guapa. Las niñas eran como aquellos angelitos que Castro había visto en los altares del Colegio de Guzmán el Bueno.

–¿Dónde la han detenido? –En el Hotel Nacional.

–¿Por qué?

–No lo sé.

–¿Quién la detuvo?

–Unos hombres de usted.

–¿Y usted qué hacía?

–Estaba en la cama... Leía los periódicos... Y esperaba un telegrama que debía llegarme de Barcelona.

–¿De quién?

–Del presidente Companys.

–¿Es usted su amante?

–No.

–¿Cómo la han tratado a usted hasta ahora?... ¿Bien?... ¿Mal?

Ella no contestó.

–Hable.

–Mire, señor... –Y se levantó las faldas y ante Castro apareció toda la ropa interior desgarrada... Eran, señor, y perdóneme, como lobos... ¡Como lobos, señor!

–¿Y usted?

–Les ofrecí todo: yo, mi dinero, mis joyas... Todo lo que tenía. ¡A cambio de una cosa, que me dejaran libre, que me dejaran pedir una conferencia a Barcelona o que la pidieran ellos!

Castro la miró.

–Discúlpelos... Ellos tienen hambre de muchas cosas, de muchas. Un hambre heredada... No tiemble ni llore... ¡Está usted en libertad!... En unos minutos la llevarán al hotel... Procure salir pronto de Madrid... Porque ahora y no sé por

cuánto tiempo, usted será solamente botín, solamente botín... Y llamó a Tomás y cuando éste entró le ordenó que las llevara al Hotel Nacional.

–Llévalas allí... ¡Obliga al encargado del hotel que la dé una conferencia con Barcelona...! Di a la guardia, si es que es nuestra, que la proteja hasta que salga... Un choque en estos momentos con Companys sería impolítico. Y pasó la mano por las cabezas de las dos niñas y las empujó suavemente hasta la puerta...

Pidió café. Y fumó un cigarro. Y luego gritó.

«¡Otros!».

Y esperó.

Y una vieja de pelo blanco y traje negro. Y una joven embarazada. Y un hombre joven, acobardado.

–¿Qué?

Le miraron.

Y fue la vieja la que avanzó hacia él. Y cuando estuvo delante le miró. Había firmeza y odio.

–¿Es esta la justicia de que ustedes hablan?

Castro la miró.

–Mi yerno es republicano de toda la vida, mi hija sólo mi hija y su mujer... Yo... Yo solamente una pobre vieja... ¡No podemos inspirar miedo, solamente pena, compasión!

Castro la seguía mirando.

–Sí. Usted es el comandante Castro... Eso quiere decir que no hay clemencia... Bueno, mátenos, pero máteme a mi primero. No quiero presenciar el otro doble crimen.

–Aquí no se mata más que a quien se tiene que matar.

La vieja le miró.

–¿Nada más?

–¡Nada más!

En los ojos de la anciana unas lágrimas. Y un dejarse caer a los pies de Castro; y abrazarse a sus pies y una súplica angustiosa.

«A mí por ellos».

«A mí por ellos».

«A mí por ellos».

Castro se apartó... No quería ver a la vieja. Ni ver sus lágrimas. Ni escuchar sus súplicas. Y se dirigió al hombre. Pero, no había terminado de acercarse cuando sonó el teléfono.

–Dime, capitán.

-.....

-Sí.

-.....

-Está bien.

Se volvió hacia los tres. Y miró a cada uno de ellos lentamente. Y se sintió nervioso, enfermo de rabia.

-¡Están en libertad! Los tres le miraron.

-Izquierda Republicana responde por ustedes... ¡Váyanse!... Váyanse pronto antes de que se me olvide Izquierda Republicana; y Azaña; y vuestra tonta república... Y su embarazo, señora; y su pena; y su miedo, señor...

-No.

-¿Por qué?

-¿No saldremos para que nos asesinen en el camino? Llamó.

-Que venga mi chófer.

Y cuando estuvo ante él le miró.

-Vas a llevar a estas gentes a izquierda Republicana... ¡Las dejas en el portal!... ¡Si les ocurre algo, tú pagarás por ellas!

Y se fueron.

–Falta otro, comandante.

–¿Quién?

–Un falangista que presume de ello; que afirma que nos colgarán a todos... Que se ríe de nuestras amenazas... De nosotros mismos... Convendría que hablaras con él.

Se quedó un momento pensativo.

–Sacarle a la carretera... Y acabar con él... Una noche blanca es un crimen... Una noche sin balance una traición... ¡Pronto!

Y se quedó solo.

Se había perdido Talavera de la Reina. Se había perdido Maqueda. El enemigo se acercaba a Toledo.

La guerra ya no era una verbena de euforia y demagogia. La guerra era un terrible drama que empezaba a enseñar su rostro.

\* \* \*

–¿Se puede?

–Adelante.

–Mi comandante... ¡El camarada Sendín quiere verte!

–Que pase.

Y entra Sendín, como siempre, con el pelo alborotado, la cara roja, los ojos saltones detrás de los gruesos cristales de sus gafas. Y sonriendo con su cinismo de siempre.

–Sendín...

–Castro...

Y se estrechan la mano. Y se miran y sonrían. Y sacan cigarros y fuman. Y vuelven a mirarse...

–¿Qué me cuentas, comandante?

–Nada, Sendín.

–¿Por temor a que las paredes escuchen?

–No.

–¿Por desconfianza en mí?

–No.

–Te propongo entonces una cosa...

–Vámonos a un café discreto... A cualquier viejo café en donde hemos pasado mucho tiempo, mucho, discutiendo y hablando de la revolución... ¿A cuál quieres que vayamos?

–Al de San Bernardo.

Y salieron en el coche de Castro. Ellos dos solos. Y rápidamente se encaminaron a la calle de San Bernardo. Castro

dejó el coche en una esquina. Y entraron. Y los viejos divanes rojos, los viejos espejos, los viejos camareros; y alguna que otra pareja, él de uniforme, que se hacen el amor y sueñan como antes de la revolución.

Se sentaron.

–Café.

–¿Y usted?

–También café.

Y les sirvieron el café como en los viejos tiempos. Como si la vida allí fuera algo inmóvil, dormido o muerto. Y cuando se alejó el camarero, Castro se dirigió a Sendín.

–Tú no puedes engañarme... Tú no has ido a verme para que tomemos café solamente... Y además, estás nervioso... Y de mala leche, Sendín, te lo noto... ¿Qué es entonces lo que te llevó a buscarme al Quinto Regimiento?

–El verte.

–No mientas.

–Déjame acabar...

–Sigue.

–El verte, el hablar, el desahogarme... Y el desahogarte, porque tengo la seguridad de que tú también estás hasta los



cojones de muchas cosas... ¡Porque si yo no puedo engañarte a ti, tú no puedes engañarme a mí!

Se sonrieron.

–Comienza tú primero, Sendín.

–¿Qué opinas tú de la marcha de la guerra?

–¡Que es una catástrofe!...

–De acuerdo... ¿Y qué opinas del Partido?

Castro le miró seriamente.

–¿Y qué opinas del Partido?

–Que ve todo muy bien, menos la situación militar.

–De acuerdo... ¿Y qué piensas de la revolución?

–¿Quieres que te hable sinceramente?

–Sí.

–Sendín, la revolución no ha comenzado todavía... Ha comenzado la guerra, hacemos la guerra, pero, ¿la revolución?... Mira, en el Norte de España todo sigue igual, igual que antes: las fábricas en manos de sus dueños que empujan al Presidente Aguirre a una capitulación para salvar sus bienes; los curas por las calles libremente... ¡Todo igual... Igual que antes!...

–Sigue.

–En Cataluña, la C, N. T. se ha apoderado de las fábricas... ¡Fabrican excusados y muchas otras cosillas que no importan para la guerra... Y, además, no hacen la guerra, porque si hay un frente tranquilo es el de Aragón... Aquí en la región centro ha habido incautaciones en donde había magníficas bragas, combinaciones y camisones; y medias de seda; y zapatos de lujo; y pieles a pesar de que estamos en pleno verano. Y ha habido también aquí y allá la borrachera de las masas, que han querido saciarse de todo: de sus necesidades, de su hambre, de su no fornicar lo suficiente, de satisfacer sus odios y rencores... En el campo los terratenientes han huido, pero los campesinos tienen miedo de tomar la tierra por si vuelven; y el gobierno Giral sin convertir en ley todo lo que significaría un golpe mortal para la contrarrevolución en el terreno económico y todo lo que conquistaría definitivamente a los campesinos para la guerra, para nuestra guerra.

–Sigue.

–Ya es bastante, Sendín.

–Como siempre tú en las nubes... Embebido en los grandes problemas de la revolución, sin darte cuenta, camarada y amigo Castro, que cuando una revolución comienza lo importante no son los grandes problemas, sino los pequeños, esos pequeños problemas que constituyen la garantía de la solución de los grandes...

–¿Y cuáles son esos pequeños problemas?

–Verás... Verás... Por ejemplo: la moral revolucionaria. La sobriedad revolucionaria...

–Explícate.

–Yo no me refiero a los demás... Los demás me importan una mierda. Los demás son partidos y organizaciones que históricamente están destinados a morir... ¡Me refiero a nosotros!... ¡Al Partido!... ¿Te das cuenta, Castro, al Partido?

–Sigue.

–Mira, Castro... El Partido ha comenzado a corromperse... ¡No se trata de un fenómeno natural, como podría ser la llegada al Partido de grandes masas no preparadas ni política ni ideológicamente!... Se trata de los viejos... La solera, Castro, se está comenzando a pudrir.

–¿Por qué?

–La revolución y la guerra, Castro, no son sólo incautaciones de las fábricas, de la tierra, la creación de órganos de poder nuevos, revolucionarios; ni de organizar un ejército popular, ni tener un buen plan de operaciones, ni una táctica y estrategia acertadas... ¡Eso siempre puede hacerse!... Siempre que la guerra y la revolución tengan alma, un alma inmaculada...

–¿Y quién debe ser el alma de la revolución y la guerra?

–¡El Partido!... ¡El Partido, Castro, el Partido!

–¿Y no lo es?

–En parte.

–No te entiendo bien... Si no te conociera como te conozco... Si no supiera que eres un hombre capaz de morir en la lucha y por la revolución Pensaría que eres un hombre vencido por el escepticismo, por la falta de fe...

–Pero, me conoces.

–Sí.

–España no es solamente un campo de batalla, ni el escenario de una revolución que no vislumbro muy bien... ¡España, nuestra España, se ha convertido en un conjunto de pequeños y grandes burdeles!...

–¿Qué dices?

–Tú siempre en la luna... ¡Dejemos a un lado a las masas!. A los demás partidos y organizaciones... Situemos nuestros ojos ante el Partido... ¡Comienza por la cúspide!... ¡Desciende después a los cuadros medios!... Dime, ¿es que no ves nada, es que no sabes nada, o es que te has convertido en un tonto o en una Celestina?

–No seas cabrón y habla de una vez.

–Mira... Y escucha bien... Y deja de ser un idiota... Escucha: Dolores, nuestra nunca bien ponderada «Pasionaria», a la que se quiere presentar como el símbolo de la mujer española, ha comenzado a acostarse con Francisco Antón del que se rumorea que van a hacer miembro del Buró Político; Giorla, ha

abandonado a su mujer, a María, a la tuerta, ha violado a una muchacha del «Radio» Oeste a la que llaman la «Chata» con la que vive; Hernández ha dejado a su mujer y dicen que anda más o menos enredado con la mujer de otro compañero; Delicado, olvidando a su mujer y a sus numerosos hijos y acostándose con la hermana de otro miembro del Buró Político; Uribe, buscando las casas de prostitución de lujo en donde deja de ser un hombre para convertirse en un cerdo... Ahora descende: Dieguez cuentan que ha enfermado a su mujer de gonorrea; yo resolviendo la impotencia sexual de Claudio y haciéndole una obra de caridad a Josefina. Visita, visita la casa del Comité Provincial y te encontrarás con un gimnasio en el que las mujeres de los dirigentes medios se dedican a darse masaje para conservar la línea; en donde se ha cambiado el percal por la seda; en donde sólo hueles a perfumes de Francia. Líster ha dejado a su mujer y se dedica al sabroso deporte de buscar a las mujeres de los camaradas que están en los frentes; Modesto ha llevado a su mujer a la retaguardia y tiene una miliciana a la que hace bailar flamenco, cantar y acostarse con él... Y podría seguir contándote. Contándote por ejemplo que en la calle de Príncipe de Vergara el Partido se ha incautado de una casa que en realidad no es otra cosa que un gran prostíbulo...

–¿Y qué más?

–¿Te parece poco?

–Sí.

–Pues mira tu Quinto Regimiento: tú mismo comisario político, Carlos Contreras no hace caso a María, su mujer, pero ha comenzado a acostarse con la mujer de nuestro capitán Carlitos.

–¿Se ha acabado la lista?

–No.

–Sigue entonces.

–Me he cansado de hablar, Castro.

–¿No crees, Sendín, que eres un hombre lleno de veneno?

–No, solamente un realista.

–Paga, Sendín.

–Paga tú.

Castro pagó. Y se levantaron. Y salieron a la calle de San Bernardo. Y allí se detuvieron un momento. Y Castro preguntó:

–A pesar de todo harás la guerra ¿verdad?... A pesar de todo serás capaz de morir por la revolución, ¿verdad?

–Sí.

–¿Por qué?

–Porque en la vida hay que ser consecuente... ¡Consecuente hasta en el horror!

–Salud, camarada Sendín.

–Salud, camarada Castro.

Y se separaron. Y Castro montó en su coche y se dirigió al Cuartel de Francos Rodríguez, de allí a la comandancia de la calle de Lista. Se notaba algo raro. Al principio no sabía bien qué era. Después de pensar largo rato creyó haber encontrado la causa.

¡La náusea!

¡Estaba enfermo de náusea!

Y hubiera preferido no saber nada... ¡Los dioses son necesarios!...

¡Muy necesarios!... Pero el asco le impedía razonar.

\* \* \*

Franco comienza a acercarse a Toledo.

Castro y Carlos han decidido salir a las diez de la noche para Toledo. Y a las diez de la noche, cuando todo es silencio abandonan el cuartel. Sin embargo han decidido pasar antes por el local del Buró Político. Cuando el automóvil se detiene delante del edificio un grupo de hombres armados sale rápidamente y se distribuye formando una peligrosa paralela de cañones dirigidos.

–Salud, camaradas.

Se afloja la tensión de todos.

–Salud –responde Santi Álvarez.

Y llegan hasta la antesala del despacho de Pedro Checa. Un viejo comunista cuya mano derecha descansa sobre la culata de la pistola, los mira.

–Avisa –dice Castro.

Entra y sale. Y hace un gesto con la cabeza. Y entran. Checa se dirige hacia ellos Y se estrechan las manos.

–Sentaros, camaradas.

Y se sientan.

–¿Nos invitas a un café?

–Sí.

Y al poco rato una mujer triste y vieja entra con tres tazas de café negro. Se va silenciosamente, arrastrando un poco los pies.

Y terminan de tomar café.

Y se miran.

–¿Qué os trae por aquí a estas horas?



–Salimos para Toledo. Hemos decidido ver con nuestros propios ojos la fuerza de ellos o nuestra propia debilidad.

–¿Sólo a eso vais?

–No –responde Castro.

–Habla, Castro.

–¿Qué diría el Buró Político, camarada Checa, si uno de estos días recibiera la noticia de que el Alcázar había saltado en millones de pedazos con sus defensores dentro?

–Sigue y no preguntes.

–Tú sabes bien, Checa, que en torno al Alcázar hay varios millares de milicianos: sabes también que las columnas de Varela, Yagüe y Monasterio continúan avanzando... ¿Seremos capaces de tomar el Alcázar antes de que ellos lleguen?

–¿Qué opinas tú?

–Soy pesimista.

–¿A pesar de que se ha nombrado a Asensio jefe de ese frente?

–El problema ahora no es Asensio, sino el Alcázar.

–Concretamente, ¿qué pretendéis?

–Suponte que se abriera una mina que terminara en el centro mismo del Alcázar; que en esta mina se depositara gran

cantidad de explosivos; que diéramos diez horas para que se rindieran los sublevados. Y de que pasadas las diez horas y se diera el caso de que no se rindieran que la carga colocada en las entrañas del viejo caserón estallara.

Se han cambiado miradas.

–Habría muchos muertos.

–Pero, no habría héroes.

Checa se ha quedado un momento pensativo. Y toma el teléfono y pregunta por el secretario general, al que informa de la conversación. La respuesta no ha debido de ser de sí favorable porque ha hecho un gesto casi imperceptible de desagrado.

–Ir a Toledo. Ver las posibilidades reales de conquistar el Alcázar y venir a informarnos.

–¿Son órdenes?

–Sí.

Salen del edificio y se hunden en la noche. Los grupos de vigilancia dan el «alto» mientras apuntan con sus fusiles... «No hagas caso a esos cabrones y sigue»...

Y la carretera a Toledo.

Y una noche en la que sólo las estrellas parecen vivir.

–¿Qué opinas, Castro?

–No quieren.

Los setenta kilómetros se hacen demasiado largos. Tiempo y tiempo, Y ante ellos la silueta de la vieja ciudad. Y ya dentro el chófer apaga y enciende las luces.

–¿Quién va?

–Nosotros.

–¿Quiénes sois vosotros?

–Acércate, cabrón y lo verás –contesta Carlos.

Y una sombra se acerca.

–¿Castro?... ¿Carlos?

–Sí.

–Adelante, camaradas.

Por las estrechas calles de la ciudad imperial, milicianos y mujeres se acurrucan en los quicios de las puertas. No hay guerra. Hay romance. Porque aquí los combatientes republicanos lo son con derecho a pensión: a comer a sus horas, a dormir a sus horas, a cagar a su hora, Ni centinelas. Ni disparos sueltos. Los sitiadores duermen. Y entre ronquidos y piojos unos y otros a esperar el día: los sitiados para ver cuál o cuántos caballos sacrificarán; los sitiadores para buscar lo que aún quede en Toledo y sus alrededores. Porque aquí no existe el afán de matar, aunque de vez en cuando haya algún muerto.

Aquí sólo existe el afán de esperar: de esperar los de dentro a que los liberen: y de esperar los de afuera a tener que marcharse con una justificación que disimule su cobardía y su desvergüenza.

Y llegan a una pequeña casa, en la que unas velas alumbran su interior. Y se sientan. Y después llegan unos cuantos comunistas y algunos otros hombres del Quinto Regimiento.

Y la pregunta de uno por todos.

–Vosotros diréis.

–¿Se puede tomar el Alcázar por asalto?.

–No.

–¿Por qué?

–Porque la gente ha perdido su combatividad en otros asaltos menos peligrosos.

–¿Se puede volar el Alcázar?

–No.

–¿Por qué?

–Habría demasiados muertos... Y no se vería como una acción de guerra, sino como un crimen. Además, Toledo es una joya de arte que sería un crimen destrozar.

–¿Es sólo tu opinión? –pregunta Castro.

–No... No es sólo mi opinión: os lo dirían los sitiados; y los sitiadores. Y la población que ha vivido y precisa seguir viviendo de enseñar sus joyas arquitectónicas y vender sus chucherías.

Se vuelve al silencio. El tiempo pasa. Carlos Contreras pasea nerviosamente y a veces se le oye murmurar en voz baja: «c...» «c...»... Después Castro y él recorren la ciudad en sombras y sueño... «No es posible»... «No es posible»... Y parece decírselo al oído la vieja ciudad que duerme a orillas del Tajo.

–Vamos, Carlos.

–Sí.

Y el regreso en silencio. Fumando y fumando, mientras el coche avanza llevando sobre sí la desesperación de unos hombres que tienen las dimensiones exactas de un gran fracaso.

–¿Vemos a Checa?

–¿Para qué?

–Le dejaremos al menos un recado: «No es posible conquistar sin destruir... Y la gente siente una angustia conmovedora ante la idea de que la imperial Toledo pudiera convertirse en escombros».

\* \* \*

Las columnas de Varela y Yagüe avanzan.

El coronel Rojo, en nombre del gobierno, habla con los sitiados. Éstos no se rinden. Nada les obliga desesperadamente a ello. Se limitan a esperar. Dicen que Rojo habló y lloró.

Y ofrecen al general Moscardó la vida de su hijo a cambio de la rendición». Y sacrifica al hijo.

Nada más.

–Castro, te llaman al teléfono.

–¿Quién?

–Checa.

Y Checa le habló. Tenían que salir para Toledo inmediatamente. Él, Carlos Contreras y Duclos, el número 2 del comunismo francés y uno de los más viejos agentes de la policía secreta rusa.

Castro esperó en la puerta.

Y salió Duclos.

Detrás de él, Carlos.

Y se saludaron.

Castro no tuvo mucho tiempo para mirarle. Sólo notó que iban un poco estrechos en aquel pequeño «Lasalle» hecho para gente normal. Durante todo el camino Duclos habló en francés

con Carlos. Castro sólo hacía caso a la carretera y al volante. Y llegaron a Toledo. Y Castro detuvo el coche a la sombra de una casa vieja en la que parecía no vivir nadie. Y descendieron los tres, Carlos y Duclos, delante; Castro detrás. Conoció a Duclos por la espalda primero: bajito, gordo, casi sin piernas y sin cuello. Luego, le pudo ver por delante. Era solamente vientre y cabeza. Y sobre la cabeza una boina. En ningún momento habló de la traición de Francia, en ningún momento. Miró a los sacos terreros y a los hombres que dormían o leían: después quiso ver unos de los ángulos del Alcázar. Luego se dedicó a ver el tesoro toledano: las joyas arquitectónicas, las casas y calles, que sin hablar, hablaban de una larga historia. Y quiso ver el Tajo pensando, quizá, en descubrir el secreto del temple del acero toledano; y varias veces miró al cielo, posiblemente acordándose del Greco. Para ser un turista completo sólo le faltaba la cámara fotográfica. Estuvieron allí tres horas. El sol quemaba y el aire debía dormir también. Y los sitiados en silencio; y los sitiadores en silencio. No se fijó en nada de esto.

Al final lanzó dos exclamaciones:

«Toledo... ¡Magnifique!... ¡Magnifique!... Y se subió al coche. Y se recostó cómodamente. Y el coche arrancó hacia Madrid. Y silencio. Sólo una vez Carlos dio un golpecito en la espalda de Castro por detrás de la enorme cabeza de Duclos.

Castro miró.

Duclos dormía.

Tranquilo.

Sereno.

Beatíficamente. Y por su boca salía de vez en cuando algo así como un estertor. ¡Duclos roncaba!...



## Capítulo XVII

### ESQUEMA DE LA DESESPERANZA

1. A pesar de las posibilidades existentes hemos renunciado desde el primer momento a poner fin a la división entre los territorios vasco-catalán, a pesar de que no les separa una distancia mayor de 175 kilómetros y, a pesar también, de que una acción convergente estaría apoyada en sus flancos por el río Ebro y por el macizo montañoso de los Pirineos. Hemos renunciado igualmente a acabar con el pasillo entre Asturias y la frontera portuguesa para aislar a Galicia del resto de los sublevados, a pesar de que la distancia a recorrer no es superior a ciento veinte kilómetros, a pesar de que la pérdida de Galicia sería para Franco un golpe mortal. No hacemos nada por cortar el pasillo extremeño y aislar a las fuerzas enemigas de una de sus bases fundamentales y poder posteriormente caer sobre las bases franquistas de Sevilla y Cádiz.

2. El enemigo por su parte y a través de sus avances, ha logrado unir sus núcleos de Sevilla, Córdoba y Granada y lo que es mucho más grave: al avanzar hacia la Sierra de Gredos ha conseguido unir a sus ejércitos del Norte y del Sur.

3. Largo Caballero, nuevo jefe de Gobierno y Ministro de la Guerra en vez de precipitar la creación del Ejército Regular Popular para aprovechar todavía sus grandes posibilidades existentes y recobrar la iniciativa, se limitó al tomar posesión del poder a decir: «España es un país de guerrilleros, por lo tanto, no se hace necesaria la creación del Ejército Popular; las fortificaciones no son necesarias ya que en el caso de que los milicianos supieran de su existencia retrocederían para buscar protección en ellas». A eso hay que añadir las palabras del general Asensio, ascendido por Largo Caballero y nombrado subsecretario de la Guerra y de hecho convertido en el cerebro militar del hombre que si ayer se creyó Lenin hoy se creía Clausewitz: «Madrid es más fácil de conquistar que de defender».

Nota oficial del gobierno francés: «El gobierno francés después de haber deliberado en Consejo de Ministros, decidió no intervenir de ninguna manera en el conflicto interior de España. Esta tesis sostenida por Ivon Delbos, ministro de Negocios Extranjeros, ha sido aprobada por unanimidad».

Declaración de Ivon Delbos en la Cámara de Diputados: «Hubiéramos podido enviar aviones al gobierno español, gobierno de derecho y de hecho. No lo hemos hecho ante todo por doctrina y humanidad y para no dar pretexto a los que se sienten tentados de dársela a los rebeldes».

Iniciativa de Léon Blum: «El gobierno francés se preocupa de hacer prevalecer todas las medidas susceptibles de aliviar las agitaciones en España y de cortar allí agitaciones extranjeras cuyas consecuencias serían perjudiciales al mantenimiento de

las buenas relaciones internacionales»... «A este efecto, decidió dirigir un llamamiento apremiante a los principales gobiernos interesados para la adopción rápida y la observación rigurosa respecto a España de reglas comunes de «no intervención»... «El gobierno francés, por su parte, ha observado hasta aquí de la manera más estricta la decisión de no autorizar ninguna exportación de armas a España, ni aun para la ejecución de contratos firmados antes del comienzo de las revueltas en este país».

El conde de Ciano, ministro de Relaciones Exteriores de Italia. –El 5 y 6 de agosto los nueve aparatos italianos divisaron las naves rojas que atravesaban el estrecho, las atacaron y las obligaron a huir protegiendo así el paso del primer convoy que pudo desembarcar en Algeciras: cinco mil hombres y artillería. A partir de aquel día las patrullas legionarias, reforzadas inmediatamente con otros aparatos de bombardeo y caza, aseguraron eficazmente el paso del mar neutralizando la acción de las naves rojas.

Ivon Delbos sigue hablando. «M. Ivon Delbos, ministro de Negocios Extranjeros de Francia, ha expuesto la situación exterior, tratando en particular de los acontecimientos de España. El ministro ha recordado la decisión tomada precedentemente acerca de la «no intervención». Con la inquietud de prevenir complicaciones internacionales y, aunque se trata del gobierno legal de una nación amiga, el gobierno ha decidido que no fuera permitida ninguna exportación de material de guerra destinado a España, a reserva de facultar eventualmente la entrega para la industria privada de aviones desarmados. Y puesto al corriente de

determinados suministros a los rebeldes, dirigió a los Estados más directamente interesados, un llamamiento perentorio con objeto de adoptar reglas comunes de «no intervención» en los asuntos de España, pero debió reservar la libertad de Francia hasta la realización del Acuerdo por ella propuesto. Teniendo en cuenta la marcha de los acontecimientos y cada vez más convencida de que una competencia entre las naciones por el apoyo prestado a la República Española o a los rebeldes llevaría consigo las más peligrosas amenazas para la paz, el gobierno francés, con el apoyo del gobierno británico, ha tomado una nueva iniciativa. Sometió a todas las potencias interesadas el texto de un Acuerdo fijando las reglas precisas que permitieran hacer eficaces los compromisos comunes. La respuesta de principio, casi unánimemente favorable que ha llegado hasta el día de hoy en lo que respecta al proyecto mismo del acuerdo, permiten esperar una solución próxima. En estas condiciones, el gobierno ha decidido suspender las exportaciones destinadas a España, exportaciones que se referían solamente a entregas contenidas en el marco de la decisión del 25 de julio. Espera firmemente que su actitud facilitará la conclusión más rápida posible del Acuerdo definitivo que ha propuesto en interés de la paz internacional».

El conde de Ciano, ministro de Relaciones Exteriores de Italia: «Los rojos que poseían Menorca, habían conseguido en el primer mes de guerra desembarcar en Mallorca con unos millares de milicianos que apoyados por la flota y la aviación gubernamental, amenazaban Palma. La situación era francamente crítica en la segunda mitad de agosto, cuando llegaron a isla unos pocos aviones italianos, que supieron batir a la aviación adversaria, obligaron a huir a los buques que

transportaban las tropas y comenzaron a batir las posiciones enemigas. Al mismo tiempo desembarcaba en Palma un grupo fascista italiano del conde Rosi, y bajo su guía la liberaron completamente. Después y siempre, con la ayuda de la aviación, se consigue ocupar Ibiza y Formentera».

9 de septiembre. Sala de Locarno del «Foreign Office». Primera reunión del Comité de «no intervención». Los reunidos al final de la sesión, dan a la publicidad la siguiente nota: «La sesión de apertura del Comité Internacional para la aplicación del acuerdo relativo a la «no intervención» en España se abrió esta mañana en la Sala Locarno del «Foreign Office»... «A la reunión asistieron los representantes de los países siguientes: Francia, Inglaterra, Alemania, Portugal, Italia, Checoslovaquia, U.R.S.S, Polonia, Albania, Austria, Bulgaria, Dinamarca, Estonia, Finlandia, Grecia, Hungría, Irlanda, Letonia, Lituania, Luxemburgo, Holanda, Noruega, Rumania, Suecia, Turquía y Yugoslavia»... «A propuesta del embajador de Francia, W. S. Morrison, secretario de la Tesorería, ha sido elegido presidente del Comité»... «El Comité expresó el deseo de reunirse lo más pronto posible. La reunión será convocada, por consecuencia, por el Presidente tan pronto como, a su juicio, se hayan recibido materiales para este fin».

«L'Oeuvre» de Paris publica la siguiente noticia: «El periódico italiano «Voce degli italiani», dice que el gobierno italiano ha vendido a Franco doce submarinos que continuarán con tripulaciones italianas».

\* \* \*

Los días comienzan a hacerse tristes y cortos. Madrid adquiere un aire más sombrío. Es el otoño y la guerra. Y las hojas de los árboles comienzan a desprenderse, Y la gente empieza a sentir el relente del Guadarrama y a encogerse un poco más cada día.

Castro sigue su vida.

Mejor dicho, su lucha.

Y cuando tiene tiempo para mirar los mapas se está tiempo y tiempo sobre ellos mirando y mirando el avance de las fuerzas del general Franco. Y se le figura que un buitre inmensamente grande se acerca en su vuelo hacia la capital de España.

Y sin saber por qué, ahora habla menos que nunca.

## Capítulo XVIII

### SOLDADOS Y CAMPESINOS

Los días pasan. Castro se da cuenta, a pesar de que en el nuevo gobierno formado por Largo Caballero hay dos ministros comunistas –Uribe y Hernández–, que el peso del Partido en el gobierno desde el punto de vista militar aún no se siente.

¿Qué pasa?

¿Es que el Partido no se da cuenta de la situación?... ¿Es que no sabe que los milicianos no combaten apenas y que retroceden a un promedio de mil quinientos metros diarios?... ¿Es que no se da cuenta de que no ha comenzado la movilización general ni en Madrid ni en el resto de la España republicana?... ¿Es que no ve que militarmente Madrid va a tener que defenderse sola por la pasividad e indiferencia del frente de Aragón?

Está preocupado.

Piensa a veces en hacer un informe al Partido, breve y descarnado. Pero teme no ser comprendido; teme ser tachado

de derrotista, de ser un hombre asequible al pánico; de no tener confianza ni en las masas ni en EL Partido... ¡Y sabe lo que significa eso!... Él sabe que eso puede significar la muerte política, que por ser sólo la muerte política es mucho más terrible... Y no lo hace... Lucha y lucha como puede para preparar a Madrid para el mañana que se acerca... Es todo lo que puede hacer.

Y esperar.

Porque la batalla por Madrid en las puertas de Madrid mismo, es inevitable.

Anochece... En el Quinto Regimiento, en la calle de Lista, él, Carlitos y varios oficiales heridos a los que se está utilizando para los trabajos de enlace, instrucción y organización. Y suena el auricular...—Y suena el teléfono... Y el capitán Carlitos toma el auricular.

—Castro, te llaman del Ministerio de la Guerra.

Y se acerca.

—El comandante Castro al habla.

—.....

—No es posible.

—.....



–Digan al capitán Cuartero que en diez minutos estoy allí; que le ruego que no tome ninguna disposición hasta que yo llegue; que es preciso evitar el escándalo y sobre todo evitar que el Quinto Regimiento tenga que enfrentarse al Ministerio de la Guerra. ¡Por favor, que espere!...

–¿Qué es, comandante?

–Líster ha sido detenido por la guardia del Ministerio de la Guerra. ¡Llegó borracho y cuando le pidieron los documentos quiso agredir a tiros a la guardia!... ¡Pronto, capitán, mi coche!...

Y salió hacia el Ministerio de la Guerra. En la puerta, con la guardia reforzada, estaba el capitán Cuartero...

Se apeó.

Y se acercó sin prisa al capitán. Y cuando estuvo a dos pasos de él sacó sus documentos de identidad, se los extendió y habló:

–Capitán, soy el comandante jefe del Quinto Regimiento, el comandante Castro... ¿Quiere usted comprobarlo?

–Le conozco, comandante.

–¿Qué ha ocurrido, capitán?

–Llegó borracho, casi cayéndose. Y cuando la guardia le pidió que se identificara, sacó la pistola y los amenazó. Sólo un

milagro evitó que la guardia disparara sobre él... ¡Y está detenido, comandante!

–¿De quién depende, mi capitán?

–De mí.

–¿Podemos hablar aquí o cree usted más conveniente que hablemos en otro lado?

–Preferiría hacerlo aquí, delante de la guardia.

–Capitán: la conducta del comandante Líster es injustificable; y una vergüenza para el Quinto Regimiento... Pero, estamos en un momento que debemos evitar todas las dificultades entre nosotros... ¡De usted para mí. Líster ha cometido un acto vergonzoso!. Pero, públicamente, yo no puedo consentir que un comandante del Quinto Regimiento esté detenido como si fuera un forajido. ¿Me comprende, capitán?

–¿Qué insinúa usted?

–Que sin justificar su acción, me vería obligado a sacar a Líster por los medios que fueran necesarios.

–¿Aún a tiros?

–Preferiría no contestar a esa pregunta.

–Pero el comandante Líster se ha portado como un cerdo, como un irresponsable.

–Sí.

–¿Y usted le defiende?

–Entiéndame bien, capitán... ¡Yo no defiendo a Líster!... ¡Yo defiendo el Quinto Regimiento!

Se miraron.

–¡Que traigan al comandante Líster!

Mientras tanto Castro ofreció un cigarro al capitán. No lo aceptó. Y llegó Líster. Lo traían dos de sus escoltas sujetándole por los brazos.

–Y ante Castro y Cuartero...

–Cabrones... ¡Detenerme a mí!... ¡¡A Líster!!... ¡A Enrique Líster!... Voy a acabar con todos ustedes, a tiros... ¡Por perros fascistas!...

El capitán Cuartero estaba pálido.

Y hacia un esfuerzo terrible por dominarse.

La guardia estaba preparada para disparar pronto.

Castro se acercó a Líster... Se puso delante de él... Y le miró... Y le miró como un comandante a otro comandante... ¡Le miró con los ojos del Partido!... Y le habló con el lenguaje del Partido.

–Camarada Líster: has cometido una grave falta, mejor dicho dos faltas graves: venir borracho en acto de servicio y faltar al respeto a la guardia, llegando hasta a amenazarla con disparar

sobre ella... Para cualquier comandante sería grave, para el comandante Líster, para el camarada Líster gravísimo...

–Es que estos ca...bro...nes...

–Líster: discúlpate ante el capitán Cuartero... Discúlpate ante su guardia. Y vete de aquí... Y no salgas a ningún lado mientras estés borracho... después, después hablaremos, camarada Líster.

Líster le miró.

–Saluda, Líster.

Y Líster se llevó torpemente la mano al gorro. Y con el movimiento se tambaleó. Y los que le sostenían le agarraron con ambas manos.

–Ya, Líster.

Y Líster se dirigió a su coche que le esperaba.

–Capitán Cuartero... En nombre del comandante Líster y del Quinto Regimiento mis excusas... ¡Milicianos, en nombre del comandante Líster y del Quinto Regimiento mis excusas!

Y saludó.

Y se fue a la comandancia.

Y cuando llegó el comisario político, Carlos Contreras, hablaron a solas.

–Carlos, Líster comienza a ser un peligro... ¡Para él y para el Partido!... Lo ocurrido hoy debe ser una advertencia. Líster es el primer síntoma de esa enfermedad que suele atacar a los héroes: el creerse seres superiores, el creerse amos de vidas y haciendas y con derecho de pernada: el creerse en un momento dado que están por encima del Quinto Regimiento, por encima del Partido... ¿Te das cuenta?

–Sí.

–El Partido necesita héroes... ¡De acuerdo!... Pero los héroes son demasiado frágiles... ¡Hay que cuidarlos mucho, comisario, mucho, porque pueden quebrarse con la misma facilidad que el cristal de Bohemia...

–Sí.

Y cada cual se fue a continuar trabajando en lo suyo.

Y un día más comenzó a acabarse.

Y un día más, más cerca de la gran batalla que nadie preparaba.

\* \* \*

Al otro día por la mañana se dedicó a recorrer los cuarteles del Quinto Regimiento.

Y vio a Barneto.

Y a Medrano y Segis.

Y a otros muchos.

Y en todos los lugares las mismas palabras: «Camaradas: daros prisa, ¡mucho prisa!... El tiempo se nos está acabando... Se está acabando demasiado rápidamente... ¡demasiado rápidamente!...»...Y en todos los lugares la misma respuesta: «Sí, camarada Castro: comprendemos tu inquietud... Ten la seguridad de que haremos cuanto esté de nuestra parte».

Cuando llegó a la comandancia eran las tres de la tarde. Ya se había comido. Se limitó a pedir una taza de café negro y una pastilla para el dolor de cabeza. Porque le dolía terriblemente, como si le fuera a saltar en pedazos. Y mandó que le subieran todo a uno de los dormitorios y se echó en la cama. No pudo seguir acostado: un dolor más intenso y unas ganas de vomitar incontenibles... Y se puso de pie... Y no tuvo tiempo de nada... Sobre el suelo encerado sobre el cual había seguramente paseado sus pies alguna gran dama, vomitó hasta que no tuvo más que vomitar... Y tambaleante se dejó caer en la cama... Y llamó débilmente.

«¡Capitán Carlitos!... Pronto... Pronto... ¡Que me vuelvo loco!». Pero el capitán tardó unos minutos.

–Trae más pastillas... ¡Cuatro!... ¡Cinco!... Las que sean... Pero pronto, prontoooooo...

Regresó el capitán con lo que le habían pedido y una de las milicianas encargada de la limpieza, que sin mirar a nadie se dedicó a su faena... Castro tomó cuatro pastillas y se las metió

en la boca... Y tomó el café... Y se agarró la cabeza con las dos manos y apretó...

–Cierra las ventanas... Y apaga la luz... Y déjame solo... Solo...

–A tus órdenes.

Y le dejaron solo... Y notó que se iba olvidando de todo: de él mismo, del dolor y de la guerra... Y que entraba en una noche interminable... Solo, terriblemente solo... Y sintió miedo... Pero unos instantes nada más. Luego ya no sintió nada.

El reloj continuó su caminar.

Una hora.

Dos.

–Comandante Castro... Comandante...

Abrió los ojos y miró... No veía nada... Hasta que encendieron la luz y vio inclinado sobre él al comandante Ortega, al comisario Carlos y al capitán Carlitos...

–¿Qué?

–¿Cómo estás, Castro?

–Bien, Ortega, bien...

Se sentó en la cama y se restregó los ojos... Y comenzó a acordarse de todo...

–¿Bien del todo, Castro?

–Sí.

Y se tiró de la cama... Y cuando se iba a desplomar, los demás le sujetaron.

–Espera un momento, Castro –dijo el comandante Ortega. E inclinándose sobre él le tomó el pulso. Y luego acercó su oído al corazón de Castro.

–¿Qué te ha pasado?

–Nada.

–¿Nada? –insistió Ortega.

–Nada, camarada, ya estoy bien.

Ortega miró al comisario. Luego al capitán Carlitos...

–Trae una copa de coñac grande para el comandante... ¡Y escúchame: nunca, ¿me oyes bien?, nunca que ocurra esto debes dejar que tome cuatro pastillas... ¡Es la única desobediencia que el Quinto Regimiento te consiente!...

Se tomó el coñac y se sintió mejor. Ortega mandó abrir los balcones. Y entró el aire fresco. Y entonces Castro se acordó de todo, de todo y se levantó y movió la cabeza de un lado para otro y luego miró a los demás...

–Ya pasó, camaradas, gracias.



Y se fue al lavabo y se lavó la cara y la cabeza. Y se enjuagó la boca que le sabía a cobre. Y después encendió un cigarro. Y se dirigió a la puerta. Y descendió lentamente por las escaleras. Y entró en su despacho y miró con un movimiento inconsciente los mapas...

«¡Sería terrible acabar sin terminar!».

Y entró Carlos.

–A las siete tenemos una reunión con el Buró Político... Procura descansar un rato... ¡Es posible que nos espere un gran «lavado de cabeza»!... No sé por qué, pero tengo miedo... El Partido no acaba de comprendernos... No acaba de comprendernos.

Y no hablaron más hasta las seis y media.

–Vamos, Castro.

–Vamos.

El Buró Político en torno a una mesa grande y rectangular. En la cabecera de ella, José Díaz, luego los demás miembros del Buró Político. Y enfrente de ellos Codovila, el verdadero jefe del Partido en su condición de delegado de la Internacional Comunista... Y delante del mapa un hombre vestido de civil, con un puntero en la mano, flaco y de pelo rubio, de ojos azules y dientes amarillos. Con un aire de profesor, pero de un extraño profesor que no se sabe qué sabe ni qué va a decir...

José Díaz habla:

«La necesidad cada día mayor de tener un conocimiento más completo de la situación militar y de los propósitos del enemigo nos han inducido a utilizar a algunos camaradas, especialistas militares, para que con sus conocimientos y experiencias nos ayuden».

«Tiene la palabra el camarada».

Como no entendía el español, Codovila le hizo una seña para que empezara. Habla en francés. Codovila traduce. Los demás escuchan y con los ojos siguen los movimientos del puntero.

«Camaradas: ante ustedes, el mapa con la situación actual de los frentes y las probables direcciones de ataque del enemigo... ¿Cuál es la dirección principal?... En mi opinión creo que se trata de un ataque general desde tres direcciones: Toledo–Madrid, Guadarrama–Madrid y Somosierra–Madrid... Esto significa que tenemos ante nosotros la perspectiva de un ataque simultáneo en tres direcciones. Y sobre la base de esta perspectiva es sobre la que debemos prepararnos».

Castro sonríe.

Y mira a Carlos Contreras.

El especialista francés se ha sentado, ha sacado un cigarro y ha comenzado a fumar con ademanes elegantísimos...

–¿Puedo hacer alguna observación? –pregunta Castro.

–Sí.

–Yo no estoy de acuerdo en que estamos frente a la perspectiva de un ataque simultáneo en tres direcciones... Y voy a explicar el por qué pienso así: primero, el general Mola no atacará en la dirección de Somosierra por la sencilla razón de que sus fuerzas principales las está concentrando para la ofensiva sobre el Norte; segundo, en la dirección de Guadarrama hemos visto que el enemigo ha hecho esfuerzos tremendos para romper nuestra resistencia. Su fracaso es evidente. No creo que en esta dirección el enemigo tenga tantas fuerzas como para secundar el golpe de las fuerzas de Varela, Yagüe y Monasterio. En conclusión: creo que no hay más que una dirección principal: la dirección de Toledo–Madrid. Nos lo demuestra un hecho: en esta dirección están los jefes más audaces, las fuerzas más preparadas, los medios de combate principales de que dispone Franco... Creer que Franco atacará en tres direcciones nos llevaría a un tremendo error: dividir nuestras fuerzas y ser débiles en cualquiera de las tres direcciones.

El francés ha tirado al suelo el cigarro y lo ha pisado con rabia.

–He hecho la carrera militar en Francia; la he completado en la Academia Frunce de Moscú...

–Eso no nos dice nada –responde Castro–. Ahora bien, si el camarada me demuestra que en las direcciones Guadarrama–Madrid, Somosierra–Madrid, Franco tiene fuerzas suficientes para atacar simultáneamente al ataque en la dirección Toledo–Madrid, no tendré inconveniente en dar la razón a nuestro camarada. Mientras no me demuestre eso,

estaré en contra de su tesis porque nos puede llevar a una verdadera catástrofe.

Los demás miraron a José Díaz.

Y se fueron levantando y comenzaron a salir de la habitación. Castro salió el último. Ya en el quicio de la puerta se volvió a mirar: el especialista militar miraba la sala vacía. Y después dejó caer el puntero al suelo y en sus ojos se notaba una gran sorpresa: no comprendía cómo los españoles no daban ningún valor a sus conocimientos militares adquiridos en Saint Cyr y en la escuela Frunce.

Ya en la calle comenta Carlos:

–Un imbécil.

–Pero con la posibilidad de dar sus opiniones.

–¿Es malo eso?

–Significa que el Buró Político aún sigue creyendo que militarmente somos tontos...

–Quizá tengas razón.

Y llegaron a la calle de Lista. Y mientras Castro miraba los mapas con su vieja obsesión, Contreras empezó a observar unos esquemas que había sobre la mesa.

–¿El proyecto de Brigada Mixta?

–Sí.

–¿Cuándo lo discutimos?

–Mañana.

\* \* \*

La comandancia estaba llena de gente: Castro, Ortega, Oliveira, el representante del Estado Mayor, Heredia, Modesto, Líster, Medrano, Segis, Villasante, Del Val, Durán, Gallo y muchos más.

Por orden de Castro el capitán Carlitos repartió los esquemas. Y durante cierto tiempo ni una palabra; cada cual miraba y pensaba sobre el problema.

–¿Llevará artillería?

–No.

–¿Por qué?

–Porque no la tenemos.

–Yo creo que la unidad es demasiado pequeña...

–Camarada: aquí no se trata de soñar. Aquí se trata de cosas prácticas. De tener los pies en el suelo y no de querer alcanzar la luna con las manos. Hasta ahora no hemos pasado en nuestras formas de organización del batallón... ¿no es así?... Y desgraciadamente no todos nuestros comandantes han demostrado capacidad para el mando de una unidad tan

pequeña... Dar un salto, un salto que no fuera el llegar al próximo peldaño sería un salto en el vacío, una verdadera aventura que podría llevarnos a un terrible fracaso... ¡Queremos pasar del batallón a la brigada!... A una brigada que esté de acuerdo con los medios de combate de que disponemos, que esté de acuerdo con la capacidad media de nuestros comandantes... ¡Después vendrá lo demás!... Pero quiero advertir a los camaradas comandantes una cosa: no hay que dejarse envolver por la vanidad... Desgraciadamente seguimos siendo hombres normales y no genios... Tenemos que aprender mucho y enseñar mucho... Mucho más de lo que hemos aprendido y de lo que hemos enseñado.

Silencio.

–Hemos terminado, comandante... El comandante Líster comenzará desde mañana a organizar la primera Brigada Mixta... Y después de que la primera Brigada Mixta se haya organizado y combatido sacaremos las experiencias pertinentes y procederemos a agrupar todas las fuerzas del Quinto en Brigadas... Pero, sólo entonces... Salud, camaradas.

Y seguido de su Comisario abandonó la sala.

Y se creó la Primera Brigada Mixta.

\* \* \*

Las noticias golpeaban la comandancia del Quinto Regimiento... Castro las leía, se las daba a conocer al comisario

Contreras y después tomaba el teléfono y se dedicaba a hablar con los demás cuarteles del Quinto Regimiento... Y acuciaba. Y gritaba... Y todo esto mezclado con blasfemias y amenazas... Pero por dentro estaba tranquilo. No era el momento todavía de poner sus nervios en tensión... No... El momento estaba por venir...

–Castro... El Comité Central te llama.

Se puso al teléfono.

–Hoy a las siete en la Gran Vía. En el antiguo hotel Alfonso XII. Los primeros técnicos militares rusos quieren hablar contigo.

–De acuerdo.

Y esperó tranquilamente a que llegara la hora de salir para la Gran Vía, para el Hotel Alfonso XII...

Gabriel Trilla, el expulsado en 1932 le esperaba en el portal.

–¿Tú?

–Sí, Castro.

–Vamos.

No quiso hacer comentarios.

Y el ascensor les llevó hasta el piso en que se habían hospedado provisionalmente los rusos. Y llegaron hasta una puerta que abrió Trilla.

–Pasa, Castro.

–Tú primero.

Y entraron. Y Castro vio a un grupo de hombres extraños, que le miraban de pie.

–Soy Castro.

Un nombre alto, de pelo gris, nariz respingona, guerrera gris, pantalón brik y botas altas se adelantó.

–Soy el camarada Gorev.

Se estrecharon las manos.

Los demás se apartaron a un segundo término. Y permanecieron de pie. Silenciosos, rígidos.

–Siéntese, camarada Castro.

Y frente a frente.

–Conocemos muy bien su trabajo en la guerra... ¡Magnifico!... ¡Magnifico!. Pero la guerra está cambiando en su carácter y en sus dimensiones... En realidad vamos a entrar en una nueva etapa... Y ante esta perspectiva el camarada Stalin nos ha enviado a que les ayudemos...

–Camarada Castro... Una vez que nos hemos conocido quiero decirle que vamos a trabajar juntos... ¡Creo que lo haremos bien!... ¿No lo cree usted así, camarada?



–Sí.

–Yo me pondré en contacto con usted.

–De acuerdo.

Y se estrecharon las manos. Y salió. Y otra vez a la comandancia. Y otra vez a mirar los mapas... Sólo una vez dejándose arrastrar por sus preocupaciones hizo un comentario sin mover los labios: «Técnicos... Consejeros... Está bien... Pero y los cañones, los tanques, los aviones... ¿Cuándo llegarán?...» Y después de esto no pensó más.

\* \* \*

–Castro... El camarada Uribe te espera mañana a las diez de la mañana en el Ministerio de Agricultura.

–Está bien.

–¿Para qué me querrá el ministro de Agricultura?

\* \* \*

Estaba el Ministerio de Agricultura frente a la estación de ferrocarril del Mediodía. Un edificio grande. Con grandes arcos. Con mucho rococó. Algo así como un gigantesco palacio. Llegó y preguntó a un portero triste, con el uniforme raído y unos galones dorados en la bocamanga.

–¿El despacho del ministro?

El otro le miró de arriba abajo. Y no contestó.

–¿El despacho del ministro?

La misma mirada y la misma respuesta.

Castro se llevó la mano a la pistola, Y se acercó hasta casi tocarle con su cuerpo.

–Mira, c... si no me llevas hasta su despacho te vas a quedar en esta puerta para siempre... ¿Me oyes, hijo de p...?

El otro se puso pálido. Y quiso retroceder, pero Castro le agarró de un brazo. Después le puso la pistola en el vientre y le hundió el cañón hasta donde pudo.

–Vamos.

Y el otro comenzó a andar. Y subieron por una escalinata de mármol desgastado. Y vieron una puerta grande...

–Allí es.

Castro se guardó la pistola. Y siguió andando. Y se detuvo ante la puerta. Y llamó. Y salió un hombre bajito y flaco, joven y con aspecto de tonto.

–Soy Castro... El ministro me espera.

Y entró.

Un despacho enorme, de elevados techos, de grandes balcones y pesados cortinajes. Y una gran mesa de despacho. Y luego varios sillones. Y una mesita redonda con cigarrillos. Y el ministro sentado en uno de aquellos sillones, con la boina puesta, mirar cazurro y como siempre haciendo ruido con la lengua que hacía pasar por todas sus muelas picadas.

–Salud, Uribe.

–Salud, Castro.

Castro se sentó, tomó un cigarrillo y lo encendió. Se sentía inquieto. Intuía que algo desagradable le iba a ocurrir aunque no adivinaba el qué.

–Pues, tú dirás, Uribe.

El otro puso cara interesante. Contrajo la cara, después abrió la boca y enseñó los dientes, luego miró al techo y después a Castro.

–El Buró Político te ha designado Director de la Reforma Agraria... Esta mañana ha salido tu nombramiento en la Gaceta.

–¡No!

–Sí, Castro.

–¿Es una sanción?

–Es un ascenso.

–¿Y el Quinto Regimiento?

–Eso está en marcha... Puede prescindir de ti... Pero ahora necesitamos ganarnos a los campesinos... ¿Entiendes?... ¡A los campesinos!... Y el Buró Político ha pensado en ti.

–¿No puedo hablar con el camarada Díaz?

–No lograrías nada.

Castro se había puesto pálido. Tenía la boca seca. Y sintió algo así como frío por dentro. Y ganas de llorar. O de maldecir... O de sublevarse...

–Te da pena.

–Mucha.

–No lo pienses más... Vamos al Instituto de Reforma Agraria... Quiero presentarte al personal... A los altos jefes...

–Vamos.

Y el coche los llevó hasta allí. Estaba el instituto de Reforma Agraria en la calle de Alfonso XII, en una casa nueva de varios pisos, frente al parque del Retiro. Se detuvo el coche del ministro. Un conserje con muchos galones saludó y les llevó hasta el ascensor. Y llegaron hasta el despacho. Despacho que hasta unos días antes había sido de un tal Vázquez Humasqué, republicano y gallego, un poco viejo verde, con mucho hablar y poco hacer y al que habían nombrado subsecretario de Agricultura.

Y ya en el despacho Uribe dio orden al secretario general del Instituto, un tal Ayensa, licenciado, jovencito y pedante que llamara a los jefes de las secciones. Y comenzaron a entrar hombres muy serios, muy limpios, muy circunspectos. Y se fueron colocando en torno al ministro y al nuevo director. Y Uribe habló.

«Les presento a ustedes al nuevo Director de Reforma Agraria. Un hombre acostumbrado a la lucha y a la guerra. Estoy seguro de que cooperarán con él... pero si no cooperaran, peor para ustedes... Porque aquí se va a trabajar a partir de hoy como en los frentes: con el mismo espíritu, con la misma disciplina... ¿Quieres decir algo, Castro?».

–No.

Y Uribe se fue.

Y salieron los jefes de sección.

Y quedaron frente a Castro el joven Ayensa y el único comunista que había en el Instituto, el camarada Morayta...

–Puede retirarse, señor Ayensa... En caso de que le necesite le llamaré. Y dio varias vueltas por el despacho pisando una alfombra en la que se hundían los pies, mirando los muebles, hasta que se cansó y se fue a sentar en la mesa del director.

Y abrió los cajones.

Y los volvió a cerrar.

Y luego miró una pluma que había sobre la mesa... Y escribió unos garabatos sobre un papel blanco.

Y Morayta mirándole.

–Llama al Quinto Regimiento, camarada... Llama pronto...

Y llamó.

–¿Capitán Carlitos?

–Sí.

–Convoca a los comandantes... He sido nombrado Director General de Reforma Agraria. Mañana entregaré el mando... Cuando llegue el Comisario dile que me hable. Y cada día a las nueve te llamaré... No porque sea nada, Carlitos, ahora soy solamente Castro, sino para que me hables unos minutos del Quinto Regimiento...

Y se calló porque tuvo miedo de no poder contenerse y de que le vieran y le oyeran llorar.

–¿Me quieres dejar solo, camarada Morayta?... ¡Después te llamaré y hablaremos mucho!... Mucho...

Y se quedó solo.

–«Has vencido, Dolores, has vencido... Ahora te harán comandante honorario del Quinto Regimiento; ahora el Quinto será vuestro juguete, vuestro trampolín... Pero desde aquí también puedo ganar... No sé cómo. No sé cómo... Pero te

aseguro, Dolores, que de Castro se tendrá que hablar mucho: hoy y mañana... Porque yo entregaré al Partido cientos de miles de campesinos dispuestos a morir por él... ¡No sé cómo!... ¡Pero estoy seguro que lo haré!... ¡Aunque reviente!... Aunque tenga que hacer andar a esta gente a punta de pistola...»

Una hora.

Dos.

Tres.

Tocó un timbre y entró Morayta.

–Siéntate.

Y el otro se sentó. Y fumaron. Y después habló Castro, Castro solo.

–Mira, Morayta... Yo no sé una m... de esto... Yo no sé quién es esta gente que aquí trabaja... Mas he visto cuando Uribe me presentó que me miraban y que en su mirar había mucho de desprecio... Sé que los socialistas están metidos hasta el alma... ¡Sé que ésta es gente de cuello duro y señoritas que huelen bien!... Todo esto lo sé... Y te lo cuento a ti solo... Y, además, quiero pedirte un favor; durante unos días no quiero recibir a nadie, a nadie. Tú me los detendrás, dirás que no puedo recibirlos, ni a ellos ni a diputados, ni a dirigentes de los sindicatos... ¡A nadie!... Necesito estos días, camarada Morayta, para planear lo que debo hacer, para ver todas las dimensiones del problema, para marcar las etapas de mi actividad... ¡Cuando lo tenga pensado te avisaré!... Y entonces, Morayta, nada nos

detendrá... ¡Nada!... ¡Y pobre del que se oponga, pobre de él porque seré implacable... ¡Implacable!... ¿Me has entendido?

–Sí, camarada.

–Entonces, ten paciencia y habilidad... Mucho tacto... háblales dulcemente... Y como por casualidad deja escapar el «ustedes saben que este hombre sabe poco de esto... Y está desconcertado... No creo que dé la medida...»

–¿Por qué he de decir eso?

–Necesito que se confíen... Que piensen que soy tonto... Cuando quieran darse cuenta de su error ya les habré conocido... ¿Comprendes?

Morayta sonrió.

–Eres un mal enemigo.

–Sí.

Y salió Morayta, Y se quedó solo. Sin nada que quebrara el silencio. Y entonces se sentó en la mesa, sacó unas cuartillas y comenzó:

«Primero: Tengo que destrozar a los Equipos de Reforma Agraria que están en manos de los socialistas; tengo que someter a los empleados que no comprenden que la guerra exige otros ritmos; y lo más importante: ¡tengo que ganar en semanas a millares y millares de campesinos para el Partido!».



Y fue escribiendo los puntos que definían sus tareas.

Y otra vez a pensar.

«¿Intentará estorbarme el Frente Popular del Instituto?... Si lo hace peor para él... Le inutilizaré enviando a sus cabecillas al frente... Necesito, además, ver si es posible formar una comisión técnica asesora y sobre todo ver el proceso de trabajo... El tiempo es vital para mí».

A las seis de la tarde llamó el conserje principal. Un hombre viejo, canoso, lento y cuajado de galones.

–Señor Director... ¿Manda usted alguna cosa?

–¿Por qué?

–Es la hora de salir.

–No... Puede retirarse.

Y cuando supuso que todo el personal se había ido llamó a Morayta.

–Quiero visitar todo... ¡Hasta los retretes!... Y en cada sección que nos detengamos me darás unas ligeras características de la gente... Desde el jefe hasta el ordenanza.

Y comenzaron a recorrer todo.

Y al final del recorrido Morayta abrió una puerta que había cerca del despacho de la dirección. Y entraron. Era una habitación grande. En el centro una cama. Frente a los pies de

ésta un lavabo, un espejo y varios frascos de colonia. Y un baño. Y todo muy limpio. Como si aquello estuviera preparado para una noche nupcial.

–¿Quién usaba esto?

–Vázquez Humasqué.

–¿Para qué?

–No sé.

Y llegaron hasta el despacho. Y Castro miró a Morayta, delgado y pálido, con sus grandes gafas y sus ojos tristes.

–Vete, Morayta... Mañana nos veremos.

Y el otro se fue... Y entonces solo, sin nadie que le viera, sin nadie que le escuchara, sin ningún freno a sus pensamientos, habló, habló en voz alta, sin gritos, como si sólo quisiera escucharse él.

«Mañana a las nueve de la mañana comenzará la batalla... A las seis entregaré el mando del regimiento... A las seis y cuarto guardaré el uniforme... Y me vestiré de paisano... ¿Hasta cuándo?... Y me encerraré aquí... diez horas... veinte horas... Y me olvidaré de la familia, de los frentes, de todo... Y haré la Reforma Agraria...»

«¿La Reforma Agraria?», se preguntó.

«Sí».

«Una reforma agraria que será una gran mentira que parecerá una gran verdad».

Y se levantó.

El ordenanza de guardia abrió la puerta. Y no quiso entrar en el ascensor. Y cuando llegó al portal unos guardias de asalto sentados fumaban y reían.

Los miró.

Ellos ni le miraron.

Se acercó a ellos... Y al que tenía más cerca y fumando le dio manotazo en el cigarro al mismo tiempo que se llevaba la mano a la pistola. Le miraron con sorpresa.

–Soy el Director General de Reforma Agraria... Cada vez que entre y salga estarán de pie, en servicio... Y me saludarán... El día que no lo hagan... El día que no lo hagan no les prometo nada bueno para ustedes, aunque sí les aseguro que la república se encargará de sus hijos...

Le seguían mirando.

–¿De acuerdo?

No hablaron. Se cuadraron y saludaron. Y Castro se dirigió a un coche que estaba delante de la puerta y que le habían dicho que era «el del señor director». El chófer le abrió la puerta.

–A mi casa.

–No sé dónde es, señor director.

–Ya lo debían de saber.

Y no habló más que para darle las señas.

Y delante del portal de su casa una orden.

–Mañana, a las siete de la mañana.

–Señor, entran a las nueve.

–Mañana, a las siete de la mañana.

Y se hundió en el portal... Y al otro día Esperanza hablando con sus hermanas las dijo que «Enrique no había dormido en toda la noche... Y que incluso a veces estuvo hablando en voz alta».

Se levantó a las seis de la mañana.

Y esperó a que el coche negro llegara.

\* \* \*

Las siete y media. Y llegó el coche negro. Y Mariano, que así le dijeron que se llamaba el chófer, descendió rápido y abrió la puerta.

–Al Instituto.

Cuando llegaron eran las ocho de la mañana. Sólo estaban el portero y los guardias de asalto. Le saludaron y el portero abrió el ascensor. Y llegó a su despacho en donde el personal de limpieza daba los últimos toques. Cuando se marcharon encendió un cigarro. Se sentía destemplado y de mala leche. Así era siempre que comenzaba una batalla. Tocó el timbre. Acudió el ordenanza de guardia.

–Señor...

–¿Hay aquí cerca un sitio de donde me pueda traer café caliente?

–Sí... Muy cerca, señor...

–Tráigamelo, por favor.

Y le dio un billete. Y cuando el otro salió miró el reloj: las ocho y cuarto. Y se acercó al balcón. Y estuvo mirando el Parque del Retiro, que parecía un mundo verde y muerto.

Las ocho y veinte.

Las ocho y veinticinco.

Y llegó el ordenanza con el café. Y le llenó el vaso y le puso un paquetito con dos terrones de azúcar. Mientras echaba el azúcar, mientras la revolvía habló:

–¿A qué hora comienzan aquí a llegar los empleados?

–A las nueve, señor...

–¿Y a qué hora terminan de llegar?

–No sé, señor.

Se dedicó a tomar el café con la mayor tranquilidad, aunque de vez en cuando miraba el reloj. Los minutos pasaban lentos, sobre todo para él, que estaba acostumbrado a robar tiempo al tiempo para tener tiempo para todo.

Las nueve menos diez.

Salió al pasillo. Y comenzó a descender las escaleras lentamente. Y ya en el portal se detuvo, encendió un cigarro y se dispuso a esperar. Los guardias de asalto y el portero de pie y casi rígidos le miraban.

Las nueve menos cinco. Y entró Morayta. Encogido, como escondido entre su palidez y sus gafas. Y cuando vio a Castro se detuvo.

–Buenos días.

–Buenos días.

Y comenzó a llegar la gente. Con sueño y preocupaciones. Las mujeres oliendo demasiado bien y entre risas. Nadie le miró, ni le saludó nadie. Él, sin embargo, fue mirando a todos y cada uno de los que entraban. A las nueve y media regresó a su despacho. Se quedó un momento pensando. Luego miró a Morayta fijamente y habló:

–Dicta una orden para todos los jefes de sección anunciándoles que mañana la lista de asistencia se retirará a las nueve y cuarto... Que quien no haya llegado no entrará... Que a las tres faltas será suspendido... Que esta orden es para todos, menos para el director, que llegará siempre a las nueve menos cuarto.

Se fue Morayta y se quedó solo... Empezó a recordar las caras de todas las gentes que durante treinta minutos estuvo viendo pasar... Sonrió... «Estoy seguro de lo que la mayoría pensó al verme: un pobre hombre... ¡Al menos Vázquez Humasqué sí tenía tipo de director!... ¡Pero lo que es éste...!». Volvió a sonreír.

Regresó Morayta.

–Siéntate, camarada.

Morayta se sentó. Castro le alargó un cigarro. Y fumaron unos segundos.

–Morayta: tú eres el único comunista que hay en este pequeño «paraíso»... ¿Me oyes bien?... Ahora seremos dos: tú y yo... Pues bien, tú y yo daremos la batalla a toda esta gentuza... Y en pocos días... En muy pocos días... ¿Me has entendido?

–Sí.

–Vas a buscar dos o tres mujeres de confianza y vas a crear la secretaría particular, pero no una secretaría particular como de costumbre, no, vas a crear una secretaría que me permita no

tener que resolver ningún asunto con el secretario general del Instituto... ¡Quiero aburrirle!... ¡Si no se aburre, entonces le echaremos!...

–Sí.

–Después quiero que me des los nombres y características de los técnicos más preparados que tengamos... ¡Los mejores, Morayta!

–Los mejores son reaccionarios.

–Basta con que tú y yo no lo seamos. Para el Partido basta con eso, solamente con eso.

–Sí.

–Después... Después quiero que me des un esquema del funcionamiento de los «Equipos de Reforma Agraria»; qué hacen, quién los dirige y a qué Partido pertenece su jefe o sus jefes.

–Sí.

–¿Podré tener todo para la una de la tarde?

–Sí.

Y salió Morayta... Tardaron algún tiempo en oírse las máquinas de escribir, pero al fin comenzaron a trabajar. Y a trabajar de prisa...



El cenicero se fue llenando de colillas, la habitación de humo, pero cada vez que el conserje le avisaba de que alguien le quería ver, respondía lo mismo:

–No estoy para nadie.

–Es que...

–No estoy para nadie.

Quería estar solo... Pensar en la batalla que quería dar... Prepararla... Y luego comenzar para no detenerse hasta acabar. Hasta que toda aquella gente trabajara al ritmo que él quería, hiciera lo que él quisiera.

Se acercó al espejo con marco dorado.

Y se miró: su mono estaba sucio, las botas aún tenían el polvo de los frentes y el pelo demasiado largo... «Efectivamente tienen razón: no tengo tipo de Director General... Para eso habría que cortarse el pelo, rasurarse cada día, oler bien, vestir mejor, entrar muy serio, para luego dejar que los hombres hicieran lo que les diera la gana y sonreír a las mujeres... Posiblemente éste sea el prototipo tradicional de un Director General... Lo demás no importa, ni el que sea tonto».

Miró su estrella de comandante.

«A las seis y media sólo seré director general».

Y se apartó con la cabeza agachada y se dejó caer en el sillón de cuero... Y sin alzar la cabeza estuvo así mucho rato... Mucho rato... Hasta que escuchó el ruido de una puerta que se abría...

–Dime, Morayta.

–Aquí tienes lo que me has pedido.

–Gracias.

Cuando el otro se disponía a marcharse le habló:

–Quédate... ¡Quédate!... En unos minutos podré darte las órdenes... Verbales... Solamente verbales.

Y se puso a leer. Y cuando terminó de leer puso la lista de los técnicos ante los ojos de Morayta y habló:

–Éste...

–Pero...

–Este otro.

–Castro...

–Y estos dos más.

–Quisiera decir...

–Y éste... Y diles que los espero dentro de una hora... Cuando termine la reunión con estos señores que formarán la Comisión Técnica Asesora de la dirección me llamarás al jefe de los

«Equipos de Reforma Agraria»... ¿Me oyes?... Y estarás presente tú, solamente tú...

–Como quieras, Castro.

Castro le miró. Comprendía muy bien a Morayta y no se molestaba por su actitud de duda. Al fin y al cabo, Morayta, ¡el pobre Morayta!, era un funcionario del Instituto... Aplastado por las jerarquías... Aplastado por una vida siempre del mismo color: gris.

Se abrió la puerta y entró Morayta, detrás de él cinco hombres viejos o casi viejos, bien vestidos, un poco acobardados...

–Señor director...

–Siéntense, señores.

Y cuando se sentaron sacó cigarros y fue dándoles a cada uno de ellos. Y encendió una cerilla y les fue dando fuego. La cerilla no duró más que hasta el cuarto, porque la llama llegó a la carne... ¡Hizo un gran esfuerzo porque una blasfemia estuvo a punto de escapársele!... Y encendió la segunda cerilla y la acercó al cigarro del quinto hombre... Y se sentó... Y encendió el suyo. Los cinco hombres le miraban: a él y a la ceniza que amenazaba con desprenderse de sus cigarros, pero ninguno se atrevía a moverse, ni a levantarse y tomar un cenicero... Eran como cinco estatuas envejecidas por el tiempo... Cuando les hubo visto bien comenzó a hablar...

–Señores: yo desearía saber explicarles bien lo que deseo de ustedes... No sé si lo lograré... Pero yo les ruego que si mi explicación es larga y poco brillante, que me perdonen... ¿Puedo contar con la benevolencia de ustedes?

Primero notó que los cinco se habían estirado un poco más: hasta le pareció que tenían menos miedo que antes; hasta creyó –porque de antiguo era mal pensado–, haber visto el comienzo de una sonrisa en alguno de ellos.

–¿Puedo contar con la benevolencia de ustedes?

–Desde luego.

–Entonces, siguiendo con mi manía de rogar, les ruego que me escuchen.

Decididamente se estaban riendo por dentro.

Castro lo sabía.

–Señores: sé que estoy delante de los cinco mejores técnicos, cada uno en su materia, que tiene el Instituto de Reforma Agraria... ¡Lo sé!... Sé que para ustedes, el campo español no tiene secretos... Ni este edificio tampoco...

Se seguían riendo por dentro.

–...lo sé, lo sé muy bien, porque el señor Morayta, mi secretario particular, me ha hecho grandes elogios de cada uno de ustedes... ¡Que creo, justos muy justos!...

Y venga a reír por dentro.

En la pausa Castro dijo para sus adentros: «Cabrones: vamos a ver si dentro de tres minutos seguís riendo y mirándome de arriba abajo...»

–Yo quisiera saber esos secretos que todos ustedes saben.

Uno de ellos hizo ademán de querer hablar.

–Hable, señor, hable.

–Señor Director: es difícil que nosotros le podamos enseñar cuanto sabemos... Nosotros somos técnicos... Somos... Un ingeniero agrónomo, dos ingenieros de recursos hidráulicos, un famoso abogado en Derecho Agrario... ¡Y usted no es técnico, señor director!... Comprenderá usted que hay una dificultad insalvable para que le enseñemos cuanto a costa de años hemos logrado aprender.

–¿Ustedes creen?

Los cinco hicieron un movimiento afirmativo con la cabeza.

–¡Quizá tengan razón... Quizá... Pero, entonces vamos a simplificar la cosa por lo menos para saber en qué medida me pueden enseñar algo, en qué medida pueden hacer algo de lo que yo necesito hacer... Mire, señor –dijo, dirigiéndose a uno, ingeniero de recursos hidráulicos–, yo sé que usted era un terrateniente en el Alto Aragón; sé también que estaba usted afiliado a la C.E.D.A., sé también que su amante está detenida

por pertenecer a la Falange... ¡Por cualquiera de estas tres cosas yo podría fusilarle a usted!... ¿Me comprende?

El otro se puso lívido y quiso hablar...

–Perdóneme, señor ingeniero de recursos hidráulicos, ahora quien habla soy yo, yo sólo...

Asintieron.

–Usted –dijo dirigiéndose a otro–, usted era miembro de la C.E.D.A... ¡Cierto que ha escrito un libro maravilloso sobre «El Problema Campesino»!... ¡Maravilloso!... Pero, mientras que como técnico se nos presentaba usted como un hombre con cierto sentido de la realidad y la justicia en el campo, en lo político usted estaba encuadrado en la C.E.D.A., que hacía todo lo contrario... ¡Motivo suficiente para que dentro de unos minutos terminaran sus días!...

–Señor Director...

–Hable, por favor, hable...

–Estamos dispuestos a colaborar con usted...

–Es el precio de muchas cosas fundamentales para ustedes, señores.

Y miró a Morayta.

–Quiero que por escrito des estas órdenes a estos señores: Primero: que contesten cuánto tiempo se tarda en resolver un

expediente de crédito; segundo: que me indiquen si los «Equipos de Reforma Agraria», obran por cuenta del Instituto o por cuenta de ellos mismos; tercero: que me den un esquema sobre cómo creen ellos que podríamos organizar con un sentido nuevo y ágil las delegaciones provinciales... Y si tienen alguna sugerencia importante pueden dármela, y yo les estaré muy agradecido...

–¿Para cuándo lo quiere usted, señor director?

–Para mañana a la una de la tarde.

–No sé si...

–Para la una de la tarde.

Y se puso en pie... Y los otros también... Y les acompañó hasta la puerta y les ofreció la mano...

–Y no lo olviden... Sus vidas están en juego... Y para conservarlas ya les he dicho el precio... Y de este precio no estoy dispuesto a rebajar nada...

Y sonrió.

Y los cinco le imitaron, o intentaron imitarle con el boceto de una mueca.

–Eres terrible, Castro.

–Creo que exageras, Morayta... Me he mostrado como un hombre educado, respetuoso con la técnica, respetuoso hasta

con mis enemigos políticos... ¡Creo que no dudarás de que soy un hombre razonable!

Morayta no contestó.

–Ahora llámame al jefe de los «Equipos de Reforma Agraria».

Morayta salió.

Y al poco rato entró acompañado por otra persona. Era un hombre bajito, con mono y correa y una pistola enorme en el lado derecho de la cintura. Mono, correa y pistola se veían nuevos... ¡Era un síntoma!... Castro se levantó y salió a su encuentro...

–Salud, camarada. ¿Por qué creo que somos camaradas?... Y le tendió la mano. El otro se la estrechó y dijo unas palabras:

–Soy miembro del Partido Socialista, de la Federación de Trabajadores de la Tierra...

–Camaradas... Es decir, casi camaradas... ¿No es verdad?

–Así es.

–Pero, por favor, siéntese, siéntese, no me había dado cuenta que le tengo a usted de pie y en medio de esta sala... ¡Perdóneme, perdóneme!

El otro se sentó.



Castro, antes de hablar, le estuvo mirando un rato, mientras que miraba al techo, haciendo como que pensaba lo que iba a decir.

El otro espera.

«Éste es un pícaro. ¡Un verdadero pícaro!... Y habló:

–Camarada, quisiera hacerle una pregunta.

–Dígame.

–¿Por qué lleva usted pistola?... ¿Es que los campesinos se resisten a que hagamos la Reforma Agraria?

El otro se puso rojo.

–No... Una medida de seguridad...

–Comprendo... Comprendo... Y, dígame, ¿cómo realizan ustedes su labor?... ¿Por equipos, verdad?

–Sí. Tenemos equipos que trabajan en cada una de las provincias que están en manos de la República... Ellos se incautan de las tierras, crean las colectividades y nombran la dirección de ellas...

–Democráticamente?

–Las nombran los delegados de la Federación de Trabajadores de la Tierra... Creo que está en su derecho puesto que los campesinos son sus afiliados...

–Sí... Posiblemente tenga usted razón... Pero... O yo estoy equivocado o eso no es un nombramiento muy democrático... ¿No lo cree usted así?

–No.

–Posiblemente usted tenga razón... Casi, casi creo ya que usted la tiene, usted y la Federación de Trabajadores de la Tierra... El ejercicio de la democracia suele a veces ser un terrible error... ¡Gracias, camarada!... Sigán, sigán trabajando como hasta ahora... El problema esencial es hacer la Reforma Agraria... Y lo mismo da que la haga un socialista que un comunista... ¿No es así?

–Así es.

Y le acompañó hasta la puerta.

Y regresó a su sillón. Y puso los codos sobre la mesa y se apretó violentamente las sienes. Morayta le miraba...

–Un hijo de p... Morayta. A través de la incautación de las tierras y de la organización de las colectividades se están apoderando de todos los campesinos, convirtiéndose en una fuerza política dirigente en el campo.

–¿Crees que le has engañado?

–No lo creo... Pero eso no importa... Al decirle que siga con su trabajo él ha creído que me ha vencido... Y yo he ganado unos días antes de que la Federación de Trabajadores de la Tierra

puedan comenzar la batalla contra mí... Unos días, pero suficientes... ¿Quieres llamar a este teléfono, Morayta?

–Sí.

–¿Tomás?... Habla Castro... Vestiros de civil y venir solamente el grupo de la I. T. A... Os espero ya de noche, a las nueve de la noche, porque antes tengo que ir al Quinto Regimiento...

–De acuerdo... A las nueve... Que no se os vean las armas... Venir vestidos de gente «decente».

Y colgó.

–Todo está en marcha, Morayta... ¡Todo!... Ahora pasarán tres días en que no seremos tú y yo los que más trabajaremos... ¡Ahora van a trabajar mis hombres de confianza!...

Morayta le miró sombríamente.

–Ellos no fallan nunca... ¡Nunca!

\* \* \*

A las cinco y media llamó al coche.

Al bajar se encontró con algunos funcionarios y funcionarias que salían. Le saludaron aunque tímidamente. Y ellas sonrieron. Castro inclinaba la cabeza muy ceremonioso y continuaba su camino.

–Mariano, al Quinto Regimiento.

Y llegaron a la calle de Lista. Saludó la guardia con más seriedad que otras veces. Y sin mirar a ningún lado entró directamente al despacho. Allí estaban el comisario político, Carlos Contreras; Antonio Mije, miembro del Buró Político; Enrique Líster y Modesto Guilloto, los dos hombres que el Partido quería encumbrar.

–Salud, camaradas.

–Salud.

Y habló Mije.

–Camarada Castro: las razones por las cuales el Buró Político te ha trasladado de aquí son para ti claras: la revolución agraria necesita un hombre como tú; ahora sólo quisiéramos que nos dijeras quién crees que debe sustituirte... ¡Hemos creído que nadie mejor que tú podía hacerlo!

–Gracias.

Y habló Carlos Contreras.

–Claro es, camarada Castro, que tú siempre serás nuestro comandante y organizador del Quinto Regimiento...

–Lo sé, lo sé, comisario Carlos... –Y se quedó un momento pensativo.

Líster y Modesto le miraban. En los ojos de cada uno de ellos la ambición y la incertidumbre. Y un gesto casi fraternal. Los miró. Primero a uno y luego a otro.

–Propongo al camarada Líster... Le propongo porque creo que esa es también la opinión del camarada Mije.

–Sí, claro.

Abrió la puerta y llamó al capitán Carlitos. Y entró.

–Escucha, capitán. Hay que hacer una orden del Quinto Regimiento que se fijará en todos los cuarteles y se dará a conocer a todas nuestras unidades en la que se notificará el nombramiento del camarada Líster como comandante–jefe del Quinto Regimiento, especificando que por interés de la guerra y la revolución el camarada Castro ha sido designado por el gobierno para otro puesto... Que pido a todos nuestros comandantes y milicianos que colaboren con el camarada Líster con la misma fidelidad y cariño con que lo han hecho conmigo...

Se quedó un momento pensando.

–¿De acuerdo, camarada Mije?

–De acuerdo.

Se quitó la estrella de comandante. La miró un instante y luego se dirigió, al capitán:

–Guárdamela... En mi oficina podría perderse... –Y dirigiéndose a Líster–. Líster, todo está a tu disposición y a tus órdenes... ¡Que tengas éxito, mucho éxito!...

Y alargó la mano a todos.

La mano de Modesto estaba fría.

–Salud, camaradas.

–Salud.

Y salió. Los soldados de la guardia le miraron... Y se dieron cuenta por el caminar despacio de Castro que ya no llevaba la estrella de comandante. Y con un mirar más serio que nunca saludaron. Y el sargento de la guardia salió a abrir la puerta del coche... Y unas palabras...

–Como siempre, camarada, a tus órdenes.

–Gracias.

El coche arrancó... Castro sacó el pañuelo y se lo pasó por la frente cubierta de un sudor frío... Y no se sabe si también se lo pasó por los ojos...

\* \* \*

Mandó limpiar el cenicero. Y comenzó a fumar de nuevo. Y a pasear nerviosamente de un lado para otro sin que sus pasos

rompieran el silencio. Porque la gruesa alfombra era como la alcahueta de su amargura y rabia.

Las nueve.

–Unos señores desean verle... ¡Pero no les he dejado pasar!... Sin embargo, insisten...

–Deje pasar a esos «señores».

Y entraron los cinco hombres del grupo de la I.T.A. Como siempre, pero esta vez un poco nerviosos por haber tenido que vestirse de gente «decente».

–Salud, Castro.

–Sentaros.

Y se sentaron. Y comenzaron a mirar el despacho. Y a pasar las manos por el terciopelo del diván y los sillones... Y a restregarse los pies contra la alfombra. Y a mirarse entre ellos y a sonreírse.

–Escuchar... Quiero que mañana a las nueve estéis aquí... Morayta os va a señalar al individuo que quiero que vigiléis... Le vais a vigilar día y noche... Quiero saber de él todo... Y cuando tengáis una prueba, la prueba de que es un hijo de mala madre, venir, venir rápidamente... Os doy unos días... Cinco días... ¿De acuerdo?

–Como siempre, de acuerdo, camarada.

–Segundo: hoy ha tomado posesión el camarada Líster de la comandancia del Quinto Regimiento... Pero, el servicio secreto seguirá como siempre a mi disposición... ¿Me entendéis?... ¡A... mi... disposición... ¿De acuerdo?

–Como siempre, de acuerdo, camarada.

–Pues a trabajar.

Y se fueron... Y Castro miró a Morayta... Se le veía cansado y triste...

–¿Qué te pasa, camarada?

–Me da miedo todo esto... Y comienzas a darme miedo tú...

Castro soltó la carcajada.

–Camarada Morayta... El fin justifica los medios... ¿Me entiendes?... ¡El fin justifica los medios!... No lo olvides nunca...

Y Morayta se fue.

Y Castro se quedó solo... Había que esperar, esperar solamente... Y como dirigiéndose a sí mismo dijo para sus adentros: «Cinco días de paciencia, Castro, cinco días».

\* \* \*

Un día.



Otro.

–Pasen, señores, pasen.

Y entraron los cinco hombres, los cinco técnicos: afeitados, limpios, hasta casi elegantes.

–Hablen, señores.

–Los expedientes de crédito suelen aprobarse a los quince o veinte días...

–Desde hoy les doy tres días para que los presenten a mi aprobación.

–Los «Equipos de Reforma Agraria», han anulado de hecho a las delegaciones provinciales, a las que han aterrorizado.

–Háganme una orden determinando las nuevas funciones de las direcciones provinciales del instituto de Reforma Agraria: ellas se incautarán de la tierra, ellas las entregarán a los campesinos, ellas nombrarán de entre los campesinos una dirección administrativa, que se renovará cada tres meses: ellas elaborarán el plan de producción y de acuerdo con la dirección administrativa de la colectividad fijarán los planes de producción y harán las solicitudes de crédito que deberán enviarnos en veinticuatro horas... ¿De acuerdo?

–Sí.

–Pero, ¿los «Equipos de Reforma Agraria»?

–No se ocupe de eso, ingeniero, dentro de ocho días, exactamente, yo le diré qué haremos con los «Equipos de Reforma Agraria.

–De acuerdo.

Y se fueron.

–Morayta, llámame al delegado del Ministro de Hacienda...

...Al poco rato Morayta entró con un hombre alto, grueso y como de unos treinta y cinco años.

–Señor director, a sus órdenes.

–Siéntese.

Y el otro se sentó.

–Quiero hacerle unas preguntas...

–Usted dirá...

–¿Qué créditos estoy autorizado por la ley para dar con mi firma?

–Créditos no mayores de veinticinco mil pesetas.

–¿Si necesitan más?

–No puede darlos, señor.

–¿Y si se detiene la producción de las grandes colectividades, por ejemplo, de Jaén, cuyo aceite necesitamos vitalmente?

–La ley es la ley. señor... Y yo como representante de la Secretaría de Hacienda en el Instituto de Reforma Agraria no podría autorizarlo.

Castro se puso en pie y se acercó al otro.

–Escúcheme... Para mí no existe la ley... Para mí existen dos razones: hacer la Reforma Agraria y asegurar la producción agrícola para alimentar al pueblo y al ejército... ¡En todo lo demás, señor representante del Ministerio de Hacienda... ¡me cago!... ¿Me ha oído usted bien?...

–Señor...

–Ni señor, ni nada... ¿Me entiende?... Si yo no puedo firmar créditos de más de veinticinco mil pesetas y me solicitan un crédito de cincuenta mil, usted, ¡entiéndalo bien!, me hará dos solicitudes de veinticinco mil pesetas cada una...

–No podré.

–Usted lo hará—O si no mañana le sacaré a usted a la carretera y le agujerearé el pellejo... ¡Entiéndalo bien!... Y ahora... ¿Hará lo que le mando?

–Lo haré.

–Puede retirarse.

\* \* \*

Los técnicos le llevaron la circular para vivificar las delegaciones provinciales e impulsar la reforma agraria; y para deshacer a los socialistas en el campo, que era un objetivo tan importante como el otro.

–Morayta, mándalos... Y advierte a los ingenieros delegados provinciales que a partir de hoy sólo se entenderán conmigo... Ni «Equipos de Reforma Agraria», ni Secretario General de Reforma Agraria... ¡Yo!... ¡Yo!...

Y se quedó solo.

Terriblemente solo... Y se acercó a los mapas que tenía. Y miró los periódicos y señaló los pueblos que iban cayendo en poder del enemigo... Regresó a su mesa.

Y miró un calendario que tenía encima de ella... «Llevan tres días»... «Tres días y no sé nada»... «¿Qué estará pasando?»... Y se hizo de noche. Y fueron cayendo las horas sin que él se diera cuenta... Y sintió frío y sueño. Y se durmió pensando en que el enemigo cada vez se acercaba más a Madrid. Y se acordó del Quinto Regimiento... Y pensando en todas esas cosas se durmió...

–Señor director... Señor director...

Abrió los ojos.

Y vio ante sí al ordenanza de guardia.

–¿Qué?

–Son las dos de la mañana.

Y se fue lavabo y se lavó la cara. Y se mojó el pelo. Y medio adormecido comenzó a bajar las escaleras...

–A casa, Mariano.

Y llegó cuando todos dormían. Y se durmió él también.

\* \* \*

Salió temprano de casa.

–¿Al Instituto?

–No... Llévame al puente de Segovia... Después al puente de Toledo... Y luego a la Cuesta de las Perdices... ¡Vete rápido!... Quiero regresar pronto al Instituto.

«Esta es la zona por la que atacará Franco... ¡Estoy seguro! Sin embargo, pueden ocurrir dos cosas: que Franco ataque frontalmente, que podamos rechazarle o que se establezca el frente... Esta es una variante... Pero supongamos que la gente no aguanta... ¿Se atreverá Franco con sólo veinte mil hombres a meterse en una ciudad de casi un millón de habitantes?»... Durante largo tiempo pensó en ello... Y después de un largo rato de pensar y pensar llegó a una conclusión: «¡Madrid no

puede caer!... ¡Madrid no caerá...!» «Si Franco rompe nuestra resistencia el problema es que la gente no huya, que se repliegue a la ciudad para empezar una guerra en la que Franco sabe mucho menos que nosotros: la lucha de calles».

–Vamos al Instituto, Mariano...

Los empleados trabajaban con prisa. Había silencio en las secciones que sólo rompía el teclear de las máquinas de escribir. Los jefes de sección se movían de un lado para otro controlando el trabajo de cada uno de sus empleados... Y cuando entró en el despacho ya le esperaba Morayta y encima de la mesa un montón de expedientes de solicitudes de crédito...

–Es para que los estudies y los firmes.

–Ve dándome uno a uno.

Y comenzó a firmar sin mirarlos siquiera. Y cuando terminó miró a Morayta.

–Ya, camarada... ¿Ves qué rápido comienza a trabajarse en este lugar?

–Has firmado créditos por valor de dos millones de pesetas.

–¿Y qué?

–Deberías haberlos mirado.

–Escucha, Morayta... Nadie se atrevería en estos momentos a presentarme un expediente falso... ¡Tienen miedo!... Un miedo que les corroe las entrañas. Esto es lo primero que quería decirte. Lo segundo no es menos importante: si tú analizas la labor del Instituto de Reforma Agraria verás que ha sido una m... Entonces lo importante para mí no es seguir esa asquerosa tradición. Para mí lo importante es que los campesinos digan; «Sólo desde que están los comunistas recibimos tierra y dinero... Y rápidamente... ¡Sólo desde que están ellos». Lo demás no me importa. Este dinero que a ti te parece mucho a mí no me parece nada. Es un dinero que para lo único que vale es para que nosotros conquistemos a los campesinos...

–¿Reforma Agraria o soborno, Castro?

–Qué más da... Lo importante no son los medios... ¡El fin!... ¡El fin, camarada Morayta!

Morayta se fue un poco acongojado.

Y Castro, por primera vez en muchos días, empezó a sonreír con más frecuencia. Pero... sólo cuando estaba solo. Aunque había veces que, pensando en el grupo de la I.T.A., y en los días que no sabía nada de ellos blasfemaba como en los primeros días de la guerra.

Otro día.

Otro más.

–Unos señores quieren verle.

–¿Quiénes son?

–Los del otro día.

–Que pasen esos «señores».

–Y entraron los cinco de siempre, con el gesto de siempre: tranquilos y cínicos. Y sonrientes.

–¿Ya?

–Ya.

–Habla rápido.

–Ese cabrón tiene una finca en la provincia de Albacete, incautada. Aquello es un inmenso almacén en donde puedes encontrar lo que quieras... Tiene guardia... Y de allí salen camiones cargados constantemente... Y allí entran camiones con mucha frecuencia... Aparte de eso reparte víveres entre sus camaradas, utiliza los coches de Reforma Agraria y su gasolina para el trabajo político en el campo... Y vive como un potentado...

–¿Pruebas?

–Éstas.

Y le entregaron un montón de papeles.

–Y, además, podemos estar aquí cuando hables con él... Y si quieres después le libramos de toda clase de preocupaciones, para siempre.



Se quedó pensativo... Y miró a los otros que por debajo de su vestir como hombres «decentes» mostraban el bulto de sus pistolas... «Como chacales... quieren carne, carne... Aparte de esto o por esto son maravillosos».

–Sentaros aquí y no habléis pase lo que pase.

Y llamó a Morayta.

–Tráeme al jefe de los «Equipos».

Después de veinte minutos entraron los dos.

–Siéntese.

El otro se sentó y se le quedó mirando descaradamente.

–Le he llamado para comunicarle lo siguiente: desde este momento quedan disueltos los equipos de Reforma Agraria... ¡Entregarán los coches, las credenciales, los locales y cuanto en ellos haya.

–¿Y qué más?

–¿Le parece poco?

–Me parece un imposible... Yo, aparte de ser perito agrícola y funcionario del Instituto, represento aquí a la Federación de Trabajadores de la Tierra... Creo que esto le hará comprender a usted por qué no puedo cumplir sus órdenes...

Castro se puso en pie.

Y se fue acercando al otro. Y cuando estuvo frente a él, lo hizo con un gesto que impulsó a los cinco a desabrocharse las chaquetas...

–Usted no es perito agrícola, ni funcionario del Instituto, ni representante de la Federación de Trabajadores de la Tierra... ¡Usted es simplemente un ladrón!... ¿Me oye bien?... ¡Un miserable ladrón!

El otro se puso en pie.

Castro no se movió.

Y se miraron.

–Usted es un canalla y un provocador...

–Y usted un ladrón... Algo que en estos tiempos es mucho más grave que lo otro.

–No me iré de aquí.

–Renunciará.

–No.

–Está bien... Habla, Tomás...

–Este tiene una finca cerca de Albacete, según se va a la izquierda... allá hay de todo, de todo... Hemos seguido a los camiones que salen allí... Y no van a la Intendencia Militar, ni a los frentes. Van a otras partes. Y venden en Valencia, en Castellón, incluso algunos llegan hasta Tarragona... ¡Estraperlo

puro!. Aquí tienen incautados varios locales: son otros cuantos almacenes... De los depósitos de gasolina del Instituto saca cuanto puede... Vive bien... Dos coches... Su mujer y otra mujer. Y... ¡viva el socialismo!

Y Tomás se acercó a él amenazadoramente.

–Entréguele su pistola.

No le dieron tiempo... Ellos mismos se la quitaron antes de que se diera cuenta.

–Y siéntese en mi mesa... Y escriba su renuncia alegando que prefiere combatir en las filas heroicas de nuestras milicias... Y fírmela... Y después se marcha. Advirtiéndole que cualquier intento de alzarse contra mi decisión le expone a usted a morir en la carretera mirando a las estrellas.

El otro no se decidía.

Tomás le metía en los riñones el cañón de su pistola.

Y el otro avanzó hacia la mesa.

Castro ni se movió de donde estaba. Sólo los cinco se acercaron con el otro a la mesa. Y le rodearon. Y se inclinaron sobre el otro. Y siguieron con los ojos fijos el correr de la pluma.

Y firmó.

–Sólo por la coacción he firmado.

–Procure no decírselo a nadie.

Y cuando llegó hasta la puerta, seguido por la mirada de aquellas seis personas para las cuales los medios eran los medios, se volvió. Y lívido de miedo y rabia se dirigió a Castro...

–A pesar de todo levantaremos a los campesinos contra ti.

Castro se sonrió. Y cuando se cerró la puerta los cinco le rodearon. No dijeron ni una sola palabra. Solamente le miraban.

–Aún no.

Y se fueron.

Y quedaron disueltos los «Equipos de Reforma Agraria». Y la influencia en el campo de los socialistas comenzó a decrecer. Y la influencia de los comunistas en el campo comenzó a aumentar.

–Castro.

–Dime, Morayta.

–El jefe de los «Equipos» ha reunido a todos los empleados... Una reunión del Frente Popular del Instituto... Quieren tomar la resolución por unanimidad de pedir al gobierno tu destitución...

–¿Dónde están reunidos?

–En la sala de abajo.

–Vamos.

Morayta le siguió.

Había un pequeño escenario. Y una bandera republicana. Y el jefe de los «Equipos» detrás de una mesa, Y a su lado el secretario del Instituto. Y cuatro o cinco más. Y como público, todos: empleados y empleadas... Y hasta los cinco técnicos... Castro fue a sentarse en las últimas filas. Y encendió un cigarro y se dedicó a mirar fijamente a los que dirigían aquella conspiración contra él.

«Compañeros».

«Desde que se fue el señor Vázquez Humasqué y entró el nuevo director se ha implantado aquí una especie de dictadura en la que no se respetan los derechos de los técnicos y empleados del Instituto... Se ha impuesto un sistema de trabajo brutal, se fija tiempo para las tareas, se amenaza con la destitución u otras cosas peores... Y por si fuera poco se disuelven los equipos de Reforma Agraria que eran los órganos ejecutivos de la revolución en el campo... Y se hace firmar la renuncia al jefe de ellos coaccionándole con la presencia de cinco pistoleros, de cinco asesinos... No se trata de mí, compañeros, se trata de nuestros derechos, se trata de la Reforma Agraria... Es por esto que yo considero que debemos dirigirnos al presidente del Consejo de Ministros para solicitar la destitución del actual director».

Murmullos de aprobación.

Y habló otro.

Y otro más.

Y todos pedían en nombre de los «sagrados» derechos de aquella miserable burocracia la destitución del director de Reforma Agraria. Y comenzaron a escribir la resolución. Era el momento que Castro esperaba. Se levantó y lentamente se dirigió al pequeño escenario. Y subió. Y se puso a un lado de la mesa. Y sin mirar a los que escribían comenzó a hablar.

«Si mal no recuerdo sé que en el período de 1931–1933 fueron expropiadas, con indemnización, 468 fincas con un total de 87.173 hectáreas; ocupadas como respuesta a la ofensiva de los terratenientes –esto ya en el período del gobierno de Frente Popular– 61 fincas con una superficie total de 27.704 hectáreas, Si tomamos en cuenta que al instaurarse la república el 2% de los propietarios que podían considerarse terratenientes desde 100 hectáreas en adelante poseían el 67% de la tierra cultivable; que el 86 % (hasta cien hectáreas) poseía el 13% de la tierra cultivable comprenderán ustedes que en España no ha habido Reforma Agraria, a pesar de que en los diferentes gobiernos la mayoría absoluta ha sido de republicanos y socialistas... ¿Qué derecho tienen a hablar estos republicanos y estos socialistas de revolución en el campo, de Reforma Agraria y de otras cosas tan serias como esto?... Cuando yo llegué aquí, eran ustedes una partida de zánganos que necesitaban de quince a veinte días para aprobar una solicitud de crédito; ahora esa solicitud se resuelve en tres días... Antes, en un día, se resolvían dos o tres solicitudes de crédito; ahora hay días que resolvemos cuarenta o cincuenta...»

«¿Que les obligo a trabajar recurriendo incluso a la amenaza? No lo niego... Pero, a ustedes sólo se les obliga a trabajar, mientras que hay docenas de miles de hombres a los que se les obliga a morir».

Los que escribían dejaron de escribir.

«Ustedes pueden enviar lo que quieran al gobierno... ¡Lo que quieran!... Pero, quiero notificarles lo siguiente: en un plazo de ocho días todos los menores de treinta años se incorporarán al ejército «voluntariamente», salvo los técnicos que a criterio del director de Reforma Agraria deban seguir trabajando aquí; el personal femenino pasará un examen de competencia y la que no valga será dada de baja...»

Silencio.

«En la guerra y en la revolución se actúa así... Aparte de esto voy a pedir a los tribunales que hagan averiguaciones sobre ciertos funcionarios; y si tales funcionarios aparecen culpables yo procuraré que cumplan la sentencia...»

–Señor director... Nosotros...

–Yo, mientras no termine esta asamblea no soy el director de Reforma Agraria, solamente un miembro del Frente Popular, pero un miembro auténtico... Y ahora señores –añadió dirigiéndose a los que habían comenzado a escribir– terminen su documento... Y llévenlo rápidamente... Y esperemos a ver por dónde se rompe la cuerda...

Y se fue.

La primera visita fue la del secretario general del Instituto.

–Quería decirle...

–Presente su dimisión y ahórrese explicaciones... Pasado mañana Aparecerá el nombramiento del señor Morayta para sustituirle.

El otro le miró.

–Nada más, señor Ayensa.

Encendió un cigarro. Y abrió el balcón para que entrara aire. Y luego miró a Morayta...

–¿Por qué no encargas que nos traigan café?... Empiezo a estar tan contento, que me gustaría saborear una o dos tazas de café sin pensar en nada... ¡En nada!... Sólo en el café.

Y Morayta salió. Y después de media hora entró el ordenanza con una cafetera niquelada, dos tazas de café y un azucarero sobre una bandeja. Y las puso sobre la pequeña mesita que había ante el diván. Y sin hablar se sirvieron los dos. Morayta entre sorbo y sorbo miraba al techo. Castro sólo miraba al café, a aquella taza blanca y aquel líquido negro que humeaba. Y de vez en cuando acercaba sus narices a la taza y olía... Y un ligero comentario...

–Maravilloso.

–Sí, está bueno el café.



–Morayta, no hablaba del café.

–Ah...

Y siguieron llegando los campesinos con su ropa de pana y su olor a campo. Y a entrar, sin esperar, a ver al «camarada director». Y a echar las colillas en el suelo y de vez en cuando un salivazo. Y a ofrecer al «camarada director» un cigarro de aquellos que hacían toser y escupir. Y a irse contentos con sus expedientes aprobados y su dinero en los bolsillos.

Y el pasar de los días.

Castro piensa en los frentes.

Y piensa en la cosecha de aceite de la que se quieren apoderar una serie de gentes para exportarla a Italia, en donde después de refinado y envasado el aceite se enviaría a Alemania o a los Estados Unidos o a Rusia.

Jaén es su frente de batalla.

\* \* \*

Castro y Mariano sobre el moderno «Chrysler» van avanzando hacia Jaén. Primero pueblos blancos y silenciosos. Y perros que toman el sol en las puertas de las casas. Y olivares y olivares.

Y la cúpula de la catedral... Y Jaén... Y un cuarto con dos camas en un hotel que está a espaldas de la catedral. Y una entrevista breve y secreta con el delegado provincial que confirma lo que se prepara. Y otra con el coronel Morales, jefe de aquel sector, un viejo canoso y verde, al que gustan las muchachas jóvenes y el cante jondo. Y una entrevista con Benigno, el jefe de propaganda del Quinto Regimiento que anda por allí. Y una charla por radio de dos horas. Y un ofrecimiento a los campesinos: «El Instituto de Reforma Agraria comprará la aceituna a 40 céntimos más que los demás. Y pagará por adelantado a las colectividades. Y se encargará del transporte... ¡Necesitamos, camaradas campesinos, vuestra aceituna para que puedan comer nuestros soldados y millones de españoles que luchan contra el fascismo y el hambre».

Y una noticia dicha en voz baja:

«Tenga cuidado... Han acordado matarle».

Benigno le ha invitado a cenar en la casa en que vive. Una casa modesta y adusta por fuera. Y un pequeño palacio andaluz por dentro. Muebles de madera labrada, ventanas con rejas y tiestos. Silencio roto solamente por el murmullo de una fuente que vierte su agua sobre un estanque de azulejo, y una azotea de cara al campo y millares de olivos sobre una tierra amarillenta. Y nada más. A excepción del cielo azul, como un techo inmóvil y maravilloso de aquel mundo de quietud y riqueza. Y en la azotea, sentado en una silla de madera y paja, Martínez de León, el creador de «Oselito», aquel personaje

lleno de guasa y filosofía que fue en la guerra el mejor amigo de los combatientes...

Serio y cetrino.

Bebiendo de sorbo en sorbo la manzanilla.

Y mascando parsimoniosamente, con un ritmo de rito, aceitunas negras o verdes.

–Hola.

–Hola.

Y nada más. Que cuando frente a los olivares se bebe manzanilla y se comen aceitunas no se habla.

Y...

–Salud.

–Salud.

Y el agua cayendo sobre el estanque. Y los olivares inmóviles como si tuvieran miedo de que al moverse se desprendieran sus frutos. Y el cielo como un techo maravilloso. Y Martínez de León, silencioso, triste, como un extraño Cristo árabe, bebiendo manzanilla a sorbitos, saboreándola y mirando al cielo. Y mascando las aceitunas con ansia y cariño, como si no quisiera hacerles daño. Y las campanas de la catedral silenciosas...

–¿Qué te ha dicho Martínez de León? –le pregunta Benigno.

–No habló... Estaba en plena ceremonia.

–¿Qué hacía?

–Mirar al cielo y a los olivares... Beber manzanilla... Y mascar aceitunas dejando cuidadosamente sus huesos sobre un platillo de prestancia árabe, como si fueran perlas marañas.

–Sí.

–Salud, Benigno... Ya os veré.

Y con Mariano detrás y la pistola dispuesta a ser empuñada, se fue a un pequeño restaurante en donde acostumbraba a ir el coronel Morales, se comía bien y barato. Y no llegaban los ruidos de afuera. Ni la gente que los atendía hablaba. Y servido todo por unas chicas jóvenes y guapas, con aroma de olivares...

–¿Usted por aquí?

–A cenar, mi coronel.

–Le invito.

–Acepto.

Y Castro arrastró una silla y se sentó. Y le sirvieron. Y comió en silencio viendo solamente cómo el coronel miraba a aquellas pequeñas vírgenes a las que les faltaba poco para dejar de serlo. Y cuando les sirvieron el café el coronel habló.

–Va a venir conmigo esta noche... En una pequeña casita blanca, entre los olivares, con coñac del bueno y manzanilla de

la mejor; la Niña de la Puebla y Canalejas cantarán y tocarán para nosotros... Hasta que amanezca... Será como una misa larga, de rasgueos y quejidos, de amores y penas... Tiene que venir... Y escuchar con los ojos cerrados... Y beber hasta que parezca que empieza a morir poco a poco y dulcemente... Sólo así se puede entender a esa mujer y sus canciones, a ese hombre y su guitarra.

–Coronel.

–¿Qué?

–Tengo que irme... Pronto, muy pronto... Allí no podemos distraernos con estas misas extrañas...

–Tendrá que venir.

Castro estuvo tentado de levantarse e irse. Pero necesitaba a aquel viejo coronel para que le garantizara los embarques, para que impidiera el despojo a los campesinos.

–Iré, coronel.

Y la noche. Y olivares y sombras, Y cielo y luna. Y una casita blanca. Y dentro, ellos. Y entraron Castro y el coronel.

–Salud.

–Salud.

Y se sentaron en torno a una mesa de vieja madera, desgastada por el limpiarla de cada día. Y coñac y manzanilla. Y

aquella mujer alta, de falda con volantes, de blusa oscura y una pañoleta. Y aquella cara alargada. Y aquel ojo sin vida, tapado con algo negro que la daba un aire de bruja. Y él, de negro y flamenco, como abrazando su guitarra. Y Mariano sentado en una silla. Y el coronel que llena las copas. Y el beber a un tiempo de todos. Y el rasguear de la guitarra. Y unos carraspeos de ellas. Y la copla de amores y muertos, de manzanilla y luto, de pasión y traiciones. Y todo con una voz ronca, como si hiciera esfuerzos para dominar el llanto. Y la guitarra llorando. Y ella y él mirándose.

Y manzanilla.

Y coñac.

Y una hora...

Y otra hora...

Y quinientas pesetas sobre la mesa... Y botellas a medio beber... Y Mariano con la cabeza caída sobre el pecho, durmiendo.

–Salud. –Salud.

Y hacia Jaén entre luna y sombras.

–¿Cuento con su ayuda, coronel?

Y el otro le miró como extrañado de oírle.

–¿Cuento con su ayuda, coronel?

–Sí.

Y se separaron ante la catedral, a la que la luna parecía haber convertido en un muerto gigantesco cubierto con una mortaja blanca, blanca.

Hizo el regreso a Madrid de noche. Y habló poco durante el camino: unas cuantas palabras con Mariano, su chófer, chulón y camándula, unas cuantas palabras para asegurarse de que no le dominaría el sueño. Y otras cuantas con los controles para que el «alto» fuera lo más breve posible. Durante estas horas de noche y sombras se entretuvo en ver y en pensar... En aquellos campesinos con barba de muchos días y arrugas que parecían pequeñas brechas, con su fusil siempre dispuesto, con el cigarro apagado en la comisura de los labios, con los pantalones de pana un poco caídos y con aquel mirar entre inocente y pícaro a la vez; y en aquellos Cristos y Vírgenes colocados a los lados del camino como extraños centinelas, de cara al día y la noche, a fríos y calores, a la quietud y al viento, también con sus fusiles en bandolera y un gorro de miliciano ridículamente puesto sobre sus cabezas. Todo aquello, que en un desfilir relámpago ante su mirar había visto en aquel caminar entre una paralela de árboles que parecían esqueletos, le hundió en hondas preocupaciones. Fue inútil que quisiera dormirse, que quisiera pensar en los frentes, que quisiera pensar en el mañana. Aquellos vigilantes del camino, de carne unos, de escayola o madera otros, se le habían metido muy dentro...

Pensar...

«¿Por qué pensar en esto?»... se decía mientras pensaba...

«¿Será verdad que se han arrancado a Dios de sus almas?... ¿O sólo querrán molestar a Dios por no haberles escuchado sus súplicas de siglos? ¿Habrán puesto en el camino a Vírgenes y Cristos para poder verlos a su misma altura, como seres iguales a ellos o como una imitación de ellos, o los habrán colocado ahí por la necesidad de dominar su miedo y sus dudas?... ¿Se habrán secado en ellos las viejas raíces de su vieja fe o estarán solamente dominados por la misma locura que envuelve a España entera?»

«No sé».

«No sé».

Y no hizo mayores esfuerzos por saberlo.

Y comenzó a pensar en la Reforma Agraria, en la revolución agraria que el Partido le había encargado hacer sin fijarle plazo, sin decirle como, pero gritándole que había que ganar en unas semanas a los campesinos para que a los frentes no les falte carne endurecida... Pensó en la tierra tomada por tantos hombres en un afán desesperado de ser dueños de lo que querían ser dueños sus antepasadas desde siglos y siglos; pensó en el Decreto del 7 de octubre que confirmaba la propiedad de la tierra a sus nuevos dueños; pensó en los millones de pesetas repartidos, en las semillas dadas sin tasa... Y sonrió con tristeza... «Todo esto no deja de ser una gran mentira, una terrible y necesaria gran mentira... Hemos repartido lo que no hemos conquistado definitivamente, lo que todavía está en litigio, lo que aún no se sabe si será para



siempre nuestro o volverá de nuevo a ser de ellos... Pero era necesario... A toda esta gente del campo, a toda esta gente con una loca ambición de propiedad que se asemeja a una gran y eterna locura los necesitábamos, los necesitamos, los necesitaremos por mucho tiempo, por mucho tiempo, por todo el tiempo en que tardemos en hacernos dueños del poder y de consolidamos en el poder... ¡Después hablaremos!... ¡Después pondremos las cosas en claro!... ¡Después podremos decir quién es el verdadero dueño de la tierra!... Pero, hasta entonces habrá que gritar cada día que la tierra es suya, que se la dimos nosotros, el Partido, que les dimos dinero y semillas y aperos y consejos... Sólo sintiéndose dueños lucharán por conservar «sus» propiedades»

Volvió a sonreír.

«La historia no podrá decir que fue una mentira».

«La historia si quiere ser justa tendrá que decir que fue un medio». «¿Y si se perdiera la guerra?»

Pensó unos segundos sobre esto.

«Sería grave, pero no decisivo. Porque no sería más que una derrota parcial, pasajera en realidad, un aplazamiento de la fecha decisiva e histórica. Sí, ellos jamás olvidarán que nosotros les dimos de hecho y de derecho la tierra; ellos jamás olvidarán quién les robó por la fuerza de las armas «sus» propiedades».

Y una sonrisa más.

«¡Magnífico!».

«¡Realmente magnífico!».

«¡En verdad el Partido es el jugador que nunca pierde! ¡Nunca!... De una manera u otra siempre hace saltar la banca... Por la estupidez de los demás y por su grandiosa sabiduría».

Se dio cuenta que el cigarro se le había apagado. Lo encendió de nuevo. Una chupada y el toser de Mariano que ya iba para viejo.

«¿Por qué insistir más sobre esto? –pensó–. Al fin y al cabo la revolución agraria ya está «hecha»... He terminado mi tarea. Ahora son ellos, estos nuevos propietarios los que tienen que luchar y morir por conservarla, por conservarla y por llevarnos paso a paso hacia el poder, hacia ese poder que los republicanos consideran que es la república, pero que será nuestro poder. ¡El nuestro, imbéciles, el nuestro!».

Rebosando cinismo pensó: «Valió la pena el viaje a pesar de tener que haber aguantado a ese coronel Morales, viejo verde y chocho; a pesar de haber tenido que aguantar todas las horas de una larga noche escuchando el canto–llanto de una mujer sombría con aires de bruja y el rasguear de una guitarra que era algo extraño en aquel momento en que las dos Españas cargadas de odio, de ambición de vencer, habían empezado a regar a España de sangre y lágrimas».

Tiró la colilla que otra vez se había apagado.

«¡Cante jondo!».

«Y una guitarra que ablanda».

Y comenzó a dormirse.

Y se durmió.

–Señor, estamos llegando a Madrid.

–Llévame al Instituto.

El empleado de guardia abrió los ojos con sorpresa y sueño; los guardias de asalto le saludaron un poco asustados... Y llegó a su despacho; y se dejó caer sobre un sillón... Y clavó su mirada en los mapas de los frentes del Centro... «Sí, el capitán Carlitos es un hombre eficiente... Todo está al día. Seguimos retrocediendo... Pero eso no le importa... Lo importante es marcar cada día dónde estamos... Y lo ha hecho... Sí... Estamos al borde de la gran batalla, de la gran derrota o de la gran victoria... Gracias, capitán Carlitos... Tú siempre sabes lo que quiero saber».

Se acercó a los mapas.

Y miró detenidamente.

«Seguimos retrocediendo».

«Seguimos retrocediendo».

Y blasfemó varias veces en voz baja...

«Y, sin embargo, se puede hacer mucho o al menos algo... ¡Algo!... ¡Algo!... Cualquier cosa menos presenciar pasivamente

cómo la catástrofe se acerca, cómo la catástrofe nos amenaza».

Pero...

«Yo soy el director del Instituto de Reforma Agraria... Yo sólo debo hacer la Reforma Agraria... ¿Lo demás?... Lo demás no importa, no me importa... Concretamente el Partido me dijo: «Castro, hay que hacer la Reforma Agraria. Y hacerla pronto. Los frentes necesitan carne fresca, carne endurecida. Esa carne es la de los campesinos. Dales cuanto sea necesario con tal de que ello les impulse a luchar, les impulse a matar».

Sí.

«¿Lo demás?... Allá ellos... Que los militares hagan lo suyo... Yo he hecho lo mío... ¿No querían carne fresca?... ¡Pues ya tienen carne fresca!... Y, sin embargo, yo podría hacer algo, todavía podría hacer algo...» Y otra vez sobre los mapas. Con una línea azul muy delgadita estaban marcadas las tres zonas «fortificadas» que había mandado construir el pequeño Napoleón del momento, don Francisco Largo Caballero. La primera pasaba por el Este del Guadarrama protegiendo Griñón y Torrejón; la segunda pasaba por Pozuelo de Alarcón–Perales del Río; y la tercera protegía los arrabales de la ciudad en las direcciones de Aravaca–Humera–Carabanchel–Villaverde.

Tres zonas «fortificadas».

Tres líneas marcadas en el mapa con unas rayitas azules muy delgaditas. «Nada D. Francisco».

«No son zonas fortificadas de cemento»... «Son tres líneas, muy delgaditas, marcadas en el mapa con un lápiz azul»...

Y una pausa en el pensar: «Vienen deshechos por el cansancio y una retirada de varios meses. Hay en ellos un heroísmo desesperado, pero nada más. Ya no son combatientes. Y no lo serán posiblemente en algún tiempo. Son la dignidad hecha carne. Nada más que la dignidad, Y con esto solo no se puede vencer».

Se dirigió al teléfono y marcó un número.

–Aquí Castro.

–El sargento de guardia. A tus órdenes.

–Gracias... Gracias... Llama, por favor, al capitán Carlitos.

Y esperó.

–A tus órdenes, comandante.

–¿Tienes sueño?

–Sí.

–¿Puedes aguantártelo por unas horas?

–Sí.

–Pues ven a verme... ¡Te necesito!... Pero, ven pronto... Tu «comandante» te necesita más de lo que tú piensas...

–Como tú ordenes.

Y entretuvo la espera figurándose los frentes; imaginándose a cientos y miles de hombres agotados y hambrientos atravesar los días y las noches sabiendo que en su caminar se acercaban a Madrid, se acercaban a un lugar en donde no deberían pasar, de donde no habría de dejarlos pasar, pasase lo que pasase. «No son hombres de campo y la inmensidad del campo, su silencio o sus ruidos les desconcierta o asusta. Sí. Ellos todavía no saben ver en la noche ni catalogar los ruidos. Pero si llegan hasta aquí, aquí será otra cosa. Ellos conocen las calles y saben moverse en ellas como los lobos en los montes y, además tienen aquí sus casas, sus mujeres, sus hijos... ¡afortunadamente los tienen aquí!... Esto es muy importante, muchísimo, sobre todo si no se permite la evacuación en masa... Entonces se detendrán, porque aquí estará todo cuanto tienen».

Escuchó unos golpes en la puerta.

–Adelante, capitán.

Y le salió al encuentro. Y Carlitos se cuadró y saludó con el rostro contraído y lleno de sueño.

–A tus órdenes, comandante Castro.

Castro se acercó y le estrechó la mano fuertemente. Se notaba un poco emocionado, pero sólo fueron unos segundos en los que al volverse a oír llamar comandante recordó muchas cosas.

–Siéntate, capitán.

Y le dio un cigarro y encendió otro. Y tocó un timbre y cuando llegó el empleado de guardia le dio unos billetes.

–¡Tráiganos café de donde lo haya!... ¡Por favor!

Y se miraron. Pero sólo hubo en aquellos dos mirares un mirar que sabía qué miraba: el de él, de Castro que buscaba en los ojos del otro si existía la vieja fidelidad, que tanteaba en los ojos del otro si podía confiarse, si podía preguntar cuanto quería saber.

–No perdamos tiempo, Carlitos.

–Dime.

–¿Cómo van las cosas en el Quinto Regimiento?... ¿Cómo funciona el comandante jefe, Líster; cómo funcionan los demás comandantes?

El capitán le miró.

–Me matarían si lo supieran.

–No te matarán, capitán... No te matarán... ¡No y no!... Tú eres un capitán del 5.º Regimiento y no un capitán de Líster ni un capitán de Castro, ni un capitán de Largo Caballero, ni un capitán de la república, ni un capitán de nadie... ¡Tú sólo eres lo que eres, camarada, un capitán del 5.º Regimiento, de ese 5.º Regimiento por encima del mal no hay nadie para ti... ni para mí... Y no se trata, entiéndeme bien, de que me informes de

Líster o Modesto, de «El Campesino» o Galán... ¡No!... Quiero sólo que me informes del Quinto Regimiento, ¿me entiendes?, del Quinto Regimiento nada más. Porque esto es lo importante para ti, para mí, para el Partido, para la revolución... Los hombres no... Los hombres suelen ser muchas veces porquerías disfrazadas de héroes... Pero, el Quinto Regimiento no, ¿me oyes?... Y del Quinto Regimiento es de lo que quiero saber cuanto tú sepas...

–Sí, comandante.

–Habla.

–Sí, comandante.

Y mirando fijamente al capitán que parecía vacilar, Castro se dispuso a escuchar.

–El Quinto Regimiento está enfermo... ¡Una extraña enfermedad!... Todos sus jefes son héroes... Todos sus combatientes mártires... No... ¡Ya no es el Quinto Regimiento!...

–¿Por qué?

–Tú antes eras un freno de muchas cosas... Sin ti cada cual se ha mostrado como era... Líster llega, come, duerme, golfea lo que puede y se va; Carlos llega, bebe, sofaldea a las muchachas de la cocina, grita como un energúmeno y se va; sólo hay algunos que siguen siendo lo que fueron: el comandante Ortega, más triste y silencioso que nunca, el comandante Oliveira.



–¿Y nadie más?

–No.

Castro le miró fijamente. Sentía una rabia inaudita por dentro, pero se contenía. Y se limitaba a mirar a los ojos del capitán.

–La comandancia del Quinto Regimiento es un hotel, un comedor, un estanco... Y nada más.

–¿Y el Partido?

Después de decirlo, Castro tuvo miedo de haberlo dicho.

–¿El Partido?

–Sí.

–El Partido sois vosotros...

Entró el empleado de guardia con el café. Y bebieron en silencio. Y cuando ya el café se agotó, Castro dio un cigarro al capitán, encendió él otro y después de dar unos cuantos paseos por el despacho, cuya gruesa alfombra ahogaba el ruido de sus pasos, se volvió a sentar. Y comenzó a hablar. Lentamente, clavado su mirar en los ojos del otro, sin hacer un gesto.

–Capitán Carlitos: se acercan unas horas difíciles. Hasta ahora ha sido posible jugar al héroe y ceder terreno, pero me temo que eso se acerca a su fin. Ya no será Talavera, Maqueda, Toledo... Ahora le toca el turno a Madrid, y a pesar de lo que

diga el imbécil de Caballero, asesorado por el cretino de Asensio, Madrid se podría decidir en unos días de lucha... ¿Me comprendes?... Se empieza a notar el pánico en la cúspide, muchos jefes empiezan a sacar a sus familias, el gobierno parece ser que vacila entre irse o quedarse, en el mismo Partido la idea del repliegue de las direcciones nacionales de Partidos y Organizaciones a Valencia y del mismo gobierno toma cuerpo...

El otro le miraba.

–Podríamos esperar y cuando llegue el enemigo a las puertas de Madrid irnos... Esto ni es peligroso ni es difícil... ¡Pero si fuéramos capaces de resucitar el Quinto Regimiento es posible que todo se salvara... es posible que Madrid fuera, si supiéramos aprovecharlo, el choque decisivo y nuestra victoria decisiva!... ¿Crees posible la resurrección del Quinto?...

–No.

–Está bien, Carlitos... No te dediques a mirar lleno de pena los rincones de nuestra comandancia, no te dediques a sufrir una terrible nostalgia por el ayer... Yo te diré, Carlitos, lo que puede hacerse; yo te diré lo que deberás comenzar a hacer desde el momento mismo que llegues a la Comandancia.

Se miraron.

–¿Confías en mí?

–Sí.

–¿Me obedecerás?

–Sí.

–Cuando llegues a la Comandancia pide una taza de café negro. Tómatela. Y después comienza a llamar a todas nuestras unidades. Saluda a sus comandantes en mi nombre... Diles que los recuerdo entrañablemente... pregúntales después cuál es la mejor compañía que tiene cada uno de ellos... Pregúntales si quitándosela podrían mantener sus frentes... Pregúntales si están dispuestos a dar todo por Madrid... Hecho esto, es cuestión de unas horas nada más. Vete al hotel de la calle Serrano, habla con Tomás y pregúntale, sin darle aparentemente mucha importancia, si podría organizar en unos cuantos días doscientos grupos de cinco hombres dispuestos a todo... Y háblale de mí... Y procura captar el tono en que te responde...

–¿Por qué?

–Quiero saber si solamente soy un modesto Director de la Reforma Agraria... Nada más... Solamente eso... Pero, cuando sepas todo lo que te he dicho que quiero saber, ven a la hora que sea... ¡No dejes de venir!... ¿De acuerdo?

–A tus órdenes, mi comandante.

Y se fue.

Castro apagó la luz y se echó en uno de los divanes... Y se quedó dormido en unos cuantos segundos.

\* \* \*

Largo Caballero, el flamante ministro de la Guerra, posiblemente asesorado por sus consejeros, hace tres definiciones mientras Franco avanza hacia Madrid.

Una.—«No conviene que los milicianos sepan de la existencia de las tres zonas fortificadas: se retirarán rápidamente a ellas y traerán con ellos al enemigo hasta las puertas de la ciudad».

Dos. —«España es un país de guerrilleros».

Tres. —«...Madrid no es una posición favorable, por lo que en el caso hipotético de que llegaran los facciosos a dominarla, el triunfo no pasaría de lo moral».

«Imbécil».

«Imbécil».

Y sonrió.

Y se le oyó decir, esta vez en voz alta, seguro de que nadie le escuchaba: ¿No será mejor que sea así?». Después se dejó caer en un sillón. Y cuando entró Morayta con papeles y más papeles se limitó a decirle mientras sonreía cínicamente:

—¿Cómo va esa Reforma Agraria, camarada Morayta?

—Bien... Pero quisiera que confirmaras los nombramientos de todos los eventuales...

–¡No firmo nada!

–¿Por qué?

–Escucha, mi buen Morayta. En este momento a mí no me importan nada los eventuales, ni la Reforma Agraria, ni el Instituto de Reforma Agraria... ¿Me oyes?... Sólo me importa una cosa...

Morayta le miraba.

–...batalla que se acerca... La batalla por Madrid... La batalla que hay que ganar o habremos perdido la guerra, a pesar de lo que digan políticos y militares...

–Y...

–Eso sólo... A la mierda los eventuales... A la mierda la Reforma Agraria... A la mierda todo... ¡Todo!... Todo menos Madrid... Y perdóname, camarada Morayta, que nunca he debido hablarte así porque tú eres un hombre que sabe comprender y con el que existe siempre la obligación de explicarse...

–No importa, Castro. Sé que estás nervioso.

–Muy nervioso, Morayta... camarada Morayta... Sí... Debo estar algo nervioso.

Morayta se fue.

Y Castro se acercó al balcón y estuvo muchos minutos mirando al parque que tenía enfrente aunque no era «su» parque; después se acordó del Parque del Oeste, de «su» parque y sintió una gran pena... «Lo destrozarán»... «Morirán hombres y recuerdos»... «Y aunque después se reconstruya ya nunca será el mismo, que el alma de una cosa no puede morir y resucitar». Y abandonó el despacho. Frente a la puerta del Instituto, Mariano dormitaba.

–Llévame al Parque del Oeste... ¡Tengo prisa, Mariano!

–Sí.

–Pero, por favor, llévame por la calle de Alberto Aguilera... Por allí vete despacio, ando buscando algo que no sé si encontraré...

Madrid se hunde en la noche.

En el Paseo de Rosales un coche con las luces apagadas... Recostado en un árbol Castro mira a lo lejos... Mira y mira... Y cuando se vuelve de espaldas y mira a la ciudad dice como en un susurro:

«No puede perderse».

«Ella es nuestra vida y nuestra historia».

Y muy lentamente se dirige al coche. Mariano pone en marcha el motor y enciende las luces... Y luego mira a Castro.

–¿Llora?

–No seas tonto, Mariano. Lo que ocurre es que hacía tanto tiempo que no venía, que el viento de la sierra me ha desconocido... No... No lloro... ¿Cómo piensas que puedo llorar yo?

Mariano calla.

–Vamos, Mariano, de prisa...

–¿Encontró lo que buscaba, jefe?

–Sí.

–Menos mal –comentó Mariano. –Y si vieras qué alegría nos ha dado a los dos.

–¿A los dos? –preguntó con los ojos muy abiertos.

–Sí, Mariano... Pero no te estrujes la mollera... Es difícil de comprender.

–Ya lo decía yo...

–Y yo, Mariano.

## Capítulo XIX

### EL CIELO COMO TESTIGO Y LA CIUDAD A SUS ESPALDAS

Mientras tomaba el café en pequeños sorbos hacía desesperados esfuerzos por no dormirse. Porque sabía que allí estaban ellas: Esperanza, Aurora, Amelia y Chelo. Ellas que le miraban, con un mirar que exigía anhelosamente. Y no quiso mirar. Y no quiso hablar. Lo que quería era dormirse. Dormirse o soñar que veía las hojas del calendario caer ininterrumpidamente.

–Están mal las cosas ¿verdad?

Alzó la cabeza y la miró. Y hubiera querido rechazar violentamente la pregunta. Pero vio sobre sus ojos el mirar de las demás. Y se acordó que él, Castro, tenía que ser inasequible a todo: al pánico y a la autosatisfacción, a la alegría y a la pena...

–Solamente difíciles, Esperanza.

–¿Te olvidas que estás hablando con el jefe de Información del Quinto Regimiento?



Sonrieron los dos.

–No... Yo nunca me olvido de nada. Pero, ahora estaba alegremente distraído en mirarte; en miraros a todas. Sin acordarme de la guerra, sin acordarme de que la guerra no tardará mucho en llamar violentamente a las puertas de nuestra ciudad.

Ella le miró.

–¿Tienes sueño?

–Mucho.

–Pues no nos respondas... Vete, vete a dormir, Enrique, y descansa, descansa mucho. Y no te preocupes por nosotras que, al fin y al cabo, no somos más que unas cuantas mujeres y unas cuantas muchachas demasiado curiosas...

–Gracias.

Y se levantó torpemente... Y quiso sonreír y no pudo... Y se dirigió un poco tambaleante hasta la pequeña alcoba que tenía un balcón por el que entraba el aliento de la noche. Y sacó la pistola. Y la puso debajo de la almohada. Y no pudo hacer más cosas. Se dejó caer, Y cuando su cuerpo llegó a la cama ya iba dormido.

\* \* \*

–Castro, nuevas delegaciones de campesinos quieren verte.

Alzó los ojos y vio a Morayta.

–Recíbelas tú... Y trátalas bien... Si ellos, los campesinos, se negaran a luchar, la guerra terminaría mañana mismo... Trátales bien... ¡Dales cuanto te pidan!... Diles que sí a todo... ¿Comprendes, camarada Morayta?

–Comprendo, Castro.

Y Morayta se fue.

Hizo girar el sillón y se puso a mirar al Parque del Retiro que tenía enfrente. El invierno comenzaba a atenazar a Madrid. Los árboles descarnados le parecieron los esqueletos de ayer, de un ayer de verdor y sol con pena. Y luego vio a las gentes caminar de prisa, como autómatas, como extraños seres que fueron dialogando con su propia conciencia, con su valor o su miedo...

«Y yo aquí».

«Como un espectador... Como un hombre que no sirviera para nada... Como si fuera, «algo» que no hubiera sido preparado para esto... Como si no fuera un técnico de la «fórmula»; como si yo fuera algo que tuviera miedo de matar, cuando sólo quiero matar, matar y matar... ¡Porque la guerra la gana quien más y más pronto mata!».

Sonó el teléfono.

–Aquí Castro.

–.....

–Dime, Falcón.

–El frente de Getafe se ha venido abajo... El Buró Político te ordena que salgas inmediatamente para el frente... ¡Hay que superar el pánico de los milicianos! ¡Hay que detenerlos!...

–Salgo ahora mismo.

Se quitó la corbata. Tiró la chaqueta sobre el sillón y se arremangó la camisa. Luego revisó la pistola. Y después se metió dos cargadores más en el bolsillo del pantalón...

Tocó el timbre.

–Llamen a Mariano... Salgo en dos minutos...

El ordenanza se retiró. Encendió un cigarro. Luego miró el reloj. Volvió a mirarle; habían pasado los dos minutos. Y abrió la puerta. Y comenzó a bajar las escaleras despacio, con un ritmo medido, matemático. Los empleados le miraron extrañados; los guardias de asalto le saludaron más serios que nunca. Y abandonó el edificio. El coche negro a unos metros y con el motor en marcha; y hablando con Mariano, César Falcón, como un personaje extraño de un mundo lejano y desconocido.

–Hola, Castro.

–Hola, Falcón.

Falcón abrió la portezuela del coche.

Castro le hizo una seña de que entrara.

–No, tú primero, Castro.

Castro se sentó al lado de Mariano. Falcón cerró la portezuela y se quedó de pie en la acera, sonriente y cínico.

–Suerte, Castro.

«A la mierda».

Y a Mariano:

«Lo más rápido que puedas... Pronto, Mariano!...»

Y cerró los ojos porque no quería ver a Madrid encogido y triste. Sólo cuando notó que habían llegado a la carretera los abrió y comenzó a mirar, con ese mirar que veía y adivinaba. Y kilómetros de carretera y árboles impasibles al drama de un pueblo. Y campesinos encogidos en los quicios de las puertas que miraban el pasar de hombres y coches...

–Y la silueta del Cerro de los Ángeles.

Y Getafe.

Y columnas de hombres destrozados que caminaban lentamente, con sueño, con rabia y con pena.

–Corre, corre más, Mariano.

Y después de unos minutos el estallido cercano de los obuses. Y ruinas humanas caminando y maldiciendo. Y ojos desorbitados...

–Para.

Y descendió del coche sin prisa. Y miró hondamente a aquellos hombres. Y buscó con angustia caras conocidas y a los oficiales de aquella masa de hombres con una rabia infinita en sus almas... Y se detuvo. Y siguió mirando. Y aquellos hombres, como si algo les empujara hacia él se fueron acercando, deteniéndose, alzando la cabeza y mirando...

–¿Cansados?

Nadie contestó.

Algunos oficiales se acarearon y le saludaron.

«A tus órdenes, comandante».

No contestó. Les miró a los ojos. Con rabia y con pena. Con ansias de insultarlos y abrazarlos...

–Sentaros, camaradas, sentaros... El enemigo no está cerca, aunque no esté lejos. Sentaros y cerrar los ojos. Y respirar profundo. Y pensar que sólo nos quedan unos kilómetros para retroceder... Pensar que después de esos kilómetros están vuestras casas, vuestras mujeres, vuestros hijos... Y cuando

hayáis pensado en cuanto os digo hacer lo que queráis: jiros o quedaros!...

Y se separó de ellos en espera de una reacción.

Y se dedicó a mirar.

Y allí Dolores, pasando su brazo por el hombro de un miliciano que caminaba arrastrando los pies, mientras un fotógrafo imprimía varias fotos que después publicaría «Mundo Obrero»; un poco más lejos José Díaz con ojos de persa y de asombro. Y Pedro Checa, con su gesto de siempre, con su mirar tranquilo y su traje arrugado; y la pequeña corte que se movía desacostumbrada y asustada.

«¡Castro!».

–Dime, Pepe.

–¿Qué está ocurriendo aquí?... Dicen que Líster se ha retirado a Morata... Que el frente está abierto para el enemigo... ¿Quieres decirme qué pasa, Castro?...

Castro no contestó.

Y llegaron Dolores Ibárruri y Checa.

Ella soberbia e imponente. El otro tranquilo.

–¿Qué puede hacerse, Castro?

–Lo de siempre, Checa... Pero, iros pronto de aquí... Ahora no hay que tener pena ni lástima de los hombres y por los

hombres. Hay que imponerse a su miedo... Y no sé todavía, camarada Checa, si habrá que matar a alguno de estos hombres maravillosos... Si les habláis como a héroes, seguirán retrocediendo... ¡Hay que hablarles como a soldados!... ¡Hay que ordenar!... ¡Mandar!... ¡Mandar!...

Y dio media vuelta.

Y se encontró con Carlos Contreras.

–Ayúdame, Carlos.

Y se dirigieron hacia los grupos de hombres que descansaban en las cunetas de la carretera.

«Oficiales del Quinto Regimiento... ¡Aquí!».

«Hombres del Quinto Regimiento... ¡En pie!... Pronto!... ¡En pie!».

Y esperó unos segundos con un mirar anhelante y la mano en la culata de la pistola. Y vio acercarse a los oficiales; y ponerse en pie a los milicianos. Y sintió más cerca que nunca el estallido de las bombas. Y vio cómo la caravana de coches con los jefes se perdían en el camino que llevaba a Madrid...

Miró a Carlos Contreras.

–¡Háblales, Carlos!

Y el comisario Carlos habló:

«¿Dónde están los hombres del Quinto?... ¿Dónde?... Me parecéis hombres extraños, hombres que no fueron del Quinto, hombres que no hubieron tenido por maestros a los comandantes Oliveira y Ortega, hombres que no tuvieran por comandantes a los comandantes Castro y Líster... ¡Así no podemos continuar!... ¡Madrid está cerca, muy cerca, camaradas!... ¿La vais a entregar?... ¿Os habéis olvidado que enfrente tenéis al Tercio y a los moros que buscan carne fresca, la carne de vuestras mujeres y de vuestras hijas?»

Y silencio.

«El comandante Castro va a hablaros».

«Escuchadme, camaradas oficiales y milicianos, escuchadme, que bien sabéis que yo jamás engaño... Nuestras reservas están terminando su periodo de instrucción y dentro de unos días saldrán de sus bases para estos frentes... ¡Dentro de unos días!... Convoyes interminables de armas y municiones se acercan hacia Madrid... vuestras mujeres e hijos duermen sin miedo pensando en que vosotros detendréis al enemigo...»

«¿Me entendéis?»

«Siiiií».

«Hay que resistir unos cuantos días más... Resistir... Fijaos bien que no os digo que no se pueda retroceder, pero retroceder lo menos que podáis, metro a metro, dándonos tiempo a que hombres frescos y bien armados lleguen».

«¿Puedo tener confianza en vosotros?»



«¿Puedo tener confianza en vosotros, camaradas?»

«Siiiií...»

«Camaradas oficiales... ¡Escuchad!... Con los hombres que os queden reorganizar vuestras compañías... No importa que éstas sean de cuarenta o cincuenta hombres... En estos momentos, camaradas, no es el número lo que decide, sino el valor, el heroísmo».

Y una pausa.

«Camaradas oficiales: quien no obedezca es un traidor y ante sus antiguos compañeros hay que exterminarle para ejemplo... ¡No importa que sea un miliciano! ¡No importa que sea un oficial!... ¡El problema, camaradas, es que cada metro que el enemigo avance le cueste caro, caro en sangre, caro en tiempo».

«Ya, camaradas».

«Pronto, camarada...

«¡Viva el Quinto Regimiento!».

«¡Vivaaaa...»

Y el eco se fundió con el estruendo de las bombas que estallaban cerca de aquellos hombres que parecían sombras.

\* \* \*

–¿Y ahora, Castro?

–A Morata, comisario... Líster tiene que volver... O no volverá nunca... Nuestro flanco izquierdo está abierto, totalmente abierto... Hay que cerrar la brecha... Y la tiene que cerrar Líster, que es quien la ha creado... O habrá que decir a los hombres del Quinto Regimiento que su comandante–jefe, el camarada Líster, ha muerto heroicamente...

–Vamos.

Y kilómetros de carretera.

Y luego Morata.

Y la Plaza de Morata. Y hombres tumbados en las aceras. Y hombres que habían dejado de ser soldados. Y oficiales que vagabundeaban por las calles del pueblo. Y frente a un ancho portalón, una guardia.

–¡Ahí, Carlos!

–Sí.

Y se dirigieron hacia la casa que cuidaban hombres con gesto sombrío y afanes de matar.

–No se puede pasar, camaradas.

–¿Me conocéis?

–Sí.

–¿Y a mí?

–También.

–Pues quitaros de en medio, hijos de puta... ¡Pronto!...

–Camaradas, es que...

–A un lado, cabrones... ¡Soy Castro!... ¡Y éste, Carlos!... Vuestro jefe y vuestro comisario... ¡A un lado!... A un lado o...

Y se apartaron. Y subieron una empinada y ancha escalera de madera que crujió bajo su peso, Y se detuvieron en el descansillo. Y hasta ellos llegó el eco de risas y blasfemias.

–¡Ahí es!

Empuñaron las pistolas y avanzaron... Delante de una puerta dos de los escoltas de Líster guardaban la entrada. Se pusieron de pie. Y en sus ojos una duda, un no saber qué hacer. Y ellos avanzando... Y a un metro de la puerta, mientras los escoltas dudaban en si disparar o no. Castro se lanzó contra la puerta. Y una patada en la que puso su rabia y su alma. Y la puerta se abrió. Y entraron, Y un camastro. Y olor a vino. Y dos mujeres medio desnudas. Y Líster borracho y hundido entre carne podrida.

«Líster».

Alzó la cabeza sobre cuya frente colgaban unos mechones de pelo. Y con los ojos turbios y un hablar tartamudeante e

incontrolado, Líster se incorporó un poco. Y una sonrisa imbécil.

«¿Vosotros?»

Y se miraron.

Castro se lanzó contra aquellas prostitutas que reían. Y a empujones las fue llevando hasta la puerta entre gritos e insultos. Y los tres solos.

–Líster. ¡Levántate!... Mete la cabeza en la jofaina...

–¿Por qué?

–Te lo mandamos, Líster... O lo haces o... ¡Entiéndelo bien! O te ma...ta...re...mos, aunque tengamos que decir que caíste frente al enemigo, heroicamente, como caen siempre los jefes y los hombres del Quinto Regimiento.

Y se levantó.

Y después de mojarse la cabeza y medio peinarse se sentó sobre el borde de la cama y se les quedó mirando con la boca abierta y los ojos entornados...

–Ahora saldrás al balcón con nosotros... Te mantendrás derecho y callado... Y hablaré yo... ¡Solamente yo!... A no ser que nuestro comisario quiera decir unas palabras...

–De... acuer... do.

Y salieron los tres al balcón... Y Castro habló.

«Camaradas comandantes, camaradas oficiales, camaradas milicianos... En nombre de la Comandancia del Quinto Regimiento, en nombre del camarada Líster, vuestro comandante–jefe, se ordena: Primero: Se da a cada jefe de batallón una hora para que reorganice sus unidades y las ponga sobre camiones. Segundo: Queda autorizado cada jefe de batallón para obrar como crea conveniente, sin limitación alguna, contra cualquier acto de desobediencia que se produzca. Tercero: Aquellos que al terminar el plazo que se les ha dado para reorganizar sus unidades no lo hayan hecho, serán destituidos, degradados y castigados a marchar en primera línea, condenados a ser muertos por ellos o por nosotros... ¿Entendido, camaradas?»

Silencio.

Y sin romper el silencio aquella muchedumbre comenzó a moverse. Y en el balcón los tres, Y el día haciéndose noche.

«¿Ya?»

«¡Ya!».

«En marcha, camaradas».

Y los camiones comenzaron a avanzar... Y varias horas después la brecha quedaba tapada... Y los milicianos miraban a Líster como un héroe al que le gustaban el vino y las putas.

–¿A Madrid, Carlos?

–Sí.

Y Madrid, envuelta en la noche y el silencio.

–¿A dónde vas, Castro?

–Soy el Director de Reforma Agraria, camarada Carlos.

Se miraron.

–Salud, Castro.

–Salud, Carlos.

Y se estrecharon las manos sin fuerza.

\* \* \*

Apretó el auricular contra su oído.

–¿Castro?

–Sí.

–Habla Pepe... Te espero.

La guardia le vio cruzar el dintel de la puerta del edificio del Comité Central, que antes ocupara Gil Robles y su Estado Mayor. Cuando cruzó por delante de Santi éste le saludó.

–¿Muchos, Santi?

–Estoy todavía lejos de lo suficiente... ¡Pero llegaré. Castro!

Y le enseñó unos dientes largos y amarillos que hacían horrible la sonrisa de aquel hombre que sin fatiga mataba cada día.

Y torna a subir los escalones.

–Pepe me espera, camarada.

Y se abrió la puerta que había a la izquierda. Y una voz que parecía salir de muy hondo se dejó oír.

–Pasa. Pasa, Castro.

Y entró. Y vio al jefe pálido y sombrío, con una mirada triste y enferma.

–¿Cómo estás, camarada Pepe?

–Mal.

Se sentaron frente a frente. Y el silencio se fue haciendo largo. Hasta que el jefe habló:

–La situación se agrava... A pesar del esfuerzo de nuestros camaradas Uribe y Hernández, Caballero no comprende nada, nada... Y el enemigo cada vez más cerca de Madrid...

–Sí... –respondió él.

–Se hace necesario que te incorpores al Quinto Regimiento... ¡Carta blanca, Castro!...

–Sí...

–Sé justo, pero implacable.

–Sí...

El jefe se levantó y le tendió la mano. Y él tendió la suya. Y cuando las dos manos se juntaron, Castro notó que la otra quemaba, bañada en sudor.

–Suerte, Castro.

–Gracias... Gracias, camarada Pepe.

Y cuando llegó al zaguán ni miró ni sonrió a nadie. Saludó militarmente a todos y secamente dejó escapar una palabra.

–Salud.

–Salud, camarada.

\* \* \*

La comandancia del Quinto Regimiento, en la calle de Lista, parecía un gigante encogido, enanizado.

Entró en ella despacio. Y subió aquellos cuantos escalones sin prisa, mirando maderas y piedras, cristales y muebles, luz y sombras. Después avanzó rápido hacia su antiguo despacho. Abrió la puerta y entró. Nadie. Nadie en su camino. Ni hombres ni ruidos. Miró su vieja mesa. Sobre ella polvo. Y la situación de los frentes como aquel día en que salió llorando por dentro. Se sentó y esperó unos minutos.



Nada.

Y se cansó de esperar. Y se levantó. Y desde el marco de la puerta, con aquella voz que obedecía ciegamente a un cerebro milimetrado, giró:

«¡Capitán Carlos!».

Sintió ruido. Y retrocedió. Y se dejó caer en su viejo sillón, Y esperó. Hasta que la cabeza del capitán Carlos se asomó llena de sorpresa.

–Comandante...

–Siéntate.

El otro ahogó la sonrisa. Después se sentó.

–Que me traigan café... y tabaco... Y comienza desde este mismo momento a llamar a todos los comandantes del Quinto Regimiento. Salúdales. Después me pasas el teléfono.

Cuatro horas.

–Aquí Castro, camarada.

–.....

–Sí, camarada. Confiar en mí como yo confío en vosotros.

Y estas palabras muchas veces en ese lento caminar del tiempo, en esas noches en que los hombres y la tragedia forman una pareja invisiblemente encadenada.

–Llama a la I.T.A., capitán.

–¿Tomás?

–.....

–No tardes más de quince minutos en llegar... Tengo poco tiempo y mucha prisa.

\* \* \*

«¿Qué hacer?»

No había mucho tiempo para pensar. Los días seguían teniendo veinticuatro horas, pero eran pocas horas para cuanto había que hacer. Mientras tanto el enemigo avanzaba un promedio de 1.700 metros diarios mientras buscaba con su mirar al horizonte la silueta de la ciudad–objetivo. Las noches eran de una gran actividad en la Comandancia. Allí acudían «El Campesino», y Galán, Márquez y Oliveira, Heredia y Medrano, Barceló y el otro Galán, Modesto y Líster... Y muchos más... Y entraban violentos y sucios...

«¡Armas!».

«¡Armas!».

–Castro escuchaba en silencio, acompañado casi siempre por su comisario Carlos Contreras o Vittorio Vidali.

«¡Armas!».

Y alzaba los ojos y los miraba simulando una serenidad que no tenía. Después miraba a su comisario.

«Carlos, explícales lo importante que es la paciencia en la guerra, el saber esperar, el conservar los nervios, la fe... ¡Explícaselo, por favor!...» Y el comisario de un lado a otro hablando y hablando, mientras que Castro ultimaba los detalles de las tareas inmediatas del Quinto Regimiento.

Y comenzó la movilización.

Así:

- Intensificando la propaganda entre la población civil.
- Desarrollando la vigilancia y la lucha contra los fascistas que esperaban su hora.
- Acelerando al máximo el proceso de militarización de las columnas de Milicias.
- Creando cuatro batallones de choque.
- Organizando para un momento dado el traslado a Madrid de las mejores unidades del Quinto Regimiento.
- Organizando la defensa interior de la ciudad: minando las entradas naturales, el subsuelo en la zona oeste de la capital; fijando las calles y casas desde donde se habían de defender las entradas para convertir la penetración enemiga en una verdadera cacería.

Así:

–Investigando en cada casa si hay fascistas o elementos sospechosos.

–Vigilando los cafés, bibliotecas, restaurantes, cines, tabernas y cuantos lugares públicos pudieran ser utilizados por los fascistas para reunirse o concentrarse.

–Emprendiendo una lucha sin piedad contra los descontentos, contra los pesimistas, los sembradores de bulos, los que desprestigian al mando militar, los que desarrollan el pánico, en una palabra contra todos aquellos que pretenden disminuir el entusiasmo, la firmeza y capacidad combativa de las milicias y el pueblo.

–Aconsejando que nadie hable más de lo necesario y vigilando a los curiosos.

–Organizando grandes mítines en las fábricas, en las barriadas, en las calles y dando a la gente nociones, aunque elementales, de la lucha de calles; nombrando delegaciones para visitar los frentes y establecer con los milicianos vínculos de solidaridad combativa.

–Creando batallones de obreros, instruyéndolos rápidamente en el manejo del fusil, de la ametralladora, de las bombas de mano.

–Seleccionando a los mejores elementos de estos batallones para crear grupos de choque con la máxima iniciativa,

preparados para los golpes de mano, principalmente en la noche.

–Creando batallones de fortificaciones.

–Prestando atención a los puntos que pueden ser transformados rápidamente en puntos de resistencia.

«¡Tened serenidad!... Esto es lo que os pide, pueblo de Madrid, la Comandancia del Quinto Regimiento».

–¿Nos falta algo, camarada comisario?

–No.

–Yo creo que sí, comisario: nos falta vencer... ¡Vencer!...

–Sí.

Y casi bostezaron a un tiempo. Mas aún no había llegado la hora de dormir. Faltaba la información del día. Saber la situación del último minuto de la jornada. Después dormir o no dormir.

\* \* \*

Hernández, el poeta–hombre, gritó a los hombres y a los cielos:

«La muerte junto al fusil,

antes que se nos destierre,  
antes que se nos escupa,  
antes que se nos afrente  
y antes que entre las cenizas  
que de nuestro pueblo queden,  
arrastrados sin remedio  
griemos amargamente:  
¡ay, España de mi vida.  
ay, España de mi muerte!». —Sólo los hombres—hombres le escucharon.

\* \* \*

El 22 de octubre se hunde la «primera zona fortificada».

El enemigo decide pasar el día 29 al ataque general en todo el frente del Tajo. Por el flanco derecho la división Varela debía atacar en tres columnas: su columna derecha, con 3.000 hombres al mando del coronel Monasterio, atacaría en la dirección Seseña–Valdemoro; la columna del centro, integrada por 4.500 hombres lo haría a lo largo de la carretera de Parla; la columna de la izquierda, mandada por el coronel Tella, con

unos 3.000 hombres, avanzaría desde Griñón sobre Humanes. A la izquierda de la división Varela y en la dirección Navacarnero–Brunete atacaría la división Yagüe, con tres columnas, dos en primer escalón y una en segundo.

El cerebro militar de Largo Caballero, el general Asensio, a la vista de los acontecimientos hace sus conclusiones:

«...que no podía responder de la defensa de Madrid»... «... que la continuación de la lucha carecía de sentido».

Largo Caballero no decía nada.

Los contraataques de los republicanos realizados por fuerzas del teniente coronel Burillo, del comandante Líster, del comandante Modesto y de los coroneles Mena y Bueno no consiguieron más que detener dos días el avance de las fuerzas de Varela y Yagüe hacia Madrid.

\* \* \*

Castro, en la Comandancia del Quinto Regimiento, a veces se detiene en su agotadora tarea de organizar, de escuchar y hablar durante horas y horas, en medio de voces y blasfemias de los «héroes» que, como nuevos dioses, han perdido el equilibrio, envenenados por su soberbia, Aunque son unos dioses extraños, pequeñitos, héroes de la retirada interminable que comienza en 1936 y terminó en 1939, a pesar de que tuvieron en sus manos millares de hombres, hombres para los que su vivir era un caminar con la muerte a su lado; a pesar de

que tuvieran montañas de heroísmo; a pesar de todos los pesares. Era en la madrugada, cuando todo era silencio quebrado tan sólo por los pasos de los centinelas que caminan de aquí para allá golpeando con sus botas la acera pulida de la aristocrática y señorial calle de Lista, cuando se quitaba la máscara, estiraba los músculos, saboreaba su café. Y fumaba y fumaba sin dejar de mirar un solo momento a los mapas o a los partes que Esperanza le enviaba cada noche.

¿Qué le hacía superar el cansancio y sonreír una y otra vez?

Sí.

¿Qué era?

Jamás se hubiera atrevido a decir en voz alta el motivo de su casi constante sonreír. A pesar de que sabía que no era un pecado y mucho menos un crimen. Castro era, y esa era la causa de sus sonrisas, un hombre-táctica, un hombre-estrategia que todo lo veía a través de estos dos grandes principios, de estas dos grandes y maravillosas formas de moverse cada día sin temor a perder el rumbo, sin temor a hundirse en la impotencia...

«Posiblemente sea mejor así... Posiblemente sea mejor que Franco y sus fuerzas lleguen hasta la «tercera zona fortificada», hasta las mismas puertas de Madrid. Quizá ello nos ayude a triturar a nuestros aliados, a conquistar más rápidamente la hegemonía política y militar. Posiblemente esto nos ayude a vencer definitivamente mañana. Sí, estoy de acuerdo que es una jugada llena de peligros, una jugada que podría resultar mortal si el Partido no tuviera siempre la posibilidad de fijarla e



imponerla unos límites. Pero garantizado esto ¿acaso todo no se presenta fácil, acaso Franco no nos ayuda a ganar la partida en este lado de España, acaso Franco creando el miedo en «nuestros» aliados no nos ayuda a aniquilarlos políticamente?»

«¿Se alegrará el Partido que ocurra así?»

«¿O se aprovechará simplemente de estos desgraciados acontecimientos militares?»

No lo sabía.

Ni le importaba mucho saberlo.

Para él lo importante era que Franco no conquistara Madrid; que en Madrid, como consecuencia del pánico, se produjeran nuevas circunstancias favorables para el logro de los grandes objetivos del Partido. No conseguía olvidar en estos raros coloquios a los muertos tendidos en los campos y caminos de una parte de España, ni ese terrible Gólgota de millares y millares de hombres que agonizaban en su caminar por caminos por los que marchaban ellos y la muerte. Pero sabía que se trataba de gentes que habían nacido para morir, que lo mejor que podían hacer era morir así: luchando, odiando.

«Hay que enterrarlos con todos los honores»

«Y llorarlos por fuera».

«Y punto».

Después de estas confesiones íntimas, Castro recogía sus papeles, los guardaba cuidadosamente, apagaba la luz y avisaba al sargento de guardia que su jornada había terminado. Y hundido en el coche que caminaba casi sin luz por las calles que en su silencio y soledad parecían figuras extrañas, se dirigía a su casa.

Esperanza le aguardaba despierta.

Y colocaba silenciosamente sobre la mesa un vaso de café con leche, Y esperaba tan sólo a que él terminara y se fuera a acostar. Aquel día no hubo el silencio de otros días.

–¿Podremos resistir?

–Tendremos que resistir.

–¿Resistirá la gente?

–Tendrá que resistir.

Y se fueron en silencio a la alcoba. Y esperaron en silencio que llegara el sueño.

\* \* \*

31 de octubre de 1936.

La tregua se ha vuelto a romper. El enemigo ocupa Brunete, Humanes, Parla, Pinto y Valdemoro, empujando a las milicias republicanas hacia la «segunda zona fortificada». Mientras

tanto el miedo iba penetrando en las altas esferas políticas y militares de la II República, en la cima de los partidos y organizaciones. El gobierno de Largo Caballero sentía en su cuello la soga que apretaban los comunistas y la C.N.T., que se había convertido entre otras cosas en el acusador de la impotencia del en otros días llamado el «Lenin español». Para Castro, hundido allí, en la comandancia del Quinto Regimiento, con sus rápidas salidas a los frentes, la situación era una situación lógica: sin dirección política ni militar, los resultados tenían que ser los que eran. Ligado a los círculos militares que rodeaban a Largo Caballero, sabía que se empezaba a pensar en un «repliegue estratégico». Pero, no hacía caso. Él sabía bien lo que había que hacer. Lo que pretendieran los hombres que se encontraban en el Ministerio de la Guerra. «El Capitolio de la estupidez y la impotencia», no le importaba mucho. A veces hasta se alegraba de que las cosas se produjeran como se estaban produciendo. ¿Acaso no era de una situación de caos de donde debía salir y saldría la «oportunidad» que el Partido esperaba para apoderarse de la situación? ¿Acaso no era esto lo que querían, lo que esperaban? ¿Acaso no era la batalla de Madrid, que el Partido debería ganar, la que acabaría políticamente con el Partido Socialista Obrero Español, con la Unión General de Trabajadores y con su jefe Largo Caballero?

El Quinto Regimiento esperaba el gran momento. Todos sus recursos humanos estaban movilizados y en tensión. Cada cual esperaba la orden que tenía que llegar. Cada cual sabiendo que la gran batalla crecía y crecía... Cada cual sabiendo que, al precio que fuere, la batalla había que ganarla... ¡La necesitaba el Partido! ¡Era decisivo para el Partido y para esa revolución

que tendría que nacer inmediatamente después de la victoria militar!

El día 3 se reanuda el ataque de las fuerzas de Franco. Sus objetivos son en sí la continuación de los anteriores, porque aquéllos y éstos eran partes de una misma batalla, de un mismo fin: tomar Madrid y provocar un colapso, militar y económico, que acabara sin mayores esfuerzos con la república. Las fuerzas principales de Yagüe tenían como misión la ocupación de Móstoles; las fuerzas principales de Varela debían atacar hacia el norte de Leganés y Getafe. Y la columna Monasterio, desde Pinto y Valdemoro, debía atacar La Marañosa para asegurar el flanco de Varela. Por su parte el mando republicano sabiendo que el enemigo reanudaría sus ataques, preparó un contragolpe con 10.000 hombres, 30 tanques, 30 cañones, 10 carros blindados y un tren blindado. Objetivo: atacar Pinto–Valdemoro–Torrejón y la zona de Fuenlabrada para detener al enemigo y atraer sus reservas principales.

Se perdió Fuenlabrada.

Se perdió Móstoles...

Y el día 4 se perdió Getafe.

Y con ello se perdió la «segunda zona fortificada».

El día 5 dimite el gobierno de Largo Caballero y él mismo forma el nuevo gobierno:

Estado            Largo Caballero            del Partido Socialista

Presidencia y Guerra      Álvarez del Vayo      del      Partido  
Socialista

Hacienda      Juan Negrín      del Partido Socialista

Marina      Indalecio Prieto      del Partido Socialista

Instrucción Pública      Jesús Hernández      del      Partido  
Comunista

Agricultura      Vicente Uribe      del Partido Comunista

Justicia      García Oliver      de la CNT

Sanidad      Federica Montseny      de la CNT

Industria      Juan Peiró      de la CNT

Comercio      Juan López      de la CNT

Gobernación      Ángel Galarza      del Partido Socialista

Trabajo      Anastasio de Gracia      del Partido Socialista

Obras Públicas      Julio Just      de Izquierda Republicana

Propaganda      Carlos Esplá      de Izquierda Republicana

Comunicaciones      Giner de los Ríos      de      Unión  
Republicana

Sin cartera      José Giralde      Izquierda Republicana

Manuel Irujo      Nacionalistas vascos

Jaime Aiguadé    de la Esquerra Catalana

Cuando la noticia de la formación del nuevo gobierno llegó a la Comandancia del Quinto Regimiento no se esperó más. Y comenzaron a salir las órdenes tanto tiempo preparadas. Y comenzaron a llegar las unidades más combativas que el Quinto Regimiento tenía en todos los frentes. Y la I. T. A. (el grupo especial de la lucha contra los fascistas) con más de cien grupos especiales comenzó su tarea en la noche y con el menor ruido posible. Y se colocaron unidades especiales en las salidas de Madrid. Y se reforzaron todas las posiciones. Castro sabía bien que la entrada de los cuatro ministros de la C N. T., en el gobierno era un intento desesperado de Largo Caballero para dar la batalla a los comunistas, para recobrar su autoridad; para salvarse él, salvar al Partido Socialista y a la Unión General de Trabajadores que lenta, pero ininterrumpidamente estaba pasando a manos de los comunistas.

Pero, ya era tarde.

Las fuerzas fundamentales que debían defender Madrid estaban en las manos del Partido Comunista, a través del Quinto Regimiento. Y en la retaguardia profunda, dos Brigadas Internacionales terminaban su instrucción y se acercaban a Madrid con un gran armamento y los mejores cuadros militares de la Internacional Comunista.

Era tarde.

Tarde para Franco.

Tarde para Largo Caballero.

Y cuando Castro llegó a estas conclusiones se sonrió como no lo había hecho en mucho tiempo.

Y cuando acudía a los teléfonos y escuchaba las demandas angustiosas de los jefes de las unidades del Quinto Regimiento se limitaba a decir sin violencia, con un tono casi paternal, pero, terriblemente firme:

«Hay que combatir con lo que se tiene, sólo con lo que se tiene. Y resistir cuarenta y ocho horas, sólo cuarenta y ocho horas. Después de estas cuarenta y ocho horas Madrid se habrá salvado».

«Castro... ¡Armas!».

«¡Cuarenta y ocho horas!».

«¡Cuarenta y ocho horas!».

«¡Cuarenta y ocho horas!».

Y volviéndose hacia su comisario que escuchaba todas las conversaciones a Castro con los jefes de las unidades añadió:

–Sabes tú, comisario, cuáles serán esas cuarenta y ocho horas?... ¿Cuándo comenzaron a correr y cuándo terminarán?

–No.

–Ni yo, Carlos, ni yo tampoco.

Desde un rincón, Ramón J. Sender los miraba silencioso y pálido. Y Carlitos, el «capitán Carlitos», que estaba junto a ellos, se rascaba furiosamente su enmarañado pelo y hacía gestos extraños, como de un hombre que no entendiera nada o se hubiera vuelto loco.

Mas Castro estaba contento.

Como no lo había estado nunca.

Era la hora en la vida y en la historia del Partido en que había que hacer fracasar a Franco y derrotar para siempre a Largo Caballero. La gran hora.

\* \* \*

–¡Castro!

–¡Castro!

Abrió los ojos y tardó unos segundos en poder darse cuenta de dónde estaba. Le dolía el cuerpo y los ojos querían volver a cerrársele. Luego vio el mapa que estaba frente a su mesa de despacho, después al capitán Carlitos...

–Tengo sueño, capitán, mucho sueño... ¿No podrías dejarme dormir un poco más?



–Castro... ¡La «tercera zona fortificada» ha caído en poder del enemigo que ha ocupado Carabanchel Alto, Villaverde y el Cerro de los Ángeles!... ¿Qué hacemos, comandante Castro?

Pensó unos segundos.

–Primero: no tener miedo; segundo, llamar al comisario que se presente inmediatamente aquí; tercero: trae esos tres camiones blindados que han llegado de Valencia y colócalos ante la comandancia; cuatro: ponme inmediatamente en comunicación con nuestros comandantes; quinto: ordena a la banda del Quinto Regimiento que se desplace al frente y que toque, y toque, el Himno del Quinto Regimiento... ¡Ah!, y se me olvidaba una cosa muy importante: pide que me traigan café negro, mucho café negro... porque... me estoy durmiendo de pie, capitán Carlitos.

Y salió el capitán.

Y trajo café.

Y lo bebió frenético a pesar de que le quemaba la garganta. Y después corrió hasta el primer piso. Y metió su cabeza debajo del grifo de agua fría. Luego se fue ante el espejo... Y...

«¡Ya no tienes sueño, Castro, ya no tienes sueño...! Dormir ahora es una traición, una traición, no lo olvides!».

Y dejó de tener sueño.

Y bajó al despacho, volvió a tomar café y esperó.

Esperó aunque tenía ganas de abandonar la comandancia y marchar hacia la Casa de Campo, hasta el Puente de Toledo, hasta el Puente de los Franceses. Pero, sabía que no lo haría. Sabía que tenía que estar allí, junto a los teléfonos, ahogando su propia impaciencia para contestar a todos los que llamaran: «Cuarenta y ocho horas, camaradas, cuarenta y ocho horas... Y no me preguntéis más hasta que esas cuarenta y ocho horas hayan pasado... ¿De acuerdo?...» Ahogando su propia impaciencia, clavándose en aquel sillón que ya empezaba a odiar para repetir eso diez, cien, mil veces...

Se abrió la puerta.

–Salud, Castro.

–Hola, Carlos.

–¿Grave la situación?

–Grave.

–¿No crees que deberíamos salir hacia el frente?

–No, camarada Carlos. No olvides que podríamos estar en un sector, pero no en todos los sectores a la vez... ¿Y te das cuenta qué pensarían nuestros comandantes si, cuando nos llamen no estamos aquí, para ordenarlos, para darles confianza, para que sepan que estamos en la comandancia...? ¡Aquí!... ¿Te das cuenta, comisario?

–Sí.

–¿Estás de acuerdo conmigo?

–Sí.

–Tengamos paciencia, Carlos. Si a la noche podemos, visitaremos los frentes para que nos vean los combatientes, para animarlos, para recordarles que el Quinto Regimiento no puede retroceder...

–De acuerdo.

Y comenzaron a pasar las horas...

Y el sonar del teléfono:

–¿Qué?

–Comandante Castro, José Galán ha sido herido.

–Que le retiren del frente y que el mejor comandante tome el mando de las fuerzas.

–Comandante Castro: el comandante Modesto ha sido herido.

–Que le retiren y que el mejor de sus hombres tome el mando.

–Comandante Castro. Ha muerto nuestro comandante Heredia... Y está gravemente herido el comandante Oliveira...

–Salvar su cadáver... Traerle aquí, con el comandante. Y no olvides lo que voy a decirte: si retrocedéis no os matará el enemigo, os mataremos nosotros...

El comisario Carlos a su lado fumaba y bebía. De vez en cuando se levantaba y gritaba: «Me voy... ¡Me voy al frente!... No me aguanto más...

¡Esto es peor que morir!».

–Ten paciencia, comisario.

–No puedo más.

–Te ruego, camarada Carlos, que tengas paciencia... Nuestra tarea es ésta: esperar, esperar y esperar. ¡Esperar la victoria o la muerte!... No, no te irás... ¿me oyes, Carlos?, ¡no te irás!... Te necesito aquí, a mi lado... ¿O es que crees, comisario, que el comandante Castro es de piedra, que el comandante Castro no siente tus mismas ansias?

La tarde comenzaba a morir.

–Carlos, vamos al Puente de Toledo.

–Vamos.

Y un cruzar Madrid que se alimentaba de su propia angustia...

Y calles entrañablemente queridas... Y un frenazo violento...

–¿Qué pasa?

–Un perro que se cruzó, comandante.

–¿Le has matado?

–No sé.

–Mira.

Y Mariano se bajó y miró.

–No le he hecho nada... Sólo está asustado.

–Súbele... Ya que no podemos ayudar a los hombres, ayudaremos a los perros... Y vamos de prisa, Mariano, muy de prisa, que existe el peligro de que no lleguemos a tiempo.

Y el coche arrancó. La ciudad hubiera parecido una ciudad muerta, si columnas de obreros silenciosos y tristes no marcharan en filas interminables hasta los frentes.

–¿Con qué lucharán?

–Con las armas de los muertos, Carlos.

–Tienes razón.

Y cruzaron el Puente de Toledo...

–¿Qué es esto, comisario, qué es esto?... Mira, mira nuestros hombres, comisario... No pueden más, comisario, no pueden más... Corre, Carlos, corre, lleguemos hasta ellos antes que se caigan, antes que se duerman riéndose de esa muerte que viene persiguiéndolos desde hace meses... ¡Corre, comisario!...

¡Y prepara tu mejor discurso!... Un discurso que resucite a los muertos, porque de eso se trata. Carlos, de resucitar a unos muertos.

Era Carlos, el comisario del Quinto Regimiento, un orador apropiado para estas situaciones: no era brillante, ni preciso, pero era práctico y utilísimo. Tenía en su hablar en público las características del orador del mitin, del orador insurreccional. Y le ayudaba mucho su mal castellano y aquella cabeza y gestos un poco mussolinianos.

Y empezó:

«Camaradas»

«Héroes permanentes de una larga batalla».

«Madrid os mira. Os miran vuestras mujeres y vuestros hijos, vuestros hermanos y vuestros padres... Os mira el Quinto Regimiento... Os mira la España democrática... Os contempla el mundo, ese mundo que anhela nuestro triunfo en la guerra y el triunfo de nuestra revolución... Porque nuestra victoria les daría fe y fuerza... ¡Camaradas!... Tenéis sueño y hambre, cansancio y piojos, pero también tenéis un deber sagrado para con el pueblo español: luchar y vencer».

«¿Lo haréis, camaradas?»

«Aquí estamos con vosotros, los mismos de siempre... ¡No estáis solos; camaradas, no estáis solos...!».

«...Pero si alguno de vosotros está cansado, si no puede ni tenerse en pie, ni retener el fusil, que lo diga... Es un héroe que tiene derecho al descanso, a comer y lavarse, a dormir... Y otro camarada tomará su fusil, que millares de camaradas esperan ansiosos que les deis las posibilidades de relevaros. ¡Camaradas!... Quien no pueda más que lo diga... Que si no hubiera nadie que os relevara, que tomara vuestro fusil como arma y reliquia, lo tomaríamos nosotros: vuestro comandante y vuestro comisario... ¡Que vuestro ejemplo obliga, camaradas!... Y para nosotros sería además un honor tomar vuestros fusiles».

Y se hundió en el silencio.

Y Castro subido desde un camión habló:

«¡Quien no pueda más que dé un paso al frente!».

Y él y su comisario miraron. Y los otros les miraron a ellos. Y nadie dio un paso al frente.

«Entonces, camaradas... ¡A los puestos de combate!... ¡Y gracias, camaradas, ser vuestro comandante o vuestro comisario es un honor y un orgullo... ¡Viva el Quinto Regimiento!...»

«Vivaaaaaaaaa».

–Carlos, de prisa, por favor, los de la carretera se repliegan...

Y corrieron.

La gente retrocedía... Un oficial de artillería intentaba sacar su cañón de las cercanías del enemigo. Y mientras Carlos intentaba detener a la gente, Castro se acercó al artillero.

–¿Qué haces, camarada?

–¡Salvar el cañón!

–Camarada teniente: ¿Me conoces, verdad?

–Sí.

–Y si yo te ordenara que dejaras ahí ese cañón... Que comenzaras a disparar acero... ¿Qué harías?

–No le obedecería... A un artillero no se le puede pedir una locura... Porque una locura es esta...

–Tendría que matarte, camarada, si me desobedecieras... Yo sé que es una locura, cómo no voy a saberlo, pero sólo locuras maravillosas pueden levantar el ánimo de estas gentes que huyen... ¿Me entiendes, teniente?...

–No... No quiero entenderle, comandante.

–¿Por qué insistes en que te mate?

–Tampoco quiero eso.

Castro le miró a los ojos. Después empuñó la pistola y apuntó.



–Teniente... ¡Le ordeno no desplazar su cañón!... Le ordeno disparar... Si no me obedeciera... Si usted y su cañón se retiraran lo consideraría como una deserción frente al enemigo... ¡Y le mataré!... ¡Sin vacilación ni piedad!... ¡Elija!... Elija, teniente...

Ni el tono, ni el mirar, ni el gesto ofrecían dudas. Y posiblemente vio en todo ello a un hombre implacable, para el cual los muertos no contaban, para el que sólo contaba la victoria.

Y el cañón no se movió.

Y comenzó a disparar.

Y la gente redujo sus ritmos en el repliegue, en el huir, hasta quedarse quieta, hasta mirar para atrás, para acabar volviéndose definitivamente y darle cara al enemigo.

Castro miraba al teniente.

–Váyase, comandante, ya he comprendido... Usted hubiera tenido razón para matarme:... Sí... Toda la razón.

–No, no me marcharé... Me gusta estar a tu lado... Eres un gran artillero... Y un gran español también... ¡Dispara, camarada teniente!... Dispara. ¡Lo haces maravillosamente!... ¡Mira, teniente, mira cómo se detienen, mira cómo se repliegan... ¿Acaso eso no vale un cañón... diez cañones?...

–Sí, comandante.

–Gracias... Gracias, camarada teniente...

–¿Tiene algo más que ordenarme, camarada comandante?

–Que sigas haciendo lo que estás haciendo una hora más... Con ello me basta... Y con ello te estaremos agradecidos... Yo... El Quinto Regimiento... Y España...

Y le saludó.

Y el otro siguió disparando rítmicamente.

Cuando se encontró con Carlos estaba pálido y algunas gotas de sudor le caían por la frente.

–¿Y ahora, Castro?

–Lanzar cuanto tenemos en un plazo de horas... Los hombres no pueden más... ¡No pueden más, Carlos!... ¡Vamos a la comandancia, rápido!... Si esta noche no logramos reforzar los frentes no sé qué ocurrirá mañana... Creo, además, que han llegado 30.000 fusiles mejicanos.

–Vamos.

El automóvil enfiló hacia Madrid. En su interior el perro que estuvieron a punto de atropellar, dormía. Se despertó al oír ruido. Abrió los ojos y meneó el rabo. Después se volvió a dormir... Y las primeras casas de la ciudad. En el quicio de una puerta el alemán Ross Zaisser, con su chaqueta de cuero y fumando cigarrillos americanos.

–¿Qué haces aquí?

–Observo.

–Eso no es hacer la guerra.

–La guerra se hace de muchas maneras.

–Vamos, Mariano, de prisa a la comandancia... Este hijo de puta cree aún en la guerra de las estatuas...

Cuando llegaron a la comandancia del Quinto Regimiento la gente les miró a la cara. La «gente» eran oficiales heridos, oficiales enfermos, milicianos agotados, héroes acabados...

–Capitán Carlitos...

–A tus órdenes...

–Busca a treinta voluntarios para los camiones blindados... Y avísame cuando los tengas.

Y unos minutos tan sólo.

–Los tengo, Castro.

Castro abandonó el despacho. Y salió a la calle. Tres camiones blindados y treinta hombres. Miró a unos y a otros. Y entre éstos a su cuñado.

«Camaradas: nuestra resistencia se ablanda... Nuestros hombres no pueden más y no se les puede pedir más... Pero,

hay que obligarles a aguantar hasta mañana... ¡Hasta mañana, camaradas!».

Y se acercó a los camiones... Y sacó la pistola... Y disparó sobre aquel acero fundido en Sagunto... Y un agujero.

«Yo no quiero engañaros... Lo habéis visto con vuestros propios ojos... Pero la gente del frente necesita algo que la aliente... Algo que la ayude resistir unas horas... Y creo que si vieran estos camiones blindados entrar en carretera, lanzarse contra el enemigo, detenerle o hacerle retroceder, lograríamos lo que de ellos necesitamos... Sé que son ataúdes... Lo sé... Sé que ellos pueden ser los féretros de treinta hombres... ¡Lo sé, camaradas!... Pero se trata de una simple operación aritmética... Treinta hombres muertos por millares de hombres que luchen. Total: Madrid salvado... ¿Comprendéis?»

«Comprendemos».

«A los camiones, camaradas».

Y los camiones arrancaron hacia el frente.

Parte de las diez de la noche. –Nuestras fuerzas resisten heroicamente... Pero urge relevarlas antes de que se agoten sus últimas energías». Y como siempre la firma de ella: «Esperanza Abascal».

–Capitán... café... mucho café...

Y bebió una taza.

Y otra.

Y otra más.

Y sonó el teléfono.

–Aquí Castro.

–Habla Pepe Díaz.

–Dime, camarada.

–Te espero... Cuanto antes llegues, mejor.

Corrió hacia el coche. Y el coche se lanzó hacia la calle de Serrano. Edificio y gentes tenían algo sombrío y desalentador. Saludó y subió corriendo las escaleras.

Y alguien le abrió la puerta del jefe.

Y entró.

Pepe Díaz estaba echado en un sofá. Pálido, terriblemente pálido. Y con una mano como si fuera una tenaza apretándose el estómago.

–Acércate, Castro.

Y él se acercó.

–El Buró Político ha acordado desplazarse a Valencia... Urge movilizar a la retaguardia... Urge enviar reservas, todas las

reservas a Madrid... Urge convencer a este imbécil de Caballero que la guerra no es un juego, o es un juego terrible...

Sí...

El Buró Político deja aquí como su representante político al camarada Mije... Pero tú serás ante el Partido el responsable militar... Si Madrid cayera, tu deberás asegurar la salida de Mije, de los cuadros del Partido, del Partido en sí... y del ejército...

–Comprendo...

–No lo olvides... El camarada Mije es el responsable político... Pero tú eres ante el Partido el responsable militar...

–Comprendo...

Y unos golpes en la puerta...

–Camarada Díaz: los camaradas Santiago Carrillo y Cazorla, quieren hablar contigo.

José Díaz hizo un esfuerzo para levantarse... Pero no pudo... Y se dejó caer de nuevo en el sofá.

–Diles que Castro hablará con ellos en mi nombre... Que Castro puede decidir sobre cuanto le planteen.

El otro salió.

–Resuelve, Castro.

Le dejó tendido y con un gesto de dolor inenarrable.

–Salud, camaradas... Vosotros diréis.

–Camarada Castro –hablaba Santiago Carrillo–, venimos a solicitar el ingreso en el Partido... Y a poner a vuestra disposición todas las unidades de la Juventud...

–De acuerdo, camaradas... Se lo transmitiré al camarada Díaz que no puede recibirlos por sentirse terriblemente enfermo... Pero ya estáis dentro del Partido... Y decir a vuestros comandantes que dentro de dos horas se comuniquen conmigo... Espero su llamada en la comandancia del Quinto.

–Salud.

–Salud.

Y regresó a la habitación en donde se encontraba el jefe. Y le dijo cuanto había ocurrido.

–De acuerdo, Castro.

–¿Necesitas algo, Pepe?

–No... Nada... Tomar algo más sería envenenarme... No... Y no lo olvides, camarada... No olvides cuanto te he dicho...

El jefe se incorporó y le tendió la mano.

–Salud, Castro.

–Salud, camarada Díaz.

Y salió. Y cuando llegó al zaguán llamó a Santi.

–El camarada Díaz se siente muy mal... Buscar a quien sea, a Planelles o a otro, pero no dejarle así... No olvidaros que es el secretario general del Partido...

–A tus órdenes, Castro.

Madrid era silencio de noche. Y miedo. Y muchos hombres agazapados esperando la entrada de Franco para comenzar la revancha. Castro pensó en todo. Y comprendió que era el momento decisivo en el lugar decisivo. Y cuando entró en la comandancia le ordenó al capitán Carlitos:

–Llama al comisario Carlos... Llama a Tomás, el jefe de la I.T.A., y ordena a nuestras últimas reservas que se desplacen hacia el frente... ¡Pronto, Carlos!...

–¿Qué hay, Castro?

Y Castro informó a su comisario de la conversación con José Díaz. Y de la conversación con Carrillo y Cazorla.

Y luego le toca hablar con Tomás.

–Comienza la «masacre»... Sin piedad... La Quinta Columna de que habló Mola debe ser destruida antes de que comience a moverse... ¡No te importe equivocarte! Hay veces que uno se encuentra ante veinte personas... Sabe que entre ellas está un traidor, pero no sabe quién es...



Entonces surge un problema de conciencia y un problema de partido...

¿Me entiendes?...

–Sí.

–Ten en cuenta camarada que un brote de la Quinta Columna sería mucho para ti y para todos...

–¿Plena libertad?

–Esta es una de las libertades que el Partido, en momentos como éstos, no puede negar a nadie... Y menos a ti...

–De acuerdo.

Y mirando a su comisario, unas palabras.

–Vamos a dormir unas horas... Mañana es 7 de noviembre. El día decisivo... Lo fue para los bolcheviques y lo será para nosotros... ¿Piensas igual que yo, comisario, o hay algo en lo que no estamos de acuerdo?

–Estamos de acuerdo.

\* \* \*

–¿Quién es el general Miaja?

–No lo sé... ¿Por qué?

–Porque es el hombre que va a encargarse de la defensa de Madrid.

–No sé nada de él... Pero si quieres puedo enterarme de algo.

–Sí... Entérate... Mas para tu conocimiento, quiero decirte lo que me interesa: su actuación en el frente de Andalucía; sus tendencias o posición política actual; su capacidad militar...

–¿Nada más?

–Sí... Algo más... Sus debilidades... Tú sabes... Todos los hombres las tienen, hasta San Pedro las tuvo: unos son vanidosos, otros mujeriegos, otros cobardes o ambiciosos... Sin duda que Miaja tendrá alguna debilidad... Alguna de éstas, posiblemente... Y es muy importante saberlo...

–Si...

–Entonces, camarada Tomás, infórmame bien... Necesitamos saberlo pronto... Porque de los informes que tú me traigas dependerá el si debemos destrozar a Miaja en unos días o convertirle en un héroe a «nuestro» servicio. ¿Entiendes, camarada Tomás?

–Comprendo –responde el otro mientras sonrío.

Y se fue.

\* \* \*

–Adelante, Tomás.

–A tus órdenes, Castro.

–Tibiamente republicano... Militar mediocre... Vanidoso... Y fácilmente manejable si se le puede hacer creer que es el genio y el alma de nuestra resistencia.

–¿La gente que le rodea?

–A Rojo, le conoces... Está un tal Muedra, capitán profesional, solamente profesional; está Garijo, comandante, políticamente muy inseguro, militarmente inteligente; está Matallana, comandante profesional, parece un hombre honrado y capaz.

–Si de éstos tuvieras que matar a alguien ¿a quién o a quiénes matarías?

–Primero al comandante Garijo... Después al capitán Muedra...

–Está bien... Puedes retirarte... A las doce de la noche llegaré a la calle de Serrano... Necesito que me informes de qué estás haciendo... Porque supongo que estaréis cansados. ¿O no?

–Te esperamos, comandante.

Y se fue... Y Castro permaneció unos cuantos minutos solo, hasta que llegó el comisario Carlos... Se miraron...

–Aguantan, Castro.

–Aguantan, Carlos.

Carlos le alargó un cigarro. Encendieron y fumaron en silencio.

–¿Qué hacemos, Castro?

–Esperemos el Boletín de Información.

Y esperaron.

«La gente del Quinto aguanta maravillosamente... Pero es seguro que en este aguantar increíble estén quemando sus últimas energías... Si se me preguntara qué pienso de todo esto, contestaría sin vacilar: tengo miedo a mañana, mucho miedo... Miedo a que nuestra gente no pueda resistir más... Miedo a que vosotros no os deis cuenta de que han llegado al límite de su resistencia... Creo que habría que reforzar esta misma noche los frentes con todo lo que tengamos... ¡Con todo!... Y con su letra tres líneas: «Enrique: exigirles más no es posible ni humano... ¡Ayudarlos pronto!... Ayudarlos... o no sé qué puede ocurrir».

Los dos leyeron todo.

«Tiene razón».

«Sí».

–¿Qué hacemos, Castro?

–Carlos... No siempre sé lo que hay que hacer... Y me gustaría que de vez en cuando me ayudaras un poco, diciéndome qué es lo que podemos hacer.

Se miraron.

Porque no se querían. Para uno, España era algo propio, para el otro sólo la oportunidad de sobrevivir políticamente.

–Tú eres el comandante.

–Tienes razón... Casi lo había olvidado... Te propongo entonces dos cosas: que vayamos al amanecer a ver a Malraux para ver qué es lo que puede hacer la aviación para ayudarnos; que vayamos después a ver la Brigada de Kleber para precipitar su llegada... ¿Te parece, comisario?

–Sí.

Entonces dormiremos aquí, en la comandancia... De esta manera no correremos el peligro de no despertarnos a tiempo.

–Sí.

\* \* \*

Sentados frente a la pista del Aeródromo de Barajas, André Malraux, Carlos Contreras, Vittorio Vidali y Castro hablaron durante unos cuantos minutos.

–Os ayudaremos.

–¿Seguro? –preguntó el comisario.

–¿Con cuántos vuelos? –preguntó Castro.

André Malraux se levantó. Miró a la pista y al cielo. Después a los dos hombres que le miraban...

«Os ayudaremos».

«Au revoir».

«Au revoir».

Y se fueron... Como una despedida prometedora los mecánicos comenzaron a calentar los motores. Y un ruido bronco y rítmico. Y gritos y polvo. Y André Malraux como un Marte moderno dejaba que el viento agitara sus cabellos.

El coche les llevó hasta donde acampaba la primera Brigada Internacional.

«Castro».

«Carlos».

«Kleber».

Se estrecharon las manos. Kleber les hizo un gesto, Y miraron. Los hombres de la Brigada Internacional se acercaban a los camiones. Estampa de guerreros, armas relucientes y uniformes nuevos.

Kleber les miraba y sonreía.

«¿Qué opinas, comandante Castro?»

«¿Que importa, camarada Kleber, mi opinión...? Lo importante es que me respondieras categóricamente a una pregunta...»

«Dime».

«Son las seis de la mañana... En tu reloj y en el mío... Tú y ellos estáis citados... ¿Llegaréis a tiempo, camarada?»

Durante unos segundos se miraron. Castro no supo nunca qué es lo que pensó Kleber... Ni tuvo interés en saberlo... Se limitó a pensar solamente «si aquello llegaría a tiempo, cuando Franco desencadenara su golpe». Y después miró a Kleber de abajo arriba: «magnificas botas»... «Magnífico uniforme»... «Estupenda pistola»... Cuando su mirada llegó a la cara del otro se entretuvo unos segundos: «O es un cínico o un gran actor o un gran soldado...»...Y concluyó: «Dentro de unas horas todos nos habremos conocido. La verdad o la mentira será verdad o mentira»... Después miró al hombre que se mantenía al lado de Kleber.

–«¿Quién es?» –preguntó a Carlos.

«El comisario Nicoletti.

«¿Y ese otro?»

«Luigi Longo, el comisario de todos los internacionales».

Castro le tendió la mano a Kleber.

Y se estrecharon las manos.

Los hombres estaban ya sobre los camiones. Los motores se pusieron en marcha. Y arrancaron los camiones. Y comenzó a oírse una bella canción... Castro les siguió con la vista hasta que se perdieron en un recodo del camino...

–¿Cantarán así frente al enemigo, Carlos?

–Son los mejores hombres del movimiento comunista internacional... No dudes, Castro... Ellos también cantarán frente a la muerte.

–Ojalá.

Y se dirigieron hacia Madrid que comenzaba a despertarse.

\* \* \*

¡Ya!

«¡Armas!».

«¡Armas!».

«¡Resistir cuarenta y ocho horas y habremos triunfado!».

«¿Estás loco, Castro?»

«¿No entiende el castellano, camarada?... ¡He dicho cuarenta y ocho horas!... ¡Cuarenta y ocho horas!... Después podréis comer, lavaros, dormir y fornicar cuanto queráis!».



Orden del general Varela:

«El golpe principal se realizará sobre el flanco izquierdo (división Yagüe) a través de la Casa de Campo sobre la zona de la Estación del Norte y el Puente de los Franceses. Aquí actuarán cuatro columnas. En la Agrupación de Conjunto atacarán dos columnas (la segunda y quinta) con el objetivo de tomar el Puente de Toledo.

«La sexta quedará en reserva».

Buuuummmm.

Buuuummmm.

Buuuummmm.

Sobre las calles de Madrid los cuerpos se doblan y se rompen en muchos pedazos. Paco Mayo, a costa de su carne y de su sangre, hace la historia de un drama sin límites. Y la sangre salpica las aceras por donde la aristocracia de medio pelo tomaba el sol y paseaba entre la una y las dos en las tardes de sol y de tiempos normales. Las casas se ofrecen a la artillería enemiga como blancos inmóviles. Y de lejos llega hasta el alma de la ciudad misma el eco espantoso de la fusilería que vive horas frenéticas.

Y muertos.

Y más muertos.

Y heridos.

Y millares y millares de heridos.

Madrid vive pendiente de un reloj invisible que marca las horas y quema las horas.

«¡Diez horas!»... «¡Veinte horas!»... «¡Cuarenta horas!»... «¿Te has olvidado Castro de que nos dijiste que solamente cuarenta y ocho horas?»... «¡Camaradas!... Castro no es Dios... Os dije, es verdad, que resistierais cuarenta y ocho horas... Un ligero error de cálculo... Un ligerísimo error de cálculo, camaradas...»

Mientras tanto el enemigo ocupaba la parte suroeste de la Casa de Campo, un poco de terreno en el flanco izquierdo y Carabanchel... Y un poco de la Ciudad Universitaria.

Un día.

Otro.

Otro más.

13 de noviembre. El enemigo respira fatigosamente. La banda de música del Quinto Regimiento, que dirige el maestro Oropesa, sigue y sigue tocando el Himno del Quinto Regimiento.

Los muertos miran al cielo.

O al fondo de la tierra.

–Y los heridos esperan sin quejarse a que los saquen de este infierno creado por los hombres quién sabe si en un loco afán de imitar a Dios.

Ya.

Cada cual cuenta sus muertos y sus héroes...

El comisario Carlos duerme... Y Castro bosteza...

Miaja mira orgulloso al cielo... Rojo piensa en Dios... El general Gorev enciende otro cigarro puro... Y el gobierno y las direcciones nacionales de los partidos y sindicatos comienzan a llegar a Valencia en busca de descanso y calma para, tranquilamente, pensar cómo ganar la guerra.

Y...

Frente Norte.–«Nuestras fuerzas atacan intensamente en el sector de Oviedo impidiendo desplazar nuevas fuerzas al frente de Madrid».

Frente de Aragón.–«Sin novedad en el frente».

Frente Sur. –«Sin novedad en el frente».

Frente de Levante. –«Sin novedad en el frente».

Frente de Tarancón.–«La columna anarquista del Rosal–Benito sigue deteniendo todos los vehículos y a sus ocupantes que se dirigen a Valencia por miedo o por órdenes del gobierno».

Mientras tanto Madrid parecía restregarse los ojos como si despertara de una terrible pesadilla.

\* \* \*

El Estado Mayor del general Miaja con el fin de debilitar la presión enemiga sobre la capital, emprende una serie de pequeñas operaciones. La más importante es, quizá, la realizada desde la región de La Marañas, sobre el Cerro de los Ángeles. El grupo de choque lo integran 17 batallones, 11 cañones y 16 carros de combate. La acción auxiliar se encomienda a la columna Barceló, a la 3ª Brigada y la 11ª Brigada Internacional que desde la zona de Pozuelo–Humera debía avanzar sobre Alarcón–Leganés. Las otras unidades del frente de Madrid fijarán las fuerzas enemigas para facilitar el contragolpe.

Luego Caballero anunció la ofensiva.

Y la ofensiva se detuvo en sus comienzos sin haber logrado ninguno de los objetivos propuestos.

Hubo otro intento republicano para desalojar a las fuerzas de Franco de la Casa de Campo que constituía una magnífica base para un ataque al centro de la ciudad. La realizó la columna Durruti con dos mil hombres. Fracasó y el enemigo, ante el repliegue desordenado de la Columna Durruti y el asesinato de éste, ocupó algunos edificios de la Ciudad Universitaria. Para tapar la brecha abierta fue necesario meter a la 11ª Brigada

Internacional y a los batallones «Heredia» y «Oliveira» reforzados con elementos de la columna López Tienda–Llanos.

Y... nada más.

Para Castro se hizo evidente inmediatamente después, que Franco había fracasado en su ataque frontal sobre Madrid. Franco, influido por la relativa rapidez de su avance hacia Madrid, por la misma marcha del gobierno Largo Caballero y las direcciones nacionales de los Partidos Organizadores del Frente Popular a Valencia creyó, sin duda, que se había producido el colapso.

A pesar de esto, Castro no pensó jamás que la batalla por Madrid había concluido. Sabía cuánto significaba para Franco el fracaso de su primer intento frontal sobre Madrid; sabía, o al menos suponía, que Franco, en su afán de vencer rápidamente, intentaría en sucesivas operaciones corregir el error cometido con su ataque frontal.

Pero esto no era lo inmediato. Ni lo más importante para Castro.

Para Castro lo esencial en aquellas horas era evidenciar que el Partido Comunista había sido el alma de la resistencia a través del Quinto Regimiento y de un grupo de militares «honrados». Esto era lo fundamental: lograr la supremacía política y militar en la España republicana; acentuar el descrédito político de Largo Caballero como preparación para su derrota definitiva. Con vistas a ambas cosas se organizó el día 9 un gran mitin en el Monumental Cinema, El Quinto Regimiento «copó» casi todas las localidades. Y no se tomó en

cuenta ni a Miaja ni a su Estado Mayor; ni a la Junta de Defensa; ni a los demás Partidos y Organizaciones del Frente Popular.

El escenario se convirtió en un escaparate de héroes: los hermanos Galán, «El Campesino», Líster, Medrano, Arellano, Gallo, Barceló... Y comenzaron a hablar entre olor a sudor y vivas al Quinto Regimiento:

«Ante la huida del gobierno, el Quinto Regimiento...» «Ante la deserción del gobierno, el Quinto Regimiento...» «Ante la incapacidad del gobierno y la traición de sus colaboradores, el Quinto Regimiento...» «Viva el Quinto Regimientoooooooooo».

«Para el gobierno el «no pasarán» era una frase... «Para el Quinto Regimiento el «no pasarán» fue y es una orden... «El Quinto nació en Madrid, tenía que defender Madrid o morir en Madrid, pero nunca huir hacia las cálidas costas de Levante».

La gente alzaba los puños y gritaba. Los pocos socialistas o republicanos que pudieron entrar al Monumental Cinema permanecían encogidos y lívidos.

«Quinto Regimiento».

«Quinto Regimiento».

Sus jefes desde el escenario miraban a la gente y al mundo. Castro, como siempre, se miraba las manos y pensaba: «Gritar... Gritar lo que queráis... Lo importante es que el grito que se alce por encima de todos los gritos sea el de «El Quinto Regimiento y los camaradas internacionales han salvado a

Madrid». Lo demás no es necesario decirlo. El Partido Comunista como un dios invisible dominaba todo: la ciudad y las gentes; a Miaja; a la Junta de Defensa; a todos. ¿Qué importaba que cada cual se creyera gigante sin cadenas y sin dueño?... ¿Qué importaba eso?... Que cada cual pensara lo que quisiera, que cada cual se creyera lo que quisiera». El derecho a soñar estaba en vigor.

El derecho a mandar no: sólo al Partido, sólo al Quinto Regimiento le estaba concedido.

Y de pronto...

Castro miró hacia un lado. Uno de sus hombres le hacía señas, Se levantó de su silla y se acercó. Detrás de aquél que le llamó estaba José Díaz, secretario general del Partido, el Jefe...

–Salud, Pepe.

–Salud, Castro.

Y se miraron.

–Anuncia que el camarada Díaz, después de desplazarse a Valencia para movilizar las reservas y ayudar a Madrid, regresa a compartir con los defensores de la ciudad heroica las próximas y duras jornadas que se aproximan...

–De acuerdo.

Y lo anunció. Y después gritó: «Viva nuestro camarada Díaz, nuestro jefe y maestro, nuestro guía y ejemplo...»

«Vivaaaaaaaaa...aaaa».

Y José Díaz habló. Sin alzar mucho la voz, sin gestos exagerados, sin prisa.

Y en su hablar había un freno a la impaciencia de los que creían dentro del Partido que había llegado la hora del asalto definitivo al poder.

–Camarada combatientes: en nombre del Buró Político yo os saludo como se saluda a los hombres que han dado cuanto tenían por impedir que Madrid cayera en manos del fascismo... Pero, camaradas, Madrid no es el único frente de batalla de la democracia española; hay otros frentes importantes, que, incluso, no tardarán en convertirse en frentes decisivos... La garantía de nuestra victoria en las próximas jornadas es la existencia del Frente Popular, la obediencia al gobierno del Frente Popular, la unidad inquebrantable de todas las fuerzas antifascistas en el Frente Popular...»

«¡No olvidarlo, camaradas!...».

Y la banda de música del Quinto Regimiento comenzó a tocar:

«Con el Quinto, Quinto, Quinto

con el Quinto Regimiento».

Y la gente fue abandonando el local. Y José Díaz habló unas palabras con Castro, sólo unas cuantas palabras. Y después parece ser que regresó rápidamente a Valencia.



Castro comprendió las palabras de José Díaz.

«La impaciencia es un pecado».

«A veces hasta una traición».

«Sí... José Díaz tenía razón... Es demasiado pronto aún... Primero hay que ganar la guerra a Franco y en el curso de ella prepararnos para librar y ganar la otra: la de nosotros contra los demás, la de nosotros por y para nosotros. Sí. La llamada de atención estaba justificada. El fracaso de Franco en un intento frontal contra Madrid nos ha emborrachado un poco de gloria y de soberbia».

Se sonrió.

«Para vencer a Franco les necesitamos a todos: es lo que podríamos llamar la hora de todos camaradas; después de vencer a Franco habrá que poner cada cosa en su lugar: los republicanos son ni más ni menos que los lacayos de la burguesía, los socialistas un poco más lacayos que los republicanos, los anarquistas un peligro para nuestra revolución. Con esto basta para aniquilarlos después que hayamos aniquilado a Franco...».

«Hasta entonces a esperar dándoles palmaditas en la espalda llamándoles camaradas... Sin duda que nuestro humanismo es algo nuevo en la historia: los tratamos bien en el período de la «sagrada alianza» (y sonrió): después les mataremos muy pronto para que no sufran mucho ni mucho tiempo (y volvió a sonreír)...».

El jefe tenía razón.

Mucha razón.

Sin mencionarle había recordado a Lenin. Sí, el extremismo no es ni más ni menos que la enfermedad infantil del comunismo.

El pecado de la juventud.

El jefe tenía razón.

«Camaradas socialistas... Camaradas republicanos... Camaradas anarquistas... ¡Camaradas! ¡Todos camaradas!».

Y de vez en cuando unas palabras a Tomás.

–No olvides que se trata de aliados circunstanciales... Madrid, después de las jornadas de noviembre, adquirió una fisonomía extraña, nacida no del miedo a la muerte, sino del aburrimiento y el hambre. Había demasiados héroes. Y demasiadas prostitutas. Y el exceso de héroes aburre y cuesta caro a los pueblos... como las prostitutas cuestan caras a los héroes. Pero había que transigir con ellos: con los de verdad y con los de mentira.

Era un problema táctico.

Mientras tanto el Quinto Regimiento preparaba su nueva «operación». No, no estaba en peligro Madrid, el peligro había pasado por el momento. Pero eso no hacía menos importante la «operación». Los ministros comunistas Uribe y Hernández, el

Buró Político, los consejeros diplomáticos y militares rusos hacían cada vez más estrecho el cerco en torno a Largo Caballero... «¡Hay que crear el ejército popular!»... «¡Hay que crear el ejército popular!»... Y el Quinto Regimiento, mientras apoyaba esta consigna del Partido Comunista, se preparaba para el momento en que apareciese el Decreto del Ministro de la Guerra creando el Ejército Popular, transformar sus unidades en unidades del nuevo ejército, manteniendo a sus jefes, a sus comisarios, manteniendo en las unidades su hegemonía política... Pero de esta operación, la más secreta y sutil realizada durante toda la guerra, sólo los comunistas estaban enterados. Y no todos, la élite solamente. Este era el motivo, el gran motivo por el que el Partido perdonaba a sus héroes las borracheras y las estupideces, su pillaje y su narcisismo. Había que conservarlos llenos de prestigio para que nadie les pusiera el veto en el momento de integrarse el Ejército Popular. Fuera de esta operación que tenía sus etapas obligadas, que estaba sincronizada entre Valencia y Madrid, que era la expresión de una dirección política extraordinariamente capaz, nada.

Los días transcurrían con su ritmo de siempre.

Para Castro, la jornada llegó a ser casi siempre igual: por la mañana a visitar los frentes; después a la comandancia del Quinto Regimiento; más tarde al antiguo Ministerio de Hacienda en donde se habían instalado Miaja y su Estado Mayor. Y ya en la madrugada al hotelito de la calle Serrano.

En los frentes, aliento a los combatientes.

En la comandancia, órdenes.

En el Estado Mayor de miaja, astucia y el mantenimiento del cerco en torno al viejo general, cerco que formaban Castro y el general ruso Gorev.

En el hotelito de la calle de Serrano, la organización del terror, la realización de un terror minucioso y sistemático, sin ruido.

No era difícil la tarea.

Ni peligrosa, siempre y cuando no se cometiera un error que lesionara los intereses del Partido.

\* \* \*

¿Serán todos los héroes iguales?

No lo sabía muy bien. Pero llegó a saber con el tiempo que los héroes no admiten en la mayoría de los casos, más que dos clasificaciones: el infantilismo en unos, la estupidez en otros. Convertirlos en los esclavos del Partido era fácil. Sabían más o menos, que el Partido lo mismo sacaba a un hombre de la cama para hacer de él un héroe nacional, que arrancaba a un héroe del frente para fusilarle por «incapaz» o por «traidor al pueblo español».

Y los héroes tenían miedo.

Miaja no les impresionaba.

El general Pozas tampoco.

Pero se empequeñecían cuando iba a verles un miembro de la dirección del Partido o un representante de esa dirección, aunque este hombre fuera de una apariencia normal o incluso mediocre. Entonces volvían a sus dimensiones naturales, desaparecía el héroe, y solamente quedaba el militante obligado a escuchar, obligado a obedecer.

El diálogo siempre era el mismo.

–El Partido dice, camarada...

–De acuerdo.

–El Partido te ordena, camarada...

–De acuerdo.

Y cuando «el hombre del Partido» se iba el héroe respiraba, se desencogía, comenzaba a crecer, a mandar, a gritar... Y a mirar a sus milicianos como gusanos amaestrados, como seres condenados a matar y a morir a una orden suya... No tenían espejos entonces, porque eran los días en que la guerra no podía dar confort a los héroes, pero se miraban en el cielo. Y se creían dioses o gigantes.

Pero el Partido esto no le preocupaba mucho.

Cuando alguno de ellos quería ver al Partido al mismo nivel suyo el Partido imponía el orden:

–Camarada Modesto: no olvides que te fuiste a Albacete con una pequeña herida que tu médico nos dijo que era muy grande...

–Camarada Valentín: no olvides que convertiste un pequeño sector en el cementerio de nuestros mejores camaradas.

–Camarada Líster: no olvides que un día de debilidad abandonaste el Cerro de los Ángeles y te fuiste a Morata.

–Camarada Galán: no olvides que a pesar de haber sido teniente de la Guardia Civil, el Partido te ha dado la oportunidad de permanecer en él...

–Camarada...

–Camarada...

Los héroes eran sensibles como las hojas de los árboles al viento. Y temblaban. Y daban la impresión de que iban a desprenderse de la rama. Y siempre igual:

–Lo que el Partido ordene...

–Lo que el Partido ordene...

Eran animales domesticados, que tenían conciencia de su pequeñez frente al Partido.

\* \* \*

En el comedor, con grandes espejos y arañas de caro cristal que despedían maravillosos reflejos, se encontraban cada noche Castro y Carlos, Ortega y Líster, Medrano y García, Arellano y Márquez, Gallo y Barceló, «El Campesino» y Galán... Y Boss Zaisser, el «técnico» alemán que era el eterno convidado. Las sirvientas se desvivían por servir a los héroes. Una mirada era una orden. Se discutía sin violencia, en una maravillosa camaradería. Pero aquello no hacía desaparecer las categorías, aquello no desplazaba la presencia permanente del Partido...

Castro y Carlos preguntaban.

Y a través de las respuestas iban radiografiando a los jefes, midiendo su calidad de miembros del Partido, descubriendo sus ambiciones y sus debilidades, su miedo y su valor.

Era un espionaje permanente que no se llamaba espionaje sino «vigilancia revolucionaria», «el cuidado permanente del Partido de todos sus militantes».

Después cada cual iba a su unidad. Carlos desaparecía para hundirse en sus vergonzosos romances. Y Castro subía a una alcoba del primer piso, se tumbaba en la cama, sacaba unos folletos que eran los textos de las conferencias que se daban antes de la guerra en la Escuela Superior de Guerra y comenzaba a leer y releer. Algunas noches subía el general Kleber acompañado del comandante Durán, jefe del Batallón Motorizado Y pacientemente ayudaba a Castro a comprender algo de todo aquello.

Y algo aprendió.

\* \* \*

«El general duerme».

Castro desde un rincón y procurando que nadie viera a quien miraba, miraba al viejo general que dormitaba reclinado en un viejo sillón, un poco caídos los lentes sobre la punta de su nariz y con un roncar discreto que daba cierto aire de serenidad al ambiente.

Rojo trabajaba sobre una mesa.

Los demás iban y venían procurando no hacer ruido.

Porque el general ya no era el general: el general era un mito, un terrible mito que se habla convertido en una necesidad quién sabe por cuánto tiempo...

«¿Tonto?»

«¿Listo?»

«Útil, simplemente útil!».

Y Castro dejó iniciarse una sonrisa cínica. Y cínicamente y con un poco de asco miró después a María Teresa León, la mujer del poeta Alberti, que se había convertido en la acompañante casi permanente del general, al que deslumbraba y distraía, ayudando a los demás a que hicieran lo que tenía que hacerse sin que el viejo militar estorbara.



Tiempo y tiempo.

Y el general abrió los ojos. Bostezó una o dos veces, miró a un lado y a otro como si no supiera dónde se encontraba y tosió, tosió varias veces sin tener tos. Eran las pequeñas argucias del general para hacer notar su presencia...

María Teresa se acercó solícita.

–Mi general...

El general la miró cazurro y pícaro.

–Mi general...

–¿Qué hay comandante? Siempre cerca de mí, demasiado cerca... ¿Me aprecia usted mucho, comandante?

–Mucho, mi general... ¿Quién podría no apreciar al héroe de la defensa de Madrid, al, alma de nuestra resistencia?... ¿Quién podría no apreciar al hombre que ha derrotado a Franco, el más joven y mejor general de España?

El viejo sonreía.

–Sí... sí, mi general, posiblemente usted no tenga una idea exacta de cuanto usted representa para nosotros.

El viejo sonreía.

Pero no miraba a Castro. Miraba a María Teresa León que en su belleza otoñal era el encanto o la ilusión de aquel hombre que comenzaba a parecer demasiado viejo.

Ahora quien sonreía era Castro.

«Vanidoso, terriblemente vanidoso... Y un poco viejo verde... ¡Está bien!... Con esto basta para que le podamos permitir que siga siendo el «héroe»... A cambio de eso tendrá que ser día y noche, hasta que nos convenga, el asistente del Partido».

Y se miraron los dos.

Y los dos sonrieron.

Castro se acercó a Rojo que trabajaba como siempre, incansablemente.

–¿La otra etapa?

–Sí.

–¿Podemos ayudarte?

–Mucho... Como siempre, Castro.

Y se dirigió hacia la puerta. Pero no llegó hasta la calle. Se dirigió hacia uno de los corredores más solitarios de aquel caserón. Y dio unos golpes sobre una puerta...

–Adelante.

Gorev le salió al encuentro... Se estrecharon las manos... Y se sentaron frente a frente, mirándose y mirándose. Y los dos sin ganas de comenzar...

–¿A tomar té conmigo, camarada Castro?

–Sí.

Soltaron la carcajada. Sin embargo, Gorev pidió que les sirvieran té y allí tuvieron unos cuantos minutos saboreándole y mirándose. Hasta que se acabó el té.

–¿Más?

–No.

–Entonces ¿por qué no comienzas?

–Camarada Gorev: quisiera hacerte unas cuantas preguntas concretas: primera, ¿crees que ha terminado la batalla por Madrid? Segunda, ¿crees que Franco intentará el envolvimiento por uno u otro flanco? Tercera, ¿crees que estas nuevas etapas de la lucha por Madrid podrán resolverse como se resolvió la del 7 de noviembre?

Y dejó de hablar. Y se quedó mirando fijamente al otro.

–No creo, camarada Castro, que la batalla por Madrid haya terminado; sin duda que el enemigo intentará una acción decisiva por cualquiera de nuestros flancos, aunque no podría decirte en este momento por cuál de ellos; y no creo, camarada Castro, que vuestros hombres, como milicianos, puedan resolver el problema: necesitaremos soldados, unidades militares regulares... Pero para tu tranquilidad te diré que en Albacete y otros puntos, las cosas van bien, que está llegando armamento suficiente... Y que ganaremos mañana como ganamos ayer... Pero, ahora quisiera yo hacerte una pregunta: ¿Por qué es a mí a quien preguntas esto?

–¿Acaso no sois vosotros nuestra dirección militar?

–No.

–¿Entonces?

–Somos simplemente vuestros consejeros...

–Ah...

Cuando abandonó el antiguo Ministerio de Hacienda, Madrid vivía en silencio una noche más de su vivir. Y hacía frío. Se subió el cuello de su pelliza y se acercó a Mariano que esperaba.

–A la Comandancia, Mariano.

El capitán Carlitos le esperaba con los ojos cargados de sueño.

–¿La cena?

–No... No tengo ganas.

\* \* \*

Castro seguía mirando los mapas. Le impulsaba a ello la idea del Estado Mayor General del general Miaja y también del general Pozas, obsesionados ambos en «empujar» de las proximidades de Madrid a las fuerzas del general Franco, a pesar de que sabían que las fuerzas republicanas eran débiles

para atacar de frente a un enemigo superior en medios, en cuadros, en disciplina y conocimientos militares. Y no hacía más que mirar el flanco derecho del enemigo, kilómetros y kilómetros al descubierto... «¿Cómo no verán esto?»... Su línea de comunicaciones vital parece estar invitándonos a golpearla con todas las posibilidades de éxito; y mientras tanto esta gente obsesionada con el Cerro de los Ángeles, con Alcorcón: defendiendo nuestras comunicaciones, pero sin atacar las de ellos»... «¡No lo comprendo!»... Pero de esto no quería hablar con nadie, ni con su mismo comisario. Hasta que un día se decidió a no esperar más. Y llamó a Tomás y su grupo.

–Tomar los coches que queráis, pero llegar hasta el sur de Talavera y ver todas las posibilidades existentes para un golpe de sorpresa sobre las comunicaciones enemigas, sobre las comunicaciones de las fuerzas de Yagüe y Varela con sus bases de aprovisionamiento fundamentales.

Los otros escuchaban.

–No hacer noche en los pueblos... Dormir en los caminos... Que no os vea nadie. Ni los campesinos y mucho menos el enemigo... Si alguien os descubriera y sospecharais que podía poner en peligro lo que me propongo, liquidarle y esconder su cadáver...

Y se fueron.

Y el tiempo consumió un pequeño montón de días. En estos días Castro se dedicó a visitar con más frecuencia que nunca el Cuartel General del general Pozas; y a tratar al general más

respetuosamente que nunca. Y a hablarle mal del general Miaja al que el otro general odiaba.

–Convéznase, mi general, el general Miaja no hará nada más en su vida... Para él Madrid es su pedestal y su madriguera... Y a esperar entre el halago de sus cortesanos a ver si el enemigo se rinde por cansancio o aburrimiento...

El general le miraba.

–¿Qué opina, mi general?

El general callaba.

Y no es que fueran muy inteligentes estos generales, pero eran ladinos y sobre todo había en el fondo de ellos una desconfianza imborrable hacia los comunistas, de cuya capacidad de maniobra habían tenido ya numerosas pruebas...

–Vea el mapa, mi general... El sur del Tajo por Talavera al garete. Y pegados al Tajo, la carretera y el ferrocarril por donde llegan víveres, municiones y hombres a los generales Varela y Yagüe...

Y se callaba.

Y el otro le seguía mirando.

–Pocos hombres... Un desplazamiento rápido... Y al amanecer el golpe sobre Talavera... Un día o dos aguantando a no ser que se quisiera convertir esta operación en otra de mayor envergadura...

El general dejó de hurgarse la nariz.

–Sí. Sí...

–Sí, mi general, sí. Posible y fácil: dos mil hombres, una batería y una pequeña protección aérea bastarían para cortar las comunicaciones dos o tres días, para obligar a Franco a retirar fuerzas de Madrid y para dar a nuestras fuerzas de Madrid la posibilidad, ¡ahora sí!, de empujar al enemigo...

–Sí... Sí...

Era cazurro y vivo el general.

–Piénselo... Piénselo...

Pero el general comenzó a bostezar: era la hora de la siesta.

Mas Castro continuó insistiendo. Un día y otro. Y el general comenzó a ablandarse. Y escuchaba con más atención. Y a veces hasta retrasaba su siesta.

–Sería una jugada al tonto de Miaja para obligarle a hacer algo.

–Sí.

–Piénselo bien, comandante...

Al fin regresaron Tomás y su grupo. Venían cansados y sucios. Pero a la manera de los buitres habían localizado la presa. «Nadie, Castro. Talavera parece estar a mil kilómetros de la guerra. La gene vive como si viviera en otro mundo y no en un

mundo en llamas. Sólo el elevar y aterrizar de los aviones del campo de aviación indica algo». «Hemos estado tres días observando. Trenes y trenes... Y largos convoyes por la carretera... Y todo con una tranquilidad irritantes... Después de esta entrevista Castro se dedicó durante varias noches a pensar en todo aquello. Y llegó a la conclusión de que, fuera como fuera, debía hacerlo, pero decidió hacer un intento serio para ver si convencía al general Pozas y a los consejeros rusos de que aquello se convirtiera en una operación de envergadura, en una operación que acabara con el cerco que se estaba formando en torno a Madrid.

Pozas.

Gorev.

Kulik.

«Si no logro lo que pretendo procuraré sacar solamente la autorización de Pozas y la haré con lo que sea y como sea». Y se fue a ver al general Pozas. Estaba irritado por aquellos días el general: los médicos le habían indicado la posibilidad de tener que operarle y posiblemente extirparle el testículo para evitar mayores males...

–¿Qué quieres, Castro, qué quieres?

–Dos mil hombres, mi general, una batería y uno o dos vuelos de protección de la aviación de caza... ¡Y le aseguro que corto las comunicaciones!... No puedo decir de antemano por cuánto tiempo, pero de lo que estoy seguro es de que durante unas horas o unos días provocaré el pánico entre las fuerzas de



Varela y Yagüe... ¡Creo que es bastante y muy barato! El general no contestó.

–¿De acuerdo, mi general?

–Haga lo que quiera, Castro... Talavera o Madrid ¡qué me importa en estos momentos!... Lo que me importa son ¡mis testículos!...

Castro sintió ganas de reír.

–Comprendo, mi general, comprendo.

Y se fue.

Y de allí a la casa que tenía el general ruso Kulik, al que la estancia en España le sería premiada meses después con las insignias de mariscal.

Era grandote y basto. Su cabeza pelada y su rostro enorme y brutal, impresionaban. Pero impresionaban más sus gritos y sus manos, que movía como si fueran las aspas de cualquier molino manchego. Su estado mayor le temía. Castro tenía la impresión de que aquél estaba rodeado por el odio y el silencio de los suyos. Y, aparte de esto, deseaba el choque con aquel hombre, del que tenía la seguridad que despreciaba a los españoles.

–Mi general.

El otro le tendió la mano sin contestar... Y después se le quedó mirando. Castro no se preocupó mucho... Extendió

lentamente el mapa sobre la mesa... Miró a la traductora, luego al jefe del estado mayor del general y, por último, al general... Y comenzó a hablar.

–Tengo autorización del general Pozas para hacer una operación sobre las comunicaciones enemigas a la altura de Talavera.

Y con un dedo indicó en el mapa la ciudad y los puentes... Y vio cómo los otros se inclinaban sobre el mapa... Alzó la cabeza, miró al general a los ojos y continuó.

–Es una operación barata, fácil y efectiva... Pero ¿no cree usted, camarada, que podríamos aumentar el volumen de la operación y convertirla en algo más serio y más definitivo?

El otro se pasó el dorso de la mano por la nariz, miró el mapa y después a Castro.

–«Niet», camarada: ni una operación de distracción ni una operación de envergadura...

–¿Por qué?

–No entra en mis cálculos.

–¿Es esa su gran «razón»?

–Esa no es cuestión suya.

–Suya y mía, general.

El general se puso rojo, miró unos segundos a Castro. Después con sus dos manazas barrió la mesa de un solo golpe. El mapa y el lapicero rojo de Castro cayeron al suelo.

Castro le miró.

Después recogió el lápiz y el mapa. Y enrolló el mapa lentamente Y se guardó el lápiz.

–A pesar de usted se hará.

–«Niet»

–Se hará.

–«Niet».

Castro se dirigió a la puerta. Y la abrió de par en par. Y se volvió hacia el general que gritaba en ruso.

«Cerdo».

Y dio un portazo.

Y...

–Salud, camarada Gorev.

–Salud, Castro.

Castro le contó todo. Sin omitir detalle; ni palabra ni gestos. El rostro de Gorev se iba ensombreciendo poco a poco. Hasta dejó apagar su cigarro puro lo que, para él como gran fumador,

era una grave falta. Y al final Castro llegó a su decisión: «Con Kulik o contra Kulik yo haré esta operación»... Gorev encendió el puro, dio varias bocanadas y después habló casi sin despegar los labios...

–Has cometido un error... El camarada Kulik fue el jefe de la artillería de Tsarisin, uno de los colaboradores más cercanos del camarada Stalin, un viejo militar y un viejo bolchevique... ¡No debiste hacerlo!

–Pero ¿tú estas de acuerdo con la operación?

–No debiste hacerlo.

–Contesta, Gorev... ¡Contesta!

–No debiste hacerlo, camarada... Esto es para mí lo más importante... Él es el gran general enviado por el camarada Stalin para ayudarnos a ganar la guerra... ¡Y tú le has tratado mal!... ¿Te das cuenta a qué conclusiones llegaríamos si analizáramos esto políticamente?

–Escúchame Gorev: el camarada Stalin nos envió al general Kulik para ayudarnos a ganar la guerra, pero ¿acaso yo, al proponer esta operación, estoy impidiendo que la guerra se gane?

–El camarada Kulik es mi jefe... Tú, solamente un camarada.

Se miraron.

–¿Y te impedirá «eso» el que me ayude la aviación con uno o dos vuelos en el caso de que se desplace sobre nosotros la aviación enemiga? Se quedó pensando.

–No lo sé.

–Pues yo sí quisiera saberlo antes de salir de esta habitación.

Y se puso en pie.

–Te ayudaré.

Y dio varias chupadas al cigarro y dejó salir lentamente el humo que casi le cubrió la cara durante unos segundos. Y Castro salió sin poder verle los ojos...

\* \* \*

Se pasaron la noche mirando la noche.

Tendidos en el suelo. Sin una luz ni un grito. Desplegados sobre aquella llanura al sur del río y mirando desde las alturas la ciudad que la noche les impedía ver totalmente.

Y horas y horas.

Castro miró su reloj... «Las cuatro de la mañana»... A su lado roncaba Pablo Bono, el comisario italiano, el hombre que durante muchos años dirigió la Editorial «Europa–América» que servía para imprimir y divulgar la propaganda del Komintern y para recibir el dinero que Moscú enviaba

periódicamente al Partido Comunista de España. Un poco más lejos un coronel ruso, de caballería, y su traductora hablaban en voz baja. Y sombras que iban de un lado para otro. Había allí fuerzas de «El Campesino». Del comandante Urribarri. Y algunas otras que Castro había reclutado precipitadamente. Y una batería que logró por medios no muy legales y que dirigía un comandante profesional, magnífico artillero y magnífica persona...

«Las cinco de la mañana».

Se levantó. Y con el pie despertó a Bono. Y el ruso y su traductora se levantaron. Y cada cual se fue a su lugar, Castro, antes de dirigirse a las primeras líneas, que esperaban el momento, se fue a ver al comandante artillero. Allí, junto a sus cañones, tumbado pero con los ojos abiertos, esperaba la hora.

«Ya, comandante».

Y cada cual en su puesto. Pero el día no podía romper la niebla.

Las seis... Las siete... Las ocho... Las nueve... Castro, de un lado para otro, maldecía en silencio. Y dentro de él la duda: «¿Suspender la operación: hacer la operación aun con todos los riesgos que hacerla en pleno día supone?... Estuvo a punto de preguntar al coronel ruso y no lo hizo; pensó si preguntaba al comisario Bono, pero no llegó a preguntarle... Hasta que la niebla comenzó a desaparecer.

Y la ciudad y el río.

Y casas y gentes.

Y el puente.

Y de pronto:

Buunuunnnmmm.

Buuuuunnnmmm.

Buuuuunnnmmm.

Los obuses comenzaron a estallar en el aeródromo. Dos grandes aviones comenzaron a arder. Y gente enloquecida corriendo de un lado para otro.

Buuunnnnnmmm.

Buuuuunnnmmm.

Buuuuunnnmmm.

Castro hizo una señal a la gente. Y la gente comenzó a descender hacia el río y a enfilarse hacia los puentes... Las ametralladoras enemigas emplazadas en el puente comenzaron a disparar en ráfagas frenéticas. Algunos aviones se elevaron precipitadamente.

«Rápidos».

«Rápidos».

Las ametralladoras enemigas punteaban el camino de barro y agua de las fuerzas de Castro.

«Rápidos».

Una ametralladora enemiga le hizo su objetivo. Los disparos se hundían en la tierra o rebotaban en las piedras. Los dos ruidos llegaban a Castro rítmicamente. Se tendió en el suelo y comenzó a arrastrarse.

«Rápidos».

El enlace le miró. Después miró al cielo. Castro siguió con su mirada la del otro.

«¡La aviación!».

«De ellos».

«Ahora llegará la nuestra».

Los aviones alemanes empezaron su tarea. Los enlaces se acercaron a Castro. «Que la gente se detenga buscando el terreno más favorable para resguardarse... Que nadie salga al llano porque descubrirían dónde estamos y le costará el pellejo... Esperaremos que llegue nuestra aviación y aprovechando su presencia reanudaremos el avance hacia el puente...»

Aquello se convirtió en una terrible noria que descargaba torrentes de fuego.



Una escuadrilla.

Y cuando ésta se perdía en el horizonte otra que llegaba a relevarla. Ocultos en los bordes de una profunda cañada, Castro, Bono, el coronel ruso, su traductora y varios oficiales presenciaban la acción de la aviación alemana... No había otra cosa que hacer... Los aviones al comprobar la carencia de defensas antiaéreas se acercaban más y más... Pegados al suelo Castro y sus acompañantes sentían la proximidad cada vez mayor de las balas... A veces escuchaban un grito y el derrumbarse de un cuerpo hacia el fondo de la barranca...

«¡Castro!».

«¡Calma, camaradas, calma!»...

Otro grito.

Y el deslizarse de otro cuerpo.

Y un ruido sordo en el fondo del barranco cuyo eco llegaba hasta los oídos de ellos.

«¡Castro!».

—Castro no contestó. Pero miró a un lado y otro. Los aviones alemanes se acercaban más y más. Las ráfagas se hacían más frecuentes. Más próximas. Sobre el llano las manos de las gentes clavadas en la tierra y los cuerpos casi suspendidos sobre la barranca. Y las balas más cerca.

Otro.

Castro miró a un lado. Y otro. Las gentes con la cara pegada a la tierra no querían mirar al cielo. Esperaban la bala que aflojaría sus manos y empujaría sus cuerpos a aquella barranca convertida en cementerio de gentes y gentes... Pablo Bono comenzó a mirar su pistola mientras que el sudor resbalaba por su rostro lívido... Castro comprendió.

«¡Bono... Camarada Bono!... ¡Guarda esa pistola!... ¡Te ordeno que la guardes!...

El otro movió los labios.

«¡Tú no puedes matarte, Bono!... ¡Provocarías el pánico!...» Y se arrastró hacia él y pegando su boca al oído del otro le dijo, procurando que nadie lo oyera: «Si no guardas la pistola, te mataré yo... Entiéndelo bien, camarada Bono... ¡Te mataré yo!».

Y el otro se guardó la pistola... Después clavó una de sus manos más y más en la tierra. Y con la otra se limpió el sudor que cubría su rostro, Y las balas cubriendo el suelo. Y una hora. Y muchas horas. Y el día comenzó a hacerse noche. Y Castro se levantó, se pasó la mano por los labios que tenía secos y miró a un lado y otro. Hacia él corrieron los enlaces. Y entre ellos «El Corbata», un antiguo pistolero del Partido, grande, valiente y bueno...

«Castro, llegan trenes de Madrid con fuerzas... Son tres los trenes que han entrado ya en la estación».

Pidió agua y bebió frenéticamente. Luego encendió un cigarro. Era el primer cigarro en ocho horas. Después sintió un

fuerte dolor en el lado derecho del vientre. Un dolor que cada vez se hacía más dolor.

Y «El Corbata» otra vez.

«Los regulares y el tercio se están concentrando en la otra orilla del río».

–Escucha.

–Dime, camarada.

«Comunica que nadie dispare hasta que no comience el despliegue enemigo... Y que cuando comience que las ametralladoras barran el camino... Mientras tanto la gente que comience el repliegue... ¡Tenemos que aprovechar el resto de la noche para retirarnos».

–De acuerdo.

Bono se acercó a él.

–¿No te habían prometido aviación?

–Si... Pero posiblemente ha sido más necesaria en el frente de Madrid.

Y el dolor más fuerte que antes, cada vez más fuerte... Primero se encogió... Después se dejó caer... Y hundió sus dos manos en el vientre... Y notó que la boca se le secaba y que la frente le ardía... Y escuchó el ruido lejano de las ametralladoras. Y el replegarse de la gente que pasaba cerca de

él sin verle... Y el dolor cada vez más fuerte... Ahora se retiraban los hombres con sus ametralladoras... Y sin verle... Y el dolor más fuerte. Escuchó voces:

«¡Castroooooo!».

«¡Castroooooo!».

Quiso gritar. Después quiso levantarse... A lo lejos se movían unas sombras extrañas y cautelosas a las que la luna alargaban la figura Sacó la pistola y alzó el gatillo... Pensó en el Partido. Y esperó.

«¡Castroooooo!».

Vio acercarse a dos sombras. Levantó la pistola... Por la estatura reconoció a Bono y a «El Corbata».

«¡Aquí!».

«¡Aquí!».

Sintió que le levantaban... Y que alguien le echaba sobre sus hombros... El dolor seguía y seguía... Quiso quejarse... Pedir que se detuvieran... Luego sintió que todo se desvanecía... ¡Todo!

Abrió los ojos...

–¿Cómo te sientes?...

–¿Dónde estoy?

–Con nosotros.

–¿Dónde vamos?

–A Madrid, camarada.

Y cerró los ojos... «¡A Madrid, camarada!»... Sonrió... Cuando abrió los ojos se encontró en una habitación blanca, sin ruido y frente a él una enfermera.

–¿Cómo se siente?

–Bien.

Y luego la llegada del doctor Planelles... Y una de sus manos hundiéndose en el vientre. Y unas palabras a la enfermera.

–Que siga sin comer nada... Y líquidos fríos, cuanto más fríos mejor... Y reposo... Reposo y reposo...

–Planelles...

–¿Qué hay, Castro?

–¿Sabes lo que pasó allí?

–Magnifico, Castro... El enemigo sacó fuerzas de Madrid para acudir precipitadamente a Talavera... ¡El Partido está contento!... Muy contento, Castro!... Pero parece ser que piensa prohibir a sus comandantes que hagan locuras...

–¿Locuras?

–Sí... ¡No olvides que cuando te recogieron, los regulares estaban a trescientos metros.

Y pasaron las horas.

Cuando salió del Hospital Obrero, Carlos Contreras le había preparado una entrevista con periodistas españoles y extranjeros. La entrevista se celebró en la Casa de la Cultura.

«Díganos, comandante».

«Apenas tengo nada que decir... Un golpe de sorpresa en la retaguardia y sobre las comunicaciones enemigas... Paralización de los golpes enemigos sobre Madrid... Alarma en el Estado Mayor de Franco... Y nada más».

«¿Hubiera usted podido tomar Talavera?»

«Quién sabe».

«¿Qué es lo que limitó los alcances de su operación, comandante?»

«La aviación enemiga».

«¿Y por qué no le ayudó la aviación republicana tratándose de una operación que tanto podía haber influido en la liberación de Madrid del cerco de las fuerzas del general Franco?»

«No lo sé... Pero, estoy seguro de que la aviación republicana tuvo que hacer mucho en esos días... Mucho...»

Y se levantó. Y cuando los demás se fueron abandonó la Casa de la Cultura. Y se dirigió al Ministerio de Hacienda. Golpeó la puerta al mismo tiempo que levantaba el picaporte y entraba.

Gorev alzó la cabeza.

–Hola, Castro.

–Hola, Gorev.

–Todo estuvo magnífico.

–Hasta la aviación republicana, camarada Gorev.

–Hubo nubes.

–Sí, suele ocurrir con frecuencia que en el cielo haya nubes.

La figura del general Kulik le golpeaba en su interior. «El jefe de la artillería de Tsaritsin»... «El compañero de Stalin»... «Pero...» No quiso acabar tan pensamiento... Todavía Stalin y sus compañeros de armas eran para él sus dioses.

\* \* \*

Largo Caballero gobernaba a ratos... Es después de la primera fase de la batalla de Madrid cuando tiende a cumplir el decreto del 15 de octubre en que se legalizaba la situación de los comisarios políticos; el 7 de diciembre crea las escuelas para oficiales de ingenieros, infantería, caballería, transmisiones y artillería; y por estos días se publica el decreto de creación del

Ejército Regular Popular por brigadas, divisiones y cuerpos de Ejército... Y crea el Consejo Superior de Guerra presidido por él e integrado por el ministro de Marina, Prieto; por el de Estado, Álvarez de Vayo; por el de Justicia, García Oliver; por el de Agricultura, Uribe; por el de Obras Públicas, Just...

Cuando apareció el Decreto de creación del Ejército Regular Popular, el Quinto Regimiento fue un ejemplo «conmovedor» de disciplina, de comprensión, de obediencia al gobierno del Frente Popular.

«Milicia Popular», el diario del Quinto Regimiento afirmaba:

«Todas nuestras milicias deben integrar el nuevo ejército. Hay y debe haber un único ejército del pueblo, bajo un mando único, que sea el mando designado por el gobierno del Frente Popular. Nosotros, los del «Quinto Regimiento», tenemos en mucho nuestro regimiento. Lo hemos creado, forjado con nuestros esfuerzos, popularizado con nuestra lucha, hecho glorioso con nuestros muertos y nuestros héroes, pero comprendemos que para salvar a España es necesario un gran ejército, el ejército del pueblo. Nuestro «Quinto Regimiento»...» es el primero en cumplir los decretos del gobierno del Frente Popular...»

El 27 de diciembre el 70 por ciento de las fuerzas del Quinto Regimiento habían ingresado en el Ejército Regular Popular.

Las demás fuerzas de milicias se resistían y se resistieron durante un gran periodo de tiempo.

–Los demás se resisten, Castro.



–No importa, camaradas... Tendrán que ingresar en el Ejército Regular Popular... No tendrán más remedio... Pero, cuando lo hagan ya será un poco tarde... Las primeras unidades estarán todas en nuestras manos, militar y políticamente... Y otros muchos puestos vitales para los intereses del Partido...

–¿Lo crees así?

–No olvidar nunca una cosa: el Partido ve más y más lejos que nadie...

–Es cojonudo el Partido –comentó un sargento sin poder dominar su entusiasmo.

–La frase no es muy elegante –respondió Castro sonriendo–, pero, camarada, es justa, maravillosamente justa... «¡Es cojonudo el Partido!»... Yo te comprendo, camarada, como te comprenderá el pueblo, porque la palabra es española, ciento por ciento española...

–¿Y ahora, Castro?

–No sé muy bien qué hacer, Carlos. Por un lado el Partido me llama para que regrese a Valencia; por el otro me gustaría quedarme aquí, pues creo que todavía hay algo que hacer... Pero...

–¿Pero, qué, Castro?

–Tú y yo. Carlos, estamos cesantes, el Quinto Regimiento no existe, existe solamente el Ejército Regular Popular... Es más, Carlos, seguir llamándote comisario y yo comandante, va

contra la línea del Partido... Creo, pues, que debemos quitarnos los distintivos.

–Es penoso.

–Pero, políticamente justo.

–Sí.

–Es el fin, camarada, de la época inicial y hasta un poco romántica de nuestra guerra.

–¿Te irás a Valencia?

–Preguntaré si debo irme.

–¿Nos despediremos de ellos?

–Yo no.

Una de las muchachas les trajo unas tazas de café y dos copas de coñac. El viejo despacho se llenó de humo y de silencio, de nostalgia y tristeza. Hubo un momento en que Castro se levantó y descolgó un mapa de la región de Madrid que enrolló cuidadosamente.

–¿Para qué lo quieres?

–Es un recuerdo... Es la fotografía de todas mis angustias de muchos días y muchas noches.

Y otra vez el silencio.

–Vamos a dormir, Carlos... La pena duerme cuando el hombre duerme...

El otro se levantó.

–No te preocupe eso macho, Carlos... El Partido no nos dejará descansar mucho tiempo... ¡Estoy seguro!

Y se levantaron y salieron lentamente del despacho. Las escaleras que conducían al piso superior crujieron bajo el peso de aquellos dos hombres.

–Hasta mañana.

–Hasta mañana.

Hasta ellos llegaba el ruido de los disparos de la artillería enemiga; y el caminar del centinela. Y de vez en cuando el ruido de disparos, gritos de horror y odio y el pasar rápido de los automóviles que sacaban los cadáveres a las afueras de Madrid.

\* \* \*

Castro sabía que no le era posible oponerse a su marcha a Valencia. El Partido le ordenaba ir. Y sabía desde muchos años antes que las órdenes del Partido no admitían discusión. En el fondo sintió pena de irse, pero también algo así como una pequeña liberación de un ambiente que le empezaba a irritar.

Madrid no era el del 7 de noviembre, a pesar de que el 7 de noviembre no estaba lejos. No lo eran sus combatientes. No lo era ni el mismo Partido. Sus combatientes oyendo y oyéndose llamar cada día los grandes «héroes de la defensa de Madrid», comenzaron a creer que estaban por encima de España entera; y a mirar a los demás de arriba abajo. Era una mezcla de estupidez y soberbia que comenzaba a hacerse inaguantable. En el Partido había comenzado un proceso extraño. De un lado la afluencia de la «riada humana» había adulterado un poco la pureza del Partido; de otro lado en la dirección del Partido en Madrid se había producido un fenómeno extraño: los dirigentes que durante los días decisivos ni hacían nada, ni eran nada, ahora, terminada la primera fase de la batalla y entrada la guerra en el frente del Centro en un período de relativa calma, se creían todo, aborrecían un poco a los hombres del 7 de noviembre y en el fondo deseaban que abandonaran Madrid, que llegaran a Madrid nuevas unidades para ellos poder mostrarse como los hombres del 7 de noviembre, sin testigos que pudieran desmentirlos...

\* \* \*

«Sí, a Valencia... Faltan aún muchas batallas... En estas batallas y en estos tiempos por venir el Partido deberá pasar por la crisis de la lucha y la fe, del valor y la obediencia de toda esa «riada humana» que se ha incorporado al Partido no por su fe en Marx, en Lenin, en Engels y Stalin, sino porque sabe que nosotros somos los vencedores del 7 de noviembre y los casi seguros vencedores de la guerra; porque piensan que el poder

caerá indefectiblemente en nuestras manos; que el Partido será el amo y el gobernante de España...»

«A Valencia».

–¿Cuándo sales, Castro?

–Pronto, Mije.

–Sí... Debes salir pronto, con seguridad que el Partido te necesita.

–Con seguridad.

–Mariano, a Valencia.

–Está bien.

\* \* \*

El camino hasta Valencia fue triste, silencioso, infinitamente largo. Madrid era el sentimiento; Valencia la razón. Casi no hablaron durante el camino. La noche acentuaba la soledad de Castro; la noche como un gigante negro le minimizaba, le reducía a sus verdaderas dimensiones humanas. Castro nunca se lo había dicho a nadie, pero la noche le daba miedo. La noche para él era un mundo pequeño cuyos horizontes alcanzaba con las manos. Y se sentía como aprisionado, como encerrado en un ataúd un poco más grande que los normales... Además, en la noche los pueblos parecen fantasmas que

agonizan; los hombres siluetas de silencio y sombra: los perros seres humanos pequeños y miserables; las casas mausoleos de ocres o blancos.

La noche le daba miedo.

¿Miedo?

No era precisamente miedo. Era algo así como una especie de encogimiento, de él frente a sí mismo, del hombre frente a su conciencia, a la vieja conciencia encadenada, pero no muerta.

Asfalto y árboles.

Luces y casas.

Hombros y perros hechos sombras.

La revolución no se veía en la noche, la guerra tampoco, ni tampoco el Partido.

Mariano miraba el camino.

Castro al cielo.

El tiempo no tenía medida por horas. El tiempo se medía por el día y la noche.

Y Valencia surgiendo del amanecer. Como un maravilloso nacimiento en el que las cosas no fueron cosas. Porque frente al panorama de Madrid, frente al cielo y la tierra de Madrid, frente a los hombres y mujeres de Madrid aquello era como un

inmenso montón de algodón en rama: suave, blando, lejano, neutral.

Una línea de casas.

Una línea de playa.

Una línea de mar.

Y una línea de un cielo que empezaba a mostrarse azul.

Llamó a la puerta. Bostezos y prisas. Y una luz. Y ruido de pisadas en la escalera. Y una cerradura que se queja al abrirse. Y una mujer pálida.

–¿Tú?

–Yo.

Y subieron la escalera uno detrás de otro. Y ya en la alcoba se miraron.

Y ella le notó cansado y como si comenzara a ser viejo; él la vio pálida, triste, enferma.

–¿Cómo van las cosas?

–Bien.

–Ojalá.

–¿Dudas?

–Es la distancia la que hace dudar, porque la distancia, Enrique, entraña el desconocimiento, la angustia, el miedo, la desconfianza. Los que están en el frente o cerca del frente, saben los que mueren de nuestro lado y ven a los que caen del otro; ven lo que se avanza o se retrocede... Desde aquí no, desde aquí la guerra se ve tan sólo a través de los partes de guerra en los que generalmente no se cree; se conoce la guerra a través de los rumores...

–¿Y qué más, Esperanza?

–Allí cada combatiente sabe que puede morir, pero también que puede matar... Aquí sólo sabemos que podemos morir sin la posibilidad de matar. El error, Enrique, de los que hacéis o dirigís la guerra es que sabéis tomar el pulso a los que combaten, pero no a los que no combaten; que sabéis lo que es el frente de batalla, pero no lo que es la retaguardia... Allí la gente vive la guerra, aquí la gente vive una angustia inconcreta que va acabando poco a poco con la gente...

–Estás cambiada...

–Estoy enferma de incertidumbre.

Y se callaron.

Y cuando despertó escuchó el rumor del mar que acariciaba la costa. Y se sintió solo.

Pero había sol.



Lo que le permitía ver la guerra, sentir la revolución y percibir intensamente al Partido dentro de sí mismo.

Se tiró de la cama y miró al mar.

Y comenzó a vestirse lentamente.

\* \* \*

Vivía Esperanza con el matrimonio Carnero, padres del viejo estudiante que le acompañó en los primeros meses de la guerra. Eran buenos, extraordinariamente buenos, pero inaguantables. Él, un viejo maestro, magro y con el pelo cortado al rape, con mucho de árabe en el color de la piel y en el mirar. Con comienzos de cáncer en la próstata y una exacerbación sexual que aceleraba su agonía; ella alta y guapa, dulce unas veces y mandona otras. Y con la sumisión casi tradicional y mística de la mujer española al marido, lo que hacía más doloroso su vivir.

–No teníamos otra cosa.

–Esto es mejor que nada.

Y desayunaron en silencio.

Mariano llegó a las diez de la mañana. Venía rasurado y contento. Y deseoso de hablar de su mujer a la que quería mucho y de su suegra, a la que no quería tanto.

Pero no tuvo tiempo.

–Al Partido.

Y llegó a aquella plaza con mucho de la vieja España. Y descendió del coche. Y contestó al saludo de la guardia. Y al jefe de ella le preguntó un poco impaciente:

–¿Está Checa?

–Sube al último piso... Está con el camarada Díaz y con Codovila.

Y subió.

Y cuando entró en el pequeño despacho se encontró con ellos, con la «troika» suprema. Y estrechó la mano de cada uno de ellos. Y se sentó y miró a los tres que le miraban.

–¿Cómo está Madrid?

–Bien.

–¿Peligro inminente?

–No lo creo. Creo que por el momento existe una tregua que no sé realmente cuánto durará; después la lucha se reanudará. No creo que Franco insista en el golpe frontal... Creo que es sobre los flancos de Madrid sobre los que se cierne el peligro.

–Posiblemente.

–¿Qué debo hacer?

–Incorpórate al Instituto... No será por mucho tiempo, pero conviene que endereces un poco las cosas... Según nuestros informes está dominado por la rutina... Y aprovecha el tiempo para descansar un poco, siempre es bueno cuando no se sabe si mañana se podrá descansar.

## Capítulo XX

### COSAS QUE FUERON HOMBRES

Era un viejo árbol cuyas raíces se hundían en el tiempo. Un viejo árbol que no se daba cuenta que era viejo, que sus raíces se iban secando cada día, que ni el sol ni el agua eran ya capaces de hacer que en sus ramas florecieran las hojas.

No.

No se daba cuenta.

Se conformaba con mirar y mirar el horizonte. Con mirar al cielo y no mirar la tierra.

Y no pensaba en el viento, ni que el viento pudiera convertirse en un huracán que le arrancara de cuajo del mundo y le convirtiera en un muerto gigantesco sobre cuyo esqueleto caminaran afanosas las hormigas y avanzara cada día la carcoma. Un vivir de ilusiones. Un vivir sin pensar en que la muerte alcanza a todo y a todos. Se creía un gigante, cuando no era más que el recuerdo de un gigante... Se llamaba Largo Caballero y todavía le llamaban «El Lenin español».

Y comenzaron a llegar los primeros vientos. Y con ellos el anuncio inconfundible del huracán.

Pero el viejo árbol ignoraba que era viejo...

\* \* \*

Durante el mes de enero el general Franco había recibido grandes cantidades de material de guerra. Y una parte del «Cuerpo Expedicionario Italiano» había llegado a España. Parece ser que el plan operativo estratégico del enemigo estaba constituido por tres grandes operaciones ofensivas:

–Ofensiva sobre Málaga.

–Nueva ofensiva sobre Madrid.

–Y ofensiva sobre el territorio republicano del Norte.

Por su parte el mando republicano también preparaba operaciones importantes con el fin de destruir al ejército enemigo del Tajo. Para ello contaba con quince nuevas brigadas que se habían terminado de organizar es el mes de enero. Según el primer plan, el golpe debía ser realizado por quince brigadas desde el Noroeste de Madrid hacia el Sur, a lo largo del río Guadarrama, para caer sobre la retaguardia enemiga del sector de Madrid. El golpe secundario debía ser realizado por cinco brigadas desde la región de San Martín–Titulcia sobre Griñón. Pero algunos avances enemigos y el carácter de las fortificaciones establecidas por éste,

obligaron al mando republicano a fijar su atención sobre los sectores del Sur de Madrid. La nueva variante de la ofensiva consistía en:

El grupo de choque compuesto por quince brigadas debía atacar desde La Marañosa–San Martín de la Vega, hacia el Oeste con la misión de alcanzar el primer día la carretera de Toledo. El golpe auxiliar lo realizaría una agrupación de 5–6 brigadas, partiendo desde el Norte de la región de Torrelodones sobre Brunete.

El cuerpo de ejército de Madrid atacando en todo el frente debía fijar las fuerzas enemigas.

Los elementos de apoyo en la dirección principal serían una Brigada de Carros de combate y 120 cañones. En la dirección auxiliar una Compañía de tanques y unos 400 cañones. Se contaba para esta acción, a la que se daba una gran importancia, con unos 100 aviones.

La operación se había fijado para el 27 de enero, después se aplazó para el primero de febrero, luego para el día seis y, por último, para el 27.

La concentración de las unidades republicanas se realizó con extraordinaria lentitud. El día 6 de febrero sólo habían llegado 6 brigadas. Los Estados Mayores de las dos Agrupaciones y de las Divisiones no habían sido creados... los republicanos iban a utilizar como base de partida la gran cabeza de puente existente en la orilla occidental que se extendía desde La Marañosa hasta Ciempozuelos.

La concentración de las unidades republicanas hizo suponer al enemigo la inminencia del ataque y sin esperar a montar su dispositivo se lanzó a la ofensiva. Eran claros los objetivos de Franco: adelantarse a los republicanos, liquidar la cabeza de puente que poseían los republicanos sobre el Jarama y que era una amenaza permanente, pasar el río y cortar las comunicaciones de Madrid con Levante. El día 6 el enemigo, después de una corta preparación de artillería, inicia el ataque en el sector de las Brigadas republicanas 18 y 23. Con ello comienza una batalla que había de durar hasta el 28 de febrero. El resultado después de un esfuerzo titánico por ambas partes fue nulo. Ciertamente que el enemigo no logró cortar las comunicaciones de Madrid con Valencia, pero no menos cierto que los republicanos no pudieron cortar las comunicaciones del enemigo de su frente del Centro con sus bases fundamentales...

Castro supo del desarrollo de la batalla desde lejos, desde Valencia, que le parecía algo así como un encantador y odioso destierro. Lo supo poco después por el mismo teniente coronel Burillo, que fue quien tuvo bajo su mando a Lister y Modesto, a las divisiones «A» y «B» y la 9ª división.

–¿Fue dura la batalla, teniente coronel?

–Durísima.

–¿Y a qué obedece, según usted, el fracaso de ella?

–Amigo Castro: faltó organización y sólo contamos con una brillante desorganización que se mantuvo durante los veintidós días de la batalla. Aparte de esto, se lo digo a usted porque

creo que es interesante que lo sepa: para el futuro, es muy difícil mandar a los jefes que ayer eran hombres simples y modestos y que hoy por su vertiginosa carrera militar se creen pequeños genios. Obedecen cuando lo consideran oportuno, desobedecen cuando les parece necesario, lo malo de ello es que usted no puede golpearles porque poseen una lógica aplastante: si les manda avanzar y tienen muchas bajas, el objetivo desaparece de su vista y se convierten en unos humanistas maravillosos. Y suelen decidir con harta frecuencia: «La batalla que no se gane hoy, se puede ganar mañana; pero los hombres que caigan, jamás pueden recuperarse». Y usted al principio cree, efectivamente, que aman entrañablemente a sus soldados, pues no: encubren con este pretendido amor a sus hombres y a sus vidas, su incapacidad, a veces hasta su cobardía... Y hay el peligro, Castro, de que estos héroes nos hagan perder la guerra...

Castro le miró a los ojos.

No dudaba, no podía dudar de la sinceridad de aquel hombre.

–Lo tendré en cuenta, mi teniente coronel.

Y la batalla del Jarama en la que muchos creyeron consagrarse ante la historia como héroes, acabó por parecerle una porquería camuflada por el heroísmo de unos cuantos millares de soldados...

\* \* \*



Con el fracaso de la batalla del Jarama la soga se apretó un poco más al cuello de largo Caballero, que parecía no ver que su fin político se había previsto, se había organizado.

El 14 de enero se perdió Estepona.

El 4 de febrero llegan rumores de que Franco se lanza al ataque sobre Málaga. Pero a Castro en aquel momento aquello no le importaba nada. Para él había un acontecimiento más importante que todo: el Pleno Ampliado del Comité Central que se iba a celebrar en Valencia y para el cual había sido nombrado delegado, miembro de la delegación de Madrid.

¿Qué diría el Partido?

Castro no acudía con frecuencia a las oficinas del Comité Central. Él tenía una tarea, una tarea encomendada por el Partido, una tarea en la que había que trabajar cada hora de cada día... Sabía que siempre, siempre, estaba bajo la mirada del Partido, bajo el control del Partido al que llegaban cada día cada uno de sus actos, cada una de sus palabras, cada uno de sus gestos. Él lo sabía. Sabía, además, que mientras el Partido no le llamara él no tenía por qué acudir al Partido, de no ser que llegara un momento en que se sintiera impotente, desconcertado, sin rumbo y sin horizontes... ¡Pera Castro sabía que esto no podía ocurrir!... El Partido le había formado para mil tareas, le había enseñado cómo comenzarlas y cómo acabarlas, le había educado en saber hacer su balance diario para saber si iba por el buen camino, le había curado de todo impresionismo, de toda flaqueza, de toda debilidad humana, hasta de la más pequeña debilidad humana... ¡Ni el partido le

llamaba ni él iba al Partido!... ¡Pero el Partido le veía y él veía al Partido!... Y a través de los editoriales del órgano del Partido o de los discursos de los miembros del Buró Político él sabía dónde estaba, qué había que hacer, cómo había que hacerlo...

Aquel día sonó el teléfono muy temprano...

–Aquí, Castro.

–.....

–De acuerdo, Checa, enviaré por la credencial dentro de un momento... ¿Me permites una pregunta?

–.....

–¿Debo obligatoriamente formar con la delegación de Madrid?

–.....

–Preferiría no hacerlo.

Había un pleito que cada vez se enconaba más y más en el seno del Comité de Madrid del Partido Comunista. La guerra había provocado un pequeño fenómeno: los viejos miembros del Comité de Madrid se habían incorporado a los frentes y habían llegado los nuevos, el «equipo Antón», gentes a las que los viejos cuadros no querían... Sin embargo, la pugna se había ido encubriendo por el hecho de que los viejos miembros del Comité de Madrid dedicados a la guerra no acudían a los dominios de Francisco Antón, el Godoy de Dolores Ibárruri...

Pero el Pleno Ampliado del Comité Central ponía el pleito a flor de tierra... Mas la orden de Checa había sido terminante: «Tú formas parte de la Delegación de Madrid... Es cuanto te puedo decir... Y es cuanto necesitas saber»... A pesar de todo, Castro, por primera vez en su vida, estaba dispuesto a desobedecer, creyendo con ello, una y mil veces más, servir al Partido...

Renau había decorado el escenario y los laterales de la sala en que se celebraba el Pleno con sus mejores colores... Sobre la embocadura del escenario, Lenin, Stalin, la hoz y el martillo, después Engels y, por último, Marx. Y debajo de Lenin un gran retrato de José Díaz. Y debajo de Marx un gran retrato de Dolores Ibárruri «La Pasionaria»... Y en el fondo del escenario un mapa de España. Y sobre él la síntesis política del Partido en aquella hora: «Luchamos por la independencia de nuestra Patria... ¡Por una España libre, próspera y feliz!»... Castro se detuvo unos instantes viendo todo aquello... Después, en medio de un silencio impresionante, llegó hasta él la voz de José Díaz; monótona, triste. Y miró y vio la figura apagada y simple del jefe... Luego vio a Codovila, el hombre del Komintern, después a Uribe y Mije, Hernández y «La Pasionaria», Antón y Carrillo... Y miró la sala... Y vio muchas caras a las que llevaba viendo hacía muchos años, la mayoría da ellas envejecidas por una lucha a la que se daba todo... Luego se fijó en los invitados. Los había de todas las clases: los jefes de los Partidos hermanos y en primera fila a Duclos, el ex pastelero francés, gran policía político y una de las figuras extrañas y viscosas del movimiento comunista internacional; después estaba Harry Pollit, el jefe del Partido inglés que seguía vegetando con sus cinco mil miembros y esperando que el imperio inglés se derrumbara por sí solo, que la monarquía

inglesa abandonara la isla y que los ingleses, dejando de ser ingleses, convirtieran en su nuevo rey al viejo Pollit. Estaban también los italianos: Luigi Longo, enfermo y melancólico, silencioso y pálido, como un hombre que se esforzara angustiosamente en vivir para ver alguna revolución más; su mujer, gorda y gritona: Nicoletti; y André Marthy, espectacular e inútil; y Margarita Nelken y Montiel, dos diputados socialistas que se habían hecho comunistas; y los intelectuales del Partido: los Alberti, Herrera Petere, Falcón, y otros muchos. Y como un extraño animal, Wenceslao Roces, andando de un lado para otro como el correo humano entre los de arriba y los delegados... Y luego la delegación de Madrid: una cigarrera, Giorla, Antón, un ferroviario, Diéguez... Y Armisen y Delage... Y Pablo Yagüe. Y jefes militares: Líster y Modesto; «El Campesino», Galán, Durán, Segis, Tagüeña, los tanquistas a los que habían hecho héroes en la defensa de Madrid... Mucha gente... Y Comorera y Vidiella... Y Larrariaca. Y Delicado Barneto... Mucha gente... Y por encima de ellos, Lenin. Stalin, Engels, Marx, Codovila, al que Renau por discreción no había hecho su carnet-retrato, José Díaz y «La Pasionaria»...

Y la voz de José Díaz: «¡Por la unidad, hacia la victoria!».

Castro se sentó lejos de la Delegación de Madrid y a un lado de la sala. Más oscuro que el resto, desde el cual Castro veía y no le veían. Podría hacer gestos y comentarios. Delante de él estaba Sosa, el diputado por Canarias, haciendo el amor a una guapa maestra de escuela a la que la guerra había hecho líder... A su lado nadie, hasta que llegó el general Kleber, silencioso y sombrío.

–Hola, Castro.

–Hola, Kleber.

Y a escuchar procurando no dejar de escuchar nada. Escuchando a Pepe mirando a Codovila.

Y terminó José Díaz.

Y una ovación estruendosa estremeció la sala. Y los delegados se pusieron en pie.

Y luego los demás: Dolores Ibárruri, hablándonos de «Un Pleno Histórico», con lo que hacía adivinar lo que se callaba; después Jesús Hernández, hablándonos de «Todos en el Frente Popular», porque había que conservar la cadena que había convertido a los demás en pequeños satélites del Partido; después Uribe, sobre «Nuestra labor en el campo», lo que hizo sonreír a Castro; a continuación Checa, como siempre preciso. «A un gran Partido, una gran organización»; luego Hernández, otra vez disfrazado de intelectual hablando «A los intelectuales de España», o leyendo a los intelectuales de España un discurso que había hecho Wenceslao Roces, que así lo decía éste a sus amigos de confianza. Y Comorera, el jefe del Partido Socialista Unificado de Cataluña hablándonos de «Cataluña, en pie de guerra», lo que era mentira; luego Larrañaga, hablándonos de «¡Por la libertad de Euzkadi, dentro de las libertades de España»; ahora es Francisco Antón, sobre «Madrid, orgullo de la España antifascista»; ante el caerse de la baba de Dolores que debía verle como una maravillosa figura goyesca de aquel 2 de mayo histórico; ahora es Santiago Carrillo, al que los socialistas llaman el más asqueroso Judas de

la historia política de España... que habla de «La juventud, factor de la victoria»; y Antonio Mije, rodeado de suaves aromas Coty y dándose puñetazos en el pecho como si quisiera destrozar su protuberancia que debía de acomplejarle con frecuencia. Llegó Wenceslao Roces hasta donde estaba Castro.

–Camarada Castro.

–Dime.

–El camarada Díaz te comunica por mi conducto que intervendrás después de Mije...

–¿Sobre qué?

–Sobre la guerra.

–Pero no da tiempo a preparar un informe serio... Sería un discurso para salir del paso...

–Tienes que intervenir.

–¿Cuánto tardará Mije en terminar?

–Una hora.

Se levantó rápidamente. Hizo un gesto de despedida a Kleber y salió precipitadamente. La guardia del Partido le vio pasar un poco sorprendida.

–Al Instituto, Mariano, todo lo prisa que puedas.

Y llegó a su gabinete que había cerca de su despacho y cuya llave sólo tenía él. Y entró. Y encendió todas las luces. Y se sentó frente a los mapas. Y comenzó a ver y recordar, mientras tomaba unos apuntes imprescindibles. Cuando concluyó el sudor le corría por la frente y tenía la boca seca. Tocó el timbre.

–Agua.

Y bebió precipitadamente. Después se limpió el sudor, guardó los papeles, encendió un cigarro y abandonó el gabinete, asegurándose de que quedaba bien cerrado. Y otra vez en el coche por las calles de Valencia. Y un entrar sereno. Y un sentarse al lado de Kleber.

–¿Ya?

–Sí.

Y le dio a Kleber una síntesis de lo que pensaba decir.

–Es correcto.

–Me alegro.

Y otra vez Roces delante de él. Mirándole y con una mano extendida, como si obligatoriamente tuviera que recibir algo.

–El informe, Castro.

–¿Cuál?

–El que vas a leer.

–No... No voy a leer nada... Sólo se me ha dado tiempo a tomar unas notas, solamente unas notas... Por favor, di a los camaradas Díaz y Codovila que necesitaría dos horas para escribirlo... ¡Que si pueden aplazar mi intervención!...

Y el otro se fue.

Y no volvió.

Miye llegaba a la recta final. Sudoroso y congestionado, Violento y deslumbrante.

Y acabó.

«El camarada Castro tiene la palabra».

Una ovación. Y él caminando hacia el escenario. Y al pasar a la tribuna una mirada a José Díaz: otra mirada a Codovila y un mirar serio, amenazador de parte de ellos... Sacó sus notas y miró a la gente.

«Camaradas».

Se notó inseguro, coaccionado por aquellos cuatro ojos que sabía que le estaban mirando, un poco inquietos por saber lo que iba a decir, porque era lo único que no se sabía allí, lo que iba a decir Castro... Y habló lentamente, serenamente, y habló de mucho de lo que allí no se había hablado: de las tres fases de la guerra y de sus experiencias; de la significación de la defensa de Madrid; de los errores del mando; de la potencialidad del enemigo, de la potencialidad republicana. Y cuando llegó a concretar el posible plan operativo del enemigo



su hablar se hizo más lento, más convincente, más severo: «Madrid no será atacado de frente hasta tanto no se hayan creado dos factores decisivos y que pueden surgir de las dos variantes que el enemigo ofrece en el sector del Centro y que son, uno, la del Pardo–Fuencarral, entrada utilizada en la guerra de la Independencia por las fuerzas napoleónicas; otro, el ataque por el Jarama, hacia Alcalá de Henares, en combinación con el frente de Guadalajara, y cuya orden o simultaneidad de realización estará determinada por las posibilidades que el enemigo presuma. El objetivo de estas operaciones es fácil de prever: aislar el ejército republicano de Guadarrama y aproximarse a la mejor entrada a Madrid y cortar todas las comunicaciones con Levante. Realizado éste, no sería extraño el ataque de frente...» «...en el Norte el enemigo sigue objetivos preciosos, ya que no hay que olvidar que el enemigo carece de una industria de guerra y que Vizcaya es uno de los centros vitales en la industria siderometalúrgica de nuestro país:...» «...Vizcaya, fundamentalmente, será atacada y sobre todo intentará (el enemigo), a costa de los mayores esfuerzos, mantener aislado por tierra y en la medida de lo posible por mar, nuestro territorio del Norte». «Y no menor importancia tiene el frente de Aragón. Porque el fascismo no ignora que detrás de él se hallan los puntos decisivos de nuestras reservas humanas y de material de guerra, y procurará, en cuanto le sea posible, amenazarlo, incluso intentando aislar Cataluña de Levante...» Y siguió por el camino previsto: «Estamos seguros de que ansiando todos ganar la guerra, la retaguardia lo dará todo: reservas instruidas y estrenadas, una gran industria de guerra... Pero hay que pensar que aunque esto es fundamental, esto no es todo. Hace falta saber utilizar cuanto el país dé para ganar la guerra. Y es

posible una buena utilización, pero antes es preciso (Castro en ese momento veía a Caballero, al hombre con el que había que acabar) un mando y un plan de conjunto. Que distribuya hombres y elementos con arreglo a las necesidades de cada frente, necesidades fijadas sobre la base de un plan de operaciones nacional. Que termine para siempre con el divorcio existente entre los diferentes frentes. Que los ligue fuertemente para impedir que el enemigo pueda mover sus fuerzas libremente. Que la actuación de un frente –defensiva u ofensiva– sea apoyada por el resto. Y venceremos, camaradas, porque es seguro que se corregirán todas las debilidades pasadas. Pero es necesario remarcar algo que es vital: el ritmo en la transformación de nuestras posibilidades en hechos».

–Muy bueno, Castro –dijo Kleber–. Al principio me hiciste pasar un mal rato... Ha sido un gran informe y una gran lección... Habrá que recordar este discurso tuyo muchas veces en lo que aún queda de guerra.

Y el Pleno continuó sus tareas.

Al final se nombró el nuevo Comise Central. Castro fue elegido miembro de él. Y a los quince días entre los dieciocho folletos publicados por la Comisión Nacional de Agitación y Propaganda, con las intervenciones más importantes del Pleno, apareció la de Castro: «Balance y perspectivas de la Guerra.

Al otro día, a través del Partido le llamó Grissin, que así le llamaban, el principal consejero militar ruso. Tenía su hotel en La Alboraya. Y un despacho chiquito, sin papeles y con muchos teléfonos. Era alto e impresionante. Con un pelo que parecía

plata pulida, blanca y reflejos. Se estrecharon las manos. Y le hizo a Castro una seña. Y Castro se sentó frente a él. Se miraron unos momentos. Luego el otro comenzó a hablar. Lo hacía despacio, como si estuviera enfermo de un cansancio infinito. Pero era preciso y suave en su hablar...

«Nos ha gustado mucho tu informe en el Pleno. Coincidimos contigo, camarada Castro... Creo que a partir de ahora deberás estar más en contacto con nosotros, especialmente con el camarada Stern, que se ocupará entre nosotros de las cuestiones operativas... Cuando nos reunamos para algo importante, te avisaremos... Nos gustará conocer tu opinión y que tú conozcas la nuestra.

«De acuerdo».

Se estrecharon las manos.

Y Castro se dirigió al Instituto de Reforma Agraria un poco sorprendido de cuanto estaba ocurriendo.

Y a esperar.

\* \* \*

El 8 de enero las fuerzas italianas ocupaban Málaga. Un clamor se extiende por la España republicana. Largo Caballero, el rey de aquel extraño reino se tambalea en el trono...

Todavía quiere defenderse.

Y nombra una comisión ministerial integrada por los ministros Uribe, Just y García Oliver, miembros todos ellos del Consejo Superior de Guerra. Y Castro, por medio de los consejeros rusos, concretamente del coronel Ivón, fue agregado como secretario militar de la Comisión Investigadora de la pérdida de Málaga.

Y salieron en las primeras horas de la mañana.

Y llegaron a Almería.

Los ministros, como todos los ministros, comenzaron a preguntar a los militares, especialmente el general Martínez Cabrera. Castro no tenía paciencia para todo aquello. Y hubo entre él y Uribe un breve diálogo.

–Camarada Uribe: en mi opinión aquí yo no hago nada... No sabemos que está pasando en la carretera Málaga–Almería; no sabemos si hay o no hay fuerzas; no sabemos si el enemigo avanza o no avanza..., ¡No sabemos nada!... Yo creo que es mejor que me dedique a todas esas cosas, mucho mejor que tomar nota de las preguntas imbéciles que harán algunos ministros y de las respuestas imbéciles que den algunos militares...

–De acuerdo.

Cuando salió a la calle después de aquella breve conversación, respiró alegremente.

Miró al cielo.

Luego al mar.

Después se dio cuenta de que desde todos los lugares de la ciudad se disparaba sin que pudiera saber a qué ni a dónde... «¿Se habrá lanzado a la calle la Quinta Columna?»... Empuñó la pistola y cubriéndose lo más posible se dirigió a la casa del Partido.

–Soy Castro.

–Salud, camarada.

–Llévame a donde esté la dirección del Partido.

–Vamos.

Otra vez en la calle y bajo la noche. Y los disparos aquí y allá... Y el cielo y el mar silenciosos e inmóviles. Como si fueran dos espejos extraños que se entretuvieran en estarse mirando el uno al otro.

–¿Qué es eso?

–Los fascistas.

–¿Todavía quedan fascistas?

El otro no supo qué contestar. Y siguió caminando delante de Castro, inclinando casi imperceptiblemente la cabeza cuando sonaban disparos. Y abrió la puerta de una casa.

Y allí la dirección del Partido. Silenciosa e inmóvil. Y dentro de aquel círculo de miradas, Carlos Contreras, el antiguo comisario

de Castro, untando pan en cinco o seis huevos fritos que tenía sobre un plato. Y vino, acompañando aquel tragar nervioso e ininterrumpido. Y restos de huevo por los labios y en los dedos; y en la blancura no muy blanca de la camisa.

Y cuatro o cinco velas.

–¿Tú aquí?

–Sí.

–¿A qué?

–He sido enviado por el Socorro Rojo para asegurar la atención a los huidos de Málaga.

–Hola, Lara.

–Hola, Castro.

Y se miraron. Todos a él y él a todos. Después Castro concentró su mirada en Carlos Contreras. Y se acordó de la historia y de aquellos soldados que eran hombres y bestias al mismo tiempo... Pero no quiso decir nada... Le necesitaba... Por eso, armándose de paciencia, esperó a que terminara de engullirse los huevos, a que terminara de beberse lo que quedaba de aquella botella de vino de marca... A que eructara... Y a que encendiera el cigarro... Porque así lo había visto muchas veces en la comandancia del Quinto, porque sabía que así tenía que ser también esta vez.

Y todo fue así.

–¿No crees, Lara, que deberíamos hablar un poco de la situación?... De lo que está pasando, de lo que puede pasar, y de lo que no debe pasar... Sí... Porque en realidad tengo la impresión de que la Quinta Columna domina la ciudad y de que no hay nada que pueda detener al enemigo si es que el enemigo se decide a llegar a Almería.

–Creo que tienes razón.

Carlos Contreras hizo un gesto afirmativo.

«La fórmula».

Pensó rápidamente.

«La fórmula... ¿Cómo no había pensado en ella antes?»

Y habló en voz alta.

–Creo que nuestro plan debe ser éste: hablar inmediatamente por radio para tranquilizar a la población y asustar a la Quinta Columna; hay que decir que llegan barcos y tropas; que el frente está estabilizado... Y creo que hay que buscar a dos personas estén donde estén: al camarada Bolívar que era el comisario del coronel Villalba; al coronel Villalba que mandaba el frente de Málaga. Hay que hablar con los dos antes que los demás hablen con ellos...

–De acuerdo.

–Pues bien: Carlos y yo iremos a la Radio... Tú, Lara, con todo el Partido lanza el contragolpe...

–¿Qué contragolpe?

–El de nuestro terror sin compasión... Matar... Matar... Ahora sólo es cuestión de eso: matar y matar... Buscar a la Quinta Columna en la calle o en las casas y no dialogar: disparar solamente... ¡Creo que ésta es tu tarea!

–Vamos a la Radio, Carlos.

Y fueron a la Radio.

Había comenzado a hablar Carlos Contreras... Estaba refiriéndose a la aviación fascista cuando se produjo el bombardeo; el edificio se resquebrajó; los cristales se hicieron mil pedazos... Y la oscuridad más absoluta les rodeó...

«¡Castro!».

«¡Castro!».

«Sin prisa, Carlos, sin prisa... Pero, hay que llegar a la calle... ¿Puedes?... «¿Has encontrado la escalera?»»

«Creo que sí».

«Estoy en ella».

«Vamos... Pero cuidado al salir... A lo mejor nos esperan...»

En el portal se encontraron. Y se detuvieron. Y escucharon lamentos de gente que debía estar herida o enterrada entre los escombros.



–¡Déjalos, Carlos!... Que las ambulancias lleguen... Lo nuestro es otra cosa... Salgamos a la calle... Pero con cuidado... Pégate a la pared... Y así salieron.

Y se dirigieron a la casa del Partido... Pero aprovecharon el viaje... Las pistolas de los dos dispararon implacablemente contra gente que encontraban en la calle y que les parecía sospechosa. Al fin y al cabo eran dos especialistas del terror, dos técnicos de la «fórmula»... El caminar y el matar les serenó.

Y llegaron a la casa del Partido.

–Seguir vosotros. La fórmula es simple, matar. Vale más matar de más que de menos.

–De acuerdo, Castro.

Y se fueron a ver al general Martínez Cabrera, jefe del Estado Mayor Central y el que acompañaba al coronel Salafranca. Era un trámite.

–Mi general.

–¿Manda fuerzas?

–Hola... Hola... ¿Qué?... ¿Qué hay?... ¿Qué hace el gobierno?... ¿Manda fuerzas?

–No sabemos.

–Sólo sabemos que piden su cabeza –añadió Carlos.

–¿Por qué?... ¿Acaso el reducir los frentes no es en algunos casos, en casos como éste, una buena medida?

–Yo creo que no, general.

–¿Por qué?

–Porque no ha sido usted, mi general, quien los ha reducido... ¡Ha sido el enemigo!. ¡El enemigo!.

–Sin embargo, nos favorece.

–¿A quién?

El general se puso pálido. El coronel Salafranca miraba silencioso al suelo. Los disparos se iban acabando. El silencio comenzaba a dominar la ciudad. Castro y Carlos salieron.

–¿Qué? –preguntó Carlos.

–Yo me voy a la carretera... Hay que saber qué pasa... Hay que crear una línea por pequeña que sea... Creo que después hay que encontrar a Bolívar y al coronel Villalba... A Bolívar hay que prepararle... Al otro sorprenderle y sacarle algunas declaraciones que podamos utilizar contra Largo Caballero y el general Asensio...

–Es la línea.

–No lo sé... Pero hay que suponer que sea la línea...

–Salud.

–Salud.

Y se fue hasta donde había dejado su coche. Se subió a él y sacó su mapa. Y miró detenidamente.

–Vamos... Los primeros cincuenta kilómetros puedes ir sin temor... Después ya veremos... Pero, cuando veas alguna caravana de evacuados de Málaga, párate. Ellos nos pueden dar la información que no tenemos...

Y el coche arrancó.

Y Castro se hundió en un nuevo infierno.

Luna llena... Y una carretera blanca... Y sombras arrastrándose por ella... Y a la izquierda el mar que parecía dormir como si no le importara el dolor de aquellas filas interminables de gentes que morían de cansancio y hambre, de pena y miedo.

–Sigue.

–Párate y apaga las luces.

Y los aviones italianos descargando su carga sobre la carretera. Y sombras que se tuercen... Y gentes que gritan mientras que agonizan... Y niños que lloran... Y madres que llaman angustiosamente a sus hijos... Y camiones que pasan como enloquecidos sin detenerse ni ante muertos, ni ante gritos, ni ante nada...

«Sigue».

Y la luna y el mar.

–Ahora, cuando encuentres un lugar bueno, detente y mete el coche en él; y apaga las luces; y sitúate a tres o cuatro metros del coche con la pistola amartillada... Las gentes por un coche en el que poder huir darían la mitad de su vida y algunos la vida misma.

–De acuerdo.

Castro salió a la carretera.

Buscaba en la oscuridad afanosamente. No a mujeres ni a civiles. Buscaba a los soldados, a los oficiales. Y cuando encontraba a alguno, una pregunta o varias preguntas precisas.

–¿Os sigue el enemigo?

–No lo sé.

–¿Quedan fuerzas detrás de ti?

–No lo sé.

Y preguntar y preguntar con el afán de poder construir una situación que se acercara a la realidad. Y cada interrogatorio un fracaso. Pero él era un hombre con una gran paciencia, cuando la paciencia podía ayudarle en algo... Y así estuvo hasta que comenzó a amanecer... Tenía sueño y hambre... Pero no era posible, él sabía que aquello no era posible en aquellos momentos... Y fumaba y fumaba...

–Vamos.

–¿A dónde?

–Carretera adelante.

–¿Hasta dónde?

–Hasta donde nos dispare el enemigo.

Y llegaron hasta Castell de Ferro... Y pretendieron llegar hasta Motril, pero varias descargas les detuvieron...

–Aquí.

–Aquí, ¿qué?, camarada.

–Aquí esperaremos... Solamente vuelve el coche en dirección a Almería... Y procura estar atento... Un descuido puede costarnos el pellejo... Costarnos el pellejo estúpidamente.

–¿Y qué esperaremos?

–Escucha, camarada: el Partido sabe a estas horas que yo estoy aquí... Es posible que no sepa el lugar exacto... Pero sabe que estoy aquí... Y yo sé que el Partido enviará fuerzas... Como sea... Pero las enviará... Mi tarea ahora consiste en estar aquí mirando y fumando... Cuando llegue lo que debe llegar, es posible que podamos bañarnos y comer.

–De acuerdo, camarada.

Castro se tumbó en el suelo. Luego colocó delante de él unas bombas de mano y su pistola Parabellum. Y los cigarros. Y las cerillas. Y se dedicó a mirar, a un mirar que hacía que los ojos le dolieran. Porque era un mirar angustioso. Un mirar a algo que se mueve, hacia un lugar en el que se ha producido un ruido, un mirar al cielo, esperando ver aparecer los aviones, un mirar al mar temiendo ver llegar barcos y gentes que también tienen su «fórmula».

–Una hora.

–Dos horas.

Se levantó y se acercó a su chofer.

–¿Qué hora será, camarada?

–Por la situación del sol deben ser las once y media de la mañana.

Y volvió a su sitio... Y de pronto el ruido lejano de un motor... ¿De dónde vendría?... ¿De Málaga?... ¿De Almería?... El viento descansaba...

Y no pudo adivinar qué es lo que venía y de dónde venía. Se levantó y se acercó a su chófer otra vez... «Vamos a esos matorrales, camarada, a lo mejor ha llegado la hora en la que ni el dilema existe»... Y se escondieron.

Y cada cual colocó cuidadosamente las bombas de mano y la Parabellum.

Y a esperar. Castro se acordó del Partido. Se acordó de quién era su Dios y él mismo. «Debo esperar». Y miró a su chófer... Estaba tranquilo... Solamente su cabeza se movía en una y otra dirección...

«Camiones, camarada».

Y una larga pausa.

«Sí, son camiones».

Castro miró a las bombas y a su pistola. Y volvió a acordarse del Partido. Hubiera podido acordarse de Esperanza de su madre, pero sólo quiso acordarse del Partido; ellas le hubieran ablandado: el Partido le endurecía. El Partido le recordaba que el problema no es morir, sino cómo morir... «Esto es lo importante»... «Cómo morir»... «Y el Partido, si muero, sabrá cómo he muerto»... «No hablarán los árboles, ni se lo dirán los pájaros, ni se lo contará el mar o el cielo, pero él sabrá cómo he muerto. Lo verá en mis ojos, lo verá en que no ha sobrado ni una bomba de mano, ni una sola bala de mi pistola ametralladora, lo verá en los cadáveres que me rodean y en las heridas que tenga en el cuerpo... «Esto bastará para que sepa que he muerto como tenía que morir».

Y el zumbido cada vez más cercano.

Su chófer se arrastró hasta él.

–Camarada Castro: no sé lo que pasará, no lo sé; a veces creo que el ruido llega de Málaga, otra que llega de Almería, porque las curvas de la carretera cambian la dirección del ruido y me

desconcierta, pero creo que no tendremos que esperar mucho... (Y le miró)... Si muriera, camarada Castro, quiero que digas cómo he muerto.

Castro sintió un estremecimiento.

¿Por qué hablas de morir, camarada?... Si por casualidad muriéramos aquí como tú te figuras, camarada, te diré que eso no es morir, no, no es morir, es sobrevivir al tiempo y a la muerte... Porque pasarán años y años y tu nombre y mi nombre se pronunciarán con cariño por el Partido ¿Acaso eso es morir?

El otro no dijo nada.

Venían de Almería... Un camión... Otro camión... Castro respiró profundamente y por unos segundos cerró los ojos...

–Camarada, camarada ¿qué le pasa?

–Nada.

–¿Nada?

–Es la Sexta Brigada, la brigada del comandante Gallo.

Y sujetó al otro que quería correr a su encuentro... «Espera»... Y se cubrió con el árbol. Y observó a las gentes de Gallo que se desplazaban con los fusiles preparados...

Y gritó:

«Camarada Gallo... ¡Aquí habla Castro!».



Los fusiles apuntaron... Castro enfundó su pistola y salió. Detrás de él su chófer... En los ojos de los otros el asombro... Y Gallo corriendo hacia ellos.

–¡Castro! ¿Tú aquí?

–Sí.

Y hablaron. Mucho rato.

–¿Crees que podrás resistir?

–Sí... Viene además la 14 Brigada Internacional.

–Dame agua, Gallo.

–¡¡¡Agua!!!

–Y perdóname, Gallo, pero quisiera dormir unas horas, sólo unas horas... Después debo salir para Valencia...

Y se durmió... Al atardecer abrió los ojos... El mar... Y en los horizontes las costas de África. Y el cielo en su vieja actitud contemplativa...Y olor a mar y a campo.

Y salió para Valencia.

\* \* \*

Era aquél un árbol viejo cuyas raíces se hundían en el tiempo. Un viejo que no se daba cuenta que era viejo, que sus raíces se

iban secando cada día, que ni el sol ni el agua eran capaces ya de hacer que en sus ramas reverdecieran las hojas. Que ya no era capaz de resistir la tormenta...

\* \* \*

Y la tormenta se avecinaba.

\* \* \*

La pérdida de Málaga estremeció a la España republicana. Los periodistas, a pesar de que no pasaron de Almería, tuvieron la suficiente imaginación para describir aquel éxodo espantoso, aquel morir lento de las gentes, los bombardeos de la carretera, los cientos de manos mutiladas al querer subirse a los camiones para huir de la muerte... Y aquello dolió en el alma... Porque era Italia el personaje central de aquel acto del gran drama. Ante aquel estado pasional del pueblo el Partido Comunista comenzó su ataque. Sutil como siempre, Sin dar nombres pero dibujando a hombres. Hablando de la pérdida de Málaga no como el resultado de la superioridad enemiga, sino de la incapacidad de Largo Caballero y de la traición del general Asensio. Y acusando a los anarquistas, con Maroto a la cabeza, de toda la labor de descomposición realizada en los momentos en que las fuerzas italianas atacaban la pequeña y bella ciudad mediterránea. El Partido comprendía que esta derrota militar de la República acercaba la hora de su «hegemonía». E iniciaba el ataque a base de críticas, de consignas, de manifestaciones

populares en las ciudades más importantes de la zona republicana:

El Partido Socialista Unificado de Cataluña (comunista) organizó una gran manifestación que recorrió las calles de Barcelona bajo las consignas de: «Ejército Regular Popular», «Servicio Militar Obligatorio», «Mando Unico». Obligado por esta movilización popular el gobierno de la Generalitat de Cataluña tomó los siguientes acuerdos: «Cumplimiento del Decreto de Movilización; incorporación al ejército de los componentes de las quintas de 1935–1938; y encuadramiento de las Milicias en el Ejército Regular Popular, bajo un mando único subordinado al Estado Mayor Central; incremento de las fortificaciones, destinando a este trabajo a todas las personas que no presten servicio en la retaguardia. En Madrid, «Mundo Obrero», el órgano del Partido, publicaba en sus columnas las respuestas del pueblo de Madrid a las preguntas que se le habían hecho: ¿Movilización general? ¿Servicio Militar Obligatorio?, ¿Mando Único? Y la respuesta unánime: un «SI» de más de medio millón de gentes que sabían lo que era la guerra. En Valencia se celebró una manifestación del Frente Popular provocada por el Partido Comunista en la que participaron más de 500.000 personas y cuyo desfile duró cinco horas. Una delegación representando a esta gran masa presentó sus conclusiones al Presidente del Consejo y Ministro de la Guerra, Francisco Largo Caballero:

–Movilización general.

–Servicio militar obligatorio.

–Depuración de los mandos.

El día 17 se celebró una reunión de gobierno. De ella salieron algunas decisiones importantes: llamamiento de las quintas de 1932–1933–1934–1935–1936; creación de una fuerte industria de guerra controlada por el gobierno; cumplimiento por el Consejo Superior de Guerra de la función para la que fue creado.

¿Quién sabía dónde iba?

¡El Partido!... El Partido había comenzado a demoler el viejo ídolo que un día se atrevió a creerse el «Lenin español», lo que era uno de los objetivos más importantes para lograr la «hegemonía»; el Partido, que creando una fuerte industria de guerra controlada por el gobierno, daba un golpe mortal a los sindicatos controlados por los anarquistas, especialmente en Cataluña, lo que representaba otro paso hacia la conquista de la «hegemonía»; el Partido, que al plantear la depuración de los mandos daba con la eliminación de muchos militares anticomunistas otro paso más hacia la conquista de la «hegemonía» al aumentar su influencia en el ejército; el Partido, que al plantear que el Consejo Superior de Guerra cumpliera su cometido daba otro paso importante hacia la conquista de la «hegemonía», al obligar al ministro de la Guerra, a Largo Caballero, a tener en cuenta las opiniones de aquellos integrantes del Consejo Superior de Guerra, entre las cuales se encontraba un miembro del Buró Político, Vicente Uribe, que aconsejado permanentemente por los técnicos soviéticos era el único con proposiciones concretas y justas. El Partido, sólo el Partido sabía cada hora y cada minuto lo que

tenía que hacer y cómo hacerlo. Y Málaga fue más que una derrota militar un gran pretexto para que el Partido iniciara su más difícil batalla política por la «hegemonía», la lucha por el derrocamiento de Largo Caballero, que era a su vez la derrota del ala izquierda del Partido Socialista Obrero Español y en consecuencia la derrota del Partido Socialista en su conjunto, lo que significaba eliminar uno de los más grandes obstáculos políticos que impedían al Partido conquistar la «hegemonía» y apoderarse después de la Unión General de Trabajadores la que le haría más fuerte para la batalla contra el anarcosindicalismo español y contra el trotsquismo.

Castro observaba esta gran batalla política, pero no intervenía en ella. El Partido le había dicho «espera» y él esperaba. Pero viendo el desarrollo de la gran batalla contra el más viejo partido obrero del país, contra su líder indiscutible, Francisco Largo Caballero, sonreía y se frotaba las manos satisfecho.

«Ganaremos la batalla».

«Ganaremos la batalla al Partido Socialista y a Largo Caballero... Con ayuda de las masas, con ayuda de los demás partidos y organizaciones. Y con la ayuda del mismo Partido Socialista».

«Ja... Ja».

«¡Maravilloso!»... «¡Realmente maravilloso!»... «¿Qué importa que los tontos nos acusen de deslealtad con los aliados?... ¿Acaso el Partido no hace lo que tiene que hacer?... ¿Acaso es posible una revolución proletaria sin la existencia de

un poderoso Partido Comunista que tenga la hegemonía política en sus manos?... ¡Que no se asombren los imbéciles!... ¡Lo que hacemos no es nada nuevo en nuestra estrategia y táctica por conquistar a las masas para poder llegar a la revolución verdadera, a la revolución socialista!... ¡Ahí están los textos de Lenin y Stalin!... Textos que están al alcance de cuantos quieran conocerlos, de cuantos quieran saber cuál es nuestro camino, cuál nuestro método, cuáles nuestra estrategia y táctica».

«¡Nada nuevo, nada nuevo!».

«Lo que ocurre es que usted, todos ustedes han sido tan tontos que no se han preocupado nunca por saber quiénes éramos»... «Pero no es nuestra culpa, la culpa es de ustedes».

Y se reía y se reía mientras paseaba por su despacho, al margen de la batalla, pero sin perderla de vista.

«¡La hegemonía!».

«¡La hegemonía!».

No hay duda que la idiotez política de nuestros aliados es sin duda uno de nuestros mejores «aliados».

Y seguía riéndose.

Hasta llegar a carcajadas que repercutían en aquellas paredes elegantes y sobrias en donde casi vivía y trabajaba él, un alto funcionario del gobierno de Largo Caballero.

«Ja... Ja... Ja...»

España no había presenciado nunca un gran entierro político. Lo iba a presenciar. Y no tardando mucho. Largo Caballero como político había entrado en la agonía. Él no se daba cuenta de esto, como no se dio cuenta en su vida de muchas cosas políticas importantes. Posiblemente esto hacía menos penosa su agonía, pero haría más terrible su muerte política, que llegaría brutalmente, por sorpresa y casi en la más absoluta soledad política.

«Ja... Ja... Ja...»

\* \* \*

El general Franco estaba hondamente preocupado. Madrid era su gran obsesión. Porque conquistar Madrid podía significar para él el triunfo rápido y su consagración definitiva en una jefatura aceptada un poco a regañadientes por muchos militares y políticos, pero aceptada por la muerte de los generales Sanjurjo y Mola. Un nuevo intento en las viejas direcciones no significaría más que la repetición de fracaso militar y posiblemente una seria derrota política dentro de su propio campo. Fue sin duda por esto que en un nuevo intento por conquistar Madrid buscó una nueva dirección, aún no explotada, desde Sigüenza y a través de la región de Guadalajara en la dirección de Guadalajara–Alcalá de Henares, apoyado por las fuerzas del general Moscardó, que atacaría por la retaguardia a las fuerzas republicanas de los sectores de Somosierra y Guadarrama, coordinados estos dos golpes con

un ataque de apoyo de sus fuerzas en el sector de Jarama. No había duda: el plan del general Franco era escrupuloso, manifestándose en él una concepción militar nueva y seria, inteligente y audaz, El general Franco preveía ritmos elevados en el avance de sus tropas; la entrada en Madrid se realizaría el 15 de marzo... El lugar elegido para el ataque constituía sin duda el punto más débil del frente republicano: fuerzas sin experiencia de combate y un frente de ochenta kilómetros defendido por una sola división, la 12, con un total de 12 batallones armados y 5 desarmados. Frente al «Cuerpo Expedicionario Italiano» con 49.840 hombres, 25.600 fusiles, 1.170 morteros, 222 cañones, 108 carros de combate, 35 carros blindados y ametralladoras y 60 aviones, los republicanos ofrecían en el primer momento del ataque 5.500 fusiles, 60 ametralladoras y 15 cañones. No existían reservas inmediatas ni una sola fortificación hasta Madrid.

La batalla comenzó el 8 de marzo.

Este día la 2ª División italiana reforzada con dos regimientos, dos brigadas mixtas, cuatro grupos de artillería y carros de combate comenzó el ataque en el sector de la 50 brigada republicana. El avance de los italianos fue de 6 kilómetros en lugar de los 25 kilómetros fijados en el plan. Pero este avance había hundido la zona defensiva de los republicanos. El mando republicano siguiendo su costumbre de meter «poco a poco» sus reservas, mandó la 11 brigada internacional con la cual el jefe de la 12 división debía pasar al contraataque, que no tuvo éxito. Fue solamente en la noche del 11 al 12 de marzo cuando el mando del Ejército del Centro y el Estado Mayor Central se convencen por las declaraciones de los prisioneros



que la ofensiva desde Guadalajara constituía el esfuerzo principal del enemigo. Es solamente entonces cuando toma todas las reservas de todos los frentes y las envía urgentemente al sector atacado con las siguientes misiones: organizar una defensa sólida, detener al enemigo, estabilizar la situación y pasar al contraataque general. Por primera vez en todo el territorio republicano el esfuerzo se concentra en una sola dirección: detener el avance italiano y destrozar al «Cuerpo Expedicionario». En el Estado Mayor del Cuerpo Expedicionario comienza a notarse el nerviosismo: el día 11 lanza sus divisiones 2.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup> y concentra todas un reservas cerca del frente: la división Littorio sobre la carretera de Zaragoza y la 1.<sup>a</sup> división en la zona de Brihuega. Pero la resistencia maravillosa de las Brigadas. Internacional 11 y 12 apoyadas por los carros de combate y la aviación frenan el avance de los italianos. Pero las reservas republicanas están al borde de agotarse. El 12 de marzo los italianos deciden meter todas sus fuerzas en el combate. Por su parte los republicanos envían a Guadalajara 5 brigadas y un batallón de tanques y con las fuerzas del frente forma el 4.º Cuerpo de Ejército bajo el mando del teniente coronel Jurado, compuesto por la división 12 al mando del teniente coronel comunista Nino Nanetti, que tenía la misión de defender el sector norte en la dirección Cogolludo–Jadraque; la 11 división al mando del comandante Líster que debía defender la dirección principal a lo largo de la carretera de Zaragoza; y la 14 división al mando del comandante Mera que debía defender el flanco derecho en la dirección del río Tajuña.

Los objetivos de los dos bandos el 12 de marzo: consistían de parte de los republicanos en realizar un corto ataque con seis

batallones y cinco compañías de carros, batir a las unidades italianas y tomar Trijueque. La 12 brigada y las unidades del flanco derecho debían defenderse; por parte del Cuerpo Expedicionario consistía en lograr la ruptura con su 3ª división y lanzar a la división Littorio a la explotación del éxito a lo largo de la carretera general. Por su parte la 1ª división italiana desplegó en los alrededores de Trijueque. Para este golpe los italianos concentraron 35 batallones, 156 cañones y todos los carros de combate.

Los combates comenzaron desde el amanecer.

Durante varias horas los combates fueron encarnizados. Las reservas republicanas tocaban a su fin. Mientras tanto las vanguardias italianas amenazaban con el envolvimiento de varias unidades republicanas. La situación era difícil para los republicanos, tan difícil que de un momento a otro se preveía el fin de su resistencia, el desplome de su gran defensa. Fue en este momento cuando la aviación republicana entró en acción: a las 13 y 14 horas, 30 aviones de caza atacaron a un regimiento de artillería de la división Littorio y lo destruyeron, a las 14:30, 40 aviones de caza atacaron a la 1ª división italiana impidiendo con ello su ataque. El ataque de los italianos fue parado. En estos momentos los republicanos lanzaron al combate sus últimas reservas, dos batallones de la 50 brigada y una compañía de carros combate desde Torija a lo largo de la carretera sobre Brihuega y contra el flanco de las unidades avanzadas del enemigo que sorprendido comenzó a replegarse. La 2ª brigada de Líster comenzó de nuevo el ataque sobre Trijueque. Los italianos comenzaron a replegarse abandonando armas y municiones. El 13 de marzo los italianos comienzan a

preparar de nuevo sus fuerzas para proseguir la ofensiva; por su parte los republicanos deciden concentrar el ataque sobre Trijueque y lanzan sobre este pueblo 3 batallones de Líster, 3 batallones de la Brigada de «El Campesino», 2 batallones de la 11 internacional, 21 cañones y cinco compañías de tanques. Los republicanos se lanzan al ataque. El enemigo comienza a huir. El teniente coronel Jurado, Jefe del Cuerpo de Ejército, temeroso de una reacción enemiga, renuncia a perseguir a los italianos. Con esta acción el flanco izquierdo republicano se consolida, aparte de tomar gran cantidad de armamento y prisioneros del Campo Expedicionario. Intentando impedir que nuevas reservas republicanas sean lanzadas al frente de Guadalajara, el general Franco da orden a sus fuerzas de iniciar el ataque en el sector de Jarama, pero no tiene éxito.

Y se produce la crisis de esta serie de intensos combates. Los republicanos habían ganado la primera fase de la batalla.

—Y...

Pascua los días 15, 16 y 17, que aprovecha el mando republicano para concentrar nuevas reservas y lanzarse a la realización de la última fase de su plan: el contraataque general. La insuficiencia de fuerzas para una acción de tal envergadura obliga al mando republicano a reducir su contraataque a la zona de Brihuega, y sus objetivos a la toma de este pueblo y a desalojar al enemigo de esta región.

Después de esto el grupo de choque debía ser lanzado contra la División Littorio.

El día 18 la aviación republicana vuela durante veinte minutos sobre las posiciones enemigas. Pero el ataque que se había fijado para las 14:00 horas es preciso aplazarlo hasta las 16:00 horas. El enemigo recibe a las fuerzas republicanas con intenso fuego de ametralladora y artillería. La Brigada de «El Campesino» y la 12 Brigada Internacional avanzan magníficamente; la 11 Brigada Internacional avanza lentamente. El repliegue italiano comienza. Y se convierte en huida. Los soldados utilizan los camiones y tanques para huir. La 1ª división italiana es deshecha. Pero los republicanos ante esta huida que no preveían se ven obligados a reorganizar sus unidades y sólo en la mañana del 19 pueden desarrollar la segunda parte del plan, la 65 brigada lleva su ataque desde Brihuega hacia el Noroeste; la Brigada de «El Campesino» y la 70 Brigada se vuelven hacia el Norte llevando a la 12 brigada en segundo escalón; la 2ª y la 11 brigadas que continúan su ataque hacia el Norte sólo encuentran las retaguardias deshechas de la división Littorio. La división italiana abandonando todo se retira esquivando el golpe. Fatigadas las fuerzas republicanas, sin medios de transporte para explotar el éxito, tienen que renunciar a la persecución, que se encomienda a la aviación republicana. En sus ataques la aviación republicana deshace a las divisiones Littorio y 3ª. El Cuerpo Expedicionario Italiano tiene que pedir ayuda a Franco. Y cuando las tropas republicanas llegan a la línea Massegoso–Ledanca se encuentran con las fuerzas del general Moscardó atrincheradas.

Se estabiliza la situación...

La batalla de Guadalajara ha terminado.

Con ello la tercera fase de la lucha por Madrid.

\* \* \*

Largo Caballero está contento. Sus pitonisas le aseguran un papel en la historia.

Largo Caballero no se da cuenta que la victoria de Guadalajara ha sido una gran victoria militar del Partido Comunista: porque las fuerzas fundamentales en la gran batalla han sido las unidades de Líster y Nino Nanetti, las fuerzas de «El Campesino» y las Brigadas Internacionales, los tanques cuyos equipos eran comunistas, la aviación cuyos tripulantes eran comunistas. Entre este volumen de fuerzas la 14 división del anarquista Mera constituía solamente un 20 por ciento. Pero esto no lo supo ver el socialista Largo Caballero, que cegado por una victoria que creía suya, olvidó su defensa política frente a una ofensiva comunista ininterrumpida, implacable.

Caballero estaba contento.

Los únicos que meditaban seriamente después de la batalla de Guadalajara eran el general Franco y los comunistas: la guerra había llegado a un punto clave. Todo dependía para cada uno de los dos bandos en quien reagrupara antes sus fuerzas, en quien tomara la iniciativa para romper el equilibrio creado. El tiempo se convirtió en el factor decisivo.

Franco pensó en el Norte. La conquista del Norte podía darle una gran superioridad... Los comunistas pensaban tanto en reforzar la capacidad militar del Ejército Regular Popular como en desplazar a Largo Caballero. Largo Caballero era una batalla y una victoria indispensable, no sólo para la guerra, sino para asegurar al final de ésta, un objetivo que los comunistas se callaban, pero que en cada uno de ellos era claro: enterrar a la II república y dar nacimiento a una nueva república y cuyo carácter ya habían definido los clásicos del marxismo.

\* \* \*

Carlos Contreras, el antiguo comisario político del Quinto Regimiento, estuvo en la batalla de Guadalajara. Estuvo con el general Gorev, con Luigi Longo, con André Marthy y otros. Y contó a Castro la batalla que Castro había seguido desde Valencia.

–Maravilloso. Castro.

–¡Y ahora?

–No sé.

–Ahora, Carlos, todo depende de quien tome antes la iniciativa, de quien logre primero una victoria que incline la relación de fuerzas a su favor... ¡De eso depende todo, Carlos!

–¿Piensas hablar con el Partido?

–No.

–¿Por qué?

–Tú sabes bien que el Partido sabe dónde estamos cada uno de nosotros, de qué somos capaces cada uno de nosotros... Cuando nos necesita nos llama... Mientras tanto debemos seguir en donde nos puso, nos guste o no nos guste... Todo trabajo es importante... ¡Todo!...

–Es cierto.

Y no volvieron a verse en muchos meses.

La vida de Castro se desarrollaba casi normal: del instituto a su casa. Estaba muchas horas en el Instituto. En aquel pequeño despacho lleno de mapas y en donde cada día registraba escrupulosamente el movimiento de los frentes, Él, como cada comunista, no podía perder el tiempo... Sabía, estaba seguro de ello, que el Partido no le tendría mucho tiempo allí, que le daría un nuevo trabajo muy pronto y pensando que dada y ganada la batalla en el campo, sería desplazado al campo militar, al campo de la guerra auténtica...

Salía tarde del Instituto. Valencia en plena noche y a oscuras era algo así como un gran manto a orillas del mar, Por el camino que iba a su casa, cerca ya de la playa, cada noche escuchaba disparos, disparos sueltos, hechos precipitadamente...

–Es a nosotros, director.

–Sí... Es a nosotros.

Pero el acabar con «eso» no le preocupaba mucho en aquellos momentos. Su inquietud y su atención se concentraban en otras cosas; tenía noticias de que Franco comenzaba a preocuparse del Norte; se decía que el Cuerpo Expedicionario Italiano, reorganizado, empezaba a concentrarse en la zona de Reinosa, en Santander; se decía que el ataque al Norte comenzaría pronto...

Esperanza estaba enferma.

¿Era una enferma de pena?

¿Era una enferma de desilusión?

Castro la acompañaba algunas veces al médico. La inyectaban y otra vez a casa. La mayor de las veces en silencio. Mirando a las gentes o pensando en cosas muy lejos de aquellas calles, de aquellas casas, de aquel cielo y de aquel mar. En casa, Castro hablaba poco. Cenaba, se subía a su habitación y allí, muchas veces, horas y horas mirando el mar, esperaba.

No sabía nada de los suyos.

Pero eran ráfagas pequeñísimas de recuerdo y pena.

¡El Partido!... ¡La guerra!... ¡La revolución!... Esto era todo para él, este era su único mundo, su única razón de ser, la suprema razón de su vivir... Y cada noche, apoyado sobre el marco de la ventana que daba al mar, mirando y mirando,



intentando ver en la noche, mientras escuchaba con cierta angustia cuando oía el ruido de un automóvil que se acercaba. ¡No!... no es que pensara que la muerte podía llegar, en la muerte pensaba pocas veces. Pensaba en que el Partido se hubiera acordado de él, que le mandaba llamar, que subiría a un automóvil entre miembros de la guardia especial del Partido, que llegaría a la pequeña plaza, oscura y silenciosa y que entraría como otras veces en el despacho de José Díaz y que mirándole le diría con su voz suave de siempre:

«Castro: el Partido te necesita en otro lugar... ¡El Partido confía en ti!... ¡El Partido sabe que cumplirás ciegamente sus órdenes...! Vete, Castro, y que tengas suerte».

En la madrugada sentía cansancio y sueño.

Y se iba a acostar. Junto a él, Esperanza, invadida por una fiebre que la había encadenado desde los últimos días de noviembre de 1936 en Madrid. La miraba con pena, pero cualquier ruido le recordaba sus ansias, le volvía a la espera hasta que se quedaba dormido.

Y así muchos días.

\* \* \*

«¿Por qué me acosa Morayta?»

«No lo sé».

«Pero hay en su mirada un mirar fijo que me observa por detrás y por delante, por dentro y por fuera. Presiento que quiere hablarme, pero que no se atreve, que tiene miedo a que lo que diga pueda constituir un terrible pecado de los que se pagan con la vida».

«Pero... Estoy inquieto, irritado... No me gusta que los que me rodean, que los hombres en que me apoyo duden de algo. La duda es un delito cuando esa duda abarca a nuestro ser y nuestro hacer... A veces intento facilitarte el comienzo, pero luego me detengo: le quiero y me daría pena tener que ser implacable con él, con él que es bueno, infinitamente bueno, con él, encadenado a una agonía que amenaza con durar años, con él al que la misma vida le ha envenenado de una inmensa tristeza... Pero ¿tendré paciencia para aguantarle, tendré paciencia?... Sí...

Yo sé que por encima del Partido no hay nada, que contra el Partido no existe razón, pero tener que matar a un hombre, que en realidad está muerto hace mucho tiempo, me produce cierta pena».

.....

«Hoy le he mirado a los ojos, fijamente... He querido buscar qué es lo que quiere... He querido provocarle a que hablara... Pero el silencio no se ha roto... Sólo he escuchado de él su respirar trabajoso; sólo he visto en él sus ojos hundidos no sé si en la agonía o en la pena, y sus pómulos salientes; y su boca como un pregón de amargura; y su cuerpo inclinado como si fuera a caerse para dejar de llevar sobre sí la agonía de un

hombre. ¡Me ha dado miedo!... ¿Miedo a qué?... No lo sé, porque esta vez ha sido un miedo distinto, el mismo miedo que sentía ante mi madre, cuando me daba cuenta que me iba a decir lo que no quería que me dijera: porque era una blasfemia contra el Partido, contra mi único y gran Dios».

.....

«Cuando me pasa la firma y comienzo esa larga y aburrida operación de firmar expedientes, oigo su respirar como algo parecido a un sollozo ahogado; pero hay algo más grave: tengo la impresión que su mirar ha penetrado en mi interior, que sus ojos están buscando los caminos hacia mi alma, para encontrarse con ella y ¿para dialogar con ella?»

.....

«Mi paciencia ha llegado a su fin... No aguanto más ese mirar más terrible que el mirar policíaco de los tiempos pasados... No aguanto más esa estatua humana que respira y mira, pero que no habla, que no grita, que no blasfema y contra la cual no tengo la seguridad de si tendré valor para disparar... ¿qué quieres, Morayta?... Sí, yo sé que tú te vas muriendo poco a poco, pero mira a lo lejos, mira a los frentes... ¿No lo ves?... ¿No ves cómo mueren millares de hombres? Ellos no volverán a ver más... Ellos mueren sin saber si hemos llegado a la victoria... Mientras que tú sí: el morir poco a poco, Morayta, suele ser a veces una suerte... Tú tendrás la probabilidad de ver el triunfo de la revolución... Tú tendrás la dicha de vivir el prólogo del socialismo, el primer paso decisivo hacia la felicidad humana...»

.....

«¡Basta, basta ya!».

«¿Qué te ocurre, Morayta?... ¿Qué te ocurre a ti, que fuiste fuerte como pocos, poseedor de esa gran fortaleza moral y política que permite vivir, como aquí viviste años y años, entre la incomprensión y el desprecio, entre el vacío y la soledad?»

«¡Te mataría!... ¡Te mataría!... Pero tengo miedo de que aun después de muerto siga creyendo que eres bueno, que eras infinitamente bueno... Éste es el más difícil de los matares... Porque en la acción de la guerra hacía la revolución está uno enloquecido por la «fórmula», por la presencia física del Partido, por los de enfrente que, al no matarlos, se les permite que maten... Pero aquí no; aquí somos dos camaradas, dos viejos camaradas... ¡Aquí no hay enemigo!... Pero, ese mirar... ¿Qué te he hecho yo para que busques desesperadamente mi alma?»

Se sonrió preocupado.

«Mis nervios están enfermos...¡Demasiado enfermos!...»

Y otro día.

Y otro más.

La obsesión no duerme... Morayta se ha convertido para él en una extraña subconsciencia. Pero no existe el pretexto para hablar: Morayta es un funcionario modelo. Es el hombre que vive esclavo del reloj y de la tarea, de la misión y el deber.

Valencia comienza a ser envuelta por la noche... Los funcionarios del Instituto de la Reforma Agraria comienzan a salir con su hambre y su miedo... El silencio empieza a dominar en el edificio... Sólo de cuando en cuando los ordenanzas tosen y hablan como si tuvieran un gran miedo a que alguien oyera sus palabras... Castro como todas las tardes, ha abandonado su despacho y se ha ido a esconder al pequeño despacho donde las paredes están cubiertas de mapas militares... Es un mirar la guerra en silencio, es un poder pensar sin prisa...

–Adelante.

Y la cara pálida y sombría de Morayta.

–Siéntate, camarada.

Y el otro se sienta.

Y Castro le ofrece un cigarro. Y fuman en silencio. Mirando los mapas. A veces Castro tiene la sensación de que el otro no mira los mapas, que le mira a él. Pero no tiene voluntad para volverse de pronto, no, sabe que eso significaría tener que preguntar: «¿Qué me miras, camarada Morayta?»... Y no siente ningún deseo de preguntar.

–¿En dónde golpeará el enemigo la próxima vez?

–En el Norte.

–Sí.

–¿Te preocupa mucho?

–No... No mucho... La guerra es eso, el golpear de un lado y otro, un rosario de victorias y derrotas... Y un final con una gran victoria y una gran derrota... Siempre ha sido así, siempre tendrá que ser así.

–Sí.

–Sí...

–Pero ¿es eso todo lo que tienes que decirme?... ¿O has venido aquí a algo más que a este perder el tiempo en un diálogo sin pasión ni razón?

–No.

–¿Por qué no hablas, entonces?... Tú me conoces y yo te conozco... Son muchos años de conocernos... Llevas, además, meses trabajando conmigo y no podría presentar al Partido ni una sola queja contra ti... Eso te da el derecho de hablar, de decir qué te pasa o qué piensas o qué quieres o qué no quieres... Cuanto digas se lo dirás a un camarada, a un compañero de trabajo, a un hombre que siente, al que duelen los dolores de los demás, al que vive impulsado por el afán de acabar con ese dolor colectivo que mantiene como esclavos a millones de hombres... Un sacerdote quizá no te comprendiera. Y de comprenderte te comprendería en función de su misión... Pero yo.

–¿Tú?

–Habla, Morayta... El Partido comprende a los hombres, es el verdadero dios de ellos... Comprende sus dudas y sus

angustias... Comprende su hambre y su pena. Y no vive más que para construir los fundamentos de la felicidad humana...

–Es un problema de fe.

–¿Es que has perdido la fe en el Partido?

–Escucha, Castro...

–¿Es que has perdido la fe en el Partido?

–Escucha, Castro...

–Habla, Morayta.

Morayta respiró hondamente, como si algo dentro de él se estuviera ahogando. Y se limpió lentamente las gafas... Y después miró a Castro... Y comenzó a hablar.

–Quiero irme de aquí.

–¿A dónde?

–No lo sé bien... Salir de aquí... Y sin salir de España llegar lejos, a una lejanía en donde la guerra dejara de verse y oírse; en donde uno no viera matar y matar, en donde uno no viviera pensando en matar a alguien cada día como si de los muertos pudiera nacer una vida nueva para los hombres...

–Sigue.

–¿Para qué más?...

–Sigue.

–Sí... Seguiré... Posiblemente después me saques a la carretera y dispaes sobre mí como has disparado sobre muchos otros... Pero no importa... Seguiré hablando hasta que ni tú quieras escucharme más, ni yo pueda seguirte hablando... Mira, Castro... A ti y a muchos os conozco desde hace años, muchos años, a través de un vivir difícil pero lleno de ilusiones, en una gran familia en la que todos éramos buenos... Sí, infinitamente buenos... No queríamos nada para ti o para mí, para éstos o para aquéllos, lo que queríamos lo queríamos para millones de hombres–miseria... Eso era ayer... El ayer maravilloso en el que ser comunista era algo como ser un apóstol de una gran verdad y de un gran objetivo... Ayer, Castro, ayer...

–Y hoy, ¿acaso no es lo mismo?

–No...

–¿Por qué, Morayta?

–No, no sois los mismos... Yo os conocí buenos... Infinitamente buenos... Erais o éramos como una moderna legión de nuevos Cristos... Dolores era la maternidad encolerizada por una miseria que mordía sin tregua la carne de los suyos; José Díaz era un hombre bueno, en su mirar y en su hablar, en su modestia y su sonrisa que sólo vivía pendiente de la desgracia humana; Uribe mismo, en su tosquedad, era otro apóstol aunque un poco zafio, de la felicidad humana... Y tú... Tú mismo eras distinto... Y como ellos y como tú, miles y miles de hombres que querían hacer un mundo nuevo y bueno...



–¿Y ahora?

–... ahora, cuando os miro y os comparo con el ayer me parecéis algo así como un mundo de hombres enloquecidos, a los que se les ha secado el corazón y el alma... ¡Se os ha olvidado reír!... Y es que estáis enfermos de obsesión, de una obsesión que me recuerda a Caín...

–¿Y de ellos, qué dices?

–En el otro lado creo que se ha producido un fenómeno parecido... Aquello también es Caín.

–Morayta... Escúchame... Escúchame... Te miro y me doy cuenta de todo: eres un hombre terriblemente enfermo... No, no es tu corazón sólo...

Están enfermos tu corazón y tu fe... Te has olvidado de los médicos y de Lenin... ¡Esa es tu tragedia!... Esa es la tragedia que te hace vernos de una manera distinta a cómo éramos ayer y a cómo seguimos siendo hoy... Posiblemente todo esto obedezca a que estás cansado, terriblemente cansado... ¡Deberás descansar, Morayta!

–Ya es tarde.

–Sigue, entonces.

–¿Quién os ha hecho así, Castro?

–Te lo diré.

–Sí, dímelo. Y te lo agradeceré, aunque después pase lo que pase.

–Mira, Morayta... Tú ves al Partido y a sus hombres en su época lejana y romántica... En aquella época en que soñábamos con la revolución pero en la que no sabíamos hacerla... Era una época, Morayta, en la que todavía no nos habíamos desintoxicado de ese viejo mundo en el que habíamos nacido y vivíamos... tramos románticos, sentimentales, blandos, inoperantes... Éramos solamente unos grandes soñadores... Mira los árboles, Morayta... Mira ese árbol... Es el mismo de ayer... Pero ha crecido... Ayer era un adorno: nada vital... Hoy es sombra y fresco... Tú no puedes decir que no es el de ayer... Como tampoco yo podría decir al verte muerto que tú no eras Morayta... Sí... El mismo... Con vida y sin vida... No eres justo, Morayta. No... Tú habías concebido la revolución como un simple cambio de estaciones: otoño, invierno, primavera y verano... Pero nunca te detuviste a pensar que una semilla que rompe la tierra para crecer y dar fruto ha estado tiempo y tiempo bajo la tierra, y que si hubiera renunciado a romperla nunca habría pasado de ser una semilla condenada a morir en la impotencia... ¡Somos los mismos, Morayta, los mismos!...

–No.

–Sí.

–No... Ayer erais hombres con algo bueno y algo malo... Como todos los hombres... Hoy no... Hoy en vosotros sólo hay fe, fanatismo, odio, afán de matar. En vosotros no hay más que

cerebro y acción... Es cierto que mi corazón está enfermo, pero existe; mas ¿el vuestro?... ¿Dónde está el vuestro?... El vuestro ha muerto, mejor dicho, cada uno de vosotros le habéis asesinado para mayor comodidad... Y lo bueno de cada uno de vosotros murió con vuestro propio corazón...

–Sigue.

–Si... Hasta donde me dejes...

–Sigue.

–El hecho de que haya sido una transformación colectiva, metódica y standard, me hace pensar que ha habido algo que os ha estado deformando y formándoos al mismo tiempo, deshumanizándoos y fanatizándoos paralelamente... Porque se me hace imposible creer en la existencia de una parte de la especie humana distinta a las demás partes: sin nada bueno...

–¿Acusas al Partido de esa transformación?

–No le acuso... Le señalo solamente como fabricante de pequeños y grandes monstruos.

–¿Por qué te has salvado tú?

–Posiblemente porque después de cada tarea realizada, de cada reunión a la que asistía, al llegar a mi casa y encontrarme con mis hijos volvía a encontrarme... El Partido era el veneno... Mis hijos el contraveneno...

–¡Termina de una vez!

–Sí, Castro, sí... Ya no sois hombres... Sois cosas... Sí, unas cosas muy parecidas por fuera a los hombres, pero nada más que parecidas por fuera... Y si no, aquí tienes una prueba: ¿Dónde está tu madre?... ¿Dónde están tus hermanos?... ¿Dónde están tus viejos amigos?... ¡No lo sabes!... Vivan o no vivan, ¿qué importa eso para ti?... Para ti lo importante es la revolución... ¡La revolución!... Te daré otra prueba más: en todo el tiempo que llevo trabajando contigo no te he visto un gesto de pena, de dolor, de compasión... Queriendo imaginarme cómo eras en realidad, he pensado muchas veces en ti: he hablado mucho de ti en mi casa en espera de que me ayudaran a definirte. ¡No, no pude lograrlo en mucho tiempo!... Hasta que un día viendo caer las bombas enemigas sobre Madrid me acordé de ti... Sí... Tú y los demás no sois más que eso: proyectiles humanos que os lanzan contra todo y contra todos sin otra misión que destruir y destruir cuanto se encuentren al alcance de vuestra maldita carga...

–¿Te has vuelto fascista?

–No seas tonto, Castro.

–¿Terminaste ya?

–Sólo una cosa... Piensa, Castro, en lo que te he dicho... No veas en mí un perro fascista... ni un traidor al Partido... No sería ni verdad ni serio para ti... Procura verme como soy, como un hombre normal que ha logrado que lo bueno se impusiera en él... Sí, yo quiero que acaben las desdichas de millones de hombres, pero dudo mucho de que vosotros podáis ser los curanderos de ellas... Este proceso bárbaro que estamos

viviendo os ha perdido para siempre... Stalin estará contento... Lo sé... Sois hombres de temple estalinista... Hombres enloquecidos por un dogma, por una mecánica terrible, por una disciplina animal, por un odio que os ha podrido el alma. Y si os duelen los muertos no es porque sean hombres que han muerto, sino porque son pequeñas máquinas de matar que habéis perdido... Ni la muerte os hará ya buenos... Así sois, Castro, los ciento por ciento... Y qué gran ingeniero, qué bárbaro y maravilloso constructor de monstruos es el Partido, el Partido, vuestro Partido.

–Vete, Morayta.

Castro miró sus espaldas unos segundos. Y se acordó del jorobado del Cuartel de la Montaña... Pero sólo se acordó... Y continuó sentado, mirando unos mapas que ya habían desaparecido ante sus ojos. Porque los ojos de Castro se habían vuelto a mirar hacia dentro. Y Castro comenzó a sentir un terrible desasosiego que despertó violentamente todos sus viejos recuerdos.

«Mi padre era un hombre bueno».

Hizo surgir de los recuerdos la figura entrañable... Y le pareció que le tenía delante, en aquel rincón acostumbrado de la pequeña cocina, con la vieja cuchara de palo en su acostumbrado subir y bajar; y que después sacaba aquella petaca ennegrecida por el tiempo, el librito de papel de fumar con una bicicleta impresa en sus forros y las cerillas; y que hacía un cigarro que, como siempre, le salía delgado por las puntas y grueso por en medio; y el lanzar con aquel mirar de

santo sus bocanadas de humo al techo, como queriendo traspasarle para que llegaran al cielo... Y su «Hasta mañana, hijo mío»... Y su «Gracias a Dios por tanto favor como nos hace»... Y luego la figura de ella, Castilla hecha mujer: como la síntesis enlutada y maravillosa de la maternidad en la tierra. Y la vieja casa. Y las viejas gentes. Y las viejas cosas.

«¿Dónde estará la felicidad?»

Pensó en su angustia que de haber estado allí su madre le hubiera pasado su mano por la cabeza y le hubiera dicho como lo dijo otra vez para enseñarle y consolarle: «para que la revolución sea como tiene que ser deberá imitar a las madres».

¿Lloró?

Salió de aquel pequeño despacho muy tarde. Y entró en su despacho oficial.

Sobre su mesa, como todos los días, el conserje había dejado «Frente Rojo», el órgano diario del Partido.

Y se acordó.

Y comenzó a pasear por el amplio despacho. Al cabo de unos minutos se detuvo y apoyó sus manos sobre la mesa... ¡El Partido!... ¡El Partido!... ¡El Partido!...

«¡He debido matarle!».

«He debido matarle como a un perro... Aquí, aquí mismo!».

Y abandonó el instituto Y cruzando la ciudad y la noche llegó a su casa.

La cena está puesta.

–No tengo ganas...

–¿Estás enfermo?

–Debo estarlo.

–¿Te duele algo?

–No... Nada... Pero no me siento bien... Será mejor que me acueste.

–Sí.

Se hundió en el lecho. Y apagó la luz. Después, y durante quién sabe cuánto tiempo, se estuvo preguntando ininterrumpidamente: «¿Por qué no lo he matado, por qué».

No lo supo nunca.

\* \* \*

A la mañana siguiente se levantó temprano.

Y no habló mientras desayunaba.

Y llegó al Instituto. Y durante algún tiempo se dedicó a mirar la prensa. Y su rostro adquirió el gesto habitual. Luego se frotó las manos... «La muerte de Largo Caballero, el mito de la social democracia española, está decretada... Nada ni nadie le salvará».

Después entró Morayta.

–Hola, Castro.

–Hola, Morayta.

Sólo dos veces se miraron de frente... Y cuando Morayta salió, la misma pregunta mil veces hecha la noche anterior: «¿Por qué no le habré matado, por qué?»... Él no pensaba en su conciencia liberada por unos instantes... Él pensaba en «aquello» que le había ocurrido con Morayta como algo inexplicable y estúpido.



## Capítulo XXI

### LAS VIEJAS MONTAÑAS ARDEN

Comenzaba a tener odio al mar.

Sobre todo a aquel mar Mediterráneo silencioso y quieto. Mar sin tempestades ni olas gigantescas que de acuerdo con la época arrasaran las playas y se llevan los muertos. Solamente le veía en las noches y al amanecer. En las noches aquel mar solamente era quietud y reflejos; en el amanecer, cuando le veía mejor, le parecía un muerto inmenso que la niebla al deshacerse se lo enseñara en su inmensidad inmóvil.

Comenzaba a tenerle odio.

Y ya casi ni le miraba.

Pero le oía y le sentía. Y ello aumentaba el odio. Porque él era hombre de tierra adentro, de esa Castilla de silencio y panoramas inigualables, rescoldo permanente de una raza, de un pueblo y de una gran civilización; de esa Castilla cuya edad es la historia de un mundo; de esa Castilla que se deja pisar y

herir por millares de hombres enloquecidos y que no se queja porque ella es tiempo y dolor.

Sí.

No podía gustarle el mar. Y le daba la espalda. Y buscaba con su mirar tierras y sierras y no podía conseguirlo. Se interponía aquello: un gran jardín pleno de color y aroma. Algo así como un Sorolla con la frágil belleza de naranjos y limoneros. Y a él le gustaba el Greco y Goya, pintores de tierras gigantes, de cielos inmensos y broncos, de hombres–hombres y de tragedia que eran en sí montañas de hondura y dignidad nacionales.

Soñaba con Castilla.

Soñaba despierto y con los ojos cerrados. Y recordaba días lejanos de su leer a Unamuno y Azorín.

Era un soñar encantador.

Pero se rompió el encanto.

Se rompió cuando murió el silencio.

«¡Castro!»... «¡Castro!»

Amartilló la pistola y se acercó al balcón, Y volvió a escuchar: «¡Castro, el camarada Checa te espera!»... «Bien... Encender las luces. Poneros delante de los faros y alzar la cabeza para que os vea bien»... Y lo hicieron... «Bajo en seguida». Al volverse se encontró con Esperanza.

–¿Quiénes son?

–El Partido me llama.

–¿A estas horas?

–El Partido me llama, Esperanza... ¿Qué importa la hora?

–Ten cuidado.

–Sí, tendré cuidado.

Y regresaron a la alcoba. Él se vistió rápidamente Y comenzó a bajar las escaleras sabiéndose mirado por ella. Al llegar a la puerta levantó el gatillo de su pistola y abrió la puerta muy despacio...

–Salud, Castro.

–Salud, camaradas.

–¿Dónde quieres sentarte?

–Atrás, camaradas, es una costumbre.

Y después de quién sabe cuántos minutos de un marchar vertiginoso, la casa del Partido. Abrió la puerta y descendió. El chófer, un viejo comunista, le miró fijamente.

–Nadie te sorprenderá nunca.

–¿Por qué, camarada?

–Por el espejo he visto que nos venías apuntando.

–Figuración tuya, camarada, una figuración.

Y comenzó a subir las escaleras y luego el recorrer de un pequeño pasillo hasta llegar a una puerta delante de la cual había un hombre con una pistola ametralladora siempre dispuesta a dejarse oír.

Entró.

–Salud, Checa.

–Salud, Castro.

–Siento haberte despertado a estas horas. Pero, no había más remedio...

–No importa.

–A cambio de esta pequeña molestia tomaremos un maravilloso café, fumaremos unos cuantos cigarros, recordaremos, quizá, viejos tiempos y... Y después te diré la nueva tarea que te ha encomendado el Partido.

Se miraron.

De una pequeña mesita que tenía a su derecha tomó dos tazas que colocó delante de cada uno de ellos, de una cafetera que hervía sobre un hornillo eléctrico echó café en cada taza. Y acercó el azúcar al otro. Después se sirvió él. Y tomaron el café en pequeños sorbos, porque quemaba y fumaron sin prisa.

–¿Te gusta Valencia?

–No.

–¿Está bueno el café?

–Maravilloso. Pero, comienza ya, Checa.

–Sí... Que ya es tarde... Camarada Castro: el secretario ha tomado la decisión de que salgas inmediatamente para Bilbao. Creo que el avión partirá mañana a más tardar, pasado mañana... La situación allí es grave, Castro, muy grave... No solamente por los propósitos de Franco de acabar con esa importante posición republicana, sino porque tenemos la impresión de que la situación de las fuerzas políticas de izquierda, incluyendo al propio partido Comunista de Euzkadi y a los regionales de Santander y Asturias, no son capaces de organizar la defensa del Norte, ¿Qué opinas?

–Estoy de acuerdo con la decisión del Partido; estoy de acuerdo contigo en que la situación es gravísima... Pero, ¿me permites que te diga con toda franqueza mi opinión?

–Sí...

–No conozco la situación en detalle... Pero, en general, creo que el Norte no puede salvarse con el esfuerzo del Norte... Considero que su salvación reside en su resistencia y en la acción ofensiva de nuestras fuerzas aquí para impedir que Franco pueda concentrar sobre el Norte el grueso de sus efectivos... Creo más, Checa... Creo que el Norte, ante el equilibrio de fuerzas actual puede, en caso de perderse,

provocar un cambio tal en la selección de fuerzas que haga muy difícil nuestra victoria...

Checa le miró a los ojos.

–No... No creas que es pesimismo, que es falta de fe, no... Es situarme en un terreno lleno de realidades. Yo iré allí, haré cuanto sea posible pero, Checa, tú me conoces bien, yo no quiero engañarte ni engañar al Partido... ¡Castro no es capaz de hacer ese gran milagro de que el Norte, con sus propios medios, sea capaz de defenderse de la inevitable ofensiva de Franco!... Y quiero añadir algo más. Pedro, quiero decirte que tengo la impresión de que después de la victoria incompleta de Guadalajara no hemos comprendido la necesidad de tomar la iniciativa. En posible que yo esté en un error, posiblemente piense así debido a mi alejamiento de las cuestiones militares y de los frentes... Pero, así pienso, Checa Y así te lo digo.

–¿Sólo hasta este momento en que vas a partir para el Norte has visto así la situación?

–La vi antes, Pedro. En mi discurso ante el Pleno del Comité Central dije claramente dos cosas: los peligros que se cernían sobre el Norte y la imprescindible necesidad de una coordinación absoluta de nuestros frentes. Puedes leerlo si quieres. Hice otra advertencia que me alegraría que no se olvidara: que el enemigo intentaría en un momento dado cortar el territorio republicano en dos partes para facilitar y acelerar su triunfo. Puedes leerlo también.

–¿Es una crítica al Partido?

–No lo es, pero podría serlo, Pedro...

–Pasemos a otra cosa, dentro de la misma cosa... Vas respaldado por el Partido con toda la autoridad que te sea necesaria... Creo que esto te permitirá enviarnos rápidamente un informe sobre la situación del Partido; y sobre las tareas a realizarse aquí para no perder aquello.

–¿Me permites una pregunta, Checa?

–Sí.

–¿Cuál es la situación política aquí? ¿Seguirá Caballero? ¿Se producirá un viraje en la política militar de la República?... Me ayudaría mucho en mi nueva tarea tener conocimiento de cuál es la situación y cuáles las perspectivas...

–Creo que tienes razón... De hecho, Castro, el gobierno, desde la pérdida de Málaga, está en crisis y está en crisis por los propósitos del Partido de que este gobierno no continúe por mucho tiempo... Pero hay que llegar al momento más oportuno para que la crisis se haga pública y real... No es fácil la tarea, Castro... Desplazar a Caballero no depende solamente de la voluntad del Partido, sino de que el Partido logre que dentro del mismo Partido Socialista Obrero Español y de la Unión General de Trabajadores encontremos aliados dispuestos a acabar con el viejo... Y no sólo eso: la C.N.T, sin duda lo defenderá... Y será necesario también, si no convencer, si maniobrar para que la C.N.T. no se oponga con todas sus fuerzas a la reorganización o a la creación de un nuevo gobierno...

–Y Azaña y los republicanos ¿estarán dispuestos a doblegarse a la voluntad del Partido?

–Sí... Azaña y los republicanos son más un símbolo político que una realidad y una fuerza política.

–Gracias, Checa.

–Espera en tu casa. En cualquier momento pueden ir a buscarte para llevarte al aeródromo. De tu viaje nadie debe saber nada... ¡Y mucha suerte, Castro, mucha suerte!

Y se estrecharon las manos con fuerza.

\* \* \*

–De un momento a otro partiré, Esperanza.

–¿A dónde?

–A una misión importante para el Partido... A través de él tendrás noticias mías.

–¿Mucho tiempo fuera?

–No lo sé... Ni sé cuándo saldré exactamente... Sólo quiero que me prepares un maletín con algunas cosas indispensables... Nada más... Y si en ausencia necesitaras algo, dirígete a dos personas solamente: a Pedro Checa... o, si éste no estuviera en Valencia, al camarada Díaz. Ellos te darán cuanto necesites... ¡No lo olvides!



–No lo olvidaré.

\* \* \*

Cuando llegó al aeródromo de Manises, un «Douglas, esperaba calentando sus motores.

–Ése es –dijo el hombre que le acompañaba.

–De acuerdo.

Y esperó a que le dieran la orden de subir. Mientras tanto encendió un cigarro y miró buscando quienes pudieran ser sus compañeros de viaje. Tres personas: dos rusos y un joven que, según le dijeron después, era el hijo del general Llano de la Encomienda, que actuaba de enlace entre su padre y el Estado Mayor Central. Pero a nadie habló ni nadie le habló. Y se entretuvo en pasear de un lado para otro en espera del momento de partir... Mientras esperaba oyó a alguien decir: «La radio no funciona, pero no da tiempo, deben salir dentro de unos minutos»... Y, efectivamente, uno de los miembros de la tripulación hizo una señal a los cuatro que esperaban. Y entraron en el avión. Y, sin mirarse, cada cual se sentó en donde quiso. Y el piloto aceleró los motores, alguien agitó los brazos. Y el avión comenzó a rodar por la pista, a despegarse de la tierra y dar dos o tres vueltas para tomar altura. Y después, volando sobre la costa misma, hacia su destino... Castro corrió las cortinillas para que el sol no le molestara. Después se acomodó lo mejor que pudo y entornó los ojos. No pensaba en dormir. Pero ésta era una manera de concentrarse,

de pensar en la situación, de precisar aunque sólo fuera en líneas generales sus tareas, de cuyo comienzo sólo le separaban unas horas.

\* \* \*

Esquema de la situación después de la batalla de Guadalajara. –¿Qué posibilidades tenían cada uno de los bandos en lucha para lograr su objetivo fundamental: la destrucción del ejército enemigo?...

Primero. –Las reservas oro del Estado existentes en el Banco de España y que según el Boletín Mensual de Estadística de la Sociedad de las Naciones se elevaba a 2.225 millones de pesetas había quedado en poder del gobierno republicano. Segundo. –Después de la batalla de Guadalajara la producción fundamental de la industria de guerra había quedado repartida de esta manera.

Republicanos		Franquistas	
Fusiles	Oviedo	6.000	
	Toledo	8.000	
Ametralladoras		Oviedo	20
Cañones	Trubia	2–4	Sevilla 10
	Reinosa	2–3	

Mondragón (Mort.) 40

Aviones Barcelona por año 200 Cádiz por año 125

Guadalajara por año

motores 125

Madrid

Armas varias Eibar

Pólvora Murcia 20 Tm Granada 20 Tm

Galdácano 40 »

Manjoya 10 »

Cartuchos fusil Toledo 15 mill.

Sevilla 15 »

Proyectiles Trubia 17.000 Sevilla 25.000

Reinosa 4.000

Barcos Bilbao Cádiz

Cartagena Ferrol

Tercero.— Después del 18 de julio la producción hullero-metalúrgica en millones de pesetas había quedado repartida de la siguiente manera:

En la zona republicana

En la zona de Franco

Asturias 200 Huelva 150

Vizcaya 200 Córdoba 100

Santander 100 Sevilla 25

Jaén 150 León 25

Barcelona 150 Málaga 25

Tarragona 20 Guipúzcoa 25

Murcia 50 Palencia 15

Valencia 50 Navarra 10

Ciudad Real 50 Zaragoza 10

Alicante 15

Total: 985 millones

Total: 385 millones

En consecuencia:

–Si los republicanos tenían en su poder las reservas oro del país.

–Si la industria militar había quedado dividida más o menos en proporciones iguales en cuanto al número de fábricas, era evidente, sin embargo, que todas las ventajas estaban a favor de los republicanos, ya que además de abarcar los elementos

fundamentales de la producción (aviones, morteros, motores y artillería), poseían las fuentes fundamentales de materias primas.

–Si los republicanos tenían igualmente en su poder las regiones industriales fundamentales del país: el Norte (Asturias, Santander y Vizcaya) con el 36 por ciento de toda la producción siderúrgica del país; con el 60 por ciento y el 40 por ciento de la producción total de hulla y hierro.

Era evidente entonces la superioridad republicana, a pesar de que de ello no se hubieran dado cuenta los dos jefes de gobierno habidos desde el comienzo de la guerra: el boticario señor Giral y el estuquista señor Largo Caballero. Y no solamente desde el punto de vista de sus recursos económicos e industriales, también desde el punto de vista estratégico. ¿Cuáles eran las tareas de tipo operativo que se desprendían de esta situación para cada uno de los dos bandos? Para los republicanos se pueden concretar de esta manera: a). –Apoyándose en el territorio del Norte realizar una acción combinada para unir el territorio del Norte (base industrial) con el resto del territorio republicano (centro principal de reservas humanas); b). –Crear un poderoso ejército de trabajo para transformar las posibilidades existentes en la producción de guerra, en hechos que dieran al Ejército Republicano la superioridad en medios; c). –Dividir el territorio enemigo cortando el «pasillo extremeño» para caer inmediatamente sobre Sevilla–Huelva, base industrial fundamental de los rebeldes. Concretamente: defender sus bases industriales uniendo sus frentes; convertir su potencialidad industrial en fuente de abastecimientos del ejército: y dividir las fuerzas

enemigas para facilitar la conquista de la única base industrial de los rebeldes.

Para el general Franco después de su fracaso en el intento de conquistar Madrid, con lo que esperaba un final rápido de la guerra, se planteaba la tarea de ganar la guerra con un proceso planificado, lento, cuyos aspectos principales eran los siguientes: a).–Lanzarse rápidamente a la conquista del Norte, el punto más débil del frente republicano y al mismo tiempo la base industrial más importante del país, cuya valoración en 500 millones de pesetas significaba más del 50 por ciento de toda la producción del territorio republicano; b). –Cortar el territorio republicano desde el «Rincón de Teruel a Castellón; c). –Realizar la conquista de Cataluña, la segunda base industrial de los republicanos, como condición fundamental para el golpe decisivo. Concretamente: conquistar una base industrial potente (el Norte) para abastecer a su ejército y obtener la superioridad en medios, en hombres; dividir el territorio republicano; y caer sobre Madrid, centro político o sobre Cataluña, centro industrial.

Así se plantaba la cuestión para ambos bandos en marzo de 1937.

\* \* \*

Preámbulo de la batalla del Norte. –¿Cuál era la situación político–militar del territorio republicano del Norte en marzo de 1937? El frente del Norte aislado del resto del territorio republicano, sin ninguna comunicación terrestre con el

exterior, limitado su abastecimiento por la seguridad de las comunicaciones marítimas (2.000 kilómetros de ruta marítima, con el paso obligado por el Estrecho de Gibraltar y frente a las bases enemigas del Ferrol), supeditado a sus propios medios, hacían de él el eslabón más débil del frente republicano. La correlación de fuerzas en el frente del Norte estaba a favor de los rebeldes, Los republicanos poseían de 160–170 batallones, 350 cañones, 12 tanques y 20 aviones, siendo la distribución de sus fuerzas la siguiente: 112 batallones en línea y 40–50 batallones en reserva. Estas fuerzas estaban divididas en tres Cuerpos de Ejército: XIV Cuerpo (Euzkadi), XV Cuerpo (Santander) y XVII Cuerpo (Asturias). Las fuerzas enemigas se componían de 110–120 batallones, 250 cañones, 60 tanques y 100 aviones La superioridad de los rebeldes residía: en la posibilidad de poder concentrar sobre el frente Norte su masa de maniobra que por entonces se calculaba en el Cuerpo Expedicionario Italiano que lo integraban 40 batallones, 52 baterías, 100 tanques y 60 aviones y, además, 20–30 batallones de tropas marroquíes y españolas. Por otra parte existía una gran diferencia en la composición de los batallones, ya que mientras los de los republicanos tenían como media 500 hombres, 400 fusiles y 12 armas automáticas, los de los rebeldes se componían de 750–800 hombres, 550–600 fusiles y 30–40 armas automáticas. El ejército del general Franco tenía otra gran ventaja: la de poder relevar y reforzar sus fuerzas, lo que los republicanos aislados y, por lo tanto, reducidos a sus propios medios, no podían hacer.

El territorio republicano del Norte en la primavera de 1937 había llegado al límite en la movilización de sus recursos humanos: de una población de poco más de dos millones de

habitantes había movilizado cerca de 150.000 hombres. En la movilización de sus recursos materiales iba sin embargo con gran retraso: el Norte de España era una zona de influencia extranjera. Belgas, alemanes, ingleses y franceses controlaban una gran parte de sus industrias y explotaban sus riquezas. Estas terribles contradicciones se manifestaron abiertamente en el curso de la lucha a través de la alta burguesía vasca, del consejo de Asturias y León (que así se llamaba el poder republicano en esta zona) y no pudieron ser superadas, por el contrario se agudizaron, llegando al extremo de que Euzkadi, Santander y Asturias acuñaran cada uno su propia moneda, establecieran entre sí barreras aduaneras, se aseguraran el pago de mercancías en oro o divisas, y aún más, el que discutieran las cuestiones de ayuda militar como si se tratara de una mercancía cotizable. No existía, por tanto, un solo poder ni político ni militar. De un lado el gobierno de Euzkadi mediatizado por el Partido Biscay Buru Batsa, que agrupaba a la gran burguesía vasca relacionada con los grupos reaccionarios de Inglaterra y Francia. Este Partido dirigido por Heliodoro de la Torre y Jesús Leizaola luchó a través del gobierno por la pasividad primero y por el compromiso después. En León–Asturias y en Santander, el poder estaba en manos de socialistas y anarquistas. Todos los intentos de imponer una cooperación entre ambos, tanto en el terreno político como en el militar, fracasaron: de un lado por la timidez de Largo Caballero y de Negrín; por otro lado por el afán de las fuerzas políticas predominantes en el territorio republicano del Norte de convertirse en poderes y hasta en hasta en «países» soberanos.



Había otro factor importante que hacía más débiles las posibilidades de defensa del Norte en la más probable de las direcciones de la ofensiva enemiga: las fortificaciones, o, para llamarlo como lo llamaban, el «Cinturón de Bilbao». Uno de los hechos más escandalosos de la guerra. Desde el principio el presidente Aguirre había tomado en sus manos la dirección de las fortificaciones del País Vasco. Por iniciativa suya nombró una comisión que elaboró el «plan». Los encargados de realizarlo, el comandante Anglada y el capitán Murga entregaron una copia de él al cónsul austriaco Wokoming, que fue detenido cuando embarcaba, encontrándosele una copia del proyecto del «Cinturón de Bilbao» y una carta al general Franco firmada por Anglada y Murga. El proyecto no se modificó. Fue nombrado después jefe de Fortificaciones el capitán Goigoechea, que meses después se pasó al enemigo. Pero el plan inicial siguió sin cambiar. Independientemente de lo ocurrido, suficiente por sí solo para cambiar el plan por muy bueno que hubiera sido, el proyecto era técnicamente inadmisibile. Su trazado no estaba en relación con la hipótesis más probable del ataque enemigo. Quería cubrir todas las direcciones y en consecuencia era débil en todo el frente. El trazado, además, quedaba muy próximo a Bilbao, hasta tal extremo que en la dirección más probable del ataque, la del Este, dejaba posiciones al atacante a menos de 10 kilómetros de Bilbao, por lo que la ciudad y el puerto quedaban batidos por la artillería ligera del enemigo. Además, el trazado abandonaba las más sólidas posiciones naturales como era el Gorbea, el Sollube, la ría de Guernica y la zona minera.

Tal era la situación en vísperas de la batalla.

\* \* \*

Había además de todas estas circunstancias una fundamental: el hecho de que a unas semanas escasas del final de la batalla de Guadalajara estuviera en disposición de iniciar su ofensiva sobre el Norte significaba que, a) –Franco era más rápido en la reorganización, desplazamiento y concentración de sus fuerzas que el mando republicano; b) –Que esto le permitía tomar la iniciativa y poder lanzarse al logro de un objetivo secundario, para lograr la superioridad de fuerzas que había de permitirle, meses después, lanzarse a la conquista del objetivo decisivo.

Más aún.

La victoria republicana en Madrid no significó otra cosa que el conquistar la posibilidad de poder seguir luchando, de cambiar las posibilidades republicanas en hechos y de tomar en sus manos la iniciativa; la victoria en el Norte, produciría un cambio fundamental en la correlación de fuerzas y en la situación estratégica a favor de quien ganara la batalla, constituyendo, por eso mismo, la garantía de la victoria.

Mientras el avión volaba a unos mil quinientos metros de altura sobre la costa, Castro pensaba en sus nuevas tareas... Pero, como siempre, comenzó por buscar sus puntos de apoyo en aquella nueva jornada de su vida.

«¿En quién apoyarme?»

«Sí, puedo apoyarme en el general Gorev; puedo apoyarme también en el capitán Ciutat, pero ¿en quién más?»

Esto se refería sólo y exclusivamente a la parte militar del problema. Quedaba la otra parte, la parte fundamental, la parte política. ¿En el Partido Comunista de Euzkadi? Entonces, ¿por qué le había enviado el Partido? ¿En los regionales de Santander y Asturias? ¿Por qué enviarle si estas fuerzas hubieran estado a punto?... Había algo que Pedro Checa no le había dicho, pero que había adivinado a través de sus palabras: El Partido Comunista de Euzkadi no respondía a las necesidades del momento; los regionales de Santander–Asturias tampoco.

Esta era la verdad... Y le enviaban a él a imponer una solución que facilitara la acción militar, una solución que, de encontrarse, sería una gran victoria del Partido, que de no encontrarse debería gritar ante todo que era «su» culpa. Era claro... ¡Clarísimo!... Decidió no pensar más. Esperar a encontrarse sobre el terreno. Convencido tan sólo de una cosa; de que le esperaban horas y días de vértigo y angustia.

\* \* \*

La costa se mostraba como una estampa maravillosa. Sus ciudades parecían montones de maravillosas casas de muñecas, pequeños mundos de paz y felicidad... Castellón de la Plana... Tortosa... Tarragona... Barcelona... Sobre la vertical de la gran ciudad catalana el piloto cambió el rumbo. Y se adentró en la tierra hacia los Pirineos para cruzarlos y salir al mar Cantábrico... Castro descorrió las cortinas y comenzó a mirar...

Los gigantes de verdad le atraían siempre... El piloto comenzó a tomar altura... A lo lejos ya la silueta de un gigante de piedra y nieve, de quietud y silencio, que parecía esperar, o no esperar... Castro comenzó a sentir frío... Y a mirar con sorpresa y ansia... Y ellos, los gigantes, a sus lados y a sus pies... ¡Maravillosa paz!... ¡Pero, indispensable guerra! Y el avión pasando por aquellos extraños caminos... Y las nubes caminando suavemente por entre aquel mundo inmóvil, por aquel mundo de belleza increíble, por aquel mundo que parecía ignorar o despreciar al hombre, mundo maravilloso de montañas y ríos, de nieve y nubes... ¡Y de silencio!... Mirando sus valles, el fondo de sus valles, Castro se imaginaba la muerte allí... ¡Hierro y llamas, montañas y nieve, ríos y silencio!... «Valdría la pena morir aquí, de no ser tan importante vivir estas horas de España»... Siguió mirando, porque le era imposible ante aquella majestuosa belleza cerrar los ojos... Pero, ya no pensaba en la muerte ni en lo que podía ser uno de los más bellos morires... Pensaba en que dentro de poco se encontraría en medio de la batalla, en aquella batalla provocada por los hombres en busca de una felicidad que nadie sabía describir minuciosamente.

Y el mar...

Un mar de azules intensos que parecía revolveerse contra sí mismo; o estrellarse contra la costa vomitando espuma y soberbia.

San Sebastián.

Bilbao.

Y Santander... Y dos aviones de caza que comienzan a acercarse... Y el piloto que empieza a perder altura rápidamente... Y la radio silenciosa, rota, como tantas cosas en España.

«¡Sujétense!... Vamos a tomar tierra».

Y la ciudad bajo ellos. Y el campo de aviación. Y un aterrizaje demasiado rápido... Y algo así como si el avión quisiera alzarse de nuevo... Y un deslizarse tranquilo... Y los motores dejando de hacer ruido...

Y la puerta que se abre.

Y Castro en medio del campo mirando y mirando.

«Vamos, camarada».

Y comenzó a caminar detrás de un hombre... Hasta un coche que esperaba en los bordes del campo. Se sentó al lado del conductor. Y éste le miró en espera de la orden.

«A Bilbao, camarada».

Y bordeando el mar en un recorrido maravilloso... Y mirando y mirando aquellas viejas montañas que parecían esperar a que sobre ellas el fuego y el dolor como seres extraños se posaran, pero, esperando tranquilas como seguras de que sobrevivirían a todo para seguir mirando aquel mar incansable y soberbio.

«Bilbao, camarada».

«Llévame al Estado Mayor del general Llano de la Encomienda... Quiero encontrarme con el capitán Ciutat... Déjame en la puerta del edificio... Y regresa... Y no digas a nadie ni a quién has traído ni a dónde me has traído».

«De acuerdo, camarada».

Y el coche se detuvo ante una puerta... Y Castro se acercó rápido y pasó por delante de los centinelas sin mirarlos; y comenzó a subir escaleras y cuando se encontró en ellas un oficial que bajaba preguntó:

–¿Capitán, quiere decirme, por favor, dónde se encuentra el capitán Ciutat?

–En el piso inmediato.

Y siguió subiendo... Y a un soldado que estaba ante la puerta le volvió a preguntar.

–Espere.

Y esperó.

Hasta que salió Ciutat. Se abrazaron. Y el otro tiró de él hacia dentro. Y le llevó hasta su despacho. Y con aquella sonrisa de hombre bueno le miró esperando.

–¿Crees, Ciutat, que podremos hablar aquí sin que nadie nos moleste?

–Sí... Podemos hablar lo que quieras... ¡Nadie nos molestará!... Y la misma sonrisa.

–¿Qué está pasando aquí, Ciutat?... El Partido me ha enviado a saberlo. Y para que os ayude si es que puedo ayudaros en algo... Hasta ahora sólo tú y el aparato especial sabéis que he llegado... Y no quisiera que nadie conociera mi llegada hasta que no me hayas dado un cuadro de la situación político–militar; hasta hablar después con el general Gorev... Sólo después de esto veré al Partido... ¿Quieres hablar, camarada Ciutat?

Y Ciutat habló.

–Castro, la ofensiva comenzará muy pronto... Esto no sería grave si aquí existiera lo que no existe: unidad política, unidad militar, decisión de luchar hasta el fin no sólo en los de abajo, que existe, sino en los de arriba, que no existe... Aquí se ha estado viviendo un gran sueño... Y llega ahora el despertar... ¡Y qué triste despertar, Castro!... Nuestras relaciones con el gobierno vasco son cordiales, pero inútiles: él hace lo que quiere. En Asturias los Partidos hacen lo mismo... Encaramados en el poder no se dan cuenta que está terriblemente amenazado, que es transitorio... Aparte de esto, Castro, hay una cosa: el Norte no se puede salvar a base del Norte mismo... Es la «zona grande» la que tiene que dar su vida a nuestra resistencia con una serie de operaciones ofensivas que descargue de fuerzas enemigas este difícil frente...

–¿Habéis explicado esto al gobierno?

–El gobierno lo sabe... Lo hemos dicho muchas veces... Incluso el general Llano de la Encomienda propuso una operación para unir el Norte con la zona grande...

–¿No os hicieron caso?

–No.

–¿Vuestras relaciones con el Partido?

–Buenas... Pero el Partido, ni aquí, ni en Santander ni Asturias, parece comprender la situación...

–Una pregunta más, Ciutat: ¿Crees que movilizando al pueblo sería posible repetir la defensa de Madrid?... Contéstame abiertamente...

–Castro: aquí hemos llegado al límite de nuestras posibilidades de movilización. Lo único que falta es establecer la unidad militar, la unidad política... Sólo así, a base de esta doble unidad, podríamos hacer efectiva y larga nuestra resistencia, pero nada más que nuestra resistencia... Lo demás tendrá que hacerse allí: en la zona Centro.

–Bien...

–¿Qué más necesitas saber, Castro?

–Por el momento basta... ¿Podrías llevarme a ver al general Gorev?

–Sí.



Y un coche le llevó hasta un hotelito en donde el general Gorev vivía y tenía su Estado Mayor. El centinela le saludó. Y Castro atravesó una puerta que se abrió rápidamente. Y esperándole estaba Gorev... Y detrás de él unos cuantos hombres vestidos de civil.

–Te esperaba, Castro.

–Aquí me tienes, Gorev.

Y se estrecharon las manos como viejos amigos. Y se sentaron en aquella mesa larga y brillante. Y alguien puso té y cigarros... Y después de mirarse un rato Gorev rompió el silencio.

–Dime, Castro.

–He hablado con Ciutat (y le contó cuanto Ciutat le había dicho). ¿Es verdad esto?

–Sí.

–¿Y qué pensáis hacer?

–Haremos cuanto podamos.

–¿Para qué?

–Para resistir.

–¿Es todo?

–Es todo lo que podemos hacer.

Se callaron los dos. Castro comenzó a beber el té que se había quedado frío. El otro le miraba con aquel gesto que era una esfinge.

–¿Sabe el «centro» todo lo que me ha dicho Ciutat y que tú me has confirmado?

–Sí.

–¿Y por qué esto no lo sabía la dirección del Partido?

–No sé.

–Todo esto me parece terrible y extraño... No sé si pensar en la estupidez o en la traición... ¿Cómo es posible que ni aquí ni allá se comprenda que la pérdida del Norte es la pérdida de la guerra?... ¡No lo entiendo, te juro, Gorev, que no lo entiendo!

El otro solamente le miraba.

–¿Podría dormir aquí esta noche, Gorev?

–Sí. ¿Quieres dormir ya?

–No... Quisiera encerrarme en mi habitación hasta la hora de cenar... Pero te agradecería que uno de tus hombres me explicara algo sobre la situación de los frenes... Es posible que después de esto te pida que envíes un mensaje al camarada Checa... ¡Al camarada Checa!...

Y Castro, durante tres horas, se encerró con uno de los ayudantes de Gorev y un traductor... Y preguntó... Y el otro le

contestó... Y a cada respuesta miraba el mapa que tenían sobre la mesa... Y el otro y la traductora se fueron. Y Castro redactó un mensaje a Checa: «Situación grave. Posibilidades de defensa reducidas por la falta de unidad política y militar. Reafirmo mis puntos de vista que te expuse en nuestra última entrevista... La solución deseada reside en la resistencia de aquí y en las acciones ofensivas de ahí... Nuestros «amigos» ahí conocen detalladamente esta situación. ¿Cómo es que no la conoce el Partido?. Mañana comienzo a trabajar.»

Le llamaron a cenar. Y bajó al comedor. Y se sentó frente a Gorev que ocupaba la cabecera de la mesa Y cuando acabaron de cenar, cuando los colaboradores de Gorev se retiraron y Gorev comenzó a redactar su informe diario, Castro le alargó su mensaje al Partido... Gorev lo leyó... Después miró a Castro... Y volvió a leerlo...

–¿No se puede reducir nada?

–¿El qué?

–Esto: «¿Cómo es que no la conoce el Partido?»...

–¿Por qué?

–¿No crees que es un golpe contra los camaradas de Valencia?

–Yo sólo sé una cosa, camarada Gorev: ¡Mi deber para con el Partido!... Lo demás no me importa... ¿Me entiendes, Gorev?... ¡Lo demás no me importa!... Lo único que necesito saber es si tú estás dispuesto a transmitir ese mensaje a «mi» Partido.

Gorev dio unas palmadas. Y un ruso joven, con aire campesino, acudió. Y le dio el mensaje de Castro... Y unas palabras en ruso... Y una insistencia de Castro: «Al camarada Checa». Gorev le miró... Y unas palabras en ruso... Y el otro se fue.

–Hasta mañana, Castro.

–Hasta mañana, Gorev.

Y en el pequeño hotel comenzó a hacerse el silencio.

\* \* \*

Durmió poco aquella noche... Se había dado cuenta rápidamente de toda la magnitud del problema, de toda la gravedad del problema... Una y otra vez se preguntó sin poder dominar su inquietud: «¿Tendré tiempo?... ¿Tendré tiempo?»... Y a veces murmuraba unas cuantas palabras: «Qué extraño es esto... ¿Cómo es posible que ni Astigarrabia informe al Partido ni los camaradas soviéticos de Valencia lo hagan al Buró Político?... ¿Por qué?... ¿Qué está pasando aquí?... ¿Qué está pasando?»

Al amanecer se durmió.

\* \* \*

Las entrevistas con Ciutat y con el general Gorev habían dado a Castro un cuadro completo de la situación militar. Y había percibido la gravedad de la situación política que hacía más difícil aquélla. Pero no quiso aventurar juicios, Y pensó en que ya ni podía ni debía retrasar por ningún motivo el encuentro con Astigarrabia, secretario general del Partido Comunista de Euzkadi. Después vendrían otras entrevistas: con Escobio, el jefe del Partido en Santander; y con Angelín, el jefe del Partido en Asturias. Estas entrevistas debería realizarlas rápidamente: el enemigo había comenzado su gran concentración para la ofensiva sobre Euzkadi. Y ello reducía el tiempo de que disponía para actuar.

\* \* \*

Astigarrabia le esperaba en su casa. Le conocía Castro desde hacía tiempo. Más o menos desde 1932, en que el Partido le utilizó para su intento de crear la Confederación General del Trabajo Unitaria con el propósito de apoderarse de la Unión General de Trabajadores y la Confederación Nacional del Trabajo, socialista una y anarcosindicalista la otra. Después del fracaso de este intento del Partido, Astigarrabia se quedó como consejero del Comité Provincial del Partido en Madrid. No tuvo éxito. Ni él comprendía a las gentes de Madrid ni las gentes de Madrid le comprendían a él. Era de una seriedad sombría, estrecho de concepciones, poco hablador y de una soberbia que le era difícil disimular hasta el extremo de que miraba de arriba abajo a los mismos dirigentes del Partido Comunista de España; despreciaba a José Díaz, miraba a Dolores Ibárruri

como a una figura artificial, consideraba a Uribe como un hombre poco inteligente, a Jesús Hernández como un aventurero en política, despreciaba a Mije por su artificialidad. Y creía que los vascos, que él mismo, eran superiores en todo al resto de los comunistas de España. Era, eso sí, un hombre que no vivía para él, con cierto fanatismo loyoliano, que le hacía creer que él era el «elegido» para convertir a los vascos en un pujante Caballo de Troya sobre España. Era además, un hombre que en el fondo no admitía la tutela política del Partido Comunista de España.

Euzkadi ante todo.

Y él se sentía Euzkadi en sí.

Las relaciones de él con el Partido Comunista de España habían sido siempre tirantes.

Pero carecía de fuerza para «independizarse». Tenía miedo a proclamar su independencia porque sabía que nunca sería apoyado por la Internacional Comunista para la que no eran un secreto las ideas «independentistas» de Astigarrabia. Era alto y flaco. Elegante y enamorado de sí mismo. Formaba parte del gobierno del Presidente Aguirre. Cuando abrió la puerta de su casa a Castro se produjo inmediatamente una gran tensión.

–Hola, Astigarrabia.

–Hola, Castro.

Y pasaron a una modesta sala que hacía de comedor. Y se sentaron frente a frente, mirándose con una gran

desconfianza. Porque Astigarrabia veía en Castro al «centro»; y Castro veía en Astigarrabia el «obstáculo».

–Tú dirás, Castro.

–El Buró Político me ha enviado para ayudaros en la medida en que sea posible.

–Lo que necesitamos son aviones y no «consejeros».

–Madrid se defendió sin aviones.

–Madrid no es Euzkadi.

–Pero, ¿acaso no son iguales las circunstancias?

–Yo creo que no.

–Yo creo que sí, Astigarrabia... Aquí como en Madrid, se plantea el mismo problema: que el Partido, a través de una gran movilización de las masas, torne en realidad la dirección política y militar de la guerra. Esto es todo, Astigarrabia. ¿Se podrá o no se podrá hacer? Sé que disponemos de poco tiempo... Mas a pesar de todo creo que es posible, Astigarrabia. Es posible o debe ser posible, si no queremos perder todas las posibilidades de resistir.

–Aquí todo es normal: Aguirre es el jefe de Euzkadi: nosotros formamos parte de su gobierno. ¿Acaso lo que tú propones no es un golpe de Estado que nos llevaría a romper la unidad de las fuerzas antifascistas de nuestro país?

–¿De qué nos sirve la unidad si no es capaz de resolver el problema militar planteado? La unidad en sí, Astigarrabia, no es todo. La unidad debe ser la base para organizar la resistencia militar a través de la movilización del pueblo. Si la unidad actual no nos vale para eso ¿de qué sirve y para qué sirve la unidad?

–Concreta, Castro.

–Concretando, Astigarrabia. Tú debes de plantear en el seno del gobierno el problema inmediato de la movilización popular; tú debes plantear en el seno del gobierno el problema de la unidad militar para lograr la coordinación de todas nuestras fuerzas; tú debes plantear en el seno del gobierno el problema de la resistencia; tú debes plantear ante el gobierno que en el caso de que el enemigo llegara a tomar Euzkadi, que no pueda utilizar sus industrias; que en caso de que esto ocurriera deberían destrozarse las fábricas, volarse las minas, destruir el puerto...

–Sería derrotado en el gobierno.

–Supongamos que así sea. Pero si damos a conocer al pueblo la postura del Partido Comunista de Euzkadi salvaremos al Partido de la responsabilidad de la derrota.

–No estoy de acuerdo.

–Bien, Astigarrabia. Si tú no estás de acuerdo, ante mí se plantea un dilema: o dejar que las cosas sigan así o por encima del camarada Astigarrabia luchar porque las cosas cambien.



–Pero, yo soy el jefe del Partido aquí.

–Cierto. Pero si el jefe del Partido se convierte en un obstáculo ¿debo plegarme ante ese obstáculo sacrificando a Euzkadi para no molestar al jefe del Partido?

–Estás planteando mi desplazamiento.

–No. Eres tú el que me estás planteando tu desplazamiento.

–Reuniremos al Comité Central.

–Le reuniremos.

–¿Mañana?

–¡Mañana, Astigarrabia!

Astigarrabia se levantó. Y Castro también. La lucha estaba declarada. Lo sabían uno y otro.

–Mañana en la redacción del periódico.

–Mañana en la redacción del periódico.

Y se separaron.

Castro sabía que contra la política de Astigarrabia había dos personas de cierta influencia en el Partido de Euzkadi: Monzón, un abogado de Pamplona y Jesús Larrañaga. Y que había un hombre de gran influencia en el Partido: Ormazabal. Un hombre joven e inteligente. Y comprendió que tenía que verlos antes de la reunión. De la casa de Astigarrabia se dirigió al

hotelito de Gorev. Se encontraba éste en compañía del cónsul soviético y del agregado comercial, que no era otra cosa que el jefe de la N. K. V. D., en Euzkadi Y les contó su entrevista con Astigarrabia.

–¿No estás provocando una grave crisis política en el Partido?

–Sí.

–¿Crees que es lo más acertado?

–Sí.

–¿Por qué?

–Porque prefiero provocar esta crisis política, mostrando a Astigarrabia como un incondicional de Aguirre en su política de «no luchar», que cargar sobre el Partido la responsabilidad de una parte de la derrota.

–¿Estará de acuerdo el Buró Político?

–Sí.

–¿No crees que debería yo tener una entrevista con Astigarrabia? –preguntó el cónsul.

–¿Para qué?

–Para convencerle.

–¿Por qué le habías de convencer tú si no he logrado convencerle yo?

–A lo mejor lo lograba.

–Camarada: aquí yo soy el Partido... He pensado en todo... En el poco tiempo de que disponemos... Y en la necesidad de salvar al Partido de la estúpida colaboración de Astigarrabia con el Presidente Aguirre. Mañana, ante el Comité Central del Partido de Euzkadi, hablará Astigarrabia y hablaré yo... ¡El Partido estará conmigo!... ¡Porque yo soy el Partido!... Mientras que Astigarrabia es un hombre que ha convertido al Partido en un apéndice del Partido Nacionalista Vasco; un hombre que en realidad ha renunciado a convertir al Partido en la fuerza política dirigente... ¡Un terrible pecado!... Un terrible pecado que bordea la traición al Partido mismo... ¿Crees que en esta situación yo debo caer en la «conciliación» con Astigarrabia?... ¿No supondría esto de mi parte sumarme a su política, traicionando la política del Partido Comunista de España y de la Internacional comunista?

–¿Acaso no es perder a Astigarrabia?

–Pero es salvar al Partido de Euzkadi.

Gorev los miraba a los dos. Se le notaba terriblemente preocupado. Pero era evidente que el cónsul era el «jefe político»...

–¿No será una equivocación?

–Prefiero equivocarme con el Partido que tener razón contra el Partido.

–¿Tu última palabra?

–Sí.

Y se fueron el cónsul y el jefe de la N.K.V.D. Y Castro utilizando el teléfono llamó a Monzón y Larrañaga.

Y frente a ellos planteó la cuestión.

–Camaradas, la situación militar es terriblemente difícil. Se ha consentido la falta de unidad militar; se ha consentido a Aguirre su política de pasividad; y con ello se ha comprometido al Partido. ¿Podemos aceptar esta situación?... Es posible que provocando la crisis del gobierno ya no resolvamos la situación militar por falta de tiempo, pero al menos salvaremos al Partido. ¿Es o no es justa mi postura?

–Es justa.

–¿Cuento con vosotros en la reunión de mañana?

–Sí.

Y se acabó la reunión. Y Castro, bajo la mirada de Gorev, comenzó a pensar en la batalla política del día siguiente.

–Castro, ¿admites un consejo?

–Sí.

–La crisis del Partido e incluso la crisis del gobierno con la salida de Astigarrabia, no cambia la situación militar.

–De acuerdo, Gorev... Yo lo sé... ¡Sé que es tarde!... Sé que tengo el derecho de preguntaros a ti y a los demás el porqué habéis dejado que la situación llegara a donde ha llegado. Pero, ya no tiene objeto preguntar. Lo único que me queda que hacer, desesperadamente, es ver si puedo modificar la situación política y militar en nuestro campo; ver si puedo lograr la movilización popular; ver si puedo lograr la unidad militar y la coordinación de las fuerzas militares de Euzkadi, Santander y Asturias...

–No tendrás tiempo.

–A pesar de todo lo intentaré.

–Me gustaría que tuvieras éxito.

–No lo creo, pero es lo único que puedo hacer... Eso y pedirte que esta noche me pongas en comunicación por radio con el camarada Checa...

–De acuerdo.

\* \* \*

En una pequeña habitación Castro y Gorev. Y el operador llamando a Valencia...

«Valencia al habla».

«Aquí Castro... ¿Me escuchas, camarada Checa?»

«Te escucho».

Y Castro le informó de las conversaciones con Ciutat y con Gorev, de su conversación con Astigarrabia y de su encuentro con Monzón y Larrañaga. Después le expuso cuál era su actitud y sus propósitos...

«¿Es justa mi posición, Checa?»

«¡Es justa, Castro!»

«Nada más, Checa».

«Suerte, Castro».

\* \* \*

Frente a Castro y Astigarrabia los miembros del Comité Central del Partido Comunista de Euzkadi que habían podido acudir a la reunión. Astigarrabia era una esfinge.

–Comenzamos.

–Tú presides, Astigarrabia.

–Yo, no.

–¿Por qué?

–Porque en realidad el Buró Político del Partido Comunista de España, con tu llegada, ha acabado con la independencia del Partido Comunista de Euzkadi.

–Bien... Camaradas, sois testigos de que el camarada Astigarrabia no ha querido presidir la reunión como es su derecho y su obligación... Pero la reunión no puede suspenderse ni aplazarse... La situación es demasiado grave para ciertas contemplaciones... Entonces vayamos al grano. Primera cuestión: considero que el camarada Astigarrabia ha sacrificado los intereses del Partido y de la guerra a su colaboración con el Presidente Aguirre. Segunda cuestión: el camarada Astigarrabia en vez de comprender esto y proceder a una rectificación de su política de colaboración y entreguismo se niega a rectificar. Tercera cuestión: cuando se le plantea por el Buró Político del Partido Comunista de España, a través de mí, que es preciso luchar por modificar la situación política y militar incluso provocando la crisis en el gobierno con su salida para que el Partido recobre su independencia, se niega. Cuarta cuestión: se niega a iniciar una movilización popular, se niega a exigir al Presidente Aguirre la unificación del mando militar y la coordinación de las fuerzas de Euzkadi, Santander y Asturias... Es preciso llegar a una conclusión, si queréis demasiado grave: considero que para el camarada Astigarrabia es más importante su participación en el gobierno que el ganar la guerra; que es más importante seguir siendo ministro que salvar al Partido de aparecer ligado a la catástrofe de la política del Presidente Aguirre... La cosa es tan grave que yo pido a los camaradas del Comité Central que expongan su opinión...

Silencio.

Castro volvió a intervenir.

–Camaradas: si hubiera tiempo podríamos plantearnos el problema de discutir con el camarada Astigarrabia hasta convencerle de su error, pero no hay tiempo... Creo, además, que para todos los miembros del Comité Central es clara la situación: la guerra la está dirigiendo el Partido Nacionalista Vasco mediatizado por el representante de las capas más reaccionarias de Euzkadi (ligadas a los grupos reaccionarios extranjeros con grandes intereses económicos en el país vasco). Esto explica todo: la política de pasividad, los intentos de paz separada; la aceptación de que la burguesía vasca sea la fuerza política dirigente...

Monzón habla:

–Estoy de acuerdo con el camarada Castro.

Larrañaga habla:

–Estoy de acuerdo con el camarada Castro.

Ormazabal habla:

–Estoy de acuerdo con el camarada Castro.

Cristóbal habla:

–Estoy de acuerdo con el camarada Castro.



Astirragabia se pone en pie. Mira a todos lleno de ceguera política y soberbia. Y dirigiéndose a la puerta dice:

–Yo no estoy de acuerdo... Dimitir es un crimen... Provocar la crisis en el gobierno es un error... Aparte de esto el Partido Comunista de Euzkadi tiene el derecho de seguir la política que crea conveniente sin supeditarse al Buró Político del Partido Comunista de España que ignora los problemas de nuestro país.

Y abandonó la Reunión.

–Camaradas –concluye Castro–, creo que el periódico del Partido debe comenzar la movilización y la crítica al gobierno de Aguirre; creo que hay que salvar al Partido de los graves errores del camarada Astigarrabia; e informar al Buró Político del Partido Comunista de España para que adopte las medidas de organización que crea necesarias.

«De acuerdo».

Castro se llevó la mano a la frente. La fiebre le quema. Pero procura disimular. Solamente al salir le dice a Monzón:

–Camarada llévame a casa... Me siento mal... Muy mal... Tengo fiebre y náuseas... Creo que estoy intoxicado...

Monzón no le llevó al hotel del general ruso Gorev. En un pequeño «Amilcar» le condujo hasta una casa de las afueras, en donde vivía con su familia el secretario de Agitación y Propaganda del Partido. Y se detuvo en la puerta.

–¿Por qué no me has llevado al hotel de Gorev?

–Aquí estarás mejor... Vamos, Castro.

–Espera un poco... Me siento mal, muy mal...

Y esperaron. Monzón encendió un cigarro mientras observaba a Castro. De pronto la vista de Monzón se concentró en el espejo. Miró fijamente y abrió la puerta de un golpe...

–Castro, sal pronto... Tírate al suelo...

Castro hizo un esfuerzo... Abrió la puerta y se dejó caer. Instintivamente se llevó la mano a la pistola... Pero no tuvo fuerzas para sacarla de la funda. Notó que Monzón se levantaba, que corría vertiginosamente en el silencio de la noche. Y que después regresaba. Que le ayudaba a levantarse. Y que le hablaba.

–Querían matarnos, Castro... No he podido detener a los que corrían, pero he logrado ver la matrícula del coche... Mañana tendremos que averiguar de quién es ese coche.

–¿No sería mejor ahora?

–Sí... Creo que sí...

Y medio a rastras, con la ayuda de Monzón, llegó hasta el segundo piso. Y sintió que le desnudaban, que le acostaban en la cama y que hablaban en voz baja. Luego escuchó la llegada de un médico. Y después su diagnóstico.

–¡Está intoxicado!

–¿Envenenado?

–¡Quién sabe!

Y horas de fiebre y vómitos. Y el esfuerzo permanente para no perder el conocimiento. Y escuchando si alguien llegaba. Y la pistola debajo de las sábanas empuñada permanentemente... «¡Me han envenenado!»... Y pensó que antes de la reunión había comido solo en el hotel de Gorev, que Gorev no estaba, que sólo estaba el jefe de la N.K.V.D. que se limitó a compartir con él el café... «¡Sí, me han envenenado!»... «Pero Astigarrabia no tuvo paciencia para esperar el resultado y quiso asegurarse»... «¡Tendrás que tener cuidado, Castro!»... Y después de pensar un poco se preguntó: «¿Por qué no han informado al Partido de cuanto estaba ocurriendo? ¿Por qué el Partido ha sido engañado?»... Y pensó en la traición. Y comenzó a pensar en quiénes podrían ser los traidores.

\* \* \*

Fueron aquellos dos terribles días para Castro, días de vómitos y de inquietud. Desconfiaba incluso del mismo médico que le visitaba, hasta el extremo que mandó llamar a uno cualquiera para ver si ambos coincidían en el diagnóstico y en los medicamentos. A los dos días llegó Jesús Monzón.

–¿Cómo te encuentras, Castro?

–Mejor, bastante mejor... Pero el cuerpo se me está llenando de forúnculos que me duelen y pican como si quemaran...

–¿Qué dice el médico?

–Que es un problema de tiempo. Pero yo no aguanto más: me levantaré mañana y continuaré mi trabajo... Una enfermedad en esta situación no es una excusa... Y tú, ¿qué sabes?...

–He hablado con el jefe del Servicio Especial de Astigarrabia. Me ha confirmado que el coche está a su servicio... Y ha confesado... ¡No sabía que eras tú!

–Bien, Hemos salido de ésta y el pasado comienza a no tener importancia por el momento... La cuestión es recobrar el tiempo perdido... Querría hacer ahora unas preguntas, Monzón... ¿Está ya trabajando el Partido en la nueva línea?... ¿Cuál es la actitud de Astigarrabia?... ¿Qué informes se tienen sobre el enemigo?... Me gustaría saber algo de todo esto.

–El Partido ha comenzado... Los editoriales de «Euzkadi Roja» están de acuerdo con la nueva línea... El Partido ha comenzado a dar mítines relámpagos en las fábricas movilizandoy orientando a las masas... ¡Astigarrabia sigue en el gobierno, se niega a provocar la crisis!... Y los informes sobre el enemigo es que de un momento a otro puede iniciar su ofensiva sobre Bilbao...

–Está bien, Monzón.

Luego le visitó Gorev.

–¿Crees que te han envenenado, Castro?

–Sí.

–¿Quién?

–No sé, no sé... Pero tengo la impresión de que vuestro cocinero cometió un grave error.

Gorev se le quedó mirando fríamente. Y él tuvo la impresión varias veces de que iba a hablar, pero Gorev no habló. Se limitó a mirar y mirar a Castro, a fumarse uno de sus cigarros puros... Y al marcharse a decir solamente unas palabras...

–En la guerra hay que desconfiar de todos... Es una regla... Sin embargo, no comprendo... No comprendo...

Y se fue.

Y los forúnculos comenzaron a reventarse; y a nacer otros. Y comenzó un suplicio del que sólo Castro tenía conocimiento.

\* \* \*

Las noticias comenzaron a llegar al hotelito del general Gorev. La crisis del gobierno se había producido. Largo Caballero había sido liquidado políticamente por el Partido con la complicidad indispensable de Indalecio Prieto, Del Vayo, Negrín, Anastasio de Gracia y de muchos otros socialistas que no habían tenido escrúpulos en asesinar a su jefe y figura. De

otra manera el Partido Comunista a pesar de sus deseos no hubiera podido hacerlo. Pero el hecho es de que el «Lenin español» murió sin pena ni gloria, Sin defenderse, porque es difícil defenderse de las puñaladas por la espalda y sobre todo cuando se quiere ser Lenin sin serlo. Después llegó otra noticia: que el P.O.U.M., y la C.N.T., se habían sublevado y que había comenzado la lucha en Barcelona. El Partido acusaba al P.O.U.M., de estar de acuerdo con Franco para abrirle los frentes y provocar la derrota. Cuando Castro tuvo noticias de esto se sonrió. Él comprendía el pretexto y el momento elegido por el Partido para dar su golpe, para acabar de hecho con el Partido Socialista Obrero Español, con el P.O.U.M., que era un peligroso estorbo y con la C.N.T., que era uno de los grandes deseos del Partido, dejando solamente a la Unión General de Trabajadores, casi totalmente en sus manos, para en torno a ella agrupar a las masas sindicales de la zona republicana. Era el golpe decisivo por la «hegemonía» que paciente e impacientemente venía buscando desde mucho tiempo antes... Y luego llegó la última de las noticias en un radiograma que le entregó Gorev: «Has sido nombrado sub-comisario general de Guerra en lugar de Mije. Regresa en seguida»...

«No es el momento de irme».

Sus entrevistas con Gorev, con el comandante Ciutat y con la dirección del Partido eran casi diarias. Mejoraba la situación dentro del Partido, pero Castro sabía de antemano que no había tiempo para superar la crisis interior y cambiar la situación política general... Cambiar la situación militar era aún más difícil: el presidente Aguirre apoyado por Caballero primero y por Indalecio Prieto nombrado ministro de Defensa

después, era aún más difícil... Sin embargo, había que luchar hasta donde fuera posible, hasta llegar incluso a lo imposible... Durante varios días estuvo pensando en la posibilidad y conveniencia de organizar una provocación contra el gobierno vasco para envolverle en una grave crisis política que permitiera una reorganización... Pero el Partido carecía de fuerza para ello y desechó la idea... Luego, a través de Ormazabal, tanteó a los socialistas, pero los socialistas no aceptaban en ninguna forma la idea de la crisis en el gobierno vasco...

Todo era imposible.

Puso otro radiograma a Checa: «Sólo una acción militar del Centro puede darnos tiempo para crear las posibilidades de cambiar la situación interior del Norte».

No obtuvo respuesta.

Y cuando al final del día se retiraba a la casa en que vivía recibió un aviso del Partido de Asturias: «¡Ven en seguida... Situación difícil... Socialistas y anarquistas acusándonos de provocadores quieren asaltar locales del Partido y lanzarnos a la ilegalidad»... Quiso tener una conferencia telefónica con Angelín, el secretario del Partido en Asturias, pero no la consiguió. Decidió cenar y salir para Gijón. Y a las nueve de la noche se puso en camino. Se detuvo en Santander para visitar a Escobio, el jefe del Partido, que, además, era médico, para que le hiciera una curación que hiciera menos doloroso el viaje. Era este Escobio un hombre alto, de hombros cargados, miope, médico psiquiatra y piloto de barco. Un personaje barojiano en

sí. Le hizo desnudarse y en la misma secretaría le estuvo curando con alcohol. Hubo blasfemias y risas.

Y hacia Gijón.

Llegó en la madrugada a la casa del Partido. Allí estaba Angelín, el jefe provincial, con su mujer que, posiblemente enferma de furor uterino no le dejaba ni a sol ni a sombra; Ambou, rubio y blando; y Juan José Manzo, el «héroe» de 1934 apagado y mustio; y otros más...

–¿Qué pasa, camaradas?

–Lo que te hemos dicho en nuestro recado.

–¿El origen?

–Que hemos denunciado al coronel Franco, director de la fábrica de Trubia, como saboteador.

–¿Tenéis pruebas?

–Sí... ¡El índice de producción!

–Es bastante...

–Pero socialistas y anarquistas le defienden... Y nos acusan de provocación... Y frente a los locales del Partido aquí y en todos los pueblos se están concentrando las fuerzas armadas socialistas y anarquistas para asaltar los locales...

–¿Qué habéis pensado?



–Esperábamos tu llegada.

–¿Y si yo no hubiera podido llegar?

Se callaron. Castro fue mirando a todos. Tenían sueño y miedo. Y lo más grave es que no sabían qué hacer. No quiso perder más tiempo. Y comenzó a hacer unas cuantas preguntas:

–¿Tenéis posibilidades todavía de hacer llegar a las manos del frente y la retaguardia un manifiesto en dos o tres horas?

–Sí.

–¿Estáis dispuestos, además, a defenderos de este crimen de los enemigos del Partido, incluso con las armas?

–Posiblemente.

–Bien; hacer primero el manifiesto... Pero, hacerlo de esta forma:

Primero. –Nos acusáis de provocadores al denunciar al coronel Franco ¿por qué no queréis mostrar al pueblo las cifras de producción del principio de la guerra y las de ahora? Segundo. –Nos acusáis de provocadores ¿por qué entonces no aceptáis que ante el pueblo presentemos nuestras pruebas y vosotros las vuestras y se realice un plebiscito? Tercera. –¿Es que para vosotros es más importante en la lucha contra Franco el coronel Franco que el Partido Comunista? Cuarta –Hacer un llamamiento a la unidad, informando que estamos en vísperas de la ofensiva fascista sobre Bilbao y que en estos momentos

lanzarse contra el Partido Comunista por defender a un simple coronel es un crimen y una traición.

Le miraron.

Allí nadie se sentía con ganas de hacer el manifiesto. El miedo y la desconfianza en el Partido y en las masas se manifestaba claramente en ellos...

–Yo lo haré.

Durante una hora estuvo escribiendo. Luego les leyó el manifiesto.

–De acuerdo.

–Entonces entrar en juego: imprimirle y repartirle antes de que llegue el día... Sólo la rapidez puede detener el golpe... Si a las ocho de la mañana el manifiesto no ha llegado a los combatientes y al pueblo se habrá acabado de una manera lastimosa vuestra historia.

Les miró a todos que seguían inmóviles...

–Ya, camaradas... Tú, Angelín; y tú, Manso; y tú, Ambou... Ha llegado el momento de que los jefes salgan a la calle, de que los jefes actúen rápida e implacablemente... Jugándose todo cuanto hay que jugarse... Si alguno muere peor para él... Pero el Partido no puede aceptar la acusación de provocador, ni aceptar el progrom. ¿Me habéis entendido?... ¡Pronto. camaradas!... Durante unas horas quien manda soy yo...

Y salieron.

Y Castro comenzó a recibir los informes... La impresión terminada del manifiesto; su reparto en los frentes y en la retaguardia; y la espera a la reacción de todos.

A las diez de la mañana los grupos armados que sitiaban los locales del Partido comenzaron a retirarse... A las once regresaron Angelín, Ambou y Manso... Llegaron cansados pero ahora ya eran capaces de sonreír, ya se sentían dueños de sí mismos y seguros de haber logrado una victoria política sobre anarquistas y socialistas.

–¡Magnífico, Castro!

–Sí, magnífico... Pero, corregir pronto el error.

–¿Error?

–Sí, camaradas... Vuestro error ha consistido en vuestro divorcio de las demás organizaciones, en vuestro divorcio de las masas... ¡De otra manera no se podría haber intentado contra el Partido lo que se ha intentado!... ¿Creéis que ya puedo irme?

–Sí, camarada Castro... ¡Y gracias por todo!... Y cuando hables con el camarada Díaz, dile de mi parte que es una pena el que no te hayan enviado unos meses antes...

–Se lo diré, camaradas.

–Salud.

–Salud.

Y regresó a Santander.

–Camarada Escobio... ¿Sabes que Reinosa puede ser el punto por donde comience el ataque el enemigo para cortar las fuerzas que pudieran retirarse de Euzkadi?...

–¿Crees que se perderá Euzkadi?

–Yo no creo nada... Solamente te pregunto.

El otro guardó silencio. Después comenzó a pasear nerviosamente por la habitación.

–¿Crees, camarada Escobio, que la Quinta Columna está liquidada?

–Hombre, yo creo que sí...

–¿Habéis matado a muchos?

–No.

–¿Entonces, por qué crees que sí?

El otro no respondió, pero Castro lo notó más nervioso que nunca. Y decidió cortar el diálogo.

–¡Quiero visitar Reinosa!

Y salió para Reinosa. Allí se entrevistó con el Partido. Le habló del peligro que les amenazaba... ¿Le creyeron?... Sin duda que

no: ellos eran hombres enamorados de sus montañas... Y creían que lo que no pudieran hacer los hombres para detener al enemigo lo haría el Puerto de El Escudo, que no dejaba de constituir una maravillosa barrera defensiva... Pero el Puerto de El Escudo por sí sólo no podía ganar la batalla de Santander y ayudar a Asturias a reforzar sus defensas y dar el tiempo necesario a la zona Centro-Sur para iniciar operaciones de apoyo... Regresó a Santander lleno de pesimismo...

–Camarada Escobio... Hay que concentrar el esfuerzo del Partido en Reinosa... No lo olvides... Si yo estuviera en tu lugar abandonaría este despacho, movilizaría a la gente de Reinosa y comenzaría a dinamitar todos los pasos... Y a movilizar a la gente para organizar grupos de sabotaje...

–Sí...

–Pues no dejes de hacerlo... Posiblemente tengas de plazo un mes... ¡Es poco tiempo!... Sólo trabajando con ritmo de fiebre puedes hacer algo importante... ¡No lo olvides!

Y regresó a Bilbao... Habló con Ciutat... La concentración enemiga estaba a punto de terminar... A las fuerzas del general Franco se habían agregado secciones de la aviación del Cuerpo Expedicionario italiano, la agrupación de artillería «XXII de Marzo» y la Brigada de Flechas Negras... El centro no informaba de la proximidad de sus operaciones ofensivas de apoyo, la unidad militar seguía sin lograrse... Y agravándose con el envío por el ministro de la Defensa, Indalecio Prieto, al general Gamir Uribarri, un antiguo cortesano de Alfonso XIII que, inmediatamente de llegar, comenzó a conspirar contra el

general Llano de la Encomienda, de probada lealtad a la causa republicana. Después habló con Gorev... Se vieron aquella noche en el hotelito del ruso. Cenaron. Después alguien le llevó un radiograma a Gorev. Y Gorev se puso en pie, dejó el puro sobre el cenicero y pálido y sombrío habló: «Varios enemigos de la Unión Soviética, traidores al pueblo y a la causa del comunismo han sido fusilados, entre ellos el mariscal Tukachevski»... Y se volvió a sentar, a tomar su puro y seguir fumando mientras sus colaboradores abandonaban la sala...

–Castro, hay un nuevo telegrama del Buró Político.

¿Y...?

–Que salgas inmediatamente.

–Pero antes quisiera que enviaras un radiograma a Checa con una pregunta.

–¿Cuál?

–Esta: «¿Puede el gobierno tomar en un plazo de setenta y cuatro horas la dirección militar de las operaciones en el Norte?»

–¿Qué quieres saber?

–Si se puede salvar el Norte o no... Si el gobierno del Centro no es capaz de terminar con la división militar en el Norte y de ayudarle, a partir de este momento, con operaciones que obliguen a Franco a desmontar su dispositivo contra el Norte, el Norte no tiene salvación.

–¿Y si Checa te contesta negativamente?

–Entonces... Entonces me iré.

–De acuerdo.

Seis horas después Gorev tenía la respuesta de Checa: «¡No!... regresa».

Gorev le miró.

–Lo siento... Lo siento, Gorev... Parece ser que nadie se da cuenta que perdido el Norte está perdida la guerra.

–¿Estás seguro?

–Y tú también, Gorev... ¡Y tú también!... La diferencia es que yo lo digo y tú te lo callas... ¡Esa es la única diferencial... Ahora bien, ¿por qué todo el mundo quiere ocultar que el Norte es la clave de la guerra?... ¿Por qué, Gorev?... Esto es lo que yo quisiera saber.

Gorev guardó silencio.

Y Castro abandonó el hotel. Y habló con la dirección del Partido para comunicarle la orden recibida. Notó en todos como un decaimiento repentino, como si por primera vez se dieran cuenta que todo estaba perdido, que de la lucha había que pasar al sacrificio, un sacrificio estéril... Sólo una persona se atrevió a preguntarle.

–¿Camarada Castro, crees que el gobierno hará alguna operación que pueda debilitar el ataque enemigo?

–Sí.

–¿A tiempo?

–A tiempo.

Y salió convencido de que aquellas gentes habían creído como verdad su mentira... ¿Pero qué otra cosa podía hacer sino engañar para impedir que las últimas esperanzas se perdieran?

\* \* \*

Gorev le llamó.

–¿Puedes salir mañana en una barca de los nacionalistas?

–Me niego, Gorev.

–¿Por qué?

–No tengo ninguna garantía de llegar a Francia... ¡Y yo tengo que llegar a Francia!

\* \* \*

Gorev le volvió a llamar.



–¿Puedes salir mañana en una avioneta del Presidente Aguirre?

–¿Quién irá conmigo?

–El camarada Kolchov, redactor–jefe de «Pravda» y el camarada Juan José Manso.

–De acuerdo.

Gorev le llevó al otro día hasta la playa de Laredo. Desde allí saldrían. Cuando llegó ya estaban todos los viajeros. Y el cónsul soviético. Y el hombre de la N.K.V.D.

–Salud.

El piloto puso los motores en marcha. El mar parecía contemplar inmóvil aquella escena. El cónsul y el hombre de la N.K.V.D., hablaban aparte y en voz baja. Gorev paseaba de un lado para otro sin disminuir las pausas entre chupada y chupada a su aromático cigarro puro. Manso al lado del avión. Y el camarada Kolchov sacaba las últimas fotografías del Norte para enriquecer posiblemente su colección particular.

«Ya».

Todos se acercaron al avión. Y comenzaron las despedidas: frías, protocolarias. Sólo en Gorev se notó más presión al estrechar su mano que en los otros. Y cuando iban a comenzar a subir al avión el cónsul soviético habló.

–¿No llevarán armas, camaradas?

–Yo sí –contestó Castro.

–Conviene dejarla.

–Camarada... (se acordó del consejo de Gorev), la desconfianza es una regla.

El otro se encogió de hombros, mientras que el piloto recorría la playa pisando fuerte para tantear la dureza de la arena. Y regresó rápido y se subió al avión... Y dio varios acelerones al motor... Y los demás comenzaron a subir... Y se cerró la puerta... Y el avión comenzó a correr por la playa... Y después a elevarse dando varias vueltas sobre Laredo... Castro se sentó a su lado... Y comenzó a hablar dirigiéndose al otro...

–De frente es Francia... A la derecha el territorio en poder del general Franco... Quiere decirse que debemos volar siempre hacia el frente.

–¿Y si cualquier accidente inesperado me obligara a torcer a la derecha?

–¡Nos hundiríamos todos antes de llegar a tierra!

Y se hizo el silencio.

Y ya de noche sobre Francia. Y varias vueltas sobre el aeródromo de Toulouse, una maravilla de luz. Y varias vueltas. Y el aterrizaje. Un oficial de la policía se acercó rápidamente a ellos.

«¿Armas?»

Castro le entregó la suya. El otro comenzó a gritar, pero después se guardó la pistola y les acompañó hasta la salida del aeródromo. Un taxi les condujo a un hotel cuya dirección dio Kolchov. Después a un restaurante en una plaza muy bonita. Y allí mujeres que enseñaban la espalda y casi los pechos en donde los había; y un menú maravilloso; y una paz paradisíaca. Castro comió poco de lo que Kolchov pidió para él y para Manso. Se concentró en aquel pan dorado y blanco. Y de regreso al hotel. Y al otro día al amanecer, en un avión, a Barcelona. Cuando llegaron era una ciudad tomada militarmente. Camiones de Guardias de Asalto circulaban con los fusiles dispuestos y mirando a los tejados. El coche les llevó al hotel en donde vivía Elya Eremburg. Tardó mucho en abrir. Y le encontraron pálido, nervioso. Entraron. Kolchov y Eremburg hablaron mucho tiempo en ruso. Manso y Castro escuchaban sin entender, Salieron para Valencia por la tarde. A Castro le dejaron en su casa. Y no supo a dónde se irían los otros. Al otro día buscó a Sendín que era comisario de una brigada de tanques. El médico de la Brigada le sacó sangre y se la volvió a inyectar, después le puso una inyección de calcio. Y le lavó los forúnculos algunos de los cuales ya estaban infectados. Y después se fue a la casa del Partido. Con Checa, que le llevó al despacho de Codovila en el que poco después entraba José Díaz. Y Castro comenzó su informe.

Le escucharon en silencio. Sólo después que terminó, Codovila le hizo algunas preguntas:

—¿Insistes en que perdido el Norte la situación militar se agravará extraordinariamente hasta hacer muy difícil la victoria?

–¿Insistes en que se ha ocultado al Buró Político la situación político–militar existente en el Norte antes de tu llegada?

–¿Insistes en que es necesario comenzar aquí operaciones de gran envergadura para imponer una tregua en el Norte, que dé el tiempo necesario para cambiar la situación político–militar reinante en el campo republicano?

–Sí.

–Sí.

–Sí.

Hubo un largo silencio.

–Tu informe sobre Astigarrabia pasará a la Comisión de Control. Nuestra opinión es que tu trabajo ha sido correcto... Ahora deberás incorporarte al Comisariado Político para sustituir a Mije, que no piensa más que en organizar banquetes.

Y abandonó el despacho.

A su paso los camaradas le saludaban con cierta sorpresa, aunque ninguno de ellos sabía las causas de la ausencia de Castro por allí. El coche le condujo hasta su casa. Y Esperanza, con paciencia y con cuidado, comenzó a curarle los furúnculos en medio de un tormento que le hacía quejarse y blasfemar.

Y se acostó.

Y estuvo escuchando el ruido del mar, mientras pensaba con angustia en el drama que iba a comenzar en el Norte, en el drama que después envolvería a la España republicana... Y pensó mucho, mucho, pero nunca dijo a nadie lo que había pensado en aquellas horas de insomnio concebido.

\* \* \*

El 12 de junio las fuerzas del general Franco rompen el «famoso» Cinturón de Bilbao. Treinta y siete días después las fuerzas del general Franco entran en Bilbao. ¡La «República» de Euzkadi ha muerto! Y Franco comienza a utilizar las fábricas, minas y puertos que los nacionalistas le dejaron como el más maravilloso de los regalos. Desde este momento los vascos consideran que ya no es necesario para ellos continuar la lucha en el Norte, sino en el norte de Cataluña, en los Pirineos, que creen que constituyen el camino natural de la reconquista. Y comienza la agonía del Norte.

Santander y Asturias esperan su turno.

\* \* \*

Después de la pérdida de Euzkadi, el ministro de la Defensa Indalecio Prieto y Tuero, sucesor de Largo Caballero en los problemas militares de la segunda república en guerra, nombró en sustitución del general Llano de la Encomienda al general Gamir, un viejo palatino y un mal militar. Y este general en vez

de concentrar el grueso del Cuerpo de Ejército de Santander e incluso parte del de Asturias, entonces frente pasivo, en los puertos de Reinosa y del Escudo, línea natural magnífica para la defensa, hizo todo lo contrario. Dispersó sus fuerzas en un despliegue escalonado, con lo cual se era débil en todas partes, lo que permitió al enemigo ir destrozando las fuerzas del Cuerpo de Ejército de Santander por todas partes y con gran rapidez. No quiso tener en cuenta el citado general, a pesar de las muchas veces que se lo advirtieron, que el enemigo había concentrado el grueso de sus efectivos contra Santander y que era allí donde había que concentrar cuanto los republicanos tenían, precisamente en aquellos lugares en donde la topografía era un aliado poderoso de la defensa. Cualquier éxito de los republicanos hubiera paralizado la ofensiva, dada la proximidad del invierno; hubiera impuesto un alto prolongado en las operaciones y dado tiempo para reforzar la defensa y organizar operaciones de ayuda desde la zona Centro Sur que hubieran impedido al enemigo mantener su dispositivo ofensivo en el Norte e imposibilitado su conquista y las consecuencias de la misma: un cambio absoluto en la relación de fuerzas y de la situación estratégica, en general, a favor del general Franco.

¿Sabía el ministro de la Defensa lo que estaba haciendo el general Gamir?... Si lo sabía ¿por qué lo aceptó sin protesta? ¿O es que estaba de acuerdo?... Y si no lo sabía ¿cómo puede justificar un ministro de la Defensa tal ignorancia de cuanto estaba produciéndose en un frente de tan enorme importancia como era el del Norte?

El 16 de agosto las fuerzas de Franco ocupan Reinosa.

El 24 de agosto las fuerzas de Franco ocupan Torrelavega.

Es entonces, ante la gravedad de la situación, que el general Gamir convoca a una importante reunión a la que acudieron los tres jefes de los tres Cuerpos de Ejército, con los jefes de sus Estados Mayores, el jefe del Estado Mayor del Ejército, el jefe de las fuerzas de mar y aire, el Comisario del Ejército y del Cuerpo de Ejército de Santander, Antonio Somorrivas, los comisarios nacionalistas vascos, los representantes del Partido Nacionalista y el Presidente del Gobierno Vasco, José Antonio Aguirre.

«¿Debemos replegarnos a Asturias o debemos mantener el frente actual y prolongar la resistencia aun con el peligro de ser aislados de Asturias?» Y a esta pregunta del general Gamir se respondió de esta manera a los nacionalistas: que era necesario mantener el frente actual. Lo que no dijeron es que de lo que se trataba era de ganar tiempo para concentrar sus fuerzas en Santoña desde donde las pensaban evacuar a Francia. Todos los demás bajo la coacción del coronel Prada y del comandante Lamas, jefe del Estado Mayor del Ejército, acordaron por mayoría mantener el frente. Aquella noche los batallones nacionalistas Padura, Murguía y Goitia abandonan la línea de Saja y se concentran en Santoña. Con esta huida de los batallones nacionalistas se abrió una brecha en el frente por el cual el enemigo llegó a monte Ibio, amenazando la única carretera y ferrocarril de Santander a Asturias, por Cabezón de la Sal. Aquel mismo día algunos jefes y oficiales del XV Cuerpo de Ejército, con el comisario Somorrivas a la cabeza, el comisario del XV Cuerpo, Cipriano González y Feliciano Loira huyen a Francia. Mientras tanto 12 batallones nacionalistas

concentrados en Santoña esperan los barcos que habían de evacuarlos a Francia. Sólo llegó un barco inglés. En él, el jefe nacionalista Leizaola y el comandante falangista Troncoso canjean 13 destacados nacionalistas por 12 destacados falangistas. Sólo aquellos 12 nacionalistas canjeados tuvieron sitio en el barco de la Gran Bretaña.

Horas después Franco ocupa Santoña.

El día 24 las fuerzas atacantes logran establecer una cabeza de puente en Barreda, cortando las comunicaciones entre Santander y Asturias. El día 25 de agosto fuerzas de los cuerpos de ejército XIV y XV que defendían Santander son atacadas por la «Quinta Columna». Su resistencia se redujo a un gran derramamiento de sangre a través del cual se debilitaba la resistencia de Asturias.

El día 26 de agosto las fuerzas de Franco ocupan Santander.

Continuaba la agonía del Norte.



## Capítulo XXII

### INSOMNIO Y MUERTE EN LAS TRINCHERAS

Entre la pérdida de Euzkadi por los republicanos y la conquista de Santander por las fuerzas del general Franco media una gran batalla: la batalla de Brunete, que de ser ganada por los republicanos paralizaría la ofensiva de Franco sobre la región santanderina.

Era la primera operación en que Castro participaba en calidad de Sub-comisario General de Guerra y Comisario Inspector del frente de Madrid. Volvió a Madrid con alegría, aunque esta alegría no le quitara la pena de ver la agonía del Norte y comprender todas las consecuencias que se vendrían sobre los republicanos si esta operación de ayuda –la operación Brunete–, no terminaba con una victoria sobre Franco. Llegó días antes de que comenzara la concentración de las fuerzas que iban a intervenir en la acción sobre Brunete–Navalcarnero, objetivo fundamental para cortar las comunicaciones del ejército franquista del Centro con sus bases de abastecimiento. Se presentó, era una obligación, en la casa del Comité Provincial del Partido. Saludos cordiales y el ofrecimiento de una casa donde dormir mientras estuviera en la capital

republicana. Y con Baena a aquella casa de varios pisos, situada en la calle del general Pardiñas. Un centinela les abrió la puerta y Baena, seguido de Castro, subió varios pisos. En uno de los últimos se detuvo. Y llamó. Y una muchacha joven con delantal blanco y aires de doméstica celestinesca abrió la puerta del departamento. Y entraron. Y Baena comenzó a enseñar la casa a Castro; una sala lujosamente amueblada; varios dormitorios montados con lujo y con pequeñas y discretas luces. Y bebidas y tabaco americano en cada dormitorio. En uno de ellos Baena se sentó en un sillón e invitó a Castro a sentarse en el otro:

–Este será tu dormitorio.

–De acuerdo.

–Puedes venir a la hora que quieras. Y llamar a la criada. Ella te preparará el baño, la cena si quieres cenar, te dará ropa limpia... En fin, lo que quieras...

–Gracias, Baena.

El otro se limitó a sonreír.

–¿Quiénes más habitan aquí?

El otro le miró fijamente a los ojos. Luego con cierto aire confidencial comenzó a hablar en voz baja.

–Ahora tú... Y Dolores que siempre tiene una habitación reservada al lado de otra habitación que tiene reservada Antón y que se comunican entre sí... Pero esto, Castro, no lo debe

saber nadie... Si te lo he dicho es porque tú eres un viejo camarada...

–No tengas cuidado.

–¿Vendrás?

–No vendré, Baena... Es preferible dormir en el coche en pleno campo, o en las trincheras aunque te llenes de piojos o de sarna... Todo es preferible a dormir en el gran prostíbulo del Partido...

–Castro...

–Sí, yo sé, camarada Baena... ¡Dolores es Dolores!... ¡Nuestra gran camarada Dolores!... «¡La Pasionaria!»... Cómo no voy a saberlo... Y tú, viejo camarada Baena, eres el hombre al que el Partido ha encargado un gran trabajo: cuidar de los camaradas dirigentes... ¡Tú debes asegurar su comer, su dormir, su fornicar y su higiene!... No deja de ser un trabajo del Partido, camarada... ¡Hay que cuidar a los jefes...! ¡Hay que cuidar a los jefes!

–Hombre, Castro... Yo...

–No me expliques nada, camarada Baena... ¡Yo soy un hombre discreto!... ¡Extraordinariamente discreto!

Y se levantó.

Y comenzó a bajar las escaleras de aquella casa de varios pisos, lujosa y discreta.

E hizo un ademán de despedida y se subió a su coche que esperaba con las luces apagadas.

–Llévame al Ministerio de Hacienda.

–A tus órdenes, comisario.

Y mientras el coche caminaba sin prisa por aquella ciudad a oscuras y silenciosa, pensó con pena en Baena... «En el camarada Baena»... Era un viejo miembro del Partido, antiguo dirigente de la Asociación de Empleados de Comercio que tenía su domicilio en la calle de la Puebla. Un hombre inteligente y activo. El Partido le había utilizado varias veces en trabajos especiales y cuando las elecciones del Frente Popular en la Comisión Electoral Nacional del Partido. Castro se le hubiera figurado en cualquier otro lugar, menos en aquél. Pero el Partido era el dios indiscutible. Marcaba las tareas y designaba a quienes tenían que realizarlas...

Y lo que hacía Baena era una tarea de Partido.

Entró en el Ministerio de Hacienda. El viejo general, como un pequeño César, andaba de un lado para otro mirando a sus subordinados que trabajaban con prisa en aquel periodo preparatorio de una operación de la que se esperaba detener la agonía del Norte.

–¡Salud, mi general!... ¡A sus órdenes!

El general levantó la cabeza y le miró en silencio de arriba abajo por encima de sus gafas... Y dejó dibujar una sonrisa que no llegó a cuajar...

–¿Qué hay?... ¿Qué hay, Castro?... ¿Otra vez por Madrid?

–Sí, mi general.

–Malo... Malo... Eso quiere decir que al general Miaja le esperan días agitados... Días en que será un general a medias... Días en que tendrá que andar de un lado para otro diciendo a todo que sí... ¿No es verdad, comandante?

–Subcomisario, mi general.

–Perdone... Perdone...

–No olvide, mi general, que como siempre estamos a sus órdenes...

Que como siempre venimos a ayudarle cuanto sea necesario y podamos...

Como antes, mi general.

Y se retiró a su despacho. Allí estaban en aquel momento el general Rojo, el coronel Matallana, el teniente coronel Jurado que iba a mandar el XVIII Cuerpo de Ejército y Modesto el jefe del V Cuerpo. Y Francisco Antón, comisario de Miaja que andaba de un lado para otro, elegantemente vestido y pasándose de vez en cuando la mano por la cabeza, de la que comenzaba a desaparecer el pelo, lo que parecía preocuparle mucho. Y en otro rincón estaban los dos comisarios de los dos cuerpos de ejército que iban a actuar: el comisario Delage, comisario del V Cuerpo; y el comisario Zapiráin, comisario del XVIII Cuerpo.

–Salud –dijo en voz alta y mirando a todos.

Y se volvieron... Y estuvo un pequeño rato estrechando manos. Y luego dejó que ellos hablaran, dedicándose solamente a escuchar a unos y a otros. Rojo explicaba el plan general de la operación, los objetivos de cada uno de los dos Cuerpos que iban a tomar parte en ella, los demás le escuchaban y asentían. Al final señaló que en cuanto a los detalles generales los jefes de Cuerpo tenían libertad para determinar la mejor manera de realizar sus respectivas misiones.

–¿Qué te parece? –le preguntó Modesto.

–Bien.

–¿Vas a dirigir tú el trabajo político de la operación?

–Sí... Pero, a través del Comisario del frente y de los comisarios de los dos Cuerpos de Ejército.

Modesto sonrió.

Y respondió con cierta sorna.

–¿Claro?... A través de los comisarios del Ejército y de los Cuerpos de Ejército.

–Así es.

–¿Cuándo comienzas, Castro? –le preguntó Antón.

–Ya he comenzado... Ahora saldré para las bases de los dos Cuerpos de Ejército con los camaradas Delage y Zapiráin con el fin de organizar las tres etapas de nuestro trabajo político.

–¿Las tres etapas?

–Sí... El trabajo político en la etapa de preparación de la operación militar; el trabajo político en el desarrollo de la batalla; y el trabajo político después de terminada la batalla... No es igual ninguno de ellos aunque, en general, sean una y la misma cosa...

–Sí, claro.

–Caro, camarada Antón.

Y dirigiéndose a los otros dos comisarios de Cuerpo de Ejército.

–¿Vamos?

–Vamos, camarada Castro.

\* \* \*

La ofensiva sobre Santander había comenzado.

\* \* \*

–¿El objetivo Brunete–Navalcarnero?

–Sí.

–¿Dónde se ha situado el puesto del Estado Mayor del general Miaja?

–En el Canto del Pico.

–Bien... Estaré allí solamente a ratos... Mis movimientos serán de un Cuerpo de Ejército a otro Cuerpo de Ejército... De los Estados Mayores de los Cuerpos de Ejército a las divisiones, a las brigadas, a donde haga falta, camaradas... ¿De acuerdo?

–De acuerdo.

–Entonces, camaradas, comencemos, primera fase, explicar a todos los comisarios la importancia de la tarea a realizar por sus unidades; la necesidad imperiosa de que cada tarea que se les marque sea realizada rápidamente y bien; despertar el entusiasmo en los combatientes hablándoles de que «nuestros hermanos del Norte» esperan nuestra ayuda que les salvará de la derrota y la muerte. Hablarles de que, además, salvar el Norte es decisivo para la suerte de la guerra... ¿De acuerdo?

–De acuerdo.

Segunda fase:mantener la combatividad de las unidades al máximo; provocar el heroísmo individual y colectivo; entusiasmar a los combatientes con la idea de que vamos a destrozar al ejército de Franco que asedia a Madrid; asegurar la comida de los combatientes; la evacuación de los heridos: la



vigilancia de los mandos militares en todos sus escalones... Y estar pendientes de que no se produzca el pánico... Sí... Porque, sin duda, Franco lanzará contra nosotros la mayor parte de lo que tiene: porque no es sólo salvar al Norte, es también salvar a Madrid... ¿De acuerdo?

–De acuerdo.

Tercera fase: la reorganización rápida de las unidades para que estén dispuestas a trasladarse a otros frentes y seguir combatiendo sin treguas demasiado largas... ¿De acuerdo?

–De acuerdo.

–Quiero decir algo más: del trabajo cerca del general Rojo me encargo yo... Pero sobre vuestro trabajo acerca de los jefes de los Cuerpos de Ejército y de las divisiones quiero decir algo.

–Di...

–Al teniente coronel Jurado le conocí en Somosierra... Es un hombre vacilante... Tiene su familia en Marruecos y tiene miedo de que una victoria sea la sentencia a muerte de los suyos... Quiere decirse que operará sin entusiasmo, limitándose a cumplir, pero posiblemente dominado por el deseo de que sea una batalla sin pena ni gloria... ¡Tenlo en cuenta, Zapiráin!... En cuanto al camarada Modesto le conocemos bien: un gran camarada, pero todavía no cuajado. Hay que procurar por tanto que las opiniones de su jefe de Estado Mayor, el comandante Estrada, miembro del Partido, sean escuchadas... Luego tenemos a los jefes de división: Líster,

«Campesino», Mera, Gal, Galán y Martínez Cartón... ¡Hay que obligarlos a combatir a como dé lugar!... ¡No olvidarlo, a como dé lugar!... Sin genialidades, pero sin estupideces... ¿De acuerdo?

–De acuerdo, Castro.

Y se separaron.

Y se fue a ver al comandante Ortega, al viejo comandante del Quinto Regimiento, al camarada Ortega, al que Castro consideraba como un gran santo rojo...

–¡Ortega!

–¡Castro!

Y se abrazaron, porque se querían... Y Ortega le invitó a cenar... Y a que durmiera, si no tenía otro sitio, en donde él dormía: en una casa que había frente a la antigua comandancia del Quinto Regimiento...

–¡Comenzamos a estar viejos, Castro!

–Sí... Pero tú más que yo.

Se sonrió Ortega... Y a Castro le dio pena haber dicho lo que había dicho. Porque Ortega era un hombre que se iba consumiendo de pena, que sabía que se iba muriendo poco a poco...

–¿Nos acostamos, Castro?

–Sí.

Y se fueron cada uno a su habitación. Y cerraron las puertas y cada cual se quedó con su problema, con sus problemas... Y deseando los dos que amaneciera para comenzar una tarea de la que en realidad dependían muchas cosas. Castro se sentó en un viejo sillón; encendió un cigarro y comenzó a pensar en los hombres sobre los cuales pesaba la responsabilidad de ganar o perder... En realidad la batalla de Brunete era una nueva prueba, una nueva tarea que no se parecía ni a la batalla del 7 de noviembre en los suburbios de Madrid, ni a la batalla del Jarama, ni a la batalla de Guadalajara... Esto era otra cosa... Había que penetrar en el dispositivo enemigo por una estrecha franja y utilizar la sorpresa para llegar rápidamente a los objetivos previstos; y luego resistir a como diera lugar para obligar a Franco a «tirar» de sus fuerzas del Norte... Si tal cosa no se lograba en las primeras veinticuatro horas... ¡el Norte habría comenzado a morir!...

Dos días antes de la operación llegó a Madrid Dolores Ibárruri, «La Pasionaria»... Y comenzó, acompañada de Castro, a visitar las unidades... Y ella y él a hacer discursos para enloquecer a aquellos hombres que iban a luchar y muchos a morir... Después regresó a Madrid.

Y Antón detrás de ella.

La víspera de la batalla salió para el frente muy temprano. Le acompañaba Carlos Contreras con el que se había encontrado en Madrid.

Un alto en la carretera.

Tumbados sobre la cuneta, Elya Eremburg y varios famosos escritores de todos los continentes que querían ser testigos de la victoria republicana. Carlos conocía a algunos de ellos. Y se los fue presentando... ¿Hemingway?... ¿Dos pasos?... Castro les saludó sin pronunciar una sola palabra. Sólo habló cuando Eremburg le preguntó.

–¿Todo preparado?

–Supongo.

–¿Objetivos?

–¡Creo que es un secreto militar!

Eremburg hizo un gesto de desagrado. Y comenzó a hablar con los otros. Castro no sabía inglés. E hizo una seña a Carlos Contreras. Y los dos se subieron al coche y reanudaron la marcha.

\* \* \*

Todo estaba dispuesto.

Y la noche ocultando todo.

Y al amanecer, una hora antes del amanecer, Castro habló con el comandante Estrada, jefe del Estado Mayor del V Cuerpo.

–Si Líster hace una penetración rápida sin preocuparse de sus flancos, el 60 por ciento del éxito de la operación está asegurado... Creo que «El Campesino» será capaz de ocupar Quijorna y de apoyar el flanco derecho de Líster... Y confío en que el teniente coronel Jurado ensanche la brecha... Mi única preocupación, Castro, en estos momentos es Modesto... Modesto cree que él es el dios de esta batalla... Ha elegido su puesto de mando en una cota y no quiere saber de su Estado Mayor, en estos momentos en que más le necesita...

–Tengamos confianza.

–Sí.

La II División inicia su marcha... «El Campesino» avanza hacia Quijorna que defienden fuerzas de Regulares. Castro piensa que Galán, Gal y Martínez Cartón avanzarán a estas horas hacia Villanueva de la Cañada para asegurar el flanco izquierdo de Líster y, para una vez asegurado, volverse hacia su izquierda, sobre las espaldas del ejército de Franco...

Y comienzan los primeros disparos.

Luego la artillería habla.

Castro abandona el puesto de mando de Modesto y se dirige hacia el puesto de mando de «El Campesino». Se ha detenido ante Quijorna Los regulares se defienden encarnizadamente. Y «El Campesino» no es capaz de maniobrar. Golpea de frente. Y rebota. Y vuelve a atacar de frente. Y vuelve a rebotar.

–Envuélvelos, asegúrate de que no puedan salir y continúa avanzando... ¡No te detengas, Valentín, no te detengas!

–Sí, Castro.

Y Castro vuela en su pequeño «Mercedes», que había pertenecido a Catalina Bárcena y que las malas lenguas afirmaban que después había sido usado por una amiga del señor Giral. Y en el puesto de mando del teniente coronel Jurado, sus fuerzas están detenidas ante Villanueva de la Cañada... Piden angustiosamente el apoyo de la artillería y unos vuelos rasantes de la aviación para liquidar la resistencia y proseguir el avance...

–¿Qué hace tu jefe, Zapiráin?

–Espera.

–¿El qué?... ¿Acaso cuesta mucho ordenar a la artillería que apoye la acción de sus divisiones?... ¿Acaso es muy difícil comunicar al mando de aviación la necesidad de una o dos pasadas de los aviones?

–No sé, Castro... Él dice que hay que esperar.

Castro se dirigió hacia donde estaba el teniente coronel Jurado. Estaba pálido y de mal humor.

–Buenos días, mi teniente coronel.

–Buenos días, comisario.

–¿Qué pasa que sus divisiones se han detenido?

–No sé... No sé... Yo estoy enfermo... He pedido al general Rojo que me releve... ¡Tengo almorranas!... ¡Almorranas!... Y no puedo más... Si no me relevan me voy...

–No se puede usted ir.

–¿Por qué?

–Usted lo sabe mejor que yo.

Y se callaron. Castro miró con sus prismáticos hacia Villanueva de la Cañada, que estaba a los pies de donde ellos se encontraban... Los defensores se movían inteligentemente centrando la intensidad del fuego de todas sus armas en la dirección más amenazada... La lentitud de los republicanos les permitía cambiar los emplazamientos de sus ametralladoras y de dos cañones de pequeño calibre... Y los republicanos desconcertados... Castro abandonó el puesto de mando del XVIII Cuerpo. Y se fue lo más de prisa que pudo hasta las divisiones del XVIII.

«¡Mierda!»

«¡Mierda!»

Los tres jefes de las tres divisiones no sabían qué hacer. Iniciaban el avance y en cuanto el enemigo reanudaba el fuego se detenían. Varios tanques ardían en medio de nubes de humo negro.

–A la mierda los jefes de división... Que la caballería maniobre simulando que va a atacar... Que los tanques aprovechen el desplazamiento del fuego enemigo hacia la caballería para acercarse y batir los nidos de ametralladoras y los emplazamientos artilleros, que la gente emplee las bombas de mano... ¡Pronto!... ¡Pronto!...

La gente comenzó a moverse.

Los jefes de división miraban.

Y Francisco Antón que llega. No llega ni habla como comisario. Habla como Partido.

–¿Qué has hecho, Castro?

–Prescindir de ellos.

–¿Por qué?

–Lo puedes ver.

–Castro, no se puede desplazar a tres jefes de división que son miembros del Partido... Yo no discuto si existe una razón militar o no... Incluso supongamos que exista... Pero, ¿acaso no es un golpe contra el Partido del que se aprovecharán sus enemigos? ¿No te das cuenta que si esto llega a oídos de Prieto, que está aquí, apoyará tus desplazamientos de estos tres camaradas y cargará el fracaso de la operación, si fracasa, sobre el Partido?

–Sí.



–Te hablo en nombre del Buró Político... Es posible que desde el punto de vista militar tú tengas razón... Mas, ¿acaso hay alguna razón superior a la razón del Partido?

–No.

–¿Estamos de acuerdo?

–Estamos de acuerdo.

Y Antón se fue a hablar con los tres comandantes. Y Castro comenzó a retirarse hacia su coche bajo la mirada de los combatientes desperdigados por aquella llanura que no comprendían el porqué de su silencio y su marcharse... Y Castro no les podía decir la verdad. La verdad una vez más era un crimen contra el Partido.

Y comenzó a andar entre sol y polvo. Y se encontró con Carlos Contreras. Y siguieron caminando llenos de mala leche. Y Carlos queriendo calmar a Castro, que iba gritando las innumerables blasfemias que había aprendido en su agitada vida, que no eran pocas... Y sobre un alto dos hombres: el ministro de la Defensa, Indalecio Prieto y el Jefe del Estado Mayor Central, general Rojo. Y un poco más lejos unos cuantos hombres armados hasta los dientes: eran los ángeles tutelares del ministro.

Saludaron.

Rojo devolvió el saludo.

El ministro de la Defensa no. Se limitó a mirar a aquellos dos hombres llenos de polvo y rabia.

–¿Qué cuentas, Castro? –preguntó Rojo.

–Mal... «El Campesino está detenido en Quijorna... Éstos en Villanueva... Lista sigue avanzando, pero llegará un momento que la inseguridad de sus flancos le detendrá... El teniente coronel Jurado tiene almorranas y pide que se le releve... Y no sé si me quedará alguna porquería más que contarte.

Rojo le miró.

–¿Me verás luego?

–Sí.

Y se fue detrás del ministro que parecía aburrido y cansado. Y Carlos sacó los cigarros. Y fumaron...

–¿Cómo lo ves?

–Mal.

–¿Por qué?

–Si los flancos no avanzan el contraataque enemigo obligará a Líster a replegarse... Y la batalla habrá terminado con un fracaso...

–¿No se puede enviar reservas a Líster?

–¿Qué reservas?

Otro día.

Castro ha ido a comer al Canto del Pico. Allí están Prieto, Rojo, Miaja, Álvarez del Vayo, Francisco Antón y mucha gente más. Y una mesa. Y todos sentados en torno a ella. Y el ministro llevándose con los dedos las patatas fritas a la boca. Y hablando mal del general Kleber. Y Miaja con su cazurrería de siempre poniendo una vela a Dios y otra al diablo... Y de pronto, afortunadamente, el ruido de aviones... Y una lluvia de bombas incendiarias... Y Prieto que deja de comer patatas fritas. Y Miaja que deja de reír para precipitarse hacia el piso de abajo. Y Antón disimulando su miedo que una extraordinaria palidez delata. Y los soldados apagando los incendios.

–Me voy, Rojo.

–Nos veremos, Castro.

Y se fue riéndose por dentro. Y desde allí a donde tenía el Estado Mayor el general ruso Stern, que actuaba de consejero en las operaciones, Cuando abrió la puerta de aquella casita de campo pobre y blanca se encontró con un cuadro que no esperaba. Stern pálido y desencajado vomitaba en un cubo; la Kravchenko, su traductora, parecía una muerta sentada sobre una silla. Y otros rusos de pie o sentados hacían lo que Stern o la Kravchenko.

–¿Qué, pasa?

–Ha sido envenenada la comida.

–¿Hay detenidos?

–Sí... Todo el personal doméstico.

–¿Se hacen averiguaciones?

–Sí... Nuestros camaradas han comenzado los interrogatorios.

Y cuando se iba a dirigir a la puerta para marcharse, Stern le llamó.

–Dime, camarada Stern.

–Espera... Vamos a reunirnos.

Y minutos después comenzó la reunión.

–Informen, camaradas –ordena Stern.

Y comienzan a informar. Y la Kravchenko traduciendo a Castro. Y Stern alternando sus vómitos con sus preguntas.

–Camaradas, hay que aconsejar que se metan todas las reservas de que disponemos. Reforzar el dispositivo de Líster. El enemigo ha comenzado a contraatacar...

Y la noche.

Y el comienzo de una batalla que no se esperaba: la aviación enemiga comienza a volar al atardecer y así sigue horas y horas durante toda la noche... El ruido de los motores, las explosiones de las bombas con que riega el frente y la incertidumbre no dejan dormir a los hombres que deben comenzar a combatir al amanecer.

Y otro día.

Y el enemigo acumulando fuerzas y dando mayor intensidad a sus ataques.

Y la noche.

Y la continuación de una batalla que no se esperaba.

Los muertos descansan; los vivos no pueden. Los hombres combaten entre bostezos. Piensan más en el sueño que en la victoria.

Otro día.

Y la noche.

Los oficiales y comisarios tienen que desenfundar sus pistolas. Pero ninguno se atreve a dispararlas contra aquellos hombres que no hablan, que no protestan, que solamente hacen sus últimos y desesperados esfuerzos para que el sueño no les venza.

Se ha tomado Villanueva de la Cañada. Pero ya es tarde. El enemigo repuesto de la sorpresa es ya más fuerte en tierra y aire que los republicanos. La batalla ha entrado en su epílogo. Los hospitales están llenos de heridos. Los campos cubiertos de muertos.

## Capítulo XXIII

### LOS TANQUES MUEREN EN EL LECHO DEL RÍO

Los resultados de la batalla de Brunete habían hundido a Castro en hondas meditaciones. Acostumbrado por el Partido al análisis de todo y de todos no hacía más que pensar los resultados de la batalla de Brunete... Si... No había logrado salvar Santander... Pero, ¿la otra operación que estaba por comenzar para ayudar a Asturias, lograría salvarla?... Castro tenía dudas: había visto en la operación de Brunete a «El Campesino» sin saber salvar el obstáculo de Quijorna; había visto a Líster que una vez que comprobó que sus flancos se habían detenido, detenerse ante Brunete, carente de la valentía y la audacia necesarias para proseguir la operación de la que él debía ser el ejecutante más brillante y heroico; comprobó también la falta de audacia e iniciativa en los comandantes Galán y Cartón y en el general Gal... Y, por último, lo de siempre, la falta de reservas que limitaban todas nuestras operaciones a ciertos éxitos tácticos, valiosos si se quiere, pero, jamás decisivos... Y sentía cierto temor... ¿Hablar con el Comisario General, Álvarez del Vayo?... Castro conocía la definición que de él había hecho el Partido: «Es idiota, pero más o menos útil»... ¿Para qué hablar entonces con él?...

¿Hablar con José Antonio Uribes, responsable de la comisión político–militar del Partido?... Castro sabía que Uribes no era nada, que el mismo Partido lo tenía simplemente como el «representante de Valencia» y nada más. Hablar con Checa... Checa era el hombre, pero Checa era un ciento por ciento, lo que quiere decir que difícilmente hubiera metido en el campo de su análisis la política militar del Partido, si no era planteado por la misma cima del Partido, y mucho menos meter en su campo de análisis a los consejeros rusos, los cuales para Checa, como para todos los miembros del Partido eran «los infalibles uniformados». ¿Hablar con el comandante Estrada? Hubiera sido una solución, era un militar capaz y políticamente seguro, pero el comandante Estrada estaba resentido, al menos así lo creía Castro, porque en realidad el Partido lo había dejado a un lado, a pesar de que con Rojo era uno de los dos valores militares más destacados de nuestra guerra... Castro decidió no hablar, callarse en espera de que el Partido le preguntara...

Pero ya comenzaba a tener dudas de la infalibilidad de los «infalibles», empezaba a tener ciertas dudas sobre la justeza de la política militar del Partido en el terreno operativo; pensaba que el Partido intervenía demasiado poco en este importante aspecto, que el Partido escuchaba a los consejeros militares rusos más que a los miembros del Partido que habían sin duda aprendido lo suficiente si no para planear sí para ver qué era bueno o qué era malo, suficiente o insuficiente.

El Partido callaba.

Castro también.

Porque al general Rojo, al que Castro consideraba un militar bueno, no se atrevía a preguntar. Rojo era un hombre que Castro estaba seguro que no le unía a la República más que ese concepto de lealtad que pesó sobre tantos militares por el hecho de considerar que Franco se había sublevado contra la República, y que, por tanto, había faltado a su juramento. Pero, políticamente, Rojo jamás podía estar con el Partido. Lo aceptaba porque comprendía no sólo que era una fuerza política sino también una fuerza militar; le aceptaba porque sabía que, mientras él actuara acertadamente, el Partido le defendería frente a todo y frente a todos. Pero no era comunista, ni lo sería jamás: creía ciegamente en Dios y era un hombre con tal fe, con tal sentido de la dignidad que no lo ocultaba a pesar de que el ser católico militante en aquellos momentos significaba un peligro de muerte. Era un hombre admirable: trabajador, apasionadamente trabajador, sobrio, serio. Castro sentía por él un gran afecto, pero no tanto como para confesarse con él, como para confesarle esas dudas que habían comenzado a nacer en él.

Sin embargo fue a verle.

–Hola, Rojo.

–Hola, Castro.

–¿Qué piensas sobre Asturias, Rojo?

–Ayudarla... Ayudarla como pueda... Hay que reunir al Estado Mayor... Prieto piensa que soy un instrumento vuestro, un incondicional y espera un error para golpear sobre mí, peor



aún: más que sobre mí, sobre la política militar que yo represento.

–¿Cuándo piensas reunirlo?

–Mañana.

–Entonces, nos veremos mañana.

Y regresó al Comisariado. Hierro Muriel, un magnífico colaborador. pero un hombre que no acabó jamás de comprender que el Partido le había abierto sus puertas a cambio de acabar con el Partido Social Revolucionario del que Balbontín, él, Rexach y el capitán Benítez eran sus dirigentes, le recibió al entrar en su despacho.

–Castro, Prieto pide la composición político–sindical del Comisariado en su conjunto... Creo que es la ofensiva contra el Partido... ¿Qué hacemos?

–Camarada Hierro: no hay duda que tenemos la mayoría, pero en este caso para sortear la ofensiva de Prieto toma el cincuenta por ciento de nuestras comisarías y clasifícales sindicalmente como miembros de la Unión General de Trabajadores. De momento esto parará el golpe, después ya veremos...

–De acuerdo, Castro.

Y Castro subió a ver a «Don Julio». Se llamaba así el comisario general, Julio Álvarez del Vayo. Y a Castro no le importaba llamarle «Don Julio» o lo que hubiera querido don Julio que le

llamaran. Eran cosas que no costaban mucho y que permitían moverse con la mayor de las impunidades en la realización de las tareas del Partido.

–Salud, don Julio.

–Hola, Castro... ¿Qué me trae usted?

–¿Qué opina usted de la disposición del ministro de la Defensa?

Don Julio, que era un actor consumado, se puso serio, miró al techo, se pasó la mano por la frente y habló lentamente, con gran énfasis.

–No sé... No sé... Creo que habrá que pensar detenidamente en esto... Prieto estaba bajo la presión del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores... ¿Qué piensa el Partido?

–Don Julio, me sorprende su pregunta ¿cree usted acaso que el Partido va a dejarse quitar la hegemonía política en el ejército cuando sabe que de esa hegemonía política depende la existencia de un ejército capaz de vencer?... ¡No, don Julio! El Partido luchará contra Prieto como luchó contra Caballero... Porque no se trata de tantos por cientos, no se trata de un reparto equitativo, se trata de asegurar en el ejército un trabajo político que garantice su eficacia... ¡Y ese trabajo político sólo los comunistas somos capaces de realizarle!... ¡Sí, don Julio! Pero...

–Yo creo, Castro, que podríamos hacer algunas concesiones... Aplacar a Prieto y al Partido Socialista... Al fin y al cabo yo soy miembro del Partido Socialista.

–No.

–Pero...

–Es posible, don Julio, que en un momento determinado yo pueda estar equivocado y no interpretar bien la opinión del Partido... Es posible... Entonces, ¿por qué no hablamos con el Partido?... Él es justo siempre... Él dirá si debemos hacer concesiones o no debemos hacerlas...

Y sin esperar la respuesta de aquel tonto enamorado de Inglaterra, de su política, de su idioma y de su moda tomó el teléfono y marcó un número...

–¿Camarada Checa?

–.....

–El camarada Del Vayo y yo queremos hablar con la dirección del Partido.

–.....

Y colgó el auricular.

–Nos esperan al anochecer, don Julio... Yo le vendré a buscar.

Y abandonó el despacho del comisario general de Guerra... Y regresó a su despacho. Como siempre, Hierro Muriel entró detrás de él.

–Llama a Checa.

–Checa al aparato, Castro.

–Checa: a las ocho iremos a veros... Del Vayo cree que antes de la ofensiva de Prieto debemos hacer concesiones... ¡Creo que sería un error!... El Partido dirá la última palabra...

A las ocho llegaron a la plaza en donde estaba el local del Comité Central... Los centinelas saludaron respetuosamente a Del Vayo. Y a Castro con una seña o un gesto familiar... Don Julio pasó estirado y soberbio. Y generoso: devolviendo los saludos a unos y a otros. Y comenzó a subir las escaleras con el gesto de un hombre abrumado por las preocupaciones. Castro le seguía. Y citando los dos llegaron ante la puerta en que les esperaban, Castro alzó el picaporte...

–Usted primero, don Julio.

Y don Julio entró. Detrás Castro. En aquella gran sala, a la cabecera de una gran mesa sin una partícula de polvo, estaban ellos: José Díaz, la cabecera; Codovila, el hombre de la Internacional Comunista, a su derecha, y Pedro Checa, a su izquierda.

–Salud –dijo Castro.

–Salud, camaradas –balbució don Julio mientras estrechaba las manos de aquellos tres grandes hombres.

Y unas palabras de José Díaz.

–Siéntese, camarada Del Vayo... Siéntate, Castro.

Y los ruidos naturales de las sillas. Y el sentarse de ellos. Y los dos bajo las miradas de aquellos tres hombres todopoderosos... Y otra vez la voz de José Díaz.

–¿Qué ocurre, camarada Castro?... ¿Qué impide que el camarada Del Vayo y tú estén de acuerdo?... ¿Quieres explicarnos, Castro?

–Camarada Díaz: nuestras discrepancias creo que son importantes... El camarada Del Vayo es de opinión que ante la ofensiva de Prieto contra los comisarios comunistas hay que hacer algunas concesiones; yo creo –y acentuó el «yo»–, que hacer concesiones es un grave error. Nuestros comisarios no son figuras decorativas, son maravillosos trabajadores políticos, magníficos combatientes cuando las situaciones lo exigen... ¿Por qué acceder a lo que Prieto quiere?... No es éste un problema de proporcionalidad, sino de capacidad, de heroísmo... Esta es la razón por la cual discrepo del «camarada» Del Vayo...

–Yo creo... –comenzó don Julio.

–Un momento, camarada Del Vayo –interrumpió José Díaz–. El camarada Castro no es un hombre inexperto, no es un hombre nuevo en el Partido. El camarada Castro es el Partido

en el Comisariado Político. Y el Partido sabe a quién nombra su representante en donde sea. Él sustituyó a Mije, porque Mije no comprendió cuál era su función... ¿Acaso el que Castro haya sustituido a un miembro del Buró Político no le dice nada, camarada Del Vayo?

–Yo creo, camarada Díaz...

–Camarada Del Vayo... Si usted hubiera preguntado al camarada Castro sobre ese «yo creo», el camarada Castro cumpliendo con su deber le hubiera dicho: «Lo que usted crea, camarada Del Vayo, no importa... ¡Lo importante es lo que crea el Partido, lo que quiera el Partido, lo que piense el Partido... ¿No es así, camarada Castro?

–Así es, camarada Díaz.

–Es que...

–No, camarada Del Vayo... ¡No!... Si Castro por un solo momento dudara del Partido, discrepara del Partido, el camarada Castro no estaría ni un solo segundo representando al Partido en el Comisariado Político... ¡No lo olvide, camarada Del Vayo!... Cuando hable usted con el camarada Castro, camarada Del Vayo, olvídense usted del camarada Castro... ¡Es el Partido quien habla!... Y Castro tiene razón: una concesión conduce a otra concesión... ¡No!... Castro es el Partido... Prieto el antipartido... ¡No lo olvide, camarada Del Vayo, no lo olvide!

Y se pusieron en pie.

–Salud, camarada Del Vayo.

–Salud, Castro.

Y para que no hubiera duda, unas palabras del representante de la Internacional Comunista, de Codovila:

–Tu posición es correcta, Castro.

Y en las escaleras un comentario de don Julio:

–Cada entrevista con la dirección del Partido es una maravillosa lección...

–Sí –contestó Castro.

Y nada más.

Porque en el fondo le daba asco aquel hombre que no era más que un miserable Judas, poliglota y enamorado del idioma inglés, de la democracia inglesa y sobre todo y por encima de todo de la moda inglesa: enseñaba los calcetines, los trajes, las camisas, los pañuelos, daba a oler el perfume... Por fuera un español más; por dentro, más inglés que el mismo rey de Inglaterra...

Y la batalla contra Prieto comenzó.

Era una pequeña batalla.

Una batalla miserable contra un hombre que olvidaba las batallas más importantes.

\* \* \*

–Señores –hablaba el general Rojo ante los miembros del Estado Mayor Central–, estamos obligados a ayudar a Asturias... Y me gustaría conocer la opinión de todos ustedes sobre la mejor forma de ayudarla...

Silencio.

Y opiniones leves, sin grandes preocupaciones, sin grandes proyecciones. Era la rutina hablando.

Castro miró al consejero ruso.

Éste guardaba silencio.

¿Por qué no hablaba?

–Creo, general Rojo –hablaba Castro–, que el problema de ayudar a Asturias no es solamente un importante problema militar, sino también un importante problema político... Si queremos «tirar» de las fuerzas de Franco que atacan Asturias hay que lanzarse sobre un objetivo importante... De otra manera será un fracaso que desgastará nuestras fuerzas sin ayudar a Asturias...

Rojo le miró.

–De acuerdo... Haremos algo que pueda ayudar a Asturias... En su momento oportuno tendrán conocimiento de lo que nos proponemos...



Y se fueron.

Y quedaron solos. Rojo y él. Rojo parecía sonreír. Pero no. Era como una demostración de asco, de desprecio. No era una sonrisa, era un gesto.

–Haremos algo, Castro.

–¿Algo importante, Rojo?

–Sí.

–Cuenta conmigo, Rojo, incondicionalmente...

–¿Contigo solo?

–Yo no soy yo–Tú lo sabes... Castro no es más que una modesta representación del Partido... Sólo eso... Y tú sabes, general, lo que es el Partido, lo que representa el Partido... ¡Qué lástima que no puedas hacerte comunista para que lo supieras bien!

\* \* \*

El viejo general Pozas paseaba un poco nervioso por aquella sala de una vieja casa campesina de un pueblo de los Monegros. Mirando un poco detenidamente al viejo general se le notaba cansado, triste e inclinado como un viejo árbol cuyas raíces fueran buscando dulcemente la tierra.

Castro rehuyó el encuentro. Conocía desde los primeros días al viejo general. En la conversación no habría nada de nuevo para ninguno de los dos. Además, la visita al Estado Mayor del general Pozas no la determinaba ver al general. Había una novedad que le intrigaba un poco: el jefe del Estado Mayor, un tal Antonio Cordón, capitán de artillería, retirado cuando la Ley Azaña y del que la gente, Castro no sabía todavía por qué, hacía grandes elogios. Saludó a Rojo. Y a Carlos Contreras que andaba por allí. Y con los dos entró en una gran sala en donde había un mapa de la zona de operaciones. Y mirando silenciosamente el mapa les sorprendió Antonio Cordón.

–A tus órdenes, Rojo.

–Hola, Carlos.

–Comisario Castro, encantado de conocerte. Tenía ganas de que llegara este momento.

–Gracias.

–¿Al amanecer, Cordón?

–Al amanecer, Rojo.

Castro no dispuso de mucho tiempo para conocer a quien quería conocer... Sin embargo, en el tono de la voz y en los gestos de aquel hombre, Castro vio algo que no acababa de gustarle: un hombre demasiado pequeño para tan gran ambición. Y casi aceptó como un hecho que la guerra estaba metiendo mucha porquería humana en el Partido.

Y se fue.

El amanecer estaba cerca. Y su plan ni podía atrasarse ni alterarse: primero, con la División de Líster hasta asegurarse del éxito de su misión; después a la 27 División, que debería ocupar Zuera y continuar; por último, ver a Kleber, a quien se le había dado mando de nuevo y que esperaba ansiosamente una oportunidad para salir de una agonía política que Largo Caballero había provocado y que le envolvía cada día un poco más.

–Vamos, camarada.

–¿A dónde, comisario?

–A ver a Líster, a presenciar nuestra ofensiva sobre Zaragoza, que debe salvar a Asturias de la ocupación de las fuerzas del general Dávila.

–¡Qué bueno, comisario!

–Sí... Pero corre todo lo que puedas... Que yo tengo que hacer algo más que mirar esta nueva ofensiva republicana.

–Sí.

Y el coche por el camino. Y detrás una nube de polvo que parecía querer llegar al cielo.

\* \* \*

Paralelamente a la entrada de las fuerzas del general Franco en Santander se inició la ofensiva republicana en Aragón, atacando en el frente comprendido entre Tardienta y Belchite.

\* \* \*

En una cabaña, mientras amanece, las fuerzas de Líster comienzan a moverse. Inician la marcha los tanques y sobre los tanques y detrás de ellos la infantería camina rápida: tienen frío y ganas de llegar lejos, muy lejos, con la gran ilusión de salvar a Asturias sobre la que pende la muerte a corto plazo. Líster, Castro, Santiago Álvarez, el comandante Iglesias, jefe del Estado Mayor de la división de Líster y unos cuantos oficiales del Estado Mayor siguen a caballo a las fuerzas que avanzan.

Un kilómetro.

Otro.

Más...

¡Muchos más!

Al atardecer se ha avanzado treinta kilómetros. Y las fuerzas de la 11 división alcanzan las primeras defensas de Fuentes de Ebro... Los campesinos informan de que en el pueblo no hay más que un batallón. Líster se detiene. Mira al cielo y el comienzo de la noche. Y luego las casas de Fuentes de Ebro que parecen figuras muertas.

–¿Qué piensas hacer, Líster?

–Atacar.

–¿No sería mejor dejar una pequeña fuerza y aprovechar la noche para continuar el avance?

–Pienso atacar.

–Líster, piénsalo... Unas horas que nos detengamos aquí serán suficientes para que el enemigo organice sus defensas para cerrarnos el camino... Y todo se habrá perdido... ¡Piénsalo, Líster!

Iglesias y Santiago Álvarez, jefe del Estado Mayor y comisario de la División escuchaban.

–¡Atacaré!... Mientras tanto los tanques que avancen... Que crucen el río. Después proseguiremos.

–¡Que los tanques crucen el río!... ¿Y de noche?... ¿No es una locura?

–No... Los camaradas soviéticos saben más que nuestros tanquistas... ¡Ellos dicen que los tanques pueden cruzar el río, que deben cruzar el río!... ¡Y lo cruzarán, Castro!

Se hizo el silencio. Y cuando la noche ya era noche Castro escuchó el ruido de los tanques que avanzaban. Y en aquella vaguada pequeñas hogueras y en torno a ellas soldados que hablaban y reían. Y luego el silencio. Millares de hombres dormían... La muerte caminaba por entre ellos. Sin ruido. Como

si fuera eligiendo sus presas de mañana. Y horas y horas entre noche y silencio. Y el amanecer. Y la guerra, la guerra mostrándose en todas sus manifestaciones.

Y doce horas perdidas ante Fuentes de Ebro... Y los «Junkers» que llegan y lanzan su carga. Y hombres que corren. Y caballos enloquecidos que relinchan como si lloraran en un lamento interminable. Y estrellándose contra los árboles, Y automóviles y camiones ardiendo. Y el humo caminando hacia el cielo. Y el cielo como atónito.

Y disparos.

Y la artillería que comienza a caer sobre aquel pequeño pueblo del que sobresale, como en todos los pueblos de España, la cúpula de la iglesia. Y hombres que mueren sin haber visto el sol elevarse por encima de ellos.

Líster y Castro miran desde una colina. Y cuando los aviones desaparecen Líster ordena moverse a sus fuerzas, camuflar camiones y cañones, emplazar la artillería antiaérea. Y comenzar el cerco de aquel pequeño pueblo que iba a actuar como una sangrienta lima de una de las mejores unidades republicanas. Castro miró a Líster.

–Te lo dije.

El otro no dijo nada. Nerviosamente continuó pasándose la lengua por sus labios secos. El error se alzaba ante él acusándole, pero su soberbia rechazaba el error una y otra vez, mientras sus soldados disparaban sobre las casas y las calles de un pequeño pueblo que se había convertido en la gran barrera.

–Salud, camarada.

Y se fue. Y desde allí hasta donde estaba la 27 que había cortado las comunicaciones entre Huesca y Zaragoza.

–¿Qué ha pasado?

–Habíamos ocupado casi totalmente Zuera... Pero alguien dio el grito de «estamos copados»... ¡No sé quién!... Y la gente retrocedió como enloquecida. Y ante Zuera estamos...

–¿Y tú, qué has hecho?

–Espero a ver si podemos reconquistar Zuera y continuar adelante...

Castro abandonó la cueva en donde estaba instalado el puesto de mando... Y salió al campo. Y durante unos momentos estuvo caminando de un lado para otro mientras fumaba nerviosamente.

–Climent.

–A tus órdenes.

Miró unos segundos a aquel comisario que actuaba como ayudante suyo en las operaciones. Y luego habló rápido.

–Habla a Virgilio Llanos... Dile que llamen a Del Barrio para que se haga cargo del mando de la 27 División... ¡Que venga pronto Del Barrio!... ¡Y que venga pronto él!... Le necesitamos.

Climent desapareció. Y Castro comenzó a averiguar quiénes habían sido los sembradores del pánico en el momento en que el éxito estaba a punto de realizarse... Y pasaron las primeras horas de la mañana. Por la tarde llegó Del Barrio y Virgilio Llanos, el comisario de Pozas. Y mientras Del Barrio comenzaba a actuar Castro habló brevemente con el comisario del general Pozas.

–Se ha logrado localizar a los dos hombres que dieron el «estamos copados». Un capitán y un comisario de compañía... Comunistas los dos... Y comunistas conocidos...

–Y...

–Es preciso dar un ejemplo... Horrible... Lo sé... Pero el Partido no puede cargar con la responsabilidad contraída por esos dos hombres... ¡Que paguen su falta!... Y nadie se atreverá a acusar al Partido de amparar cobardes...

–¿Tu decisión?

–Formar en la meseta a vuestra gente que esté en reserva... Que esté presente el comandante y comisario de la 27 División... Y los delegados del Partido en las unidades... Y tú, Llanos.

Bajo la sombra de un árbol Castro presenciaba los preparativos. Vio cómo la gente formaba una gran U... Y vio en todos una palidez mortal...

Y vio a Virgilio Llanos que se acercaba a él...



–¿No se puede ser clemente...?

–No... Estos miles de hombres que están aquí tendrían el derecho de decir: «El Partido perdonó a dos cobardes»... Los hombres de Asturias tendrían derecho a decir mañana: «El Partido perdonó a dos cobardes por el hecho de que eran comunistas»... No, camarada Llanos. ¡El Partido ante todo!... ¡Y por encima de todo! Designar el piquete... Colocarlos a los dos en el centro de la U mirando al sol... Y yo hablaré a los soldados... Y que ellos canten «La Internacional» si quieren... Y yo daré la señal al jefe del piquete de ejecución... Y nada más, camarada.

Y se volvió hacia Climent...

–Cumple lo ordenado... Porque lo que has escuchado no era una simple conversación entre dos comisarios: era una orden.

Y Climent se movió rápido. Y sacaron a los dos hombres al centro del campo. Y se situó el piquete de ejecución. Y los dos hombres de pie mirando a Castro... Y millares de hombres mirando a Castro... Y Climent que se acerca a los condenados para vendarles los ojos. Y el rechazo de ello. Y el comisario que comienza a cantar. Y el capitán que comienza a cantar:

«Arriba parias de la tierra

en pie famélica legión...»

Y la voz de Castro a los soldados:

«Camaradas: los hombres de Asturias esperaban la salvación de esta ofensiva del Ejército republicano en Aragón... Los hombres de Asturias, camaradas, los hombres que llevan meses y meses luchando con la muerte de frente y el mar a sus espaldas... Y cuando la esperanza de salvarlos comienza a florecer, dos hombres del Ejército republicano, dos comunistas que se olvidan de lo que son, que dejándose dominar por el miedo gritan en pleno combate «estamos copados»...Y la esperanza es asesinada por dos hombres. Y la 27 División retrocede, abandona Zuera. Y con su retirada una de las puntas de nuestra tenaza se convierte en polvo...»

Se pasó la lengua por los labios que le quemaban.

«Pienso en los hombres que esperan entre las viejas montañas de Asturias mirando y mirando a que la salvación les llegue desde estos campos de Aragón... ¡Ya no hay esperanza para ellos!... ¡Ya no, camaradas!... La esperanza ha sido asesinada por esos dos hombres que gritaron su cobardía al gritar «estamos copados».

«Y vosotros dos: ¡oídmeme bien!... Sois los asesinos de millares de camaradas. Sois la cobardía que malogró una victoria... Y ya que no podéis corregir vuestro error, vuestro crimen, permitimos por lo menos que podamos decir a los que aún viven en Asturias: ¡Sólo podíamos hacer lo que hemos hecho: castigar con la pena de muerte a los responsables de vuestra muerte.»

Y unos pasos hacia el oficial que mandaba el piquete.

Y la voz ronca de los dos condenados:

«Viva el Partido Comunista.»

«Viva el Partido Comunista.»

Y la voz de Castro dominando aquellas voces que seguían gritando mientras se apagaban por la angustia de la muerte que se acercaba a ellos:

–¡Oficial!... ¡Cumpla con su deber!

«¡Fue...go!»

Y dos hombres que se doblan. Y un oficial que se acerca y sobre la sien de cada uno de ellos descarga su pistola. Y el eco de los dos disparos que se extiende por aquellos campos de sol y verde, de silencio y pena...

«¡Viva la República!»

«¡Vivaaaa!»

Castro se echó la gorra hacia atrás y se limpió lentamente el sudor que le corría por la frente... Y después miró a los hombres que abrían una fosa... Y a los cinco mil hombres que iniciaban el desfile... Y miró al cielo... Después a Fusimaña y Virgilio Llanos.

«¡Ya, camaradas!... ¡Hemos terminado con un penoso deber!» Los otros le miraron.

–Salud, camaradas comisarios... Y contar a vuestra gente que el Partido Comunista no consiente en su seno a cobardes que inutilizan el esfuerzo y el heroísmo de millares de hombres.

–A tus órdenes, Castro.

Castro se subió a su automóvil. Tiró la gorra sobre el asiento y aflojó los músculos.

–Vamos.

Y cuando el automóvil se había alejado unos cuantos kilómetros del lugar en que se mató a dos hombres que cantaban «La Internacional»,

Castro ordenó a su chófer que detuviera el coche y se alejara... Y después rompió a llorar como un niño... Eran sollozos que estremecían su cuerpo... Sollozos, lágrimas y blasfemias... Y así minutos y minutos...

–Camarada... ¡Ya, camarada Castro!

Alzó la cabeza.

–¿Qué?

–Ya, camarada... ¡Ya, camarada!...

Castro se secó los ojos... Luego se puso la gorra... Y dirigiéndose al chófer habló:

–¡Tú no me has visto llorar, camarada!... ¡Nadie ha visto llorar a Castro!... ¿Me oyes?... ¡Si tú dijeras a alguien que me has visto llorar te mataría como a un perro!... ¿Me has entendido?

–Sí, camarada Castro.

–Ha sido horrible... Te juro que ha sido horrible!... ¡Lo sé!... ¡Lo sé!... Lo sé mejor que nadie... Pero, vosotros no sabéis lo que es ser un dirigente del Partido... ¡Sí!... ¡Un honor!... ¡Un gran honor!... Pero sólo veis eso... No veis el drama... Uno... Otro... Otro más... ¿Cuántos has matado, Castro?... Y Castro no quiere recordar ni sumar... ¡No!... Porque si me detuviera en eso, si dialogara con mi conciencia... ¡Me mataría!... Sí... ¡Me mataría!... Y sobre mi cadáver escupiría el Partido y diría a todos para que no lo olvidaran jamás: «Un asqueroso sentimental pequeño–burgués»... «Un pequeño–burgués que amaba la revolución pero que no la comprendía... ¡No digas a nadie que he llorado!... ¡Te mataría, camarada, te mataría!...

–Sí.

–Vamos a ver al camarada Kleber.

–A tus órdenes.

\* \* \*

El coche avanzaba entre árboles y polvo. Castro habla consigo mismo. Es un grave monólogo que sólo escucha él.

«¡Qué sabéis vosotros lo que es ser dirigente del Partido Comunista!... Vosotros sólo nos veis como dioses, como dioses grandes y pequeños, pero nada más que como eso... Vosotros nos creéis invencibles al dolor y al miedo a la duda y al cansancio... ¡No!... Todavía somos hombres... Hombres extraños... Pero, hombres, camaradas, que si tienen miedo deben ocultarlo en el fondo de su alma; hombres que aunque el alma les duela deben disimular su dolor; hombres que deben creer, creer, creer siempre... Que deben superar el cansancio insultándose a sí mismos para que sus ojos no se cierren ni sus cuerpos se doblen... ¡No!... No sabéis quiénes somos ni cómo somos... Nos veis como dioses, como grandes o pequeños dioses y nunca como hombres... Sí... Somos hombres, camaradas. Vosotros nos veis como inmensas estatuas de carne y hierro... Pero, somos hombres... ¿Hombres?... Sí... Hombres... ¿Hombres eximios?... ¡Quizá tengáis razón!... Hombres extraños para los que es un crimen llorar, tener compasión, tener dudas, sentir cansancio... ¿Hombres?... Si, camaradas, hombres extraños... Hombres inmensamente cobardes, tan cobardes como nadie lo ha sido en el mundo... No es miedo a morir, ni a dudar, ni a sentirse cansado en medio de la batalla... ¡Es miedo, miedo al Partido!... ¡Oídllo bien!... EL MAS GRANDE DE LOS MIEDOS... Franco, los moros, los requetés, los falangistas... Ja... Ja-ja... Eso no es miedo o es un miedo muy pequeñito, tan pequeñito que casi no es miedo... EL GRAN MIEDO ES EL OTRO... «¡Traidor!»... «¡Enemigo del pueblo!»... ¿Hay algo que produzca más miedo que eso?... ¡No!. ¡No!... ¡Nooooo!... Mirarme a mí... «Castro, un valiente, un gran político, un gran soldado... ¡Ja... Ja... Ja, ja, jaa!... ¡No, ni un héroe ni un genio: un cobarde... ¡Un cobarde!... Un cabrón

cobarde, porque su miedo es EL GRAN Y MÁS GRANDE DE LOS MIEDOS.»

Y no quiso seguir.

Miró el camino.

Los árboles... El polvo... Y el morro del coche que se iba hundiendo en la distancia.

\* \* \*

La 35 división republicana avanza desde Farlete hacia Zaragoza. La 45 división golpea en las defensas de Quinto. Las fuerzas del XII Cuerpo de Ejército inician el cerco de Belchite.

Kleber mira el coche que se acerca.

«¡Castro!»

«¡Kleber!»

Y se estrechan las manos con fuerza. Y Kleber le arrastra hacia su puesto de observación. Y con una mirada aleja a la gente que está con él. Y después mira a Castro fijamente.

–¿Qué pasa, Castro?

–Líster se ha detenido estúpidamente en Fuentes de Ebro. La 27 división después de ocupar la mayor parte de Zuera se dejó dominar por el pánico de dos cobardes y abandonó el pueblo...

Y se ahogó su avance... Eran estas divisiones la II y la 27 las que debían jugar el papel principal en la penetración hacia Zaragoza...

Kleber le miró.

–¿Por qué no hablas con Rojo y le propones que se cambie la dirección principal?... Y que sea yo con mis fuerzas quien avance... No sería difícil... Con seguridad el enemigo concentrará sus reservas contra Líster y Del Barrio... ¡Yo podría hacerlo. Castro, yo podría hacerlo!... Habla con Rojo, ¡por favor!...

–¡Comunícame con Rojo!

Y esperan bajo el sol que quema en su retirada a que el telefonista les avise.

–El general Rojo al aparato.

–Rojo... Aquí habla Castro.

–.....

–En vista de la detención de Líster ante Fuentes de Ebro y de la 27 División ante Zuera creo que sería bueno cambiar la dirección principal... Kleber está en disposición de hacerlo... ¿Qué piensas?

–.....



–Tenemos que esperar unos minutos, Kleber. Rojo quiere hablar con Cordón y con el coronel Chaponov... Espero su respuesta.

Otra vez la voz del telefonista.

–El general Rojo al habla.

–Dime... Dime, Rojo.

–.....

–¿Por qué no quieren?

–.....

–¿Y qué importa que sea Kleber?... ¿Acaso lo importante no es ganar la batalla emprendida?

–.....

Castro soltó el auricular con rabia. Y miró a Kleber. Estaba pálido, Y parecía un gigante uniformado que comenzara a deshacerse, a empequeñecerse, a agonizar.

–No quieren, Kleber.

–¿Quién no quiere?

–Chaponov.

La palidez de Kleber se hizo más intensa... Y dio unos pasos alejándose de la gente de su Estado Mayor que le miraba. Castro le siguió.

–Kleber... La gente te está mirando... Sécate las lágrimas. Ellos no comprenderían por qué el general Kleber llora.

\* \* \*

Las tropas republicanas alcanzan la línea Mediana–Roden–Fuentes de Ebro, después de conquistar en combates sangrientos Quinto, Codo y todas las posiciones del sector de Pina. El 27 de agosto los republicanos dejan libre la carretera de Quinto a Fuentes de Ebro. El parte comunica lo siguiente: 831 prisioneros y tomadas al enemigo 6 piezas de artillería, 20 ametralladoras y 1.500 fusiles. En el sector de Fuentes de Ebro continúa la lucha violenta contra la guarnición rebelde que ha sido reforzada.

El día 28 las fuerzas republicanas conquistan Puebla de Albortón y Mediana. En Zuera continúa la lucha: las fuerzas de la 27 división han hecho 2.000 prisioneros. En el sector del Belchite las fuerzas del general Walter ocupan todas las posiciones que rodean el pueblo. Caen en poder del Ejército Republicano la cadena montañosa que encierra el sector de Belchite por los frentes sur y oeste con las posiciones de Pueyo, Legua, Ermita, El Boalas, La Serna y La Carbonera, Una de las columnas republicanas continúa su avance en dirección a Burgo de Ebro.

\* \* \*

Castro visita de nuevo a Líster. Líster está sombrío y medio borracho. No quiere hablar con nadie. Y cuando mira, mira fijamente a Fuentes de Ebro, a la cúpula de la iglesia que aún se mantiene en pie.

Castro se acerca cuanto puede a él.

–¿Los tanques?

–En el lecho del río.

–¿Y ahí se quedarán?

–No... ¡No!... He dado la orden a nuestra artillería que los deshaga... ¡Nuestros tanquistas tenían razón!...

–¿Qué dicen los consejeros?

–Nada... Se limitan a esperar a que nuestros cañones destrocen los tanques.

–Te dejo, Líster.

–¿Dónde vas?

–Quiero hablar con los comisarios...

Y se alejó. Santiago Álvarez, el comisario de Líster andaba de un lado para otro, intentando acentuar la presión de las fuerzas

de la 11 división. No era mal comisario cuando Líster no estaba delante.

–¿Crees que lograremos avanzar?

–No sé.

–¿Qué dice Líster?

–No quiere hablar.

Y Castro se alejó también de Santiago Álvarez... En su marcha hacia su automóvil, le acompañó el ruido de los disparos de la artillería republicana que disparaba contra los tanques republicanos que morían en el lecho del río.

\* \* \*

El 4 de septiembre, Franco con sus reservas ataca violentamente en el sector de Mediana. Mientras tanto las fuerzas republicanas ocupan el Seminario de Belchite. La conquista de Belchite realizada casa por casa y esencialmente por la 22 brigada dio un balance sangriento para los rebeldes: 1.500 muertos y 500 prisioneros. Franco concentró rápidamente en las direcciones más amenazadas dos divisiones, situando como reserva una división italiana en Zaragoza. La aviación franquista se concentró sobre Aragón. Se trataba nada más por parte de Franco de paralizar la ofensiva republicana y no de empeñarse en una batalla que pudiera

consumir paulatinamente sus fuerzas en la conquista de objetivos limitados.

Y la ofensiva republicana fue decreciendo. Y después de enconados combates el frente entró en un período de inactividad que no había de terminar hasta febrero-marzo de 1938.

## Capítulo XXIV

### LAS VIEJAS MONTAÑAS ARDEN (Continuación)

Entre la pérdida de Santander y el comienzo de la batalla en Asturias, media un pequeño espacio de tiempo que llena la persecución de las fuerzas en retirada hacia Asturias. La persecución la lleva a cabo el Cuerpo de Ejército Navarro siguiendo hábilmente la línea de penetración por la divisoria del Escudo de Cabuerniga. Este avance aunque lento era seguro, pues el avance por la arista montañosa llegaba al fin a desbordar por el flanco todos los intentos de organización de una posición de resistencia, cubriendo los valles costeros y apoyándose en su flanco derecho en las cumbres del Pirineo Cantábrico. Las fuerzas del general Solchaga supeditaron su rapidez a la seguridad: contaban sin duda con una resistencia tenaz en Asturias y el Cuerpo Expedicionario no se atrevió a lanzar los tanques en la persecución.

Frente a Unquera se detiene la persecución y comienza la batalla de Asturias, una nueva operación, la última, del frente del Norte.

Después de la constitución del Consejo Soberano de Asturias y León, el mencionado Consejo ratificó en sus cargos de jefe de Ejército de Asturias, al coronel Prada, de jefe del Estado Mayor al comandante Ciutat y como jefes de los Cuerpos de Ejército a los tenientes coroneles Linares y Galán.

Y como comisario del ejército nombró al alcalde de Lugones.

Los efectivos de los republicanos al comenzar la batalla de Asturias eran los siguientes:

El Cuerpo de Ejército XIV no tuvo en ningún momento más de 8 a 10.000 hombres, 250 ametralladoras y 30 cañones. El Cuerpo de Ejército XVII, se componía de 35.000 hombres, 600 ametralladoras y 150 cañones. El Ejército de Asturias carecía de aviación y por defensas antiaéreas tenía 6 cañones «Oerlikon» y las defensas antiaéreas del «Ciscar» cuando éste se hallaba en el puerto de Gijón.

El Ejército que bajo la dirección del general Dávila había sido encargado de conquistar Asturias se componía de:

La Agrupación del general Solchaga integrada por las divisiones 1ª, 4ª, 5ª y 6ª, Brigadas Navarras y el grupo Moliner con un total de 60 batallones. La Agrupación del general Aranda se componía de la 2ª y 3ª Brigadas navarras y la división 82 con un total de 30 batallones. Eran apoyadas estas agrupaciones por 250 aviones y más de 250 cañones. Estas fuerzas eran independientes de las que guarnecían los frentes.

El plan del general Dávila consistía en la combinación de los ataques: uno por el Este viniendo del río Deva; otro del Sur viniendo de la provincia de León. En el caso de que las fuerzas republicanas que guarnecían el frente de Oviedo fueran desplazadas hacia las direcciones de ataque de las fuerzas de los generales Solchaga y Aranda, las fuerzas de este último que guarnecían el Nalón deberían marchar en dirección a Gijón. De esta forma los republicanos se encontrarían frente a un triple ataque concéntrico desde el Este, Sur y Oeste.

Las operaciones comenzaron el 18 de septiembre.

La lucha en Asturias que duró cerca de dos meses se dividió en tres fases esenciales que duran desde Llanes hasta el Fito.

He aquí sus rasgos más destacados:

Primera fase. Los intentos de formación de un frente. Se desarrollan sin apenas solución de continuidad desde una heroica defensa de Cabezón de la Sal por la Brigada 156 mandada por el comandante Arriaga y perteneciente a la 50 división vasca mandada por el comandante Ibarrola y se caracteriza por el mismo rasgo de desbordamiento del flanco sur republicano por el avance de las Brigadas Navarras, que han logrado encaramarse por la crestería gracias a su superioridad táctica de los mulos. En esta fase combaten los restos de los Cuerpos XIV y XV, batidos dos veces, que no sumaban más de 5 a 6.000 hombres y la mayoría de ellos restos de unidades rotas. Enteras sólo quedaban la 50 división vasca de Ibarrola (menos los tres batallones vascos sublevados) y la recién formada brigada de Infantería de Marina. En este



período que dura unos ocho días, no hubo apenas bajas y se retrocedió cerca de 50 kilómetros (una media diaria de unos 6 kilómetros).

El ataque enemigo se llevó desde la divisoria de la Sierra del Escudo de Cabuerniga al mar. El esfuerzo principal por la divisoria, es decir, en un frente de unos 15 kilómetros. Al sur de éste, sobre Puentenansa, el enemigo dirigía otra columna con misión secundaria.

Los republicanos oponían resistencia en dos direcciones: en la carretera de la costa, al norte de la Sima del Escudo de Cabuerniga, las fuerzas que pudo reunir el teniente coronel Galán en Camillas (unos 3.000 hombres); al sur, la división del comandante Ibarrola incompleta y algunas fuerzas de Santander (unos 2.000 hombres en total).

En la divisoria del Escudo de Cabuerniga las Brigadas Navarras no encontraron resistencia y su penetración fácil desbordando todas las posiciones defensivas en que los republicanos intentaban defenderse hicieron inútil toda resistencia tanto en el llano como en la ladera.

Segunda fase. Comienza cuando en la Sierra de Cueva, en Peñas Blancas sobre Llanes, logra la Brigada de Infantería de Marina, trepar a las cumbres antes que los navarros. Entonces apoyando sus flancos en la altura amiga la 10 Brigada Asturiana y la 156 vasca mandadas por «Manolín» Álvarez y Arriaga cierran las dos vías de invasión de Asturias, por el valle de Cabrales y la costa, en las verdaderas Termópilas de Asturias.

Aquí, en el Mazuco, se inició la resistencia sublime, esa tremenda tragedia en la que se iban consumiendo hombres en un combatir desesperado, sin que hubiera en cada combatiente la más leve esperanza de evitar con su heroísmo la invasión de Asturias.

Y el alma de esta resistencia fueron los hombres de «Manolín» Álvarez, pescador asturiano, héroe después de la batalla del Ebro donde murió y de Arriaga, obrero guipuzcoano. Les siguieron de cerca emulándoles Carrocera, Ladreda, obrero metalúrgico asturiano, Marquina, minero vasco, Recalde, «Joaquín» Álvarez, ferroviario asturiano, Planerías, Manuel Cristóbal, obrero guipuzcoano, que, desde la defensa de Irún (de la que fue el animador fundamental) fue dejando su ejemplo magnífico en Éibar. Marquina, Peñas de Lemoa, Zamudio, el «Cinturón» de Bilbao, y más tarde en Llanes y el Mazuco; y con ellos y junto a ellos el comandante Ibarrola y el teniente coronel Galán.

Y todo ello mientras en Gijón, Belarmino Tomás, presidente del Consejo Soberano reclamaba una plaza en el avión para su hijo, mientras Amador Fernández buscaba una «comisión» en Francia y escupía al embarcar su último insulto a los combatientes en un artículo publicado en «Adelante» y titulado «No mirar al mar»; mientras Avelino González Mallada, alcalde de Gijón, metía con prisa en su maleta barras de oro que luego había de esconder temblando en la carbonera del «Toñín», cuando en el mar les dio caza el «Almirante Cervera»; mientras el Tribunal Popular nombrado por Belarmino Tomás se fugaba.

Esta segunda fase tiene tres momentos fundamentales: 1). –La del Mazuco en la que el enemigo necesitó 17 días para avanzar hasta el río Bedón (12 kilómetros) y en cuyo avance había que conquistar cada palmo de terreno en choques sangrientos. El enemigo lograba ocupar los puntos de resistencia de los republicanos sólo cuando los defensores de éstos habían pagado con la vida su tenacidad en la resistencia.

2). –Fue en la línea del Nueva a 15 kilómetros entre Nueva y Onís, en donde se desarrolló una lucha tenaz y porfiada de peña en peña, en la que los republicanos buscando la complicidad de la noche para vencer su inferioridad en armamento, sobre todo su falta de aviación y artillería antiaérea, reconquistaban de noche, con bombas de mano, lo que perdían de día bajo una lluvia constante de metralla. Recalde, Ladreda y Carrocera fueron maestros consumados en el arte de atacar de noche, ocupar las alturas y al amanecer dejando débil patrulla en el monte buscar de nuevo la protección de las cuevas, para evitar bajas. Cada tarde se perdía y cada noche se reconquistaba cada uno de los picos que sobresalen del laberinto de la Sierra de Santianes. Esta lucha tenaz y salvaje termina hacia el 6 de octubre, cuando nuevamente los atacantes, empleando todas sus reservas ensanchan su frente hacia el Sur, por Camarmeña, hacia Covadonga que ocupan y salen por Cangas de Onís a la retaguardia de Recalde, Ladreda y Carrocera que hubieron de retirarse rápidamente con sus escasas fuerzas al oeste del Sella. Paralelamente el general Aranda que había comenzado su ataque por el Sur, desde la región de San Pedro de Luna, ocupaba sucesivamente los puertos de Piedrafita, Vegarada y Terna en donde encuentra una resistencia violenta por parte

de los republicanos, lo que impone a la invasión un ritmo extraordinariamente lento.

3). –Comienza con el parón violento que el comandante Marquina da al enemigo con una brigada improvisada a la salida misma de Cangas de Onís. Este período se caracteriza por un nuevo aspecto que se define en que el enemigo, a quien la lentitud del avance quiebra los planes, pues siente llegar el invierno con las lluvias y las nieves, empleando todas sus reservas busca, en nuevas direcciones, desbordar la resistencia y terminar pronto con el Norte.

El ataque desde Santander, en la dirección Este–Oeste, por la vía de invasión Unquera–Llenes, había necesitado para recorrer una distancia de 30 a 35 kilómetros cerca de un mes de combates durísimos y aun para lograr esta penetración aproximada de un kilómetro por día (media del periodo entre Llanos y Cangas de Onís) se vieron obligados a empeñar en el combate parte de las reservas italianas.

A esta velocidad no podía realzar su misión y roto el frente de la línea de Nueva, segunda fase, al salir de Cangas de Onís, vio que aún no tenía ante sí camino libre, que aún no había logrado la ruptura, tras un mes de combates. La invasión por una sola dirección no da más de sí, la ofensiva llegaba a su embotamiento y el general Dávila hubo de montar una maniobra combinada que desbordara el frente republicano en profundidad. Aranda puso entonces en acción otra parte de las reservas, dos divisiones del Cuerpo de Castilla con Muñoz Grandes que atacaron los puertos de Pajares y Tarna buscando las direcciones de Laviana y Campo da Caso, hacia Infiesto.

Tercera fase. Fue una ofensiva combinada convergente hacia Infiesto desde el Este y el Sur. La defensa fue, en la dirección Este, tan tenaz como en la segunda fase se defendió con igual tesón el Sella; y en profundidad hasta los puertos de Suave y el Mirador del Fito se libró la verdadera batalla de la defensa y allí el enemigo, por fin, logró romper el frente aunque en una brecha estrecha que no pudo explotar con rapidez hacia Colunga–Villaviciosa–Borines–Infiesto. La dirección de penetración desde el Sur no tuvo éxito, el terreno era muy difícil, la distancia mayor. Esta dirección la defendió el XVII Cuerpo mandado por el coronel Linares y actuó el grupo operativo del comandante Marquina. Por los republicanos se hizo una resistencia de tipo elástico, maniobrera, sin defender línea, atacando con fuerzas concentradas a las columnas enemigas por medio de golpes sucesivos y enérgicos que obligaron al enemigo a ser prudente en el avance y en consecuencia lento. La penetración de Muñoz Grandes no logró alcanzar sus objetivos, apenas llegó a Campo de Caso con sus vanguardias después de cerca de quince días de combate.

El frente del Este donde combatía el XIV Cuerpo absorbía todas las reservas republicanas y las posibilidades. Para mantener su capacidad combativa había que enviarle cada jornada 300 hombres para reponer bajas, esto duró 45 días, llegando a agotar los recursos humanos a pesar de aplicarse medidas extremas de movilización.

Pero la resistencia republicana se había agotado en los combates intensos del Mazuco, de Nueva y Onís, del Sella, campos sangrientos de la gran batalla de Asturias.

\* \* \*

Mientras se desarrollaban los terribles combates que constituían la gran batalla de Asturias, en su retaguardia se producían dos importantes hechos que merecen ser reflejados: la reunión del Consejo Soberano de Gobierno de Asturias y León y la organización de la evacuación de Asturias.

A mediados del mes de octubre el Presidente del Consejo Soberano, Belarmino Tomás convocó una reunión en el edificio del gobierno civil, convertido en presidencia del Consejo.

A la reunión asistieron Segundo Blanco anarquista; Juan Ambou, comunista; coronel Prada, jefe del Ejército; teniente coronel Martín Luna, jefe de las fuerzas aéreas; capitán de navío Valentín de Fuentes, jefe de las fuerzas navales; comandante Ciutat, jefe del Estado Mayor del Ejército; teniente coronel Galán, jefe del XIV Cuerpo; teniente coronel Linares, jefe del XVII Cuerpo; coronel Franco, jefe de la industria de guerra. La reunión fue presidida por Belarmino Tomás. A ella asistieron también algunos otros miembros del Consejo Soberano.

Muchos de los convocados sólo conocían la visita que Amador Fernández y Segundo Blanco habían hecho al gobierno en Valencia, pero ignoraban lo tratado y sus resultados.

De la comisión que salió a visitar al gobierno sólo regresó Segundo Blanco. Amador Fernández se quedó en Francia. ¿Causas? Unos dijeron que obedeció a un accidente de

aviación que tuvo en compañía de Segundo Blanco, pero a éste no le pasó nada; otros alienaban que Amador Fernández se había quedado a realizar algunas «gestiones» cerca del gobierno francés. Pero lo que era claro es que Amador Fernández había renunciado a volver a Asturias. Belarmino Tomás planteó la cuestión de que la situación militar era excepcionalmente grave, que era necesario apreciarla en todo su volumen y decidir. Añadió que la comisión enviada a Valencia así se lo había expuesto al gobierno, que él había enviado también varios despachos cifrados y que no había obtenido ninguna esperanza de ayuda eficaz dada la urgencia con que se necesitara para que llegara a tiempo. Señaló que en tales circunstancias había que plantearse salvar al Ejército para llevarle a la zona centro-sur y que para esto había pedido al ministro de Defensa la ayuda de la flota y que se trataba también de conseguir que ayudara la flota de Francia e Inglaterra. Añadió que Amador Fernández hacía gestiones en este sentido, así como en el de conseguir que a cambio de no destruir la industria, y las minas Franco dejara embarcar al ejército. En resumen pedía a los jefes militares que dieran su opinión, sin disimular la situación por temor a ser tachados de derrotistas.

¿Cuáles fueron las opiniones más destacadas?

Segundo Blanco se mostró de acuerdo con Belarmino Tomás.

Juan Ambou se mostró partidario de la resistencia para que el resto de las fuerzas republicanas ganaran tiempo y posibilidades de fortalecerse y de crear las condiciones de la victoria.

El teniente coronel Galán habló sobre la situación de su Cuerpo de Ejército. Afirmó que tenía en total unos 5.500 hombres que se extendían desde Campo de Caso hasta el mar, apoyándose en las últimas estribaciones de los puertos del Suave y cubriendo aún Infiesto. Le atacaba el Cuerpo Navarro reforzado con unidades del Cuerpo Italiano que entraron en acción para lograr romper en Arriondas y en el Mirador del Tito. Su flanco derecho se encontraba sin enlace con el XVII Cuerpo. Su frente discontinuo y sin reservas era una cortina débil. Sin embargo consideraba que aún las posibilidades de resistencia no estaban agotadas.

El teniente coronel Linares manifestó que sus reservas habían sido quemadas sucesivamente en el frente Este. Que le atacaban 2–3 divisiones del Cuerpo de Castilla y que frente a ellas oponía unos grupos que sin cubrir el frente se concentraban y maniobraban en la zona de Laviana perdiendo lentamente el terreno. Señaló que el avance enemigo continuaba en dos direcciones: hacia el Norte para salir al Campo de Caso y buscar la retaguardia del XIV Cuerpo por Infiesto, y por otro lado desbordar el Puerto de Pajares que defendía Bárzana con éxito, buscando la dirección de Oviedo desde el Sur para dividir en tres partes las fuerzas republicanas. La información acusaba al mismo tiempo concentraciones en Gradó lo que confirmaba la hipótesis del jefe del XVII Cuerpo de que nuevas fuerzas se preparaban para atacar desde Grado Oviedo (como ocurrió cuatro días más tarde). Se trataba de dos divisiones del Cuerpo de Galicia.

El Ejército de Asturias no disponía de ningún navío. En el mar sólo contaba con el destructor «Ciscar», un viejo torpedero



reparado con cemento para que pudiera navegar. Barcos mercantes sólo había 30–40, en su mayoría pesqueros y carboneros, de cabotaje, sin velocidad que les permitiera escapar a la persecución de los «bous» enemigos, Para la defensa de costas sólo había un cañón de 152,4 en el puerto de Gijón. Defensa antiaérea sólo se contaba con las dos piezas del «Ciscar» y las 6 «Oerlikon» de 20 mm., con escasa munición.

Expuesta así la situación por separado, el jefe del Estado Mayor, a petición del Jefe del Ejército, completó la situación con los siguientes aspectos:

Ante el ejército se plantea la misión de defenderse para sostener a toda costa los puertos de Gijón y Avilés, haciendo de Asturias una plaza de armas que esté en condiciones de servir de base a una ofensiva combinada con los ejércitos de Levante y Centro, aunque naturalmente se trate de cumplir una misión limitadísima. Para ello es fundamental mantener la comunicación con el mar. En el resto del frente podemos ceder terreno, en la dirección de la costa, no.

El período más intenso de peligro que obligue a continuar combates tenaces, durará hasta las lluvias y nieves de invierno, esto es, hasta diciembre. Si llegamos a diciembre tendremos tres meses de relativa calma. Si los aprovechamos bien, para la primavera el enemigo ya no podrá concentrar sus fuerzas sobre el Norte, pues Centro–Levante estarán en condiciones de actuar con eficacia.

El enemigo busca cortar rápidamente la salida al mar, dividiendo al mismo tiempo al Ejército con miras a cortar la

salida al mar y al monte al grueso de las fuerzas que se defienden entre Infiesto–Oviedo–Grado, y al Norte, esto era, el XIV Cuerpo y la mitad del Cuerpo XVII. Para oponerse a esta maniobra el Ejército no tiene reservas y no puede constituir las sin ceder terreno para reducir su frente.

No existe ya frente continuo ni en el Sur ni al Este, el frente ha quedado reducido a una débil cortina de la que da idea el dato de que todo el sector de Trubia, entre Grado y Somiedo, de una extensión de más de 70 kilómetros ha quedado cubierto por dos compañías de aviación, organizadas con las ametralladoras de los aviones destruidos: en total 240 hombres con 30 ametralladoras.

La proporción de fuerzas es la siguiente:

Frente al XIV Cuerpo atacan el Cuerpo Navarro reforzado con unidades italianas. Esto es, frente a menos de 6.000 hombres más de 35.000.

Frente al XVII Cuerpo en la dirección Sur que no cuenta con más de 4.000 hombres, ataca la agrupación de Aranda con 20.000 hombres.

En total el Ejército del Norte no contaba con más de 18.000 hombres.

Para cumplir su misión, el Ejército debía concentrarse en la plaza de armas Pravia–Villaviciosa apoyándose en la fortificación del cerco norte de Oviedo para defender los puertos de Avilés, San Juan de Niera y Gijón y formar una cabeza de puente con vistas al futuro.

La solución no es fácil de realizar –continuó el jefe del Estado Mayor–, pero ofrece la ventaja de escapar al doble corte con que amenaza de una manera inminente la maniobra enemiga, pero para ello es necesario obrar muy rápido a pesar de las dificultades del transporte por falta de gasolina.

Éste era el resumen y propuesta que hacía el jefe del Estado Mayor, a pesar de las indudables dificultades de realización existentes.

La reunión no tomó ningún acuerdo concreto.

Unos días después, el 20 de octubre a las 11 de la mañana, Belarmino Tomás llamó al Jefe del Ejército. A su regreso de la entrevista, éste comunicó al Jefe del Estado Mayor: «El Consejo ha decidido marcharse hoy mismo y me ha querido encargarse de continuar aquí con plenos poderes dirigiendo la defensa. Yo le he dicho a Belarmino Tomás que esto no es posible, pues no bien conocida la marcha del Consejo se produciría un derrumbamiento de la moral que anularía las últimas posibilidades de lucha y que, entonces, ya no se podría pensar ni en salvar al Ejército. Y le he dicho también, que si el Consejo se va, yo me voy. Belarmino me ha contestado que el Consejo sale en avión después de comer, así que yo me voy al torpedero».

El 20 de octubre el Consejo Soberano renunciaba a su «soberanía», dando con su huida la señal de la terminación de la resistencia organizada en el Norte. Dejaba abandonado al ejército. Y en su huida el Consejo era secundado por el coronel Prada.

\* \* \*

En el frente, conocida la huida del Consejo y del Jefe del Ejército, se empezaron a producir las deserciones en masa hacia el monte con la ilusión de poder continuar la lucha en las condiciones que fueran, antes que entregarse al enemigo.

Fue entonces cuando comenzó la organización de la evacuación.

Se designaron comandantes militares en los puertos: en el de Avilés al comandante Cristóbal; en el de San Juan de Nieva a Víctor Álvarez; en el de Gijón a Arturo Vázquez.

Los comandantes militares recibieron la lista de los barcos y de las unidades que debían de embarcarse.

En el frente se procedió a la selección de los mejores combatientes, que pasaban a formar las unidades de choque.

Fueron concentrados en los puntos de embarque los batallones de choque, la D. E. C. A., y los batallones de tanques.

Se organizaron con los que se quedaban grupos de guerrilleros desprovistos de víveres y municiones.

Entre la una y las dos horas del día 21 de octubre salieron los primeros barcos de Gijón, de San Juan de Nieva y de Avilés. En la mañana del 21 y la noche del 22 salieron los últimos.

Mientras tanto, el enemigo continuaba la ocupación. El Cuerpo de Ejército Navarro se apoderó el día 19 de Villaviciosa y de la región de Infiesto. El día 21 entra en Gijón. El día 22 las fuerzas del general Aranda ocuparon Avilés, Trubia, La Manjoya, Lena, La Felguera, etc.

En el mar los buques facciosos «Cervera», «Velasco» y «Júpiter» entre otros, apoyados por la aviación iban hundiendo o apresando muchos de los barcos que se llevaban a Francia los restos del Ejército del Norte.

¡Sólo se salvaron 9.000 combatientes!

\* \* \*

Los republicanos habían perdido la batalla del hierro.

Desde mayo de 1937, el Ejército del Norte que nunca llegó a los 200.000 hombres, había tenido 33.000 muertos y 105.000 heridos. El 17 por ciento había pagado con su vida su fidelidad a la República. ¡El 70 por ciento del Ejército del Norte había pagado con su tributo de sangre su fidelidad a la República!

¿Merecía la II República tantos sacrificios?

## Capítulo XXV

### EL GRAN INOCENTE

¿Comprendieron las gentes de la II República la significación de la pérdida del Norte?

–No.

Castro tuvo la sensación a través de su vivir en la «cima» de que el drama del Norte había acabado por cansar a la gente: a los de arriba y a los de abajo. Y, posiblemente, él no lo supo nunca, la pérdida del Norte se acogió por muchas gentes con un suspiro de alivio.

¿Es que no sabía la gente que la pérdida del Norte era en realidad la pérdida de la guerra?

Y, sin embargo, la pérdida del Norte era el comienzo de un triste fin de la segunda república, porque con esa dolorosa pérdida la correlación de fuerzas y un sensacional cambio de la situación estratégica general se habían producido a favor del general Franco. Pero los españoles del campo republicano no querían analizar la guerra a través de la aritmética. Y era la

aritmética la que hablaba rotundamente, era la aritmética convertida en el contador de la tragedia quien empezaba a imponerse, quien se había encargado de repartir la derrota y la victoria.

He aquí el cuadro que ofrecía la guerra después de la pérdida del territorio republicano del Norte:

Primero. –El general Franco logró destruir en el curso de la batalla del Norte tres Cuerpos de Ejército republicano con un total de más de 100.000 combatientes. De estos 100.000 hombres más de 45.000 fueron incorporados a las unidades de Franco.

Segundo. –Al reducir sus frentes con la conquista del Norte el general Franco tuvo la posibilidad de desplazar a otros tres Cuerpos de Ejército a otros frentes.

Tercero. –Con la desaparición del teatro de operaciones del Norte, Franco anuló la amenaza de un golpe combinado de los republicanos sobre el pasillo pirenaico y liquidar una plaza de armas que constituía una base sólida de los republicanos para una acción sobre las provincias de León–Burgos–Valladolid y para el corte de Galicia con el resto de la zona franquista.

Cuarto. –Franco logró terminar con la dispersión de su flota de guerra obteniendo la posibilidad de concentrarla en el Mediterráneo y de reforzar con ello el bloqueo de las costas republicanas, como asimismo de asegurar sus vías de abastecimiento de Italia.

Quinto. –El general Franco había logrado romper el equilibrio de las fuerzas a su favor.

En el orden industrial las ventajas logradas por el general Franco no eran menos importantes:

Primero. –Consiguió la base sidero–metalúrgica del Norte, la fundamental del país y cuya producción alcanzaba el 36 por ciento de la producción nacional, el 60 por ciento de la producción de hulla y el 40 por ciento de hierro.

Segundo. –Para tener una idea de lo que esto suponía en el potencial industrial de las fuerzas en lucha, es suficiente con tomar como índice las cifras de la producción hullero–metalúrgica del país en millones de pesetas correspondiente al año de 1929 para obtener las siguientes cifras:

En marzo de 1937 la producción había quedado repartida así:

En la zona republicana 985 millones, el 71.90 %

En la zona de Franco 385 millones, el 28.10 %

En diciembre de 1937, perdido ya el territorio republicano del Norte, la producción quedaba repartida de esta manera:

En la zona republicana 485 millones, el 35.40 %

En la zona de Franco 885 millones, el 64.60 %



En el orden político Franco también había logrado algunos éxitos importantes:

Primero: Por razón de su victoria militar en el Norte, el general Franco había logrado en cierto grado debilitar la confianza de importantes sectores de la población en la victoria de los republicanos.

Segundo: Esta misma victoria le había permitido influir a importantes sectores de la pequeña burguesía a las que las derrotas de los republicanos empujaban hacia el que creían el posible vencedor.

Tercero: Con la victoria en el Norte, Falange reforzaba sus posiciones en el campo franquista, ya que debilitaba a los grupos conservadores de oposición.

Cuarto: Franco aumentó también su crédito en el exterior y, por tanto, las posibilidades de obtener una ayuda más amplia.

\* \* \*

Castro detestaba a don Indalecio Prieto. En primer término, porque en contra la opinión general no le creía un gran político, sino un brillante marrullero político; en segundo término, porque fue el «chulo» parlamentario de la II República, papel que tanto en política como en otros órdenes de la vida Castro detestaba; en tercer término, porque Prieto era una dificultad más que para el Partido Comunista como tal Partido, para la república misma Y, por último, porque Prieto se

había mostrado desde el comienzo de la guerra misma hasta el momento de la pérdida del Norte como un hombre muy mediocre desde el punto de vista de su trabajo, contrastando este negativo balance con su brillante balance como parlamentario. Lo que en síntesis significaba que don Indalecio no era otra cosa que un charlatán incansable y fácil.

Pero Castro se vio obligado a reconocer que entre los dirigentes políticos de la II República, Prieto fue uno de los que comprendió con más aproximación la pérdida del territorio republicano. Por lo mismo frente al silencio casi general de los demás, él, como Ministro de la Defensa –el premio que Negrín le concedió por su traición a Largo Caballero– publicó una nota que bien podría intitularse «Las confesiones del gran Inocente». Prieto comprendió toda su responsabilidad. Comprendió, además, toda la responsabilidad del Partido Socialista. Y para salvarse y salvarle dio su «explicación» sobre las causas de la pérdida del Norte:

Primero. –La «no intervención», lo que sin duda era cierto. Pero el señor Prieto se callaba que era M. Léon Blum, su brillante colega francés el inventor de tal monstruosidad.

Segundo. –La imposibilidad geográfica de ayuda al territorio republicano del Norte. Lo que en realidad era mentira, ya que de parte del general Llano de la Encomienda, general jefe del Ejército del Norte, se había propuesto después de la batalla de Guadalajara una operación para unir el Norte con Cataluña. Para dicha operación cuyos flancos estaban protegidos por el Pirineo y el Ebro se disponía en aquellos momentos de las siguientes fuerzas: 40–50 batallones en Euzkadi y más de 15

brigadas en la zona Centro–Sur, suficientes para haber atravesado los 175 kilómetros que separaban al Norte de Cataluña.

Tercero. –En Santander la resistencia republicana no adquirió la suficiente resistencia. Cierto. Pero don Indalecio se callaba que el responsable era el general Gamir, nombrado por él en sustitución del general Llano de la Encomienda.

Cuarto. –La creación del Consejo Soberano de Asturias–León. Cierto, pero lo que don Indalecio no decía en su nota es que fueron los hombres del Partido Socialista, sus camaradas, los que rompieron con el gobierno central con vistas a hacer más fáciles sus intentos de compromiso, compromiso que consideraban que debía de establecerse sobre estas dos bases: que Franco dejara evacuar al Ejército del Norte; que a cambio de esto el Consejo Soberano se comprometía a respetar las instalaciones mineras y metalúrgicas de Asturias.

Cualquiera que no hubiera sabido que el Partido Socialista había asumido la dirección de la guerra desde la creación del gobierno Largo Caballero; cualquiera que no hubiera sabido que primero Largo Caballero y después Indalecio Prieto habían sido los dos socialistas que habían asumido como ministros esa gran función, hubiera llegado a creer fácilmente que don Indalecio hacía una intrascendente crónica más en su vida sobre un problema lejano y ajeno. Los que no estuvieran muy al tanto de los problemas podían llegar fácilmente a la conclusión de que don Indalecio Prieto y Tuero era EL GRAN INOCENTE, la víctima de una serie de circunstancias que le

habían impedido mostrar su genio militar y político en tan fundamental batalla como había sido la del Norte.

Y se hubiera podido creer, generosamente, en su inocencia si después de la derrota del Norte, él nos hubiera dado los nombres de los responsables, poniéndolos en la picota pública y sancionándolos desde el punto de vista militar como correspondía.

Pero Indalecio Prieto no lo hizo.

Se disfrazó de la Gran Celestina y nos ocultó lo siguiente: que Leizaola y De la Torre fueron dos de los más grandes responsables de la pérdida de Euzkadi; y también, aunque en menor escala, José Antonio Aguirre, que ante el temor de que Euzkadi perdiera sus «libertades nacionales» no quiso fundirse en el esfuerzo unificado militar y político para salvar a Euzkadi y el Norte; que un batallón nacionalista que defendía Sestao mantuvo conversaciones con las unidades italianas de las que salió el acuerdo de dejar pasar a éstas y de no lesionar en lo más mínimo las bases industriales; la deserción de los tres batallones nacionalistas convocados por Leizaola y De la Torre en Santoña para su evacuación y que abrieron el frente a las fuerzas de Franco; la fuga de Belarmino Tomás y Amador Fernández, del comisario Somorrivas, de Cipriano González y Leira; la incapacidad del general Gamir y del coronel Prada.

De esto no habló.

Se limitó simplemente a lo siguiente: a nombrar comisario del Aire a Belarmino Tomás; Intendente General a Amador Fernández; subsecretario de armamento al ex comisario

Somorrivas; jefe del Ejército de Andalucía al coronel Prada; secretario del comisario de Marina al comisario del XIV; y nombrando, a través de Paulino Gómez, ministro de Gobernación, gobernador de Castellón de la Plana a Cipriano González.

¿Se morirá alguna vez don Indalecio Prieto?... Hay que esperar que sí... Y hay que esperar que los historiadores aconsejen que en su lápida se ponga, después de los nombres y apellidos, que es la costumbre, el gran título que se ganó a pulso con aquella nota «explicatoria» de las causas de la pérdida del Norte: EL GRAN INOCENTE.

Y no sería un favor.

Se haría justicia a un hombre que como Pilatos se ha pasado la vida lavándose las manos.

## Capítulo XXVI

### TERUEL POR EL «PASILLO EXTREMEÑO»

Durante los días siguientes a la pérdida del territorio republicano del Norte, Castro apareció muy poco tiempo y muy pocas veces por su despacho del Comisariado General de Guerra. Su preocupación eran dos hombres: el general Rojo y el general ruso Stern. Y cuando podía y como podía hablaba con ellos todo el tiempo que le era posible. Comprendía perfectamente todos los cambios que se habían operado en la situación. Y recordaba las palabras de Kleber: «Tu informe será necesario leerlo muchas veces durante la guerra». Y recordaba que había hablado ante el Pleno de los posibles propósitos de Franco de aislar Cataluña de la zona republicana Centro–Sur. Y se sentía terriblemente inquieto cuando ya en la noche se encerraba en la habitación de aquella casita frente al mar y rodeado de silencio analizaba la situación.

En una de las visitas al general Rojo le hizo solamente una pregunta:

–¿Romperemos la tregua?

–Creo que sí.

Desde el despacho del general Rojo se fue a ver al general ruso Stern. Primero tomaron te en silencio. Luego el general puso en un gramófono los últimos discos que le habían enviado de Moscú. Escucharon durante algún rato. A Castro le gustaron aquellos discos: eran discos de revolución y guerra, con el estruendo de una gran tormenta.

–Maravillosos, Stern.

–Sí.

Y se miraron.

–¿Hablamos de la guerra, camarada?

–Sí.

–Creo, camarada Stern, que la situación se ha complicado extraordinariamente con la pérdida del territorio del Norte. Franco ha logrado no sólo la superioridad de fuerzas sino un cambio favorable en la situación estratégica... No sé qué pensarás tú... ¡No lo sé!... Pero, creo que ha llegado la hora de la movilización general, creo que hoy más que nunca necesitamos que la Unión Soviética nos ayude con armas para compensar nuestra inferioridad numérica y nuestra difícil situación estratégica, creo también, que hay que ayudar a Rojo a elaborar un plan y a ponerlo en práctica rápidamente... ¿Qué piensas, camarada?

–Sí... Estoy pensando en lo que has dicho... Interesante sin duda, muy interesante...

–¿Nada más?

–No resuelvo solo, camarada.

–Me lo figuro... Pero tú puedes saber si recibiremos pronto el suficiente material que necesitamos; tú puedes pegarte un poco más al general Rojo; tú puedes hablar con el Partido y plantearle, si es que estás de acuerdo, que ha llegado la hora de la movilización total...

–¿Y tú no puedes hacerlo?

–Puedo y no puedo... Puedo hablar con el Partido. Y cada vez que yo planteo un problema que no sea del Comisariado Político me preguntará: «¿Cómo va el Comisariado, camarada Castro?»... Porque yo soy solamente eso, el hombre del Partido en el Comisariado... Pero, tú eres algo más que eso: tú eres el representante militar del camarada Stalin; tú eres, además, un general soviético que sabe mucho de cómo hay que hacer la guerra... ¿Comprendes, camarada Stern?

–Sí.

–Y...

–¿No será,, camarada Castro, que te estás dejando dominar un poco por el pesimismo de esta hora desafortunada?... ¿Acaso no sabes que la guerra, por lo general, es un conjunto de victorias y derrotas?... ¿Qué gran caudillo militar de todos



los tiempos no ha sido derrotado alguna vez?... ¿Comprendes, Castro?... ¿Una derrota?... ¿Acaso no la ha tenido Franco en Madrid?... ¿Acaso no la ha tenido Franco en Guadalajara?...

–¡Dos!

–Cierto, dos.

–Pero la victoria del Norte le compensa por esas dos derrotas... Sí, las derrotas que le ocasionamos a Franco fueron derrotas parciales... Tú lo sabes bien... No alteraban en lo más mínimo la situación estratégica en general ni cambiaron la relación de fuerzas... ¡Ahora es distinto!...

–¿Quieres más té, Castro?

–No... Me olvidé que tenía mucho que hacer y me he entretenido demasiado.

Y se puso en pie.

–No dejes de venir, camarada... Té, discos... Y una conversación agradabilísima de mi parte, en la que me demuestras que si yo soy un general soviético, tú eres un general español, un general comunista... Con la ventaja sobre mí de que, además, eres un gran comisario...

–Muy diplomático tu final.

–Salud.

–Salud, camarada Stern.

Ya en la calle pensó en que no tenía ganas de ir al Comisariado. Ni a su casa tampoco. Quería andar. Mezclarse con la gente. Mirar a los ojos de los demás. Escuchar con un gesto indiferente lo que se hablaba entre la gente simple, entre esas gentes que no eran comunistas, ni comisarios, ni generales... Y comenzó a caminar... Lentamente, como un hombre cualquiera... Y se alegró de no andar de uniforme en la retaguardia: tenía sus grandes ventajas... Pero se notaba extraño... Había perdido la costumbre de andar por la calle sin pensar en nada, había perdido la costumbre de ser un «hombre cualquiera»... Entró en la calle de la Paz, Y comenzó a buscar un café en el que hubiera gente y ruido. Y al fin uno. Era un café del que se contaba que en él el general Asensio cuando estaba borracho se meaba en sus distintivos de general. Se sentó en un sitio apartado. Y procuró dar la espalda al resto de las gentes. No quería que le conocieran. No. Él quería ser un «hombre cualquiera». Y poder hablar con esos «hombres cualquiera» que son, por lo general, la columna vertebral de los pueblos.

Encendió un cigarro y probó el café.

«No está mal... Mejor que el de mi casa».

Y a escuchar... La gente hablaba de la guerra... Y reía. Y fumaba cigarros americanos... Y vestían los militares con tal elegancia que hacían recordar a los oficiales de casta... Y mujeres con los ojos pintados... Con algunas de sus carnes al aire... Y bebiendo y bebiendo, que aún había buenas bebidas en Valencia. Aquellos tampoco eran «gentes cualquiera».

Comenzó a cansarse.

Y a pensar en irse.

Pero, alguien le tocó en el hombro... Se volvió lentamente...Y soltó una carcajada... Y se puso en pie... Y se abrazaron... Fuertemente... Porque Castro estaba viviendo uno de esos momentos de inmensa soledad, de esa soledad que envuelve al hombre en una angustia indescifrable...

–¡Sendín!

–¡Castro!

Y se sentaron... Y mientras el camarero servía a su acompañante, Castro estuvo observando al viejo camarada de los tiempos puros, de los tiempos en que se vivía para hacer la revolución, una revolución que pareciera una primavera, una revolución que hiciera reír alegremente a millones de hombres y mujeres, que hiciera a las gentes bailar en las calles... Y gritar... Sendín había envejecido. Era una vejez extraña... Una vejez más de pena que de cansancio y tiempo. El otro como siempre echó un terrón de azúcar en el café y el otro se lo metió en la boca... Y comenzó a sonreír...

–¿Qué cuentas, jefe?

–No seas cabrón, Sendín...

Y rieron los dos... Y se olvidaron de todo... Y poco a poco comenzaron a hablar en voz baja, que era grave lo que iban diciendo, mientras miraban el entrar y salir de la gente...

–¿Y la revolución, Castro?.

–Bien.

–¿Y la guerra?

–¡Bien!

–Tú siempre has sido un hombre desconfiado, Castro... Yo no sé si por prudencia o por cobardía de decir la verdad sobre algo... ¡No temas!... ¡No desconfíes!... El Partido te creería a ti y no a mí... ¿Castro?... ¿Sendín?... Castro es un militante ciento por ciento... ¿Sendín?... Sendín uno de esos madrileños a los que les gusta el vino y la juerga, las mujeres y el trasnochar... Una mezcla de golfo y revolucionario... Puedes hablar... Yo a cambio te diré tanto que podrías mandarme fusilar en unas horas...

–¿Qué quieres saber?

–Tres cosas, Castro. Primera y perdóname que no te lo haya preguntado antes ¿qué tal está la camarada Esperanza, esa maravillosa camarada convertida en la «esclava» del camarada Castro?... Después... ¡Dime, Castro!... Dime: ¿cómo van las cosas?... ¿Qué piensan los rusos de la guerra?... ¿Qué piensa el Partido de la guerra?...

–Esperanza está bien, aunque no muy bien... Está enferma, pero de una extraña enfermedad... Los médicos la inyectan calcio... Y muchas cosas más... ¿Pero tú crees que el calcio cura la pena?

–Perdona, Castro.

–¿Que cómo va la guerra?... ¿Por qué en vez de preguntármelo tú, no me lo pregunta el camarada José Díaz, o el camarada Pedro Checa?... ¿Por qué?... Porque yo te lo voy a contar a ti porque necesito desahogarme... Pero ¿qué gano, qué gana el Partido y la guerra misma con contártelo a ti?

–Comprendo, Castro.

–Yo no sé qué está pasando, Sendín... Hablo a los generales rusos de mis preocupaciones y sonrían, mientras me dan una y otra taza de té y me hacen escuchar unos discos rusos maravillosos... Y nada más... Y de vez en cuando llamo a Checa con cualquier pretexto para ver si me invita a tomar café con él... Pero me saluda muy cariñoso, me pregunta, como tú, por la camarada Esperanza y al final me recuerda que el Partido está contento conmigo, muy contento... Y me tengo que encerrar en el Comisariado a firmar nombramientos o comunicados... Y tengo que subir a ver al imbécil de Álvarez del Vayo y esperar a que comience a hablarme en inglés, a que me hable después de sus ropas «Made in Manchester»... Y a que me recuerde que es amigo de Blum y Spaak y de todos los grandes hombres de la pequeña y acobardada Europa...

–Comprendo.

–Y si me encierro en mi casa es peor... La presencia de Esperanza, pálida y triste me ablanda, me hace ser compasivo, cariñoso, humano... ¿Te das cuenta?... ¡Humano!

–¿Van mal las cosas, verdad?

–Acércate más a mí.

El otro corrió la silla hasta tocar la de Castro... Y acercando su cabeza cuanto pudo habló.

–Di.

–Desde hace tiempo me vengo haciendo algunas preguntas: Primera. –¿Por qué la poderosa Rusia no nos envía más armamento para que podamos poner en pie de guerra a millares y millares de hombres nuevos?... No lo comprendo... A veces para consolarme un poco o para acabar con mis dudas pienso que la URSS tiene que ser muy prudente... ¡No enredarse en España!... Porque para ella España no es la batalla decisiva... Pero, inmediatamente pienso ¿por qué a los alemanes e italianos no les importa comprometerse?... Y, naturalmente las dudas surgen con más fuerzas que antes. Segunda. –Me pregunto el por qué el Partido no se concentra más en la guerra en vez de estar enfrascado en la lucha contra Prieto o contra los anarquistas o contra el P. O. U. M... ¿Acaso si ganamos la guerra no podremos desprendernos de esas gentes rápidamente y en cierta forma «legalmente»?... Pienso también que el Partido confía demasiado en Juan Negrín. Y créeme: Juan Negrín es más dinámico, comprende mejor los problemas de la guerra, pero ¿hace por la guerra cuanto se necesita?... Sí, mil veces mejor que los otros... Pero esto no es todo... Ser mejor que lo malo no significa ser todo lo bueno que es necesario ser... ¿Comprendes?

–¿Y a qué conclusiones has llegado, Castro?

Castro hizo como que no había oído.

–Castro... Y...

–A una terrible y brutal que comenzó a nacer en el Norte cuando el Partido me envió allí... ¿Interesa que ganemos la guerra?... ¿O solamente interesa que prolonguemos la guerra?

Sendín le miró fijamente, con los ojos un poco desorbitados y rojos, que hacían más expresivos el aumento de los amables de sus gafas. Y apuró el poco de café que le quedaba en la taza... Y alargó un cigarro a Castro... Y encendieron... Y fumaron durante unos segundos sin mirarse, como si cada uno de ellos quisiera olvidarse de lo que allí se había dicho...

–¿Nos vamos, Castro?

Y salieron a la calle. La ciudad vivía a oscuras. Y las gentes parecían personajes de una extraña misa negra. Sendín tomó a Castro de un brazo. Después miró hacia atrás para asegurar que nadie estaba cerca de ellos. Y luego habló.

–Puede ser, Castro... Puede ser... Pero a ti y a mí y a muchos más no nos queda más que una cosa: obedecer al Partido, luchar por el Partido, morir por el Partido... «¡El Partido sabe lo que hace!»... «Vale más equivocarse con el Partido que tener razón contra el Partido»... ¿Te has olvidado de esto, querido Castro?... Ja... Ja... Jaaaa. Increíble... Tú, un hombre de tan buena memoria olvidándose de nuestros innumerables y maravillosos mandamientos...

Y se calló.

–¿Tienes coche, Castro?

–Sí.

–Entonces, hasta que nos veamos... Saluda a Esperanza... Y dame la mano fuerte, muy fuerte... Y sigamos caminando en la guerra... Y fieles a la consigna de los comisarios: «Los primeros en avanzar y los últimos en retroceder»... ¿De acuerdo?

–De acuerdo.

–Y a morirnos sin remedio para que todos vean que la consigna del Comisariado, que salió de tu Quinto Regimiento, es maravillosa, maravillosa... ¡Y justa!... ¡Adiós, Castro!

–Salud, Sendín.

Y los días continuaron pasando...

\* \* \*

El resultado de la batalla del Norte imponía al Estado Mayor Central republicano algunos cambios en el plan general de la campaña a que obligaba la nueva situación general estratégica creada por la pérdida del Norte y la nueva relación de fuerzas.

Las líneas generales del nuevo plan trazado eran las siguientes:

a) Como operación fundamental de carácter decisivo: cortar las comunicaciones de Andalucía y Castilla por el pasillo extremeño apoyándose en la frontera portuguesa y el río



Guadiana y, dirigiendo el esfuerzo principal sobre el Sur, derrotar al ejército enemigo de Andalucía y ocupar la base enemiga de Sevilla y Andalucía para volverse luego sobre el Norte.

b) Como operaciones auxiliares:

1. Contragolpe estratégico para responder a una ofensiva enemiga sobre Madrid por Guadalajara o Aragón por Montalbán: ocupación de Teruel, envolviéndolo con tropas de montaña y explotando el éxito al Norte o Noroeste para amenazar el flanco y la retaguardia de la agrupación atacante enemiga.

2. Operación auxiliar o demostrativa: ocupación de Huesca, envolviéndola y explotando el éxito en caso de convenir hacia el Sur.

3. Operación auxiliar o demostrativa: ocupar Córdoba y explotar el éxito con un golpe sobre Peñarroya para abrir brecha en el frente enemigo y amenazar Sevilla y Cádiz.

4. Contraatacar sobre el flanco enemigo que se dirigiere sobre Guadalajara y Jarama para cortar la comunicación de Madrid. Tal contraataque partiría de la región de Tarancón.

5. Golpe sobre Granada para fijar fuerzas y cooperar a la ejecución de la maniobra principal.

Estas eran las líneas generales del plan elaborado por el general Rojo.

El plan sin duda tenía un carácter ofensivo y buscaba la solución de la guerra por medio de operaciones decisivas.

Esta operación, corte en Extremadura y aniquilamiento del Ejército enemigo de Andalucía, que se denominaba plan «P», respondía efectivamente:

1. Carácter decisivo, condición fundamental.

2. Posibilidades de realización: profundidad del golpe para realizar el corte no mayor de 75 kilómetros, frente enemigo débil por su fortificación y guarnición, apoyo sólido en el flanco defensivo (río Guadiana).

3. El golpe se dirigía sobre la parte más débil del enemigo (Andalucía), donde tenía el grupo más reducido y menos aguerrido de sus tropas y cortaba su comunicación con Marruecos e Italia, sus bases principales.

4. El golpe se dirigía sobre una zona con población favorable: Extremadura muy castigada por la represión, con antecedentes revolucionarios y combativos muy recientes, Sevilla con una fuerza base proletaria revolucionaria y Huelva donde se mantenían partidas de guerrilleros.

5. Si se lograba realizar la primera parte, el corte hasta la frontera portuguesa, la solidez del apoyo del Guadiana permitía economizar fuerzas, lo que era muy necesario para la realización del plan, dada la escasez de fuerzas republicanas e incluso su inferioridad general.

El mérito principal del plan consistía en que buscaba con fuerzas inferiores resultados decisivos.

El plan se parece al que proyectara el general Asensio y anunciara Largo Caballero, pero para poner las cosas en su lugar (pues sobre esto han especulado bastante los amigos de Asensio pretendiendo mostrárnosle como un estratega genial, pero incomprendido) conviene señalar las diferencias fundamentales siguientes:

a) Cuando Asensio proyectó su plan, el frente Norte existía y tenía casi tantas posibilidades de acciones ofensivas como la zona central (por su mayor rapidez de movilización).

b) El plan de Asensio despreciaba la cooperación necesaria con el frente Norte, prescindía de ella, que era la ventaja estratégica fundamental de aquella situación y al mismo tiempo la condición obligada para consolidarla.

c) El centro de gravedad enemigo entonces no estaba tan alejado: Andalucía y Extremadura tenían en proporción mayores efectivos y por tanto, la proyección de las fuerzas en aquella dirección no era favorable.

El plan «P» tenía un fallo: era la poca garantía que ofrecía la neutralidad portuguesa. Nada aseguraba que aun llegando a la frontera portuguesa la comunicación entre Andalucía y Castilla estuviera cortada. Portugal podía ser terreno favorable para el paso de tropas de Franco y de aviones y material de guerra extranjero.

¿Qué exigencias imponía el plan «P» a los republicanos?

1. Fuerzas no menores de 5–7 Cuerpos de Ejército para lograr la superioridad de fuerzas suficientes para romper y penetrar en una zona de 40–50 kilómetros, que defendían aproximadamente hasta 15 batallones enemigos. Por lo tanto no menos de 1–2 Cuerpos de Ejército para este golpe teniendo en cuenta la desproporción de armamento.

2. Defender sólidamente la línea del Guadiana, asegurando los pasos de Badajoz y Mérida especialmente. Teniendo en cuenta la extensión a cubrir (50 kilómetros) necesitaría 1–2 Cuerpos (4–6 divisiones).

3. Dirigir sobre Sevilla y Andalucía fuerzas superiores a las que allí tenía el enemigo. Si calculamos éstas en 4–5 divisiones, se necesitaban no menos de 8–9 divisiones (teniendo en cuenta la posibilidad de refuerzos de África).

4. Para asegurar la penetración rápida y profunda hasta la frontera con el fin de ocupar Badajoz, se necesitaba una unidad motorizada y de caballería. Para ir rápidamente sobre Sevilla se necesitaba de otra unidad rápida.

5. Era necesario poder concentrar aviación suficiente para poder asegurar, por lo menos, la superioridad en el aire durante la primera fase de la operación: ruptura, corte y organización del frente defensivo del Guadiana para defenderse del contragolpe desde el Norte. Esto es, en un plazo de 6–7 días.

6. Era necesario conseguir la sorpresa más absoluta.

De las condiciones necesarias para realizarlo se estaban creando:

1. Los 5 Cuerpos de Ejército (Ejército de Maniobra). De ello el 1.º de diciembre de 1937 faltaban armas para 3 divisiones (66, 67 y 73) y complemento para otras 3 (45, 70 y 34).

2. Unidades rápidas. Se trataba de organizar una división mixta de Caballería e Infantería motorizada, para ello faltaba aún material técnico (tanques) y la caballería estaba sin organizar aún.

El Estado Mayor del Ejército de Maniobra había efectuado reconocimientos llegando hasta Almendralejo y la carretera de Mérida por el cruce, entonces seco, del río Palomas, que se comprobó que permitía el paso de tanques. Esto ocurrió en noviembre de 1937.

A fines de noviembre el ministro de Defensa a consecuencia de informes recibidos de «su» servicio de Información, según los cuales el enemigo preparaba la operación sobre Madrid por Guadalajara, dispuso poner en práctica el contragolpe estratégico.

Así nació la operación de Teruel. Al planearla el general Rojo no renunciaba a su idea fundamental, el plan «P», por ello llevó a Teruel las fuerzas mínimas necesarias para el contragolpe, sin hacer concentración de fuerzas superiores que serían necesarias para la explotación del éxito en profundidad.

El general Rojo quería, una vez frustrado el golpe enemigo sobre Madrid, lanzar sus fuerzas a Extremadura, por ello, la

operación de Teruel se montó sobre la base de objetivos limitados.

De acuerdo con esta idea el general montó y mantuvo el dispositivo siguiente:

1. Para la operación de Teruel se atraen 5 divisiones de las 14 que tenía el Ejército de Maniobra.

2. El V Cuerpo de Ejército (3 divisiones) queda en Tarancón, orientando el contraataque sobre el enemigo, que lograra penetrar por Guadalajara y al mismo tiempo en camiones para poder desplazarse a la zona de concentración extremeña. Del XX Cuerpo, sólo se lleva una división (68), el resto queda en Ciudad Real (región) orientado hacia Extremadura. Del XXI Cuerpo se acerca una división hacia Extremadura (la 45) el resto (la 35) se acerca a Montalbán y más al sur (Alliaga). La 27 división seguía en Aragón. Así de los 5 Cuerpos de Maniobra, dos quedan sin actuar en absoluto y de los 3 restantes, 2 actúan con 2 divisiones (el XXII con la 11 y 25 divisiones), el XVIII con la 70 y 34 y otro (el XX) con la primera división (la 68).

Este esquema de despliegue es un claro exponente de la idea de maniobra. El general Rojo no quería volcar sus reservas en Teruel, las reservaba por el contrario para el plan «P», pero tal idea no estaba en relación con el tiempo ni con los medios existentes.

¿Qué conclusiones se desprendían de todos estos hechos?

1. Que el enemigo tenía una superioridad de fuerzas importante como se desprende del siguiente cuadro:

Republicanos: 45 divisiones; 540 batallones: 270.000 hombres; 208.000 fusiles; 4.000 fusiles ametralladoras; 2.600 ametralladoras; 30 cañones; 520 tanques y blindados y 175 aviones.

Franquistas: 49 divisiones; 588 batallones, 470.000 hombres; 318.000 fusiles; 15.364 fusiles ametralladoras; 5.724 ametralladoras; 2.544 cañones; 1.122 tanques y blindados y 700 aviones.

2. Por su mayor rapidez en la organización de su masa de maniobra y por su superioridad el enemigo obligaba por su amenaza sobre Madrid a prescindir del plan «P» y a orientarse sobre el contragolpe estratégico de Teruel.

3. La persistencia por el general Rojo en su idea de realizar el plan «P» sin tener en cuenta sus posibilidades reales, le llevó a mantener inactivas sus reservas generales con la ilusión de emplearlas en Extremadura, renunciando a la realización de nuevas acciones de características idénticas a las de Teruel, que mantuvieran la iniciativa en sus manos e impidieran al enemigo la concentración de sus fuerzas principales en una sola dirección.

4. Las ventajas de los rebeldes en la organización y explotación de los recursos industriales de su territorio, planteaba ante los republicanos el problema de los ritmos como una cuestión fundamental si querían impedir que el tiempo trabajara para el enemigo.

Tales eran los rasgos de la nueva situación militar creada por la pérdida del Norte.

\* \* \*

Paralelamente a la concentración de fuerzas por el mando republicano para la realización del plan «P», Franco realizaba, al menos así se creía, la concentración de sus fuerzas y medios para su operación sobre Madrid por Guadalajara.

Estos hechos confirmaban una vez más que en la estrategia el éxito es en mucho una cuestión de rapidez adelantarse al adversario antes de que éste haya tenido tiempo de concentrar sus fuerzas. Esto es lo principal. ¿Conocía Franco las líneas generales del plan «P»? No se sabía. Pero lo que si era claro es que al concentrar sus fuerzas en los primeros días de diciembre en la zona Jadraque–Alcolea del Pinar–Medinaceli–Almazán–Atienza en condiciones de poder iniciar su ofensiva en los primeros días de la segunda quincena de este mes, se había adelantado a los republicanos obligándoles, por su inferioridad de fuerzas que no les permitía hacer frente con posibilidades de éxito a la ofensiva enemiga sobre Madrid al mismo tiempo que realizar su propia acción ofensiva sobre Extremadura–Sevilla, a renunciar al plan «P» que podía haber producido cambios profundos, de carácter decisivo en la guerra.

El alto mando republicano que había recibido informaciones del general Miaja sobre la próxima ofensiva franquista sobre Madrid decidió montar rápidamente el contragolpe estratégico sobre Teruel, aunque sin renunciar, una vez desmontada la ofensiva franquista, a la realización del plan «P».



El día 24 de diciembre los republicanos habían terminado la concentración de sus fuerzas.

El XXII Cuerpo de Ejército al mando del comandante Ibarrola compuesto por las Divisiones 11 al mando del comandante Líster y la 25 al mando del comandante Vivancos partirían de la zona de Tortajada en dirección a Concul. Después de romper el frente enemigo la 11 División avanzaría hasta San Blas y pasaría a la defensiva hacia el Occidente. La 25 División atacaría Teruel desde el Norte.

El XX Cuerpo de Ejército al mando del teniente coronel Menéndez compuesto por las Divisiones 68 al mando del comandante Trigueros y la 40 mandada por el comandante Nieto desde la zona de Aldehuela deberían atacar Teruel desde el Sureste al Este.

El XVIII Cuerpo de Ejército al mando del teniente coronel Heredia compuesto por las divisiones 34 del comandante Etelvino Vega, la 64 mandada por el comandante Martínez Cartón, la 70 al mando del comandante Toral y dos Brigadas de la 41 división en la zona de Villel, tenía como misión romper el frente en la dirección Campillo–San Blas. Después de esto la 64 División estableciendo el frente hacia el Oeste pasaría a la defensa en el frente San Blas–Lahoz. La 34 División continuando la ofensiva se dirigiría hacia Teruel desde el Occidente llevando en segundo escalón la 70 División.

Los tanques de apoyo de la infantería fueron divididos entre la 11 y la 64 divisiones. Los tanques rápidos y los autos

blindados actuarían con misión independiente en la dirección del XX Cuerpo de Ejército.

El mando de las fuerzas republicanas estaría a cargo del coronel Sarabia, jefe del Ejército de Levante.

Franco había dado orden de comenzar su ofensiva sobre Madrid el día 16, pero el día 15 los republicanos se adelantaron comenzando la batalla de Teruel que había de durar 70 días.

En las primeras horas del día 15 comenzó la ofensiva del Ejército Regular Popular. El enemigo sorprendido no tuvo tiempo de reaccionar.

La 11 División rápidamente cubrió sus objetivos. A las 9 de la mañana alcanzaba San Blas en la región de los Morrones cortando las comunicaciones de Teruel con Zaragoza. A las 16:15 del mismo día ocupaba Concul. La 25 División que comenzó su avance con gran lentitud se limitó después de avanzar 2 kilómetros por la tierra de nadie a detenerse al contacto con el enemigo sin intentar ir más lejos.

La 34 y 64 Divisiones ocuparon a las 16:30 la Punta del Zorro, las cotas 1.015 y 1.028 y las fortificaciones de las cotas 1,164 y 1.101 de la Pedrera, el barrio de la Guea y las cotas 1.942 y 1.043 de la casa del Cura. A las 19 horas ocupaban Campillo.

Este mismo día Franco que se preparaba para comenzar su ofensiva por Guadalajara, temeroso de que la operación de los republicanos sobre Teruel estuviera combinada con un ataque en la región Montalbán–Aliaga que abriera en el frente una brecha de 50 kilómetros, dio orden de suspender la operación

sobre Madrid y de dirigir inmediatamente sobre Teruel los Cuerpos de Ejército de Galicia, bajo las órdenes del general Aranda, y el Cuerpo de Ejército de Castilla, mandado por el general Varela. El Cuerpo de Ejército Marroquí, bajo la dirección del general Yagüe recibió orden de con la artillería del Cuerpo Italiano y todas las baterías de la Reserva General de Artillería estar dispuesto para intervenir rápidamente.

La zona de concentración de las fuerzas rebeldes se hizo en Santa Eulalia Villarquemada – Cella – Gea de Albarracín – Albarracín – Porrendón. El Cuartel General del Cuerpo de Ejército de Castilla se estableció en Albarracín. El mando del Ejército que Franco dio al general Dávila, teniendo como jefe de Estado Mayor al coronel Vigón uno de sus hombres de confianza, se estableció en Ojos Negros. Los movimientos de tropas comenzaron el día 17 de diciembre bajo una violenta nevada y un frío intensísimo.

El día 16 los republicanos continuaron su ofensiva. Durante la madrugada las fuerzas de la 64 División efectuaban su enlace con el flanco izquierdo de la 11 División en la posición de los Marrones quedando definitivamente las líneas en esta cota y cerrándose el cerco a Teruel. El Frente Republicano quedaba de esta manera establecido desde las alturas de Celadas por el Norte de Concud, San Blas, Pedraza, Campillo y enlazado con las posiciones del XIX Cuerpo de Ejército en la parte Norte de la provincia de Cuenca.

El día 17 la 34 División ocupa la Muela de Villaestar, las Hoyadas y la Rocosa. Por la tarde ocupó los Altos Marimézquita.

El día 18 la misma División conquista la Granja y aniquila el grupo rebelde que se defendía en La Galiana. A las 16 horas conquista la Muela de Teruel.

El día 19 la ofensiva republicana adquiere mayor violencia. La 34 División llega hasta el campo de fútbol de Teruel. Las fuerzas del XX Cuerpo ocupan Castralvo, el Castellar y la 25 División ocupaba por el Norte el cementerio viejo para llegar al final de la jornada a ocupar algunas casas de los arrabales de Teruel. Este mismo día se ocupaba el Puerto Escandón.

El día 20 las primeras fuerzas enviadas por Franco para auxiliar a los sitiados entraron en acción violentamente. Uno de sus ataques fue dirigido sobre el frente de Los Morrones entre Campillo y San Blas apoyada por una fuerte preparación artillera pero fue totalmente rechazado. El segundo ataque se produjo en los Altos de Celadas y posición del Corralejo y revistió extraordinaria violencia pero no obtuvo ningún éxito. El tercer ataque tuvo por teatro la parte central en dirección San Blas y Conclud apoyada por una importante base artillera. Las fuerzas republicanas combatieron con gran intensidad y el enemigo no logró avanzar.

El día 21 las fuerzas republicanas ocupan Villaespesa que había quedado a su retaguardia, al mismo tiempo que estrechaba el cerco sobre Teruel con la ocupación de la plaza de toros y algunos barrios extremos.

\* \* \*

Desde el mismo momento en que comenzó la concentración para la operación de Teruel, Castro se desplazó al frente. La retaguardia le ahogaba. Era un ver atinares de ojos enfermos de inquietud y escepticismo.

Y no quería ver la duda en nadie, que bastante tenía con las suyas. Salió de Valencia al amanecer. Y horas después su automóvil tenía que detenerse: los tanques que habían de apoyar la penetración de Líster subían por un estrecho camino, cubierto de hielo y bordeando una profunda cañada que parecía esperar con la paciencia de la muerte una falsa maniobra de los tanquistas. Se bajó del coche para presenciar las penosas maniobras de los tanquistas.

–A tus órdenes, Castro –le saludó un viejo camarada, ayer metalúrgico y hoy capitán de una compañía de tanques rusos.

–Hola, camarada.

Y en silencio, clavaban sus miradas en las orugas de los tanques que patinaban y acercaba aquellos monstruos de hierro y muerte al borde del camino. Blasfemias y órdenes se mezclaban. Y ellos mirando sentían que el frío comenzaba a clavarse en sus carnes.

–Pasa ahora, camarada Castro.

–Gracias, Capitán.

Y continuó su camino despacio, sintiendo como el coche coleaba, acercándose peligrosamente al borde del abismo.

–Despacio, camarada... Trabaja en segunda... Y no frenes por nada del mundo... A tu derecha la muerte acecha.

–Sí, camarada.

Y poco a poco hasta que llegaron a unos trescientos metros de donde el comandante Líster había establecido su observatorio y puesto de mando.

Y Castro, después de andar un poco, se hundió con los demás en aquella trinchera hecha precipitadamente.

–¿Cómo van las cosas, Líster?

–Bien, Castro... Pero ¿por qué me miras con ojos de duda?

–No dudo... Pregunto nada más.

–Me cago en... Castro... ¿Por qué no dices de una vez lo que piensas?... Tú sabes bien que te queremos y te creemos... Que aquí se escuchan siempre tus consejos... Tú eres un comisario–soldado, tú no eres un comisario señorito, eres, además, el Partido en primera línea...

–Gracias, Líster... Ahora te diré lo que pienso... De camarada a camarada... ¿Te acuerdas Líster de Brunete?... ¿Te acuerdas Líster de Fuentes de Ebro?...

–Sí, Castro.

–Entonces ¿para qué preguntarte más?... Cuando un comunista recuerda sus errores de ayer, está libre del peligro

de volver a cometerlos... ¡Me has dado una gran alegría, Líster!... Porque hoy de ti dependen muchas cosas... Muchas... Más de las que tú te figuras... Tantas, camarada Líster, que para el subcomisario Castro no existen hoy más que dos preocupaciones: Líster y las comunicaciones de Zaragoza–Teruel... ¿Me has comprendido?

–Sí, Castro.

Y Castro sintió ganas de hacer sus necesidades. Abandonó la trinchera... Y cruzó las alambradas... Y en la tierra de nadie se bajó los pantalones... Escuchó carcajadas y el estallido de algunas bombas de mano cerca de él... Reconoció las risas de Líster... Y la voz de López Iglesias... Y continuó... Y continuó mientras miraba el valle al que había que llegar; y al pueblecito de Conclud que había que tomar... Y un poco más lejos las crestas de una sierra, la sierra de Albarracín que parecía mirar todo o mirarle a él... Y se subió los pantalones... Y las risas y las bombas de mano estallando cerca de él.

Y rompió a reír.

«¡Cabrones!»

«¡Ja... Ja... Ja... Jaaaa!» Y sus carcajadas se sumaron a las de los otros y cuando se dejó caer suavemente en la trinchera habló sin dejar de reír...

–¡Cabrones!... ¿Qué creíais?... Un comisario hace lo que tiene que hacer, todo lo que tiene que hacer pase lo que pase... ¿Lo habéis comprendido así?... He hecho cuanto he querido... Y he

visto dos cosas de las que vuestros ojos no deberían separarse ni para cagar: Concud y la carretera... ¿Me comprendéis?

–Eres implacable, Castro...

–No lo creas, Líster... No lo creas... Estoy a tu lado... Estoy a tu lado dispuesto a ser tu comisario, tu consejero, tu asistente o un soldado más de la 11 división... ¿Te das cuenta?... No soy implacable... Hoy se me ha olvidado todo... ¡Todo, Líster!... Hoy no odio más que desde esta trinchera para allá... ¡Nada más!... Y sólo vivo para tres cosas: para ti, para Concud y para las comunicaciones Zaragoza–Teruel... ¡Lo demás no importa!...

–Sí –dijo Líster mirándole fijamente.

–Sí, Líster... Realiza tu misión y para mi serás un gran soldado...

–Sí.

Y se frotó las manos. Tenía frío y hambre. Pero no dijo nada. Después vio que alguien llevaba coñac a Líster... Se interpuso.

–No... Hoy le está prohibido beber al comandante Líster.

El otro hizo ademán de seguir hacia delante. Castro sacó la pistola. Y apuntó.

–Hoy le está prohibido beber al comandante Líster... Y si alguien intentara emborrachar al camarada Líster, al comandante Líster, alguien ¿qué importa quién sea?, el subcomisario Castro disparará su pistola contra dos cosas:



contra una botella de coñac y contra quien intentara acercar la botella de coñac a nuestro comandante...

–Llévate la botella... ¡El camarada Castro tiene razón!

–Después podrás beber cuanto quieras... ¡Hasta caerte!... Pero ahora no, Líster... ¡Ahora no!... Te lo ruego y te lo ordeno...

Y las horas siguieron pasando.

Y la noche.

Y el nacimiento del día.

«¡Ya!»... «Ya»... «¡Ya, camaradas, yaaaaaaa!»

Y Castro enloquecido comenzó a caminar con los que avanzaban... Pero alguien le agarró de un brazo y tiró de él.

–¿Qué?

–Tú, no, camarada.

Y se quedó quieto a pesar de que sentía unas ganas inmensas de correr... De correr con aquellos hombres que avanzaban hacia Concul, que avanzaban hacia las comunicaciones entre Zaragoza y Teruel... Y los vio dejarse caer desde las alturas. Y los vio desplegar... Y llegar a la carretera... Y envolver a Concul...

Y regresó a la trinchera.

Líster le miró.

–Bebe, Líster... Un poco, nada más que un poco. Y si te sobra algo dámelo... Castro, Castro... el puritano, quisiera emborracharse... Para sentirse contento... Para reír de verdad...

–Toma.

Y bebió de la botella que había bebido el otro Y sintió calor y náuseas. Y después se recostó al borde de la trinchera y se dedicó a mirar a los hombres que avanzaban sobre la nieve y bajo una temperatura de 18 grados bajo cero.

–¡Hemos cortado las comunicaciones!

–Si...

–Hemos tomado Concud...

–Si...

–Y mis hombres te traen un perro lobo que venía en el camión de Zaragoza.

Castro hizo un esfuerzo... Porque él hubiera querido llorar en aquel momento... ¡Llorar!... ¡Desahogarse!... ¡Ser un hombre como los demás, hombres!... Pero no lloró...

–¿Dónde está el perro?

Alguien se le acercó... Era un lobo legítimo... Grande... De grandes colmillos y de mirar dulce.

–¿Cómo le llamaremos?

Nadie habló... Miró al perro. Se acercó a él. Le pasó la mano por la cabeza...

–¿Cómo te llamaremos?... ¿Di?...

El perro no respondió. Se limitó a mirar a Castro y a mover el rabo. Castro pensó unos minutos...

–Te llamarás «Concud». Y siempre que te mire, siempre que te cruces en mi camino me acordaré de estos héroes conquistadores de una gran victoria...

Líster le miró.

–Siempre estás en comisario...

–No... Esta vez no...

Y pasó la mano por la cabeza de «Concud»... Y «Concud» le miró... Y después meneó el rabo... Y en su boca entreabierta unos colmillos largos y blancos se mostraban a los ojos de todos.

\* \* \*

El general ruso Stern le miró.

–¿Está contento el camarada Castro?

–Sí.

–Con esta serán tres las derrotas infligidas a Franco.

–Sí... Pero, aún le quedará mucho de lo ganado en el Norte.

–¿Por cuánto tiempo?

–No sé.

Y se fue de allí... Y en su coche, con su chófer y «Concud» se dirigió a Teruel.

Y la plaza de la ciudad. Y unos soldados que le ofrecen algo que comer. Y come... Y come «Concud»... Y come su chófer... Y después alguien le invita a ver al obispo de Teruel y a un coronel que actuaba como comandante militar de la plaza. Él había visto a muchos coroneles... Pero nunca en su vida había visto un obispo... Los miró a los dos... Pero ¿qué importa un coronel?... ¿Qué importa un obispo?... Y los miró y se volvió de espaldas... Y seguido de «Concud» subió a su coche que comenzó a marchar sobre el camino.

–Vamos a ver al general Sarabia.

El día terminaba de vivir. Paisaje de nieve y frío. De silencio y dudas. Y «Concud» acostado en el asiento trasero. Y el chófer mirando el camino. Y Castro encerrado en sí mismo.

Y el coche se detuvo.

Y frente a su coche otro coche.

Y el general Stern y él en el camino, en medio de los dos coches. Y «Concud» a su lado inmóvil y vigilante.

–¿Qué cuentas, Castro?

–Que ha terminado la primera fase de la operación, no la operación en sí... Y que Rojo ha comenzado a retirar fuerzas, mientras que Franco las está concentrando.

–¿Y qué más, camarada?

–Que si no se modifica el criterio de Rojo puede producirse una catástrofe.

–¿Eres partidario de mantener Teruel a toda costa?

–No... Creo que los propósitos se han conseguido... Pero considero que el retirar las mejores unidades con vistas al plan «P», que ya no se puede realizar, puede convertir nuestra victoria de Teruel en nuestra derrota de Teruel.

El otro guardó silencio.

Y viendo que Castro tiritaba bajo una manta que un soldado le habla prestado le ofreció su abrigo; después una botella de vodka.

Castro sonrió.

–Lo has adivinado... Tengo frío, sed, hambre... Pero ¿qué piensas de lo otro?

–No estamos en condiciones de librar la batalla decisiva.

–De acuerdo... Pero ¿acaso es justo dejar una batalla a medio terminar?... Franco va a contraatacar... ¿No es posible, general Stern, que sin comprometer nuestras fuerzas, que sin perder la victoria aunque se pierda Teruel provoquemos una batalla de desgaste que impida a Franco conservar la iniciativa por más tiempo?

–No lo sé... Contra lo que cree mucha gente vuestro general Rojo sí dirige la guerra... La dirige él y no nosotros.

–Pero él os acepta como consejeros.

–Fíjate bien, camarada Stern, en lo que te voy a decir: Rojo ha sacado las mejores unidades del frente de Teruel, mientras que Franco concentra sus mejores unidades...

–Y...

–¿No puedes cambiar la decisión de Rojo?

–Veamos, Castro... ¿Podrías tú quedarte aquí, mantener la resistencia mientras que convengo a Rojo y mientras éste envía refuerzos?

–Haré lo que pueda hacer.

Y se estrecharon las manos... Y el otro se dirigió hacia Valencia... Y

Castro hacia Teruel... Con «Concud» a su lado. Con hambre, con sed y frío... Y en un atardecer que empapaba a los hombres de tristeza... de pena, de afanes de morir más que de luchar...

Porque bajo aquel cielo gris no era posible reír, ni sonreír... Se pensaba en la guerra... Y en la muerte.

\* \* \*

El 22 de diciembre Franco da la primera directiva de «Atacar Teruel a fondo».

Para ello las fuerzas se dividían en dos grupos I y II Cuerpos de Ejército. El I Cuerpo al mando del general Aranda con las divisiones 62 y 84 reforzado con 15 baterías de la R. G. A. El II Cuerpo de Ejército al mando del general Varela se componía de las divisiones 54, 61, 81, 82 y 17 baterías de la R. G. A.

En total atacarían 6 divisiones con una masa artillera de 68 baterías (27 el I Cuerpo, 41 el II Cuerpo).

El esfuerzo principal lo realizaría el II Cuerpo al sur de Turia con el objetivo inmediato de Los Morrones–La Pedriza que habría de ser la base de partida para ocupar la Muela de Teruel (cota 1.052). Al mismo tiempo el I Cuerpo de Ejército avanzaría su izquierda para apoderarse de Con cud y alturas de Santa Bárbara al noreste de Teruel.

Se consideraba por el mando rebelde que una vez en posesión de las alturas de la Muela de Teruel y Santa Bárbara, Teruel debía quedar necesariamente liberado.

Mientras tanto en Teruel continuaba, bajo la dirección del comandante Marquina, comandante general de la plaza, el

asedio al Gobierno Civil y al Seminario en donde el Teniente Coronel Rey D'Arcourt y el coronel Barba se defendían con la esperanza de que Franco pudiera romper el cerco.

El día 29 de diciembre el II Cuerpo de Ejército fascista ocupa Los Morrones–La Pedriza.

El día 30 los rebeldes ocupaban la Muela de Teruel.

El 31 el general Aranda después de combates encarnizados ocupa Conclud pero no puede prolongar su avance por el fuego de la artillería republicana emplazada en el Muletón.

Con ello se podía dar por terminada la primera fase de la contraofensiva de Franco sobre Teruel. Las causas de sus reducidos éxitos respondían a la resistencia enérgica de los republicanos y a los propios errores del plan de los rebeldes. Los errores fueron:

1. Creer que la ocupación de la Muela de Teruel había de traer consigo el abandono por los republicanos de la ciudad.

2. Llevar el esfuerzo principal al sur del Turia, sin vías de comunicación, que no amenazaba las comunicaciones republicanas y sin perspectivas posteriores, ya que la dirección quedaba cortada por el paso del Valle del Turia, accidente importante.

3. Debilitar excesivamente la izquierda del Cuerpo de Ejército de Aranda y



4. No dar la debida importancia a la dirección que amenazaba más directamente las comunicaciones republicanas («El Muletón»).

La lucha adquiriría en su prolongación un carácter de mayor intensidad y dureza. Desde el 18 al 29 de diciembre los rebeldes habían realizado 20 contraataques que empezaron con dos batallones y seis baterías y que habían llegado hasta dos Divisiones y 16 baterías.

En la primera decena del mes de enero de 1938 el Estado Mayor Central puso a la disposición del Ejército de Levante el V Cuerpo con las Divisiones 46 y 47 y la 27 que se mantenía en Aliaga... Mientras tanto el día 3 los republicanos conquistaban la iglesia de Santiago.

El día 7 capitularon los últimos reductos rebeldes. Este mismo día la 47 División contraatacaba la Muela de Teruel sin lograr éxitos importantes y sufriendo grandes pérdidas.

Caído Teruel, Franco consideró que no era necesario precipitar los acontecimientos. Desde el día 22 de diciembre al 7 de enero había sufrido importantes pérdidas. Esto aconsejaba obrar con cierta cautela para evitar que la batalla de Teruel se pudiera convertir en un campo de destrucción de su Ejército de Maniobra. Para ello empezó a tomar ciertas medidas de seguridad para asegurar el éxito de su contraofensiva.

De sus Cuerpos de Ejército que mantenía en reserva en la región de Zaragoza (marroquí e italiano) encargó a las Divisiones IV y V del Cuerpo Marroquí que estaban situadas en

la retaguardia del Cuerpo de Ejército de Varela, que aseguraran la vigilancia al norte de Santa Eulalia para evitar un golpe de los republicanos sobre la única vía de comunicaciones del Ejército.

El 14 de enero de 1938 dio instrucciones al general Dávila para que el Cuerpo de Ejército de Aranda se extendiera desde Concul hasta el Alfambra cuyo curso inferior debía ocupar; el Cuerpo de Ejército de Varela, debía ocupar el Turia extendiendo su derecha hasta Villastar. La maniobra tendía así a una mayor amplitud y daba la posibilidad de actuar por las alas.

Quieto el centro frente a Teruel y el Turia, el esfuerzo principal se llevaría por la izquierda en dirección a Santa Bárbara actuando por la derecha en dirección de Villel. Con ello Franco rectificaba los errores de su primer plan. Pero para hacer posible la maniobra era necesaria una acción preliminar que diera la posesión del Alto de Celadas y del Muletón. Esta operación fue ejecutada el 19 de enero a base de la 84 División y numerosas baterías, lográndose los objetivos propuestos.

Entonces el ataque sobre Teruel fue fijado para el 25 de enero. Para defenderse de cualquier amenaza de los republicanos sobre las comunicaciones de Zaragoza–Teruel se creó un sector especial para la vigilancia de Villanueva de Huerva donde terminaba la 15 División (sector de Zaragoza). Este sector especial bajo el mando de Yagüe disponía de cuatro Divisiones (52, 54, 105 y 108). El sur de la línea Singra–Mamanes correspondía al Cuerpo del general Aranda. El general Yagüe debía por lo tanto atender con cuatro Divisiones

un frente de 80 a 100 kilómetros que cubría la línea de Teruel–Calatayud.

En la tarde del 24 de enero los informes de los rebeldes sobre una acción de los republicanos eran tan precisos que el jefe del Estado Mayor, coronel Vigón pidió por teléfono a Franco que aplazase el ataque del día 25 sobre Teruel, que según él no debía iniciarse antes de alejar definitivamente el peligro de flanco sobre la línea de comunicaciones del Ejército. Franco dio orden de aplazar la operación 24 horas.

Los republicanos se adelantaron. Del 25 al 30 la 27 División al mando del comandante Del Barrio desembocó de Sierra Palomera, ocupó Singra y avanzó hacia Buena. A pesar de que el ataque no encontró gran resistencia se agotó rápidamente por la insuficiencia de fuerzas, Paralelamente el Estado Mayor republicano creyendo que la contraofensiva enemiga sobre Teruel había terminado retiró las fuerzas de los Cuerpos de Ejército X, XXI y XVIII y concentró la aviación en las regiones de Albacete y Valencia con vistas a poner en ejecución el plan «P». El frente republicano quedó guarnecido por los Cuerpos de Ejército XIII, XIX y XX.

Franco comprendió lo que como síntoma representaba la acción de la 27 División y dio orden de aplazar el ataque a Teruel y ocupar la región al oeste del Alfambra.

Así se inicia la batalla del Alfambra que no constituía en el fondo otra cosa que una acción complementaria y obligada de la contraofensiva sobre Teruel.

La maniobra de Franco fue simple, envolver por el norte y por el sur; desde Portalrubio por el norte y buscando por el sur lo antes posible el curso del Alfambra... Para esto reunió un Cuerpo de Ejército bajo el mando del general Yagüe que debía atacar en la dirección Norte–Sur, en tanto que el Cuerpo de Ejército de Aranda actuaría hacia el Norte para encontrarse en la región de Alfambra–Perales de Alfambra, Un destacamento de enlace salido de Monreal del Campo marcharía entre ellos en la dirección de Aliaga.

La entrada en posición de las fuerzas duró 10 días y esto reforzó la creencia del alto mando republicano de que la acción sobre Teruel había concluido.

El Cuerpo de Ejército de Yagüe lo integraban las Divisiones 1ª, 4ª y 82, El Cuerpo de Ejército de Aranda lo formaban las divisiones 13, 83, 84 y 102. El destacamento de enlace al mando del general Monasterio lo formaban la 5ª División, la 1ª División de Caballería, tres batallones de infantería sobre camiones y un Batallón ciclista.

El general Yagüe aprovechando el codo que formaba el frente buscó por eje de marcha la carretera Canminreal–Portalrubio. Sus tres Divisiones escalonadas se detuvieron y dieron frente al Sur con los siguientes objetivos: 4ª División (izquierda) Loma Carbonera y después Pedracho; la 1ª División (centro) Esquinazo y el kilómetro 42; la 82 División (derecha) Pedrizas y Camanas.

El general Aranda debía, en principio, cubrir su derecha con un destacamento sobre el Alfambra hacia Tortajada. Con el

grueso de las fuerzas desde la base de partida Celadas–Villarquemada, debía avanzar por todos los caminos sobre el río Alfambra, entre Tortajada y Alfambra

Las fuerzas del general Monasterio procurarían llegar lo antes posible sobre Pedralbes de Alfambra por el Argente y Visiedo.

El ataque se inició simultáneamente el 5 de febrero y el frente fue roto por todos los rumbos. El día 7 era ocupado Alfambra y el río Alfambra bordeado por el general Aranda hasta su confluencia con el Turia. El Alfambra vino a ser el frente entre su confluencia con el Turia; entre Gálvaez y la Muela del Rambla donde se hacía el enlace con el viejo frente, el nuevo pasaba por la Cantera (cota 1400); Mezquita de Jarque (cota 1478); San Darve (cota 1322); Loma Carbonera (cota 1400). Las fuerzas de Yagüe y Aranda cogieron gran número de prisioneros. Con el propósito de debilitar la acción de los rebeldes los republicanos trataron de contraatacar en la región del Vivel del Río, pero no tuvieron éxito.

Terminada la rectificación del frente, Franco ordenó al general Dávila terminar con Teruel cuya conquista ya resultaba fácil. El general Dávila tomó todas las disposiciones para desbordar Teruel por el norte y por el sur y envolverlo por completo.

El movimiento por el norte lo dirigió el general Aranda; previos cinco escalones, cada uno de ellos empezado por la izquierda, debía apoderarse de un punto y establecerse sólidamente. El primer escalón desde Tortajada ocupó El Torón (cota 1245) y El Chopo (1222). El segundo escalón a la derecha

del primero se apoderó de Valdecebro. Más a la derecha del segundo, el tercer escalón se apoderó de Sierra Gorda y el Mansueto y se estableció hacia la Casilla de las Lomas (cota 985), el cuarto ocupó Castralvo y el Castelar, por fin, el quinto se apoderó de Santa Bárbara, entró en Teruel y lanzó un destacamento sobre Villaespesa. Entretanto Varela partiendo de la Muela llegaba a Teruel por el sur. Desbordado Teruel por el norte y por el sur las fuerzas de Franco avanzaron hacia Puebla de Valverde con un intento audaz de explotación del éxito. El Batallón de ametralladoras del V Cuerpo y la 11 División en un esfuerzo supremo cortaron el intento.

A través de estos combates el enemigo corregía los errores del primer plan de conquista de Teruel y los errores que se pusieron de manifiesto en la ejecución duraron desde el 17 al 22 de febrero.

Los republicanos cuando se convencieron que el enemigo no había renunciado a la conquista de Teruel empezaron de nuevo a acercar reservas, pero ya era tarde. La superioridad lograda por el enemigo, así como la iniciativa jugaron un papel extraordinario en el resultado de la batalla. El heroísmo de las fuerzas republicanas y principalmente de la 46 División que se mantuvo en Teruel hasta que el cerco del enemigo se realizó y que se vio obligada a romper éste a fuerza de tenacidad no fueron suficiente para corregir los errores cometidos anteriormente.

Así terminó la batalla de Teruel. Era el primer hecho de armas de los republicanos después de la pérdida del Norte. En él se empezaron a poner de manifiesto las consecuencias de

aquella derrota. Las fuerzas franquistas lograron entonces la superioridad absoluta de fuerzas y empezaban a imponer este factor en el campo de batalla.

\* \* \*

–¿Se perdió la batalla?

–Se perdió, Esperanza.

Y se quedaron en silencio frente al mar... Y el silencio se prolongó durante mucho tiempo. Como si ella tuviera miedo a preguntar más; como si él tuviera miedo a tener que contestar.

–Hasta mañana, Enrique.

–Hasta mañana, Esperanza.

Y continuó mirando al mar. Sin verle. Porque ante él sólo estaba la figura del general Stern, como una estatua de carne y hueso, que le decía lentamente: «Castro: si no comprendes que para los comunistas lo más importante es salvar al país del socialismo, no comprendes nada... Se puede perder una guerra, puede fracasar una revolución... Y no se habrá perdido todo... Se habrá simplemente aplazado la victoria de esa guerra y de esa revolución... Pero si la URSS desapareciera ¿quién podría decirnos cuándo surgiría nuevamente un país socialista que fuera la garantía del triunfo del socialismo en el mundo?... Las democracias están dispuestas a claudicar porque quieren vivir aunque sea agonizando. Y con tal de vivir no tendrían

inconveniente en ayudar al fascismo a volverse contra el Este...  
¿Comprendes?...»

«Sí, comprendo... ¡Comprendo, camarada Stern! ¿Qué comunista no lo comprendería?... ¡Pobre España!... Y pobre de este pueblo al que tendremos que seguir engañando con la esperanza de la victoria».

Blasfemó.

Y se puso en pie. Cerró la ventana... Y lentamente llegó hasta la alcoba. Esperanza era insomnio. Él pena. Y se acostó. Y la oyó suspirar.

–¿Qué tienes?

–Nada.

–Es difícil hoy no tener nada, Esperanza... Duerme... Duerme...

–Si...

–Y procura ser fuerte, Esperanza... Lo terrible no es hoy... Lo terrible será mañana cuando hasta la esperanza muera. Pero, nadie quiere comprender. ¿O soy yo el que no comprende nada?

Y el silencio.

Un silencio que duró hasta el amanecer.



## Capítulo XXVII

### «STALIN TIENE RAZÓN»

La pérdida del territorio del Norte y después los resultados finales de la batalla de Teruel habían creado en realidad una situación de crisis en el gobierno que presidía el doctor Negrín. Se mantenía oculta aún, pero era un hecho innegable. Para Castro no era un secreto. Sus conversaciones con el general Rojo, los mismos editoriales de la prensa del Partido y alguna que otra conversación con los consejeros militares rusos o con Palmiro Togliatti, el nuevo consejero político, le habían puesto en conocimiento de ella. Pero Castro no veía esta crisis como el problema fundamental en lo que en verdad era el comienzo de la agonía militar de la II República. Para Castro había algo más importante.

Lector asiduo de Stalin recordaba insistentemente las palabras de éste en el XVIII Congreso del Partido Comunista Ruso: «Ser prudentes y no permitir que nuestro país se vea arrastrado a conflictos por los provocadores de guerras, acostumbrados a que otros les saquen las castañas del fuego» ¿Qué significaba esto? ¿Podría significar un triunfo republicano el «motivo» que pudieran utilizar los provocadores de guerras

para arrastrar a la U.R.S.S. a un conflicto armado? ¿Sería una manera de evitar el peligro de una provocación contra la U.R.S.S., el dejar que la resistencia republicana se apagara, que Franco ganara la guerra y que con ello se aplacaran los miedos de Alemania e Italia, de Inglaterra y Francia? En relación con esto, Castro recordaba la actitud del general Gorev en Bilbao y la del general Stern en Valencia. Y Castro comenzó a ser envuelto por una gran tristeza. Creía en Stalin, pero le dolía España. Y entre la fe y el sentimiento se entabló una terrible batalla. Una batalla sorda, angustiosa, interminable, de la que Castro no podía hablar con nadie, porque nadie hubiera comprendido en el seno del Partido su dolor de España. ¿Acaso él no había sido educado en el odio a todo lo que no fuera el Partido, lo que no fuera la revolución, lo que no fuera Rusia, lo que no fuera el socialismo?... ¡Nadie le hubiera comprendido!

Y Castro empezó a enfermar de pena.

De una de esas penas de la que es difícil curarse en la vida.

Él veía la mirada de los combatientes, una mirada que era una interrogante. Y se volvía de espaldas a ellos para evitar la respuesta. Y para tranquilizarse se decía así como con rabia y firmeza: «Stalin tiene razón». Él veía el mirar de millares de gentes de la retaguardia que buscaban una medicina para su incertidumbre. Y se volvía de espaldas a ellas para evitar la respuesta. Y para tranquilizarse se decía a sí mismo con rabia y con firmeza: «Stalin tiene razón». Él veía en su vivir por los frentes, muertos y heridos a montones; y pueblos convertidos en escombros. Y frente a todo aquello que parecía preguntar, él se respondía para tranquilizarse: «Stalin tiene razón». Era un

monstruo de fe, de una fe atornillada a su alma en sus largos años de militancia; era un monstruo de disciplina, de una disciplina que le había convertido y con él a millares y millares de comunistas en sangrientos autómatas.

«¡Stalin!»

«Tú nos has dicho que «la causa de la España republicana es la causa de la humanidad avanzada y progresiva». ¿Por qué, Stalin, esa humanidad avanzada y progresiva nos deja agonizar, nos deja morir?... «Tú siempre tienes razón, camarada Stalin»... «Siempre... Pero qué terrible es para España tu razón, camarada Stalin».

Y a veces el mordisco de la duda:

«¿Es verdad, camarada Stalin, la fuerza militar de la U.R.S.S. de la que nos hablaba hace muy poco tu amigo y camarada de armas, el camarada Vorochilov?... ¿Es verdad la superioridad de fuego de una de tus divisiones sobre una división de no importa qué país?... ¿Es verdad la potencia de tus tanques?... ¿Es verdad la superioridad de tu aviación?... ¿Es verdad, camarada Stalin, lo que nos dijiste en el XVIII Congreso de tu Partido: «No tenemos miedo a las amenazas de los agresores y estamos dispuestos a devolver dos golpes por cada golpe de los promotores de la guerra que intenten atentar con la inviolabilidad de las fronteras soviéticas»?»

«Entonces, ¿por qué?»

«¿O es que tienes miedo?»

Castro empezó a vivir desde entonces una nueva y doble vida. Seguía siendo el ciento por ciento, pero trabajosamente, angustiosamente. Porque él que se creía curado del amor a España, del amor a sus gentes, del amor a lo suyo, auténticamente suyo, se daba cuenta ahora, ahora que era un ciento por ciento, que no era verdad... Pero le daba miedo decirlo, porque él sabía que decirlo hubiera sido confesar un pecado mortal del que nadie se limpia si no es con la muerte. Porque el Partido perdona algunas cosas, muy pocas cosas, pero lo que no perdona nunca es la duda, es que uno de sus miembros no comprenda que por encima de todo y de todos, está Stalin, está la U.R.S.S., está el socialismo del que los camaradas rusos hablaban muchas veces como si el socialismo soviético fuera la mejor de las glorias, una gloria mejor que la que ofrece Dios a los que en vida son maravillosamente buenos...

«¡Stalin!»

Lo gritaba en silencio. Porque tenía miedo que alguien supiera que cada día preguntaba a Stalin, preguntas que en realidad era un poner en duda el primer gran mandamiento de su extraño y terrible mundo: «¡Stalin siempre tiene razón!».

«¡Stalin!»

Como le hubiera gustado tener su plegaria como la tuvo su padre, aquella plegaria tantas veces escuchada: «Gracias a Dios por tanto favor como nos hace». Y poder decir con el mismo fervor que lo hacía su padre: «Gracias a Stalin, por tanto favor como nos hace». No podía. Había algo que impedía el hablar.

Algo que le impedía tener un pequeño consuelo cada día.  
«¡Stalin!»

–¿Qué dices, Enrique, que te oigo decir y no entiendo? –Y Esperanza le miraba a los ojos.

–Nada, Esperanza.

–¿Nada?

–¿Quién no sueña, Esperanza? ¿Y quién cuando sueña no mueve los labios como si hablara; o murmura algo que parece algo y que no es otra cosa que palabras entrecortadas, sin sentido?... Nada, Esperanza, nada, porque nada son los murmullos de un hombre que duerme y sueña...

–Siempre quieres tener razón.

–Sí.

–Sí, Enrique... Tú eres como el Partido... Y el Partido... ¡Infalibles!... ¿No crees, Enrique, que estáis dominados por una terrible locura?... Deja de pensar por unas horas en la «línea», deja de pensar por unos minutos en la «tarea», deja de pensar en Stalin por un instante de tiempo...

–¿Para qué?

–He hecho algo más, Enrique, en estos tiempos, que arrastrar mi enfermedad o mi pena: he pensado. He pensado mucho. He pensado en los que están muriendo, he pensado en lo que se

está destruyendo... Y he pensado en tu «razón», en la «razón» del Partido...

–¿Y qué?

–Tengo dudas, Enrique, de que vuestra «razón» sea la gran razón, la razón de España.

–No es eso: ni lo que tú dices, ni lo que yo pueda murmurar cuando sueño... Es que estamos cansados, terriblemente cansados. Esperanza, camarada Esperanza... ¡No es que no tengamos razón! Es que nuestro cansancio nos impide defender nuestra razón con la misma fuerza que ayer, con la misma fe que ayer... ¡Eso es todo!

–Muy fácil.

–¿Muy fácil, qué?

–Tu diagnóstico.

Ella apagó la luz. Pero la luna mantenía la habitación en una penumbra en la que menos los pensamientos de aquellas dos gentes se veía todo.

–¿Duermes?

–No.

–Procura dormir... Es una manera de olvidarse del cansancio, Enrique... Y duerme tranquilo. Y si quieres soñar, sueña... Procuraré no oír lo que digas... Sí, duerme tranquilo. El

subconsciente, Enrique, tu subconsciente no es el camarada Castro, son los restos de aquel muchacho de los años verdes del que me has hablado tantas veces... Son los residuos de un niño, no la presencia de un hombre.

–Gracias.

Y un insomnio común y disimulado. Y un pasar las horas. Y el día sustituyendo a la noche.

Y el despertar del «camarada Castro». El levantarse con la obsesión de la idea. Y el marchar a su despacho del Comisario General de Guerra a firmar nombramientos o informes, a precisar las tareas de los comisarios políticos en la nueva etapa de la guerra. Y cuando le sobraban unos segundos, cuando disponía de unos segundos de tiempo y soledad a pensar en la gran máquina de hacer revoluciones, a buscar cuidadosamente qué era lo que no funcionaba como debiera funcionar: al ciento por ciento.

Entonces se olvidaba de España, de los combatientes que preguntaban con su mirar, de los muertos y los escombros que también preguntaban con su presencia.

## Capítulo XXVIII

### EL COMIENZO DE LA AGONÍA

Después de la batalla de Teruel, Castro comenzó a desconfiar de todo y de todos. Él no era un hombre dado a engañarse. Estaba acostumbrado por una educación política de años a buscar obstinadamente la realidad de cada momento. El hacerse ilusiones, el soñar le estaba prohibido en aquellos momentos; dejaba el soñar para la vejez, para esa hora en que no teniendo nada que hacer en la vida no es pecado perder el tiempo. ¿Comprendía el general Rojo la situación de gravedad que se había creado para la España republicana? ¿Les preocupaba mucho a los consejeros rusos esta evidente gravedad? ¿Comprendía el Partido la situación militar o engañaban los consejeros rusos al Partido sobre la verdad de una situación que ofrecía una trágica perspectiva?

«¡Tendrás que hablar, Castro; tendrás que hablar!... ¡Si los demás no hablan allá ellos, pero tú tendrás que hablar!»... «El silencio comienza a ser un crimen contra el Partido, contra la revolución, contra el socialismo... «Y si el Partido, por razones que desconozco, no quisiera creerme. ¿qué haces entonces?... Sólo hay un camino: equivocarse con el Partido. Costará



muchos muertos, costará la victoria, habrá que esperar años terribles para comenzar de nuevo, quién sabe cuántos años, pero para mí no existe el dilema: «Vale más equivocarse con el Partido que, tener razón contra el Partido»... No era ésta la única preocupación de Castro. Había otra extraordinariamente importante que había nacido de su observar a los combatientes, que había nacido a través de la etapa decisiva que había comenzado con la batalla del Norte: los hombres son mejores soldados que ayer pero los hombres odian menos que ayer. La «fórmula» ha comenzado a falsificarse. Ya no es una guerra de exterminio, es simplemente una guerra y esto no es bastante. Y recordaba mentalmente aquellos días en que el enemigo era todo el que «no estaba con nosotros»... ¿Qué importaba que fueran hombres o soldados; qué importaba que fueran jóvenes o viejos; qué importaba que fueran hombres o mujeres? El enemigo era enemigo sin que este concepto pudiera ser debilitado por la edad o por el sexo.

¿De quién era el pecado?... ¿De los Partidos y sindicatos?... ¿Del Partido?... ¿De los comisarios?... Era un pecado mortal que abarcaba a todos y que había comenzado a convertirse en el cáncer de nuestra lucha. Ayer todo era frente; hoy hay frente y retaguardia.

Ayer la «fórmula» se aplicaba ininterrumpidamente, matemáticamente, íntegramente. Hoy la «fórmula» se ha dosificado, se ha minimizado. Se habla mucho, pero se mata poco.

Ayer a los militares profesionales que dirigían nuestra guerra se les exigía algo más que fidelidad al régimen; se les exigía

capacidad. Y se castigaba sin ruido con la pena de muerte. Hoy la dirección militar de la guerra está en sus manos. Y nadie les pide cuentas. Y pasan meses y meses y se pierden batallas y más batallas y los que las perdieron siguen mandando unidades, siguen dirigiendo la guerra... Mueren millares de hombres, pero no se «muere» este coronel ni aquel general...

La «fórmula».

La «fórmula».

Sólo la «fórmula» puede, como ayer, llevar el miedo al alma de todos nuestros enemigos, de los que están en las trincheras y de los que están entre nosotros... «Estoy convencido de que el camarada Tomás era tan importante como el general Rojo»... «Estoy convencido de que el hotelito de la calle de Serrano era tan importante como el Estado Mayor Central... Porque el Estado Mayor Central sólo sabe hacer la guerra en un solo frente, en el frente militar; mientras que aquel pequeño grupo sabía hacer la guerra además de en los frentes en la retaguardia, una guerra cruel y difícil, una guerra que jamás sabrán hacer los generales, una guerra sin la cual puede perderse la guerra»...

«Nuestro terror se ha debilitado.»

«Esto es grave.»

«Y se les tiene hoy más miedo a ellos que ellos a nosotros»  
«¿No verá esto el Partido?»

«Nuestro error ha sido aceptar tan sólo los Ministerios de Agricultura y de Instrucción Pública... ¡Este ha sido nuestro error!... ¿Qué puede hacer un socialista en el Ministerio de Gobernación?... Hoy los fascistas que están en nuestra zona toman café y les da el sol, mientras que ayer vivían encerrados en sus guaridas, estremeciéndose ante cada ruido, agonizando por un miedo interminable que no descansaba ni de día ni de noche... ¡Porque sabían que la muerte les buscaba!»

«¿Qué se ha resuelto con la crisis del gobierno Caballero en el terreno militar?... ¿Acaso es mejor Prieto que aquél?... ¡Creo también que Negrín ha sido un error!... ¡Hay demasiada frivolidad en él!... ¡Se está haciendo la guerra que él y Rojo quieren, no la guerra que necesita el Partido, la revolución, el socialismo!»

Pero...

\* \* \*

El gobierno republicano se había replegado un escalón más. Y con él Castro había llegado a Barcelona, la capital de Cataluña. Arlandís, un viejo comunista y director de la Escuela de Comisarios en Cataluña le había buscado una pequeña casita en un pueblecito cercano a Barcelona: Pins del Vallés. Una casita pequeña con dos recámaras, cocina y un pequeño jardincito a la espalda. Situada en uno de esos pequeños y maravillosos valles de verde y silencio que rodean la ciudad de Barcelona. De una de las habitaciones, Castro había hecho un modesto despacho sin otras cosas en él que una mesa y una

silla, varios mapas por las paredes y una estantería con unos cuantos libros en cuyos lomos podían verse los nombres de sus autores: Lenin, Stalin, Stalin y Lenin, el dios y el papa rojos. Y con él Esperanza, Elena y «Concud». Que sus otras cuñadas, Aurora, Amelia y Chelo andaban trabajando en pequeñas cosas que les daban de comer...

Con quien más hablaba Castro era con «Concud», que con menos paciencia que ellos para soportar las escaseces que Castro no quería suprimir, se dedicaba a saltar al corral de la casita de al lado, en donde vivía un capitán que tenía gallinas y conejos y a cazar de vez en cuando uno de ellos que se lo llevaba quién sabe dónde y del que no dejaba restos. Era un cazador hábil y silencioso... Nunca se le veía como a otros «cazadores» relamerse después del festín. Regresaba lento y humilde. Y se tumbaba en un rincón cualquiera. A esperar a que el vecino hablara de una extraña fiera que le mataba los conejos. Y a escuchar al vecino mirándole fijamente.

—¿Otra vez, «Concud»?

Y «Concud» meneaba el rabo y se acercaba a él como una estampa de la inocencia.

—«Concud», eres un ladrón.

Y «Concud» acostado frente a él, escondía su cabeza entre las manos.

—«Concud», si sigues robando conejos te tendré que echar de casa.

Y «Concud» se alejaba triste, sin comprender por qué aquellas gentes no comprendían su hambre.

«Concud» tenía razón. Él no era un beligerante en la doble locura que envolvía a España. Él era un perro. Un perro que tenía derecho a comer. Porque él no entendía nada de lo que su amo decía por los frentes. Él no entendía nada de «¡Hay que sacrificarse por la victoria!». Él no era antifascista ni fascista. Él era un perro que tenía necesidad de comer. Y comía, Posiblemente si los perros hubieran tenido como los hombres alguna profesión hubieran trabajado tranquilamente en ella. Pero él no sabía hacer más que dos cosas: cuidar la casa y querer a sus amos. Y esto no era una profesión bien pagada en aquellos tiempos. Además a él no le gustaban las verduras cocidas, ni aquel pan que tanto gustaba a los soldados cuando no había otro pan. A él le gustaba la carne, la necesitaba. Él no pedía nada a sus dueños, salía, saltaba la cerca vecina y buscaba a los conejos que no comprendían que él necesitaba carne.

Quería a sus dueños.

Pero no les entendía... ¿Cuándo en la historia de los perros se había conocido un perro que comiera todos los días verduras cocidas? Y cuando meditaba sobre esto miraba dulcemente a su dueño, con cierta indulgencia y parecía decir con su mirada: «Entenderás a los hombres, pero no comprendes a los perros». Y a dormir, que el comer y el dormir y cuidar la casa era su quehacer de todos los días.

—¿Qué has hecho, «Concud»?

Y «Concud» miraba a otro lado. En realidad, estaba cansado de que se le diera tan poco de comer y se le hicieran tantas preguntas. Y para que no le siguiera preguntando su amo, se dormía. Y hacía la digestión al mismo tiempo.

\* \* \*

–¡Enrique!

–¡Enrique!

Abrió los ojos y miró la hora. Las cinco de la mañana. Sí, Esperanza estaba enferma, de otra manera ¿cómo se atrevía a llamarle a las cinco de la mañana?

–¡Enrique!

–¿Qué? –respondió entre sueños.

–El teléfono está llamando desde hace tiempo.

Se levantó lentamente y de mal humor porque dormía poco y aún querían que durmiera menos.

–¿Quién habla?

–.....

–Dime, Rojo.

–.....

–Saldré en seguida para el frente... Allí nos veremos... Una pregunta. Rojo: ¿es grave la situación?

–.....

–Saldré dentro de dos horas... Adiós, Rojo.

Y después de ponerse los pantalones se sentó sobre el borde de la cama. Y comenzó a calzarse aquellas botas altas y duras que habían recorrido con él casi todos los campos de batalla de España. Y después buscó la camisa, y más tarde el correa, asegurándose que la pistola estaba en la funda.

–¿Sales?

–Sí.

–¿Qué ocurre, Enrique?

–El enemigo ha comenzado una gran ofensiva en Aragón.

–¿Y...?

–Parece que ha roto el frente.

Esperanza se levantó. Y comenzó a preparar el café. Y después, silenciosa y pálida, puso sobre la pequeña mesa de la cocina una taza de café negro y humeante. Y un vasito de cristal con un poco de azúcar de la que él se sirvió una cucharadita.

Un coche del Estado Mayor que se detiene en la puerta. «Concud» gruñó inquieto y triste.

–Salud, Esperanza.

–Salud.

Y subió al coche que arrancó rápido. Y cuando volvió la cabeza vio a Esperanza y junto a ella a «Concud» que le miraban alejarse.

–¿A dónde, comisario?

–Al Comisariado.

Y llegó al Comisariado. Y avisó a Hierro Muriel. Y a Zaparáin. Y cuando llegaron descendieron hasta la puerta de la que cuidaban centinelas con sueño. Y se dirigieron al coche de Castro que ya esperaba.

«¡A Caspe!»

Y horas después en el espacio de la guerra y la muerte. Y a mirar caras llenas de polvo y pena, de cansancio y duda. Y a reanudar la vieja tarea de detener a los hombres, de hablar a los hombres, de darles fe y darles miedo con aquella mirada que era en momentos como aquellos una amenaza de muerte.

\* \* \*

El ataque de las fuerzas franquistas comenzó el 9 de marzo al amanecer. Solamente 15 días después de terminada la batalla de Teruel.



El sector del ataque desde el sur del Ebro hasta Galve, aproximadamente unos 100 kilómetros, daba la siguiente proporción de fuerzas:

Ejército republicano: 17 Brigadas, 68 batallones de Infantería.

Ejército franquista: 165 batallones de Infantería.

El Ejército franquista logró ser ocho veces superior en el frente del XII Cuerpo y cuatro veces en el del XXI Cuerpo.

El ataque enemigo logró rápidamente desbordar la débil resistencia de la 30 División. Roto el centro por el Cuerpo de Ejército Italiano y la IV División Navarra, penetraron muy profundamente en la dirección general Oliete (Cuerpo Italiano) y Albalate del Arzobispo (IV División Navarra). Una División franquista que enlazaba el Cuerpo Italiano con el de Galicia, siguió el movimiento de aquél y entre ambos quedó aislada la 34 División que se encontraba concentrada en las proximidades de Segura de los Baños como una amenaza sobre el flanco de la posible penetración enemiga Calamocha–Montalbán. La 34 División no acertó a adoptar una decisión inmediata en algún sentido activo de:

–Actuar sobre el flanco derecho de las fuerzas enemigas que la separaban del XXI Cuerpo de Ejército conforme a su misión.

–Oponerse al avance enemigo hacia el Este según la dirección del esfuerzo más próximo, y se replegó a través de una maniobra por el monte, larga y difícil buscando el contacto con el XXI Cuerpo de Ejército sobre el eje de Montalbán–Alcañiz.

Los flancos del dispositivo republicano se mantuvieron firmes frente a los golpes de los Cuerpos de Ejército de Galicia y Marroquí.

Al final de la primera jornada la situación para los republicanos empezaba a tomar un carácter peligroso. De seis Divisiones que defendían el sector atacado, dos de ellas, la 30 y la 34 habían desaparecido prácticamente de la lucha. El XXI Cuerpo con su flanco derecho (Norte) completamente al descubierto. El XII Cuerpo de Ejército, reducido a las Divisiones 24 y 44, se defendía al sur del Ebro en el triángulo formado por la línea Fuentes de Ebro–Villanueva–Azaila.

Pero la gravedad de la situación para los republicanos residía, principalmente, no sólo en el éxito del ataque enemigo, sino fundamentalmente en:

a) Que el Estado Mayor republicano a pesar de que el enemigo había introducido grandes fuerzas de infantería, artillería y tanques, seguía considerando las acciones de éste como operaciones demostrativas y que el golpe principal sería asestado sobre Madrid por Guadalajara. En consecuencia, la concentración de las reservas no se efectuaba ni con la rapidez ni en el volumen necesario desaprovechando las posibilidades de una acción enérgica sobre el flanco izquierdo del enemigo.

b) Frente a los acontecimientos el general Pozas, jefe del Ejército del Este, no adoptaba ninguna disposición activa convirtiéndose de hecho, en un espectador pasivo de los acontecimientos.

c) La defectuosa organización del mando. El Estado Mayor, obsesionado con la idea del golpe enemigo sobre Madrid se resistió a fijar el Ejército de Maniobra a un frente (Aragón) por temor a perder la única posibilidad de gran maniobra (que la ofensiva enemiga en realidad había anulado al obligar más tarde o más temprano a embeber en la dirección principal de su acción las reservas principales de los republicanos) y se daba el caso de que en el sector atacado (Sur Ebro–Galve) la dirección se hallara dividida entre el Ejército del Este y el de Maniobra haciendo extraordinariamente difícil la coordinación del esfuerzo.

El día 10, el general Dávila metió en el combate una gran parte de sus fuerzas de choque. En el sector de Belchite fueron introducidas 4 Divisiones de Infantería del Cuerpo Marroquí y una División de Caballería; en la dirección Muniesa dos divisiones del Cuerpo italiano y al Sur tres Divisiones del Cuerpo de Galicia.

Pero la situación para el enemigo era un poco compleja. Sus alas habían sido detenidas en la región de Belchite por la 24 y 44 Divisiones y por la 70 en la dirección Ultrillas–Montalbán, en el Mirabueno donde una compañía de la 132 Brigada apoyada por un Batallón de la 92 Brigada bajo el mando del comandante Toral había de detener durante cinco días y en las condiciones más difíciles (superioridad enemiga mayor de 1 a 5, con el aire completamente dominado por la aviación enemiga, con un esfuerzo enemigo continuo, sin recibir refuerzos, con los flancos desbordados y con una fortificación ligera y sin refugios) las fuerzas de Aranda que al final hubo de desistir de su propósito de forzar la carretera de Montalbán.

Para el mando franquista se planteaba: o continuar explotando la ruptura hacia el Este o maniobrar sobre los flancos para dar paso a las alas detenidas.

En la noche del 10 al 11 el general García Valiño y el general Berti celebraron una reunión. De ella salió la conclusión de romper la resistencia, de maniobrar sobre la retaguardia operativa de los flancos republicanos para abrir paso a los Cuerpos de Ejército Marroquí y Galicia.

En la mañana del 11, la IV División Navarra, con un refuerzo de Caballería y fuerzas italianas penetraron rápidamente en la dirección Híjar–Sáslogo para envolver la resistencia del sector de Belchite y dar paso al Cuerpo de Ejército Marroquí que avanzaba lentamente y que entonces pudo alcanzar el río Martín. El mando republicano dio orden de retirarse a las Divisiones 24 y 44 que pasaron al Norte del Ebro. Después de éste, García Valiño tuvo tiempo para volver sobre el Sur (Híjar) amenazando el flanco de aquellas resistencias de la 211 Brigada republicana delante de Alloza sobre el río Estercuel cuyos puentes había volado.

El mismo día el Cuerpo de Ejército Italiano había progresado al sur de la sierra de Arcos que le separaba del Cuerpo Marroquí y había alcanzado el río Martín en Oliete y paralelamente había lanzado algunos destacamentos hacia Alcañiz y Alón sobre la retaguardia del XXI Cuerpo Republicano que seguía oponiéndose a la penetración del Cuerpo de Galicia.

Mientras tanto, el general Rojo había logrado constituir una pequeña agrupación de fuerzas sobre la base de la supuesta 73

División que mandaba el comandante Enciso que recibió la misión de defender la línea del río Martín, a su izquierda (Sur) la 211 Brigada de Carabineros tomaba posiciones sobre la confluencia del río Martín con el Esteruel y Alcañiz. Al sur de la 211 Brigada, la 110 Brigada de la 25 División del Ejército de Maniobra buscaba enlazar, sin lograrlo hasta el 13 entre Alloza y Andorra, pero la línea del Martín no duró mucho.

\* \* \*

–Hola, Rojo.

–Buenos días, Castro.

Y mientras Rojo hablaba con unos oficiales, Castro se dedicó a mirar la cara de los soldados. Partidario por educación de no dar jamás un paso en falso quería medir el estado de ánimo de los combatientes antes de lanzarse contra la retirada sin combatir, contra el miedo. Miraba con la misma minuciosidad que un viejo relojero suizo podía contemplar la máquina de uno de sus maravillosos relojes que no funcionara.

–Sí.

Tomaba la medida al miedo.

Tomaba la medida al valor.

Y cuando la hubo tomado miró a Hierro Muriel.

–Vámonos de aquí.

Y dirigiéndose al general Rojo que seguía discutiendo con los oficiales, dando órdenes y alientos:

–Me voy, Rojo.

–Que tengas suerte, Castro.

Y el coche comenzó a hundirse en los secos y polvorientos campos de Aragón, bajo un sol que parecía gozar con el terrible juego de secar los campos y quemar a los hombres.

Y cara a cara con la retirada.

Aquello era como si la tierra hubiera temblado: los escombros de un ejército; y escombros humanos caminando por los caminos; y camiones y armas abandonados entre el polvo, silenciosos e inmóviles, como si hubieran muerto para siempre...

–¿Seguimos? –le preguntó Hierro Muriel.

–Sí, camarada... Lo importante es saber qué pasa más allá... Sí... Porque habrás observado que los soldados hablan de que el enemigo está encima... Y todavía no... Lo ves... Sólo los derrotados... Los restos de un ejército hecho con tanto cariño como una madre hace de un niño un hombre... ¡Mira!... Sed y polvo...

Y el coche siguió avanzando.

Y al fin casi nadie... Sólo allá, a lo lejos, un camión que se detenía unos minutos, que volvía a rodar por la carretera y unos segundos después una gran explosión que hacía saltar en pedazos los puentes del camino... Y el coche siguió su camino. Y a unos quinientos metros del camión que estaba parado Castro ordenó a su chófer que detuviera el coche. Y descendieron. Y se quedaron quietos en medio de la carretera... Esperando... Y vieron avanzar a aquel camión en el que unos hombres en el último intento por detener al enemigo cortaban el camino con heridas profundas... y el camión delante de ellos... Y unos hombres que descienden de él y que se acercan...

–A tus órdenes, camarada Castro.

–Hola, Carlos.

Se veían los dos hermanos después de muchos años de no verse.

Y se abrazaron.

Y Enrique miró las insignias de Carlos: comisario de artillería. Y Carlos miró las insignias de su hermano: Subcomisario General de Guerra. Y desaparecieron los lazos de sangre.

–¿El enemigo?

–Detrás de nosotros.

–¿Mucha gente nuestra retrasada?

–No... ¡Somos los últimos!

–Bien, camaradas, seguir con vuestra tarea... Como hasta este momento en que por unos minutos os hemos distraído... ¡Magnífico, camaradas!... ¡Magnífico!... Cuando uno se encuentra con gentes como vosotros la alegría y la esperanza retoña...

–Gracias, subcomisario Castro –dijo el comisario que se llamaba Carlos Castro.

–Seguid, camaradas...

Y cada uno se llevó la mano a la sien derecha en un saludo que era como un desafío a la derrota.

–Salud.

–Salud.

Y el coche del subcomisario Castro dio la vuelta y se alejó en medio de una nube de polvo. Y el camión del comisario Castro continuó pesado por unos momentos, después continuó su camino y los hombres que en él iban su tarea...

«¡A Caspe!»

El pánico dominaba el pueblo. Y por las calles pálido, desencajado, el gobernador Mantecón como un hombre cualquiera, como un hombre perdido, que un gobernador lo es cuando puede gobernar, cuando tiene un palacio y un sillón desde los cuales hacerlo.



Y ante Alcañiz. Y allí unos momentos de conversación con el general Rojo.

–Hay que contener unas horas a esta gente, Castro... Unas horas... Hasta que puedan llegar unidades frescas... Posiblemente la 11 División... Posiblemente también la 3ª.

–¿Qué quieres de mí?

–Que te hagas cargo de «esto», Castro... Y que hagas cuanto puedas para darme el tiempo necesario para que lleguen nuestras reservas...

–Vete tranquilo.

–Cuídate, Castro.

Y Castro se quedó parado en medio de la carretera. Mirando a un lado y a otro. Mirando a aquellos hombres sentados en los bordes de las cunetas con las cabezas caídas sobre el pecho o el mirar perdido en el horizonte. Cuerpo y ojos que parecían muertos... Un poco más allá sobre camiones, la artillería cuyo personal se preparaba para retirarse hacia Monroyo... Y en las avanzadas unas cuantas compañías de guardias de asalto que se habían acordado en aquellos momentos que llevaban más de tres meses en el frente y que tenían derecho al relevo.

–Vamos, Hierro.

Y se dirigió hacia los guardias de asalto... Y algunos oficiales al verle acercarse comenzaron a caminar en dirección a él.

–Salud, comisario.

–¿Qué me cuentan, camaradas?

–Que hemos cumplido nuestro tiempo de permanencia en el frente... ¡Y queremos que se nos releve!

Castro rompió a reír. Los otros comenzaron a mirarle desconcertados.

–¿Relevaros, camaradas?... ¿Con qué?... ¿Con quién?... Os felicito por vuestro gran sentido del humor... ¡Os felicito!... Vuestra broma ha sido maravillosa... ¡Maravillosa!

–No, no es una broma, comisario.

–¿No?

–No.

–¡Qué lástima!... En fin, en vista de que ustedes quieren irse y yo tengo el deber de impedir que se marchen, por el momento, les invito a que llamen a todos los oficiales, que nos reunamos unos minutos en aquella casita... Sí... Porque no conviene que lo que vamos a hablar lo escuchen los soldados... Y se fue hacia la casita.

Y fueron llegando los oficiales.

Y comenzó:

–Camaradas, ustedes llevan mucho tiempo en el frente... ¡Tienen derecho al relevo!... ¡Al relevo!... mas para que exista el

relevo tiene que haber con quién relevaros... ¿Verdad que sí?... Y no hay con quién relevaros... Entonces, si vosotros os marcháis no será un relevo, será una deserción frente al enemigo, algo que se paga con la muerte.

–Pero.

–Un momento, dejarme terminar... Si intentáis huir yo procuraré impedirlo con todos los medios a mi alcance... Claro es que antes de que yo salga de esta casa uno de vosotros puede pegarme un tiro y acabar con mi vida y con mi historia... Podéis hacerlo... Pero el asesinato del subcomisario Castro no tardada en ser conocido; en ser conocido por cientos de comisarios; en ser conocido por cientos de comunistas... Y comenzaría la cacería... Y ni uno de vosotros se salvaría... Porque el Partido Comunista cobra caro a sus muertos.

–Pero.

–¡Un momento!... Yo sólo os pido que aguantemos unas horas aquí, hasta que llegue la división del camarada Líster... ¡Unas horas!... Unas horas que yo estaré con vosotros... Unas horas en las que si el subcomisario Castro intenta huir todos tendréis derecho –y esta vez no será un crimen– de disparar sobre él... Pero también el camarada Castro tendrá el derecho de disparar sobre quien quiera huir... ¡Sea quien sea!

–Pero.

–¡A sus puestos, oficiales!

Y abandonó la casita acompañado de Hierro Muriel... Y se dirigió a la carretera en donde las cunetas estaban cubiertas de hombres perdidos...

«¡Comisarios!»

«¡Comisarios!»

«¡Comunistas!»

«¡Camaradas!»

Y las gentes comenzaron a moverse hacia él. Y a rodearle. Y a mirarle con ojos que parecían rechazar cualquier nuevo esfuerzo, cualquier nuevo sacrificio. Miró a Hierro Muriel. Sí. Estaba a su lado. Sereno y decidido. Antes de hablar, Castro pensó unos momentos: «Un error, un error mío... Meterse en un círculo como éste, es provocar a la muerte... ¡Un error, Castro!... Pero ya no hay remedio... Sólo podrás salir de él si sabes convencer a esta gente».

Y habló:

«Camaradas... Quiero hablaros unos minutos... Sólo unos minutos... No es para regañaros... ¡A los héroes no se les regaña!... Quiero hablaros solamente para deciros dos cosas: Primero. –El general Rojo me ha prometido que antes de diez horas llegará la 11 División, la división del camarada Líster, para relevaros a todos. Sabéis bien que el general Rojo es un hombre serio. Sabéis también que yo soy un hombre que no es capaz de engañaros. Segundo. –Hay que resistir diez horas... ¿Cómo?... No conozco otra manera que ésta: reorganizando

vuestras unidades, seleccionando pequeñas unidades de voluntarios dispuestos a todo; peleando, peleando sin tregua hasta que Líster llegue...

Silencio.

«Vamos a ponernos a «trabajar»... Veréis qué fácil es todo... Claro es que algunos tendrán que morir... que algunos tendremos que morir... Pero así es la guerra: matar ellos y matar nosotros y ver quién mata más...»

Y silencio.

«¡Comisarios!... A trabajar».

«¡Oficiales!... A trabajar».

Y silencio.

«¡Camaradas comunistas!... Necesitamos diez horas... Tenéis que darnos diez horas... Después llegará Líster... Llegarán otras unidades con otros camaradas... Pero hasta entonces hay que resistir. ¡Es la orden del Partido!... ¡Es la voluntad del Partido!»

«Vamos... Vamos, camaradas».

Y la gente comenzó a moverse... Y se oyeron las voces de los oficiales y de los comisarios... Y por encima de estas voces las voces de los delegados del Partido en las unidades... Y casi a rastras, batidos por el cansancio y el hambre, los hombres se fueron acercando a las trincheras... Y cuando las tanquetas italianas llegaron a Alcañiz los hombres comenzaron a

disparar... Y los cañones concentraron su fuego sobre las tanquetas que querían alcanzar la carretera Caspe–Monroyo... Y una hora, otra hora...

–¿Cuántas horas han transcurrido ya, camarada Hierro?

–¡Diez. Castro!

–Cómo pasa el tiempo.

Y pocos después un enlace... «Camarada: se acerca el batallón de ametralladoras de Líster».

Y el jefe del batallón de ametralladoras: «Castro: a tus órdenes». Y Castro que habla: «Mete a tu batallón, pero no en primera línea, en segundo escalón, camarada, por si esta gente quiere huir... Hay que dar tiempo a que llegue la división»... «A tus órdenes, camarada Castro».

Y Castro se sentó en la cuneta.

–¿Cuánto tiempo ha transcurrido?

–Once horas, Castro.

Y la llegada de la 11 División...

–Salud, Castro.

–Salud, Líster.

Y Castro se alejó del frente. Y se dirigió a Monroyo, en donde Rojo había instalado su cuartel general.

–Hola, Rojo.

–Gracias, Castro.

Y se sentaron en la mesa porque era la hora de comer. Y Zapiráin, que se había convertido en comisario provisional del Cuartel General, comenzó a hablar a Rojo del comunismo; Cordón, el Antonio Cordón que había comenzado en el Partido una brillante carrera militar servía la mesa, mientras elogiaba la comida. Y Rojo comiendo. Y Castro comiendo. Y Hierro Muriel comiendo.

–No sigas, Zapiráin: si alguien tiene que convencer al general Rojo para que se haga comunista, ese «alguien» tengo que ser yo, ¿verdad. Rojo? Rojo se sonrió.

–Gracias por tu maravillosa comida, camarada Cordón.

Y se levantó seguido de Hierro Muriel. Y abandonaron aquel pueblo que a pesar del tiempo transcurrido desde las guerras de fines del siglo XVIII, aún estaba dividido en carlistas y liberales. Y descendieron por aquellas calles de piedra bajo las miradas de la gente... Y después subieron al coche... Y a la carretera otra vez...

–Estoy cansado.

–Y yo, Hierro.

Y por la carretera en dirección a ellos una columna de camiones. Y soldados a los lados...

«¿Otra?»

«Sí».

«Cuidado, Hierro... Poneros a unos metros de mí...»

Y otra vez en medio de la carretera... Mirando fijamente a la gente que se acercaba... Y a unos metros de él un oficial de artillería subido en un camión que dice a gritos.

–¡Queremos pasar, comisario!

–No se puede pasar, camarada.

–Estamos dispuestos a todo.

–Igual que yo, camarada.

Y aquel oficial dominado por el pánico se echó el fusil a la cara. Detrás de Castro sonó un disparo. Y el cuerpo del oficial se dobló sobre las redilas del camión y luego se derrumbó sobre la carretera. Al chocar contra el suelo su cuerpo produjo un ruido seco... Los demás miraron a Castro fijamente... Pero Castro no esperó... Sabía que era el momento... De imponerse o de que se le impusieran.

«¡Camaradas!... ¿Dónde está el enemigo?... ¿Dónde?... ¡Sí, yo sé que existe... ¡Lo sé!... Pero está lejos, muy lejos todavía... Así, camaradas, que vamos a dar media vuelta... Y vamos a marchar hacia donde debe estar el enemigo... Y yo delante.

Y comenzó a caminar...



Y los soldados le siguieron... Y mientras caminaba clavándosele el polvo y el sol en la carne unas palabras con Hierro: «Esta ha sido más fácil que las otras...» Y hablando consigo mismo, unas palabras sin mover los labios: «¡Un muerto!... ¿Quién podría hacerlo más barato?... Y luego el encuentro con las últimas unidades de Líster que marchaban hacia Alcañiz... Y las entregó a la gente...

Y regresó a su coche... Y mirando a Hierro unas palabras impregnadas de cansancio.

–Vamos a buscar un sitio donde dormir.

–Sí.

Y mientras el sol se ocultaba ellos marcharon en busca de un pequeño pueblo del Aragón herido, para dormir un poco... ¡Porque tenían sueño, mucho sueño!... Y ganas de olvidarse de todo por unas horas.

\* \* \*

–¿Vives, Castro?

–Vivo.

–En Barcelona se ha dicho que habías caído en poder del enemigo...

–¿Quién dio la noticia?

–Salvadores.

–¿Y no le habéis fusilado por cobarde?

El otro se le quedó mirando.

–Comunicar al Partido que estoy bien... Y decirle al Partido de mi parte que comunique a Esperanza que estoy bien, maravillosamente bien.

\* \* \*

El día 14 el enemigo ocupó Alcañiz. El día 16 las fuerzas franquistas salieron a la línea Pina–Caspe–Alcañiz–Calanda.

Pero el general Rojo que había decidido intentar fijar al enemigo en la línea Caspe–Alcañiz tuvo tiempo de concentrar algunas fuerzas.

El día 14 entraba en posición al norte de Alcoriza la 47 División que se clavó en el costado de la penetración italiana sobre Calanda y fue el núcleo que permitió la resistencia posterior en la dirección Morella. Aquel mismo día comenzaban a entrar otras fuerzas del V Cuerpo cubriendo la línea del Guadalupe.

El 16 de marzo por primera vez desde el comienzo de la ofensiva franquista e intervencionista aparecía el embrión de un dispositivo sólido que permitiera combatir. Por vez primera también se corregía uno de los errores más graves que se

manifestó desde el primer día de la ofensiva enemiga: el frente desde Pina hasta Golee depende del Ejército de Maniobra bajo el mando del general Menéndez y cuyo dispositivo era: desde el Ebro al norte de Calcada el V Cuerpo con las Divisiones 45 y 11 en línea y la 35 en reserva en la zona de Batanera; a la izquierda del V Cuerpo, las Divisiones 47 y 25 del XX Cuerpo de Ejército que se extendían hasta Ejulve; a continuación el XXI Cuerpo de Ejército con las Divisiones 70, 27 y 19, que llegaban hasta el enlace con el Ejército de Levante.

El 16 de marzo terminó la primera fase de la ofensiva franquista sobre Aragón.

Pero en estos 7 días de la batalla hasta entonces más importante de la guerra de España aparecían algunos aspectos importantes que merecen mencionarse.

a). –El mando republicano fue sorprendido por la envergadura de la ofensiva franquista. La causa principal de esto residía en su idea de que las acciones enemigas no eran otra cosa que operaciones de diversión para crear mejores posibilidades para la acción sobre Madrid por Guadalajara que habría de ser el golpe principal enemigo.

b). –Esta idea en el Estado Mayor republicano estaba reforzada por las falsas informaciones de los agentes enemigos del Ejército del Centro que afirmaba constantemente de la concentración de fuerzas enemigas, informaciones que eran apoyadas por el Ministro de Defensa Indalecio Prieto que se oponía al mismo tiempo, de acuerdo con el general Miaja, a

desplazar las reservas del Centro (cuatro Divisiones) al frente de Aragón.

c). –La resistencia del XXI Cuerpo de Ejército (70, 27 Divisiones) no fue aprovechada para apoyándose en ella, contraatacar al norte de la penetración enemiga. Las causas de esto fueron principalmente: la no-utilización de las divisiones 35 y 19 que estaban próximas y que dependían del Estado Mayor Central y la 34 División que dependía del Ejército de Maniobras.

El enemigo ofrecía dos particularidades principales en la ofensiva:

a). –La maniobra inicial enemiga obtiene éxito en el Centro (donde no encuentra más dificultades que el terreno y que era además zona de enlace de los Ejércitos del Este y Maniobra), pero es detenido por una débil cortina formada por la 211 Brigada y algunos destacamentos sueltos. Pero las alas son detenidas desde el primer momento y no logran avanzar hasta que García Valiño maniobra en la dirección Hajar–Sástago al norte para facilitar la progresión del Cuerpo Marroquí y al sur sobre Oliete para abrir el camino al Cuerpo Italiano.

Esto demuestra –y era una advertencia para los republicanos– que una ruptura aun realizada en un frente estrecho, si es aprovechada para lanzar a la retaguardia operativa de la defensa (50 kilómetros) una fuerza móvil, manejada audazmente, puede forzar la decisión.

b). –La timidez de la actuación del escalón móvil de penetración italiano, que lanzado desde Andorra a

Alcañiz–Calenda se detiene sin resistencia en estos puntos, dejando a 15 ó 20 kilómetros más al este, la única carretera (Morella–Monroyo–Valderrobres–Caspe que les quedaba a los republicanos al oeste del Beceite. Con ello dieron la posibilidad de organizar la resistencia al oeste de Beceite, en lugar de obligar a los republicanos a maniobrar ya por la carretera de la costa (50 ó 60 kilómetros más al este), perdiendo con ello la posibilidad de un desenlace mucho más rápido.

\* \* \*

El 15 de marzo Franco lanzó su directiva número 2. En ella trazaba las líneas generales para la segunda fase de la ofensiva.

Ella se realizaría al norte del Ebro hasta los Pirineos y tendría como objetivo el río Cinca y a ser posible el Segre. En ella tomarían parte tres Cuerpos de Ejército.

A la izquierda: el Cuerpo de Ejército de Navarra (general Solchaga) compuesto de cuatro Divisiones (3, 61, 62 y 63), entre los Pirineos y la ruta incluso de Huesca–Barbastro.

Al centro: el Cuerpo de Ejército de Aragón (general Moscardó) con cuatro Divisiones (51, 50, 54 y 55) al sur de la ruta Jaca–Zaragoza–Albalate del Cinca.

A la derecha: el Cuerpo de Ejército Marroquí (general Yagüe) con cuatro Divisiones (5, 15, 13 y 150) que debía franquear el Ebro en la región al oeste de Sástago y tomar inmediatamente como eje de marcha la carretera Bujaraloz–Fraga–Lérida.

Con esta operación el mando rebelde se proponía anular la posibilidad de un golpe de los republicanos sobre su flanco izquierdo, asegurando para ello el flanco en su dirección principal de penetración.

Al sur la continuación de la ofensiva tendría como objetivo el Ebro mismo y más a la derecha la región de Morella–Cantarroja. Se aconsejaba en la directiva la adopción de aquellas disposiciones que permitieran asegurar la posición de los puentes sobre el Ebro en el sector de Mora de Ebro y la carretera Gandesa–Tortosa.

Mientras tanto al sur del Ebro se terminaban las operaciones correspondientes a la primera fase: la División García Valiño ocupaba Caspe el día 17 después de combates violentísimos contra la 12 Brigada de la 45 División. El mismo día el Cuerpo de Ejército de Galicia ocupaba Ejulve y Alcoriza, después de sangrientos combates contra fuerzas de las Divisiones 70 y 25. El Cuerpo de Ejército Italiano se concentraba en la región Alcañiz–Catelseras.

Por aquellos días se celebró en Morella una reunión entre los generales Rojo y Menéndez, el teniente coronel Cerdán, jefe de operaciones del Estado Mayor Central y el jefe de operaciones del Ejército de Maniobra comandante Ciutat.

En dicha reunión se reconoció la necesidad de efectuar un contraataque sobre el flanco enemigo hacia el Norte.

Pero no se hizo lo necesario para realizarlo. El general Rojo no se atrevía a sacar reservas del Ejército del Centro porque «temía que de un momento a otro el enemigo iniciara su

ofensiva sobre Guadalajara». Recurrió al procedimiento de obtener reservas sobre la base de sacar de cada División un batallón. Con esto se formaron Divisiones que se agruparon en una gran unidad improvisada y llamada durante unos días Cuerpo de Ejército de Maniobra al mando del teniente coronel Reyes de manifiesta incapacidad.

Dicho Cuerpo se componía de.

División «Levante» con dos Brigadas al mando del comandante Cortina. División «Extremadura» con dos Brigadas al mando del teniente coronel Morandi.

División «Andalucía» con dos Brigadas al mando del comandante Martín Calvo.

Estas fuerzas empezaron a llegar el día 28 y terminaron de concentrarse en San Mateo el día 21. Pero la organización de estas fuerzas era muy rudimentaria, sus Estados Mayores improvisados, los jefes de las unidades no se conocían.

Y los acontecimientos sorprendieron una vez más a los republicanos.

El día 22 de marzo se inició la ofensiva de los Cuerpos de Ejército de Aragón y Navarra.

El frente republicano desde la frontera francesa hasta el Ebro que cubrían dos Cuerpos de Ejército con 5 Divisiones, con una organización débil del terreno, sin reservas y con un mando, el general Pozas, incapaz de prever una acción del enemigo no pudo resistir, y fue roto por el Cuerpo de Ejército de Aragón al

este de la Perdiguera, al este de Leciñena y en la región de Almodóvar, y por el Cuerpo de Ejército Navarro, al oeste de Huesca hacia Ozna.

El día 23 el Cuerpo de Ejército de Aragón establecía una línea sobre Farlete, Alcubierre, Almuniente, Sangarren. El Cuerpo de Ejército de Navarra, había anulado la tenaza sobre Huesca, empujando a los republicanos más allá del río Plumea y avanzaba con su centro y su izquierda sobre Boltaña y Broto.

El alto mando republicano se vio obligado a atender a este frente en el que no esperaba ningún golpe enemigo y enviar las divisiones 27, 46 y 16 que no llegaron hasta después del día 25 a la línea del Cinca.

El día 26 los dos Cuerpos de Ejército descritos han alcanzado el río Alcandre.

El día 28 llegan a su primer objetivo, al Cinca; el Cuerpo de Aragón ocupa Albalate del Cinca y Monzón, el Cuerpo de Navarra, Barbastro y Boltaña.

Mientras tanto el Cuerpo de Ejército Marroquí logra franquear el Ebro en la región de Quinto en las jornadas del 23 al 24. Al fin de la jornada todo el Cuerpo de Ejército se encuentra al norte del Ebro. El día 25 el general Yagua ocupa Bujalaroz, el 27 se establece, después de violentos combates, sobre el Cinca, en Fraga. Al mismo tiempo, fuerzas de Caballería ocupan Ballobar.



Al sur del Ebro el Ejército de Maniobra republicano reforzado con la 3 División ha contenido todos los ataques de carácter local desarrollados por el enemigo durante algunos días.

El día 26 asegurado su flanco por el éxito de la agrupación norte, la agrupación sur comienza una ofensiva energética en todo el frente.

El esfuerzo se desarrollaba en dos direcciones: la izquierda (esfuerzo principal), formada por la División García Valiño y la División de Caballería del general Monasterio. El centro lo integraban el cuerpo italiano reforzado por la 15 División mandada por el general García Escámez. El conjunto de estas fuerzas tenía por objetivo general el Ebro. La zona de maniobra estaba limitada al norte por el curso del Ebro y al sur por la línea Foz de Calando–Belmonte–Tortosa.

La derecha (esfuerzo auxiliar) estaba formada por el Cuerpo de Ejército de Galicia y se orientaba hacia el sur en dirección Cantavieja y hacía el sudeste sobre Morella y el mar.

La 15 División agregada al Cuerpo Italiano tenía por misión asegurar el enlace entre el Cuerpo Italiano y el Cuerpo de Galicia sobre la carretera Alcañiz–Morella.

El 5 Cuerpo de Ejército republicano mandado por el teniente coronel Modesto opuso una tenaz resistencia, pero al fin la 45 División tuvo que ceder terreno en la región de Caspe. Esta División y la 35 cubrían un frente que se extendía constantemente por la derecha (Norte) por razón de la curva del Ebro en Mequinenza. Esto dificultaba extraordinariamente

la defensa y les obligó a apoyarse poco después en el Matarraña.

Las Divisiones 11 y 3 al mando de Listen y Tagueña, se mantienen heroicamente frente al Cuerpo Italiano cuya presión no cede hasta que logra romper entre la 11 y la 35 avanzando hacia la carretera Morella–Gandesa.

El mismo día el enemigo logra romper también el frente de la División Levante y deja aislada a la 3 División; el enemigo logra alcanzar al fin la carretera de Gandesa–Morella entre Valdealgorta y Fornoles.

En medio de combates violentísimos el Ejército de Maniobra va cediendo terreno.

El 30 de marzo las Divisiones 35 y 45 pasan el Ebro destruyendo los puentes; al sur las Divisiones 11 y 3 defienden tenazmente el desfiladero del Ebro, debute de Cherta.

El Cuerpo de Ejército de Aranda progresando por su esfuerzo alcanzó Zorita el día 29, el 30 Monroyo–Morella y Torre de Arcos el 1.º de abril.

La lucha prosigue encarnizada frente a Cherta y Mora de Ebro.

El 2 de abril dos Divisiones 1 y 55 y el Cuerpo Italiano con las divisiones «Littorio», «XXIII de marzo» y la 15 División, avanzan hacia las sierras que les separan del Ebro. García Valiño ocupa Venta de Camposines y Corbera, el Cuerpo Italiano ocupa la

línea Gandesa, Bot, Horta de San Juan y la 15 División Arnés, Beceite, Fuentespalda contra la Sierra Montenegrelo.

El 3 de abril las crestas de las sierras son alcanzadas y sobrepasadas. Las Divisiones de García Valiño, alcanzan el Ebro por Mora y Miravet, la División «XXIII de marzo» ocupa Pinell y llega con algunos destacamentos al Ebro, la División Littorio se establece en Prat de Compte y a la izquierda de la 15 División en Pauls.

El pasillo que unía Cataluña con Levante se iba estrechando constantemente. Mientras tanto en el Norte del Ebro la progresión de las fuerzas rebeldes continúa. El Cuerpo de Ejército Marroquí después de ocupar Fraga avanza en todo el frente desde Lérida a Mequinenza.

El 4 de abril después de tenaces combates logra llegar al Segre, ocupar la parte oeste de Lérida y establecer una cabeza de puente en Seros. Todos los intentos de prolongar su avance se estrellaron contra la Agrupación Sur (Divisiones 27, 16 y 46) mandada por el teniente coronel Cordón.

Más al norte los Cuerpos de Ejército de Aragón y Navarra continuaban su progresión. El general Pozas había renunciado desde los primeros días de la ofensiva a oponerse a la voluntad del enemigo. En su tesis «Cataluña se defiende en el Bruch», encontraron los pusilánimes o cobardes una justificación para la retirada. El Cuerpo de Ejército de Aragón franqueando el Cinca por Albalate y Monzón ocupa Alfarrás y logra establecer una cabeza de puente en Balaguer. El Cuerpo Marroquí,

venciendo la resistencia ocupa Tremp el 7 de abril y establece una cabeza de puente al norte de la Sierra del Montsech.

Así termina la segunda fase de la ofensiva enemiga sobre Aragón en la que aparecían con extraordinaria claridad los elementos de traición en el Ejército del Centro apoyados por el Ministro de Defensa.

\* \* \*

Fue en esos días cuando coincidiendo con la presencia de tres buques de guerra franceses que ofrecían sus servicios al gobierno, Prieto quiso obligar al Estado Mayor a ordenar el repliegue de todo el Ejército a Cataluña.

El 6 de abril la prensa publicó una nota de la presidencia del Consejo de Ministros y la lista del nuevo gobierno.

De la nota de la presidencia destacaba principalmente esto:

«Para corresponder a ese heroísmo de nuestras tropas y darles la seguridad de que ninguno de sus sacrificios será estéril y de que serán llevados a la victoria por hombres resueltos a obtenerla cueste lo que cueste, el gobierno ha decidido en la reunión de hoy, al mismo tiempo que reconcentrar los servicios de la patria, hacer caer sin miramiento alguno y con toda severidad instantánea sobre los traidores y los cobardes el peso de la ley republicana.

El presidente del Consejo de Ministros y ministro de Defensa Nacional ha recabado y obtenido del Consejo de Ministros poderes para proceder tanto en la sanción de quienes se hagan merecedores a ella, como en la depuración de los resortes esenciales a la victoria, con la rapidez de horas y la energía inexorable que la gravedad de las circunstancias requiere».

El gobierno quedaba reorganizado de esta manera:

Presidencia y Defensa Nacional: Juan Negrín López (socialista). Estado: Julio Álvarez del Vayo (socialista). Gobernación: Paulino Gómez (socialista), Justicia: Ramón González Peña (Unión General de Trabajadores). Agricultura: Vicente Uribe (comunista). Instrucción Pública y Sanidad: Segundo González Blanco (Confederación Nacional del Trabajo). Hacienda y Economía: Francisco Méndez Aspe (Izquierda Republicana). Obras Públicas: Antonio Velao Dilate (Izquierda Republicana). Comunicaciones y Transportes: Bernardo Giner de los Ríos (Unión Republicana). Trabajo: Jaime Ayguadé (Esquerra Republicana de Cataluña). Ministros sin cartera: José Giral (Izquierda Republicana) y Manuel Irujo (Partido Nacionalista Vasco).

Al segundo gobierno del doctor Negrín se adhirieron: Partido Comunista, Partido Socialista Obrero Español, Unión General de Trabajadores y Juventudes Socialistas Unificadas.

El presidente del Consejo de Ministros y Ministro de la Defensa Nacional procedió con cierta rapidez al nombramiento de los altos cargos del ministerio de la Defensa Nacional. El mismo día 7 de abril la prensa publicaba los nombramientos de

Antonio Cerdón como subsecretario del Ejército de Tierra, de Carlos Núñez Mazas como subsecretario de Aviación, de Alfonso Játiva para la subsecretaría de Marina, confirmaba como subsecretario de armamento a Alejandro Otero y nombraba a Julián Zugazagoitia, para el puesto de Secretario.

El 13 de abril se publicaba en la prensa un decreto llamando a filas a los reemplazos de 1927, 1928 y 1941. Paralelamente el pueblo secundaba los llamamientos del gobierno acudiendo entusiasta a los lugares de trabajo y de lucha para la defensa del país sobre el que pesaba una grave amenaza. Como en Madrid en noviembre de 1936, en Cataluña en abril de 1938 la movilización del pueblo daba vida a la esperanza de sacar de una grave situación a la República Popular.

El 16 de abril el general Miaja era nombrado jefe del grupo de Ejércitos de la zona Centro–Sur, con Jesús Hernández como comisario e integrado por los ejércitos siguientes:

Levante, mandado por el coronel Menéndez y el comisario Ortega; Centro, mandado por el coronel Casado y el comisario Piñuela; Extremadura, mandado por el general Escobar; Andalucía, mandado por el coronel Moriones.

Se creó también el grupo de Ejércitos de la zona catalana cuyo mando pasó a ejercer el general Sarabia con Gil Roldán como comisario e integrado por los ejércitos siguientes:

Ebro, mandado por el coronel Modesto y comisario Delage; Este, mandado por el teniente coronel Perea y el comisario Mantecón.

Las armas y servicios quedaron así:

D.E.C.A., general Jurado, comisario Jurado; Artillería, coronel Fuentes y comisario Guerra; ingeniero, coronel Azcárate y comisario Edmundo Domínguez; Transporte, general Bernal y comisario Caballero; Intendencia, Trifón Gómez y comisario; Comunicaciones, coronel Montaud y comisario Lera; Sanidad, doctor Puche y comisario; Tanques, coronel Paredes, comisario Miret; Aviación, general Hidalgo de Cisneros, comisario Belarmino Tomás.

Estas eran las confirmaciones y modificaciones principales hechas por el nuevo Ministro de Defensa.

En la organización de los puestos fundamentales del Ejército aparecían ya desde los primeros momentos algunos graves errores.

1. –Dividido por la ofensiva enemiga el territorio republicano, el Ministro de Defensa nombraba como jefe supremo del territorio de la zona Centro–Sur, al general Miaja, a pesar de haberse comprobado que éste se había negado a enviar sus reservas en los momentos más graves de la ofensiva enemiga sobre Aragón, llegando incluso cuando no pudo retenerlas por más tiempo a privarles de todo medio de transporte, de artillería y ametralladoras. El mismo general Miaja defendió las informaciones de un jefe de información comandante Garijo en las que hacían ver que el enemigo atacaría por Guadalajara. De esta manera crearon la inquietud y el desconcierto, impidieron al mando mover libremente las reservas y facilitaron con ello los planes del enemigo.

2. –La depuración no se había iniciado en ninguno de los escalones superiores del Ejército: en el Estado Mayor Central se encontraban desde el principio de la guerra los hermanos Guarner. Contra uno de éstos se habían entregado a la sección de Información en Valencia 100 cartas firmadas de su puño y letra en las que avalaba o pedía autorización para salir al extranjero a elementos antirrepublicanos. También se encontraba el teniente coronel Fe, elemento extraño. En el Estado Mayor del Grupo de Ejércitos de la zona Centro–Sur, había entrado el teniente coronel Garijo como jefe de información, agente de Franco y el reaccionario teniente coronel Muedra. Al frente del Ejército del Centro se había colocado al coronel Casado, un hombre que hasta entonces no había hecho nada en la lucha y cargado de rencor contra todos por creerse postergado. En el Ejército de Extremadura estaba el general Escobar un viejo republicano pero un militar incapaz. En los Servicios destacaba el general Bernal cargado de odio contra los republicanos y el pueblo en general.

3. –Las gentes de Prieto y Caballero continuaron en sus puestos e incluso ocuparon algunos nuevos. El teniente coronel Alonso, jefe del transporte de la zona Centro–Sur; Trifón Gómez, nombrado intendente General; el coronel Jurado al lado de la República, no por sentimiento, sino por circunstancias casuales y un pesimista incorregible; Manuel Albar, delegado para la coordinación de los diferentes comisariados; el subsecretario de Marina, Játiva; Belarmino Tomás, comisario de Aviación; Cruz Sulido y Julián Zugazagoitia situados en la propia secretaría del presidente Negrín.



4. –En las comandancias militares quedaron: en Barcelona el coronel Gabilondo; en Valencia el general Aranguren; en Madrid el general Martínez Cabrera; en Albacete el general Martínez Monje.

Era un contrasentido que al presidente Negrín que como jefe del gobierno cogió en sus manos la bandera de la resistencia le faltara decisión para poner al frente de los puestos del Ejército a hombres capaces de defender hasta el fin la II República.

\* \* \*

Mientras tanto el enemigo se preparaba afanosamente para llegar al mar.

La resistencia encarnizada de los republicanos detiene a las fuerzas enemigas en Cherta y Alfara. Todos los intentos para quebrar la defensa fracasaron.

Esto impuso al general Dávila una nueva idea de la maniobra. Tortosa fue considerado entonces como un objetivo secundario, más espectacular que real. La salida al mar era la finalidad fundamental a la que había que subordinar todas las demás.

El general Dávila decidió cambiar su dispositivo para asegurar la realización de la misión principal. Para ello lanzó su orden general el 10 de abril. La División de Caballería de Monasterio tenía por misión vigilar y guardar los pasos del Ebro desde

Mequinenza hasta Pinell asegurando al mismo tiempo la ligazón con el Cuerpo Marroquí en la confluencia del Segre.

El Cuerpo Italiano debía atacar al enemigo sobre el frente Cherta–Montespina, maniobrando por su derecha en dirección a Alfara–Tortosa: él aseguraría al mismo tiempo la vigilancia del Ebro hasta su desembocadura.

El grupo García Valiño sería trasladado a la zona de Morella y desde allí marcharía por Cherta para establecerse en la línea Amposta–Santa Barbara–Más de Barberans.

El Cuerpo de Ejército de Galicia cuyas vanguardias se hallaban a algunos kilómetros al oeste de Cherta marcharía hacia el mar para establecerse hacia el sur dispuesto a tomar por nuevo objetivo el frente de Castellón de la Plana–Alcora.

Los republicanos, mientras tanto, ante el temor de que fueran cortadas las comunicaciones, desplazaron dos nuevas divisiones a Cataluña (34 y 68), la Aviación también recibió una orden en este sentido. Los tanques no pudieron llegar a Cataluña por haberse realizado antes el corte de las comunicaciones.

El 12 de abril comienza la tercera fase de la ofensiva.

García Valiño y Aranda concentrados en la región de Cherta inician la marcha hacia el este, Valiño por la izquierda sobre Santa Bárbara y Amposta, Aranda a la derecha sobre San Mateo y Vinaroz.

El día 15 de abril, el general Aranda llega al mar por Vinaroz. García Valiño llega hasta algunos kilómetros al oeste de Amposta. Este mismo día, los republicanos realizan un contraataque general. García Valiño es detenido en la línea Más de Barberans–La Galera–Freginals.

El 18 de abril, las fuerzas de García Valiño reforzadas por el Cuerpo Italiano, atacan simultáneamente el frente de Cherta–Alfara. El frente republicano después de una resistencia breve, pero enérgica, cede y las divisiones 11 y 3 pasan el Ebro.

Lograda la salida al mar y apoyando su flanco izquierdo en el Ebro, el general Dávila se lanzó rápidamente hacia el sur en explotación del éxito obtenido en las jornadas del 9 de marzo al 18 de abril.

Sin grandes esfuerzos logró alcanzar la línea Albocacer–Cuevas de Vinromá–Alcalá de Chisvert–Alcocebre, donde las fuerzas de las divisiones 70, 19, 6 y 47 con una constancia activa magnífica pararon el avance.

Conclusiones de la Batalla de Aragón. –La batalla de Aragón ofrecía algunas conclusiones que independientemente de lo que enseñan, permiten comprender el desarrollo de los hechos; estas conclusiones son:

1ª El error del alto mando republicano que no aceptó a prever la dirección del golpe enemigo.

2ª La proporción de fuerzas después de la batalla de Teruel se había alterado en provecho de los sublevados. Esto puede medirse por el hecho de que las divisiones 11, 47, 27, 39, 25,

66, 46 y 70 esto es, 9–10 divisiones republicanas hablan sufrido pérdidas que variaban de un 30 a un 70 por ciento de sus efectivos. Las divisiones exigían un plazo de tiempo variable para reponer su capacidad combativa que oscilaba entre una y cuatro semanas

La condición de superioridad era, por tanto, temporal y obligada a actuar rápidamente.

El alto mando republicano se encontraba con que de sus 19 divisiones de la reserva general, no menos de ocho (el 60 por ciento) estaban por bajo de su valor combativo y que en estas condiciones tenía que esperar y hacer frente a una operación enemiga.

¿Cuál fue la decisión del Alto Mando Republicano?

Por los hechos se refleja en el despliegue de los cinco Cuerpos de Ejército del Ejército de Maniobra, que era su reserva general.

1 Cuerpo de Ejército en la dirección de Madrid (V Cuerpo de Ejército).

2 Cuerpos de Ejército en la dirección de Aragón (XXI Cuerpo de Ejército) en Montalbán y el XVII Cuerpo de Ejército en Alcañiz

3 Cuerpos de Ejército en situación central (el XXII en Cuenca y el XX en Teruel).

Si se tiene en cuenta la escasa capacidad de la red del ferrocarril que ligaba estas tres Agrupaciones (un solo ferrocarril que daba un largo rodeo por Valencia) y lo reducido del parque-automóvil (que podía desplazar como máximo una División cada dos días), la concentración de aquellas fuerzas en una dirección había de tardar lo menos de 10-15 días.

En este plazo, el enemigo podía penetrar 50-90 kilómetros, lo que obligaría a emplear las reservas republicanas nuevamente, conforme a su llegada, sin poder reunir una agrupación poderosa para el contragolpe.

Así, pues, el despliegue, aun orientando su centro de gravedad en la dirección de Aragón, no ofrecía una idea definida ni prometía una maniobra eficaz y a tiempo en ninguna de ambas direcciones.

Este defecto en el despliegue estratégico es la segunda de las conclusiones que merecen señalarse al enjuiciar la operación en su conjunto.

3ª Las reservas republicanas que constaban de 13 divisiones y cinco Cuerpos de Ejército, habían sufrido un desgaste que, en junto, podemos apreciar a efectos de claridad, en un tercio de sus efectivos reales. Por tanto, quedaban en 8-9 Divisiones.

Los Ejércitos del Centro, Extremadura, Andalucía y Este tenían intactas sus fuerzas

En estas condiciones al enfrentarse con la batalla decisiva, era claro que la misión fundamental del mandó republicano era la creación de nuevas reservas. A pesar de su superioridad,

Franco lo hacía. Esto lo comprendió el general Rojo y quiso hacerlo, pero no lo logró, y además empezó tarde.

Las primeras fuerzas del Centro, Extremadura y Andalucía llegaron al frente de Aragón el 24 de marzo, esto es quince días más tarde. La batalla evidenció la carencia de mando. Toda la acción en los Ejércitos, especialmente en la del Centro, era un problema diplomático que exigía del halago, de la astucia y del engaño. El general Miaja con estúpida terquedad, negaba sus Divisiones, y cuando al fin, tarde, las enviaba, les quitaba los morteros, parte de las ametralladoras, el transporte y una brigada. Esto era lo que el general Rojo podía lograr después de cada discusión y forcejeo de días (cuando el enemigo penetraba con ritmo de 810 kilómetros por jornada.)

4ª De todos los hechos, la conclusión más destacada es esta: que un despliegue estratégico equivocado no puede corregirse durante la batalla y es causa de derrota.

De Montalbán al mar hay 100 kilómetros. El ataque del general Franco comenzó el 9 de marzo con 120 batallones contra 52, y cuando Franco alcanzó el mar, el 15 de abril, atacaba con 300 batallones y los republicanos habían empeñado en el combate por partes 190 batallones.

Nunca el general Franco, ni hasta entonces ni después, logró concentrar en la dirección de un golpe más de 300 batallones, esto es, ya hacia fines de marzo tenía todas sus reservas empeñadas.

Para entonces, el mando republicano que tenía al principio de la operación (9-III) 19 Divisiones en reserva, había logrado

atraer 10–12 Divisiones (136 batallones), es decir dos tercios de las reservas de que disponía ya un mes antes.

Con esta claridad los hechos en su consecuencia resaltan el aleccionador contenido de la conclusión fundamental que debe destacarse de la batalla: –La trascendencia decisiva del despliegue estratégico erróneo.

–La carencia de mando supremo que coronaba la obra del Ministro de Defensa.

\* \* \*

Los comunistas mientras tanto seguían proclamando la necesidad de resistir. ¿Para qué si la guerra no podía ganarse?... Había que impedir que Alemania e Italia tuvieran las manos libres. Había que dar tiempo a la URSS para reforzar sus defensas. Y en nombre del socialismo y por el socialismo el Partido desangraba a España. Para los comunistas esto no era una gran pérdida: era tan sólo una pequeña pérdida si daba tiempo a los rusos a fortalecer su país. ¡Porque Rusia era Rusia! Y España nada.

## Capítulo XXIX

### LA ANCIANA Y EL CAMINO

Castro se hundió en su despacho de aquella pequeña casita de Pins del Valles. Y se sentó frente a los mapas. Con aquel perro lobo, «Concud», su botín de la batalla de Teruel a sus pies, con su incansable mirar a aquel hombre que disimulaba un cariño que le encadenaba a aquel maravilloso animal. Después de mirar y mirar los mapas pensó en su madre. «Tengo que ir a verla»... «Es lo menos que puedo hacer»... Y abriendo uno de los cajones de su mesa sacó un paquete de café y una botella de aceite de oliva. Y lo envolvió cuidadosamente como si tuviera miedo de que le vieran, porque en la cocina de su casa no había ni café ni aceite...

«Ella primero».

«Nosotros podemos aguantar todavía mucho».

Llegó a Arenys de Mar a la hora de comer. Y llegó hasta aquella calle sin salida, cuyo fondo era una vieja iglesia cerrada, silenciosa, en una espera dramática.



«¡Mamá!»

«¡Hijo!»

Y un abrazo que Castro no hubiera dado de no estar seguro que el Partido no le miraba. Y un preguntar por todos. Y un mirar a aquella casita de pisos relucientes, de una limpieza que daba la impresión de ser una vieja reliquia encerrada al mirar y al pasar de las gentes. Y ella enlutada como siempre, mirándole y mirándole. Y él alargándola el pequeño paquete:

–Tome, mamá.

–Gracias, hijo... Comerás con nosotros... Y tomaremos café... Este café tuyo... Y después, si tienes tiempo, me acompañarás en mi paseo de los atardeceres... No... No voy lejos... Voy despacio y sola, hasta la orilla del mar... Y me siento en el borde del camino... Y miro y miro... ¡Porque si vieras cómo me gusta mirar y mirar hasta que siento que el frío de la noche se acerca...!

–Sí, mamá.

Y llegó Concha. Trabajaba en una fábrica textil. Y comieron con más silencio que ruido. Y después Concha regresó a su trabajo. Y Castro sentado en una vieja silla, en aquella vieja silla en la que tantas veces se había sentado en aquella pequeña casa de Alberto Aguilera, estuvo mirando en silencio, viendo a su madre con su pena prisionera y con su luto recoger la mesa, barrer la sala y después fregar, quemándose aquellas maravillosas manos tantas veces quemadas en una montaña de fregares... Y ella trabajando. Y de vez en cuando mirándole a él

de reajo... Después el secarse las manos. Y el pasarse el peine por aquella pequeña y maravillosa cabeza blanca. Y el pañuelo negro sobre sus canas...

–¿Vamos, hijo?

Y salieron de aquella casita que era silencio y pena. Y cuando salieron a aquella callecita la madre se detuvo unos momentos y le habló de aquella iglesia cerrada, silenciosa y como muerta sin haber muerto... Y comenzaron a descender por aquel camino ancho, con casas y montes pegados a las casas. Y él llevando del brazo a aquella mujer de negro que caminaba mirando la tierra... Y las gentes mirando. Porque sabían la pena de aquella vieja mujer. Y sabían, porque todo se sabía, quién era aquel hombre que la llevaba cuidadosamente, con ese mismo cuidado con que se enseña a caminar a los niños.

–¿Se cansa, mamá?

–No, hijo... Tu madre nunca se cansa... Nunca se cansa de nada...

Y siguieron.

Y cruzaron la carretera, Y entre la vía férrea y el mar se sentaron. Frente a frente. Y silencio. Sólo el mar y el viento hacían ruido. Él encendió un cigarro. Y comenzó a mirar el mar. Ella solamente miraba aquellas paralelas de hierro entre las cuales y también a sus lados empezaba a crecer esa hierba que es el comienzo de la agonía y el anuncio de la muerte, Esas hierbas que deberían llamarse «las hierbas del abandono». Y sin hablar. Mirando y mirando.

Y ella suspiró hondo.

–¿Cómo va la guerra, hijo?

–Bien, mamá.

–Bien... Bien... Pero, por aquí ya no pasan trenes como otras veces con tanques y cañones, con camiones y aviones...

–Llegan por otro lado, mamá.

–¿Por otro lado?... Sí... Sí... Por otro lado... Claro, claro, hijo. «Ellos» ya sabían que pasaban por aquí, ¿verdad que ya lo sabían «ellos»?

–Sí, mamá... Ya lo sabían...

–Y yo que estaba tan preocupada porque no veía pasar trenes... Pero, los trenes llegan... ¡Claro que llegan!... Pero, llegan por otro sitio... Claro... Cuantas tardes perdidas... Hubiera podido estar zurciendo calcetines, cosiendo la ropa de tu hermano Carlos para cuando termine la guerra... ¡Cuántas cosas podía haber hecho!... Cuántas... Pero me gustaba tanto ver pasar los trenes... Yo sé que la guerra es horrible... ¡Horrible!... Pero ¿qué sé yo de estas cosas?

Él callaba.

Y ella mirándole con aquel mirar que hacía bajar los ojos.

–Hijo, yo te creo cuando me dices que ahora los trenes pasan por otro sitio... Sí, hijo... Tú lo sabes mejor que yo... Pero tu madre sabe otras cosas, hijo.

–¿Qué cosas, mamá?

–Muchas cosas, hijo... Fíjate, por ejemplo, una de las cosas que sabe muy bien tu madre... Tu madre, hijo, como todas las madres, conoce ese terrible drama de querer hombres y querer niños...

–Sí.

–No... De esto tú no sabes nada... Eso sólo lo sabemos las madres... Sólo las madres...

–Sí.

–Si tú ahora en vez de ser un hombre fueras un niño no estarías ahí sentado tan cerca y tan lejos de mí... Estarías aquí, sobre mi regazo... Y yo mirándote a los ojos te preguntaría: «¿Qué te pasa hijo mío?»... Y tú me lo contarías... Pero eres hombre, tan hombre como yo quería verte... Aunque también querría verte niño...

–¿Y preguntarme, verdad, mamá?

–Sí... Y preguntarte.

–¿Y por qué no me pregunta?... No siempre lo hombre mata lo niño... No siempre, mamá.

–¿Por qué no pasan por aquí los trenes?

Él dejó caer la cabeza sobre el pecho.

–Con tu madre puedes hablar... Decirle tus dudas y tus penas...

–Yo no sé, mamá, por qué no llegan trenes... Tenían que llegar... Nos les había prometido el camarada Stalin... ¿Por qué no llegan?... ¿Por qué no llegan?... No lo sé... No lo sé... No lo sé, mamá... Y la juro, que como usted, yo también quisiera saberlo.

–Una vez te dije hijo mío que para que la revolución sea buena tenía que imitar a las madres... Otra vez te dije que morirían los Castro y los Pérez y los Fernández o como se llamaran o se llamen y no lograrían la felicidad... Tú te irritaste mucho... Y tuve que pegarte... Y no me arrepiento de haberte pegado, hijo... Porque yo te defendía a ti... Y tú, por el contrario, defendías a los Pérez, a los Fernández o como se llamaran, afirmando que así defendías a los tuyos, a los Castro... No... No era defenderlos... Era sacrificarlos...

–Mamá...

–Los que no queréis confesaros con los sacerdotes, tenéis el deber de confesaros con nosotras...

–Mamá...

–No, hijo, si no te regaño... ¿Cómo te voy a regañar, hijo?... Tu madre ya no tiene fuerzas para regañaros... ¡No te regaño,

hijo!... ¿Por qué te voy a regañar?... Me has traído café y aceite... Me has acompañado como el mejor de los báculos a sentarme en este lugar de la esperanza y la desesperanza... ¡No te regaño, hijo!...

–¿Vamos, mamá?

–Sí, vamos hijo, que hoy parece que tampoco pasarán trenes.

Y comenzaron a caminar cuesta arriba. Inclínada ella. Y la mano de él sujetándola y sintiéndola temblar. Y la gente mirándolos. Y él mirando al cielo y los montes.

Y la pequeña casa.

Y la pequeña iglesia como encogida de miedo.

Y ella y él frente a frente.

Y un abrazo y un beso... Y unas palabras a su oído y un afán de no querer soltarle.

–Y cuídate, hijo, cuídate... Me gustaría que os cuidarais mucho los que aún me quedáis...

–Sí, mamá.

–Tú me entiendes ¿verdad, hijo?... Cuídate mucho... Mucho. Pero cuida mucho más tu honra y tu apellido...

–Sí, mamá.

–Tu honra y tu apellido... No olvides, y, díselo también a tus hermanos, que es seguro que vuestro padre os esté mirando desde el cielo... Darle la alegría de poder decir con orgullo: «¡Esos son mis hijos, mis hijos!»

Y comenzó a andar. Y llegó al coche. Y Pepe, un chico de Alicante que era ahora su chófer, le miró.

–A Barcelona.

Y aquel hombre, silencioso y hundido en un rincón del coche lloró sus lágrimas y a veces sonreía. Era cuando le parecía escuchar la voz de aquella mujer enlutada: «¡Llora, hijo, llora!... También los hombres tienen el derecho de llorar... cuando no los ve nadie».

Y Barcelona.

–Al Comisariado, camarada.

–A tus órdenes, camarada.

Y los centinelas le saludaron... Y comenzó a leer los partes, Y a dar órdenes. Cuando Hierro Muriel salió de su despacho se restregó los ojos con fuerza. Y salió al pasillo. Y luego comenzó a descender lentamente por las escaleras. Y se hundió en el coche.

–A mi casa.

–A tus órdenes, camarada.

Y luego la pequeña casita. Y «Concud» mirándole con ojos de pena, como si supiera cuánto había sufrido su amo en unas horas. Y Esperanza.

–¿La viste?

–Sí.

–¿Qué te dijo?

–Se puso muy contenta cuando vio el café y el aceite.

–Menos mal.

Y se metió en su despacho. Y miró fijamente a «Concud». Y «Concud», mirándole, movía el rabo de vez en cuando.



## Capítulo XXX

### ESQUEMA DE LA NUEVA SITUACIÓN

Se había entrado en el tercer período de la guerra, en el periodo de los combates decisivos como consecuencia de los grandes cambios habidos en la situación estratégica. Para los republicanos los plazos y posibilidades para cambiar esta situación se habían reducido considerablemente.

\* \* \*

En el orden político. La polarización de las dos tendencias fundamentales que aparecieron en los comienzos de la guerra se habían realizado íntegramente: las fuerzas de la consecución de la lucha, de la resistencia hasta el fin que personificaban los comunistas, que en la imposibilidad de ganar la guerra insistían en la prolongación de la misma para manteniendo un foco de inquietud en el sur de Europa limitar las posibilidades de acción del fascismo y aumentar las posibilidades del reforzamiento de la defensa de la URSS; y Negrín y los que le seguían de su propio partido, de la Unión General de Trabajadores y del

campo específicamente republicano que eran muy pocos. Al otro lado estaban los de siempre: una gran parte del Partido Socialista Obrero Español y de la Unión General de Trabajadores capitaneada por Indalecio Prieto, Largo Caballero y Besteiro; estaban también la mayoría de los integrantes de los partidos republicanos, cuya tendencia al compromiso simbolizaba Manuel Azaña, actual presidente de la aganzante república; y en los dos partidos más fuertes de Euzkadi y Cataluña, los Partidos Nacionalistas y Esquerra Catalana las tendencias eran no solamente públicas, sino descartadas. Y en el pueblo la misma división: una parte que consideraba ya inútil la lucha; y otra parte bajo la influencia de los comunistas y de Negrín al que durante mucho tiempo los comunistas venían presentando como el hombre del milagro de ganar la guerra. Al lado de estas dos corrientes en plena guerra había:

En el campo militar. En el terreno militar después de la batalla de Aragón y el corte del territorio republicano la situación ofrecía las características fundamentales siguientes:

– A pesar de un mayor desgaste de los rebeldes la relación de fuerzas no había sufrido grandes variaciones. El enemigo mantenía su superioridad en medios técnicos y de aviación en que la proporción de esta última podía establecerse a través de la batalla de Aragón: 8.550 vuelos de avión de los rebeldes por 3.206 de los republicanos, es decir, una superioridad de 3–1 a favor de los rebeldes.

– Pero a pesar de su superioridad el ejército franquista tenía una posición de extrema debilidad en aquel momento: el hecho de mantener los republicanos reservas (sólo participaron

en la batalla de Aragón 188 batallones) cuando los rebeldes habían metido todas las suyas (300 batallones el 12, 4, 19, 38) creaba una posibilidad de gran valor para el alto mando republicano. Esta posibilidad de acción aunque coincidía con un momento difícil para los republicanos, residía en que gracias a la resistencia de la 70 división en Albocacer los republicanos tenían: a) Una posición de partida excelente sobre la única vía de comunicaciones del Cuerpo de Ejército de Galicia y la Agrupación García Valiño; b) Una pausa en el ataque enemigo como consecuencia del desgaste sufrido y de la reagrupación de fuerzas que efectuaba; c) Fuerzas frescas de los ejércitos republicanos del Centro, Andalucía, Extremadura y en menor proporción de Levante.

– Hecho el corte del territorio republicano, mantenida la superioridad de fuerzas por los rebeldes, el planteamiento de la guerra en su parte estratégica no había variado. Como cuando Teruel no podían los republicanos plantearse operaciones decisivas y tenían que buscar superar su condición de inferioridad por medio de operaciones favorables que no comprometieran sus fuerzas. Lo nuevo de la situación consistía en la imposibilidad de maniobrar de las fuerzas republicanas del uno al otro de los dos núcleos en que había quedado dividido su territorio.

La proporción entre ambas zonas podríamos valorarla de la siguiente manera:

Fuerza militar. 2,5 veces más la zona Centro–Sur.

Recursos humanos. 3,2 veces más la zona Centro–Sur.

En extensión. 5 veces más la zona Centro–Sur.

Desde el punto de vista de su fuerza militar aparece claro que la significación principal estratégica corresponde a la zona Centro–Sur. Sólo una condición podía haber en favor de Cataluña, la frontera francesa, pero ésta fue siempre una barrera para la España republicana. En el mar dominaba, mejor dicho, debía dominar la flota republicana que conservaba íntegra su superioridad potencial. Se desprendía, pues, que el paso de las acciones principales debía corresponder a la zona Centro–Sur. Cataluña debía jugar un papel auxiliar. Aunque la cooperación entre ambos núcleos de fuerzas era una condición indispensable. En la cooperación aparece la necesidad, derivada de la imposible maniobra de las reservas de una a otra zona para concentrarse en la defensa de la dirección amenazada, de que ésta se realice (independientemente de aprovechar las posibilidades existentes para el contragolpe de Morella) sobre la base de acciones activas coordinadas en el tiempo y en el espacio, y si en este último no es posible, al menos en el tiempo, toda vez que cada una de estas zonas vivían de recursos propios. Hasta entonces a la ofensiva enemiga se podía oponer la concentración sucesiva de todas las reservas generales hasta conseguir ahogarla. Ahora esto ya no era posible, a la ofensiva enemiga había que responder necesariamente con operaciones activas y ofensivas, en la región no atacada. Cataluña o zona Centro–Sur. Esto era lo nuevo en el planteamiento de las formas de lucha correspondientes a la nueva situación.

Esto significaba desde el punto de vista de las tareas del gobierno de Negrín lo siguiente:

En el orden político. El comienzo de una ofensiva despiadada contra los partidarios del compromiso o la rendición. Ofensiva que debía significar en la práctica no sólo su eliminación de todos los puestos políticos y militares que conservaran en el aparato estatal y en el ejército. Una lucha despiadada que debía comenzar por aquello y acabar si era necesario con la aplicación inexorable de las medidas represivas máximas. Y sobre esta base colocar en los puestos fundamentales hombres audaces, capaces y leales para crear una sólida unidad política entre las fuerzas fundamentales de la resistencia, vigorizar los órganos de dirección e incrementar la lucha.

En el orden militar. De acuerdo con las características señaladas en el análisis de la situación, no se podía olvidar si se querían evitar gravísimos contratiempos, dos cosas esenciales que imponía la nueva situación:

1. Que si antes era posible ante las ofensivas enemigas acudir a la fórmula más simple de concentrar las reservas en la dirección del golpe enemigo hasta conseguir ahogarlo, esto ya no era posible y se imponía estudiar, organizar y preparar en todos sus detalles un plan completo de operaciones activas, pues para ello había amplio espacio principalmente en la zona Centro-Sur.

2. Que semejante género de guerra más activo en sus métodos, imponía una nueva organización de los frentes, una audaz concentración de las reservas, movilidad, agilidad y voluntad permanente de lucha en los mandos de las grandes unidades.

¿Sería capaz el presidente Negrín de responder a las necesidades del período decisivo de la guerra?

El presidente Negrín consideró que desplazado Indalecio Prieto del ministerio de Defensa y derrotado en el Comité Nacional del Partido Socialista, se había liquidado en lo fundamental la actividad de los capituladores. No comprendió que esa corriente no se reducía a uno o dos hombres, sino a grupos que tenían sus tentáculos no sólo en el gobierno –todavía–, sino en el aparato estatal, en los mismos partidos y organizaciones y en la gran mayoría de los casos en las propias direcciones de éstos. Este error llevó al presidente Negrín a debilitar la lucha contra los elementos capituladores, renunciando en la práctica a darles un golpe aniquilador.

El presidente Negrín no supo comprender tampoco, que en las formas de dirigir la guerra hasta entonces, residía una de las causas fundamentales de las derrotas militares de los republicanos. La política de guerra seguida hasta marzo de 1938 tenía dos formas concretas: en el gobierno Largo Caballero la incapacidad y la resistencia por esta misma incapacidad a la fijación de una política de guerra justa; en el período de Prieto, una dirección militar de la guerra más justa, por parte de un Estado Mayor Central más capaz, pero a cuya realización práctica de sus planes se oponía una maraña de obstáculos: vacilaciones, resistencias pasivas, dilaciones y sabotajes con lo que el ministro de Defensa hacía sentir su voluntad negativa en la dirección de la guerra.

El problema de los ritmos en torno a los cuales habían desarrollado una gran actividad los elementos capituladores,

frenando la realización de todas las tareas que la situación exigía, adquiriría en el tercer período de la guerra, el periodo de los combates decisivos, una importancia enorme. Pero los ritmos elevados no se obtienen sólo por el deseo de reconocer su necesidad.

Los ritmos rápidos son posibles si se basan en la voluntad y el esfuerzo del pueblo, y, en segundo lugar, en la rapidez con que los órganos de gobierno sepan canalizar y aprovechar dicha voluntad y esfuerzo. Ambas cosas se complementan. Es imposible que una de ellas, por sí sola, pueda lograr lo que las necesidades de una situación determinada reclama. Hubo la primera con creces. Faltó la segunda hasta la crisis de abril de 1938... Pero, las posibilidades que dicha crisis hizo surgir, para crear un órgano de dirección capaz de dirigir la guerra de acuerdo con la situación, corrían el peligro de malograrse porque el presidente Negrín que había comprendido que la lentitud era el peor enemigo de los republicanos no fuera consecuente en la batalla decisiva que estaba obligado a reñir con los elementos internos de descomposición, batalla que crearía todas las condiciones políticas que sirvieran de base sólida a la realización de los necesarios planes militares: en la batalla decisiva en la que debía ser dirigente y autor principal (en su calidad de jefe de gobierno y ministro de Defensa) supo conquistar un gran triunfo con la solución de la crisis, pero la falta de decisión para explotar aquel éxito hasta el fin, hasta el aniquilamiento de los elementos negativos, podía malograr todas las posibilidades existentes, manteniendo una dirección de la guerra incapaz y decepcionando a las masas populares cuyos sentimientos supo interpretar el doctor Negrín con la eliminación de Prieto.

¿Fue magnanimidad de espíritu prócer ante el enemigo interior derrotado, pero no vencido?

¿Fue la falta de consecuencia en un hombre a su vez vacilante?

En todo caso fue, por sus consecuencias, un error político, un amargo error, cuyas amarguras pudo luego sentir el presidente Negrín con acidez en los días tristes de Elda, en su «Posición Yuste».

Era necesario precipitar los ritmos, pero para ello eran necesarios hombres nuevos. Y en los primeros momentos de su actuación como jefe del nuevo gobierno y ministro de Defensa el doctor Negrín, aparecía excesivamente respetuoso con los hombres viejos, que encarnaban viejos métodos y que, sobre todo, formaban conscientes unos, inconscientes otros en las fuerzas de la capitulación. Y el peligro aumentaba en la medida en que el presidente Negrín deseoso de conciliar lo que en el fondo era inconciliable (los viejos hombres con las nuevas formas de dirección de la guerra, el espíritu de conciliación y compromiso con el espíritu de intransigencia y de lucha), ampliaba, incluso, las posiciones que en el apartado del estado tenían los partidarios de Largo Caballero y sobre todo de Prieto.

¿Supo comprender el presidente Negrín que la zona Centro-Sur constituía la base principal estratégica de los republicanos?

Es muy difícil contestar afirmativamente si nos atenemos a los hechos.



De acuerdo con el planteamiento general de las nuevas formas de lucha correspondientes a la situación militar creada, era necesario una dirección audaz llena de movilidad, agilidad y voluntad permanente de lucha. Desgraciadamente a la dirección de la zona Centro–Sur se había llevado, salvo algunos de sus componentes, hombres que eran todo lo contrario. La voluntad predominante allí, era la de los traidores, de los vacilantes resguardados tras las espaldas seniles del general Miaja, juguete en manos de cuantos halagaban su vanidad y alimentaban sus ambiciones. Y en estas manos iba a quedar la dirección de las fuerzas que en la nueva situación debían llevar el esfuerzo principal de la guerra.

El presidente Negrín, independientemente de su voluntad de lucha y de victoria, no se mostraba lo suficientemente enérgico para liquidar los viejos métodos y los hombres que los encarnaban. Eligió otro camino. Buscó la conciliación entre los partidarios de la resistencia y los elementos capituladores y vacilantes, creyendo que de esa forma aseguraba una base más amplia a su política de resistencia. Pretendía gobernar, creyendo que era la mejor forma, apoyándose en las dos fuerzas, sin ver que sólo el aniquilamiento de las actividades de los elementos capituladores aseguraba la realización de una política de resistencia activa, la única capaz de superar las dificultades del momento.

Por su parte el Estado Mayor Central fijaba el plan de maniobra a realizar en el segundo semestre de 1938. Era el siguiente:

– Resistencia en Levante.

– Ruptura en el Ebro, creando una amenaza capaz de paralizar la ofensiva enemiga sobre el Maestrazgo.

– Ofensiva en Extremadura y Andalucía con miras a cortar las comunicaciones enemigas de Norte a Sur y favorecer el levantamiento de la segunda de aquellas regiones.

El plan era justo, ya que tendía a impedir la concentración de las fuerzas enemigas en un punto y buscaba el sector más débil del frente enemigo en su aspecto completo, político, social y estratégico. Pero lo importante consistía en asegurar su realización. Las medidas correspondientes a este fin eran la reorganización de las fuerzas de Cataluña y del Ejército de Maniobra. Sin embargo se seguía olvidando que para asegurar la realización de este plan cuyo principio básico era la coordinación, se necesitaba asegurar en primer lugar mandos y órganos de dirección audaces, disciplinados, poseedores de una voluntad permanente de lucha; era necesario más, ir a una reorganización audaz de los frentes si se quería lograr la coordinación y las reservas suficientes para alimentar las batallas en perspectiva.

## Capítulo XXXI

### LA BATALLA DEL EBRO

#### ¿ERROR, TRAICIÓN, PIEDAD?

Castro no tenía dudas. Ciertamente que no hablaba con los dirigentes del Partido con frecuencia, pero la situación se manifestaba tan clara que no era necesario preguntar.

–Sabía que ya no se podía ganar la guerra.

–Sabía que a la URSS y al movimiento comunista internacional le interesaba la prolongación de la resistencia republicana que frenara los planes de Hitler en Europa.

–Sabía que en este propósito de prolongar la resistencia morirían muchos hombres, se destruirían pueblos y ciudades.

#### ¿Qué importaba?

La revolución tiene siempre un elevado costo. Asustarse ahora de él le parecía ridículo. ¿Qué valía España? No lo sabía muy bien. Pero si el precio de un desahogo de la URSS, si el precio de un aplazamiento de la agresión a la URSS era España

¿qué importaba? Los sentimentales se horrorizarían de esto, los románticos quizá pensarán en imitar a Larra, gran poeta y pobre hombre, los patriotas de una patria chata se escandalizarían pensando en un gran crimen contra España.

¿Qué importaban ellos?

¿Qué importaba España?

Para Castro no había más que una patria: la patria socialista. Y no había posibilidad de elección: sólo existía Rusia.

«¿Y el patriotismo de que hacías gala los primeros días de la guerra?»

«No sean tontos, señores. Aquello era una maravillosa cortina de humo que debía ocultar ante los ojos de los demás los objetivos del Partido y la condición humana de los comunistas... ¡Y en verdad que se logró!. Tan maravillosamente se logró que hubo muchos tontos, muchísimos, que en los comunistas vieron la manifestación perfecta del patriotismo, la expresión exacta de un maravilloso sentimiento nacional»... «¡Ja... ja... Jaaaaa!»... «¡Hacer que la mentira parezca verdad!» «Y lo hicimos muy bien, estupendamente bien»... ¿Por qué se extrañan?... Para los comunistas la mentira no es un pecado, es un medio que se justificará siempre ante la historia por la inmensidad del objetivo logrado... ¿Por qué dicen que el mundo comunista es un infierno de escombros humanos?... No tienen razón, y por ello están ustedes al borde de la más asquerosa de las calumnias... No comprenden ustedes todavía en qué se convierte un hombre cuando la razón ha sido sustituida por el dogma; cuando la libertad del hombre ha sido

sustituida por la más terrible de las disciplinas: por la esclavitud mental; cuando para él no existe lo moral ni lo inmoral, sino la tarea; cuando para ese hombre no existe más mundo que el mundo-Partido; cuando para él no hay más jefe ni dios que Stalin... ¿No lo comprenden todavía?... Mejor, inmensamente mejor. Así será más fácil su tarea... No, no hablen de un mundo de criminalidad política refiriéndose al mundo comunista... No es eso... Lo que pasa es que ustedes tienen de la política una ida muy vieja, terriblemente vieja».

Y pensando en esto y en otras cosas, cuando no tenía mucho que hacer, Castro sonreía.

O reía a carcajadas.

¡Que el cinismo también ríe!

Pero lo fundamental para él no era pensar en esto... Su obsesión era en cómo resucitar una nueva esperanza en millares de combatientes, en cómo reverdecer su fe en la victoria, en cómo hacerles que lucharan y murieran a montones si era necesario.

Lo demás no tenía importancia.

«Para nosotros no existe más que el fin... Sí... Lo demás no es más que el caminar hacia ese fin».

\* \* \*

Esperanza tose.

Tiene hambre.

Tiene pena.

Pero Castro no se da cuenta. Está demasiado ocupado con la consigna «¡Resistir!»

«Concud» tiene hambre.

Y debe tener pena porque en las noches aúlla muy bajito como si no quisiera que escucharan su llorar.

Pero Castro no se da cuenta. Está muy ocupado con la consigna «Resistir!»

\* \* \*

Su madre sigue en Arenys de Mar.

¿Tendrá hambre?

¿Tendrá pena?

Castro no lo sabe. Está muy ocupado con la consigna «¡Resistir!»

\* \* \*

En sus andares por la ciudad Castro se cruza con gentes tristes y flacas. Y con mujeres enlutadas que caminan con la cabeza inclinada mirando al suelo u ocultando sus lágrimas.

¿Tendrán hambre?

¿Tendrán pena?

Castro lo ignora. Él vive tan sólo para la consigna «¡Resistir!»

\* \* \*

«¡¡¡Stalin necesita tiempo!!!»

Es todo.

\* \* \*

Antonio Cerdón, nombrado subsecretario de Guerra, había instalado la subsecretaría en el mismo edificio en que estaba el Comisariado General de Guerra. Por este motivo los encuentros entre Castro y él eran frecuentes. Y Castro pudo conocer a Cerdón. Es posible que hasta pocos meses antes Antonio Cerdón hubiera sido un hombre casi bueno. Casi y no bueno del todo porque era uno de esos hombres que cuando su mujer ha parido mucho y envejecido un poco encuentra la fácil solución del abandono. Ahora vivía con una tal Rosita, gallega, flaca, trabajadora e intrigante. Era el sostén de Antonio

Cordón, porque ella era en verdad la subsecretaria. Ella hablaba de nombramientos, ella hablaba mal de Rojo, ella mantenía a unos cuantos fascistas en el aparato de la subsecretaría, ella tenía a un falangista emboscado que se encargaba de traer los mejores manjares para el subsecretario. Ella era más que la «mujer» del subsecretario de Guerra, el mecanismo físico y mental del subsecretario. Y ante ella, él era obediente. Casi sumiso.

¿Qué sabía ella de él para estar a caballo de él?

Castro no lo sabía, pero desconfiaba, desconfiaba mucho. Mas era difícil golpear a Cordón, Porque Cordón hacía todo lo que quería el Partido y como el Partido quería. Y esta «fidelidad» suele ser a veces el Gran Jordán del viejo pecador. Tenía un ayudante valenciano, pequeñito y flaco al que colocó sobre su pecho cordones dorados que le hacían parecer un extraño muñeco; tenía después como secretario a Alejandro del Val, viejo comunista, pero cuya carrera política había terminado hacía tiempo, desde que salió de jefe del transporte del Estado Mayor, cuando éste estaba en Valencia. Alejandro del Val era solamente un impecable uniforme y un mundo de despecho y rencor. Vivía sentado ante una mesita en un pequeño despacho, rumiando sus odios y esperando a que sonara el timbre para acudir a la llamada del subsecretario.

Antonio Cordón tenía una gran habilidad: ser sumiso ante el Partido y ser simpático con sus dirigentes. Lo que no era poco.

¿Un compañero de camino?

No.



Cordón no quería esto. Cordón quería unirse al Partido más que por razones ideológicas, porque el Partido podía asegurarle un vegetal cómodo, que él no era un hombre ni de grandes inquietudes ni de grandes horizontes. Uno de esos hombres pequeños a los que una casita, un buen sillón, unas babuchas y alguien que se las ponga al llegar a casa constituye su felicidad, su «socialismo». No se podía calificar por tanto a Antonio Cordón como un buen comunista, sino como un buen empleado de los comunistas.

Castro transigió con él.

Y en realidad hasta valorizaba honestamente sus trabajos.

Cuando entraba en el despacho, Cordón, que le gustaba aparecer como algo importante, comenzaba a llamar a sus subordinados, a dar enérgicas órdenes, a mover los papeles que tenía sobre la mesa y de vez en cuando a decir como sin darle importancia:

–Es una nueva lista de nombramientos de oficiales y de ascensos –¡Casi todos comunistas!...

–Magnífico, Cordón –contestaba el otro.

Y después llegaba la subsecretaria que cuando había alguien con el «otro» se mostraba como una secretaria concedora del oficio: recogía los nombramientos, pedía instrucciones y cuando ya iba a salir se volvía y con una sonrisa y una simpatía un poco raras preguntaba:

–¿Quieren una tacita de café?

–Sí... Sí. Tráenos café.

Y poco después entraba ella con una bandeja y dos tazas de humeante y oloroso café, cargado de leche condensada. Y colocaba cada taza delante de cada uno de ellos. Y miraba a los dos. Y sonreía. Y después, como una agilísima sombra, desaparecía por una pequeña puerta que daba a su despacho. Pero a Castro no le importaba él, ni ella tampoco. Le importaban los nombramientos, los ascensos, el control que el Partido ejercía a través de Antonio Cerdón en el aparato del Ejército republicano...

\* \* \*

El nombramiento de Álvarez del Vayo como ministro de Estado dejó vacante el puesto de Comisario General. Durante unos días no supo nada sobre quién sería el nuevo Comisario General. Pero un día recibió una llamada del Partido. Se encontró con Pedro Checa y Francisco Antón.

–Salud.

–Salud.

–Te hemos llamado, Casto, para preguntarte algo importante: ¿Crees que entre los subcomisarios generales haya alguno que pudiera sustituir a Del Vayo y servir al Partido tan escrupulosamente como «Don Julio»?

–No... Pretel es un hombre débil, aunque en manos del Partido; Do-porto es un hombre decorativo y de mal genio; Crescenciano Bilbao es demasiado socialista para servirnos; Inestal, anarquista, no se sometería; el representante de Izquierda Republicana es buena gente, calvo y simpático, pero nada más. Y el sustituto de Pestaña tampoco nos vale ¡Decididamente no!...

–¿Conoces a Bibiano Ossorio y Tafall?

–Sí... Le conocí cuando la huelga de metalúrgicos. Era subsecretario de Trabajo... Republicano y gallego... Creo que charlatán y mujeriego... Sí... ¡No será un estorbo para nosotros!... Se trata simplemente de satisfacer sus vicios o debilidades...

–Vas a ir con el camarada Antón a verle... Debe aceptar... Pero debe quedar claro que el nombramiento se lo debe al Partido...

Y salieron a ver al señor Ossorio y Tafall... Era entonces secretario de Izquierda Republicana... Le encontraron en su despacho... Les recibió afectuoso y dándoselas de gran personaje. Los otros viéndole reían por dentro. Y Antón le planteó el problema.

–¿Creen que valdré?

–Contará usted con nuestra ayuda.

Y a los pocos días llegó Bibiano Ossorio y Tafall al Comisariado. Llegó acompañado de una secretaria flaquita, con

gafas, feílla, pero de no mal ver. Era simpática y trabajadora. Lo demás a Castro no le importó mucho. Él había trazado ya su plan: presentarse ante él como un subordinado obediente, hacer la vista gorda ante su comer, su beber y otras cosillas que no vienen a cuento; no mirar mucho a la secretaria porque parecía un poco celoso; invitarle constantemente a visitar a las unidades de Líster y a Líster mismo que por ser también gallego y tener buena despena le era más fácil el soborno... Lo demás... Lo demás era cosa suya... Y en honor a la verdad, Ossorio y Tafall no fue jamás un obstáculo... Él sabía por quién era lo que era... Dárselo a entender de vez en cuando era suficiente. Porque en aquellos momentos los republicanos, comenzando por don Manuel Azaña, no eran más que el decorado republicano de una situación poco republicana.

\* \* \*

Con Rojo se veía ahora menos que otras veces... No era necesario: Negrín estaba controlado en la medida que lo permitía su frivolidad y las frecuentes visitas a sus amantes por el Partido Comunista. Por el Partido directamente y por dos de sus colaboradores más cercanos; un tal Benigno, que fue director de «Milicia Popular», el órgano del Quinto Regimiento; y por Sánchez Arcas, buen arquitecto y maravillosa persona, ciegamente obediente al Partido, que ocupaba la subsecretaría de Propaganda. Además, Rojo comenzaba a perder interés para Castro. Para ganar la guerra les era necesario, para prolongar la agonía mucho menos necesario. Sin embargo, le seguía tratando afectuosamente, porque eso era lo «conveniente».

Acudía de vez en cuando a la Casa Roja, donde Rojo tenía su despacho y hablaba con él, fumaban, alguna que otra vez tomaban café. Y nada más. La «cuestión» estaba decidida. Y Castro lo aprovechó para liberarse de un aburrido y ya demasiado largo convivir.

Con los consejeros rusos que tenían su hotel en Vallvidrera, en aquel declive maravilloso del Tibidabo desde el que se veía el mar y la ciudad, tampoco se veía a menudo.

¡Todo estaba resuelto!

Su actividad se concentraba en el Comisariado y en visitar con cierta frecuencia a las unidades del V Cuerpo de Ejército que mandaba el teniente coronel Modesto, a Líster, jefe de la 11 División y a «El Campesino» que desde que perdió Lérida se decía tuberculoso a pesar de su maravilloso aspecto. Las unidades del V Cuerpo estaban cerca de la desembocadura del Ebro. Y Líster tenía su estado mayor en un maravilloso lugar de la costa y su casa «particular» en un precioso hotel cerca de la playa en el pueblo de los grandes millonarios catalanes en donde vivía su nueva mujer, Carmín, con sus familiares, escoltas, automóviles y una gran despensa y una no menos gran bodega: en Sitges. Castro era siempre bien recibido por Líster, porque el afán de Líster era hacer su estancia agradable y que no tuviera muchas ocasiones de hablar mucho con el resto de la gente, que Líster no quería que al Partido llegaran sus «cosas». Se comía bien, se hablaba un poco y después Castro era invitado a presenciar el entrenamiento de las fuerzas de la II División... A presenciar estos entrenamientos iba sin Líster, porque Líster después de cada «banquete» debía

dormir para acabar con su borrachera o reducirla. Le acompañaba muchas veces el jefe de Estado Mayor de Líster: Manuel López Iglesias, profesional, trabajador, entendido y maravillosa persona. Era el cerebro de la 11 División como después lo fue del V Cuerpo de Ejército. Líster sólo era el jefe, el «héroe», el «caudillo»... Después de estas visitas otra vez a Barcelona.

Su trabajo seguía concentrado en el V Cuerpo de Ejército porque los comisarios de Modesto y Líster, principalmente, siendo más o menos capaces, eran en realidad dos pequeños domésticos, dos pequeñas Celestinas de sus jefes. Ocultaban sus orgías, su incapacidad, sus crímenes. Se limitaban en la mayoría de los casos a controlar y alimentar el llamado «Batallón del Talento» integrado por un grupo de poetas y escritores que vivían como pequeños cortesanos, lanzando incienso, disfrazando a los enanos de gigantes y envenenando a las gentes con la peor y más miserable de las literaturas: la literatura del elogio, de la baba, de la sumisión al jefe, de la exaltación al jefe, de la adoración al jefe...

Y así eran sus días.

Y en este quehacer iba matando el tiempo.

\* \* \*

¿Lograría el Partido cumpliendo las órdenes de Moscú prolongar la agonía?... ¿O surgiría una voluntad por encima de

la voluntad del Partido que contra los intereses de Moscú precipitara el fin?

Era la incógnita.

La única incógnita de aquellos días.

\* \* \*

El 19 de abril el dispositivo de las fuerzas fascistas para la ofensiva sobre Valencia era el siguiente:

El Cuerpo de Ejército de Galicia, bajo la dirección del general Aranda, apoyando su izquierda en el mar, sobre la línea Peñiscola–Punta Magdalena–Cati:

El destacamento de enlace en la región de Morella–Forcall.

El Cuerpo de Ejército de Castilla, al mando del general Varela, sobre el Alfambre entre Mezquita de Jarque y Teruel.

El 22 de abril el Cuerpo de Castilla inicia un ataque en la región del Alto Alfambre hacia Mezquita de Jarque, que le pone en posesión de Aliaga. Días después en un nuevo ataque desde Galve ocupa Ababuj.

De otro lado, y en este mismo período, el Cuerpo de Galicia había alcanzado la línea Alcocebre–Alcalá de Chisvert–Cuevas de Vinromá. Su derecha quedaba un poco retrasada en Cati.

Durante el mes de mayo, después de activas operaciones por parte del Cuerpo de Castilla y las fuerzas del general García Valiño al frente de los rebeldes, pasaba por: Villastar, Cabra de Mora–Linares–Norte de Puertomingalvo–Sur de Villafranca del Cid y del Arco del Maestre–Cati–Cuevas de Vinromá–Alcalá de Chisvert y Alcocebre.

Con esto se completaba la operación del corte, el flanco sur de la cuña que salió hasta el mar; y al mismo tiempo, se creaban condiciones favorables para desarrollar una nueva y sucesiva operación sobre Valencia.

La realización de este objetivo estratégico, requería primeramente la destrucción de la fuerza principal que lo defendía, o por lo menos anular su capacidad defensiva.

Para ello, el mando fascista llevó a efecto dos maniobras que constituyen etapas sucesivas de una misma operación cuyo objetivo era Valencia.

a) La operación de Castellón que debía dar por involucramiento la destrucción de la masa principal del Ejército de Maniobra, operación que, desde el punto de vista de la realización de este objetivo fracasó, ya que dicho Ejército logró replegarse al sur del río Mijares, desgastando fuertemente al atacante y consolidando su resistencia.

b) La operación combinada mediante una ofensiva convergente en dos direcciones:

–Dirección de la costa Nules–Sagunto.



–Dirección Teruel–Segorbe: que debía dar el envolvimiento y destrucción de un núcleo considerable de fuerzas del Ejército de Levante (cuerpos de Ejércitos XVII, XIII y XXI total 9–10 Divisiones) y abrir el camino a Valencia entre Liria y el mar.

Este es el fondo estratégico sobre el que se desarrolla la operación de Valencia, durante su breve duración (14 al 23 de julio).

\* \* \*

El Ejército de Levante que cubría un frente de 250 kilómetros disponía de un total de siete Cuerpos de Ejército, formados por 21 divisiones incompletas (55 brigadas). Su posición principal de resistencia (Posición «X–Y–Z») tenía una extensión de 100 kilómetros. El total de fuerzas en este sector era de 16 Divisiones, 150 cañones, 660 tanques y 2 Divisiones como reservas operativas del frente del Ejército. El Ejército de Levante mantenía entre el Espadán y Javalambre un saliente de unos 45 kilómetros que al norte de Mijares comprendía la región de Zucaina–Linares–Mora de Rubielos. La razón por la cual, el Ejército de Levante mantenía este frente cubierto por 8 Divisiones y a pesar de que suponía una condición de debilidad determinada por una menor densidad operativa en la posición principal y por el peligro de un envolvimiento parcial de una agrupación considerable de fuerzas, era porque además de constituir una magnífica plaza de armas para cualquier reacción ofensiva sobre los flancos de las direcciones de Teruel y la costa, mantenía alejado el frente de Valencia y evitaba que el

Ejército estuviera condenado a una estéril pasividad si las condiciones generales cambiaban en su provecho.

La misión del Ejército de Levante era defender a toda costa la posición «X–Y–Z». Se trataba en realidad de una misión pasiva, que podía sólo proporcionar tiempo para el mando supremo, y que estaba en relación con el estado real de aquellas divisiones diezmadas por un combatir ininterrumpido desde Teruel, que duraba varios meses.

Los fascistas disponían en julio de 1938 alrededor de más de 54 Divisiones y una absoluta superioridad en artillería y aviación. La masa de maniobra comprendía hasta un tercio de sus fuerzas, esto es, unas 18 Divisiones.

El total de las fuerzas desplegadas en el frente de Teruel al mar (150 kilómetros) era de más de 21 Divisiones en dos agrupaciones. La agrupación principal en la región de Teruel, con 14 Divisiones y 300 cañones y la Auxiliar con 7 Divisiones y 160 cañones. Tal despliegue absorbía casi la totalidad de las posibilidades enemigas.

En su ofensiva sobre Valencia el enemigo procedió por golpes sucesivos con ambas agrupaciones. Fue la ofensiva del Cuerpo de Galicia y la agrupación de García Valiño, transformada en Cuerpo de Ejército del Maestrazgo, que no logró pasar de Alcir–Nules. Aquel ataque se ahogó por los estrechos desfiladeros de la Serranía de Aonda y Espadán. No era posible para el enemigo desplegar más fuerzas en aquella dirección y se vio obligado a detenerse después de un gran desgaste.

Entonces el Alto Mando franquista se vio obligado a desplegar su masa de choque en una dirección más amplia y favorable, ésta fue la de Teruel–Sarrión y allí llevó en la primera quincena de julio las fuerzas de los Cuerpos de Ejército italiano y marroquí, junto con los de Castilla y Turia, que cubrían el frente. Con esto, el despliegue acusaba claramente el propósito: cortar el saliente, destruir la fuerza envuelta y abrirse así paso a Valencia sin dar tiempo a los defensores a cerrar la brecha producida en su dispositivo por la destrucción de aquel núcleo de fuerzas.

El esfuerzo principal debía hacerse por la fuerte agrupación de choque desplegada al Sureste de Teruel y que debía operar en la dirección general de Liria. Un esfuerzo de la agrupación de la costa debía combinarse con el anterior para cortar la carretera Sagunto–Segorbe y completar el rodeo.

Ambos esfuerzos no fueron simultáneos. La ofensiva se inició el 14 de julio por la agrupación principal, atacando en un frente de unos 16 kilómetros con 6 Divisiones en primer escalón, 300 cañones y dominio en el aire; a ambos lados del ferrocarril Teruel–Sagunto.

El segundo día de ataque el enemigo logró abrir brecha en el frente del XIII Cuerpo, en su enlace con el XVII entre Albentosa y Manzanera en un hueco de 8–10 kilómetros. La incapacidad del jefe del XII Cuerpo determinó que esta unidad se desfondase y retrocediera, creando con ello una grave situación sobre la única carretera que alimentaba el XVII Cuerpo que quedaba a unos 20 kilómetros de la brecha abierta.

El día 17 hizo crisis la batalla: se trataba para el atacante de explotar el éxito para así, penetrando rápidamente por la brecha, cortar las comunicaciones del XVII Cuerpo que se ofrecían sin apenas defensas a 15 kilómetros; para la defensa se trataba de detener aquel avance, impedir el paso de las columnas motorizadas y restablecer el frente. Para ello, el Ejército de Levante contaba con las divisiones 68 y 70 y logró hacerlo.

La esencia de la maniobra defensiva que con éxito realizó el Ejército de Levante consistió en:

Ante la ofensiva del enemigo con fuerzas superiores, replegar el grueso del Ejército a las posiciones de «X–Y–Z» en: donde librar la batalla defensiva preparando el contragolpe sobre el flanco derecho del ataque enemigo, apoyándose en Javalambre–Manzanera–Sierra del Toro.

La ejecución de esta maniobra defensiva tenía su máxima dificultad en la retirada del XVII Cuerpo que guarnecía el saliente Zucaina–Linares Mora de Rubielos. Su retirada prematura permitiría al enemigo aproximar peligrosamente su base de partida a Jérica–Viver–Segorbe y daba al ataque la excelente rocada de Mora y Lucena, la comunicación más corta entre Teruel y Castellón y con ello, más posibilidades de maniobra entre ambas direcciones operativas, de que el enemigo hasta entonces carecía, y que inútilmente en los ataques sobre Mora de Rubielos y Zucaina había tratado de conseguir. Su retirada tardía comprometía tres Divisiones del XVII Cuerpo.

Además, siendo del enemigo la iniciativa del ataque, la variante a elegir en esta difícil maniobra sólo podía ser determinada una vez que el plan enemigo se perfilara.

Al precisarse que el golpe principal enemigo iba en la dirección Teruel–Sarrión–El Ragudo, la maniobra del ejército se determinó así:

El XIII Cuerpo de Ejército se mantiene en la dirección del golpe principal enemigo entre Javalambre y el río Mijares. A su izquierda, el XVI Cuerpo mantiene a toda Javalambre y Manzanera. A su derecha, el XVII Cuerpo se retira al sur del río Mijares, contraatacando simultáneamente sobre el flanco enemigo con parte de sus fuerzas.

Las reservas del ejército (68 y 70 Divisiones) y el mando del XX Cuerpo se concentran en la región de Abejuela tras la derecha del XVI Cuerpo para lanzar desde allí el contragolpe del Ejército sobre el flanco enemigo.

Este contragolpe de 2–3 Divisiones no podía tener efecto decisivo (proporción 1/3 a favor del enemigo), pero aseguraba tiempo suficiente para el repliegue del XX Cuerpo y permitía disponer de nuevas reservas con las que apoyarle luego.

En su ejecución, ocurrió, que por el rápido desplome del XIII Cuerpo, debido a la incapacidad de su jefe teniente coronel Gallego, no dio el mínimo de tiempo que para la ejecución de la maniobra se necesitaba. De las dos divisiones de reserva del Ejército, núcleo de contragolpe, la 68 División hubo de entrar en combate en la región de Barracas–El Toro al segundo día de

combate, el 16, y las dos brigadas de la 70 División hubieron de entrar aproximadamente en combate el día 17.

Brillantemente realizó su difícil maniobra el XVII Cuerpo. Desde el día 13 sin interrupción presionaba con la 40 División de su izquierda (Mora de Rubielos) el flanco enemigo y en la noche del 16–17 concentrando la XIX División de su derecha (región Zucaina) al sur de Mijares, lanzó el mismo día 17 un fuerte contraataque con la 19 División sobre Vértice Pina, al mismo tiempo que la 70 División detenía el avance enemigo al sureste de El Toro.

Con esto la batalla hizo crisis favorablemente para la defensa, los objetivos principales del Ejército de Levante fueron así cumplidos con éxito y el frente se restablecía en Olba–Barracas–El Toro. Las fuerzas de los Cuerpos XVII y XIII se replegaban a las posiciones de la línea «X–Y–Z» sobre la que lentamente los días 18 al 23 las fuerzas de las Divisiones 70, 68 y 19 y restos de la 41, se replegaban combatiendo y desgastando duramente al enemigo.

El segundo esfuerzo a realizar por la Agrupación de la costa no llegó a producirse por la acción ofensiva del Ejército del Ebro, que arrancó al enemigo la iniciativa y le obligó a acudir a la curva del río Ebro y renunciar a su ofensiva sobre Valencia.

\* \* \*

Juan Negrín no era un político veterano. Pero no era un hombre tonto. Se daba cuenta de la gravedad de la situación. Y

en un intento de provocar una reacción de la opinión pública internacional y de las fuerzas conservadoras y liberales de la zona dominada por el general Franco lanzó sus «13 puntos» en los que pretendía desenterrar la etiqueta enterrada de la II República, en donde pretendía convencer a la gente de que el peligro de una hegemonía comunista si la república ganaba la guerra no existía.

Fue un intento.

Fue un fracaso.

Por aquellos días también el Presidente de la República, don Manuel Azaña, pronunció el último discurso de su vida. Llamó a la insurrección, contra lo que él llamaba la dictadura de Negrín. Pero lo más importante fue el final de su discurso: «Paz. Piedad. Perdón».

Estas tres palabras calaron más hondo que los «13 puntos» de Negrín. Porque los españoles son gentes acostumbradas a pensar. Y comprendieron que Negrín mentía, que Azaña no mentía. Que Negrín intentaba prolongar lo que era un crimen prolongar; que Azaña pretendía poner fin a una terrible sangría que no podría jamás cambiar el destino inexorable de una República que habían asesinado en primer término los republicanos que no supieron cuidarla, ni hacerla auténtica, ni hacerla nacional.

\* \* \*

La ofensiva fascista continuaba sobre Valencia. Fue en estas condiciones políticas y militares cuando el alto mando republicano comenzó a montar la operación del Ebro, la gran batalla que había de desarrollarse entre Fayón y Benifallet.

En los primeros días del mes de julio de 1938, la sección de operaciones del Estado Mayor republicano terminó la elaboración del plan operativo del Ejército del Ebro.

Inmediatamente después, el general Rajo convocó en su domicilio una pequeña reunión a la que asistieron el teniente coronel Líster, jefe eventual del Ejército del Ebro, el teniente coronel Sánchez Rodríguez, jefe del Estado Mayor de dicho Ejército y el teniente coronel Ruiz Fornells, jefe de la sección de operaciones del Estado Mayor Central.

En dicha reunión se presentaron dos proyectos para el golpe del Ejército del Ebro: la dirección Serós–Fraga–Sariñena y la segunda, Gandesa–Valderrobres–Morella. Se eligió la dirección Gandesa–Valderrobres–Morella, que, aun siendo la más difícil, ofrecía la garantía por amenazar puntos fundamentales del enemigo, de que éste en la imposibilidad de actuar en dos frentes se vería precisado a acudir sobre el flanco y retaguardia amenazados renunciando a su acción sobre Valencia.

Para conseguir este fin estratégico–fundamental, el Ejército del Ebro tenía como tarea: forzar por sorpresa el Ebro, salir al frente de Fayón–Batea–Benisanet con el propósito de apoderarse después del límite Fayón–Monroyo–Cati–San Mateo–Vinaroz.



El golpe principal debía ser asestado por una parte de los efectivos del Ejército del Ebro, divididos en dos grupos y en el frente de Ribarroja–Mora la Nueva–Ginestar–Benifallet.

La columna número 1, al mando del teniente coronel Tagüeña, y del comisario Fusimaña, formada por cuatro Divisiones de Infantería, un regimiento de caballería, cuatro compañías de tanques y cuatro de autos blindados cruzaría el río Ebro en el sector Ribarroja–Ascó con la tarea inmediata de salir al frente de Batea–Gandesa. Posteriormente, debía avanzar en tres direcciones: sobre Maella desde Batea; sobre Calaceite desde Gandesa y sobre Valderrobres–Monroyo desde Gandesa.

La Columna número 2, al mando del teniente coronel Líster y del comisario Santiago Álvarez, formada por dos Divisiones de Infantería, dos Compañías de tanques y tres de autos blindados, debía cruzar el Ebro en el sector Ginestar–Benifallet, salir a la región de Pinell y ocupar las alturas de la Sierra de Pándols, estableciendo ligazón con el flanco izquierdo de la columna número 1 y continuar el avance en la dirección de Vinaroz.

El plan preveía operaciones demostrativas en los flancos de la Agrupación de choque con objeto de impedir que el enemigo pudiera precisar rápidamente la dirección del golpe principal. Para ello, una brigada debía forzar el Ebro cerca de Mequinenza y avanzar hacia Fayón. Otra brigada debía cruzar el Ebro en la región de Amposta avanzando sobre Santa Bárbara con el fin de apoderarse del ferrocarril y la carretera

que va de Vinaroz en dirección norte, con el fin de aislar al enemigo con sus fuerzas del sector norte.

El Estado Mayor Central pensaba, paralelamente a la acción del Ebro, realizar una operación ofensiva, desde la región de Castellón de la Plana en la dirección general de San Mateo.

Para la operación de pasar el Ebro, fueron designados de los efectivos del Ejército del Ebro dos Cuerpos de Ejército (el V, XV y la 42 División del XII reforzados con artillería, tanques y autos blindados). En total, para esta operación fueron designadas siete Divisiones de Infantería (con un total de cerca de 45.000 hombres), 224 cañones de diferentes calibres, 62 tanques, 97 autos blindados, 6 baterías antiaéreas de 66 milímetros, 20 baterías antiaéreas «Oerlikon» de 20 milímetros, 49 aviones de caza y 21 de bombardeo.

Todas estas fuerzas actuarían bajo la dirección del mando del Ejército del Ebro teniente coronel Modesto y del comisario Delage.

El enemigo tenía en el sector del cruce dos Divisiones de Infantería (la 50 y la 105), con un total de 20.000 hombres, 18 cañones, cerca de 100 aviones de caza y 50 de bombardeo. El mando republicano tenía asegurado el éxito táctico, pero siendo inferiores las reservas de la región catalana a las del enemigo, y disponiendo éste de absoluta superioridad en el aire, la explotación del éxito táctico había de ser necesariamente muy limitada y su transformación en éxito operativo–estratégico sólo era posible si acciones coordinadas de la Zona Centro–Sur, distraían a la aviación enemiga y fijaban

sus reservas. Esta condición fundamental refleja aquel rasgo de la nueva situación que se puso de manifiesto al examinar lo nuevo en la guerra después del corte del territorio republicano. Todas las operaciones habían de ser de cooperación. Esta era la gran condición, la condición suprema.

En la noche del 22 de julio las tropas republicanas se concentraron en las regiones de partida para el cruce del río. La 42 División se concentró al noroeste de Almatret. La 3.ª División al noroeste de Ribarroja. La 35 División se situó en la región de Vinalse. En segundo escalón al este de Vinebra se concentró la 16 División. La 11 División se situó al sur de Ginestar. En segundo escalón, teniendo una brigada en el sector de Benisanet se concentró la 46 División. Una brigada de la 45 División se situó al sudeste de Tortosa; las otras dos brigadas de esta División se encontraban en la primera línea de defensa sobre la misma orilla del río.

El general Aranda no pudo descargar su golpe en la dirección Sagunto y Segorbe.

En la noche del 25 de julio las unidades del ejército del Ebro, superando todas las dificultades cruzaban el río. Millares de soldados ansiosos de victoria no esperaron ni lanchas ni puentes. Sobre las espaldas del Ejército fascista, que clavaba sus garras sobre el rico suelo levantino, surgía de improviso una seria amenaza.

Al sur de Mequinenza la 226 brigada de la 42 División comenzó a forzar el río. A las cuatro de la mañana había terminado el paso y comenzaba a cumplir sus tareas en la orilla

opuesta. Al norte de Ascó fuerzas de la 35 División, la 11 Brigada Internacional y la 15 Brigada Internacional al sur, llevando en segundo escalón la 13 Brigada comenzaron a franquear el río. A las 20 horas del día 25 la 13 Brigada ocupa Corbera chocando con las fuerzas de la 5ª y 13 Divisiones enemigas. En la noche del 25 llega a las puertas de Gandesa. A las 13 horas la 11 Brigada reforzada con fuerzas de la 15, ocupa Ascó liquidando los focos de resistencia enemiga. En la noche del 25, fuerzas de la 15 Brigada ocupan La Fatarella. Por el sector de la 35 División fuerzas de otra Brigada cruzan el río por el Molino en las proximidades de Ribarroja, llevando a retaguardia otra Brigada. A las 8 horas dichas fuerzas ocupan Ribarroja. Horas más tarde bajo el empuje violento de las fuerzas republicanas los fascistas pierden Flix.

Paralelamente se desarrollaba la acción del V Cuerpo. En el sector de la 11 División, el batallón de Ametralladoras y dos batallones de la 9ª Brigada cruzan el río. El batallón de ametralladoras sin encontrar resistencia en la orilla opuesta se infiltró por la carretera de Miravet a Pinell, ocupando este pueblo antes de que el enemigo tuviera tiempo de reaccionar. Las fuerzas de la 9 Brigada, encontraron una enérgica resistencia. El enemigo, rehecho de la sorpresa, abrió un fuego violento de artillería, morteros y ametralladoras sobre la orilla opuesta del río. Bajo el fuego enemigo lograron a las 6 de la mañana alcanzar la orilla opuesta la 9 y 100 Brigadas y horas más tarde la 1ª. Las brigadas 100 y 1, avanzaron hacia las Sierras de Pándols y Cavalls. En el camino fue necesario en combates breves, pero encarnizados, ir venciendo las reservas de la 50 División fascista que avanzaba desde Gandesa.

Al final de la jornada las fuerzas republicanas ocuparon los pueblos de Ascó, Camposines, Corbera, Ribarroja, Flix, Benisanet, Miravet, cortando el camino de Fayón con la carretera Maella–Fraga y la carretera de Gandesa a Tortosa, llegando hasta la vértice Cavalls.

El día 26 las tropas republicanas continuaron su avance. Sin embargo, este mismo día el enemigo realizó varios contraataques enérgicos en el sector de la 42 División. La 3ª División conquistó el pueblo de La Fatarella. Pero su avance fue detenido por la resistencia enemiga en las proximidades de Poble de Masaluca–Villalba sin que pudiera abrir brecha en la resistencia enemiga. Durante todo el día la 35 División atacó violentamente las defensas de Gandesa que había sido reforzada con las reservas de otros sectores sin obtener éxito. En el sector sur la 11 División sostuvo todo el día violentos combates en la Sierra de Pándols, avanzando lentamente en dirección a Bot. Al final del día la 11 División lograba ocupar totalmente las Sierras de Pándols y Cavalls. El mismo día, la 45 División que se encontraba en segundo escalón pasaba el río y se concentraba en la región de Pinell para reforzar la dirección de ataque hacia Bot.

Al terminar la segunda jornada los republicanos habían alcanzado la línea Poble de Masaluca–Villalba–Gandesa–Sierra de Pándols. Sin embargo, las posibilidades de los republicanos se reducían rápidamente, a la resistencia del enemigo que crecía por momentos, había que añadir la abertura de las presas del Segre y Noguera–Pallaresa que aumentaron en 2,50 metros el nivel normal del Ebro, creando dificultades a los republicanos y retrasando el paso del material. En la jornada

del 26 los republicanos han logrado pasar 28 blindados; 3 tanques, una parte de la artillería, algunas piezas antiaéreas y medios de transporte. Pero esto era insuficiente. Y era difícil superarlo, porque el alto mando republicano no autorizaba el paso del grueso del material. De esta forma iban siendo anuladas todas las ventajas de la sorpresa y el éxito inicial del paso del río al tener que limitar su avance al ritmo de la infantería. La lentitud en el paso de los medios, consecuencia de las debilidades del Alto Mando, que hubiera permitido la explotación rápida del éxito, iba cortando rápidamente todas las perspectivas que el heroísmo y la rapidez de las unidades del Ejército del Ebro habían creado en las primeras horas de la batalla.

El día 27 la intensidad de los combates aumenta. El enemigo, que ha acudido con importantes reservas, ofrece una resistencia tenaz, al mismo tiempo que la superioridad inicial de los republicanos tiende a desaparecer. En el sector de la 42 División el enemigo continúa sus contraataques contra la 226 Brigada, aunque sin éxito. La 227 Brigada que ha logrado pasar todos sus efectivos, recibe la orden de apoderarse de la región de Fayón. El retraso de dos días en el paso de esta Brigada, malogró las operaciones de los republicanos en este sector.

Mientras tanto, los ataques de la 3 División sobre Villalba y de la 35 sobre Gandesa, no han tenido éxito. El mando rebelde que ha tenido la posibilidad de reforzar la defensa, rechaza todos los intentos de las fuerzas republicanas. En vista de ello, el mando del Ejército ordena que la 16 División se concentre en la zona de unión de la 3ª y 35 Divisiones, con el fin de asestar

un golpe en la dirección sudoeste cortando Gandesa por el oeste.

En el sector del V Cuerpo, los combates continúan con violencia. El enemigo ha logrado llevar a este sector la 4, 16 y 14 banderas de Falange y dos batallones de moros. Este mismo día, la 46 División republicana recibió la orden de ocupar un frente de defensa a la izquierda de la 11 División haciendo frente hacia el sur y el oeste. La 46 División tenía como tarea ocupar el vértice Rey cortando la carretera de Prat de Compte a Cherta. La 9 Brigada de la 11 División asaltaría el Puig Cavalls por el Sur y el Oeste, avanzando posteriormente a cortar la carretera de Bot a Gandesa en el kilómetro 4.

Esta operación sobre Bot ocupó cuatro días seguidos donde se luchaba con fiereza por cada palmo de terreno. La 9 Brigada no logró ocupar Puig Cavalls. La 100 Brigada logró ocupar el día 30 la Ermita de San José de Bot, pero el enemigo contraatacó con fuerzas frescas de Levante y la obligó a replegarse a sus posiciones de partida.

Al final del día, el enemigo con dos brigadas efectuó un fuerte contraataque sobre el extremo del flanco izquierdo de la Sierra de Pándols, amenazando seriamente desde la retaguardia las fuerzas de la 9ª y 100 Brigadas. Fue necesario un esfuerzo encarnizado que absorbió las reservas de la División para poder salvar a las dos brigadas de la amenaza. Durante los días 1 y 2 de agosto en que el enemigo orientó sus ataques sobre La Tosa y los Malletos, en el flanco izquierdo hacia Prat de Compte, la lucha adquirió caracteres épicos, sin que lograra el enemigo el más pequeño éxito.

En estos días empezaron a pasar los tanques, autos blindados, camiones y víveres para el V Cuerpo.

El día 1.º se pasa a la defensiva. Con ello termina la primera fase de esta gran batalla.

Los republicanos habían logrado detener la ofensiva sobre Valencia. En el territorio republicano el entusiasmo del pueblo impuso el silencio a todos los derrotistas. Los objetivos fundamentales interiores se habían logrado. Sin embargo, el éxito táctico no supo aprovecharse y la ruptura se localizó pronto. Y el enemigo, aprovechando la lentitud de las unidades republicanas y lo estrecho del sector de ruptura, concentró rápidamente sus reservas, su aviación y artillería y paralizó en los primeros días la ofensiva obligando a los republicanos a pasar definitivamente a la defensa.

La iniciativa había cambiado de manos.

Era lógico:

–El enemigo en la zona de ruptura dispone de hasta dos Divisiones de Infantería en línea y reservas próximas que pueden acudir de la región de Lérida, de algunos batallones, menos de una División, o hasta una División.

–En la profundidad el enemigo dispone de hasta 20 ó 22 Divisiones en dos núcleos, Castellón y Teruel, actuando contra Levante, además, hasta de una División de Infantería, posible de reservas generales en la región de Zaragoza.



Las posibilidades de maniobra franquista eran aproximadamente de:

a). – Por ferrocarril: directo Castellón–Vinaroz–Tortosa con hasta cuarenta pases de trenes por día y 160 kilómetros de distancia.

El de Teruel–Zaragoza–Flix con ramal a Alcañiz extensión de cerca de 300 kilómetros y capacidad de tráfico de hasta 20 a 30 pases de trenes diarios (aproximadamente).

b). – Por carretera: La de la costa de Castellón a Tortosa y la de Teruel a Alcañiz–Gandesa, de unos 200 kilómetros.

Estas posibilidades ciertamente limitadas por disponer el enemigo de muy escaso material de transporte en la línea del ferrocarril Castellón–Tortosa, permitían al enemigo trasladar por día hasta dos Divisiones de Infantería, más rápidamente de las del sector de la costa, es decir del grupo operativo del general Aranda en Castellón–Nules–Onda.

De acuerdo con el ritmo posible de llegada de las reservas enemigas al sector de Gandesa, una vez que el enemigo reaccionara, lo que en caso de éxito de nuestra ofensiva debía ocurrir al siguiente día de forzamiento del río (D + 1 si llamamos día D al del paso), debiera preverse por calendario los siguientes cambios en la relación de fuerzas.

D... Dos Divisiones)

(Las existentes 50 y 105)

D + 1 Dos Divisiones

D + 2 tres–cuatro Divisiones: las existentes más una de Castellón y una de Lérida–Zaragoza

D + 3 5–6 Divisiones

D + 4 7–8 Divisiones

D + 5 9–10 Divisiones

D + 6 11–12 Divisiones

D + 7 13–14 Divisiones, esto es, las dos existentes más 12 de las reservas generales, quedando 8–10 D frente al Ejército de Levante.

Así, el día D + 7 o D + 8 el enemigo podía haber trasladado su concentración principal frente al Ejército del Ebro.

El Ejército del Ebro ataca con seis Divisiones en primer escalón y dos en reserva general, en total ocho divisiones que le aseguran superioridad hasta el día D + 4 o D + 5, esto es durante 5–6 días, pero teniendo en cuenta la inferior potencialidad de fuego y choque de las divisiones republicanas, más ligeras y peor armadas que las enemigas, esta superioridad en realidad existe sólo hasta D + 3 o D + 4, esto es, 4–5 días.

Con este plazo de tiempo, era lícito pensar dentro del margen de fuerzas de que se disponía. Luego, las fuerzas se equilibrarían y el avance no podría seguir de no introducir en la

lucha nuevas unidades o bien impedir o retardar el transporte de las divisiones enemigas.

Otras fuerzas en la zona catalana para alimentar la ofensiva del Ejército del Ebro podían conseguirse a cuenta del Ejército del Este y de nuevas formaciones en cantidad reducida (en total de 3–4 divisiones) elevando el número de divisiones del Ejército del Ebro hasta 12 divisiones y mantener la superioridad dos días más, esto es, 6–7 días. Tal es, el máximo posible dentro de los recursos de la zona catalana. Es claro que si el enemigo disponía de libertad para la maniobra de sus reservas generales, para el séptimo día había logrado el equilibrio de fuerzas y para el octavo la superioridad.

Esto podría retrasarse ganando más tiempo en provecho de nuestra ofensiva por medio de:

–Acciones sobre sus líneas de comunicaciones.

–Acciones sobre otros frentes para fijar e inmovilizar reservas.

De ambos medios el primero era auxiliar, sólo el segundo era de eficacia verdadera y podía dar las posibilidades de éxito en la operación general que suponía la última ocasión favorable que se ofrecía al mando republicano; tras la tenaz resistencia de Levante que había extenuado a las mejores fuerzas enemigas, el poderoso contragolpe del Ebro, si era debidamente apoyado por los otros ejércitos, podía y debía ser el principio del fin; ya que en su ejecución el mando republicano empeñaba sus mejores fuerzas de Cataluña, jugaba su última carta en una batalla que podía ser y fue

decisiva. Esta condición, es decir el apoyo, la cooperación, fue lo que no quiso ver el general Miaja.

Las acciones sobre las líneas interiores de comunicación enemiga para retardar el movimiento de tropas podía llevarse a efecto por medio de la aviación o de la flota de guerra.

La aviación republicana estaba en condiciones de absoluta inferioridad, los 21 aviones de bombardeo republicanos no podían hacer mucho, pero la flota de guerra tenía superioridad absoluta sobre los barcos rebeldes y la carretera y el ferrocarril Tortosa–Castellón que un recorrido de casi 100 kilómetros bordean el mar, y especialmente en los sectores de Oropesa–Benicarló y Vinaroz quedaban bajo el fuego eficaz de la artillería de los barcos.

Pero nada de esto se hizo y el enemigo disfrutó de absoluta libertad para maniobrar sus fuerzas.

Con la proporción inicial de fuerzas en tierra (2/1) y en el aire (1/3) el ritmo de avance de las divisiones republicanas no podía planearse superior a diez kilómetros por día, como media. Las seis compañías de tanques de que se disponía, aun reunidas en una sola dirección, suponían un grupo de no más de 70 tanques ligeros, demasiado pequeños para acciones lejanas e independientes; salvo acciones eventuales, el grupo de tanques había de seguir el ritmo de la infantería; y el ritmo de avance de la operación en conjunto no podía rebasar la media de 10 kilómetros por jornada.

De acuerdo con lo anterior, debía preverse que a los 3–4 días de la operación, las reservas del ejército (dos Divisiones)

debían ya empeñarse y que desde los 4–5 días de la operación el avance se detendría de no reforzar al Ejército del Ebro con nuevas reservas.

Estos plazos de tiempo aseguraban alcanzar la línea Fayón–Batea–Sierra de Pándols–Benifallet, pues para ello bastaba penetrar 30–40 kilómetros (3–4 días).

Pero para ampliar los objetivos de la tercera fase (salir a Monroyo–Vértice Carrascal–Sierra de San Marcos–Cati) había que penetrar 70–80 kilómetros lo que obligaría a un esfuerzo de 7–9 días y para ello el Ejército del Ebro no tenía fuerzas suficientes, sus 8 divisiones serían equilibradas el 5.º día y superadas el 6.º y su avance posterior era poco probable.

La consecución de los objetivos de la 3ª fase obligaban a empeñar la totalidad de las reservas de la zona catalana y a empeñarlas oportunamente, esto es, el 5.º–6.º día de la operación, lo que obligaba a tenerlas ya concentradas en lugar oportuno y dispuestas desde el comienzo mismo de la ofensiva. Esto no se hizo y con ello, claramente se renunciaba de antemano a lograr los objetivos de la tercera fase que eran los decisivos.

Respecto a la cooperación con la zona Centro–Sur, el proyecto del plan del mando supremo, para la operación del Ebro, está firmado el 5 de junio de 1938, cuando los ejércitos de Maniobra y Levante combatían al sur de Castellón y en Onda, manteniendo la línea del general Mijares y el saliente de Lucena del Cid–Linares–Alcalá de la Selva–Mora de Rubielos. Entonces, era lógico planear y posible ejecutar el golpe auxiliar

sobre la Sierra de Valdancha para cortar la carretera de Morella–San Mateo, ya que lograr este objetivo suponía una penetración de unos 50 kilómetros.

Pero cuando. el paso del Ebro se llevó a efecto, 25 de julio, han pasado 50 días de combates intensos en el frente de los Ejércitos de Maniobra–Levante y estos ejércitos se defienden en la línea «X–Y–Z» a la altura de: Vértice–Javalambre–Puerto del Ragudo–Espradán–Vall de Uxó; se ha visto obligado a abandonar aquel saliente ofensivo de Linares, que tanto quería conservar el mando del frente de Levante, pensando siempre en la acción sobre Morella en cooperación con la zona catalana; y desde las posiciones que ocupaba el 25 de julio la carretera de Morella–San Mateo, ya que lograr este objetivo suponía una penetración de 90 kilómetros, por un terreno sumamente difícil que a un enemigo muy superior en número, con dominio absoluto en el aire, había costado recorrer más de 80 días con enorme desgaste.

Era claro que la operación auxiliar de cooperación que era buena el 5 de junio no servía el 25 de julio. Era necesario buscar nuevas formas de cooperación. Y, sin embargo, hasta tres veces se lanza estérilmente a las divisiones del Ejército de Levante al ataque en esta dirección que ya nada podía dar que representara una ayuda oportuna para los combatientes del Ebro.

Tal es el defecto esencial del plan de cooperación.

\* \* \*

La segunda etapa de la operación comienza con la preparación del Ejército del Ebro para la defensa.

Esta fase que comienza el 4 de agosto, transcurre en medio de combates memorables hasta el 12 de octubre. En este periodo el enemigo realizó seis contraofensivas contra el frente de los Cuerpos V y XV reforzados con unidades del XVII Cuerpo de Ejército. El enemigo apoyó estas seis contraofensivas con más de 200 tanques, con una gran masa de artillería que efectuó más de 900.000 disparos y el empleo de toda su aviación, que efectuó 19.535 vuelos en los que arrojó sobre la infantería republicana 4.256.800 kilogramos de bombas.

Estos hechos demuestran que el enemigo no renunció fácilmente a su ofensiva sobre Valencia. Cambió un objetivo estratégico por otro objetivo estratégico: la conquista de Valencia por el aniquilamiento del Ejército del Ebro, Valencia por Barcelona.

Esta segunda fase se caracterizó por una lucha de desgaste, en la que el enemigo vuelca sus poderosos recursos técnicos contra los mejores hombres del Ejército republicano. Sobre los hombres que realizaron la gran batalla de nuestra guerra, contra los hombres sin los cuales era difícil continuar la lucha.

Veamos cómo se desarrolló este período, el más intenso de la guerra.

Primera contraofensiva sobre la cabeza de puente de Mequinenza–Fayón. (4 al 7 de agosto).

Para el enemigo el sector de Mequinenza–Fayón era al parecer el motivo de mayor preocupación por considerar sin duda que constituía la dirección de nuestro golpe principal, cuyo objetivo creía que era el de ocupar Caspe envolviendo al mismo tiempo su frente Norte. Por ello, una vez detenida la ofensiva republicana empezó a concentrar fuerzas de las Divisiones 102 y 82 a las que agregaron 100 tanques y 200 aviones.

Durante los primeros días del mes de agosto las fuerzas de la 42 División republicana principalmente la 220 brigada sufren fuertes ataques del enemigo que no logró éxitos. El 7 de agosto el enemigo comienza su ofensiva con una fuerte preparación artillera sobre los altos de los Auts y sobre los puentes, en cuya acción coopera también la aviación. A las 10 de la mañana el enemigo se lanza al asalto protegido por 20 tanques sobre el frente de la 226 brigada que se ve obligada a replegarse. Durante todo el día los combates son intensísimos. En vista de la enorme superioridad de medios por parte del enemigo y de las dificultades de la defensa en una cabeza de puente batida por la artillería enemiga, como asimismo los puentes, el mando republicano dio la orden de repasar el río. A las 10 de la noche las fuerzas de la 42 División que han logrado despegarse del enemigo, pasan a la orilla oriental del río sin que el enemigo se aperciba.

Segunda contraofensiva de la 4ª División Navarra y la agrupación de Banderas de Falange al mando del general Alonso Vega (10–17 de agosto) sobre la Sierra de Péndola.



El 10 de agosto, desde las 6 de la mañana el enemigo comenzó una intensa preparación de artillería, aviación y morteros sobre las cotas centrales de la Sierra de Pándols. Después de tres horas y media el enemigo se lanzó al asalto. Durante cinco días los combates se sucedieron con una intensidad inigualable en donde los combates cuerpo a cuerpo y por cada cota se sucedían intensamente. Cada cota de la Sierra de Pándols pasaba durante el día 6-7 veces de unas manos a otras.

En estas condiciones, rebajando el nivel de las cotas a fuerza de metralla, haciendo imposible en ellas la permanencia de los combatientes republicanos, lanzando oleadas de hombres una tras otra, los facciosos consiguieron ocupar 6 cotas que les costaron sus mejores fuerzas.

El 14 de agosto el mando rebelde se vio obligado a retirar los restos de la IV División Navarra, la mejor unidad del Ejército franquista. Ese mismo día la 11 División republicana era relevada por la 35 División. Con ello, se puso fin al choque sangriento de las dos mejores unidades de los ejércitos en lucha.

La IV División Navarra no pudo participar en nuevos combates hasta el final de la batalla. La 11 División había tenido en 4 días 5.000 bajas entre las que se contaban 2 jefes de brigada, 10 comandantes de batallón, 43 capitanes, 147 tenientes y 4.600 clases y soldados. Los barrancos de la Sierra de Pándols cubiertos de cadáveres llevaban a la historia este gran macizo montañoso como el teatro del más grande combate de la guerra.

El día 15 la 35 División republicana contraataca y obliga al enemigo a detenerse. El día 16 la contraofensiva enemiga hace crisis.

Tercera contraofensiva de las Divisiones 102, 74 y 82 al mando del general Vigón sobre el sector de Villalba de los Arcos (20 al 29 de agosto).

Terminada la acción sobre la Sierra de Pándols, el enemigo procedió a la concentración de las Divisiones 102, 74 y 82 que apoyadas por 100 aviones y 50 tanques debían de atacar el flanco derecho del XV Cuerpo de Ejército sobre el Gaeta que defendía la 60 División desde la confluencia del Matarraña con el Ebro hasta un kilómetro al sur de Villalba a la que estaba, agregada la brigada 135. En segunda línea se hallaban las Divisiones 3ª y 16.

El propósito del enemigo era la ocupación del Vértice Gaeta para desde allí llegar a La Fatarella y dominar todo el macizo de la Sierra del mismo nombre. Se trataba con ello de ir dividiendo en partes las fuerzas republicanas que se hallaban en la cuna del Ebro para mejor aniquilarlas.

El 20 de agosto el enemigo comienza una acción con una fuerte preparación artillera sobre el frente de las brigadas 84 y 115.

Al mismo tiempo extiende su acción artillera sobre las segundas líneas, sobre las posiciones artilleras y el observatorio principal. La aviación secunda con intensidad la acción de la artillería. Con el propósito de dificultar el abastecimiento e

influir en la moral de las tropas el enemigo provoca una nueva crecida del río.

Durante todo el día, el enemigo realizó toda una serie de tanteos a lo largo de la línea que ocupan las fuerzas de la 60 División, sin que logre al final de la jornada otra cosa que ocupar la cota 362 al noroeste de Villalba.

Durante la noche, el mando del XV Cuerpo realiza algunos movimientos de fuerzas para reforzar la defensa.

El 21 de agosto, el enemigo logra abrir una brecha en el sector de la 84 Brigada en dirección sureste. El repliegue de la 84 Brigada determinó el envolvimiento de la 135 en su parte norte que se replegó. La 60 División, al mando del anarquista Mora, que se encontraba en segunda línea, se limitó a defenderse perdiendo la oportunidad de contraatacar y restablecer la situación.

El 22 de agosto el enemigo se limita a realizar algunos tanteos en busca de un punto favorable para la ruptura. El 23 el enemigo se lanza al asalto de las posiciones de la 60 División, Ésta retrocede y el enemigo logra ocupar el Vértice Gaeta. El día 24 el enemigo que había concentrado todo su esfuerzo en dirección a La Fatarella es detenido. Al final de la jornada, las fuerzas del general Vigón pasan a la defensiva después de intensos combates en los cuales sufrieron pérdidas cuantiosas.

Cuarta contraofensiva de las Divisiones 13, 72 y 1ª Navarra al mando del general García Valiño en la zona de unión de los Cuerpos de Ejército X y XV llevando como eje de ataque la carretera de Gandesa a Mora de Ebro (del 3 al 8 de

septiembre). Para esta operación Franco, cuyos fracasos anteriores repercutían profundamente en su ejército y retaguardia, reunió las mejores unidades apoyadas por casi toda su artillería, aviación y tanques: también en el curso de los combates fueron utilizados los medios técnicos del Cuerpo de Ejército italiano. El día 3 de septiembre, Franco, previa una intensa acción de artillería y aviación, emprendió una serie de ataques ininterrumpidos, sin ninguna maniobra, directamente a lo largo de la carretera Gandesa–Mora de Ebro. Después de combates intensísimos contra la 27 División republicana del XVIII Cuerpo, afecta al V Cuerpo de Ejército, el enemigo rechazó a la 27 División ocupando las cotas 396, 403, 349, 402, 344 y 355, saliendo con sus fuerzas al extremo oeste de Corbera. Al final de la jornada el jefe del V Cuerpo ordenó relevar a las fuerzas de la 27 División, excepto la 124 Brigada, con la 11 División. Desde el amanecer del día 4 el enemigo realizó violentos ataques a los que precedían una preparación artillera y de aviación que se prolongaba durante cuatro horas. Durante cinco días la 11 División iba cediendo lentamente el terreno estableciendo sus líneas dos kilómetros al oeste de Corbera.

Quinta contraofensiva de la 4ª y 13 Divisiones en la zona de Corbera–Coll del Coso (del 20 al 28 de septiembre), bajo el mando del general García Valiño.

La acción del enemigo se efectuó con gran intensidad durante varios días contra la 35 y 45 Divisiones republicanas. Después de ocho días de intensos combates el enemigo pasó a la defensiva no habiendo logrado avanzar más de un kilómetro.

Sexta contraofensiva de las Divisiones 13, 82 y 4ª Navarra primero sobre la carretera de Alcolea y Sierra del Vall, luego hacia la Venta de Camposines y coll del Coso, dirigida por el general García Valiño contra la 46 División, relevada después por la 45 en la primera base y en la segunda contra la 42 División y la 145 Brigada de la 44 División y la 60 Brigada de la 3ª División (l al 12 de octubre).

Durante 12 días los combates se sucedieron sin interrupción. Al final de los combates, el enemigo había logrado profundizar unos 3–4 kilómetros en la dirección de Mora. Cada vez aparecía con más claridad el propósito del enemigo. Sobre el mapa la cuña enemiga iba abriendo brecha entre los Cuerpos de Ejército V y XV. Su táctica de dividir las fuerzas para aniquilarlas por partes realizada durante toda la guerra, se aplicaba en la curva del Ebro con una escrupulosidad febril.

Después de dos meses y medio de combates constantes, la batalla ofrecía una tregua breve en la que el enemigo se iba a preparar para el último esfuerzo, para la 3ª fase de la batalla.

En las líneas republicanas no había que prepararse. Se había comenzado la batalla con cuanto tenían. Ni las brechas abiertas por un combatir ininterrumpido se iban a cubrir. Los soldados clavados en la tierra catalana esperaban. Sus pensamientos se concentraban en la lucha, sólo en la lucha. Hasta habían olvidado que el alto mando republicano les había pedido un mes de resistencia y que en la zona Centro–Sur había la probabilidad de evitar un sacrificio y posiblemente la derrota republicana.

\* \* \*

La historia como un film prosigue su marcha.

El 31 de septiembre el presidente Negrín proponía en la Sociedad de las Naciones que:

«El gobierno español, en su deseo de contribuir, no solamente con palabra, sino con actos al apaciguamiento y a la «detent» que todos deseamos, y resuelto a hacer desaparecer todo pretexto para que no se pueda confirmar dudando del carácter netamente nacional de la causa por la que se baten los ejércitos de la República, acaba de decidir la retirada inmediata y completa de todos los combatientes no españoles, que toman parte en la lucha de España, en las filas gubernamentales».

Se pretendía a pesar de las enormes diferencias, entre voluntario y «voluntario» obligar a Ginebra a que adoptara una posición enérgica contra las unidades regulares italianas y alemanas que habían invadido el suelo de España. Días después, la Sociedad de las Naciones aprobaba la propuesta del gobierno español, aunque no adoptó ninguna posición contra los invasores italianos y alemanes. El sacrificio de la República no permitió ganar la batalla en los salones de Ginebra. Como consecuencia de esta decisión sin reciprocidad, el Ejército republicano de Cataluña –el punto militar más débil–, iba a ser aún más debilitado un mes después por la salida de los combatientes de las Brigadas Internacionales. A la estrategia de Franco consistente en atacar el punto más débil

del enemigo para poder lograr la superioridad que le permitiera el golpe decisivo, se le iba a facilitar la tarea. Los representantes de la II República alzaron la voz contra la política de capitulación de Ginebra. Pero, en Ginebra no se resolvían las cosas. Iban resueltas por los dirigentes de la «No intervención».

El 15 de septiembre se celebró en Berchtesgaden la entrevista Hitler–Chamberlain en la que se trazaron las líneas de un futuro inmediato. Mejor dicho, el «premier» inglés las aceptó.

El 29 de septiembre, ampliando la entrevista de Berchtesgaden con la presencia de Mussolini y Daladier, se firmó en Munich el acuerdo de las cuatro potencias, cuyas líneas generales dadas por la prensa eran:

«La evacuación de los territorios sudetes concedidos a Alemania, de acuerdo con el plan franco–británico. El 21 del corriente se realizará del 1.º al 10 de octubre y bajo el control de un destacamento de la «Legión Británica». Las tropas alemanas efectuarán la ocupación a medida que los checos desalojen las diversas localidades.

En cuanto a los territorios en litigio, no habrá en ellos plebiscito. El problema será estudiado y resuelto por una Comisión Internacional, formada por Francia, Inglaterra, Italia, Alemania y Checoslovaquia. La nueva delimitación de fronteras será fijada para el 25 de noviembre lo más tarde».

Las sombrías deliberaciones de Munich, que llevaban la desmembración y aplastamiento de Checoslovaquia, trazaban una perspectiva sangrienta para el pueblo español.

Las consecuencias de la reunión de Munich influyeron extraordinariamente en el interior de España. En muchos elementos, principalmente militares, que esperaban la victoria de la ayuda exterior, los resultados de Munich los hicieron perder toda esperanza. Los capituladores vieron una nueva coyuntura. Atraieron a sus filas a todos aquellos que el desarrollo de la situación internacional les hizo perder la fe y se prepararon para un nuevo intento contra el Gobierno de Unión Nacional.

El día 31 de septiembre se reunieron las Cortes de la República en el Monasterio de San Cugat del Vallés.

El presidente Negrín hizo un discurso sobre el balance de la lucha y sobre sus perspectivas. Explicó las causas de la crisis y reforzó con nuevos argumentos la necesidad de la resistencia.

En relación con la crisis, los representantes de algunas minorías parlamentarias en sus intervenciones expusieron sus reservas. En realidad sus objeciones tenían una finalidad: empujar al gobierno a la crisis.

El Partido Comunista y el P. S. U. de Cataluña intervinieron expresando su adhesión al gobierno de Unión Nacional, presidido por el doctor Negrín. Lamonedá, por el Partido Socialista, lo hizo en el mismo sentido.



Pero de hecho, el Parlamento estaba dividido. Con la misma divisoria conocida: la capitulación y la resistencia.

El presidente Negrín rechazó la adhesión condicionada. La crisis estaba planteada de hecho. Pero los capituladores no se sentían fuertes para llegar hasta el fin. Prieto lo comprendió así, y en su intervención –ejemplo acabado de retiradas oportunas–, suavizó las reservas de la oposición y se otorgó el voto de confianza al Gobierno. Pero, un voto de confianza que representaba poco ya que los partidos republicanos y una parte de los diputados socialistas –a pesar de la declaración de Lamonedá–, le otorgaron contra su propia voluntad. Por cobardía. Ya que sabían que el pueblo no aceptaría un cambio de hombres que representara un cambio de la política de resistencia.

En realidad, la sesión de las Cortes fue un nuevo tanteo. Vencieron los partidarios de la resistencia. Pero, detrás de esta victoria la crisis política interior iba en aumento. La oposición de algunos hombres se había convertido en oposición de partidos.

Los acontecimientos producidos en Munich fueron severamente analizados:

«No nos hagamos ilusiones –decía José Díaz el 5 de octubre–, ni cerremos los ojos ante la realidad. Lo que ha ocurrido en Checoslovaquia es una derrota del proletario internacional, una derrota de las fuerzas democráticas y de la paz. El fascismo ha obtenido una victoria. La ha obtenido, gracias al apoyo de la burguesía reaccionaria inglesa y francesa, la orientación falsa,

la desunión y la cobardía de las fuerzas democráticas y la ausencia de una acción enérgica y unida de la clase obrera internacional.»

Era el balance real de las deliberaciones de Munich que todos querían ocultar.

Europa acabó momentáneamente con su miedo.

Pero comenzaba su tragedia.

Los resultados de la conferencia de los representantes de las Cuatro Potencias en Munich y las perspectivas del final de la batalla del Ebro por la falta de una cooperación eficaz de la zona Centro-Sur, empezaban a crear un ambiente más favorable para los roedores de la resistencia del pueblo español.

El 28 de octubre, los voluntarios internacionales desfilaban por la Avenida de Pedralbes. Era el último desfile. Madrid –noviembre de 1936–. Ebro, julio de 1938 pasando por Brunete, Jarama, Guadalajara, Belchite. Teruel, 5.000 muertos hablaban del esfuerzo de esos millares de hombres. 400.000 personas les dieron el último adiós.

El presidente de la República, D. Manuel Azaña no terminó de ver el desfile: la noticia de que unos aviones fascistas habían salido de Mallorca le alejó precipitadamente de la tribuna. Durante el tiempo que permaneció en ella, Castro le estuvo mirando: estaba viejo y daba la impresión de un hombre que hubiera estado encarcelado mucho tiempo y que no se acostumbrara al ruido, a la gente y a caminar por otro lugar

que no fueran sus habitaciones. Castro no sintió pena. No era capaz de sentirla. Se limitó a ver la diferencia entre el Azaña del período pacífico de la república y el Azaña de la guerra.

«No valen».

«Son hombres que no conocen más estrategia que la del voto».

Y continuó en la tribuna hasta que terminó el desfile... Un desfile que anunciaba el fin de una agonía.

En los tres meses pasados desde el comienzo de la ofensiva en el Ebro hasta el final de la segunda fase de la batalla, las medidas adoptadas por el Presidente del Consejo y Ministro de Defensa eran bastante limitadas y tardías. Algunos ascensos, movilización de los reemplazos para reponer bajas y completar las unidades mermadas con la retirada de los voluntarios internacionales y movilización de otros tres reemplazos para fortificaciones. Militarización de los puertos y centralización de la industria de guerra.

Desde el punto de vista de la ayuda a las fuerzas que combatían heroicamente en la curva del Ebro, el esfuerzo de la zona Centro–Sur se había limitado a dos ofensivas parciales montadas por el jefe del Ejército de Levante, general Menéndez sobre Sarrión y El Toro. En ambos se puso de manifiesto lo sabido, todas las acciones chocaron con un enemigo fuerte en infantería, capaz de una defensa tenaz y de contraataques enérgicos. Las divisiones republicanas se estrellaron con las divisiones de choque del enemigo y no obtuvieron éxitos en sus propósitos.

Ante este hecho, el general Menéndez, informaba al general Miaja, de que el enemigo no había retirado en lo fundamental la infantería de su Agrupación ofensiva sobre Valencia y que esto le hacía pensar que en el Ebro, Franco se proponía realizar una batalla de desgaste (material contra hombre), lenta pero segura, dada su superioridad técnica (aviones de bombardeo y artillería) e indicaba que cualquier reacción propia desde la zona Centro–Sur, para dar un apoyo real al Ejército del Ebro, debía necesariamente cumplir la condición de obligar al enemigo a dividir su aviación y esto sólo podía lograrse amenazando objetivos sensibles y lejanos del enemigo, esto es, el sur del Tajo.

El mando del grupo de ejércitos de la zona Centro–Sur no lo entendió así; y de acuerdo con el Estado Mayor Central dio una nueva directiva de ofensiva en el sector de la costa en la dirección Nules–Castellón. ¿Qué se buscaba con esto?: atacar en una franja estrecha de costa baja, llana, en parte pantanosa, con las alturas dominantes en poder del enemigo, sin dominio del aire, cuando la aviación desde los aeródromos de La Cenia podía actuar simultáneamente sobre el Ebro y el Mijares, era exponerse a costosas pérdidas y ningún resultado real positivo. La superioridad republicana en tanques (no más de 40 ó 50 y éstos ligeros de ocho toneladas) no permitía por sí, realizar operaciones decisivas en aquel terreno de árboles, canales de riego y arrozales pantanosos.

Así fue, el golpe de tanques bien dirigido en una pequeña zona compacta rompió hacia Nules y penetró cuatro o cinco kilómetros en la posición defensiva profunda que se apoyaba en aquel terreno excepcionalmente favorable. Detenido por

tapias sólidas de piedra, canales y pantanos, aislados de la infantería que no les pudo seguir a través de la estrecha brecha abierta que cruzaban los fuegos de las ametralladoras enemigas desde los flancos en aquella tierra llana, el ataque de los tanques se detuvo y la operación se ahogó.

¿Cómo explicar aquel empeño terco del general Miaja de lanzar al Ejército de Levante una y otra vez a estrellarse contra el punto más fuerte del enemigo, cuando en el centro y el sur del Tajo cualquier acción enérgica de los republicanos hubiera obligado al enemigo a desplazar sus medios a frentes lejanos?

Sólo a la actividad de los agentes de Franco en el Estado Mayor del grupo de ejércitos parapetados detrás de la figura crasa del viejo general, se podía achacar la aplicación meticulosa de aquella estrategia que consistió, paralelamente al desarrollo de la cruel batalla del Ebro realizada por las mejores unidades, en lanzar estérilmente contra la masa de choque de las unidades enemigas en el sector de Levante, protegidas siempre por su aviación, a las mejores unidades de la zona Centro-Sur, a las Divisiones 70, 47, 19, 6, 39. etc., para golpear con tozudez sobre el agujón.

Se realizaba consecuentemente una política tendente a aniquilar las fuerzas más combativas del Ejército Regular Popular, a las fuerzas que todas las veces, todas, habían llevado el peso de las más grandes batallas; se desbrozaba el camino tortuoso del coronel Casado.

¿Podía quedar al ministro de Defensa alguna duda en lo referente a que, para asegurar la cooperación de los Ejércitos

Republicanos, la condición esencial era la depuración urgente de todo el aparato militar de la zona Centro–Sur?

¡Quién sabe!

Porque el doctor Negrín no dedicaba todo su tiempo a la guerra. Pensaba también en la ciencia. Y en la carne joven que en el derrumbamiento de la moral provocada por la guerra, estaba siempre al alcance de las manos del jefe del gobierno republicano.

\* \* \*

Castro comprendía la gravedad de la situación que se estaba creando al otro lado del río. No tenía necesidad de preguntar al general Rojo, ni al coronel Chaponov, ni al Buró Político del Partido: le bastaba con mirar los partes de la Sanidad Militar. Ellos le estaban diciendo todo.

Y se fue al Ebro.

Quería ver con sus propios ojos toda la magnitud de la catástrofe.

Y antes de llegar a Líster y a Modesto, jefes de la 11 División y del V Cuerpo de Ejército procuró hablar lo más que pudo con las gentes que aún quedaban del Quinto Regimiento, con los viejos comunistas, con los hombres que nunca ocultarían la verdad a Castro, al Partido. Y supo todo: El heroísmo de los soldados, de los cuadros medios políticos y militares. Y se

enteró de que durante todo el curso de la batalla, Líster y Modesto vivían borrachos, tambaleándose dentro de sus refugios. Y pasando de noche el río para ir a dormir a una zona de seguridad.

Después de esto fue a ver a Líster.

–Hola, Castro.

–Hola, Líster.

–Me alegro de que hayas venido. Tengo convocada para las diez de la noche una reunión de los jefes y comisarios de las brigadas y batallones de la 11 División.

–¿Qué quieres saber?

–Que sepas la situación.

–La sé.

–¿Cómo?

–Hasta ahora 50.000 bajas. Y la imposibilidad de sostener ni tan siquiera una pequeña cabeza de puente al otro lado del Ebro... ¿Qué más quieres que sepa?

–¡Que no podemos resistir más!

–También lo sé... Y de ese gran pecado se os puede acusar a ti y a Modesto... Os ha cegado el que toda la prensa hablara de vosotros como dos grandes héroes. Esto os impide ver que la prolongación de esta terrible batalla de desgaste quemaba

nuestras últimas posibilidades de defender Cataluña... De prolongar la resistencia... ¿Por qué no habéis tenido el valor de hablar claro?... ¿Por qué en vez de comprar vuestra gloria a tan alto precio no habéis renunciado a ella?

–¡Había que resistir!

–Se os pidió un mes y lleváis más del doble de este tiempo.

–¿Hubiera estado de acuerdo el Partido?...

–Escúchame, Líster: al Partido se le ha estado engañando desde hace tiempo... ¿qué crees que hubiera dicho el Partido si tú o Modesto le hubierais planteado que sin la cooperación de la zona Centro–Sur prolongar la resistencia era un crimen que anulaba además las posibilidades de defensa de Cataluña?... ¡Di!... ¿Qué crees que hubiera dicho el Partido?

–No sé...

–Todo esto ha sido un engaño y una traición... Se plantearon objetivos superiores a las posibilidades de los medios y fuerzas de que disponíamos... Faltó una cooperación justa de la zona Centro–Sur por parte de Miaja... ¿Hicisteis alguna observación al Partido?... ¡No!... He aquí vuestra gran responsabilidad. ¿Creéis que el Partido hubiera consentido la prolongación de esta batalla de desgaste si vosotros le hubierais dicho que era inútil y que además perdiéndola se perdía Cataluña?... ¿Qué idea tienes tú del Partido?

–Y tú que sabías todo esto, ¿qué has hecho?



–He enviado cada día al Partido la relación de bajas; he señalado la actitud de Miaja a pesar de tener como comisario a nuestro camarada Hernández; he señalado además de las bajas las deserciones y la composición política de las deserciones para significar la gran crisis política que se está produciendo en el Ejército Popular... ¿Te parece poco?

–Yo creía...

–Líster: el Partido os ha hecho dos grandes figuras de nuestra guerra. Él cumplió. Pero vosotros no... ¿Habéis tenido miedo a hablar?... ¡Habéis tenido miedo a decirle al Partido los peligros de una operación como ésta!... Si tú analizaras la operación posiblemente hubieras llegado a estas conclusiones: ¿Error de Rojo?... ¿Traición de Rojo?... ¿O piedad de Rojo, hacia estos millares de hombres, hacia otros millares de hombres, hacia la población de nuestra zona?

–El error es posible... La traición también parte de Miaja al negarnos la cooperación indispensable... Pero ¿la piedad de Rojo?... No lo comprendo... No lo comprendo...

–No es tan difícil, Líster: Posiblemente el general Rojo convencido de la imposibilidad de ganar la guerra haya querido terminarla lo antes posible... ¡Yo no lo sé exactamente!... Pero ¿el acabar la guerra pronto no podría ser en opinión de Rojo una manera de acabar con los sufrimientos de una parte de España, con una interminable sangría de millares y millares de hombres? Líster se quedó callado.

Y comenzaron a llegar los comisarios y comandantes de batallón, los comisarios y comandantes de Brigada.

–¿Qué?

–¡Doscientos hombres!

–¿Qué?

–¡Ciento cincuenta hombres!

–¿Qué?

–Diez hombres... Y mi Comisario... Y yo.

Y terminó la reunión... Eran las doce de la noche... La luna parecía estar llena de curiosidad y andar por entre montañas y árboles buscando a los muertos, a los heridos, a los restos humanos de lo mejor del ejército republicano.

–Salud, Líster.

–¿Qué vas a decir al Partido?

–Una sola cosa.

–¿Cuál?

–La verdad.

Líster le miró fijamente... Ya era tarde para matar... Lo sabía Castro y lo comprendía él.

–Y no bebas, Líster.

–Sí.

–Y no pases el río para dormir tranquilo... Mantén en tus hombres la idea de que eres un valiente... ¡De que eres como ellos!

–Sí.

–Y dile a Modesto cuanto te he dicho... También vale para él.

–Sí.

\* \* \*

Mientras tanto, el enemigo había ido concentrando sus mayores fuerzas para el último golpe contra la resistencia encarnizada de los republicanos. Con los mejores batallones formó un grupo de Banderas del Tercio y tabores de Regulares, que con la 4ª División formaron la Agrupación de choque al mando del general García Valiño. La 105 División formaba el segundo escalón. El sector Norte fue reforzado con la 50 División. Las Divisiones 82, 74 y 53 que se encontraban en línea, debían de actuar en todo el frente para impedir el movimiento de las reservas.

A la agrupación de choque se agregaron 200 cañones y el apoyo de casi toda la aviación disponible.

La operación en su conjunto era dirigida por Franco.

El 30 de octubre, desde las 8:30 de la mañana, el enemigo comenzó una fuerte preparación artillera sobre las posiciones

de la 43 División en la Sierra de Cavalls. Paralelamente, la aviación enemiga desarrolló una enorme actividad. Como ejemplo, basta decir que en una hora y media bombardearon las posiciones de esta División más de 200 aviones y que al mismo tiempo, volaban más de 150 cazas enemigos que aseguraban el dominio del aire. A las 19 horas, el enemigo había conseguido ocupar totalmente las alturas dominantes de la Sierra de Cavalls rechazando a las fuerzas que la guarnecían hacia el sur.

Durante el día 31, después de combates encarnizados, el enemigo llegó a batir la carretera de Pinell a Miravet con fuego de fusilería. En vista de ello, el jefe del V Cuerpo ordenó al jefe de la 11 División que enviase dos brigadas para detener el avance enemigo sobre la carretera de Pinell. Aquel mismo día, las brigadas 11 y 9ª entraron en contacto con las fuerzas atacantes.

El día 1.º el enemigo detuvo su ofensiva en el sector de la 43 División y atacó insistentemente en el sector de la 45 División al sur de la Sierra de Cavalls y sobre las posiciones de la Sierra de Pándols.

El día 3 el enemigo ocupa Pinell, dividiendo las fuerzas del V Cuerpo y dejando aislados, sin caminos de repliegue hacia el grueso del Cuerpo, a las brigadas 100, 72 y 4 batallones del Ejército del Este. Inmediatamente, el enemigo se lanza por la Barranca de Pinell hasta el río Ebro con el objeto de cercar a las fuerzas aisladas. El mismo día, el jefe del Cuerpo dio la orden de que en la noche del 3 al 4 pasaran todas aquellas fuerzas a

la izquierda del río. A las 5:30 del día 4 todas las fuerzas lograron pasar el río con todo el material.

El día 5 el enemigo ocupaba Miravet. El 6 se apodera de Benisanet.

El día 7, el Cuerpo de Ejército republicano, con el fin de debilitar la presión de las unidades fascistas sobre los Cuerpos de Ejército V y XV, cruzó el río Segre. Se vuelve a lograr la sorpresa. Después de cortar la carretera Lérida–Fraga y desbordar la línea del Segre en unos tres kilómetros, los republicanos concentraron el esfuerzo supremo para aniquilar la cabeza de puente que el enemigo tenía en Serós. Paralelamente, el ejército de Levante atacaba en la dirección Nules–Sagunto.

Pero, independientemente de los defectos de estas dos operaciones, en la primera, insuficiencia de fuerzas para crear una amenaza real que atrajera el máximo de fuerzas enemigas, y en la segunda, la elección de una dirección de ataque condenada al fracaso al chocar con un dispositivo de defensa en profundidad y más fuerte que el atacante, la ayuda no significaba nada serio.

Estas dos operaciones no tuvieron éxito. No podían tenerlo. Los motivos para ello, podemos concretarlos en lo siguiente:

1. –En la operación del Segre, el número insuficiente de fuerzas no permitía crear una amenaza suficiente para obligar al enemigo a retirar fuerzas del Ebro.

2.–La dirección de ataque Nules–Sagunto chocaba con un enemigo que se defendía en una faja costera y pantanosa de una anchura menor de 10 kilómetros, con los flancos asegurados en el mar y en la fuerte región montañosa de Onda–Artana–Eslira, con excelentes líneas naturales en profundidad.

3. –Por otro lado, los sectores elegidos para las acciones de ayuda a los Cuerpos V y XV, estaban tan próximos a las bases aéreas enemigas, que la aviación fascista podía acudir sin dificultades a los tres centros de actividad.

4. –Independientemente de estos errores, las operaciones de ayuda llegaban tarde, cuando en realidad el enemigo había debilitado de tal manera a las unidades republicanas que la defensa había hecho crisis.

Del 7 al 11, las fuerzas fascistas después de combates encarnizados, se apoderan de Mora de Ebro. Por entonces, se retiraron al otro lado del río las Divisiones 46 y parte de la 43.

El enemigo continuó su avance a lo largo de la orilla del río en las direcciones norte y noroeste, adelantando su flanco derecho de manera que su izquierdo quedaba en la región de Venta de Camposines. Era claro, que los rebeldes pretendían aislar a las unidades del XV Cuerpo, principalmente a las Divisiones situadas en el frente en la región de La Fatarella.

Los republicanos en su último intento, retiraron las Divisiones situadas en la región de La Fatarella con el fin de proteger la dirección Ascó–Flix. Pero esta medida no podía influir en el resultado de la batalla. Así fue. El 13 de noviembre el enemigo

conquistó Ascó y en la noche del 16 las últimas unidades del ejército republicano se replegaban a sus bases de partida.

\* \* \*

991.000 kilogramos de bombas y 250.000 disparos de la artillería lanzados en los quince días, habían puesto fin a la tercera fase.

La batalla del Ebro había terminado.

Durante cerca de cuatro meses el Ejército del Ebro realiza la batalla defensiva: durante esos cuatro meses los soldados del Ebro mantuvieron abiertas las posibilidades para poner fin a la agonía, pero era necesario que alguien las aprovechara y esto no podía hacerse en la zona catalana cuyas reservas se absorbían en el mantenimiento del esfuerzo defensivo. Esto sólo podía ser aprovechado en la zona Centro–Sur por el general Miaja. Pero esto faltó y, por ello fue estéril la batalla defensiva. Lo que pudo ser la base firme de la crisis, que llevara a una gran solución, fue un paréntesis de cuatro meses.

Se ha intentado encubrir la falta de cooperación del general Miaja con el pretexto de que la zona Centro–Sur no disponía de medios para actuar ofensivamente...

El general Miaja disponía en mayo de 1938 de:

492.000 hombres; 198.400 fusiles; 6.200 ametralladoras; 487 cañones. ¿Acaso esto no permitía hacer mucho más de lo que se hizo por el hombre al que el Partido convirtió en un héroe?



## Capítulo XXXII

### UN HOMBRE, SU CONCIENCIA Y UNA PEQUEÑA CASA

«¡No me mires, “Concud”!»

Y «Concud» le siguió mirando. Fijamente. Y cuando él le miró vio en sus ojos como un velo de pena y compasión hacia aquel hombre que le quería tanto. No se movió.

Siguió mirándole.

«¡No me mires, “Concud”!»

Y «Concud» le siguió mirando. Y se levantó de la silla. Y se acercó a «Concud» con el terrible afán de dejarle ciego para que no le mirara jamás, Y «Concud» se hundió en sí mismo, como si se empequeñeciera. Y esperó. Pero Castro era cobarde ante estas pequeñas cosas Y no cegó para siempre aquellos ojos de pena y compasión. Estuvo mirando un gran rato al perro. Luego le pasó la mano por la cabeza. Y el perro meneó el rabo y le siguió mirando.

\* \* \*

–¿Qué piensas, Esperanza?

–¡Es el fin, Enrique!

–Es el fin de una etapa, Esperanza.

–¿Por qué me engañas?... ¿Acaso yo te he engañado a ti alguna vez?

–No te engaño, Esperanza. Nuestro camino hacia el socialismo es esto: etapas... etapas... Etapas maravillosas... Etapas terribles... ¡No te engaño!... ¡Te digo lo que dice el Partido!... No sé decir otra cosa, Esperanza... No sé... Si supiera te hablaría de algo ajeno y lejano a esta tragedia... De tu vivir y mi vivir... Pero no sé, Esperanza... No sabría jamás decirte eso... ¡Compréndelo!... ¿Cómo quieres que ahora te diga lo que nunca me enseñaron a decir?...

–Invéntatelo, Enrique.

–No sé, Esperanza... ¡Todo está inventado o descubierto o dicho!... Marx, Engels, Lenin, Stalin no han dejado nada por decir... Y he aprendido de memoria mucho de lo que ellos dijeron... ¡Es todo lo que he aprendido en la vida... ¡No sé más!... ¡No sé más, Esperanza!

–Sueña.

–No sé.

–Eso es lo terrible, Enrique... Eso es lo terrible: el que los hombres no sepan soñar.

–Ya, Esperanza.

–Sí... Sé que sufres... Te dejo... Enciérrate en tu despacho con «Concud» y con Enrique... ¡Con Enrique y «Concud»!... Y con nadie más... Y desahógate... Cuanto puedas... Yo no sé si ha muerto una ilusión... Sí... Posiblemente sin saberlo yo esté de luto por el fin de una gran ilusión, de mi gran ilusión... Pero, ¿para qué te hablo de mis pequeñas cosas?...

Y después de besarle en la frente se fue.

Y «Concud» siguió mirándole.

Y al cabo de un rato se dio cuenta que sobre aquella vieja mesa había dejado caer unas cuantas lágrimas.

«¿Qué me está ocurriendo?»

«No, no es el miedo al fin de una guerra y al posible fin de mi vida... No... La muerte y yo ni nos queremos ni nos tememos... Es algo peor: el remordimiento por la muerte de los demás... ¿Qué han hecho estas gentes, que no han hecho nada, para que tengan que morir?...»

«Concud» le miraba.

Fuera de allí, el silencio.

Le hubiera dado vergüenza llorar ante los hombres... Pero ante «Concud», no... Y rompió a llorar... Y para que Esperanza no escuchara sus sollozos, se puso el pañuelo en la boca... Y siguió llorando... Pero seguía adorando a Lenin... Seguía adorando a Stalin... Seguía amando a la revolución. Seguía soñando con el socialismo... Era todo cuanto le habían enseñado... Fuera de eso no sabía nada... ¡Nada! Y ni el llanto acabó con su angustia.

\* \* \*

«¿No será mejor morir en la última batalla?»

\* \* \*

–¿Crees en mí, Esperanza?

–Sí.

–¿En mí?

–En Enrique, sí... En el camarada Castro, no.

–¿Por qué?

–No sé.

–¿No sabes, Esperanza, que yo no puedo ser otra cosa que el «camarada Castro»?

–Sí... Lo sé...

\* \* \*

–¿Crees en la revolución, Esperanza?

–No.

–¿Por qué no crees ya?

–Porque yo ignoraba que para llegar a ella había que caminar sobre nuestros muertos: la muerte muerte y por la muerte en vida.

–No te comprendo.

–Sí, el camarada Castro sólo comprende a Lenin, sólo comprende a Stalin.

\* \* \*

«¡Escúchame, España!... No es que no te quisiera... Te quería mejor... Menos fea y más feliz... ¡Comprende y perdona!... Recuerda con qué cariño he recorrido tu suelo, he sentido tu sol y tu luna, tus fríos y calores, tu soledad y tu angustia... ¡No, yo no te quería matar!... Yo te quería joven, feliz, sonriente... Yo quería que te desprendieras de tu viejo luto, de tu antigua pena, de esa terrible pena nacida de la incomprensión de los

demás... Sí, de esos que no comprendieron tu grandeza, tu generosidad.»

España no respondía.

Y abrió la puerta de su despacho. Hizo una seña a «Concud» y salieron al camino.

Y él delante y «Concud» detrás... Y el camino interminable y sol. Y árboles y huertas en las que cada noche Esperanza robaba la comida de otro día. Y él, sus pensamientos y «Concud» detrás de él caminando despacio, sin mirar a ningún lado, solamente a los pies de su amo que marcaba el camino... Y frente a un viejo árbol el comienzo del retorno a la pequeña casa. Y el silencio. Y la noche. Y la luna. Y él, «Concud» y su conciencia paseando por el viejo camino abandonado y polvoriento. Y en el horizonte la silueta de las montañas. Y olor a campo.

Y pena.

Y más pena.

Y la entrada en la casa silenciosos. Y otra vez a sentarse en la silla de siempre, frente a los mapas, frente a una ventana cerrada, frente a «Concud» que acostado en el suelo le miraba.

\* \* \*

«Hemos querido curar las heridas de España con nuevas heridas.»

–Acuéstate. Enrique.

–Sí.

–Y duerme... duerme... Lo que tenga que pasar pasará... La vida o la muerte no dependen de ti... Aunque no sé de quién dependen.

–Sí.

Y la siguió... Y se fue desnudando poco a poco... Y se hundió entre aquellas sábanas blancas... Y la sintió a ella acostarse... Y apagar la luz... Y escuchó la respiración de «Concud». Y se acordó de su padre: «Gracias a Dios por tanto favor como nos hace».

Y no tuvo fuerzas para blasfemar.

Sólo su conciencia vivía. Una conciencia extraña que se esforzaba inútilmente en ignorar a Lenin.

Y la noche.

Y el sueño.

Y el final de un día más.

## Capítulo XXXIII

### LA PLUMA Y LA ESPADA

Frente a frente, Castro y su antiguo comisario Carlos Contreras. Los dos en un pequeño hotelito que tenía confiscado el Socorro Rojo Internacional y en el que Carlos vivía con su mujer, más delgada y triste que nunca, con un mirar perdido en horizontes que los demás ignoraban.

–¿Tienes tabaco picado, Castro?

–¿Para qué?

–Querría que fuéramos a ver a Antonio Machado... Al viejo le gusta el tabaco negro y picado... Y hacer sus propios cigarros con mucha calma... No te olvides, Castro, que Machado es la gran figura que nos queda, ni te olvides tampoco que quiere ser el historiador del Quinto Regimiento.

–Entonces, tengo.

–Vamos... Te gustará... Verás a un viejo consumido. Y viejas sombras femeninas, caminando de un lado para otro por una casa casi muerta. Y entre humo y tabaco y olor a manzanilla el



viejo Machado te hablará de España, de sus poemas, de sus penas y de sus ilusiones que ya comienzan a ser pocas... Con nosotros irá Garfias.

Y fueron.

Una casa blanca en el centro de un jardín enfermo de abandono. Y treinta pasos de caminar desde la calle a la casa. Y la puerta que se abre. Y un viejo que sonríe. Y unas sillas que esperan. Y todos juntos. Y Castro que le entrega como una limosna disimulada el paquete de tabaco. Y el viejo que con mucho de niño va rompiendo la envoltura, que sonríe dulcemente cuando ve lo que es. Y lo huele con gesto de buen fumador. Y luego a hacer rápidamente un cigarro. Y la ceniza que comienza a caer sobre las solapas de su raída chaqueta. Y alguien que pone sobre la pequeña mesa unas copas y una botella de manzanilla. Y se bebe y se fuma mientras que Garfias, borracho como siempre, recita maravillosamente viejos poemas de Machado por Machado olvidados.

Castro mira fijamente al viejo.

Machado no es un hombre.

Machado es una escultura.

Y algo más que él no sabe. Machado es el prisionero de una gran mentira. De otra manera no hubiera escrito aquello de:

Cambiar a mi pluma, capitán,

por tu pistola...

Como si la pistola de Lister fuera la moderna espada del Cid. A Castro no le causaba pena el hombre. Para él, Machado, como tantas otras cosas, era un instrumento, en este caso un maravilloso instrumento que les ayudaba como pocos a que la mentira, la gran mentira apareciera ante los ojos de muchas gentes de cuello duro y bien escribir como la más grande y maravillosa de las verdades... «Cuán grande es el Partido –pensaba Castro–: a unos los conquista con su verdad, a otros con su mentiras... Y miraba fumar al hombre cuya pluma había sido el cincel de una España nueva que aún estaba por venir: la España del cincel y de la maza... Allí estaba el viejo escuchando a Garfias con los ojos entornados, con la misma quietud de las montañas, hablando también de la guerra casi en comunista aunque con mejor gramática y mejor castellano... Allí estaba recordando 1808 como si lo que estaba ocurriendo tuviera algo que ver con aquello, que nunca podría ser una guerra de independencia por la sencilla razón de que ganara quien ganara España quedaría hipotecada por muchos años, si no es que para siempre, a menos que ocurriera un milagro... Porque Berlín esperaba el fruto... Y Moscú lo estuvo esperando hasta la mitad de la guerra en que aún era posible la victoria republicana... Y el viejo sin darse cuenta... «¿Qué poder tiene el Partido que hizo divorciarse a este hombre del alma de España?... A Castro le importaba poco el viejo Machado; Machado le servía en aquellos momentos como forma de comprobación de la capacidad del Partido para hacer ver lo blanco negro o al revés, según le conviniera.

Y Garfias, borracho y bizco como siempre, recitando versos machadistas. Y el viejo Machado preguntando:

–¿De quién son?

–De usted, don Antonio –respondía el otro con olor de manzanilla y acento andaluz

Y don Antonio sonrió.

Y fuma y fuma, que el viejo era incansable... Y hablando de la guerra con otro acento pero el mismo fondo con que hablaban los comunistas... ¡La mentira había hecho su obra: entontecer a un hombre que era además de eso uno de los más grandes poetas de la España eterna; cegarle para que no viera una realidad: a España sangrar por obra de todos; ensordecerle con las consignas para que no escuchara los lamentos de España... ¡Él no tenía la culpa!... A él le habían encerrado en una prisión invisible en la que sólo hablaba con sus carceleros, en la que sólo convivía con sus carceleros, en la que sólo escuchaba a sus carceleros que le llevaban tabaco y comida a aquella casa demasiado grande para aquellas gentes tan viejas y tan sobrias en todo, aquella casa en medio de aquel jardín que se parecía tanto a aquellos viejos cementerios abandonados y tristes que Castro recordaba de sus años verdes...

El viejo fumaba.

Y sonreía.

–No dejen de mandarme el archivo del Quinto Regimiento... Tengo ganas de comenzar a trabajar...

–Sí, don Antonio.

Cambiaría mi pluma, capitán,

por tu pistola...

Qué asombro y qué pena de España cuando viera a su gran enamorado y poeta escribir esto...

Pero él no tenía la culpa... Era un hombre demasiado bueno para creer malos a los que le hablaban de España, de su independencia, de una España nueva, aunque sin decirle que esa España como Cristo habría tenido que cargar para siempre con una pesada cruz: la hoz y el martillo...

¡España!

¡España!

Ella mirando a Machado y Machado sin verla... ¿Sabría perdonar España a aquel hombre tan engañado por los especialistas en el mentir?... ¡Quién sabe!... Posiblemente tendrían que pasar años y años para que el rencor se hiciera muy viejo y tan débil que casi no fuera rencor...

Pero esto a Castro no le importaba... Veía al viejo fumar... Y recordaba sus viejos versos.

Y sonreía.

«Ante el Partido todos sois nada».

Y cuando la noche envolvió la casa, cuando Garfias se cansó de recitar y beber, salieron... Y allí se quedó el viejo en una cárcel cuyas rejas él no llegó a ver nunca.

Cambiaría mi pluma, capitán,

por tu pistola...

Era bonito... Muy bonito... Era una maravillosa envoltura que ocultaba a un «Hombre Made in Moscú». Una maravillosa envoltura que llevaba una firma de garantía: «Antonio Machado. Profesor de francés y poeta».

## Capítulo XXXIV

### LA BATALLA DE CATALUÑA

Era la retaguardia el termómetro de la tragedia. Inútil que Negrín y el Partido Comunista quisieran hacer creer a las gentes de la España republicana que el Ebro había sido el escenario de una gran victoria militar que había salvado a Valencia. La gente no creía. No hablaba porque todavía era peligroso hablar en voz alta. Pero todo era claro. La gente no pensaba ya en la guerra, pensaba en los vencedores de la guerra, pensaba en la posguerra. Y el miedo comenzaba a penetrar en el cuerpo y alma de millones de gentes cuyos rostros reflejaban una gran tristeza y un gran esfuerzo para no llorar: porque no sólo era la muerte de una ilusión, era también el comienzo de un calvario terrible. Porque la guerra de España a diferencia de otras guerras la había alimentado en ambas partes el miedo más que razones ideológicas, salvo en los comunistas y en los falangistas, las dos fuerzas que sí sabían lo que querían.

\* \* \*

Para Castro la vida seguía siendo igual. La vida para él eran tareas, no horas ni días. Y su tarea ahora no era luchar para vencer porque esto ya era imposible; su tarea consistía en fortalecer la resistencia para prolongar la lucha, porque la lucha de España seguía pesando en las cancillerías de Europa y en Berlín y en Moscú, en Italia y en Londres y en Francia, en la que los restos del Frente Popular permanecían agazapados... Castro trabajaba como siempre, pendiente de los frentes, pero insensible a la tragedia. Para él la guerra y la derrota eran el final de una etapa, no el fin; sabía que detrás de esta etapa vendría otra aunque todavía no supiera cuál. Los «cuadros» comunistas tenían esta gran ventaja sobre los demás: saber que para ellos no existía otro fin que la victoria. Porque desde el punto de vista general, desde el punto de vista de la gran batalla por el triunfo del socialismo en el mundo, España no dejaba de ser una escaramuza. Tenían además la ventaja sobre los demás de saber que fuera de España seguirían luchando por la misma causa que lo hicieron en España. Ellos no eran combatientes de un ejército nacional, ellos eran combatientes de un ejército que tenía como misión la conquista de un mundo.

Aquel día, en las primeras horas de la mañana recibió una llamada telefónica:

–Aquí, Castro.

–.....

–Hola, Líster, dime...

–.....

–Tengo mucho trabajo...

–.....

–Bien, iré.

Abandonó Barcelona al mediodía. Su destino: Sitges. Y en silencio fue dejándose llevar por aquella carretera que bordeaba el mar. Pasando pueblos y pueblos de trabajo y silencio.

«¿Para qué esta comida?»

No lo sabía. Líster solamente le había dicho que era indispensable su presencia. Que estaría el Buró Político, Palmiro Togliatti y los principales jefes militares y políticos del Partido.

«¿Para analizar la situación?»

Castro sabía que para esto no se hubieran reunido en un pueblo precioso, de descanso y lujo. Además no consideraba necesario analizar la situación. La situación era clara, clarísima: la guerra estaba perdida, sólo quedaba prolongar la resistencia.

Y llegó al hotel en que Líster vivía con su familia. Frente al hotel el mar. Y aroma de mar y campo. Y allí, andando de un lado para otro, en pequeños grupos la plana mayor del comunismo español. Menos José Díaz que continuaba enfermo, más enfermo cada vez, allí estaba todo: Checa, Mije, Antón, Uribe, Pasionaria, Togliatti, Carlos Contreras, Líster y Modesto, Delage y Santiago Álvarez, sus comisarios; López



Iglesias y el teniente coronel Rodríguez, los jefes de los Estados Mayores de Líster y Modesto y Antonio Cordón. Y «El Campesino», que recordaba el África desconocida y misteriosa poblada de fieras y de hombres que casi lo eran también... Y Carmina, la mujer de Líster; y la madre de la mujer de Líster; y las criadas de la casa de Líster; y los escoltas que cuidaban la casa de Líster de un lado para otro con prisas preparando la mesa, sirviendo vinos y aperitivos... Y los dioses bebiendo... En un maravilloso hotelito con altas tapias para que España no los viera beber vinos de las mejores marcas y manjares que recordaban un poco las bodas de Camacho.

Saludó.

Y habló con unos y con otros de pequeñas cosas, porque nadie hablaba de la guerra. Hasta que Carmina gritó:

«¡A la mesa, camaradas!»

Y se fueron sentando en los sitios que les indicaban los escoltas que ni para servir la mesa se habían quitado las pistolas del cinto. Se comió y se bebió mucho. Se habló poco de España y mucho de África entre las risas de todos. Porque «El Campesino» comenzó a hablar de cuando fue jefe del Estado Mayor de Ab-del-Krim, un viejo rebelde que fue el alma del famoso desastre de España en Annual, en la tercera década del siglo. Era mentira. Pero la historia era contada maravillosamente, con una fantasía que recordaba «Las mil y una noches». Los demás reían y reían, porque allí se encontraban gentes como Iglesias y Rodríguez que habían estado años en África y que abrían los ojos llenos de asombro

frente a aquella mentira que les hacía dudar si sería verdad... ¡Maravilloso embustero «El Campesino»...! Y de España nada.

Nada de la guerra.

Los jefes habían ido a comer y beber... ¿Sólo a esto?... Aparentemente sólo a esto, pero Castro se figuró, espiando las miradas de Checa y Togliatti, que se estaban registrando los gestos de todos... ¡El Partido pulsaba a sus hombres!... A través de una comida rociada con los mejores vinos, con buen café y coñac del mejor...

Era difícil disimular.

El vino duerme la prudencia.

Y después todos flanqueados por los escoltas de Líster a la playa. Y la gente mirando cómo la señora de Líster, embarazada, se mojaba los pies bajo las miradas vigilantes de los empistolados... Y al caer del sol, ante un mar de colores extraños y un cielo de horizontes rojos, la retirada, Y cada cual a su coche Y cada cual a su lugar.

Y nada de España.

Ni de la guerra.

Beber y comer bajo las miradas de Checa y Togliatti...

\* \* \*

Castro piensa en los suyos: Manolo en el aeródromo de Villafranca del Panadés; Carlos en el XII Cuerpo; Eduardo como comisario trabajando en la organización de dos nuevas divisiones que no llegarían a entrar en fuego. Y la madre y Concha en Arenys de Mar. Eran los suyos. Después se hundió en su despacho y comenzó a mirar la noche que cubría la ciudad, una ciudad encogida que esperaba lo inevitable.

\* \* \*

Para el Estado Mayor republicano era clara la debilidad militar de Cataluña, así como su importancia político–económica para la continuación de la lucha. No ignoraba que la defensa de Cataluña no dependía exclusivamente de sus medios, sino esencialmente del apoyo que fueran capaces de prestarla los ejércitos de la zona Centro–Sur.

Con vistas a resolver el importante problema de la defensa del territorio catalán sobre la base de la cooperación estratégica de ambos frentes, catalán y Centro–Sur, el Estado Mayor perfiló definitivamente el plan de maniobra de la zona Centro–Sur. Las líneas generales de este plan eran las siguientes:

Primero. – Un ataque en el extremo derecho–sur del frente enemigo, actuando combinadamente las tropas de tierra, con la flota y una brigada de desembarco con objeto de atraer las reservas enemigas de Andalucía y Extremadura y crear una amenaza sobre Málaga y en el sur de Granada.

Segundo. – Un ataque principal sobre el frente Córdoba–Peñarroya con un núcleo de tres Cuerpos de Ejército con la misión de romper el frente enemigo en el enlace de Extremadura y Andalucía y ocupar Puertollano y explotar el éxito en dirección Zafra–Sevilla.

Tercero. – Un ataque complementario en el frente del Ejército del Centro para cortar las comunicaciones enemigas del frente de Madrid con Extremadura aprovechando el debilitamiento que se haya podido producir al enemigo de este frente al llevar sus reservas a Extremadura para detener el ataque principal.

Con esto se consideraba que al menos se impediría al enemigo alimentar la batalla en Cataluña.

En la zona catalana la maniobra del Ejército republicano consistiría:

Primero. – La defensa tenaz de los sectores atacados.

Segundo. – Maniobra de los tres Cuerpos de Ejército de reserva contraatacando sobre los flancos y retaguardia enemiga en caso de ruptura.

Tercero. –Y si las circunstancias lo exigían pasar a la defensa de maniobra apoyándose en la ocupación sucesiva de las líneas de defensa establecidas o proyectadas en toda la profundidad del territorio catalán.

En resumen era claro que después de la batalla del Ebro, el plan de defensa de Cataluña necesariamente se tenía que

apoyar en operaciones activas de carácter decisivo en la Zona Centro–Sur.

En Cataluña sólo podía aspirar, con las fuerzas y el territorio limitado de que se disponía, a lograr el fin de fijar al enemigo y ganar tiempo. Mas no podía proponerse el plan del general Rojo. El centro de gravedad de la guerra más claro que nunca se precisaba en la zona Centro–Sur.

El plan del general Rojo tenía algunas debilidades que creaban el peligro de malograr su propósito.

La maniobra del general Rojo en Extremadura–Andalucía quería parecerse al plan «P». Sin embargo, y esta era la primera debilidad, los efectivos para esta operación eran un 40 por ciento más reducidos. Esto y el hecho de haber elegido para el ataque un amplio sector llevaría inevitablemente a la dispersión de las fuerzas y ello a debilitar la potencia del golpe poniendo en peligro la finalidad estratégica fijada.

El ataque complementario en el frente del Ejército del Centro, y esta es la segunda debilidad del plan, estaba condenado al fracaso. Ni la sorpresa, ni la superioridad de fuerzas y técnicas logradas en la operación de Brunete podrían lograrse. La dirección del ataque elegido era una zona «tanteada» que había permitido al enemigo comprender su importancia y reforzar su defensa y además porque el Ejército republicano no lograría en una dirección secundaria concentrar mayor número de fuerzas y medios que los reunidos cuando la operación de Brunete en la dirección del esfuerzo principal.

Y la tercera y principal del plan en su conjunto reside precisamente en que la atención principal (el gobierno, el E. M. C., y el general Rojo) se concentra en el teatro secundario multiplicando las instancias y entorpeciendo los trámites. Y el teatro principal, allí donde podía ser aún eficaz y más necesaria la acción del gobierno (preparación de reservas y movilización de las fuerzas de producción) y donde el mando supremo tenía su campo natural de acción, donde había aún fuerzas frescas, espacio amplio para la maniobra, puertos para la flota, campos para la aviación y cuatro ejércitos, el teatro principal de las operaciones militares, en el momento decisivo de la guerra quedaba abandonado a la enciclopédica incapacidad del general Miaja rodeado de un grupo personal en el que dominaban los arribistas, los aventureros y donde se escondían los traidores. La presencia del general Matallana en el Estado Mayor del Grupo de Ejércitos no era suficiente a pesar de sus deseos, para anular en la dirección de las operaciones los efectos de la incapacidad y la traición. La dirección de hecho recaería siempre en el general Miaja, entregado al teniente coronel Garijo y al teniente coronel Muedra.

Por tanto quedaba excluido el que la existencia de una dirección audaz y llena de decisión pudiera corregir con una realización justa las debilidades fundamentales del propio plan.

\* \* \*

La relación de fuerzas en el frente catalán en vísperas de la batalla era la siguiente:

Republicanos. En un frente de 300 kilómetros tenían desplegados de Sur a Norte los cuerpos de Ejército XXIV, XII, XVIII y XI y como reserva general de los Cuerpos de Ejército V y XV en segundo escalón en el Ejército del Ebro y el X Cuerpo de Ejército en el frente del Este. Los efectivos del Grupo de Ejércitos de la zona catalana (Ejércitos del Ebro y Este) eran los siguientes: 170.000 hombres, 86.000 fusiles, 3.700 ametralladoras, 280 cañones, 75 morteros, 125 tanques blindados y 124 aviones.

En cuanto a la fortificación en el frente catalán era mala: la primera línea de unos 300 kilómetros, demasiado extensa para los efectivos, estaba poco desarrollada en profundidad; la segunda línea de unos 80 kilómetros adolecía de este mismo defecto. Los ríos de Cataluña no constituían obstáculos serios contra una ofensiva. Sin embargo, el régimen inestable de su corriente y la posibilidad de regularizar el nivel del agua por medio de presas, aumentaba la potencialidad táctica de los ríos Segre, Noguera Pallaresa y Llobregat.

El mando republicano creyendo posible una ofensiva enemiga en las tres direcciones: Tremp–Artesa de Segre–Cabeza de Puente de Balaguer–Agramunt–Cervera–Cabeza de puente de Serós–Tarragona, concentró sus reservas de tal forma que aseguraran el contragolpe en cualquiera de estas tres direcciones de penetración.

Franquistas. –La concentración del general Franco la componían tres Cuerpos de Ejército en línea (9 divisiones) y 5

Cuerpos de Ejército (15 divisiones) en la reserva operativa próxima.

Para su plan de apoderarse de Cataluña fueron creadas dos agrupaciones de choque: la agrupación Sur la componían los Cuerpos de Ejército Navarro, Cuerpo Expedicionario Italiano y en segundo escalón el Cuerpo Marroquí para la explotación del éxito, en total 8–10 divisiones; la agrupación Norte estaba integrada por el Cuerpo de Aragón en la dirección Calaf–Manresa y el Cuerpo del Maestrazgo en la dirección Pons–Solsona–Berga y el Cuerpo de Urgel (6–8 divisiones) en la dirección Tremp... La agrupación del Sur estaba apoyada por 500 piezas de artillería y 200 tanques y la agrupación Norte con 300 piezas y 100 tanques. Ambas agrupaciones estarían apoyadas por 500 aviones.

De esto se desprende que la superioridad de los fascistas en vísperas de la batalla era: doble en infantería, cuádruple en aviación, ocho veces en artillería (teniendo en cuenta el estado del material republicano) y triple en tanques.

En estas condiciones iba a comenzar la batalla decisiva.

¿Qué harían los Ejércitos de la Zona Centro–Sur?

\* \* \*

Europa estaba adormecida por una gran y estúpida ilusión: «Munich es malo, pero es la paz».



\* \* \*

La batalla de Cataluña duró 40 días y se desarrolló en tres etapas:

Primera. –Desde el 23 de diciembre de 1938 hasta el 15 de enero de 1939, que abarcaba desde la ruptura del frente republicano hasta la conquista por los fascistas de Tarragona. En estos períodos se desarrollan encarnizados combates en los que el Ejército del Ebro sufre cuantiosas e irreparables pérdidas.

Segunda. –Desde el 16 al 26 de enero que va desde la caída de Tarragona hasta la ocupación de Barcelona con el derrumbamiento del aparato republicano.

Tercera. –Desde el 27 de enero hasta el 9 de febrero en que se produce la agonía lenta y heroica de los Ejércitos republicanos que en combates constantes, envueltos cada día por el enemigo, van cediendo lentamente el terreno.

\* \* \*

El día 23 de diciembre el enemigo inicia su ofensiva al sur de Lérida, en el frente del XII Cuerpo de Ejército que mandaba Etelvino Vega y que tenía como comisario a Virgilio Llanos Y rompe el frente. El mando republicano comenzó a aproximar en la dirección sur los cuerpos de ejército X y XV con vistas a

estrangular la penetración enemiga. Pero los acontecimientos iban muy rápidos.

La inexistencia de un frente continuo de cobertura por la poca resistencia que ofrecieron el primer día las unidades del XII Cuerpo de Ejército hizo que antes que el V Cuerpo pudiera alcanzar las bases de partida para lanzar su contraataque las ocupara el enemigo. El V Cuerpo se vio obligado a ir metiendo sus unidades por partes en una batalla de encuentro entre fuerzas muy superiores y que dominaban absolutamente en el aire, al tener que lanzar a la 11 División a tapan la brecha abierta. Simultáneamente el XV Cuerpo que se aproximaba por el sur hacia el lugar de la ruptura tropezó con las vanguardias de los Cuerpos de Ejército italiano y navarro.

El día 25, a los dos días de comenzada la ofensiva enemiga, en el sector del XII Cuerpo (Ejército del Ebro) las fuerzas de los Cuerpos V y XV (reservas fundamentales del mando en el sector Sur) quedaban embebidas. En el sector Norte aunque fue necesario utilizar algunas brigadas del X Cuerpo de Ejército aún quedaban algunas en reserva.

Pero el contraataque de los Cuerpos de Ejército V y XV del que el Estado Mayor esperaba el restablecimiento de la situación no llegó a realizarse y se embebieron todas sus fuerzas. En el norte las fuerzas de reserva (X Cuerpo) se habían reducido extraordinariamente.

¡Tal era la situación a las 48 horas de la batalla!

El enemigo una vez que consiguió una amplia plaza de armas en el margen oriental del Segre continuó desarrollando su

ofensiva: el cuerpo de Ejército italiano en la dirección Borjas Blancas y el Cuerpo de Ejército Navarro en la disección de Granadella.

He aquí cómo ocurrieron los acontecimientos en el frente del Ebro desde el 26 de diciembre hasta el 5 de enero:

En el sector del Ejército del Ebro. El día 26 el Cuerpo de Ejército italiano atacó a la II División del V Cuerpo de Ejército republicano. Para este ataque realizado en un frente de cuatro kilómetros y medio los italianos desplegaron sus fuerzas con dos divisiones en primer escalón, apoyadas por más de 110 tanques y 200 aviones, La división republicana no disponía más que de 36 tanques y 60 aviones. Durante siete días se desarrollaron encarnizados combates a través de los cuales el enemigo logró empujar a la 11 División 3 kilómetros hacia el norte tras de la línea del ferrocarril Lérida–Borjas Blancas. El ataque del Cuerpo de Ejército Navarro los días 30 y 31 de diciembre en un frente de 6 kilómetros apoyados por 170 piezas de artillería y 90 tanques contra la 24 División del XV Cuerpo que disponía solamente de 30 cañones y 30 tanques también fracasó aunque en la defensa la unidad republicana perdió el 50 por ciento de sus efectivos.

El día 3 de enero y ante los pocos éxitos logrados en sus ataques contra la 11 División el Cuerpo Italiano atacó con dos divisiones, una en segundo escalón a la 45 División republicana que defendía Castellidans en un frente de cuatro kilómetros y medio y que no disponía más que de 16 tanques y 25 aviones. En dos días de combates intensos los italianos rompieron el frente en una anchura de 6 kilómetros y profundizaron cerca

de 7. El combate se decidió no por el choque frontal, sino por la ruptura del Cuerpo Italiano en el límite entre los cuerpos republicanos V y XV en la dirección Lloveras–Serviá–Viscuza–Montblanch. El Cuerpo Italiano prosiguió su avance y lanzó a la División de Flechas Negras contra la 100 Brigada republicana que acababa de situarse delante de Borjas Blancas. En un frente de dos kilómetros y medio concentró el fuego de 100 piezas de artillería y 20 tanques. La 100 Brigada que no disponía en su apoyo de más de 12 aviones y 10 tanques aguantó el ataque italiano con gran heroísmo. Pero con la llegada de la noche no se detuvo el ataque. Con fuerzas frescas los italianos prosiguieron el combate. Después de encarnizados combates en que la 100 Brigada llegó al agotamiento, los italianos lograron entrar en Borjas Blancas convertida en escombros.

En el sector del Ejército del Este. En el sector de Artesa de Segre el enemigo con tres divisiones, 200 piezas de artillería 50 carros de combate y 150 aviones se lanzó contra las líneas republicanas defendidas por dos brigadas en un frente de 20 kilómetros y que sólo disponían de 45 piezas de artillería. Detenidos en la línea que protegía Artesa de Segre los fascistas atacan el día 3 en la dirección de Pons. Casi rodeados los republicanos por la ocupación por el enemigo de la Sierra Grossa, se vieron obligados a evacuar el día 4 Artesa de Segre.

La situación para los republicanos en estos días de lucha se había hecho extraordinariamente difícil. Desde que comenzó la ofensiva enemiga se habían embebido todas las reservas generales. Además de esto las divisiones 26, 16 y 56 hablan quedado prácticamente deshechas. Las bajas en el resto de las

unidades era difícil cubrirlas. El repliegue efectuado a la línea «L2» no había mejorado gran cosa la situación, ya que el desgaste de las unidades del Ejército del Ebro y el peligro de envolvimiento desde Artesa de Segre ponía en peligro la línea «L2», la Única línea de resistencia organizada que quedaba a los republicanos.

La lucha proseguía sin tregua. He aquí lo fundamental de ella hasta el fin de la primera etapa de la batalla de Cataluña:

En el sector del Ejército del Ebro. Del 6 al 15 de enero en el sector del V Cuerpo Republicano, las divisiones italianas continuaron su ataque contra el flanco y el centro de dicha unidad ocupando Vinaixa y Vimbodí y avanzando unos 10 kilómetros en la dirección de Montblanch. Durante el día 10 las fuerzas invasoras atacaron furiosamente Montblanch que logran ocupar el día 11. A partir de este momento el enemigo concentró en este sector del frente todas sus fuerzas en las direcciones Montblanch–Igualdada y Montblanch–Tarragona. El día 15 el enemigo ocupó Cervera y horas más tarde Tarragona después que los republicanos lograron replegar las fuerzas del XXIV Cuerpo que guarnecía el sector del Ebro. Con ello el enemigo había logrado el primer objeto de la ofensiva: derribar el frente del Ebro apoyando su flanco derecho en el mar.

En el sector del Ejército del Este. El día 13 el enemigo con dos divisiones apoyadas por 140 aviones y 60 tanques atacó Agramunt después de una preparación artillera de tres horas y 60 vuelos de avión en varios escalones en un frente de tres kilómetros y medio que era defendido por fuerzas del XVIII Cuerpo que solamente contaba con 24 cañones y 25 tanques

Durante todo el día se combatió tenazmente. Al final de la jornada las fuerzas franquistas rompiendo la defensa republicana ocuparon Agramunt.

\* \* \*

Paralelamente al desarrollo de los más intensos combates en Cataluña comenzó la operación de las fuerzas del Grupo de Ejércitos de la zona Centro–Sur en Extremadura.

El golpe principal en el plan de acción de la zona Centro–Sur se lanzó sin que se hubiera dado la primera condición necesaria para el éxito que exigía el Estado Mayor Central: el desplazamiento de las reservas del Ejército de Andalucía a la zona de Motril. La causa residió en la negativa del general Miaja a realizar la operación de Motril. Con ello el general Miaja mostraba su consecuencia en la aplicación de la línea que se había fijado cuando la ofensiva enemiga en Aragón: reservar sus fuerzas de la zona Centro–Sur con vistas, en caso de una ofensiva general enemiga, de poder defenderse el tiempo necesario para asegurar su huida. Esta línea daba como resultado que se fueran aniquilando por partes las mejores fuerzas del ejército republicano facilitando con ello las tareas militares del enemigo.

De todas maneras la operación de Motril hubiera fracasado.

Pues en previsión de que la resistencia del general Miaja pudiera ser vencida por el Estado Mayor Central los saboteadores habían tomado su medidas: la Brigada especial

número 1 que había de llevar a cabo el desembarco en Motril en combinación con una proyectada operación de tierra recibió 24 horas antes de la fijada para el embarque la dotación de municiones consistente en: 3.000.000 de cartuchos de fusil; 3.000 granadas de mano; 1.500 granadas de mortero.

Al efectuar el jefe de la brigada comandante Arriaga la comprobación de la munición encontró: vacías las cápsulas detonadoras del artificio de fuego en los cartuchos de fusil, lo que las hacía completamente inútiles; más de un 30 por ciento de las granadas de mano probadas hicieron explosiones prematuras hiriendo a los que las lanzaban; los detonadores de las granadas de mortero tenían vacías las cápsulas de cebo al igual que los cartuchos de fusil haciéndolas por tanto inservibles.

A pesar de todo, la operación de Extremadura tuvo éxitos iniciales importantes. Se logró romper el frente enemigo y profundizar en más de 20 kilómetros ocupando Fuenteovejuna. Pero el hecho de que las acciones auxiliares fueron excesivamente lejanas, no impidieron al enemigo maniobrar sus reservas y además fueron tales y tan graves las insuficiencias y los errores y las pasividades y desaciertos en la ejecución de ambos golpes por parte de coronel Casado en el Centro y por el Ejército de Andalucía que apenas arañaron el frente enemigo, nunca supusieron por tanto peligrosidad y cuando la División del comandante Recalde penetrando audazmente por la brecha abierta por el XXII Cuerpo de Ejército llegó a Fuenteovejuna, se encontró sola, sin posteriores perspectivas. Para explotar el éxito de la ruptura no había más que el XVII Cuerpo de Ejército que se desplegaba

frente a Córdoba y desde donde a marchas forzadas se trasladó a la región de Pozoblanco. Pero llegó tarde, se le adelantaron o coincidieron las reservas enemigas y la brecha no pudo ser ensanchada ni profundizada. La operación se ahogó en una bolsa de estrecha garganta que poco a poco se fue reduciendo al huir de la estrangulación.

El general Miaja dio rápidamente la orden de suspender la operación tenazmente. Esto era cierto. ¿Pero acaso el general Miaja no tenía fuerzas justificando su orden con el pretexto de que los flancos enemigos resistían suficientes para ensanchar la brecha?

El general Miaja disponía en conjunto de 492.000 hombres...; 198.000 fusiles; 6.200 ametralladoras y 457 cañones.

¿Es que esto no le permitía concentrar más de los 80.000 hombres y los 40.000 fusiles que concentró?

¿Es que el general Miaja en la operación decisiva de la zona Centro-Sur no podía concentrar más de 1/6 de sus hombres y 1/5 de sus armas cuando el enemigo había concentrado en Cataluña 24 divisiones y disponía solamente en la zona Centro-Sur de 31-32 divisiones frente a las 49 de que disponía el general Miaja?

El general Miaja no quiso aumentar la potencia de su golpe.

No quiso hacerlo a pesar de que ello podía haber salvado a Cataluña. La batalla de Cataluña había comenzado a perderse cuando Miaja no quiso establecer la cooperación con el ejército del Ebro en la famosa batalla.



¡Se perdió definitivamente cuando Miaja ordenó suspender la operación de Extremadura!

\* \* \*

En la segunda etapa de la batalla de Cataluña el mando republicano fijó la misión de paralizar la ofensiva aprovechando los accidentes naturales que constituían los ríos y fundamentalmente el Llobregat.

¿Con qué contaba el mando republicano para realizar esta misión? La correlación de fuerzas el 16 de enero era la siguiente:

Republicanos. 17 Divisiones de las cuales sólo unas pocas a pesar de su gran desgaste poseían aún cierta capacidad combativa; no había reservas ya que dos divisiones en organización carecían de armas.

Franquistas. 24 Divisiones. Superioridad absoluta en artillería, tanques y aviación.

Sólo una tregua podía permitir al mando republicano una reorganización de las unidades y de los frentes y una nueva posibilidad a la zona Centro-Sur para realizar lo que no habían hecho a su debido tiempo.

Pero esto era sólo una esperanza.

\* \* \*

Sonó el teléfono.

–Aquí, Castro.

–.....

–¿Cómo?

–.....

–¿Que mi hermano ha muerto?

Habló con Hierro Muriel unas palabras. Y minutos después, sin decir nada a nadie más, salió para Villafranca del Panadés. Fue un marchar triste y silencioso. ¡Ahora sólo pensaba en los suyos! Se le había olvidado todo: Franco y su ofensiva; Miaja y su traición; Cataluña y su derrumbe; la guerra y la paz; Stalin y el socialismo.

«¡Manolo ha muerto!»

La guerra comenzaba a morder en sus carnes.

«¡Manolo ha muerto!»

Pensó en Arenys de Mar. Y en aquella anciana enlutada que seguía bajando cada día al camino. Y en Concha, su hermana, que seguía trabajando en su vivir sin horizontes.

«¡Manolo ha muerto!»

Carretera y árboles. Y unos aviones de caza volando por encima de la campiña catalana.

Y Villafranca del Panadés.

–¿Dónde está el Ayuntamiento, camarada? –preguntó sombrío a un campesino.

–Allí.

Pero no llegó allí. En el camino se encontró con unos aviadores. Y les preguntó. Y dos de ellos se subieron al coche Y le condujeron a una casa que no pudo ver cómo era por fuera. Y entró en una sala grande y desnuda. Y en penumbras. Y en el centro de ella, sin Cristos ni velas, un modesto catafalco y su hermano sereno y pálido. Y la bandera republicana cubriendo su cuerpo y sus heridas. Se acercó lentamente. Y se detuvo delante del cadáver.

–¿Queréis dejarme solo, camaradas?

Y le dejaron solo. Y entonces se inclinó sobre el hermano mayor que ya no era ninguna de las dos cosas. Y le besó en la frente. Y sintió en sus labios la frialdad de la carne muerta. Y luego le estuvo mirando mucho tiempo, mucho. Y llorando de vez en cuando. Y recordando los días verdes en que Manolo tiraba piedras a los árboles, a los perros y a los pájaros... Y se enjugó los ojos... Hizo un esfuerzo porque había escuchado el abrir de la puerta y permaneció inmóvil. Llegaban sus otros dos hermanos: Eduardo y Carlos, que a los Castro desde hacía muchos años sólo los reunían sus muertos. Y los dos besaron a Manolo. Y los tres lloraron sin mirarse para no verse llorar.

–¿Cómo fue?

–Los cazas alemanes... No quiso meterse en el refugio... Se agarró frenético a una ametralladora y estuvo disparando hasta que acabaron con él.

–Maravillosa manera de morir –dijo el subcomisario Castro.

–Sí –respondieron los otros dos comisarios que también se apellidaban Castro.

Y entró gente, mucha gente de uniforme. Sus compañeros de ayer. Y Enrique y Eduardo delante y Carlos con otro detrás cargaron el féretro y comenzaron a caminar hasta el pequeño cementerio del pueblo. Había sol y quietud. Y un muerto y silencio. Y un caminar sin prisa, que los muertos no la tienen. Y los hombres haciendo un esfuerzo para que no se les viera su pena. Y el pequeño cementerio. Y paredes con nichos vacíos. Y «él» y ellos delante de uno de aquellos nichos recién blanqueado con cal, cuya blancura hacía daño. Y el bajar la caja con mucho cuidado. Y un círculo de hombres. Y «él» en el centro. Y la bandera republicana como mortaja...

–Habla tú, Enrique.

Y Enrique habló.

Enrique y el Partido.

«Vuestro compañero y nuestro hermano ha muerto... Duele el hecho y duele también el tener que decirlo... Pero estaréis de acuerdo conmigo en que Manolo ha muerto de la manera

más maravillosa que se puede morir en estos tiempos. Me lo figuro: contraída su cara, apretando el gatillo, clavando su mirada en los aviones del Tercer Reich que han venido a llenar de muertos España. Y el llegar de la muerte. Y él cara a cara esperándola... ¡Manolo era así!... Os lo digo con pena y con orgullo... Pero son estos muertos los que se convertirán en nuestra bandera por muchos años... ¡Estos muertos magníficos que con su recuerdo nos señalarán días y días cómo se debe luchar y cómo morir para llegar a una victoria que asegure la paz y la felicidad de los hombres!»

«Gracias, camaradas».

«Y tú, capitán Castro, camarada Castro, tu, hermano nuestro, ten la seguridad que sabremos cobrar tu muerte al más alto de los precios... ¡Que llegará un día, Manolo, que sobre los restos un mundo de hombres libres vendrá a depositar flores rojas y a recordar a sus héroes!»

Y se cerró el ataúd.

Y le metieron en el nicho.

Y Eduardo tomó nota de dónde quedaba enterrado el hermano. Y luego salieron de aquel cementerio pequeño y blanco. Y los aviadores se fueron a lo suyo. Y los tres hermanos ante el coche de Enrique hablaron unos momentos.

–Convendría, Eduardo, que fueras a reconocer a la mujer de Manolo y llevarla a mi casa... Allí, entre nosotros, el consuelo no será tan terriblemente difícil como en la soledad.

–¿Y yo? –preguntó Carlos.

–Vete a tu división, Carlos, aquí ya no hay nada que hacer.

–¿Y mamá? –preguntó Eduardo.

–Yo la iré a ver...

Arenys de Mar. La pequeña casa y la iglesia al lado. Y ella y él en la pequeña sala. Mirándose y mirándose.

–Dímelo ya, hijo.

–Manolo ha muerto.

Y no dijo nada más... Y la madre dio unos pasos y se dejó caer sobre la silla. Y escondió la cara entre sus manos. Y si lloró por fuera Enrique no lo supo. Y luego llegó Concha. Y cada cual lloró a su manera... Y después de un tiempo que pareció una montaña de tiempo Enrique se levantó. Y la madre se quitó las manos de la cara y se levantó también.

–¡Adiós, mamá!

–¡Adiós, hijo!

Y se besaron. Y luego besó a Concha. Y salió dejando allí un mundo de pena. Y a Barcelona. Y después a Pins del Valles. Y luego otra vez a Barcelona... ¡Porque la guerra seguía!

\* \* \*

¡No había tregua en la acción del enemigo!

Después de conquistar Tarragona continuó la ofensiva sobre Barcelona sin cambiar su agrupación principal. Solamente aparecían con mayor claridad las direcciones operativas de los cuerpos de Ejército:

Agrupación sur. Cuerpo de Ejército Navarro con cuatro divisiones de infantería y una de Caballería y el Cuerpo de Ejército Italiano en la dirección Villafranca–Barcelona–Igualeda–Sabadell con objeto de desbordar a Barcelona por el noroeste. El Cuerpo Marroquí en segundo escalón para explotar el éxito en la dirección de Barcelona.

Agrupación Norte. Cuerpo de Aragón en la dirección Calaf–Manresa y el Cuerpo del Maestrazgo en la dirección Pons–Solsona–Berga.

¡El día 17 el ataque enemigo se generaliza desde la carretera Lérida–Barcelona hasta el mar!

Las fuerzas republicanas a pesar de su heroísmo no pueden evitar ser desbordadas y tienen que replegarse ante el peligro de ser copadas. A partir de este momento éste es el rasgo fundamental de la lucha.

En estos días el enemigo ocupa Igualada y Villafranca del Panadés. El día 25 los fascistas ocupan Manresa y se abren camino hacia Solsona y Oliana. Paralelamente el enemigo desarrolla la ofensiva hacia Rubí y Tarrasa logrando ocupar este último punto al final de la jornada.

\* \* \*

Todas las medidas militares del Gobierno y del E. M. C, se limitaban a Cataluña con cuyos recursos era imposible detener la catástrofe. La zona Centro–Sur había quedado en realidad como un territorio independiente, como un testigo de la tragedia catalana que era el comienzo de su propia tragedia.

El 12 de enero el gobierno decretó la movilización de los reemplazos de 1919, 1920 y 1921. El día 14 se publicó un decreto por el que el gobierno podía emplear en cualquier trabajo en beneficio de la defensa nacional a todos los ciudadanos de ambos sexos desde los 17 hasta los 55 años. Otro decreto militarizaba las empresas, industrias y trabajos que tenían cierta relación directa con la guerra.

¡Se había llegado a la movilización general!

Pero era demasiado tarde.

Lo que podía y debió haberse hecho en junio de 1938 paralelamente a la elaboración del plan de acción para el segundo semestre del año se hacía en enero de 1939 cuando ya hasta el plan de acción se había venido abajo.

Entonces estas medidas podían haber dado nuevos impulsos a este plan y llevarlo hasta la decisión. Hoy esta movilización general, siete meses después del momento oportuno era un esfuerzo que no pasaba del... decreto.



Era tarde y por tanto inútil querer maniobrar con la retaguardia cuando el Ejército de Cataluña, extenuado, deshecho por su resistencia heroica (y para demostrarlo he dado las relaciones de fuerzas en los diferentes períodos y en las zonas de ataque), había perdido toda su capacidad de maniobra y toda su capacidad combativa. Era inútil además porque los ejércitos de la zona Centro-Sur bajo el mando del general Miaja habían sido condenados a la pasividad y con ello condenado a la república.

Mientras tanto los acontecimientos militares proseguían...

El día 26 de enero los republicanos impotentes para detener el ataque enemigo sobre la plaza que se realizaba en tres direcciones y debilitada la defensa de la ciudad por la evacuación de los Guardias de Asalto y unidades de carabineros se replegaron y el enemigo entró en Barcelona sin apenas resistencia.

En realidad había terminado la batalla de Cataluña.

\* \* \*

Esperanza con sus hermanas se va replegando al mismo ritmo que el ejército republicano retrocede muriéndose en la retirada. Y así llegan a Vich. Y allí esperan la última etapa de la retirada. Castro no puede esperar. No sabe dónde están su madre y su hermana. Y enloquecido durante horas y horas de una noche interminable llega a Arenys de Mar. Unos soldados

le dicen que salga rápido. No puede. Y va a la casa. Y mira. La casa está como siempre.

Pero sin ellas.

Cuando abandona el pueblo el enemigo está a un kilómetro. Y hacia Gerona. Y en la carretera un coche parado. Y junto a él Trigo, el verdugo oficial del V Cuerpo. Al conocerle Castro detiene su automóvil.

–¿Qué haces aquí?

–Espero.

–¿A qué?

–A poder marcharme sin que se den cuenta.

–¿Sin que se dé cuenta quién?

–La mujer de Modesto que está ahí con sus hijos... Tengo orden de Modesto de dejarla.

–No.

–Sí.

–No es posible, Trigo... ¡Llévatelas!

–¿Y Modesto?

–Dile que fui yo quien las recogió.

\* \* \*

Esperanza, sus hermanas y la madre y la hermana de Castro se han reunido ya cerca de la frontera.

Sólo falta «Concud».

–¿Y «Concud», Esperanza?

–Le dejamos en Vich... Nos faltó valor para matarle... Y allí se quedó en la carretera, mirándonos y aullando como si nos acusara de un gran crimen.

Y el silencio. Y la pena escondida.

Esperanza parece una figura de cera. La madre de Castro enlutada y silenciosa, sentada en un rincón parece dormir o morir. Y Concha, la eternamente desventurada Concha, a su lado, como siempre, como ayer y como mañana. Y hambre y piojos Y polvo y sed.

Y se llevó a todos a una casa que tenía el jefe de Estado Mayor de Líster en un monte próximo a la frontera.

\* \* \*

–¿Vamos a ver a Hidalgo de Cisneros? –le preguntó Carlos Contreras.

–¿Está lejos?

–No.

–Pues vamos.

Y llegaron a una casita entre montañas. Allí estaba el general Hidalgo de Cisneros, su mujer Constanza de la Mora y el consejero ruso. Y les dieron de comer. Y después se habló mucho de muchas cosas. Pero ni Castro ni Constanza de la Mora estuvieron presentes en lo que los otros tres hablaron. Ella le hizo una seña. Y él la siguió a una habitación del primer piso...

–¿Mal? –le preguntó ella.

–Es el fin de una etapa. Constanza.

–¿Por qué?

–Ellos han sido más fuertes que nosotros.

–¿Mejores?

–No... Solamente más fuertes.

Y hubo una pausa larga. Y fue ella quien rompió el silencio. Y Castro conoció algo que se había figurado muchas veces, pero que nunca habría podido confirmar.

–¿Por qué Stalin no nos ha mandado lo que prometió al general?

–¿A qué general, Constanza?

–A Hidalgo de Cisneros... Sí, estuvimos en Moscú por orden de Negrín... Y el general habló con Stalin. Y estuvieron presentes Vorochilov y Molotov...

–¿Y...?

–Hidalgo se quejó de que los camaradas rusos que están con nosotros nos acusaban de «hacer una guerra muy cara».

–¿Y qué dijo el camarada Stalin?

–Primero se sonrió. Después miró a Vorochilov. Y Vorochilov se sonrió también... Y después habló. Como él habla: sin rodeos... «La guerra de ustedes es una guerra muy barata... ¡Muy barata!... Tan barata y tan importante que les seguiremos mandando cuanto necesiten... ¡Cuánto necesiten!... Porque nuestros consejeros no tienen razón... ¡Cara esta guerra!... ¿Qué saben ellos lo que es caro o barato?... General: diga al presidente Negrín que nuestra ayuda será la suficiente para que ustedes ganen la guerra».

–¿Nada más?

–Sí... ¿Por qué lo que prometió no lo ha cumplido?... ¿Nos engañaría, Castro?

–Stalin no engaña nunca... Al menos a los comunistas.

Pero Castro se quedó con la espina clavada. Y se acordó de su madre y el camino. Y se acordó de algo que se le había

olvidado: «¡Por encima de todo están los intereses de la Unión Soviética»... Y comprendió... Porque estaba acostumbrado a comprender a Stalin.

\* \* \*

Castillo de Figueroa. Negrín reúne a las Cortes. Era su última sesión en España. Y habla. Y ofrece a los vencedores condiciones como si los vencidos pudieran ponerlas.

–La garantía de la independencia de nuestra patria libre de injerencias extranjeras.

–La seguridad de que sea el pueblo español el único que acoja un régimen que rija sus propios destinos.

–Finalizar todas las persecuciones y represalias una vez liquidada la guerra.

Las Cortes le escuchan.

Luego ministros y diputados salen al patio y montan en sus automóviles. Muchos duermen cada noche en Francia. Por allí Margarita Nelken, de negro, caminando de un lado para otro. Hablando con éste y aquél. Y los pocos que con ella quedan esperando el final.

\* \* \*

Manuel Azaña se ha marchado a Francia. Los presidentes de Euzkadi y Cataluña también. Los generales se visten de paisano. Y muchos cruzan la frontera a pie ante el temor de que los pasos a Francia puedan cerrarse antes que ellos lleguen.

\* \* \*

Y el castillo comenzó a quedarse solo. Porque la compañía de carabineros que le cuidaba se preparaba para marcharse. Y en sus sótanos un tesoro incalculable que el miedo deja abandonado hasta que Castro avisa a Modesto y Modesto envía camiones en donde se carga precipitadamente cuanto da tiempo y admiten los vehículos.

\* \* \*

Y por las carreteras un mundo de harapos y cansancio, de pena y miedo. De orgullo y dolor. Que de todo había entre aquellas muchedumbres que eran ametralladas en su huida.

\* \* \*

Y el fin.

Sin la grandeza del ayer.

## Capítulo XXXV

### LA GRAN SEMILLA ENTRE MUERTOS Y ESCOMBROS

Hombres y soldados entraban en Francia. Era una interminable procesión de dolor y pena.

Castro, de uniforme, miraba.

A aquellos soldados que arrastraban sus cuerpos por un camino insensible a la gran tragedia; a aquellos viejos y mujeres y niños; a aquellos carros de los que tiraban unos animales muy tristes y en los que se había cargado con precipitación los restos de millares de hogares arrancados de su raíz. Y aquellas montañas que parecían fotografiar la historia de un pueblo. Y a los oficiales franceses que despreciaban a aquellos vencidos que también habían luchado por ellos.

Allí estaba el general Rojo.

Y el coronel Estrada.

Y muchos otros.

Y el coronel Chaponov elegantemente vestido, con los representantes de su embajada a sus lado. Y cerca, muy cerca,



el eco de los últimos instantes de la más terrible de las batallas: la última batalla, la batalla de la gran derrota. Y él con un mirar obsesivo sobre aquella masa que le recordaba a Cristo con una cruz, pero esta vez mucho más pesada, sobre sus espaldas. Alguien le habló al oído. No quiso escuchar. Quería seguir mirando. Después sintió que alguien le arrastraba a un lado del camino.

–Salud, Castro.

–Salud, camarada Castro.

–Salud, comisario.

–Salud, mi comandante.

–Se volvió, de espaldas a aquella gente que se despedía de él. «Cabrones. Cabrones... Terminaréis por hacerme llorar...» Y posiblemente estuviera llorando.

–Castro.

Se volvió. A su lado estaba uno de sus más viejos colaboradores en el comisariado: Climent. Un muchacho rubio, lleno de vida y de pena.

–¿Qué quieres?

El otro no contestó.

–Pasa ya la frontera, Castro.

–Todavía no, camarada.

–¿Por qué?

–Me da pena y miedo dejar esta tierra... ¡La nuestra, Climent!... Quiero estar sobre ella hasta el último momento, hasta ese momento en que la presencia del enemigo me lo impida.

–Es terrible.

–¿Qué es terrible, Climent?

–La derrota.

–Escúchame, Climent... Y no olvides nunca cuanto voy a decirte... ¿Un millón y medio de muertos?... ¡Qué importa!... ¿Miles de casas destruidas?... ¡Qué importa!... Eso hará que nuestra derrota sea, temporal... ¡Sí!... Temporal... En muchos años, posiblemente en cincuenta años, nadie podrá curar las heridas ni los rencores de este pueblo... Está envenenado de dolor y odio... Ese dolor y ese odio, esos muertos y esos escombros serán el surco maravilloso en el que crezca la semilla de nuestra gran revolución, la semilla de la victoria definitiva...

–¿Lo crees así?

–¡Lo creo!... Los viejos morirán abrazados a su odio... Los niños recibirán de los senos de las que les parieron el odio acumulado en esta larga batalla... Los árboles destrozados serán las banderas del odio hecha jirones... Los escombros de los hogares de tantos lugares de España impedirán el olvido... Y por si algo pretendiera borrar todo esto se alzarán silenciosas y

enlutadas las madres, las hermanas, las viudas y los hijos de los muertos.

–Vamos, Castro, el enemigo se acerca.

–Vamos.

Y comenzaren a andar lentamente.

Y en los límites de la vieja España, Castro se detuvo. Miró al cielo y movió sin ruido los labios.

¿Qué dijo?

Sólo él lo supo.

«¡Hermano, hermano Pedro!... No te rías... No reces por nosotros... No pidas a Dios clemencia y ayuda... ¡No la queremos!... ¡No!... Y espérame, hermano Pedro, espérame en el cielo o en los infiernos. Espérame, que llegaré hasta ti. Y cara a cara saldaremos nuestras viejas cuentas».

Alguien le gritó.

«Vamos».

«Vamos».

Tiró su vieja pistola sobre un montón de pistolas. Y sintió sobre él las manos ansiosas de los Guardias Móviles que buscaban otras armas como botín... Y luego alguien le empujó. Y se unió a la gran fila, a la interminable fila de los vencidos. Y

comenzó a caminar al lado de sus antiguos soldados. Miraba al cielo. Y sus pasos eran polvo y vacilación.

Y mentalmente.

«Un–dos... Un–dos... Un–dos».

Y le pareció ver en el cielo una hoz inmensa... Y un inmenso martillo... Y rojo como fondo.

«¡Un–dos!... ¡Un–dos!... ¡Un–dos!»

Y mientras creía caminar como un soldado, marcando el paso, pero en realidad arrastrando los pies y dejándose ahogar por el polvo, comenzó a arrancarse las insignias de comisario.

Y a caminar.

«¡Un–dos!... ¡Un–dos!»

Porque a pesar de su pena no había dejado de ser un soldado. Un soldado del gran ejército del odio y la revancha, de los vencedores del mañana. «¡Un–dos!... ¡Un–dos!»

Y caminar y caminar... Apoyándose en su odio, en su odio que se alzaba por encima de escombros y muertos, de la derrota y el dolor para ayudarlo a seguir caminando hasta ese día en que retornará a España para encender la mecha de la última batalla.

«¡Un–dos!... ¡Un–dos!»

–Hablas, Castro.

–No... No hablo, Climent... Camino, solamente camino... Casi como un buen soldado.

## Capítulo XXXVI

### GRACIAS, MUCHAS GRACIAS, CORONEL

Con el paso a Francia la vida de Castro estrenaba un nuevo capítulo. Un capítulo más a sus ya muchos capítulos. Pero no tenía tiempo para pensar en esto. El Partido le ordenó ir a Perpignan. Y allí estuvo unos días en lo que todavía se consideraba Consulado republicano. Y con él muchos: Modesto y Líster, Rodríguez, el último jefe de la II División, López Iglesias, el jefe de Estado Mayor de Líster y muchos, muchos más. Dormía en el suelo y comía lo que buenamente podía. Y cada noche observaba cómo algunos de sus compañeros se tragaban perlas o brillantes; y por la mañana cómo con la minuciosidad de un antropólogo hurgaban sus excrementos, sacaban perlas o brillantes, los lavaban mejor que sus propias manos y a buscar compradores. Una de aquellas tardes de tristeza y espera llegó allí el general Rojo, saludó a unos y a otros y luego arrastró a Castro a un rincón.

–Negrín me ha pedido que marche a España.

–¿Irás?

–No, aquí hay centenares de millares de hombres a los que hay que ayudar intensamente...

–¿Y allí no hay millares de hombres a los que podrías ayudar, Rojo?

–No, Castro, allí no hay nada que hacer... ¡Nada, Castro, te lo aseguro! Aquello es la agonía, una agonía inevitable... Después llegará la muerte, una muerte terrible: la muerte de una etapa, la muerte de un régimen, la muerte de la esperanza de millones de gentes.

–Yo sí iré.

–No vayas.

–Sí... Iré... Lo manda el Partido... ¿Te das cuenta?... ¡El Partido!... No importa que vaya a contemplar una terrible agonía, no importa eso, ni que esa agonía me envuelva...

–Es un sacrificio inútil.

–No lo creas, Rojo... El Partido nunca sacrifica a nadie inútilmente. ¡Nunca!... Cuando él nos manda a los jefes militares y políticos del ejército allí, es por algo, Rojo... ¡Y por algo muy importante!

–¿Por qué?

–No lo sé... No me interesa tampoco saberlo... Sólo sé una cosa: que cuando el Partido hace algo el Partido tiene sus

razones, poderosas razones... Porque sabrás una cosa, Rojo: el Partido nunca se equivoca: el Partido siempre tiene razón...

Se miraron fijamente. Después se estrecharon las manos. Y Rojo se fue. Y nunca más volvieron a verse.

\* \* \*

Un día alguien le dio una orden:

«Debes salir para Toulouse. Contigo irá López Iglesias. Y esperar allí».

Y se fueron a Toulouse.

Y esperaron.

\* \* \*

«Giorla te espera, Castro» y le dieron una hora y una dirección. Y fue allí. Era un hotel con algo de prostíbulo. Pero no se preocupó mucho de ello. Subió varios pisos y llamó a una puerta Y desde dentro una voz: «Entra». Y empujó la puerta y entró:

Y una habitación pequeña.

Y una cama.



Y en la cama Giorla, Y a su lado una mujer joven y gorda. Y olor a sudor y a esperma.

–Salud, Giorla.

–Hola, Castro.

–¿Tú dirás?

–Preparaos. Mañana saldrá un avión para España. Iréis tú y López Iglesias y otros camaradas más. En el Consulado republicano os dirán la hora exacta.

–De acuerdo.

Y Castro salió de allí y se dirigió al Consulado republicano. Una casa pequeña. Y nadie en la entrada. Y entró. Y comenzó a abrir puertas. Y a mirar. Y a no ver a nadie. Cuando hubo recorrido la planta baja subió al primer piso. Y comenzó a abrir puertas y mirar... Y nadie... Y otra puerta abierta... Y nadie... Y otra puerta abierta... Y... Un hombre alto y con gafas que se vuelve como asustado y que pregunta:

–¿Qué?... ¿Qué?...

–Soy yo, camarada Del Vayo.

–Hola, Castro... ¿Cómo, usted, por aquí?

–A saber el día y la hora que saldré para España... Giorla me dijo que aquí me lo dirían...

–Sí, Castro, sí... Aquí se lo diremos... Pero, espere, espere un momento. Creo que no tardará en llamar al camarada León Blum... ¡Importantísimo! ¡Casi decisiva esta llamada, camarada Castro!

Y Castro se sentó a esperar... Y pasó el tiempo, mucho tiempo... Y el «camarada» Blum sin llamar...

–Me voy, «don Julio»... Muy temprano le vendré a ver de nuevo ¡Hay que llegar pronto allá, «camarada» Del Vayo...!

–Sí... Claro, sí, hay que llegar pronto...

Y Castro abandonó la casita «republicana». Y lentamente se dirigió a la casa en que dormía; la casa de un mutilado de la primera guerra, que tenía una mujer guapa, un perro chiquitito que ladraba mucho cuando Castro llegaba y un establecimiento en el que vendía plumas estilográficas y algunas cosas más. Durante el camino se acordó del general Rojo. ¿Por qué no habrá querido regresar a la zona Centro–Sur?... ¿Será verdad que no hay nada que hacer?... ¿Será verdad que esto es un sacrificio inútil?... Después se acordó de Del Vayo. Y sonrió, Y murmuró algo: «Es un imbécil... imbécil de una imbecilidad incurable»... «Qué ganas tenía de que todos estos cabrones se fuesen a la mierda... ¡Qué inmensas ganas!»

Y la casa.

Y el perro que ladra.

Y la mujer del mutilado que abre la puerta y se muestra simpática y atractiva. Y el mutilado que ronca.

Y después el silencio.

\* \* \*

El avión sobre el mar. Y luego frente a Valencia un ángulo violento y un descender rápido. Y la salida precipitada de aquellos hombres que el Partido mandaba a «reforzar» la dirección política y militar del ejército; que mandaba a ver qué se podía salvar en el derrumbe inevitable y próximo.

Después una reunión con el Buró político.

Y un análisis de la situación militar.

Y Castro que habla: «Creo que hay que organizar la retirada, una tirada lenta y costosa para el enemigo, una retirada que nos dé tiempo a preparar al Partido para su paso a la ilegalidad, una retirada que nos permita dejar organizado el movimiento de guerrilleros».

Y Manuel Delicado, andaluz y sombrerero en Sevilla, miembro del Buró Político en los últimos tiempos que interrumpe congestionado de dignidad y rabia, de pasión y heroísmo:

«¿Retroceder?... ¿Quién habla de retroceder?... Ni un paso atrás, camaradas, ni un paso atrás... Nada de ceder terreno, nada de pesar en la derrota... ¡Resistir y resistir!»

Castro le mira mientras sonríe. Después mira a Checa, luego a Togliatti. «La esfinge italiana». Y a continuación unas palabras con el que está a su lado, un gran militar: « Has visto qué imbécil!» Y le respuesta del otro: «Más que un imbécil, un cabrón demagogo y tonto».

«Propongo –habla Checa con la aprobación de Togliatti–, que se reúnan los camaradas militares y comisarios con el camarada Jesús Hernández y elaboren un plan que presentarn al Buró Político... Convendría que el plan estuviera terminado mañana».

Y una reunión en el hotel en que vive Jesús Hernández. Y un plan. Y Hernández y Uribe que se quedan encargados de presentárselo al Buró Político. Y después a Madrid. Todos tenían prisa por llegar a Madrid. Era all , solamente all , en donde se podía tomar el pulso a la agonía.

\* \* \*

Después de la pérdida de Cataluña los informes sobre la actividad y propósitos en el campo enemigo daban el siguiente cuadro:

Se observaban diversas concentraciones enemigas que parecían acusar el propósito de ataque simultáneo llevado a efecto por dos grandes masas principales.

1  –Una al sur del Tajo y que parecía tener como dirección de esfuerzo: Aranjuez–Almansa–Alicante.

2ª –Otra al norte del Tajo que debía de llevar a efecto el corte absoluto de las comunicaciones de Madrid con Valencia para lograr el aislamiento de Madrid y continuar en dirección a Denia o Gandía, convergiendo sobre el sur del Tajo, que parecía llevar el esfuerzo principal del conjunto centro del plan general.

3ª –Quedaba una masa menos importante que podía ser reserva general o tener como misión la ocupación de Madrid y limpieza del espacio comprendido entre las dos líneas convergentes de la penetración señalada.

4ª –En el plan general enemigo parecía desprenderse un ataque general en todos los frentes a desencadenar una vez conseguida la ruptura en el Centro. Se hablaba de concentraciones en la zona de Córdoba y eran seguras concentraciones en la retaguardia enemiga de Levante. El enemigo preparaba sin duda en todas las direcciones de penetración posible, columnas motorizadas de no gran potencia militar con el objetivo exclusivo de efectuar rápidamente las operaciones de limpieza en la explotación decidida del éxito, que esperaban conseguir en los frentes del Centro y de Extremadura.

No existía objetivamente ninguna razón militar para que este dispositivo, terminada su concentración, en la última semana de febrero, se mantuviera inactivo.

¿Por qué esperaba el enemigo?

\* \* \*

Inmediatamente que llegó a Madrid, Castro se lanzó a buscar a Daniel Ortega, el antiguo comandante del Quinto Regimiento que formaba parte del Estado Mayor del coronel Casado, jefe del Ejército del Centro. No pudo encontrarle hasta la noche, en que Ortega regresó a la pequeña habitación que tenía en un edificio del Socorro Rojo Internacional, situado frente a la antigua Comandancia General del Quinto Regimiento, en la calle de Lista, casi esquina con la de Velázquez.

–¡Castro!

–¡Ortega!

Y se abrazaron. Y después estuvieron mirándose unos segundos. Y luego Ortega hizo una seña a Castro de que se sentara. Y él también se sentó frente al otro.

–¿Qué cuentas, Castro?

–¿Qué cuentas, Ortega?

Y los dos se sonrieron.

Después el comandante Ortega se levantó, se acercó a la mesilla de noche, abrió el cajón, sacó una pistola y se la alargó a Castro.

–La vas a necesitar pronto.

–Habla, Ortega.

–La situación es grave, terriblemente grave. El coronel Casado y Besteiro están buscando a través del teniente coronel Garijo llegar a un acuerdo con Franco para entregarle lo que nos queda.

–¿Seguro?

–Sí, Castro, seguro. Lo sé yo y lo sabe la dirección del Partido porque yo se lo he dicho varias veces ya... Pero tengo la impresión de que o no me creen o no les importa que se subleven Casado y Besteiro... Ten en cuenta, Castro, que aquí ya no existe la esperanza.

–Pero, ¿el Partido no te cree o no te hace caso?... ¡Qué extraño, camarada Ortega, qué extraño!

–Sí.

–¿Crees que debería yo hablar con Pedro Checa y con Togliatti?

–Habla.

Y aquella misma tarde, Castro regresó a Valencia. Pero antes quiso cerciorarse de algo muy importante. Y acompañado de Líster hizo una visita al general Miaja. Saludos, cazurrería y tanteos.

–¿Sabe lo que dicen de usted, mi general?

–¿Qué?

–Que está usted en conversaciones con el enemigo.

El otro se limitó a sonreír. Y les acompañó hasta la puerta del despacho. Y después que ellos salieron entró una mujer enlutada y guapa. Desde allí, Castro, sólo, se dirigió a visitar al general Menéndez, jefe del Ejército de Levante.

–Mi general...

–Hola, comisario.

–¿Querría usted ser tan amable, general, que me diera su opinión sobre su frente y sus posibilidades de resistencia?

–Cómo no...

Y extendió sobre la mesa unos mapas... Y comenzó a señalar a Castro la situación del frente, sus líneas fundamentales, el despliegue de sus reservas... Luego se quedó un momento en silencio.

«Sólo existe la posibilidad de que pueda ser desbordado por mi flanco izquierdo, en la unión con el IV Cuerpo... Es todo el peligro que se cierne sobre nosotros».

Y se callaron. Luego el general mandó traer dos copas de coñac. Bebieron. Se estrecharon las manos. Y Castro abandonó aquella casita donde un viejo republicano aún estaba decidido a continuar la lucha... Y desde allí al Estado Mayor del general Miaja, cuyo jefe de Estado Mayor, el general Matallana, era conocido de Castro desde las primeras semanas de la guerra. Después de saludarse, Matallana cerró la puerta de su



despacho, hizo una seña a Castro para que se sentara. Y después le miró.

Y Castro a él.

–¿Qué quieres saber, Castro?

–Las posibilidades de lucha.

–Escúchame, Castro... Yo soy un hombre de honor... ¡Esto obliga a mucho!... Sólo te diré una cosa al mismo tiempo que te ruego que no me hagas preguntas porque me sería doloroso no contestarlas: si queréis prolongar la lucha tendréis que crear la situación del 7 de noviembre de 1936 en Madrid... ¡O así, o nada!

–Gracias, Matallana.

Y se fue a la casa del Comité Central. Pero el Buró Político se había trasladado a un pueblecito de Alicante, Elda, en cuyos alrededores había varios aeródromos y próximos los puertos de Cartagena y Alicante, en donde el presidente Negrín había instalado su residencia en un viejo palacio al que llamó por unas horas «Posición Yuste» para seguir jugando a la guerra.

Se encogió de hombros y salió a la calle. Y en la calle se encontró con Delage, el comisario del coronel Modesto.

–Te invito a café, Castro.

–Vamos.

Por el camino ambos se dieron cuenta de que Valencia ya era campo enemigo: la «Quinta Columna» salía en los anocheceres en espera de una señal para la insurrección y la revancha.

–¿Llevas pistola, Delage?

–Sí... ¿Y tú?

–También.

Y entraron en un café. Y tomaron café en silencio. Y después salieron y se dirigieron a una casa del Partido en donde estaban viviendo.

Y se acostaron sin hablar una sola palabra.

\* \* \*

¿Y el gobierno del presidente Negrín?

Con extraordinario relieve destacaban sus errores principales en esta última etapa de guerra y vida de la segunda república:

1.º –El gobierno después del corte del territorio republicano no comprendió que el centro de la guerra se había desplazado a la zona Centro–Sur y por ello mantuvo los órganos fundamentales de dirección política y militar en Cataluña que, a pesar de su frontera con Francia, era un teatro de guerra secundario.

2.º –Mantuvo en sus puestos en la zona Centro–Sur a pesar de todo lo ocurrido a los hombres que se habían manifestado como dudosos, incapaces y traidores y reforzó inclusive sus posiciones al declarar el Estado de Guerra que ponía en manos de aquéllos los últimos resortes del poder.

3.º –Al llegar a la zona Centro–Sur en vez de buscar de una manera decidida el contacto con el pueblo y el Ejército y convertirse rápidamente en un auténtico poder ejecutivo vagó de un lado para otro y se instaló después en Elda, dando con ello nuevos argumentos a los enemigos y perdiendo toda posibilidad de dirigir la guerra de una manera directa y no por medio de decretos que habían perdido en realidad toda fuerza en la nueva situación.

\* \* \*

En el pueblo y en el ejército republicanos dos angustiosas preguntas:

–¿Hay todavía posibilidades de ganar la guerra?

–Y si no hay posibilidades de ganar la guerra, ¿cuáles son nuestras perspectivas?

Pero nadie se preocupaba por responderles.

\* \* \*

En la madrugada del 4 al 5 de marzo se produce una sublevación fascista en Cartagena que es aplastada antes de que Franco pueda llegar con sus fuerzas a la playa de Mazarrón.

Esa misma noche el coronel Casado y el ilustre socialista Julián Besteiro se dirigen al país. Primero con un ataque implacable contra el gobierno del presidente Negrín y los comunistas; después presentando su programa: Garantía de la independencia nacional; garantía de una paz sin crímenes. Y dan a conocer el Consejo Nacional de Defensa integrado por:

Presidencia: General Miaja

Defensa: Coronel Casado

Estado: Julián Besteiro (socialista)

Gobernación: Wenceslao Carrillo (socialista)

Justicia y Propaganda: Miguel San Andrés (republicano)

Comunicaciones: Antonio Val (C.N.T.)

Hacienda: González Marín (F. A. I)

Instrucción Pública: José del Río (republicano)

Secretario del Consejo: Sánchez Requena (sindical)

\* \* \*

–¡Castro!... ¡Castro!

–¿Qué?

–El coronel Casado y Besteiro se han sublevado contra el gobierno de Negrín.

Seguido de Delage se dirige rápidamente a donde vive Jesús Hernández, comisario del general Miaja. Cuando llegan ya están allí Uribe, Larrañaga, Ortega, comisario político del general Menéndez, y Hernández. Se inició la reunión rápidamente:

«¡Tenemos dos divisiones que constituyen las reservas del Ejército de Levante que pueden desplazarse sobre Madrid».

«Tenemos los tanques en nuestras manos».

«Las unidades de guerrilleros están en manos del Partido».

«Y tenemos en Madrid tres cuerpos de Ejército mandados por tres miembros del Partido: los cuerpos de Ejército I, II y III que mandan los camaradas Bueno, Ortega y Barceló».

Y una propuesta de Hernández:

«Que Castro y Delage vayan a ver a la dirección del Partido a Elda y que ésta diga si debemos marchar sobre Madrid o no».

A las dos horas Castro y Delage salen para Elda. Tuvieron que hacer un gran rodeo antes de llegar a donde estaba el Partido y el gobierno, ya que todos los controles estaban en manos de

las fuerzas o partidarios del coronel Casado. Fue un avanzar con las pistolas amartilladas, esperando a cada momento que alguien los reconociera, que alguien disparara sobre ellos... Llegaron al anochecer: Dolores Ibárruri jugaba a las cartas con Modesto y Líster. Delicado paseaba ceremoniosamente por la sala.

«¡Vengo de Valencia, camaradas».

Y la partida de tute prosigue. Castro abandona la sala. En la escalera se encuentra con Stepanov, búlgaro, viejo agente del Komintern y segundo de Togliatti.

–Hola, Castro.

–Hola, Stepanov.

–¿De dónde vienes?

–De Valencia.

–Y...

–Tuvimos una reunión. Los camaradas acordaron que viniera a comunicaros que están en condiciones de marchar sobre Madrid y aplastar a Casado y a la junta.

–Y...

–Los camaradas siguen jugando al tute.

–Vete a descansar, Castro... Yo informaré a la directiva del Partido inmediatamente... Y hablaremos con los camaradas de Valencia... ¡Descansa, Castro, descansa!...

Y Castro se fue a descansar.

Era el lugar de descanso una maravillosa residencia campestre. Allí estaban como hoteleros el poeta Rafael Alberti y su mujer, María Teresa León. Y como domésticas varias jovencitas preciosas y ligeras de ropa, amables y serviciales Y buenos dormitorios. Y buena comida a base de conservas. Y un paisaje tranquilo y encantador. Allí se encontró con todos: con Modesto y Líster, con Tagüeña y Molero, con Climent e Hidalgo de Cisneros, con Delicado e Irene Falcón, la azafata de la reina roja «Pasionaria». Modesto estaba impaciente, había sido ascendido a general y temía no tener tiempo de hacerse el uniforme y de estrenarle; Líster maldecía para sus adentros porque seguía siendo coronel; Delage comenzó el asedio de la mujer de Molero; Alberti paseaba melancólico entre los árboles; López Iglesias sonreía. Y Castro contemplaba todo aquello un poco extrañado... Se fue a dormir a la misma habitación en que se había instalado López Iglesias. A la mañana siguiente alguien le dijo que fuera a la «Posición Yuste». Y fue. Allí estaba Negrín metido en grueso albornoz, a la cabecera de una mesa cubierta de latas de conservas abiertas. Comiendo y mirando. Mirando y enseñando su anatomía, Y contemplándole con un gesto impecable de mayordomo profesional el general Antonio Cordón, subsecretario de la Defensa.

Y Negrín comiendo y mirando.

Y los demás mirando y sin comer.

–¿Qué hay por Valencia, Castro?

Y Castro contó la reunión habida en la casa de Hernández. Y casi nadie le prestó atención.

Negrín era la atención.

Y Negrín come que come. Y el general Cordón acercándole las pequeñas latas que el jefe del S.I.M. (Servicio de Información Militar), la N.K.V.D... republicana ha traído de Francia.

Y se fue a dormir. Le despertaron poco tiempo después. Era Modesto. El Buró Político había acordado que se hiciera cargo de los puertos. Castro rompió a reír. Después se levantó y fue a ver a Checa. Una conversación breve. Y Checa por una vez en mucho tiempo desbordó su sonrisa característica. Y después le nombraron jefe de los guerrilleros que defendían la «Posición Yuste» y el aeródromo. Luego la visita a Negrín que abandonaba el territorio republicano. Les estrechó la mano a todos. Después lo hizo Álvarez del Vayo que seguía en su papel de Ministro de Estado: ceremonioso e importante. Y Negrín y Del Vayo se fueron. Momentos después «Pasionaria», la reina roja, huía en un «Dragón» hacia África acompañada del matrimonio Alberti y de Irene Falcón. Luego Delicado que le llama, que le invita a subir a un automóvil y que le lleva al aeródromo.

–Tú eres el responsable de su defensa... Tú debes asegurar la salida de la dirección del Partido.



–De acuerdo.

Y desde lejos presencié cómo Delicado repartía dinero entre Modesto y Líster, entre Delage y otros más: libras esterlinas, francos, dólares... El futuro estaba asegurado.

Castro llamó al capitán de los guerrilleros.

–¿Qué hay, camarada?

–El aeródromo comienza a ser rodeado por las fuerzas de Casado... ¿Qué hago?

–Distribuye a tus hombres alrededor del campo... ¡A la expectativa nada más!... Que nadie dispare, que nadie se mueva sin mi orden... La única batalla a ganar es salvar a la dirección del Partido... ¿Me entiendes, camarada?

–Te entiendo, Castro.

Y se dedicó a pasear de un lado para otro mirando al cielo porque tenía ansias de que llegara la noche... Y llegó la noche... Y un camión con las luces encendidas que avanza hacia el aeródromo. Y Castro que llama al capitán de guerrilleros.

–No sé quiénes serán, camarada... Pero sitúa a veinte de tus hombres con bombas de mano en la entrada del aeródromo... Que coloquen algo en el camino que les obligue a detenerse y os dé tiempo a reconocerlos... Si fueran gente de Casado no esperéis ni un segundo... ¡Destrozarlos... Y que tu otra gente aguante mientras tanto para dar tiempo a que los aviones se eleven... ¿De acuerdo?

–Sí.

Castro empuñó la pistola...

Y esperó.

Y luego escuchó voces y risas... Y varias veces la palabra «camarada»... Eran los jefes y comisarios que el Partido había traído de Francia y a los que el Partido dejaba abandonados. Eran los jefes y comisarios encabezados por Climent, el antiguo ayudante de Castro, que no se resignaban a ser abandonados allí mientras quedaban muchas plazas vacías en los aviones.

–¡Climent!

–A tus órdenes, Castro.

–¿Qué pasa?

–A ti te lo puedo decir... ¡Nos han engañado!... Nos ocultaban que la huida estaba próxima... ¡Una cabronada, Castro, una cabronada!...

Le miró.

–Pero, ya estás aquí.

Los pilotos calientan de vez en cuando los motores. Cada vez que ponen los motores en marcha la gente se precipita hacia ellos casi enloquecida pensando que van a elevarse.

Y así una vez.

Y otra.

Y otra más.

A la medianoche Castro es llamado a una reunión. En uno de los rincones del campo, Togliatti, Checa, Uribe, Delicado, Líster y Modesto.

Y Togliatti que pregunta:

–Camarada Modesto, ¿hay alguna posibilidad?

–Ninguna.

–Camarada Líster, ¿hay alguna posibilidad?

–Ninguna.

–Creo entonces que es el momento, después de la afirmación de los camaradas Líster y Modesto, de salir de aquí.

–¿Y qué piensas tú, es decir, la Internacional Comunista?  
–pregunta Castro.

–La reunión se ha terminado –dice Checa–. Dentro de unos minutos nos reuniremos el camarada Togliatti, Uribe y yo para decidir qué camaradas deben salir y cuáles deben quedarse.

Y se levantaron todos.

Y Castro comenzó a pasear de nuevo por el campo envuelto en la oscuridad. Y a su lado el capitán de los guerrilleros.

Luego alguien llamó a los pilotos. Después los motores se pusieron en marcha.

«¡A los aviones, camaradas!»

Uribe se acercó a donde estaban Castro y el capitán de los guerrilleros.

–Camarada, asegura la salida... Después a las sierras... El Partido no se olvidará de vosotros... Y tú, Castro, al avión...

Castro sacó su pistola y se la dio al capitán.

–Es lo único que puedo darte, camarada... A ti te hará más falta que a mí.

–Gracias, Castro.

Y se abrazaron.

Uribe sacó un montón de billetes republicanos.

–Toma, camarada, por si te valen. –Y rompió a reír.

Y a los aviones.

Y minutos después hacia Francia. Los «héroes» marchaban al exilio. Limpios de culpa. Ellos no habían sido vencidos. Ellos no habían capitulado. Había sido el general Miaja, el coronel Casado, Besteiro y Wenceslao Carrillo y otros más los que habían abierto el camino a Franco. Con la sublevación de Casado–Miaja los comunistas se habían salvado de la

responsabilidad histórica de la catástrofe, de la última catástrofe...

«¡Oíadlo, españoles!»

«Os enviamos a nuestros mejores hombres para ayudaros a prolongar la resistencia en espera de que surgiera una posibilidad de alcanzar la victoria... Pero los traidores lo impidieron... ¡Que sobre ellos caiga la maldición del heroico pueblo español!».

Y para sus adentros:

«¡Gracias, coronel, muchas gracias!»

\* \* \*

«Arriba España» en la crónica de *Espectador* escribía el 4 de marzo:

«Yo, para mejor gozar de esta sensación indescriptible (la que proporciona poder contemplar Madrid) y tal vez para tener la fortuna de presenciar acontecimientos de relieve histórico he logrado autorización para pasar varios días en la Ciudad Universitaria».

«Giornale D'Italia»:

«Parece ser que el coronel Casado estaba desde hace algún tiempo en relación con Franco para discutir las condiciones de

la rendición. Desde el primer momento, Franco le había hecho saber que no aceptaría más que una rendición total y sin condiciones».

«Daily Telegraph» escribía el 7 de marzo:

«Los sucesos de las últimas 48 horas en Madrid y Cartagena revelan al mundo la existencia de una situación bien conocida por los gobiernos británico y francés desde hace por lo menos una semana. Entonces se supo en Londres que el coronel Casado y Besteiro preparaban un golpe de Estado. Se decía que habían tenido ya entrevistas con los agentes de Franco y que después de apoderarse del poder procederían inmediatamente a la conclusión de un armisticio».

Léon Blum en «Le Populaire» escribía el 10 de marzo:

«El momento tenía que llegar en el que Negrín apareciera, incluso para muchos de sus compañeros, como el jefe más capacitado para negociar la paz real e imponerla, bajo la amenaza de una resistencia desesperada. Pero ¡ay!, nadie era capaz de hacerlo después de él. Su caída ha dejado y tenía que dejar la república vacante»

\* \* \*

«¿Por qué dijiste, Rojo que no había nada que hacer?»

Sí.

Quedaba algo por hacer.

Y ya lo hemos hecho.

«¡Hemos salvado el honor del Partido!»

«¿Te parece poco, general?»

\* \* \*

El 27 de marzo el Consejo Nacional de Defensa abandona Madrid y se marcha a Valencia.

Besteiro se queda en Madrid.

Miaja huye en un avión.

El resto de los miembros de la Junta del coronel Casado se alejan de España en un barco de guerra inglés.

\* \* \*

El día 25 de marzo el general Franco comienza su ofensiva en el frente extremeño; el día 26 en el frente de Andalucía; el día 28 entra en Madrid. El Cuerpo de Ejército Italiano avanza hacia el litoral y ocupa Alicante el 1.º de abril.

La guerra ha terminado.

\* \* \*

En París los comunistas hacen balance.

Están contentos.

No deben nada.

El oro español depositado en Rusia es la garantía de una deuda sagrada... ¿Cómo iban a consentir los comunistas no pagar aquellas armas enviadas por Stalin y construidas con el esfuerzo más animal que humano de millones de ciudadanos del país de la felicidad?

\* \* \*

«Gracias, muchas gracias, coronel».

«Sin tu sublevación los que hubiéramos tenido que capitular hubiéramos sido nosotros... Lo que hubiera sido grave... Muy grave... Pero tú fuiste un gran hombre: cuidaste del honor del Partido tan bien, tan bien que ni nosotros lo hubiéramos podido hacer mejor».

«Gracias, muchas gracias, coronel».

\* \* \*



En el Kremlin, Stalin enciende su vieja pipa mientras mira a Vorochilov.

Y sonríe.

«Hemos ganado treinta y dos meses».

«Sí, camarada Stalin».

Y sonríen los dos.

Y de la vieja pipa cargada con el aromático tabaco del Cáucaso salen espirales de humo que impregnan de un delicioso aroma la sala desde la que Stalin presenci  a distancia el sacrificio de un pueblo por la causa sagrada del «socialismo», de la U.R.S.S., del nunca bien amado Stalin.

Fuera nieve y noche.

Sólo las estrellas que coronan las torres del Kremlin viven y contemplan un mundo.

## Capítulo XXXVII

### LA ÚLTIMA «ORACIÓN»

«Stalin... Camarada Stalin:

Hemos prolongado la lucha durante treinta y dos terribles meses.

Hemos perdido más de un millón y medio de españoles.

España tiene en sus ciudades y pueblos, en sus campos y puertos heridas de las que tardará años y años en curarse.

Hemos envenenado de dolor y odio a un pueblo de lo que no podrá curarse en cincuenta años.

¿Estás contento, camarada Stalin?... Si estás contento, camarada Stalin, ¿qué importa lo demás?... ¡Te seguimos creyendo!... ¡Te seguimos amando!... Ha muerto la segunda república, pero ¡existes tú! ¡Existe la Unión Soviética! ¡Existe la gran esperanza!...

¡Viva Stalin, nuestro jefe y maestro!

¡Viva!

¡Vivaaaaaaaaaa!»



## ACERCA DEL AUTOR

Castro Delgado, Enrique (1907–1965). Dirigente comunista, activista y escritor.

Activista desde 1927, fue nombrado miembro del Comité Central del Partido Comunista de España (PCE) en 1933. Al iniciarse la guerra civil española, en julio de 1936, fue uno de los fundadores del Quinto Regimiento y su primer comandante, cargo militar que dejó en manos de Enrique Líster Forján en septiembre de 1936, pasando a ocupar el puesto de director general del Instituto de Reforma Agraria, por nombramiento del ministro de Agricultura, el comunista Vicente Uribe. En junio de 1937, como sustituto de Antonio Mije, fue nombrado subcomisario general inspector del frente de Madrid, siendo

después secretario general del Comisariado político para la guerra.

Al finalizar la guerra civil en 1939, huido desde Monóvar (Alicante) se exilió en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), formando parte en Moscú, junto a Francisco Antón, Vicente Uribe y Pedro Fernández Checa, del comité directivo de la Escuela Planiernaya, institución encargada de formar a los cuadros españoles del Partido. Como representante del PCE, fue miembro de la Komintern, y durante un tiempo secretario particular del –ya muy enfermo– secretario general del PCE José Díaz Ramos.

Tras el suicidio en 1942 de José Díaz en Tiflis (URSS) apoyó la candidatura de Jesús Hernández Tomás a dicho cargo, que finalmente ocupó Dolores Ibarruri, la Pasionaria.

En 1944, Jesús Hernández, afincado en México, fue expulsado del PCE. En mayo del mismo año Enrique Castro, estando en Moscú, fue expulsado del Comité Central por su apoyo a la candidatura de Hernández.

A su salida de la URSS en 1945, se unió en México al grupo de Hernández, formando parte del Movimiento Comunista de Oposición. Regresó a España en 1950, donde con el apoyo de los falangistas, escribió diversos libros de cariz netamente anticomunista, colaborando en los diarios *El Español* y el católico *Ya*, bajó el seudónimo de Jorge Manrique. Murió en Madrid.

Obras: *Balance y perspectivas de nuestra guerra*: discurso pronunciado en el Pleno ampliado del C. C. del Partido

Comunista de España, celebrado en Valencia los días 5, 6, 7, y 8 de marzo de 1937, por el camarada Enrique Castro, Barcelona, Ediciones del Partido Comunista de España, Comisión Nacional de Agit–Prop, 1937; *La Vida secreta de la Komintern: cómo perdí la fe en Moscú*, Madrid, Ediciones y Publicaciones Españolas, 1950; *J'ai perdu la foi à Moscou*, Paris, Gallimard, cop., 1950; *Hombres made in Moscú*, Ciudad de México, Publicaciones Mañana, 1960.

Bibliografía: J. Estruch, *Historia del P.C.E. (1920–1939)*. Una síntesis histórica que constituye la primera aproximación crítica a la historia del P.C.E., Barcelona, Iniciativas Editoriales, El Viejo Topo, 1978; *Historia oculta del PCE*, Madrid, Ediciones Temas de Hoy, 2000 (col. Historia); M. Aznar Soler y J. R. López García (eds.), *Diccionario biobibliográfico de los escritores, editoriales y revistas del exilio republicano de 1939*, vol. 2, Sevilla, Renacimiento, 2016, págs. 37 – 38.

Antonio Gascón Ricao